



RELATIVO

TODO ES RELATIVO...

NADA ES COMO DEBERÍA SER...

NAOBI CHAN

# Relativo

Naobi Chan

## CAPÍTULO 1

*Seattle, 5 de abril de 2009.*

—No puedo creer que me estés hablando en serio —murmuró Elizabeth Price mirando a su padre con los ojos entrecerrados y soportando estoicamente las ganas de llorar.

—Hemos estado hablando y creemos que es lo mejor —contestó él sin mostrarse intimidado ante la mirada de su hija.

—¿Lo mejor para quién? Porque estoy completamente segura de que no pensabais en nosotros cuando planeasteis todo esto. —gruñó de nuevo.

—Cariño —exhaló Simon ya sin energía, era la quinta vez que explicaba eso para hacer entrar en razón a su hija, la cabezota de su hija—, entiende las dificultades por las que estamos pasando, nos estamos enfrentando a una crisis mundial, unificar las dos compañías es la mejor opción.

—Pero un matrimonio concertado no es la mejor opción —masculló cruzándose de brazos.

—Si nos asociamos seremos más fuertes, sí, pero si os casáis no solo será una sociedad, será como si fuese una sola compañía y nadie podrá con nosotros —explicó ahora David Boid, tomando la palabra por primera vez en la conversación.

—Hay un comprador muy importante interesado en las acciones de David

—explicó Simon una vez más—, lo que quiere pagar es un insulto al trabajo duro que hemos hecho durante tantos años. De este modo ayudaremos a Industrias Boid y a nosotros mismos, porque estoy seguro de que ese mismo comprador, u otro cualquiera, nos hará la misma oferta a nosotros por la misma cantidad irrisoria. Elizabeth se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la sala de juntas en la que estaban reunidos, se acercó a uno de los ventanales y miró a lo lejos, estaba anocheciendo en Seattle y la bahía se estaba tiñendo de matices rojos y dorados. Lo que estaba escuchando de boca de su padre le parecía totalmente absurdo, ella no quería casarse todavía, no con Daniel y mucho menos, hacerlo porque le estaban obligando.

—Os habéis vuelto locos —murmuró sin energía y dejó que su frente golpease el cristal levemente.

—Hija, tan solo escucha, no es algo que hayamos decidido ayer, llevamos un tiempo hablando con los asesores y ellos también creen que es lo correcto —añadió de nuevo Simon.

—Estáis locos... —repitió con la frente todavía en la ventana.

—Locos estaríamos si no intentásemos hacer nada —musitó David. Una boda... una estúpida boda que arruinaría su vida para siempre.

—¿Y mamá que opina sobre esto? —preguntó utilizando su último recurso y girándose para enfrentar a los tres presentes.

—Se lo expliqué anoche y... ella estará de acuerdo con lo que tú decidas —aseveró su padre.

—¡Estupendo! —chilló alzando los brazos al aire—. Todos estáis en mi contra ¿y qué se supone que debo hacer? Si acepto seré infeliz el resto de mi vida y si me niego, seré la culpable si ambas compañías quiebran —las lágrimas que llevaba ya un largo rato soportando amenazaron de nuevo con salir, pero apretó la mandíbula con fuerza y lo evitó. Caminó hasta situarse de nuevo junto a la mesa y apoyó ambas manos en el respaldo de la silla que ella misma había ocupado minutos antes—. ¿Tú qué piensas de todo esto? —preguntó en un gruñido mirando al único que no había hablado en la larga hora que llevaban reunidos. El implicado estaba tan solo a un par de metros de ella, sentado con tranquilidad en una de las sillas de la enorme sala y mantenía los brazos sobre la mesa. Su cabello negro estaba perfectamente cortado y su piel de color tostado era una la combinación perfecta con su oscura mirada. Él la observó con una disculpa en los ojos y la barbilla de Elizabeth comenzó a temblar por el llanto que todavía contenía

sabiendo ya lo que iba a contestar, negó levemente con la cabeza en signo de incredulidad.

—Estoy de acuerdo —contestó Daniel, el hijo de David y segundo implicado en el matrimonio pactado.

—¿Qué tú qué? —preguntó sin poder creérselo—. Esto es perfecto... —la ironía era totalmente apreciable en su voz, pero los presentes ya no se sorprendieron y simplemente miraron hacia otro lugar—. Dan... ¿cómo puedes estar de acuerdo con esta locura?

—Piénsalo Lizzie, nos conocemos de toda la vida, siempre hemos sido amigos y así no tendremos que preocuparnos por lo que pasará en el futuro —explicó restándole importancia.

—Estúpido... —escupió con la nariz arrugada—, eres un estúpido y un cobarde. Di lo que realmente estás pensando, ¡maldita sea! —chilló cerrando las manos con fuerza y clavando las uñas en el tapizado de la silla.

—Es lo que realmente pienso. Es lo mejor que podemos hacer para asegurar nuestro puesto de trabajo y el de todos nuestros empleados. Además... no es como si tuviésemos una pareja estable que nos impidiese llevar a cabo el plan —Daniel hablaba con tranquilidad, sus manos descansaban relajadas sobre la mesa y exponía las razones con parsimonia, lo que enfureció todavía más a Elizabeth, ya que era una muestra de que estaba siendo totalmente sincero. Ella no quería eso, no podía aceptar que decidiesen por ella en algo tan importante como su marido, simplemente no podía acceder sin luchar y hacer todo lo posible.

—No puedo... —dijo con un hilo de voz—, simplemente no puedo aceptar esto sin más... tiene que haber otra solución.

—No la hay —aseguró Simon.

—¡Tiene que haberla! —chilló.

—Elizabeth, tú nunca te has caracterizado por ser caprichosa... simplemente acepta que es lo que debéis hacer y ya está —dijo David poniéndose en pie y extendiendo unos papeles hacia ella.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando dichos papeles con un movimiento de cabeza.

—El contrato prenupcial.

Ella se centró en respirar profundamente, no serviría de nada que entrase en

un ataque de nervios y comenzase a romper todo lo que la rodeaba. Lo mejor sería pensar fríamente y centrarse en localizar otra solución, tenía que haberla, la culpa era de los asesores que no se habían molestado en buscar más y se habían quedado estancados en la primera opción. Daniel sujetó los papeles que le tendía su padre y los leyó detalladamente, tiempo en el que ella intentó desesperadamente encontrar otra solución. Pero sus intentos eran en vano, nada de lo que acudía a su mente tenía sentido, contratar a un sicario que matase al que intentaba comprar la compañía de los Boid no entraba a discusión, pero perdió el hilo de sus pensamientos cuando vio como Daniel firmaba el contrato sin dudar ni un solo segundo.

—¿Qué haces? —chilló escandalizada.

—Asegurar mi futuro —contestó él escuetamente—, tú deberías hacer lo mismo —añadió extendiendo el montón de papeles hacia ella.

Ella tomó una fuerte bocanada de aire y sin más, agarró su bolso, dio media vuelta y salió de allí dando un portazo. Se recargó en la puerta al otro lado, pasó una mano por su frente con desesperación y dejó escapar un par de lágrimas antes de cerrar los ojos y serenarse, o al menos aparentar estar serena.

Dos horas después estaba sentada en una de las cafeterías del centro, *Rover's*.

Era su restaurante favorito y desde que también había abierto una cafetería se había hecho cliente habitual en ella.

Su imagen no resaltaba mucho entre el resto de los selectos clientes, siempre bien vestida, con su largo cabello castaño en un apretado moño en lo alto de su cabeza, las gafas con montura invisible descansaban sobre el puente de su nariz y apenas maquillada con una suave sombra y delineador en sus ojos.

Su figura pequeña y delgada estaba cubierta por una falda color crema y una blusa blanca, sus piernas largas y demasiado flacas estaban enfundadas en una medias claras y sus pies calzaban unos zapatos de cuña que le resultaban muy cómodos... no se sentía guapa, nunca lo había hecho y esa no era la excepción, pero tampoco le importaba, en ese momento tenía cosas más importantes en las que pensar.

Encendió su tercer cigarrillo de los últimos quince minutos y miró con

nerviosismo hacia la ventana. Dio una fuerte calada llenando sus pulmones de nicotina y desvió la mirada a su pie derecho, que cruzado sobre el izquierdo, golpeteaba insistentemente contra la pata de la mesa creando un sonido tintineante y cansino.

—¿Qué ha pasado ahora? —escuchó la pregunta en la voz de su mejor amiga y dejó salir el humo en un largo suspiro. Alzó la vista y allí estaba Autum, con su mirada azul, con su sonrisa tierna y su personalidad burbujeante. No pudo pensar en otra persona en cuanto vio que no tenía escapatoria y aceptar ese matrimonio era la única opción, pero si alguien podía parar eso era ella, pese a su pequeña estatura y su cuerpo frágil en apariencia, Autum sería capaz de sentarse en mitad de la vía del tren y detener un convoy con sus propias manos. Su amiga se sentó frente a ella despreocupadamente, cruzó las piernas y por un momento le pareció gracioso como su cabello negro, cortado a la altura de su barbilla, se removía alegremente.

—Mi padre se ha vuelto loco... y Dan también —susurró Elizabeth con voz temblorosa y dando otra calada al cigarrillo justo después.

—Sea lo que sea, no es motivo suficiente para matarte a ti misma con esta mierda —dijo su amiga con la nariz arrugada y le arrebató el cigarrillo de las manos apagándolo con torpeza en el cenicero.

—Autum... —exhaló con fuerza —, en serio que mi padre se ha vuelto loco... y lo peor es que Dan está de acuerdo con él en esta ocasión, no puedo contar con su ayuda para que interceda por mí.

Su amiga se inclinó hacia delante y clavó sus ojos azules en los marrones de Elizabeth.

—¿Qué se le ha ocurrido esta vez? —preguntó frunciendo los labios—. Después del internado femenino en secundaria y el supuesto viaje de estudios a Europa... no sé qué más loco se puede haber vuelto.

—Quiere unificar Industrias Boid y Price Ltd. en una sola compañía —susurró buscando otro cigarrillo en la cajetilla que guardaba en su bolso.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Autum frunciendo su ceño en esa ocasión—. Mi padre también se está volviendo un poco loco por eso de la crisis que se avecina, pero... yo confío en sus decisiones.

—Quiere que para tener mayor solidez en la sociedad, me case con Daniel —contestó justo antes de encender el nuevo cigarrillo y expulsar el humo por la nariz.

—¿Qué? —chilló su amiga llamando la atención de los clientes de las mesas colindantes—. ¿Se ha vuelto loco o qué le pasa?

—Eso mismo me pregunto yo... —Elizabeth se llevó el cigarrillo de nuevo a la boca y su mano temblaba ligeramente—. Le he dicho que tiene que haber otra solución al problema, pero tanto él como David se han puesto de acuerdo. Dan está de su parte... ya ha firmado el contrato prenupcial —añadió dejando salir una risita nerviosa.

—Tienes que negarte a eso rotundamente —dijo Autum en un tono de voz que no admitía réplicas—. Sabes que adoro a Dan, es el sueño de cualquier chica, pero no el tuyo.

—Lo sé... —admitió con un hilo de voz—. Pero ellos se están basando en las recomendaciones de los asesores y no escucharán nada que no salga de ellos.

—¿Y no puedes simplemente hablar con los asesores y que ellos busquen otra solución? —preguntó Autum.

—A ellos quien les paga es mi padre... yo no soy nada en esa empresa.

—Simon te iba a nombrar presidente ejecutivo —le recordó Autum.

—Sí... eso era antes de pactar la sociedad, ahora el presidente será Daniel... ¿yo qué pinto allí? ¡Nada! —chilló—. Soy mujer y, por mucho que me pese, mi padre solo me dejó acabar la carrera para que heredase la compañía y buscase un buen esposo que supiese llevarla... nunca pensó en mí para ese puesto.

—No me puedo creer que en pleno siglo veintiuno todavía estemos hablando de este tipo de situaciones... —murmuró su amiga con incredulidad.

—Estoy desesperada, Autum... tengo que detener esa boda como sea.

—¿Qué has pensado? —preguntó su amiga mostrando verdadero interés.

—Es que no se me ocurre nada... solo se me ha ocurrido investigar al posible comprador de Industrias Boid e intentar que desista en su empeño de adquirir la compañía.

—¿Y eso funcionaría?

—Lo dudo... ya ha hecho una oferta, no creo que la decline por mucho que yo le insista —admitió derrotada.

Autum se quedó en silencio, no podía soportar ver a su amiga implicada en una situación como esa... ¿en qué mundo vivían? Elizabeth era madura, independiente y tenía todo el derecho de escoger como marido al hombre que ella



quisiese. Que Simon le impusiese un matrimonio con Daniel sobrepasaba los límites de lo permitido para ella, era su padre y le daba todo lo que necesitaba, pero no tenía ningún poder sobre ella y mucho menos derecho a tomar decisiones tan importantes por ella.

—Puedes decirle a tu padre que tienes novio, que hace un tiempo que estáis juntos y que no estás dispuesta a arriesgar el amor de tu vida por una estúpida fusión —dijo finalmente. Elizabeth suspiró y negó con la cabeza.

—Daniel es mi mejor amigo, conoce todo sobre mí y él ya se lo habría contado a ellos si fuese así —aclaró.

—¿Y por qué, simplemente, no pudiste mantener esa relación en secreto? Que Daniel sea tu amigo no implica contarle todo.

—Autum... sabes que no soy buena mintiendo... —se quejó con un gemido lastimero y apagó su cigarrillo con desesperación—. En cuanto abra la boca me pondré nerviosa, mis manos comenzarán a sudar y me reiré sin parar.

—Es verdad... —Autum bufó divertida, pero la miró y una enorme sonrisa se dibujó en sus labios—. ¡Lo tengo! Buscaremos a un chico que se haga pasar por tu novio, no estarás mintiendo... al menos no técnicamente.

—Eso es muy arriesgado... no...

—Pues entonces no lo sé...

—Autum no me estás ayudando en nada, necesito una de tus ideas locas y absurdas, nada que hayas leído en una novela romántica —masculló rebuscando un nuevo cigarrillo y encendiéndolo mecánicamente.

—¿Sabes que aquí no se puede fumar? Está prohibido —preguntó Autum alzando una ceja.

—Soy una Price... —contestó simplemente.

—Los intocables Price... —gruñó en tono de molestia fingida—, solo para que lo sepas, a los Hayers también nos respetan —añadió justo antes de sacarle la lengua. Elizabeth rio sin ganas y miró a su amiga a los ojos con una súplica silenciosa iluminando los suyos.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó con un hilo de voz.

—Dame tiempo, estoy segura de que tiene que haber algo.

*Seattle, 7 de abril de 2009.*

Habían pasado dos días de aquella conversación con su amiga, entre cigarrillos y quejas, y parecía que no había cambiado absolutamente nada. Autum, que siempre parecía tener solución para todo, se había quedado sin ideas y ese problema no parecía tener una vía de escape. Elizabeth tenía dos opciones: casarse con Daniel en contra de su voluntad y sus principios, o enfrentarse a su padre y desobedecer sus órdenes. Así se lo había dicho su amiga por teléfono esa mañana y ella, con una entereza fingida, le dijo que no se preocupase, que sería lo que tuviese que ser, aunque por dentro estaba a punto de gritar y llorar desconsolada.

Colgó el auricular del teléfono que tenía en la habitación de casa de sus padres, se ajustó las gafas y se miró al espejo, no podía negarse a las órdenes de su padre, había sido educada de ese modo y, aunque en su interior era un alma libre e independiente, su exterior era el de una niña de papá que obedecía sus órdenes. Sintió una lágrima descender por su mejilla y se apresuró en secarla antes de que otra la siguiese.

Ella, la Elizabeth llena de sueños y metas, estaba a punto de casarse con un hombre al que no amaba, sí, le quería y mucho, pero no estaba enamorada, no sentía deseos de besar a Daniel, no le echaba de menos cuando no le veía, ni soñaba con su voz diciéndole palabras bonitas al oído... Daniel era su amigo, su confidente... pero nunca podría ser nada más.

Esa mañana fue a la oficina sintiendo su cuerpo más pesado que de costumbre, era usual que después de que tomase una decisión sobre algo importante se sintiese más ligera e incluso liberada, pero en esta ocasión se sentía encarcelada y como si estuviese caminando hacia la horca.

Saludó a su secretaria con una sonrisa fingida y, sin pensar en nada más, dejó sus cosas sobre la mesa de su despacho para dirigirse al de su padre para

darle la *buena* noticia.

Cuando se vio frente a su puerta sintió deseos de echar a correr y desaparecer, seguro que si lo planeaba bien tenía tiempo para retirar todo el dinero de su cuenta corriente, pagarle a alguien para que le hiciese una identificación falsa y salir del país para no tener que enfrentarse a lo que era mejor para la empresa.

Pero finalmente su sentido común habló más alto que sus ansias de libertad y entró en el despacho de su padre sin llamar a la puerta. Se lo encontró como de costumbre, sentado tras su escritorio y comprobando unos documentos en completa concentración, tanta que ni siquiera se percató de la presencia de su hija en la habitación.

Elizabeth miró a su alrededor, todo en ese despacho decía «Simon Price» a voz en grito. La decoración era seria y austera, casi impersonal, todo estaba limpio e impoluto con nada fuera de su lugar... la única presencia con vida y movimiento allí era ella, ya que su padre estaba casi inmóvil y sus pocos movimientos eran mecánicos y controlados.

Carraspeó para llamar su atención y él la miró con su habitual gesto imperturbable y los ojos entrecerrados.

—Elizabeth... —la saludó con voz serena.

—He venido a darte una respuesta a la propuesta que me hiciste días atrás —dijo ella con una falsa entereza y avanzando hasta quedar frente a la mesa de su progenitor.

—Te escucho —le apremió Simon con impaciencia después de unos segundos de silencio.

—Voy a aceptar hacer lo que habéis planeado, pero quiero que tengas muy claro que es en contra de mi voluntad y que... —se detuvo a tomar aire y lo miró directamente a los ojos por primera vez desde que entró en esa habitación—, lucharé hasta el último segundo por encontrar otra solución.

Simon sonrió ampliamente y, después de sacarlos de un cajón, le extendió los papeles del contrato prematrimonial y su sentencia de muerte. Ella los tomó con una temblorosa mano y leyó detenidamente alguna de las cláusulas sin detenerse demasiado, las pocas que leyó eran lo que ella creía que sería habitual y obvio tratándose de un matrimonio entre dos personas con alto poder adquisitivo y grandes propiedades a su nombre.

Tomó un bolígrafo de la mesa de su padre y plasmó su rúbrica en los

papeles sin detenerse a pensar, si lo hacía estaba segura de que saldría corriendo y no regresaría jamás.

Cuando un par de horas después continuaba llorando encerrada en su despacho, tomó una decisión, se secó las lágrimas con el dorso de su mano y tomó una fuerte bocanada de aire. Tenía que hacer lo que casi le juró a su padre, buscaría otra solución así tuviese que remover cielo y tierra. Ella no se casaría con Daniel sin luchar antes, si había al menos una mínima posibilidad de detener esa boda se aferraría a ella y haría lo imposible por conseguir liberarse.

*Seattle, 16 de Mayo de 2009.*

Todo había sido inútil, todos sus intentos fueron en vano y ahora estaba frente a un espejo mirando su reflejo con aquel infernal vestido puesto... vestido que odiaba, lo había tenido que elegir su madre porque para ella todos eran iguales: blancos, llenos de adornos innecesarios y con un claro mensaje « *será tu sentencia* », en ese momento más que nunca estaba segura de eso...

No quería casarse con Daniel, durante ese mes en el que intentó por todos los medios buscar una solución había tenido que lidiar con los medios que se habían hecho eco de la noticia, no ocurría todos los días que los herederos de dos de las empresas más importantes del estado contrajesen matrimonio y así se uniesen en una compañía contra la que muy pocos harían competencia.

Era noticia destacada en los periódicos de economía, pero también en la prensa sensacionalista, Daniel era uno de los solteros de oro de la ciudad y Elizabeth una de las princesas de cuento con la que toda madre sueña casar a su

hijo, pero cuanto distaban todas aquellas noticias de la realidad.

Elizabeth había tenido que leer muchas barbaridades a lo largo de las semanas posteriores al anuncio de su compromiso, todos parecían haberse vuelto locos con la noticia y se empezaron a filtrar datos sobre la fecha y lugar del enlace, todos falsos y basados en rumores, por supuesto, pero para ella era una tortura tener el mismo tema de conversación con cada persona que se atrevía a hablar con ella, ya que su humor había empeorado considerablemente y muy pocos se atrevían a sobrepasar el círculo invisible de hostilidad que había creado a su alrededor, sobre todo porque Daniel parecía disfrutar con la noticia y siendo el centro de atención.

Ella esperaba mucho más de su mejor amigo, de esa persona que pretendía conocer tan bien pero que aparentemente tenía retazos de su personalidad muy bien escondidos. Intentaba por todos los medios no pagar con él su frustración ante la situación, pero era complicado cuando le veía presumiendo de ser el único capaz de haber derribado las barreras de Elizabeth Price.

Y el gran día había llegado, ese 16 de mayo Elizabeth Price moría oficialmente... al menos como todos la conocían hasta ese momento, no pasaría a ser Elizabeth Boid, no accedió al cambio de apellido por mucho que el mismo David y Daniel habían insistido, pero por suerte su padre la apoyó en esa ocasión, finalmente había ganado la discusión y continuaría con su apellido de soltera, sería una Price hasta el final de sus días.

Volvió a mirarse en el espejo y borró una lágrima que furtivamente había escapado de su ojo derecho. Creía que no podría llorar, solo dos noches atrás, cuando finalmente comprendió que ese enlace era ya un hecho, había llorado como nunca, se había pasado la noche en vela entre lágrimas y quejidos.

Se había encerrado en su habitación y había puesto música a un volumen considerable para que nadie la escuchase, esa noche se prometió no volver a llorar por ese motivo, prometió ser fuerte y ver el lado bueno del asunto, aunque no lo encontró por más que se empeñó en buscarlo.

La puerta de la habitación del hotel donde se estaba cambiando se abrió y Abigail, su madre, entró en la habitación en la que se encontraba, observó el reflejo del espejo y se preguntó quién era esa mujer que estaba a su lado y por qué no estaba deteniendo toda esa locura. *Ella*, que se le llenaba la boca cuando se hacía llamar su madre, *ella* que presumía ante sus amigas de los logros profesionales de su hija y de su belleza natural sin necesidad de ningún complemento adicional. *Ella*, que parecía mirarla con ternura... era la misma *ella* que estaba permitiendo

que se casase con un hombre que no amaba y así pusiese en riesgo su felicidad. Abigail Price era muy reconocida en su círculo de amigas, tenía un puesto muy influyente en la alta sociedad de Seattle, era como si perteneciese al *Upper East Side* de Nueva York pero viviendo en la siempre fría, gris y lluviosa Seattle. Para ella un escándalo era lo peor que podía pasarle y en cambio, ser el centro de atención por algo que despertaba las envidias de todos, era todo lo contrario.

Por eso la boda de su hija con el soltero Daniel Boid era todo lo que siempre había deseado, por eso no hacía nada por evitarla, por eso hacía la vista gorda cuando veía desesperación en los ojos de Elizabeth y hasta se hizo como la que no entendía cuando ella le fue a suplicar que hiciese lo posible para ayudarla a detener el enlace que pondría fin a sus sueños de libertad.

Y Elizabeth, por más que lo intentaba, no podía entender qué era lo que pasaba por la cabeza de su madre para permitir que su hija fuese infeliz por el resto de sus días sin hacer nada al respecto.

—Todo está listo ya —dijo Abigail con voz alegre y entusiasmada—, todos te esperan impacientes, pero una buena novia debe hacer esperar al novio en el altar al menos veinte minutos.

—¿Por qué simplemente no bajo ya y acabo con todo esto? —gruñó frunciendo los labios y mirando a su madre sin poder creerse su comportamiento del todo.

—Debes hacerlo esperar, hija... —sonrió mientras acomodaba tras su oreja un mechón de cabello rubio ceniza que amenazaba con salirse de su lugar en su perfecto recogido—. Daniel parece nervioso y entusiasmado, no sabes la suerte que tienes cariño, todas las invitadas desearían estar en tu lugar en este momento.

—Pues yo se lo cedo encantada... —masculló—. ¿Por qué no bajas y preguntas a quién le sentaría bien mi vestido?

—Elizabeth... —le reprendió con voz condescendiente—, ¿por qué no aceptas lo que la vida te regala? Daniel es un chico maravilloso y estoy segura de que te hará muy feliz.

—No quiero conformarme mamá, quiero cosas para mí que Daniel no podrá darme.

—Daniel tiene dinero y un buen trabajo, además, asumirá la presidencia de Boid&Price Ltd. y te quitará responsabilidades innecesarias, así tendrás tiempo libre para acompañarme a más eventos sociales.

—Y también para ser la perfecta mujer florero como tú —dijo con ironía—, no gracias, prefiero hundirme entre papeles en mi oficina que tener que sonreír y fingir ser feliz delante de toda la ciudad.

—Elizabeth... no es así como piensas, las mujeres de los empresarios hacemos una labor social muy importante.

—Labor social para la que no me siento preparada, así que eso seguirá siendo tu trabajo.

—¿Y qué pasará cuando quiera dejar de hacerlo?

—Habrá cincuenta mujeres dispuestas a ocupar tu puesto.

—Pero esas mujeres no serán una Price...

—Pero lo harán mejor que yo, ahora si me disculpas... tengo que suicidarme —murmuró ella sujetando su ramo de novia y caminando hacia la puerta.

—¡Elizabeth! —chilló Abigail—. Es tu boda... ¡por el amor de Dios! ¿No puedes al menos, fingir ser un poquito feliz?

—No madre, ya no sé, ni sabré, lo que es ser feliz —con esas palabras Elizabeth abandonó la habitación y puso rumbo al primer piso donde todos los invitados la esperaban.

Le gustaría decir que el resto del día pasó con rapidez y que no recordaba apenas nada, pero no fue así... recordaba perfectamente las inmensas ganas de llorar que sintió cuando pronunció el «sí, quiero» más triste que jamás había imaginado, recordaba las ganas de salir corriendo cuando escuchó las mismas palabras en labios de Daniel, recordaba el regocijo en la mirada de David, la esperanza en los ojos de su padre, el orgullo en los de su madre.

Recordaba a Autum, sentada en la última fila llorando desconsolada por ver a su mejor amiga en esa situación y no poder hacer nada para evitarlo, ella dejaba libres las lágrimas que Elizabeth no podía derramar.

Recordaba también las felicitaciones y los abrazos, todas y cada una de las personas invitadas, se sentía como un títere, sonriendo e interpretando un papel, poniendo buena cara mientras posaba para las fotografías cuando lo que le apetecía era patear a Daniel solo por ponerle un dedo encima.

Como ella sospechaba había sido su suicidio, ese día la Elizabeth que creía en cuentos de hadas, la que sonreía y sus ojos brillaban, la que era capaz de soñar despierta sin importar dónde ni cuándo... esa Elizabeth que tan bien conocía murió

frente al espejo mientras cerraban los botones de su vestido de novia, ella se encargó de matarla y enterrarla bien profundo, justo al lado de sus sentimientos, de su dulzura y de su bondad... no regresaría, no tenía motivos para hacerlo.

*1 de junio de 2009.*

Siete de la mañana, el despertador comenzó a sonar y de un solo golpe lo apagó, Elizabeth se quedó mirando al techo, dibujando imaginariamente los trazos de los bordados de las cortinas que se reflejaban a causa de la luz que se filtraba por ellas.

Eran sus diez minutos de tranquilidad, esos diez minutos en los que se permitía ser un poco ella misma de nuevo, donde desenterraba a la Elizabeth de antaño y dejaba que los sueños volviesen a formar parte de su vida. Pero era tan solo algo momentáneo, poco después esa Elizabeth se acurrucaba y volvía a esconderse en su cajón.

Habían pasado quince días desde la ceremonia de su matrimonio y ella estaba deseando que su *luna de miel* llegase a su fin para poder regresar al trabajo y conseguir una rutina que le permitiese no pensar.

Necesitaba estar ocupada para no desesperarse y más que nada, necesitaba mantenerse activa para no sentir la necesidad de hacer las maletas y huir.

Pateó las mantas de la cama y se puso en pie de un salto, se dio una larga ducha caliente y su habitual tratamiento con cremas de belleza para mil y una cosas diferentes que Autumn le había inducido a utilizar, con el tiempo lo tomó como una costumbre, un hábito que no era malo y que cada mañana se esmeraba en realizar.

Después eligió su vestuario, aunque en su interior solo le apetecía vestirse



del más oscuro de los negros y ocultarse tras unas enormes gafas de sol, debía aparentar felicidad, era una recién casada que regresaba de su luna miel... podrían sospechar si llegaba con un atuendo triste y con la cara tan larga que le llegara al suelo.

Finalmente eligió una chaqueta gris perla con su habitual falda lápiz del mismo tono y combinándolo con una blusa rosa palo para poner algo de color, aunque fuese suave. Se miró al espejo mientras cepillaba su cabello y como siempre lo ocultaba en su apretado moño, miró su reflejo atentamente una vez que hubo acabado y se forzó a sonreír, era un gesto forzado y tirante, pero debía hacerlo.

No le gustaba la nueva Elizabeth, odiaba a la muñeca de porcelana que debía ser frente a todos, pero era uno de los requisitos para poder mantenerse entera y en pie. Si constantemente se recordaba quien había sido un día, si continuaba teniendo sueños y esperanzas se pasaría el día llorando y lamentándose por lo que no pudo ser y ya nunca sería. Por eso se había convertido a sí misma en una máquina, en una especie de robot con todo calculado al milímetro y al segundo.

Había tenido tiempo de practicar en sus quince días libres que le otorgaban por ley después de contraer matrimonio, días en los que se negó a salir de su habitación y mucho menos a ver a Daniel, en esos quince días se permitió volver a llorar para enterrar a la vieja Elizabeth tras una tonelada de hormigón.

En esos días también había disfrutado de la soledad, se había conocido a sí misma, se había mirado del derecho y del revés, buscando sus defectos y virtudes frente al espejo y también en su interior, enterrando todo lo mágico, todo lo que ya era inalcanzable para ella y manteniendo tan solo aquellos rasgos que acentuaban a la Elizabeth que quería mostrar ante el mundo.

En ese tiempo también se encargó de desterrar a Daniel de su vida, fueron pequeños detalles, cosas que fue incapaz de pasar por alto y que le confirmaban que él sabía mucho más de lo que había demostrado en aquella reunión en la que les habían explicado a ambos lo del matrimonio concertado.

Había escuchado comentarios, había unido acontecimientos y todo apuntaba a que él no solo estaba de acuerdo con toda esa locura, sino que posiblemente había sido uno de los artífices principales de ella. Por eso no le quería a su lado, le rehuía y fingía no escucharlo siempre que podía para no contestarle.

Él con el tiempo fue aceptando sus desplantes y su indiferencia, aunque por

dentro le hervía la sangre y sentía ganas de darle un par de bofetadas y hacerla entrar en razón, por suerte nunca llegó a hacerlo, ella nunca se lo hubiese perdonado.

Cuando ya sintió que estaba preparada salió del baño y se encaminó a la cocina que había solicitado instalar en el mismo piso.

Ella y Daniel se habían ido a vivir juntos tras la boda, pero eso no significaba que tuviesen que estar juntos realmente. David les había regalado un apartamento doble en el centro y Elizabeth había dejado claro que no quería compartir techo con su *marido*, por eso había pedido que habilitasen dos viviendas dentro de una sola para así poder pasearse por la casa sin la necesidad de cruzarse con él a cada paso.

A Daniel esa idea no le gustó para nada, pero la aceptó porque ella se negaba a casarse si no podía imponer un par de condiciones antes, lo hizo a regañadientes, pero esperaba poder ganársela poco a poco con el paso del tiempo.

Ese pequeño apartamento dentro del dúplex que era de ambos se había convertido en su refugio, allí tenía todas sus cosas. Había solicitado que trajesen todo lo que tenía en casa de sus padres y lo había colocado milimétricamente en su lugar, inconscientemente quería tener todo bajo control y esa actitud se reflejada en su nueva costumbre de colocar todo en un orden immaculado y pulcro.

Cuando Elizabeth estuvo lista por fin, después de un suculento desayuno, bajó al piso inferior donde estaba Daniel esperándola y juntos avanzaron hasta el ascensor.

Él no podía quitarle los ojos de encima, apenas la había visto un par de veces desde que estaban casados aun siendo ella su mujer. Eso le enervaba, no sabía lo que podía hacer para que ella accediese a ser su mujer en todos los ámbitos, quería que todo fuese como antes, cuando eran amigos y lo compartían todo, e incluso se atrevía a desear que ella quisiese ir un paso más allá y se comportasen como un verdadero matrimonio, con noches largas y ardientes, aunque sabía que eso sería lo más difícil de conseguir.

Aquel primer día en la oficina se hizo eterno para ambos, Elizabeth sentía que debía sonreír cuando alguien la miraba y parecía pensar que regresaba de un viaje apasionado con su recién estrenado marido y Daniel debía fingir normalidad cuando alguno de sus compañeros decía que traía cara de «bien follado y desfogado» y debía forzar una sonrisa socarrona para darle la razón.

Cada uno cargaba su cruz a la espalda y sentían su peso, aunque fuesen completamente diferentes uno del otro.

A la hora del almuerzo la puerta del despacho de Elizabeth se abrió de golpe y su padre entró cerrando tras de sí con un sonoro portazo. Ella, que se había mantenido encerrada allí el mayor tiempo posible, le miró con gesto aburrido intentando mantener a raya las ganas que tenía de gritar y echarle la culpa de su situación.

—¿Se puede saber por qué no has salido de aquí en toda la mañana? — preguntó él con un gruñido y mirándola con gesto crispado.

—He estado ocupada con el trabajo —contestó volviendo su atención a los papeles que estaba revisando anteriormente.

—Elizabeth, todos quieren felicitarte por tu matrimonio y apenas te han visto... ¿por qué te encierras aquí?

—Papá... —volvió a mirarlo y suspiró—. Simplemente no me apetece mentirle a la gente, ya me ha costado salir de aquel apartamento y venir a trabajar sabiendo que debía fingir ante todos que estoy feliz. Solo déjame a mí, haré las cosas como crea conveniente.

—Hija... —susurró en tono condescendiente—, cambia la actitud, en eso está la clave... en la actitud, si tú te lo crees, los demás también lo harán. Ella fingió indiferencia, solo frunció los labios y volvió su atención a los papeles.

—Tendré en cuenta tu consejo —contestó con voz neutra, aunque por dentro las palabras de su padre se le habían clavado como puñales... ¿actitud? ¿Así que ella misma debía creerse esa historia para conseguir que los demás también la creyesen? No podía hacer eso, ya le costaba no desmoronarse a cada paso que daba y fingir una normalidad que no sentía, si también debía fingir felicidad acabaría teniendo un problema mental o sufriendo una crisis nerviosa.

Cuando Simon Price dejó el despacho de su hija, esta se puso en pie de golpe y cerró el seguro de la puerta con fuerza. Apoyó la espalda contra la madera e intentó respirar profundamente para mantener las lágrimas a raya, pero fue inútil, en pocos segundos descendían como ríos por sus mejillas... ¿qué había hecho? ¿Por qué había accedido con tanta facilidad a las demandas de su padre? ¿Por qué él parecía haberse vuelto loco de un tiempo a esa parte?

Sabía que la crisis mundial que se estaba cocinando y estaba a punto de estallar, tenía a todos los grandes empresarios con los nervios de punta, pero eso no le daba derecho a exigirle a ella ese tipo de cosas, cosas totalmente incoherentes

y locas... ¿un matrimonio concertado en pleno siglo veintiuno?

Era una locura... una locura de dimensiones desproporcionadas, pero ya estaba hecho y debía soportarlo, afrontar las consecuencias de su decisión y seguir adelante.

## CAPÍTULO 2

*Seattle, 5 de junio de 2009.*

Elizabeth miró a su alrededor con nerviosismo y expulsó el humo de su cigarrillo en un rápido soplido a la vez que su mirada vagaba por el local buscándola, necesitaba desahogarse, contarle todas sus desgracias a alguien que pudiese entenderla, por eso había llamado a Autum. Ella era la única que sería capaz de entender su desesperación y ponerse en su lugar, la única que podría tener una solución pese a que el tiempo había pasado y ya estaba casada. Cuando por fin la vio cruzando la puerta de entrada un suspiro de alivio abandonó sus labios... al fin estaba allí.

Apagó el cigarrillo con nerviosismo y cuando Autum estuvo lo suficiente cerca se puso en pie y la estrechó en un fuerte abrazo que ella correspondió sin dudar. Se sintió mejor justo en el mismo instante en que el olor de aquel perfume tan característico de su amiga la envolvió, era como algo fresco y dulce a la vez, mango... sí, Autum siempre olía a mango recién cortado y ese olor la tranquilizaba y le ayudaba sentirse segura y protegida a su lado.

—Lo siento tanto... —gimoteó su amiga apretando con fuerza los brazos en torno a ella—. Lo siento mucho, mucho, mucho, mucho... —repitió en un susurro.

Elizabeth se alejó y la miró a los ojos a la vez que esbozaba una sonrisa triste.

—Ya no importa —le restó importancia encogiéndose de hombros—. ¿Cómo

has estado?

—Deja de preguntar estupideces ¿quieres? —la regañó Autum con el ceño fruncido sentándose en una silla vacía a su lado—. Dime cómo has estado tú, fui a verte pero el idiota de Daniel me dijo que estabas dormida, que habías tenido una noche un poco... ¿cómo dijo él...? *Movidita en su cama.*

—¿Qué Daniel dijo qué? —preguntó Elizabeth con los ojos extremadamente abiertos por la sorpresa.

—Ya decía yo que tenía que ser mentira... —exhaló sonoramente en un gesto de alivio y sonrió con ternura—. ¿Cómo ibas a acostarte con él? Sabía que era mentira, estaba completamente segura.

—¡Claro que es mentira! ¿Ese capullo cómo se atreve?

—¿*Capullo*? —Autum alzó una ceja y la miró con diversión—. Ay Lizzie... le llamaría de todo menos capullo, ¿cómo se atreve a insinuar algo así?

—Voy a patearle los huevos... —gruñó.

—¡Yo quiero ver eso! —chilló casi dando un saltito sobre la silla—. Pero antes tenemos que planear algo juntas... ¿Una salida de compras esta tarde? ¿Salimos de fiesta esta noche? Echo de menos reírme contigo...

—No tengo ganas de reírme Autum... eso es lo que menos me apetece.

—Te entiendo, pero no puedes hundirte... tienes que seguir adelante... ¿crees que no sé lo que estás haciendo? No puedes dejar que la Elizabeth que quiero y admiro se hunda, no puedes convertirte en esta señora estirada y aburrida que tengo enfrente, que si tengo que ser sincera, empiezas a parecerte un poco a tu madre.

Ella desvió la mirada azorada por sentirse descubierta, ¿pero qué razón tenía para continuar siendo ella misma?

Había tenido sueños, aunque sabía que algún día tendría que ponerse al frente de la compañía familiar, pero se había permitido dejar a sus esperanzas volar en libertad. Quería viajar, conocer otros países, otras culturas... practicar su italiano en Roma y pedir un café con un croissant en su perfecto francés en una cafetería de París.

Quería perderse en las calles de Londres y tostarse al sol en las playas de España.

También quería emborracharse con tequila en México, probar el mate en

Buenos aires y ver una puesta de sol en Chile... quería sentir en la tripa las mariposas del amor, que su piel se pusiese de gallina con un beso y que todo su cuerpo se estremeciese antes de hacer el amor con el hombre al que amaba... ¿y ahora qué tenía?

Ahora era la señora de Daniel Boid. Habían cortado las alas de sus sueños, habían cegado a su esperanza y hecho enmudecer sus ansias... ya no era nadie semejante a lo que era antes, ahora solo quedaba una cáscara vacía con la verdadera Elizabeth enterrada en su interior bajo toneladas de escombros.

—Te lo digo en serio Elizabeth —escuchó de nuevo la voz de su amiga—, como te dejes hundir vas a conocer a Autum Hayers enfadada y te advierto que no te gustará.

—No me queda nada, ya no podré viajar, ya no podré tomarme un fin de semana para mí porque Daniel estará pululando por allí. Me siento tan sola y perdida...

—Me tienes a mí —ella colocó una mano en su hombro y le dio un ligero apretón.

—Tú tienes tu vida y tus propios problemas, deja de preocuparte por mí. Finalmente conseguiré salir de esta.

—Eso sí que no —aseveró Autum con un gruñido—, soy tu mejor amiga y tengo el derecho y la obligación de ayudarte en tus problemas. Así que al menos háblame, dime cómo te sientes y lo que te apetece hacer...

—Es horrible Autum... me he pasado estos quince días encerrada en mi habitación, no soporto estar a su lado, es como si... como si el Daniel que conocía y quería hubiese desaparecido.

—¿Qué quieres decir? Elizabeth suspiró y reordenó sus ideas, cuando ya supo exactamente las palabras que necesitaba para explicarse, encendió otro cigarrillo y miró a Autum a los ojos.

—Daniel siempre estuvo ahí, siempre lo tuve cuando lo he necesitado y creía conocerlo, pero... el Daniel al que quería y apreciaba nunca hubiese sido capaz de hacer lo que él hizo. Aceptó casarse sin amor, aceptó que yo lo hiciese también... me dejó destrozar mi vida y no hizo nada para evitarlo —relató con voz rota y un fuerte nudo en la garganta—. Ahora cuando lo miro solo veo un desconocido, estoy segura de que hasta sus ojos son más fríos y calculadores que antes.

—Ya sabes lo que siempre he creído —dijo Autum después de unos

segundos de silencio en los que procesó con atención las palabras de Elizabeth—. Daniel siempre ha estado enamorado de ti y ahora simplemente... aprovechó la situación. Sería tonto si no lo hiciese.

—Dan no está enamorado de mí —protestó haciendo un mohín infantil—, sigo diciendo que esa es una de tus teorías absurdas... él siempre ha estado enamorado de Lana, ya sabes, la hija de Harry el presidente ejecutivo de industrias Boid.

—¿Y por qué no está casado con ella y sí lo está contigo? —preguntó Autum con suspicacia.

Ella solo entrecerró los ojos y se mantuvo en silencio, ¿y si Autum tenía razón? ¿Y si todo había sido un plan de Daniel para que se casase con él? No... se negaba a creer que Daniel, su Dan... se atreviese a hacer algo así.

—Me voy a trabajar Autum... —murmuró poniéndose en pie y cogiendo su bolso—. No me esperes esta noche, estoy agotada.

—Elizabeth —gruñó su amiga poniéndose también en pie y sujetándola de un brazo—, no te lo permitiré así que simplemente no lo pienses.

—No sé de que me estás hablando —murmuró con voz cansada y vacía.

—No te hundas, no te dejes vencer... todo tiene solución, solo hay que saber encontrarla —murmuró emocionada.

—No todo tiene solución, soy una mujer casada —sin más se dio media vuelta y salió de allí. De camino a la oficina fue planeando un cambio en la decoración de su habitación, cualquier cosa sería mejor que darle vueltas a lo que Autum le había dicho una vez más y que comenzaba a ser cada vez más creíble. No quería pensar en ello, había muchas posibilidades de que fuese verdad que Daniel le había traicionado de ese modo y saberlo le aterraba.

No sabía si estaba preparada para, además de su libertad, perder también la confianza y la fe ciega en su amigo.



Seattle, 17 de junio de 2009.

Era miércoles... y Elizabeth odiaba los miércoles. No era lunes ni tampoco martes, que ya eran odiosos de por sí, tampoco era jueves, la antesala del fin de semana y sus promesas y mucho menos era viernes, cuando solo deseas salir del trabajo y disfrutar como sea de tu tiempo libre.

Por eso ella estaba mirando distraídamente por la ventana en lugar de revisar alguno de los muchos contratos que tenía sobre la mesa y que esperaban su firma, pero es que no tenía ganas de nada, desde que era una mujer casada todo lo que le rodeaba le resultaba aburrido y monótono.

Miró su anillo de matrimonio y el de compromiso, aquel enorme pedrusco que adornaba su mano izquierda y que en ocasiones pesaba como un tonel. Ella no quería eso... ella de niña soñaba con la boda perfecta y su príncipe azul, no con Daniel Boid y un juez en el salón de un famoso hotel.

Quería su historia de amor de novela rosa, su final feliz y su *y comieron perdices...*

El sonido de su teléfono móvil la sacó de sus pensamientos y contestó la llamada sin siquiera mirar el identificador, solo había una persona que la podría llamar a esa hora, además, el tono de llamada la había delatado.

—Hola Autum... —murmuró con desgana.

—*Hola a ti también, se nota que eres el alma de la fiesta... ¿Se ha muerto alguien?*  
—preguntó con ironía al otro lado.

«Yo» pensó decir, pero se mordió la lengua para evitar otra reprimenda de parte de su amiga.

—¿Qué quieres? —preguntó mientras frotaba su frente en un gesto cansado.

—*Tengo un regalito para ti en tu bandeja de correo electrónico, así que no seas mala amiga y abre el mail que acabo de enviarte* —canturreó Autum.

—¿Un regalo por qué? —preguntó con curiosidad y frunciendo el ceño.

—*Porque eres mi amiga, porque te quiero y porque quiero que al menos no pierdas esa personalidad tan maravillosa que tienes.*

—No entiendo como un regalo puede conseguir todo eso que cuentas... — murmuró mientras tecleaba su clave en el ordenador que tenía en el escritorio y comprobaba los mensajes recibidos. Abrió el último que había enviado su amiga y frunció el ceño mientras leía... — ¿Qué es esto? —le preguntó con un hilo de voz.

—*No te hagas la tonta, sabes exactamente lo que es* —le recriminó.

—Autum, cariño... ¿me puedes explicar para qué mierda necesito esto?

—*No te enfades ni te pongas nerviosa...* —le pidió su amiga con voz temblorosa.

—¿Qué no me enfade? —chilló Elizabeth poniéndose en pie—. Autum, soy una mujer casada... ca-sa-da —remarcó cada sílaba—, ¿me puedes explicar que haré en el chat de una agencia de contactos?

—*Que estés casada no quiere decir que hayas salido del mercado, no amas a tu marido y siempre puedes darte una alegría cuando él no mire.*

—¡Autum! —chilló tapándose los ojos con una mano—. No puedes pretender que yo entre ahí y... no... estás completamente loca.

—*No seas aburrida Lizzie* —gimoteó su amiga—, *simplemente prueba y después me cuentas...*

—Estás loca...

—*Puede... pero no quiero perder a mi mejor amiga, hablar con gente que no conoces sin que sepan quien eres realmente te ayudará a mostrarte como de verdad eres sin tener que fingir.*

—Es una idea totalmente estúpida —masculló molesta y comenzando a caminar en círculos.

—*Solo te pido que pruebes... al menos una sola vez* —suplicó Autum —. *Después, si no te gusta, entenderé que no quieras continuar, pero al menos prueba.*

—Estás loca... —repitió dejando escapar un risita nerviosa por lo absurdo de su petición— ¿sabes la cantidad de pervertidos que se esconden tras el monitor de un ordenador? ¡Me estás exponiendo a la mayor red de pornógrafos del mundo! Autum rio escandalosamente y después de unos segundos jadeaba buscando aire.

—*No seas tan escéptica, no todo lo que habita internet es un bicho pervertido, hay muy buenas personas tras las teclas... solo dale una oportunidad* —Elizabeth no podía verla, pero estaba segura de que su amiga estaba haciendo un tierno mohín y poniendo ojitos también tiernos para que ella accediese. Y, aunque no pudiese verla, esa táctica siempre funcionaba y no conocía la razón.

—Tendré en cuenta tu propuesta —murmuró molesta por su debilidad.

—*No me hables como a uno de tus clientes, soy tu amiga y me debes respeto.*  
Elizabeth suspiró.

—De verdad Autum... no me encuentro con energías para una locura de ese calibre.

—*De acuerdo* —pareció pensarlo y prácticamente pudo escuchar como sus labios se estiraban en una sonrisa—, *vamos a plantearlo de otro modo, acabas de casarte... ¿cierto?*

—Sí... —contestó ella con el ceño fruncido.

—*Y toda mujer que se casa merece una despedida de soltera, tú no las has tenido.*

—Sí que la he tenido —protestó infantilmente.

—*Emborracharte mientras ves "El diario de Noah" no es una despedida de soltera en condiciones, Lizz...* —gruñó Autum—. *Hablo de algo más de verdad, de chicos guapos y locuras a media noche, tómate el lujo de hacerlo, disfruta de tu juventud, haz locuras ahora que nadie te lo tendrá en cuenta.*

—¿Mi juventud? Cariño, tenemos veintisiete.

—*Somos jóvenes de espíritu, así que simplemente entra en ese puto chat y lígate al más guapo de todos.*

—¿Y después qué?

—*¿Cómo que después qué? ¿Dónde has dejado tu imaginación?* —preguntó con una risita divertida—. *Después le dices que te ponga la webcam y que se toque mientras lo miras...*

—Autum... —musitó mientras sus mejillas adquirían una tonalidad cada vez más rojiza.

—*No te pongas mojigata ahora* —rodó los ojos teatralmente aunque sabía ella no podía verla—. *Sé que no eres una santa.*

—Pero...

—*No hay peros, tú solo entra en esa web un par de veces y disfruta.* Elizabeth suspiró y pasó una mano por su rostro.

—Está bien... —se rindió— pero una sola vez.

—*¡Esta es mi chica!* —exclamó Autum.

—No te hagas ilusiones, solo te he dicho que voy a probar, no que vaya a pasarme media vida enchufada —gruñó.

—*Que agonías eres... disfruta cariño y a Daniel que le peten el culo por idiota.* Ella rio sin ganas con el eco de las risas de Autum al otro lado del aparato y finalmente resopló.

—¿Qué *nick* me has puesto? —preguntó volviendo a sentarse en su mesa y mirando aquel mail con más detenimiento. Autum dejó de reír y eso hizo que ella se pusiese nerviosa.

—Autum... —apremió con voz dura.

—*Está bien...* —rezongó— *eet... tita* —murmuró demasiado bajo para poder entenderla.

—Autum Hayers —aseveró.

—*¡Arg! De acuerdo, pero no te enfades, fue lo único que se me ocurrió.*

—Dilo ya... —gimoteó impaciente.

—*Sweet Gatita.*

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—*No se me ocurría nada y fue lo primero que llegó a mi mente...* —se excusó con voz compungida.

—¿Sweet Gatita? ¿Estás loca? —chilló—. ¡Eso es un imán para todos los salidos que estén suscritos en la web!

—*Exageras...* —a la voz de su amiga se escuchó despreocupada.

—No exagero, estoy segura de que ya tendré unos cuantos mensajes de un puñado de obsesos sexuales.

—*Te digo que exageras...* —insistió— *compruébalo y verás.*

Elizabeth entró en la web, metió nombre de usuario y tecleó la contraseña que rezaba en el mail. Una página se desplegó ante ella con motivos de corazones y rosas rojas, ¿en serio su amiga había pensado que esa web daría algún resultado positivo?

Parecía creada por alguien que idolatraba a San Valentín de un modo enfermizo. En la esquina superior derecha había un panel en el que estaba el número de mensajes recibidos y un veintitrés tan grande como una catedral estaba señalado en color fucsia.

—¿Cuándo me has registrado? —le preguntó a su amiga con voz contenida.

—*Hace como dos horas... ¿por qué?*

—Tengo veintitrés mensajes... ¡veintitrés! —chilló escandalizada—. Toda la población masculina y pervertida de Seattle me está enviando mensajes privados diciéndome a saber qué barbaridades y babosadas.

—*Exageras* —repitió Autum— *abre alguno, ya verás como no es para tanto.* Elizabeth desplegó el menú de mensajes y ante ella aparecieron los veintitrés nombres más absurdos y asquerosos que había leído en su vida...

—«Pollagrand», «Snakecock», «KatanaMan», «Salchichón Man»... ¿tengo que seguir diciéndote nombres depravados o ya te haces una idea de la clase de hombres que habitan en esta página? —preguntó con ironía.

—*Dios mío...* —murmuró su amiga al otro lado del aparato— *no puede ser, si la página parecía seria...*

—¿Los corazoncitos bailando te parecen serios? —Elizabeth alzó una ceja.

—*Tiene que haber algún nombre normal en mitad de todo ese... desorden...* —añadió ignorando por completo su comentario—. *Busca bien y lee lo que te ha escrito alguien con dos dedos de frente.* Buscó de nuevo en la lista y se detuvo en un nombre aparentemente normal.

—«Mickey Mike»... —susurró con asco— es normal pero... joder Autum, esto está lleno de gente más loca que tú, y te puedo asegurar que lo tuyo es de manicomio.

—*Lee lo que dice ese Mickey* —solicitó con voz apresurada. Respiró hondo e hizo *click* encima de ese nombre, lo primero que apareció en la pantalla fue la foto de un hombre, parecía joven o al menos de su misma edad. Era rubio, con el cabello corto y peinado de punta, su rostro era aniñado aunque no tanto como para parecer un *yogurín*, su sonrisa parecía sincera y sus ojos azules brillaban asombrosamente.

—No tiene mala pinta... es guapo —susurró.

—*¿Pero qué te dice?* —insistió Autum. Rodó los ojos y giró el *scroll* del ratón para que la página bajase.

—A ver... —susurró antes de fijar su vista en el mensaje— *“Hola Sweet. Soy chico de treinta años que busca chica guarra para hacer todo tipo de sexo, especialmente por el culo. ¡Tengo veinte centímetros y estoy depilado! Espero tu respuesta.”* —Su voz fue

bajando de volumen a medida que leía hasta que finalmente fue un susurro apenas audible.

—*¡Borra eso ahora mismo!* —espató Autum estremeciéndose—. *Mira más, tiene que haber algo...* Suspiró y, después de borrar aquel mensaje y bloquear al tal Mickey, volvió a la lista y buscó un nombre atrayente entre ellos.

—«Richard»... al menos es un nombre real —rodó los ojos— *“Hola linda, si con lo que te dan tus papis no te llega para nada, aquí estoy yo para solucionártelo. Quedas conmigo y pasamos un par de horas disfrutando el uno del otro y después te doy un dinerito para tus vicios —se detuvo y tomó una gran bocanada de aire antes de continuar leyendo —, no tiene por qué enterarse nadie, quedara entre tú y yo. Soy un chico normal de treinta y nueve años y muy bueno en la cama, así que seguro que te haré disfrutar y te llevarás un dinerito. No me importa como seas físicamente, solo pido limpieza y que seas cariñosa. Anímate, lo pasarás bien y te verás recompensada”* —se quedó en silencio unos segundos y del otro lado de la línea solo se escuchaba la respiración acelerada de su amiga—. Esto no va a funcionar Autum...

—*Lo siento cariño... te juro que pensé que sería una buena idea... ¿seguro que no hay nada decente por ahí? Es que tuve una corazonada tan grande cuando vi el nombre de la web...*

—No hay nada Autum... absolutamente nada... —susurró.

—*Lo siento... al menos has sido buena y lo has intentando.*

—Sabías que lo haría, consigues que haga todo lo que quieres.

—Elizabeth sonrió—. Te llamo más tarde, ahora tengo trabajo pendiente.

—*Te quiero Lizzie...* —fue la despedida de su amiga antes de cortar la llamada. Se quedó mirando el teléfono unos segundos y sonrió con ternura, aún con sus locuras sabía que podía contar con Autum para cualquier cosa, que ella siempre estaría allí y la apoyaría incondicionalmente.

Era como su hermana, esa que nunca tuvo pero que siempre deseó, y se sentía tremendamente agradecida por poder decir que estaba en su vida y que además era una persona muy importante para ella.

Miró el montón de papeles por revisar y resopló... que poco le apetecía trabajar en ese momento, pero tenía que hacerlo. Le dio un último vistazo a la web antes de cerrarla, pero justo antes de pulsar sobre la «X» un nombre llamó su atención «*Mr. Darcy*».

Sonrió sin darse cuenta, ya que le pareció gracioso que alguien se hubiese

puesto como alias el nombre de uno de sus personajes literarios favoritos. Intentó no sucumbir ante la tentación, pero fue inevitable y abrió el mensaje del tal *Darcy*.

Ante ella se abrió el mismo panel, pero no había foto, algo que lamentó, aunque fuesen pervertidos no estaba de más alegrarse la vista si los que le escribían eran lo suficiente atractivos, y leyó el mensaje en voz baja, casi en un susurro para sí misma.

*“Hombre culto y solvente busca chica joven y liberal, máximo de treinta años, no profesional y sin interés económico, que se haya dado cuenta de que no tiene ningún amigo que le pueda explicar quiénes eran Goya o Velázquez y mucho menos Renoir, que nunca conocerá París si nadie la lleva y que nunca sabrá cómo hay que entrar en el Hilton si nadie la invita. Si quieres cambiar eso, escíbeme”*

Al menos era algo diferente, este chico no prometía sexo ni solicitaba una barbaridad, parecía interesante... pero ella no estaba interesada. Autum había metido la pata hasta el fondo con su idea, era incapaz de verse a ella misma chateando con desconocidos. Sonrió imperceptiblemente antes de cerrar la página, pero dejó ese mensaje intacto en su bandeja de entrada sin eliminarlo como los anteriores.

*Seattle, 26 de junio de 2009.*

Otro día en la oficina... y otro día largo para rematar una semana también larga y cargada de trabajo.

Cuando Elizabeth aceptó que Industrias Boid y sus construcciones se asociaran con Price Ltd. y sus exportaciones, esperaba que el trabajo se

multiplicase por dos, pero no que lo hiciese por tres...

En ese momento se arrepentía más que nunca de haber aceptado ese absurdo matrimonio y no solo por lo evidente, que era Daniel y todo lo que él conllevaba, sino porque su trabajo había cambiado mucho y se había vuelto asfixiante.

Antes veía la oficina como medio de escape, como un método para escapar de su vida real, ahora era su vida real la que la relajaba y solo la soledad de su apartamento era capaz de apaciguar sus nervios y evitar que planease un suicidio.

Cada mañana se levantaba y seguía la misma monotonía, ignoraba a Daniel todo lo que podía y después se encerraba en su oficina sin ver a nadie para enterrarse entre montañas y montañas de papeles.

Algunos rumores comenzaron a pulular por la oficina, muchos de ellos hablaban de lo que era obvio: que ese matrimonio había sido concertado.

Y otros decían que había sido una decisión precipitada, que ahora la pareja hacía aguas y estaban a punto de divorciarse.

Si ese último fuese real, para Elizabeth sería más una bendición que un castigo, pero según una de las cláusulas matrimoniales el que primero solicitase el divorcio tenía que ceder la mitad de sus acciones al otro, dejando a este con la mayoría y así con casi pleno poder en todas las decisiones.

Ella tampoco quería eso, era la empresa que su abuelo había fundado y mantenido a flote durante muchos años, no estaba dispuesta a perderla por algo así, no por Daniel.

—Señora Price, su padre solicita verla en su oficina inmediatamente —se escuchó la voz de su secretaria por el interfono. Elizabeth suspiró y se puso en pie con desgana, lo que menos le apetecía era ver la cara de su verdugo, porque eso era en lo que se había convertido su padre para ella, el verdugo de su condena de por vida desde que le pidió que se casase con un Boid para así asegurar su patrimonio.

Acudió a su oficina esperando una reunión de trabajo, tenían un par de problemas con unos envíos llegados de Asia que estaban un poco complicados de resolver y eso tenía a la oficina un poco revolucionada, pero cuando abrió la puerta del despacho de su padre y se encontró con la espalda de Daniel supo que esa reunión sería de todo menos de trabajo... y mucho menos pacífica y tranquila.

—Papá... —susurró con voz queda—. Daniel... —hizo un asentimiento de cabeza ante su *marido* y clavó la vista sin interés alguno en la ventana tras el



escritorio de madera oscura que presidía la oficina, donde se podía ver parte de la ciudad.

—¡Qué bueno que llegas hija! —dijo Simon con alegría y poniéndose en pie para abrazarla. Ella recibió el abrazo algo reticente, desde el día en que le propuso aquel falso matrimonio su padre había pasado a ser prácticamente un desconocido para ella.

—Estaba hablando con Daniel de vuestros progresos y él parece muy animado —continuó Simon ignorando por completo los brazos caídos de su hija mientras la envolvía entre los suyos—. Tenemos tan solo un par de años antes de que Boid y yo nos jubilemos y sería bueno que tuviésemos frutos antes de eso. Elizabeth frunció el ceño y miró a su padre y a Daniel de hito en hito sin entender muy bien de que estaba hablando.

—Lo siento, pero no te entiendo —murmuró confundida.

—Entiendo que no quieras hablar de esas cosas con tu viejo padre, pero agradecería ser el primero en enterarme de la gran noticia —añadió Simon a la vez que Daniel desviaba la mirada.

—¿Qué cosas? —volvió a preguntar ella con el ceño fruncido.

—Ay hija... —Simon parecía avergonzado —mejor habla con tu madre y que ella te dé consejos o lo mejor será que vayas con un doctor, él sabrá mejor qué hacer.

—¿Pero de qué estás hablando?

—Del próximo heredero... —una enorme sonrisa estiraba los labios de su padre mientras pronunciaba esas palabras y todo su cuerpo se puso rígido. Palideció de golpe y en un rápido movimiento de cabeza taladró a su marido con la mirada.

—¿Qué heredero? —preguntó atropelladamente.

—El próximo heredero de los Price y los Boid... ¿De qué pensabas que estábamos hablando? El mundo dio un salto de repente y Elizabeth perdió el equilibrio, se sujetó a lo que tenía más cerca, que resultó ser el brazo de Daniel, pero en cuanto supo que se trataba de él lo alejó de un empujón y fue a trompicones a sentarse en una de las sillas que había frente a la mesa.

—Hija... ¿te encuentras bien? —le pareció escuchar la voz de su padre, pero era un sonido lejano. En su mente solo se repetían las palabras que acababa de escuchar y no podía creérselo. ¿De verdad esperaban que ella y Daniel...? ¡No! Se

negaba rotundamente a eso.

—¿No será que el encargo ya está hecho y por eso se siente mal? —de nuevo el sonido de su voz llamó su atención y ante el significado de sus palabras se puso en pie de golpe.

—Papá no... no estoy embarazada... y no voy a estarlo... en mucho tiempo —murmuró con voz ahogada.

—¿Qué? —exclamó sorprendido—. Pero Dan... él me dijo que estabas de acuerdo y...

—No voy a tener un hijo con Daniel, acepté casarme con él por el bien de la empresa... ¿pero un hijo? —preguntó alzando la voz—. Estáis completamente locos si pensáis que voy a aceptar semejante atrocidad.

—Sé coherente... —refutó Simon— necesitamos un heredero para la empresa, no podemos dejar que...

—Pues adoptas a un niño huérfano y así a la vez harás una buena causa, pero yo no pienso dejar que Boid me ponga un solo dedo encima y mucho menos que me deje embarazada...

—Elizabeth —gruñó—, no voy a permitir que alguien que no tenga mi sangre esté al frente de la empresa.

—Los Boid no son tu sangre y no solo les has cedido la empresa, les has vendido a tu hija —espetó furiosa.

—Los Boid son nuestra familia y no te atrevas a hablarme en ese tono, tú accediste voluntariamente, ¡no te he vendido!

—Da igual como sean las cosas, no voy a tener un hijo con Daniel, eso puedes tenerlo claro... y él también —sin dar lugar a réplicas, Elizabeth salió de aquella oficina dando un sonoro portazo y avanzando a toda velocidad para encerrarse en la suya.

Segundos después de que ella lo hiciese, Daniel también entró allí y la enfrentó con el ceño fruncido.

—¿Te parece bien hablarle así a tu padre? —le preguntó cruzando los brazos bajo su pecho.

—No vengas tú ahora a darme lecciones de respeto y moralidad, esas palabras te quedan demasiado grandes —escupió ella.

—Tu padre solo se preocupa por su empresa, solo vela por nuestro futuro.

Él quiere que su empresa esté asegurada por los próximos años y por eso necesita un heredero —parecía nervioso, hablaba apresuradamente y una gota de sudor se deslizó desde su sien izquierda hacia la barbilla.

Si lo mirabas fijamente era atractivo, muy alto y con los músculos marcados bajo los caros trajes que siempre vestía. Sus ojos oscuros, prácticamente negros, siempre miraban con calidez y una sonrisa deslumbrante le daba a su rostro de aspecto aniñado un aire de dulzura. Siempre que podía aprovechaba para deslizar las manos por su cabello oscuro, lo había llevado largo en sus años de instituto y también en la universidad, pero ahora que trabajaba en la empresa de su padre se lo había cortado pareciendo un poco más serio y un poco más como la marea de empresarios del país, todos bien vestidos, bien peinados y siempre correctos.

—Daniel... de verdad... no me apetece hablar de este tema y mucho menos contigo.

—Nunca hablas... siempre me ignoras y haces como que no estamos casados, pero lo estamos... ¿me has entendido? ¡Estamos casados! —Daniel alzó la voz sin darse apenas cuenta.

—¿Y qué si estamos casados? No voy a quedarme embarazada.

—Es una de las cláusulas del contrato prematrimonial. Tenemos la obligación de engendrar a un heredero en los dos años posteriores al enlace.

—Yo no leí eso...

—Pues está explicado correctamente, puedes comprobarlo en la copia que te has quedado.

—¿Y tú estás de acuerdo con todo esto? —preguntó sin poder llegar a creerse lo que le estaba diciendo.

—Lizzie... —dijo Daniel en tono meloso y con una sonrisa — tú y yo somos amigos desde hace años, hemos crecido juntos y nos conocemos prácticamente de toda la vida, lo lógico sería que entre tú y yo finalmente surgiese algo...

—Deja de bromear con esto Dan, es una completa locura —casi suplicó con voz temblorosa.

—¿Por qué es una locura? ¿Tan repulsivo te parezco para no querer acostarte conmigo? —preguntó con voz seca y dura.

—No puedes estar hablando en serio... —dejó escapar en una exhalación—. No, Daniel... esto es absurdo y desproporcionado.

—Es tu obligación, has firmado un contrato —la mirada que le dio hizo que Elizabeth jadease y se llevase la mano al pecho.

—Tú lo has sabido desde el principio... —murmuró aturdida y sin poder alejar sus ojos de los suyos — tú lo has planeado todo también, estabas al tanto de todo esto...

—Lizz... no digas estupideces —rio con nerviosismo. Y ese fue el detonante, lo que advirtió a Elizabeth de que algo olía mal en todo ese asunto, Daniel le estaba ocultando algo.

—¡No me mientas! —chilló apuntándolo con un dedo—. Te conozco perfectamente, Daniel, y sé que me estás mintiendo vilmente... ¿Cómo se te ocurre estar de acuerdo con esta locura?

—No es una locura... —masculló él entre dientes.

—Es una completa locura... ¡no te amo! Y estoy segura de que nunca lo haré.

—Lizzie...

—No me llames Lizzie —escupió molesta.

—De acuerdo, Elizabeth, no es tan loco, los dos nos conocemos nos queremos y siempre he sabido que estoy completamente ena...

—No te atrevas a decir que estás enamorado de mí porque te golpeo hasta que quedes irreconocible.

—No quieres escucharlo, pero es la verdad, te quiero desde hace mucho tiempo y tú no quieres verlo —dijo furioso.

—Estás... estás confundido... ¿qué pasa con Lana? Me dijiste que sufrías por ella... me dijiste que la querías... que tú...

—Solo mentí para ponerte celosa... ¿de verdad crees que yo podría fijarme en alguien como ella? Tengo mejor gusto —rio socarrón.

—Daniel...

—No —la interrumpió sin dejarla hablar—, ahora vas a escucharme tú a mí. Estamos casados te guste o no, vas a tener un hijo mío te guste o no y vas sonreír frente a todo el mundo y fingirás que me amas. Una oleada de rabia ardiente comenzó a bullir por sus venas, cerró las manos en puños a cada lado de sus caderas para evitar golpearle, aunque sabía eso sería la única cosa que podría tranquilizarla realmente.

—Sabes que no me rendiré sin luchar... ¿lo sabes verdad? —preguntó ella con los dientes apretados por la furia.

—Luchaste para detener la boda y fracasaste... ¿quién te asegura que ahora saldrás victoriosa? —preguntó burlón.

—Eres un hijo de... —se calló de golpe y gruñó de frustración— vas a arrepentirte de todo esto Boid, va a llegar el día en que me suplicarás por algo y yo me reiré de ti como lo estás haciendo tú ahora.

Daniel sonrió, se acercó a ella hasta quedar frente a frente y sujetó un mechón de cabello que había salido de su recogido, Elizabeth dio un paso atrás para alejarse y él sonrió todavía más.

—Estás asustada porque no tienes el control, porque estás en mis manos —susurró con orgullo—. Te tengo a mi merced, Lizzie... tu empresa o tu libertad... ¿qué será más importante para ti?

—Vete a la mierda, gilipollas —masculló molesta—. Sal de mi despacho ahora mismo.

—Me iré, pero porque quiero que pienses detenidamente en nosotros, en nuestro matrimonio, en nuestro futuro hijo... nos espera una vida muy larga juntos —Daniel intentó besarla pero ella se retiró y le dedicó una mirada cargada de odio que lo hizo reírse a carcajadas.

Estúpido... estúpido, estúpido y mil veces estúpido... ¿qué iba a hacer ella ahora?

Tenía que buscar un abogado, un buen abogado que pudiese sacarla del embrollo en el que se había metido, no estaba dispuesta a pasar el resto de su vida al lado de una persona que creía conocer y que realmente no lo hacía, alguien que la había engañado y en el que ya no podría confiar más.

Tomando una fuerte bocanada de aire para detener las lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos, caminó hacia donde había dejado su bolso y en su teléfono buscó al que sabía que sería el mejor abogado para ese caso.

Alguien sin escrúpulos capaz de sacarle los ojos al acusado y dárselos de cena diciéndole que eran un manjar, y eso era exactamente lo que ella quería para Daniel.

Marcó el número sin más dilación, tenía que acabar con todo eso cuanto antes, mientras esperaba a que contestasen al otro lado no dejaba de idear las formas en las que le gustaría ver a Daniel cuando todo esto acabase, suplicando

Naobi Chan

clemencia, pidiendo perdón a gritos... hundido y sin nadie a quien recurrir...

—*Oficina de Gino Biancci, le atiende la señorita Harmond... ¿en qué puedo ayudarle?*

## CAPÍTULO 3

*Seattle, 2 de julio de 2009.*

Gino Biancci era alto, muy alto, fuerte y con una mirada amenazante que podía hacer que cualquiera se lo hiciese en los pantalones en un segundo. Además, sus enormes músculos ganados gracias a horas de gimnasio, eran tan o más amenazantes que ese par de ojos azules tan fríos como el hielo, pero cuando quería dejaba salir sus raíces italianas y el brillo de esos orbes era encantador.

En cuanto entró en aquel restaurante fue como si todos se hiciesen a un lado para dejarle paso, su presencia era tan intimidante y avasalladora que parecía llenar el salón él solo. Elizabeth lo esperaba con impaciencia, había hablado con él solo unos días antes y le dijo que se encontraba en Nueva York, pero que viajaría en cuanto le fuese posible a Seattle para que tuviesen una reunión y le explicase en persona qué era lo que estaba ocurriendo.

En cuanto le vio llegar fue como si la calma y la paz regresasen a ella, como si con su sola presencia pudiese hacer que Daniel saliese corriendo con el rabo entre las piernas dejando tras de sí el divorcio firmado y Price Ltd. en perfecto estado, pero sabía que eso era imposible.

En cuanto Gino estuvo a su lado una enorme y deslumbrante sonrisa adornó su rostro haciendo que dos perfectos hoyuelos se marcasen en sus mejillas y fue como si el sol hubiese salido en mitad del restaurante. Gino era agresivo en su

trabajo, intimidante y hasta podía decirse que no tenía remordimientos, porque realmente no los tenía, pero en el día a día, lejos de los tribunales y los casos aparentemente imposibles, era otra persona completamente diferente. Era divertido, tierno, espontáneo, estaba haciendo bromas continuamente y era el alma de las fiestas.

La cara y la cruz de una misma moneda y eso demostraba lo mucho que el trabajo hacía que las personas se moldeasen para dar una apariencia específica. Gino envolvió a Elizabeth en un fuerte abrazo y besó su coronilla, se conocían desde la universidad, cuando ella se perdió en el campus y él la acompañó hasta la facultad de economía sin parar de hablar en el trayecto.

—¿Cómo estás pequeña? —preguntó con evidente preocupación. Elizabeth intentó sonreír al alejarse de su pecho, pero no lo consiguió y Gino frunció el ceño.

—¿Tan grave es?

—Siéntate... —le pidió con un hilo de voz y en cuanto lo hizo ella ocupó una silla a su lado. Gino la miró impaciente y finalmente suspiró mirándole de reojo—. ¿Recuerdas a Daniel Boid?

—Si... —asintió—, siempre ha sido tu perrito faldero —sonrió con ironía.

—Me he casado con él —admitió en un susurro. Gino frunció el ceño y miró a su amiga sorprendido, no es como si el anuncio del matrimonio no hubiese salido en la prensa, pero él estaba continuamente viajando y concentrado en varios casos a la vez, por lo que le era un poco difícil mantenerse al tanto de las noticias financieras y mucho menos de las de la prensa amarillista.

—¿Pero... cómo... ¡por qué!? —preguntó entre balbuceos. Ella suspiró y clavó la vista en sus manos.

—Mi padre me pidió que lo hiciese para así asegurar las acciones de Boid y las nuestras, por lo visto hay un comprador muy interesado en la empresa de Boid y mi padre quiso ayudarlo —explicó—. Simon, Boid y el mismo Daniel insistieron en que era la mejor opción, que los asesores habían estudiado las estadísticas y las probabilidades y que era la única solución. Lo que yo no sabía era que...

—¡Espera! —la detuvo Gino—. Creo que esto va para largo y es más complicado de lo que parece, mejor me pido *whisky* antes. Elizabeth sonrió y, después de que Gino tuvo su copa, continuó contándole todo lo que había sucedido con pelos y señales.

—¿Me estás diciendo... que tienes que quedarte embarazada de ese cabrón?



—preguntó él atónito.

—Por lo visto es una de las cláusulas, pero yo apenas leí el contrato antes de firmar, quería acabar con eso cuanto antes...

—¿Qué aprendiste en la facultad? No puedes firmar algo que no hayas leído antes.

—Gino, estoy desesperada, tiene que haber algo, un vacío legal en el que pueda escudarme y salir de este maldito matrimonio.

—¿Alguien te coaccionó de algún modo para que aceptases casarte? —preguntó él, a lo que Elizabeth negó—. Es difícil Lizzie... haré lo que pueda pero... ¿hasta dónde quieres legar?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Puedo anular el matrimonio, será difícil pero estoy seguro de que puedo hacerlo —aseguró con aplomo y seriedad—, puedo hundir a Boid y a su empresa, pero puede que me lleve a muchos por delante, entre ellos al presidente de Price Ltd.

—Gino...

—Sé que es duro, pero Simon... sé que es tu padre, pero no ha actuado bien. Casi te obligó a casarte, espera que tengas un hijo con un marido que él ha impuesto y parece estar de acuerdo en que tú solo seas una marioneta y que Boid se quede con todo... —Gino frunció los labios y miró a su amiga a los ojos—. Es tu decisión, yo haré lo que mi cliente me pida, que eres tú en este caso. Pero si estuviese en tu lugar acabaría con Boid y le arrebataría a Simon la empresa, él tiene capital suficiente para poder subsistir el resto de su vida sin trabajar y tú recibirías tan solo lo que es tuyo y todo lo por lo que estás luchando.

—Pero... no... ¡Dios! —gimió cerrando los ojos con fuerza.

—Piénsalo, no necesito una respuesta inmediata. Esto es mejor que lo hagamos despacio y atando todos los cabos. Estudiaré el caso y te diré las opciones detalladas en cuanto pueda.

—Gino... ¿debo seguir viviendo con él? —le preguntó con un nudo en la garganta.

—Lizz... —susurró su nombre en tono condescendiente—, si por mí fuese te sacaba de esa casa ahora mismo, pero si como me dijiste existe una cláusula del abandono de hogar... ¡maldita sea! ¿Por qué no leíste antes de firmar?

—Lo siento... —exhaló y bajó la mirada.

—Joder... haré todo lo que pueda, te lo prometo cariño —la consoló acariciando su cabello.

—Pero no pienso tener un hijo con él... —gruñó.

—Ni se te ocurra hacer eso, si ese contrato fue tu sentencia un embarazo sería la horca, no te dejes manipular y no accedas a eso, te lo suplico.

—Gracias... —Elizabeth intentó sonreír y él le correspondió.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti... —aseguró—. Ahora... ¿podemos comer algo? Me muero de hambre.

Ella sonrió y negó con la cabeza, ese era su Gino, su amigo... y esperaba que pudiese ayudarla a salir del lío en el que se había metido.

*Seattle, 4 de julio de 2009.*

—*No pienso dejar que te pases el 4 de julio encerrada en casa... ¿me has escuchado bien?* —fue el saludo de su amiga en cuanto contestó a su llamada, Elizabeth frunció el ceño y miró por la ventana de su habitación, era una noche ligeramente cálida y el cielo parecía estar cubierto de estrellas, pero los edificios que rodeaban al suyo eran tan altos que apenas le dejaban ver una pequeña porción de este.

—Lo siento... pero no estoy para fiestas... —murmuró abatida.

—*Lizzie cariño, entiendo que ese cabrón que tienes por marido te esté amargando la vida, pero no puedes dejarte vencer... tienes que ser fuerte y demostrarle que no podrá contigo.*

—Autum... ¿por qué no te buscas un novio y me olvidas por unos días? —preguntó exasperada.

—No te lo tendré en cuenta porque soy tu amiga y sé que estás pasando por un mal momento, pero... pequeña zorra, si me vuelves a hablar así te meto un zapato por el culo —masculló su amiga con voz amenazante.

—Lo siento... —se tapó los ojos con la mano y suspiró—. Sé que tú no tienes la culpa y lo estoy pagando contigo. Pero te lo digo de verdad, no me apetece salir, hoy no sería muy buena compañía, como acabas de comprobar.

—Pero Lizz... —rezongó— estamos en la playa, hay fuegos artificiales y tenemos muchas cervezas... ¿seguro que no quieres?

—No... —aseguró—. Tengo a Mr. Darcy y dos litros de helado de vainilla esperándome en el sofá, lo prefiero a la playa, los fuegos y las cervezas.

—Cuando Daniel sepa que lo estás engañando con Darcy le va a dar algo —bromeó su amiga.

—El muy estúpido seguro que lo busca para darle caza —rio con ella.

—Pues se lo diré si no vienes esta noche... venga cariño, es sábado y 4 de julio... ¿qué te lo impide?

—Soy una mujer casada.

—¡Por mis ovarios! —exclamó Autum—. Puede que tengas un estúpido anillo en el dedo, pero tienes más ansias de libertad que medio Seattle junto. Así que... venga, ponte guapa que voy a buscarte en una hora.

—No, Autum... no insistas más.

—Aburrida... —escupió— mañana te llamaré para decirte que he ido a la mejor fiesta del mundo y que allí conocí al hombre de mi vida.

—Eso espero —Elizabeth sonrió—, que pases buena noche y te diviertas mucho.

—Pero... ¿de verdad que no vienes? —volvió a insistir.

—No, hasta mañana —y sin esperar respuesta colgó el teléfono, porque conocía a su amiga, sabía que era capaz de conseguir casi todo lo que se proponía y faltaba muy poco para que ella accediese a ir a esa fiesta.

Algo que no era muy buena idea, acabaría completamente borracha, llorando en el hombro de un desconocido o desconocida y contándole su patética vida...

Suspiró mirando a su sofá, donde estaba la película de *Orgullo y prejuicio*

dentro de su estuche y esperando que la viese, también estaba su bote de helado... sí, lo mejor era quedarse en casa, tener una cita con Darcy y olvidar los problemas por un rato ahogándolos en helado con sirope de caramelo.

Vio la película con atención, tal y como las veinte veces anteriores, lloró en los momentos indicados y odió y a amó a Darcy a partes iguales... adoraba esa historia, el orgullo de los protagonistas, cuando finalmente se rendían al amor, el final... ese final tan apoteósico y que tuvo que releer varias veces la primera vez para poder creérselo.

Se conocía la historia de memoria, pero cada vez que la revivía era como la primera vez.

Después de ver la película y con el estómago lleno de helado, decidió comprobar su bandeja de correo electrónico, seguro que Autum se había vuelto loca enviándole fotografías de la fiesta en la playa para mostrarle lo bien que se lo estaba pasando y así darle envidia y que fuese hacia allí. No se equivocó... su bandeja de entrada estaba repleta y en todas las imágenes su amiga parecía el epítome de la felicidad.

En una sonreía, en la otra se reía a carcajadas, en otra estaba subida a la espalda de un chico y fingía cabalgarlo... Elizabeth sonreía al ver cada una de ellas y aunque no lo admitiría nunca, sintió un poquito de envidia, le hubiese gustado estar de mejor humor, haberse puesto un traje de baño y salir a disfrutar de la playa durante la noche. Pero estaba segura que de haberlo hecho, después se habría arrepentido mucho.

Iba a cerrar el ordenador, ir a la cama y leer un libro antes de dormir, pero recordó aquella página de contactos en la que Autum la había registrado.

Sintió curiosidad por saber cuántos mensajes tendría y el tono de estos. Se mordió el labio inferior con nerviosismo y tecleó su sobrenombre y la contraseña, como la otra vez un par de corazones bailando en un fondo de rosas blancas y rosadas le dio la bienvenida.

Realmente admiraba a los creadores de esa página, había que tener mucho valor para atreverse a hacer algo así y encima publicarlo en internet a la vista de todos.

Dejó a un lado las críticas sobre el tema de la web y miró su bandeja de entrada donde un ochenta y cinco le indicaba el número de mensajes sin leer. Se estremeció internamente, todo eso era culpa de Autum y del estúpido nombre que se inventó... ¿Sweet Gatita? Estaba completamente loca...

Comprobó de nuevo los nombres de las personas que le habían escrito y, tal y como la otra vez, sus nombres ya indicaban cuales eran sus intenciones, pero es que no podía esperar otra cosa... esas páginas eran precisamente para eso y no para buscar amigos con los que pasear de la mano por el parque. Abrió uno al azar y lo cerró de golpe solo con leer la primera palabra... ¡vaya panda de pervertidos que se había unido en una sola página! Pero como no tenía nada más interesante que hacer, continuó leyendo algunos mensajes.

*“Soy un chico deportista, de un metro setenta y cinco y treinta y nueve años, busco una chica muy morbosa de treinta a treinta y cinco años. Que sea atractiva, con pies bonitos y sensuales y que sea simpática. Yo soy cariñoso y divertido... ¿te atreves a conocerme?”*

Definitivamente no...

*“Hola linda, soy un hombre de treinta y tantos, casado, sincero, agradable, divertido, generoso, que busco una mujer casada, atractiva y cariñosa para amistad y si surge algo ser tu aliciente en que pensar cada mañana o cuando tú quieras. Me gustaría darte los buenos días por un mensaje, un mail, una llamada, ser tu confidente, tener detalles, ser muy cariñoso y respetuoso. No sé cuándo abrirás este mensaje, no sé ni siquiera si responderás, pero solo pensar que puede ser, ya vale la pena escribirlo.”*

Con este último sintió un poco de empatía por el hombre, seguro que odiaba a su mujer, que se había casado por conveniencia o que con los años aquella chispa que los unía se había ido apagando y ahora buscaba una nueva alegría en su vida para no sentirse tan solo.

Elizabeth suspiró y decidió dejar de leer, divertirse a costa de estos pobres chicos no era ético, quizás ella en un futuro no muy lejano también estaría suplicando un poco de atención de alguien que no fuese Daniel. Iba a cerrar la página y olvidarse de ella para siempre, seguro que había algo mucho más interesante que hacer, pero aquel mensaje que días atrás no había borrado continuaba allí, aquel Darcy que había sido tan educado y que le había hecho sonreír. Lo abrió de nuevo y lo releyó con atención...

*“Hombre culto y solvente busca chica joven y liberal, máximo de treinta años, no profesional y sin interés económico, que se haya dado cuenta de que no tiene ningún amigo que le pueda explicar quiénes eran Goya o Velázquez y mucho menos Renoir, que nunca conocerán París si nadie las lleva y que nunca sabrán cómo hay que entrar en el Hilton si nadie la invita. Si quieres cambiar eso, escíbeme”.*

¿Sería algo malo si le contestaba? Solo le diría que su mensaje le había gustado... eso no sería gran cosa y... No... mejor lo olvidaba.

Pero ¿y si...? Resopló frustrada y pulso el botón de “contestar” que había junto al nombre de Mr. Darcy, se le abrió un panel blanco y allí un cursor parpadeante le iba marcando los segundos en los que lo miraba fijamente sin saber muy bien que podría escribirle.

Finalmente, cerró los ojos y respiró hondo, puso las manos sobre las teclas de su portátil y dejó que sus dedos hablasen por ella escribiendo sin pensar.

*“Hola Mr. Darcy.*

*Me ha alegrado mucho recibir tu mensaje, me has demostrado que todo habitante de internet no tiene cerebro solo para una única cosa.*

*Me gustaría ser un poco más coherente con este mensaje, pero si tengo que ser sincera es la primera vez que lo hago, no es la primera vez que voy a escribir un mensaje, pero sí a alguien que he conocido por internet, espero estar haciéndolo bien porque ahora mismo me siento un poco absurda.*

*No suelo hacer este tipo de cosas y sé que sonará a tópico, pero no me inscribí en esta web voluntariamente, la culpable fue una amiga que lo hizo a mis espaldas y me estoy planteando seriamente enviarla a un centro psiquiátrico porque su locura comienza a ser preocupante.*

*La verdad es que no sé muy bien que decirte, creo que solo te contesto para hacerte saber que has conseguido llamar mi atención y eso es un poco complicado en esta página.*

*No estoy buscando nada realmente, mi vida es un completo caos en este momento y estoy a punto de volverme loca yo también.*

*La prueba de ello es que ahora mismo, un 4 de julio, en lugar de estar celebrando la independencia de nuestro país, estoy escribiendo este mensaje a un completo desconocido.*

*En fin... que no te entretengo más, gracias por tu mensaje y espero que la vida te*

*sonría.*

*Un cordial saludo, Elizabeth Price."*

Estuvo a punto de darle al botón de enviar, pero se dio cuenta de su error al escribir su nombre real y, con un gruñido, lo cambió por el que Autum le había puesto.

*"Un saludo, Sweet Gatita."*

Se lo pensó un par de veces antes de hacerlo, pero finalmente pulsó "enviar".

Era un desconocido, no volvería a saber nada de él, en el peor de los casos simplemente le enviaría una respuesta y con ignorarla sería suficiente.

Después de eso sí apagó el ordenador, decidió irse a la cama pero antes se daría una ducha. Se metió en el baño y abrió el grifo de agua caliente esperando que esta se templase, se miró al espejo y justo cuando iba a comenzar a desnudarse, escuchó un ruido que provenía del salón.

Frunció el ceño y salió hacia el pasillo para comprobar que se trataba, en esos momentos era cuando echaba de menos tener un gato, así podría echarle la culpa a él de los ruidos extraños sin necesidad de asustarse por ello.

Caminó con lentitud a lo largo del pasillo, también lamentaba que no fuese más largo, así llegar al salón le llevaría más tiempo y quizás el ruido ya hubiese cesado, pero no tuvo esa suerte... otro fuerte estruendo, como si algo grande y pesado se hubiese caído al suelo, se escuchó al fondo del pasillo donde estaba todo oscuro y no podía ver absolutamente nada.

Llegó al salón y pensó en encender la lámpara, así al menos vería a lo que o a quien quiera que fuese, pero antes respiró hondo e intentó dejar de temblar. Accionó el interruptor de la luz y parpadeó varias veces para acostumbrarse a la claridad... lo primero que vio fue aquel adorno hindú de madera que Gino le había traído de uno de sus muchos viajes, tirado en el suelo, y después vio una figura grande y agachada junto al adorno para intentar recogerlo.

—¿Daniel? —preguntó confusa.

—Sí... —contestó él alargando la I mientras se ponía en pie y se tambaleaba

hacia un lado.

—¿Qué haces aquí? ¿Y por qué estás borracho?

—Hoy es fiesta... hay mucho que celebrar... —arrastró las palabras.

—Daniel... será mejor que te vayas al piso inferior y que te metas a la cama —se acercó a él y lo empujó levemente por la espalda para guiarlo hacia las escaleras.

—A la cama es exactamente a donde me voy a ir... eso es lo que tenía pensado —se acercó un paso a ella y exhaló su aliento con olor a alcohol en su cara, provocando que arrugase la nariz.

—Por favor... vete abajo, mañana hablaremos largo y tendido de lo que quieras —pidió con voz temblorosa.

—No quiero hablar Elizabeth, estoy hasta las narices de intentar hablar contigo y me rehúyes... pero se acabó... ¿me has entendido? ¡Se acabó! —alzó la voz y avanzó otro paso en su dirección, paso que ella retrocedió de inmediato—. Intenté hacer las cosas a tu modo... quise darte tiempo para pensar... pero la siempre intachable y perfecta Elizabeth Price es demasiado para un maldito mortal como yo...

—Daniel, por favor —susurró ella—, vete al piso inferior y descansa, vas a decir algo de lo que puedes arrepentirte.

—¿Arrepentirme? No... —aseguró y la miró de un modo que la hizo estremecer de miedo—, llevo años deseando esto... ¡años Lizzie! No voy a arrepentirme, quizás lo hagas tú por no haberlo pedido antes.

—No te estoy pidiendo nada —susurró con voz temblorosa y retrocediendo otro paso hacia atrás.

—Lo haces... —él asintió efusivamente y de nuevo caminó hacia ella, provocando que volviese a retroceder hasta toparse con la pared pegada a su espalda—. Cuando caminas, cuando hablas, cuando respiras... sobre todo cuando me miras así, con esa cara de niña buena asustada. Me lo estás pidiendo a gritos, Elizabeth.

—Daniel... estás enfermo... —masculló contrariada, no sabiendo si sentir más repulsión que miedo.

—Tú me pones enfermo, tu indiferencia me pone enfermo... he hecho de todo para llamar tu atención, he intentado por todos los medios que te fijases en



mí... ¡hasta ideé un plan financiero falso para que te casases conmigo! —chilló alzando los brazos al techo—. ¿Y qué he conseguido? ¡Más indiferencia! —se quedó en silencio, observándola, sus pupilas estaban dilatadas y respiraba pesadamente por la nariz, su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración y sus manos estaban cerradas en fuertes puños tensando los músculos de sus brazos. Elizabeth le observó asustada, no sabía lo que Daniel tenía en mente pero podía intuirlo y ella tenía miedo por mucho que le costase admitirlo.

—Daniel... —susurró su nombre en un quejido y él se tensó— no hagas esto...

—Voy a hacerlo —aseguró tiñendo su rostro de una ira mal disimulada—, voy a hacerlo aunque te niegues, aunque supliques... eres mi mujer y tengo todo el derecho.

Lo siguiente que ocurrió fue demasiado rápido, se vio inmovilizada contra la pared con los brazos de Daniel haciendo una resistente prisión a su alrededor.

Miró a ambos lados buscando algo, no sabía el qué, pero necesitaba una vía de escape, él era mucho más grande que ella, tenía más fuerza y por mucho que quisiese resistirse no podría conseguir liberarse de su agarre.

Se removió para zafarse de él, pero Daniel la sujetó por los brazos y la zarandeó con rudeza una sola vez haciendo que se golpease la cabeza contra la pared. Unas gruesas y ardientes lágrimas se deslizaron por sus mejillas, lágrimas de miedo y de impotencia... ¿qué más podía hacer que llorar?

—Eres mi esposa y tengo todo el derecho de hacer esto... ¿me has escuchado bien? —murmuró contra su rostro y el golpe de su aliento en su nariz mezclado con el miedo casi la hizo vomitar.

—No... —gimió con desesperación cuando una de sus rodillas se abrió paso entre sus muslos y los separó con rudeza.

—Mía... mía... mía... mía... —susurraba repetidamente mientras deslizaba las manos por sus brazos hasta llegar sus muñecas y, sujetándolas también con fuerza, las alzó por encima de su cabeza apretándolas contra la pared con una sola mano. Elizabeth intentó liberarse de nuevo, consiguiendo tan solo que él intensificase su agarre y sintiese un dolor lacerante a lo largo de sus extremidades superiores.

—No... por favor... —suplicó con un hilo de voz— Dan... por favor...

Él la miró a los ojos y se quedó paralizado durante varios segundos, ella soportó su mirada, suplicándole en silencio que se detuviese, que él no era así, que

no podía estar tan equivocada al pensar que después de todo era una buena persona y uno de sus amigos... Y él pareció entenderlo, una expresión de horror cubrió su semblante y dio un paso atrás soltándola de golpe.

Ella se deslizó lentamente por la pared, sin fuerzas... sus rodillas no podían soportar su peso a causa del temblor y se quedó sentada en el suelo, allí se encogió y comenzó a sollozar intentando hacer el menor ruido posible.

Daniel se pasó una mano por su rostro, arrastrando así un poco de la confusión que sentía en ese momento, miró a ambos lados y llevó una mano a su boca donde mordió sus nudillos con fuerza para evitar sollozar.

—Lizzie... —gimió su nombre y se agachó a su lado, ella retrocedió asustada y sus sollozos se hicieron más fuertes—. ¡Mierda Lizz! —chilló dando un fuerte golpe en la pared—. Lo siento... joder... lo siento tanto... cariño... por favor... perdóname... Le miraba entre sus lágrimas, encogiéndose y enredándose en sí misma para protegerse de otro ataque.

—Mierda... —Daniel se puso en pie y tiró de sus cabellos con desesperación, no podía creerse lo que había estado a punto de hacer, no podía pensar que si hubiese... no... no podría haberle hecho daño, él la amaba, la amaba más que a nada...—. Lizzie... mi amor... —intentó acercarse a ella de nuevo pero volvió a retroceder atemorizada—. Háblame por favor... —demandó— dime algo, insúltame, golpéame... ¡algo!

—Vete... —susurró en un quejido.

—¿Qué...?

—¡Vete! —chilló en esa ocasión haciendo que él diese un respingo sobresaltado—. No quiero volver a verte Daniel... vete... —intentó sonar dura, pero el dolor y la inseguridad se filtraron en su voz y eso hizo que él se sintiese una basura por lo que había estado a punto de hacer.

Se puso en pie con dificultad sin poder alejar una mirada torturada de ella, no la merecía, no... no podía entender como había sido tan ruin y déspota... él no era así, él no... pero es que ella lo sacaba de quicio, era capaz de desequilibrar aquella balanza que estaba entre la cordura y la locura y que él se esforzaba a diario en mantener en su lugar.

Con un último vistazo y ahogando un sollozo, salió de allí como alma que lleva el diablo dejando todo en completo silencio, solo roto por la respiración agitada de Elizabeth, que miraba a un punto inconcluso de la pared, respirando agitadamente, casi jadeando, y llorando con amargura.

No sabía con exactitud lo que había pasado allí sentada, el tiempo dejó de contar para ella, los minutos podían ser horas y las horas días... nada le importaba.

Pero las luces del amanecer impactaron en su rostro haciendo que parpadeara aturdida, miró a su alrededor para ubicarse y las imágenes de lo sucedido horas atrás abordaron su mente con la fuerza de un huracán. Se encogió de dolor y sintió como su estómago se removía, se puso en pie de golpe haciendo que su cabeza diese vueltas y, tropezándose con todo, llegó hasta el baño donde se dobló sobre el retrete para vomitar.

Cuando hubo acabado su frente estaba perlada de un sudor frío y espeso, miró a su alrededor de nuevo y el constante sonido del agua de la ducha, que había dejado abierta sin darse cuenta, llenaba toda la estancia. Se pasó una mano por su cabello con desesperación y tragó el mal sabor de boca como pudo, vomitar siempre la dejaba agotada, aunque en ese momento se sintió llena de energía y con ganas de matar a alguien.

Suspiró para serenarse, tenía que pensar fríamente, si Daniel era capaz de inventar lo que se había inventado para que ella se casase con él, si estaba tan demente como intentar forzarla como lo hizo... era capaz de cualquier cosa.

Miró sus manos temblorosas y se asustó al ver unas marcas amoratadas a la altura de sus muñecas. Las giró varias veces para verlas desde diferentes ángulos y podía apreciarse perfectamente la forma de los dedos que presionaron con demasiada fuerza su piel.

Subió más la mirada y las mismas marcas adornaban también sus antebrazos... la silueta de sus cinco dedos que se habían clavado en su carne era perceptible a simple vista. *Maldito Daniel...*

Recordó también el golpe contra la pared y se sobó la cabeza sintiendo al instante un latigazo de dolor en su cuero cabelludo. *Estúpido Daniel...*

Sintió ira, desesperación, unas ganas de matar infinitas y más fuerza que nunca... pero en el fondo de su pecho todavía estaba asustada y temblaba incontrolablemente.

Tomó una fuerte bocanada de aire para intentar tranquilizarse y el olor de Daniel la envolvió por completo, volvió a sentir náuseas y se movió a toda velocidad colocándose bajo el grifo de la ducha ya fría.

Allí se fue despojando de sus ropas poco a poco, eliminando ese olor impregnado en su cuerpo y dejando que el frío del agua la convirtiese en un bloque de hielo para dejar de sufrir, para que no le doliese nada nunca más... Poco a poco se fue sintiendo más fuerte, con ganas de explotar esa burbuja de cristal en la que siempre había sentido que estaba, en la que había crecido y que comenzaba a asfixiarla.

Ella podría con ello, podría con el mundo real y con todas las injusticias que él tenía y que ella comenzaba a sufrir en carne propia. No se rendiría, no se dejaría vencer... cerró el agua y mientras se secaba el cuerpo miró su reflejo en el espejo con otros ojos...

*«¿Quién era Elizabeth Price?»*

Esa era la pregunta que todos se harían a partir de ese momento, porque ya nada le importaba, la Elizabeth callada y obediente, la Lizzie dulce, tierna y vergonzosa que todos conocían había quedado en el pasado, aunque sería algo que muy pocos sabrían.

## CAPÍTULO 4

Cuando Elizabeth llegó a la oficina esa mañana, como era costumbre, algunas cabezas se alzaron para mirarla y saludarla con cortesía, ella no había pasado más que de una relación profesional con cada uno de los empleados de la empresa, su padre le había inculcado que los empleados no eran amigos y que no se debía intimar con ellos de ningún modo... que absurda le parecía esa restricción en ese momento.

Solo quería romper las normas establecidas y hacer lo que realmente le venía en gana, así que les sonrió a todos y saludó con efusividad dejándolos sorprendidos.

Cuando llegó a su despacho se quitó el abrigo y cuidó que las mangas de su blusa tapasen por completo los cardenales de sus muñecas, se sentó tras su mesa y en lugar de trabajar, le dio la vuelta a la silla y miró por el ventanal. La bahía de Seattle estaba cubierta por una densa niebla esa mañana, apenas había un ferry moviéndose lentamente sobre el agua y no se veía nada más en kilómetros a la redonda. Su mente comenzó a pensar... ¿qué debía hacer a partir de ese momento?

Lo primero era vengarse de Daniel, aunque si lo pensaba fríamente una venganza tampoco sería la solución, pero cada vez que recordaba lo que estuvo a punto de hacerle la madrugada anterior sentía náuseas... ¿cómo había sido capaz? ¿En qué estaría pensando? Se sintió tan decepcionada que tuvo que esforzarse para no llorar... ¿cómo podía haberse equivocado tanto con él? Le tenía por una buena persona, creyó que lo conocía y que formaría parte de su vida para siempre...

Detuvo sus pensamientos derrotistas al darse cuenta de que darle vueltas al

asunto no solucionaría nada, lo mejor era pasar página, hacer lo posible por divorciarse de él y no volver a verle, dejarle en el pasado y desterrarle de su vida.

—¿Cómo se encuentra la chica más guapa de Seattle esta mañana? —la voz de Gino entrando en su oficina le arrancó una sonrisa y giró su silla para poder mirarle a los ojos—. Uhm... por esas ojeras deduzco que la noche ha sido larga.

—Demasiado —suspiró pasando una mano por su frente—, ¿qué haces aquí?

—He estado leyendo el contrato prenupcial y no tengo muy buenas noticias —frunció los labios y se sentó frente a ella—. Boid ha dejado todo muy bien atado, durante el primer año estás en sus manos.

—¿Todo un año? —preguntó sorprendida.

—Lo siento, te aseguro que he mirado cada cláusula con lupa, pero no hay ningún vacío legal al que aferrarnos para que puedas librarte sin tener repercusiones.

—¿Y qué pasará tras un año? —inquirió ella con curiosidad mientras se recolocaba las gafas con un gesto ausente.

—Él quiere un heredero, o al menos que te quedes embarazada en el año siguiente a la boda, o el posterior en tal caso. Pero podemos intentar salirnos con la nuestra y pasado un año puedes alegar que como no hay heredero quieres solicitar el divorcio.

—¿Será así de sencillo? ¿Pongo una demanda de divorcio y ya está?

—No... tienes que probar de algún modo que no te has quedado embarazada por culpa de Daniel, o tuya, porque seas estéril o algo similar —explicó Gino.

—¿Eso será fácil?

—Se puede conseguir —sonrió marcando sus hoyuelos y dando a entender que no era legal, pero que sí podría hacerse.

—Gracias Gino... —Elizabeth sonrió—, estaría perdida sin ti.

—No te me pongas ñoña ahora... —bromeó— ven aquí y dame un abrazo de oso —enfaticó abriendo los brazos de par en par.

Elizabeth también sonrió y se puso en pie para fundirse en sus brazos. Gino era como su hermano mayor, desde el momento en que lo conoció supo que era una persona extraordinaria, era tan transparente y cálido con ella que no podía equivocarse con él como lo había hecho con Daniel.

Gino era su soporte cuando algo iba mal, estaba segura de que si lo llamaba, él estaría en su puerta cuanto antes y haría lo imposible por ayudarla, tal y como estaba haciendo en ese momento.

—Bueno... dejando la tontería por ahora —Gino se alejó y la miró a los ojos— ¿comemos juntos? Y no me pongas como excusa que tienes trabajo, porque al entrar vi que estabas de brazos cruzados.

—Dame un minuto para recoger mis cosas —contestó con una sonrisa. Elizabeth agarró su bolso y su abrigo y cuando iba a colocárselo Gino frunció el ceño mientras la miraba fijamente.

—¿Qué es eso? —preguntó en voz baja y ronca. Le miró confundida y bajó la mirada al suelo, buscando a su alrededor.

—¿Tengo algún bicho o algo? —preguntó.

—¿Qué cojones de bicho? —Gino se acercó a ella en dos largas zancadas y descubrió una de sus muñecas tirando de la manga de su blusa con brusquedad. Elizabeth perdió todo el color en sus mejillas, se había olvidado de no dejar que sus marcas quedasen visibles, ahora su amigo se volvería loco, no tenía ni idea de lo que sería capaz de hacer.

—Gino... —susurró en tono suplicante.

—¿Qué es esto?

—No es nada, olvídale... —retiró su brazo de entre sus manos, no sin dificultad ya que la estaba sujetando con fuerza, e intento ignorar la seriedad en su mirada y el reborde afilado de su voz—. Olvídale y vamos a comer —añadió con nerviosismo.

—¿Pero cómo...? ¡No! —él sujetó su otro brazo haciendo que su bolso cayese al suelo y con él todo su contenido se desperdigó a su alrededor, pero no reparó en eso, retiró también su otra manga para encontrarse con marcas en su muñeca similares a las de la otra. La miró a los ojos con gesto crispado, en esos momentos era cuando Gino daba miedo, sus ojos estaban casi fuera de sus órbitas y sus labios fruncidos en una fina línea. La vena de su sien palpitaba con fuerza y los músculos de su cuello estaban en tensión.

—Te lo vuelvo a preguntar y espero que me contestes algo creíble... ¿qué es esto? —preguntó con lentitud intentando aparentar una calma que no sentía.

—No es lo que piensas —ella retiró de nuevo su brazo y se lo cubrió en pocos segundos, colocándose el abrigo justo después para evitar que sus muñecas

quedasen visibles.

—¿Y qué es lo que estoy pensando? —preguntó Gino con ironía.

—No lo sé... pero estás enfadado y no es necesario.

—¿¡Qué no es necesario!?! —chilló perdiendo los nervios—. Dime lo que ha pasado... por favor, te lo suplico... dime que Boid no ha tenido nada que ver con esto —exigió.

—Boid no ha tenido nada que ver con esto —murmuró ella desviando la mirada. Gino cerró los ojos e intentó respirar profundamente, pero eso no funcionó, volvió a abrirlos y la miró a los ojos intensamente.

—¿Qué ha ocurrido?

—No ha sido nada.

—Nunca has sabido mentir... ¿Te golpeó? ¿Te forzó a... a hacer algo? —preguntó atropelladamente—. Lizzie, contéstame por favor.

—Solo discutimos y me sujetó con demasiada fuerza, no ha sido nada Gino, te juro que...

Pero sin mediar palabra, él salió de su despacho abriendo la puerta de un empujón y haciendo que esta rebotase contra la pared y volviese a cerrarse, avanzaba por el pasillo a toda velocidad y con un único objetivo.

Elizabeth intentó ir tras él pero tenía que correr para poder mantener su ritmo y no tardó en perderlo de vista a lo largo de los pasillos.

Gino llegó a la oficina de la presidencia, donde estaba Simon Price y esperaba que también Daniel Boid.

—Lo siento, el señor Price está reunido y no le puede recibir en... —el discurso de la secretaria de presidencia comenzó a bajar de volumen al ver el estado en el que se encontraba Gino y que él la ignoraba por completo.

La puerta del despacho de presidencia también se abrió de golpe haciendo un ruido sordo contra la pared, Gino entró como un tornado y su mirada se clavó en el chico moreno que estaba en pie junto a la mesa y leía en voz alta unos documentos.

Tomó una profunda respiración y se lanzó a por él sujetándolo de las solapas de su chaqueta y empotrándolo en la pared de un solo golpe que resonó en todo la estancia.



Daniel, que no lo había visto venir, simplemente se quedó paralizado y con los ojos abiertos desmesuradamente sin entender nada.

—Como vuelvas a ponerle un solo dedo encima, te mataré con mis propias manos —masculló Gino entre dientes y mirando fijamente los ojos marrones de Daniel.

—No... no... no... —Daniel intentaba hablar, pero las manos de su atacante aprisionaban con fuerza su pecho y apenas podía respirar.

—No quiero escuchar excusas patéticas —escupió Gino con su rostro encolerizado—, solo quiero que sepas que no te quitaré los ojos de encima... y como se vuelva a repetir estarás muerto.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Simon, con el teléfono en la mano a punto de llamar a seguridad y mirando la escena frente a él sin entender nada. Elizabeth llegó en ese momento, llorando, hipando y sorbiendo por la nariz.

—¡Gino... por favor! —suplicó desesperada.

Él la miró sobre su hombro y con una expresión de asco en su rostro soltó a Daniel y lo dejó caer al suelo, él tomó una fuerte bocanada de aire antes de comenzar a jadear. Gino se giró hacia el señor Price y la misma determinación de segundos atrás brillaba en sus ojos.

—Si no saca a Elizabeth de esa casa no tendré ningún tipo de remordimiento con usted.

—¿De qué hablas? —preguntó Simon confuso y dejando el auricular del teléfono en su lugar con un gesto ausente.

—Ha vendido a su hija por mantener una seguridad que no necesitaba —escupió Gino— y lo ha hecho con el peor hombre posible.

—¡Yo no he vendido a mi hija! ¡Y no se te ocurra insultar a uno de mis socios en mi presencia!

—¿Qué no la ha vendido? —le preguntó en un gruñido—. ¿Se ha molestado siquiera en leer en contrato prenupcial que le han obligado a firmar? —Simon se quedó en silencio y bajó la mirada—. Le ha vendido su hija a este impresentable y le ha regalado la empresa... creía que era más inteligente.

—¿Cómo te atreves...? —Simon alzó la voz de nuevo.

—¿Qué cómo me atrevo? Pregúntele a él qué es lo que ha pasado, pregúntele a su hija por qué tiene los brazos llenos de cardenales y pregúntese a usted mismo

cómo es capaz de tener todo eso frente a sus narices y no hacer nada por remediarlo. El que se atreve, el que sobrepasa los límites... ese es su yerno, no yo — su discurso había sido tan enérgico que varias gotas de sudor perlaban su frente a causa de la tensión y los nervios acumulados.

—Gino... —suplicó Elizabeth, apoyada en la puerta y observando la escena mientras ríos de lágrimas recorrían sus mejillas — por favor... Él la miró de nuevo durante unos segundos y sus ojos se endulzaron, pero volvió la mirada a Simon endureciéndola al instante.

—Voy a hacer todo lo posible por liberar a Elizabeth de ese abusivo contrato que le han obligado a firmar y no dudaré un solo instante en hundirlo si es necesario, no voy a tener ni un ápice de misericordia con usted y mucho menos con la escoria de Boid —juró con voz contenida y ronca.

Se acercó a Daniel, que todavía continuaba en el suelo, y lo alzó sujetándolo por la chaqueta, él lo observó asustado y una expresión de terror se dibujó en sus ojos. Gino lo observó en silencio un par de segundos antes de alzar la mano derecha y asestarle un golpe en el rostro haciendo que tanto Elizabeth como Simon se estremeciesen por el sonido de huesos crujiendo.

Después le dejó caer al suelo de nuevo con un gesto de desprecio, como si solo estar cerca de él le diese asco, se giró sin mirar a ninguno de los presentes e ignorando los gemidos de su víctima que se quejaba mientras sujetaba su sangrante nariz con ambas manos.

Gino salió de aquel despacho y se encerró de nuevo en el de Elizabeth, ella fue tras él y se lo encontró con la frente apoyada en su ventana y los ojos cerrados, intentaba respirar profundamente para calmarse y se acercó a él muy despacio hasta abrazarlo por la espalda para apoyar su mejilla en ella.

—Lo siento mucho Lizzie, pero... no pude soportarlo... —se giró sujetando con fuerza los brazos de ella en torno a su cintura y la miró a los ojos — lo siento...

—Ya pasó... —intentó tranquilizarlo con voz dulce.

—No puedes estar con él... no puedes vivir en su misma casa... no... —negó frenéticamente con la cabeza.

—Gino, no puedo irme de esa casa, tú mismo lo has dicho.

—Denúncialo, te ha maltratado y tienes pruebas físicas de ello —agregó enérgicamente mientras se removía para alejar sus brazos y mostrarle de nuevo las marcas de sus muñecas.

—No quiero montar un escándalo...

—Pero...

—No... —le interrumpió— seguiremos el plan trazado. Daniel se mantendrá alejado y dentro de un año me ayudarás a poner una demanda de divorcio.

—Lizzie... no puedo dejarte en esa casa —gimió preocupado.

—Estaré bien, hace un par de horas he llamado para que pongan una puerta de seguridad en mi “apartamento” —puntualizó haciendo las comillas en el aire.

—¿Estás segura de que todo irá bien?

—Completamente.

Gino dejó salir el aire de golpe y frotó su rostro con desesperación, era fácil saber lo que estaba pasando por su mente.

Quería confiar en las palabras de su amiga, porque ella mejor que nadie conocía esa situación, pero también quería echársela sobre el hombro y alejarla de su marido lo más rápido posible. Sabía de antemano como eran los hombres maltratadores, sabía que comenzaban con una pequeña agresión que casi siempre era perdonada, pero con el tiempo las agresiones se volvían más brutales y violentas y cada vez más a menudo.

Lo último que deseaba era que su amiga, la pequeña y dulce Lizzie, tuviese que pasar por esa situación, pero el contrato prenupcial la tenía entre la espada y la pared.

—Necesito salir de aquí —exhaló con voz cansada, besó su frente y fue hacia la puerta, pero antes de llegar a esta se giró—. Haz todo lo posible por mantenerte alejada de él, la próxima vez no sé si podré contenerme de matarlo.

Con el sonido de la puerta al cerrarse Elizabeth dejó salir todo el aire que estaba conteniendo, los últimos acontecimientos la habían dejado muy tensa y nerviosa, se le había quitado el apetito y lo único que le apetecía era desahucarse del mundo por unas horas.

Cerró la puerta con seguro, apagó su teléfono móvil, avisó a su secretaria de que no estaba para nadie y se quedó encerrada en su despacho, descalza, bebiendo un café a pequeños sorbos y con la mirada perdida en la bahía. Se dio tiempo para pensar de nuevo, para poner en perspectiva toda su vida y para hacer planes de futuro que esperaba poder llevar a cabo.

Quería librarse de Daniel, vender sus acciones de la compañía e irse de

Seattle, incluso de Washington.

Pondría tierra de por medio y lo único que le recordaría su pasado sería el apellido Price unido a su nombre. Recorrería el mundo, visitaría todas esas ciudades que tanto amaba y esperaría al amor, disfrutaría de cada día como si fuese el último y se llevaría a Autum con ella...

Su ordenador hizo el sonido característico de la llegada de un nuevo mensaje y giró la silla lentamente para comprobar de qué se trataba. Vio que era de Autum, seguro que había hablado con Gino y ya lo sabía todo, como no había contestado al teléfono le había escrito un correo y estaba segura de que si no lo contestaba movilizaría medio Seattle hasta poder hablar con ella.

En ese momento se arrepintió desmesuradamente de haber presentado a sus mejores amigos en la universidad, ahora ellos harían un frente común para protegerla y ella ya era lo suficiente mayorcita para cuidarse sola y saber lo que era bueno y lo que no. Ignoró el mail de Autum, no quería más drama, lo que quería era olvidarse del mal rato y encontró como hacerlo...

Bajo el mensaje de Autum había uno de aquella página de contactos, dudó unos segundos antes de abrirlo, pero finalmente clicó sobre él y comprobó que era una notificación: *Mr. Darcy* había solicitado una conversación a tiempo real en una de las salas de chat.

Una enorme sonrisa se dibujó en sus labios, necesitaba distracciones... y esa era una muy buena. Pero no estaba segura de que también fuese una buena idea, *Mr. Darcy* era un desconocido, alguien del que no sabía siquiera su nombre real y mucho menos nada de su vida.

Podría ser un ladrón, un pederasta o un violador... aunque podía tratarse de un empresario de renombre, un chiquillo haciendo travesuras o un príncipe de un país europeo que quería pasar desapercibido...

No se lo pensó mucho y simplemente pulsó sobre el botón de aceptar y de nuevo aquel par de corazones bailando le dio la bienvenida haciéndola sonreír, pero esta vez con verdaderas ganas y sintiendo un enjambre de mariposas revoloteando en su estómago... ¿cómo podría ser posible que se pusiese nerviosa por hablar con un desconocido a través de un chat?

Un cuadro blanco se dibujó en su pantalla, a la derecha había una imagen, era el rostro de un hombre en blanco en negro y medio oculto entre sombras, a la izquierda de esa imagen había una gruesa línea azul con un puntero parpadeante sobre ella esperando a que se atreviese a escribir algo, pero se había quedado

bloqueada y no era capaz ni de mover un dedo.

Cuando aceptó la conversación no sabía lo que estaba haciendo, pensaba que podría ser una broma, o que Darcy quizás no estuviese conectado en ese momento, o que hubiese una alineación planetaria y todo internet se colapsase, o simplemente no pensaba... su parte racional se había derramado entre lágrimas y ahora solo la parte emocional estaba allí, bloqueada, pero allí.

Respiró profundamente, todavía con la mirada clavada en aquel puntero negro que desaparecía y volvía a aparecer sin descanso. Debía escribirle algo, o al menos cerrar la ventana para olvidarse del tema, sí... esa sería la mejor opción, cerrar y olvidarse de todo.

Por mucho que quisiese engañarse a sí misma diciendo que la Elizabeth de antes había desaparecido, estaba ahí: insegura, temerosa, nerviosa y capaz de esconderse a sí misma antes de mostrarse al mundo tal y como era.

Alzó la mano y la colocó sobre el ratón, lo dirigió hacia la X que cerraba la ventana pero se detuvo cuando una palabra apareció de repente en ese fondo blanco.

« ¿Gatita? »

Elizabeth miró el mensaje recibido intensamente mientras sentía como su corazón latía más rápido y su respiración se aceleraba.

«Gatita... ¿estás ahí?»

Miró las letras detenidamente durante unos segundos... solo gatita no sonaba tan mal como «Sweet Gatita»... sonrió casi imperceptiblemente y se recolocó en la silla pensando en qué hacer... ¿le contestaba algo? ¿Cerraba la ventana como tenía pensado?

Pero sus manos fueron más rápidas y se movieron por voluntad propia, casi sin darse cuenta se descubrió a sí misma escribiendo una respuesta.

«Hola señor Darcy, un placer hablar con usted.»

«Señorita —la saludó él educadamente—. Espero que su día esté yendo bien. »

«Ahora está mejorando», escribió todavía sonriendo.

«Nunca pensé que fueses a aceptar una sesión de chat conmigo, en tu mensaje parecías un tanto indecisa.»

«Realmente lo estoy, todavía no sé muy bien lo que estoy haciendo.»

*«Nada malo, solo estar conversando con alguien. Esto no te compromete a nada, solo son palabras.»*

*«Pero no suelo hacer estas cosas...»*

*«Tampoco yo... esto es nuevo para ambos.»*

Miraba fijamente las letras que él escribía y a pesar de que se sentía un poco ansiosa, la sensación de incomodidad fue desapareciendo poco a poco. La conversación se tornó cada vez más amena con cada mensaje recibido y enviado y antes de que pudiese darse cuenta estaba contándole a ese hombre desconocido cosas de su vida que ni la propia Autum sabía.

*«Me hubiese gustado estudiar literatura. Pero mi padre quería que continuase con el negocio familiar y finalmente me decidí por marketing y dirección de empresas.»*

*«Entonces puedo deducir, que eres de una familia acomodada»,* insinuó el señor Darcy.

*«Deduces bien, nunca nos ha faltado de nada.»*

*«Y que te guste la literatura me dice que tienes cultura y no eres totalmente ignorante de muchas cosas, como suelen ser las chicas de tu edad y posición.»*

*«Me gusta leer sobre otras culturas, países, viajes... hablo perfectamente francés, alemán y español y también sé algunas palabras en japonés.»*

*«Me gusta que las mujeres sean educadas y tengan cultura, eso no va ligado al dinero ni a la posición social, pero es indiscutible que con más dinero tienes más acceso a la cultura y a enriquecerte de ella intelectualmente.»*

*«No te gustan las mujeres florero...»,* se atrevió a asegurar Elizabeth.

*«Es algo que no soporto, estoy rodeado de ese tipo de mujeres y son aburridas y rancias. Simplemente se preocupan de ellas mismas, solo piensan con los números de su tarjeta de crédito.»*

Ella rio al pensar en lo lejana que era esa descripción de su persona. *«Todo lo contrario a mí... odio ir de compras, no me gusta que me hagan regalos y tengo la capacidad de ponerme colorada en cualquier situación vergonzosa.»*

*«Eso es bueno, pocas mujeres pueden sonrojarse hoy en día, ya nada puede avergonzarlas. Cuéntame más cosas de ti, me gustaría conocerte un poco...»*

*«Tengo muy pocos amigos, apenas un par de ellos, pero estoy segura de que son de los de verdad. Me gusta la música y cuando tengo confianza hablo*

mucho, también cuando me pongo nerviosa... me gusta divertirme pero a mi modo, nada de restaurantes caros o clubs de moda. Prefiero una semana de arduo trabajo en la oficina que una cena de gala y por supuesto, un buen libro es mejor que una tarde en un centro de belleza.»

«¿No te preocupa tu aspecto físico?»

«Me preocupa pero no me obsesiona. Debo cuidarme porque mi trabajo lo exige, pero no lo hago por fines sociales, no intento deslumbrar a nadie, casi no tengo tiempo para eso.»

«También me dedico a los negocios, compro y vendo empresas» —añadió él unos segundos después —, «tenemos un ritmo de vida muy ajetreado para salir y conocer gente del modo habitual... ¿no crees?»

«Para eso tenemos internet... nunca había pensado que este 'cacharro' sirviese más que para trabajar.»

«Internet es un medio para conocer personas, pero creo que no debe ser el fin.»

«¿Qué quieres decir?», escribió demasiado ansiosa por saber la respuesta.

«Es una herramienta que te permite conocer personas de otras ciudades, incluso de la otra punta del mundo. Pero creo que las relaciones no deben quedarse ahí, no debes limitarte a solo conocer personas mediante la red. Hay mucho mundo por descubrir y que encerrados entre cuatro paredes frente a un ordenador nos perderíamos.»

«Eso es muy cierto...»

«¿Qué países te gustaría visitar?»

El cambio de tema fue radical, pero lo agradeció, era demasiado pronto para hablar de algo tan serio como dar un paso más.

«Italia, España, Reino Unido, Grecia... son demasiados... »

«Nunca son demasiados, viajar es lo que más me gusta de mi trabajo.»

«¿Viajas mucho?»

«Constantemente... pero espero que eso cambie pronto. Voy a ascender a uno de mis empleados de confianza y viajaré mucho menos después de eso.»

«Tendrás tiempo de conocer gente de un modo normal y no a través de internet», sintió una punzada de decepción al escribir eso y darse cuenta de que era una posibilidad.

«Ya te he dicho que esto es un medio, no un fin. Lo extraordinario sería poder

*traspasar la pantalla y hacer desaparecer las distancias.»*

«¿Qué quieres decir?» Le preguntó confundida.

*«Que en ocasiones se debe dar el paso y acortar las distancias para verse cara a cara, las relaciones a distancia y por medio de la tecnología no son del todo sanas.»*

«¿Me estás insinuando algo?»

*«No, no insinúo nada. Al menos no lo hago por ahora...»*

«Por ahora...», repitió ella sintiendo un estremecimiento que recorría su espalda.

La conversación continuó animada y entretenida, tanto que perdieron la noción del tiempo y apenas fueron conscientes de ello cuando el sol se ocultó en el horizonte, se despidieron con la promesa de tener otra conversación muy pronto.

Ambos se habían quedado con muy buen sabor de boca y con ganas de más, el día siguiente, o quizás en dos días... no importaba cuando, solo se habían dado la promesa de que esa tarde se repetiría y que intentarían conocerse mejor.

Cuando apagó el ordenador Elizabeth miró por la ventana de nuevo y suspiró, se sentía bien, feliz y con esperanza por primera vez en mucho tiempo, pero todas esas buenas sensaciones desaparecieron cuando se percató de que debería volver a su casa, a esa que compartía con Daniel... y su ánimo decayó.

No quería encerrarse, las palabras de *Mr. Darcy* le calaron hondo y no quería perderse nada, el mundo estaba ahí fuera, esperando por alguien que supiese disfrutarlo sin dejarse nada por hacer en el camino.

Cogió su teléfono móvil y buscó el número de Autum pulsando la tecla de llamada justo al instante. Mientras escuchaba los tonos de llamada, comenzó a recoger el contenido de su bolso que todavía estaba en el suelo.

— *¿Elizabeth? ¿Ocurre algo?* — preguntó su amiga preocupada.

— No ocurre nada Autum, solo... yo solo... ¿qué harás esta noche? — preguntó titubeando.

— *Había quedado para cenar con unas amigas de la facultad... ¿por qué?*

— ¿Las conozco? — contestó a su pregunta con otra.

— *Sí, son Alex, Lucy y creo que también irá Laurel. Cariño... ¿seguro que no ocurre nada? Gino me ha llamado y me ha contado lo ocurrido con el hijo de puta de tu marido* — la preocupación en la voz de su amiga era evidente.



—¿Puedo ir con vosotras? —preguntó ignorando deliberadamente sus últimas palabras.

—*Claro que puedes, pero... Lizzie... tenemos que hablar de ello.*

—Esta noche no, ahora me encuentro bien, estoy feliz y tranquila, no quiero estropear lo poco que queda de día.

—*Está bien... pero no creas que me he olvidado, tú y yo tenemos una conversación pendiente.*

—¿Dónde nos vemos?

—*En Rover's, en dos horas y por favor... ve a cambiarte de ropa y ponte algo de lo que hemos comprado juntas, no traigas una de esas faldas que te hacen parecer una vieja* — la voz de Autum llevaba una amenaza implícita.

—Está bien... —rezongó a la vez que mentalmente se planteaba el mejor modo de ir a cambiarse sin tener que cruzarse con Daniel.

—*Lizz... ¿ha pasado algo que deba saber?* —preguntó su amiga con suspicacia.

—Nada de importancia —murmuró mordiéndose el labio inferior.

—*Mientes de pena* —espetó—. *Pero me alegro de ello, sea lo que sea, vuelves a sonar como mi Elizabeth de hace un par de meses...*

—Todavía no quiero contarte nada... realmente no es nada de importancia —a la vez que pronunciaba esas palabras intentaba convencerse a sí misma de ellas.

—*Como quieras... te veo en dos horas* —se despidió.

Cuando una hora después se miraba y se remiraba en el espejo de su vestidor, Elizabeth no podía creerse lo que estaba a punto de hacer. Se había puesto ropa que no iba para nada con su estilo habitual, estaba utilizando lentillas en lugar de sus gafas, se había maquillado utilizando unos tonos más oscuros que de costumbre y para rematar se había soltado su cabello, al menos una parte de él.

Los jeans ajustados se pegaban a sus piernas como una segunda piel y le daba la impresión de ir prácticamente desnuda, también aquella camiseta roja era demasiado ajustada para su gusto, pero Autum lo había exigido y no quería llevarle la contraria. Además, en su interior se sentía bien, ese solo era un paso más

para desenterrar a la verdadera Elizabeth que guardaba muy bien escondida.

Tomó una chaqueta de cuero y un bolso pequeño antes de salir de su apartamento marcando los escalones con el inconfundible taconeo de sus zapatos un poco más altos de lo normal y sintiéndose un poquito más segura de sí misma, como cambiaba la perspectiva del mundo el simple hecho de ser un par de centímetros más alta.

Cuando llegó al piso inferior se detuvo de golpe al encontrarse a Daniel de frente, él llevaba un apósito en la nariz y uno de sus ojos estaba levemente hinchado y con un ligero toque amoratado que el tono tostado de su piel disimulaba bastante bien. Lo miró en silencio sin atreverse a decirle nada, ya no estaba enfadada, en el fondo comprendía la frustración que debía de haber sentido la madrugada anterior, aunque no lo disculpaba, había actuado mal y le había hecho daño.

Él pareció querer decirle algo, pero Elizabeth lo detuvo alzando una mano para silenciarlo, no quería excusas, no le servían de nada cuando ya todo estaba hecho y no tenía remedio. Salió de allí sin decirle nada y sin mirar atrás.

Mientras conducía por las calles de Seattle para ver a sus amigas se sentía bien, la conversación con Darcy había sido muy sustancial, le parecía mentira que un desconocido fuese capaz de cambiar su visión del mundo de ese modo, pero había pasado realmente. Aunque en el fondo de su corazón sentía una profunda desazón, había perdido a un amigo, ya nunca podría volver a confiar en Daniel, todo había cambiado a lo largo del mes que llevaban casados, pero la noche anterior habían puesto punto y final a una amistad de más de veinte años, eso dolía... le dolía hasta el alma y no creía poder superar algo así nunca.

## CAPÍTULO 5

*Seattle, 24 de julio de 2009.*

«Tengo un montón de contratos e informes que revisar, creo que debería ponerme a trabajar», escribió Elizabeth en su ordenador. «*¿Trabajar? No hagas eso pequeña... me han dicho que es fatal para la salud*», leyó en su pantalla. «Darcy, no es como si necesitase mi trabajo para vivir, pero no soy mujer de no hacer nada. Me gusta venir a la oficina y ocupar mi puesto con eficiencia, no quiero ser la hija enchufada de papá.» «*Esa es una de las cosas que más me gusta de ti, que eres responsable con tus obligaciones. Un beso Gatita, hablamos mañana.*» «Hasta mañana», se despidió ella sintiendo un regusto amargo en la garganta. Le hubiese gustado quedarse charlando con él a través del chat un poco más, pero tenía obligaciones que atender y una montaña de papeleo por revisar. Llevaba ya un par de semanas hablando con Darcy y cada día era mejor que el anterior, su conversación diaria era imperdonable, aunque fuese tan solo un saludo y un par frases, las necesitaba para poder tener un día completo y continuar con una sonrisa.

Apagó el ordenador para evitar la tentación de conectarse de nuevo y comprobar si Darcy la estaba esperando y, pluma en mano, se dispuso a revisar y firmar los contratos que tenía frente a ella.

Las horas pasaron despacio y ella solo deseaba poder irse para alejarse un poco de la oficina. Su casa había vuelto a ser su refugio, donde se encerraba y el resto del mundo desaparecía.

Las cosas habían cambiado bastante a lo largo de las últimas semanas,

Daniel no había vuelto a molestarla, creía que ni siquiera se había atrevido a mirarla desde entonces, aunque como contrapunto, Gino se había vuelto paranoico y sobre protector con ella. La llamaba casi a diario y cuando no podía hacerlo le pedía encarecidamente que le enviase un mail cada pocas horas para asegurarse de que estaba en perfecto estado. Por un lado le parecía excesivo, pero en el fondo se enorgullecía de que su amigo se preocupase tanto por ella, eso solo significaba que la quería.

Suspiró firmando el último contrato y lo dejó a un lado, preparado para que Margaret, su secretaria, se lo llevase a recursos humanos para archivarlo. Giró la silla hacia el ventanal de su despacho y se detuvo a observar el crepúsculo que poco a poco comenzaba a cubrir Seattle. Encendió un cigarrillo e intentó relajarse un poco, tal y como lo hacía antes de que su vida diese un vuelco tras su boda con Daniel, pero le resultaba imposible, cuando no hablaba con Darcy o estaba completamente inmersa en su trabajo, era como si las cuatro paredes de su oficina quisiesen asfixiarla.

Estaba a punto de ponerse en pie e irse a su casa cuando la puerta de su despacho se abrió sorpresivamente y una muy sonriente Autum la cruzó. Elizabeth la miró con una ceja alzada, viendo como sus movimientos, siempre suaves y elegantes, la llevaban hasta sentarse frente a su mesa, cruzarse de piernas y mirarla sin dejar de sonreír.

—¿Qué pasa? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Ay Lizzie... —suspiró— no voy a enfadarme al ver que llevas puesta una aburrida blusa blanca, no —negó con la cabeza y las puntas de su cabello también se movieron graciosamente rozando su barbilla—. No me enfadaré porque sé con seguridad que te vas a poner en pie, que vas a ir a tu casa y vas a ponerte uno de esos pantalones tan sexys que te compraste hace una semana... ¿a qué sí? —preguntó parpadeando con inocencia y sonriendo a la vez.

—Tienes razón Autum... —Elizabeth también sonrió— me voy a poner en pie y me voy a ir a casa, pero a darme una larga ducha y a pasarme la noche viendo películas y comiendo helado.

—Pero... ¡es viernes! —chilló su amiga.

—Sé perfectamente que es viernes... ¿y qué? No me apetece hacer nada extraordinario —comentó mientras encendía su ordenador en un gesto ausente.

—Pero Lucy quiere verte... —Autum hizo un puchero pero Elizabeth negó

con la cabeza— me dijo que quería que volviésemos a quedar las cuatro, la otra noche nos lo pasamos muy bien.

—Lo sé... —contestó sin darse cuenta mientras tecleaba la contraseña de su correo electrónico— pero me apetece una noche tranquila en casa.

—¿Por qué? —inquirió su amiga con suspicacia.

—Porque me apetece y punto —espetó nerviosa al ver que la maldita página tardaba mucho en cargar.

—Llevas unos días muy rara... ¿ocurre algo? —preguntó Autum preocupada, pero ella negó con la cabeza mirándola de reojo—. ¿Es por lo de Daniel? ¿Ha vuelto a molestarte?

—No te preocupes por Daniel, apenas me mira, Gino lo ha asustado y no volverá a ponerme un dedo encima —la tranquilizó y justo al instante sonrió ampliamente al ver un mensaje de Darcy en su bandeja de entrada.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué sonríes? —volvió a preguntar Autum con curiosidad.

—Por nada... —contestó escueta y abrió el mensaje sin perder ni un segundo.

*«Hola Gatita. Espero que tengas una buena noche de viernes, a mí me espera una cena aburridísima con unos cuantos accionistas y posibles clientes. Espero que te diviertas por los dos y veas una de esas películas en blanco y negro que tanto te gustan, o que leas un buen libro y el lunes podamos comentarlo. Un beso y buenas noches»*

Cuando terminó de leer sus mejillas estaban ligeramente sonrojadas, se mordió el labio inferior y agarró el ratón para pulsar sobre contestar y escribirle algo.

—Pero... —susurró Autum a su espalda y muy cerca de su oído— ¿qué mierda es eso?

—Joder Autum... que susto me has dado ¿qué haces ahí? —preguntó indignada mirándola con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados.

—Te estaba hablando pero decidiste ignorarme y centrar tu atención en algo, quería saber qué era eso tan importante para que dejases de escuchar a tu mejor amiga y... ¿qué me encuentro? ¿Quién es ese y por qué te escribe eso? ¿Es Daniel? Si me dices que sí te pego... —gruñó lo último con voz amenazante.

Elizabeth casi se golpea la cabeza contra la mesa para auto flagelarse, ¿cómo se le ocurría ponerse a leer un mail de Darcy teniendo a Autum frente a ella? Era más que obvio que querría meter las narices en eso y saber cuanto más mejor, tendría que contarle todo y no estaba segura de querer hacerlo. Darcy era suyo, no lo había visto en su vida y ni siquiera había escuchado su voz, pero sentía que era una de sus posesiones más preciadas y no quería compartirla con nadie. Sentía que todo eso era como un sueño, algo a lo que se aferraba para escapar de esa realidad que la tenía al borde de una depresión, Darcy era el único rayo de luz en medio de esa oscuridad que la rodeaba y creía que si se lo contaba a alguien más este desaparecería, que ella seguiría con su vida sin él, sin mensajes y sin conversaciones a media tarde que hacían su día a día más llevadero.

—Autum... olvídalo, vamos a mi casa y me ayudas a cambiarme —intentó desviar la atención de tema, pero Autum era muy inteligente, y curiosa, no era tan fácil despistarla.

—Ah no... —negó con la cabeza y sus labios se fruncieron en un mohín— ¿quién es Darcy?

—¿El protagonista de «Orgullo y prejuicio»? —tanteó con una sonrisa tensa.

—Elizabeth... no intentes despistarme... ¡tengo derecho a saber!

—Es... es complicado —rezongó.

—No es complicado, tú lo haces complicado... —de un salto se sentó en su mesa y giró su silla para poder mirarla a los ojos— ¿quién es Darcy? —repitió la pregunta.

—No lo sé... —contestó ella con sinceridad.

—¿Cómo que no lo sabes? —el rostro de Autum era de confusión absoluta.

—Pues que no lo sé... —Elizabeth se puso en pie y comenzó a recoger sus cosas—. Contactamos a través de esa estúpida página en la que tú me registraste, hablamos desde hace unos días y no hay mucho más que contar —se puso su abrigo y miró a su amiga esperando que ella se pusiese en pie y saliesen de allí, dando el tema por zanjado... claro.

—¿Solo hace unos días? —Autum se puso en pie y agarrando a su amiga de un brazo la arrastró hasta que ambas se sentaron en un sofá que había en uno de los laterales de su despacho—. Parece que tenéis mucha confianza cuando solo hace unos días que habláis.

—Sí... parece que hemos... conectado.

—¡Esto es genial! —chilló su amiga completamente emocionada—. Cuando te dije que había tenido una corazonada sabía que era por algo... ¿cómo se llama? ¿Dónde vive? ¿A qué se dedica? ¿Cuántos años tiene?

—Autum... tranquilízate ¿de acuerdo? No sé apenas nada sobre su vida, no hablamos sobre eso.

—¿Entonces sobre qué habláis? ¿Es guapo? ¿Te ha enviado ya una foto? ¡Tienes que enseñármela! Seguro que es perfecto, con los ojos azules y un cuerpo musculoso y grande.

—Deja de inventarte películas... no he visto ninguna foto, solo hace unos días que nos conocemos y por internet las cosas van más despacio que en la vida real.

—Eso porque lo digas tú... —masculló— tienes que pedirle una foto y si es de Seattle tenéis que quedar para tomar un café y veros... esto es como en la película esa de Tom Hanks, la de «Tienes un e-mail»... es tan fantástico y romántico.

—Autum... ¿no te acabo de decir que dejes de inventarte películas? —gruñó Elizabeth cruzándose de brazos—. Vámonos, seguro que llegaremos tarde por tu culpa...

—¿Ahora te apuntas a la cena? —Elizabeth asintió con desgana y Autum sonrió—. ¡Genial! Así podrás contármelo todo, no puedes dejarte ni un detalle... Darcy tiene que ser como un príncipe azul dispuesto a entrar en tu vida y enamorarte...

—Creo que estás pasando por alto un par de cosas —le recriminó poniéndose en pie y alisando las casi inexistentes arrugas de su falda lápiz.

—¿Qué cosas? —le preguntó su amiga imitándola.

—Primero, apenas nos conocemos y segundo... estoy casada.

—Tu matrimonio es fácil de olvidar porque es de mentira, verás como Gino te consigue el divorcio con solo chasquear los dedos... y así *Mr. Darcy* tendrá vía libre y podrá hacer de tu vida un cuento de hadas con final feliz...

—Como dicen por ahí... “Los finales felices son historias sin acabar” —Elizabeth dio por zanjado el tema y salió de su despacho con Autum pisándole los talones y parlotando sin parar.

*Seattle, 31 de julio de 2009.*

—Gino... —gruñó Elizabeth—, te aseguro que estoy perfectamente, no es necesario que me llames tanto.

—Lizzie, solo quiero estar tranquilo —rezongó él al otro lado de la línea telefónica —, no te enfades...

—No me enfado... pero déjame respirar.

—Como quieras... hasta luego —contestó su amigo en tono mordaz antes de cortar la llamada. Elizabeth suspiró e intentó centrarse de nuevo en su trabajo, pero era complicado. En solo un par de días tendría que viajar a Nueva York y no le apetecía nada. Esos viajes solía hacerlos Margaret, su secretaria y prácticamente mano derecha, pero por diferentes recortes de personal que Daniel había autorizado, debía ocuparse de otras cosas y no podría viajar.

Ahora ella tenía que dejar Seattle, tenía que estar casi doce horas al día de reunión en reunión y sin tiempo para hablar con Darcy... y quizás eso era lo que más nerviosa la ponía de todo.

Con el paso de los días ese pequeño contacto con él se fue haciendo más y más necesario, tanto que casi rayaba la obsesión. Eso la tenía asustada en sobremanera... pero era algo que no podía evitar, cuando se sentaba en su mesa y daban las tres de la tarde, una fuerza invisible la obligaba a dejar de lado su trabajo y ponerse a chatear con él, era inevitable.

La puerta de su despacho se abrió y por ella entró Autum, que se sentó frente a su mesa como un vendaval y la miró con una enorme sonrisa.

—Hola... —la saludó con el ceño fruncido— ¿no te han enseñado a llamar a las puertas antes de entrar?

—Que alegría me da verte a ti también —ironizó su amiga.



—Autum lo siento... no es un buen día —se excusó desviando la mirada al monitor de su ordenador, donde, de un momento a otro, Darcy la saludaría y su día volvería a iluminarse.

—Y tengo la solución para que tu día mejore —su voz se escuchó alegre y casi estaba dando saltitos en la silla por la emoción contenida.

—¿Me has traído una *glack* con la que pueda matar a Daniel sin levantar sospechas? —le preguntó con una ceja azada.

—No seas tan derrotista, yo creo en el Karma y Daniel un día se encontrará con lo que merece... no te preocupes.

—Esa tal Karma no me cae nada bien —gruñó frunciendo los labios.

—Ya la adorarás... no te preocupes —Autum intentó cambiar de tema—. Tengo un regalo para ti.

—¿La pistola? —el rostro de ella se iluminó.

—¡Qué no! —casi chilló—. Toma, ábrelo —le ordenó extendiéndole una caja banca. Elizabeth, un poco decepcionada, comenzó a abrir la caja y puso cara de póquer al encontrarse con un teléfono plateado.

—¿Qué es esto? Cariño... ya tengo teléfono.

—Pero no tienes uno como este —añadió con voz misteriosa—. Este, querida Lizzie, es un teléfono móvil de última generación. Tiene conexión a internet, podrás comprobar tu correo electrónico desde cualquier lugar y a cualquier hora, además de tener acceso a cualquier página web o red social.

—¿Y...? —preguntó Elizabeth un poco confundida. Autum rodó los ojos y le quitó el teléfono de las manos, se puso en pie y caminó hasta sentarse sobre sus rodillas y encender el aparato.

—Mira... —le explicó— aquí metes tu nombre de usuario y contraseña y, automáticamente, hará una alerta sonora cada vez que recibas un mensaje. Además, puedes poner una melodía diferente para cada contacto, ¿cuál le pondrás a Darcy?

—Autum... —susurró avergonzada.

—Y hay más... —le interrumpió sonriendo con picardía— tienes un nuevo número de teléfono.

—Ya tengo número de teléfono.

—Lo sé, pero este será privado —Elizabeth intentó decir algo, pero Autum la detuvo—, ya sé que tienes número de teléfono privado, pero este... será privado, privado... ya me entiendes —terminó con un sugestivo movimiento de cejas.

—¿Estás loca? —chilló ella poniéndose en pie de golpe y casi tirando a su amiga al suelo en el proceso—. No voy a darle mi número de teléfono, ¿en qué estás pensando? Eres una pervertida, Darcy y yo no estamos en ese punto, es más... estoy segura de que no piensa en mí de ese modo, nunca lo ha hecho.

—¿Te lo ha dicho él? —preguntó su amiga con suspicacia.

—No, pero...

—No hay pero que valga —la interrumpió cuando intentaba explicarse—, todos los hombres son iguales y piensan con el cerebro que tienen entre las piernas. Que tu Darcy sea un poco más pudoroso y tarde más en hacerlo no lo diferencia del resto, tarde o temprano te propondrá tener sexo telefónico y con este aparatito podrás conseguirlo... ¿te he dicho ya que tiene manos libres?

—¡Autum! —chilló a la vez que sus mejillas se coloreaban.

—Vamos Lizz, estás a punto de vivir una experiencia única. Y... ¿Quién te asegura que Darcy no sea el hombre de tu vida? —ella bufó y Autum la miró reprobatoriamente—. No puedes asegurar lo contrario, simplemente deja que las cosas fluyan y el tiempo pondrá todo en su lugar.

—No sé... —murmuró dubitativa.

—Solo deja que fluya...

—Está bien... —rezongó.

—Ahora cuéntame cómo os va, ¿ha habido algún acercamiento más?

—Todo está igual... hablamos todos los días y es increíble, conectamos en tantas cosas... todo es tan sencillo con él. Los ojos de Autum la miraban con alegría, esperaba que ese Darcy, fuese quien fuese, tuviese la capacidad de hacer que Elizabeth no se perdiese, de poder rescatar a aquella chica que dejó de existir cuando pronunció el 'sí quiero'.

*Nueva York, 6 de agosto de 2009.*

—De acuerdo señores, eso es todo —concluyó Elizabeth mirado a los asistentes de la última reunión de ese día, o al menos esperaba que fuese la última. Todos comenzaron a ponerse en pie y a salir de la sala de reuniones donde estaban, ella por fin pudo respirar con tranquilidad, no soportaba hablar en público, siempre se ponía nerviosa, las manos le sudaban, la voz le temblaba y comenzaba a tener varios tics, el más repetitivo era tocarse el cabello.

—Señorita Price —la llamó Larry, uno de los asistentes de la reunión. Ella se giró sonriendo por el título, le gustaría poder seguir siendo solo una señorita y no toda una mujer casada.

—Dígame, señor Wesley —le dijo todavía sonriendo.

—Ha sido una reunión fantástica, su padre debe de estar orgulloso, ha conseguido una sucesora maravillosa —la alabó el hombre.

—Oh, no... —apretó las manos en puños y se obligó a hablar con naturalidad— mi marido será el próximo presidente de Price Ltd., yo me ocuparé de la vicepresidencia.

—No sabía que estaba casada... —se excusó él.

—No es algo de lo que me guste presumir —intentó sonar bromista, pero la tensión en su semblante era evidente pese a la sonrisa que adornaba sus labios. Cuando el hombre iba a contestarle, el teléfono móvil que le había regalado Autum, y del que no se había separado en todo el viaje, sonó indicando que había recibido un correo electrónico.

—Disculpe señor Wesley —se despidió de él y se alejó un par de pasos para teclear sobre la pantalla y comprobar el contenido.

*«Hola Gatita. No me puedo creer que estés tan cerca, hoy he llegado a Maryland y me siento un poco nervioso al pensar que estás tan solo a cuatrocientos kilómetros. Podrás pensar que estoy loco por decirte esto, pero me he imaginado unas cuantas veces cogiendo un avión hasta donde estás para poder verte, me conformaría tan solo con poder escuchar tu*

*voz, pero me aseguro a mí mismo que eso es algo imposible, si creyese lo contrario sería difícil detenerme en mi empeño de escucharte o mucho peor, de verte... sería capaz de cualquier cosa solo por ponerle voz a tus palabras... Sé que estás ocupada, que tienes muchas reuniones y tu trabajo te reclama, pero si puedes responde a este mensaje para saber que me has leído, no me gusta pensar que solo estoy hablando con una máquina sin que nadie me conteste al otro lado.*

*Un beso, Darcy.»*

Elizabeth se mordió el labio inferior y sintió como si un millón de mariposas se pusiesen a revolotear en su estómago. Casi como si se tratase de una alucinación, pudo escuchar con total claridad la voz de Autum dentro de su cabeza: «Déjalo que fluya...el tiempo pondrá todo en su lugar.»

Cuando tecleaba los números de su propio teléfono móvil, sus manos temblaban mucho más que durante la reunión cuando hablaba frente a todos esos desconocidos... lo que estaba a punto de hacer era una completa locura. Darcy era un desconocido, pero al leer su mensaje algo se removió en su interior... ¿él estaba tan solo a cuatrocientos kilómetros? ¡Eso no era casi nada! En poco más de tres horas podría hacer ese trayecto en coche... o mejor aún, si él también condujese, en solo dos horas se podrían encontrar a mitad de camino y... Detuvo sus pensamientos en ese lugar... ¿a dónde quería llegar?

Ellos no estaban en ese punto, ella lo sabía y el propio Darcy se lo había dicho. Pensar en algo que podría ser y no sería la destrozaría, o lo que era peor, hacerse ilusiones con ello... eso podría acabar por derrumbarla si finalmente ese sueño le explotaba frente a los ojos como una burbuja de jabón. Pero mientras esos pensamientos cruzaban fugazmente por su cabeza, sus dedos se movían a más velocidad y el mensaje con su número de teléfono ya había sido enviado.

Casi le da un ataque de ansiedad cuando fue consciente de lo que había hecho... ¿de verdad le había enviado su número?

Corrió hacia la salida del edificio donde se encontraba y salió al exterior intentando encontrar un poco de aire fresco... ¿qué iba a hacer si la llamaba? Pero el miedo por no saber qué hacer casi era opacado por completo por la curiosidad... ¿cómo sería su voz?

Más de una vez había fantaseado pensando que podría tener voz de locutor de radio, o una voz dulce y melodiosa... no muy masculina, pero esas que te hacen sonreír y sentirte bien solo con escucharlas.

Llamó a un taxi entre la mitad del gentío y le pidió que la llevase a su hotel, el calor del verano y los nervios habían hecho que la ropa se quedase pegada a su piel y se sentía incómoda, necesitaba una ducha... fría a poder ser.

Dos horas después estaba tumbada en su cama mirando al techo mientras se fumaba el sexto cigarrillo... Darcy no había dado señales de vida.

Quizás, en el mejor de los casos, no había leído el mensaje... o si lo había leído estaba pensando en el modo más apropiado de declinar su ofrecimiento y no la llamaría.

Se estaba volviendo loca de tanto pensar... con seguridad de un momento a otro comenzaría a salirle humo de las orejas. Cogió el teléfono para llamar a Autum, más que nunca necesitaba sus consejos, seguro que ella sabría qué hacer, pero cuando estaba a punto de pulsar el botón de descolgar, el teléfono comenzó a sonar y del susto se le cayó de las manos y acabó en la otra punta de la cama.

Gateó hasta allí para poder cogerlo de nuevo y su ceño se frunció cuando vio un número desconocido parpadeando en la pantalla. No le había dado ese número a nadie, solo Autum lo tenía y también... oh... también lo tenía Darcy.

Su estómago se contrajo con los nervios, sus manos comenzaron a humedecerse y un sudor frío cubrió su espalda. Colocó el dedo pulgar sobre la tecla de contestar y suspiró... si le daba un ataque de risa histérica en ese momento sería capaz de pegarse un tiro... tomó una fuerte bocanada de aire y pulsó el botón. Con lentitud se llevó el teléfono hasta la oreja y cerró los ojos con fuerza.

—Hola... —su voz sonó baja y suave, casi no parecía la suya. Al otro lado de la línea solo escuchaba el silencio, silencio roto por una respiración lejana... estuvo a punto de morirse de risa, esa era la típica escena de película de terror adolescente. Contuvo lo mejor que pudo las ganas de reír nerviosamente y volvió a hablar.

—¿Hola? De nuevo silencio, con aquella respiración de fondo y nada más.

—*Gatita*... —fue solo un susurro, algo muy bajo y casi inaudible, pero suficiente para que los nervios que cerraban su estómago se expandieran de golpe enviando un estremecimiento por todo su cuerpo. Su mano libre se cerró en un puño agarrando con fuerza la colcha de la cama y sus ojos se abrieron de golpe ante el sonido de esa voz, que se había escuchado ronca, profunda, aterciopelada...

— *¿Gatita?* —preguntó de nuevo con más seguridad y en un tono más alto, la piel de Elizabeth se puso de gallina y una sonrisa involuntaria adornó sus labios.

—Hola Darcy... —susurró esperando que los nervios no se filtrasen en su voz.

—*Cuando leí tu mensaje no me lo podía creer... ¿por qué me has enviado tu número?* —en su voz no había reproche, tan solo sorpresa y un poco de incredulidad, algo que la tranquilizó un poco.

—Si te soy sincera... realmente no lo sé —confesó a media voz.

—*Me alegra que lo hayas hecho... me moría de ganas de escuchar tu voz, pero no sabía si estarías de acuerdo con esto.*

—Ya ves que sí... —la risa histérica que tanto temía se hizo escuchar y segundos después dejó de reírse de golpe—. Lo siento... estoy un poco nerviosa.

—*Tranquila, solo soy yo...* —intentó tranquilizarla—. *Y déjame decirte que me encanta tu voz, suena dulce y delicada... cuando hablas es como si acariciases las palabras.* Las mejillas de Elizabeth se tornaron rojas y sonrió sin poder evitarlo.

—Eh... gracias... —suspiró.

—*Te noto un poco tensa... sé que ha sido idea tuya, pero si no estás cómoda con esto, podemos dejarlo* —añadió él en tono comprensivo.

—No te preocupes, estoy bien... es solo que... no sé muy bien qué decir. No estoy acostumbrada a esto.

—*Soy el mismo Darcy que habla contigo a diario desde hace un mes... ¿te has dado cuenta? Hoy hace exactamente un mes de nuestra primera conversación...*

—¿Tanto? —preguntó sorprendida, no tanto por el tiempo en sí, más bien porque él llevase la cuenta tan bien como ella, eso solo podía indicar que estaba también entusiasmado.

—*Para mí también ha pasado muy rápido... y parece increíble todo lo que puedes llegar a conocer a una persona en tan solo un mes...*

—Increíble... —repitió ella en el mismo tono de voz.

—*Gatita...* —la llamó en un susurro.

—Dime...

—*Nada... solo... me gusta oír tu voz* —Darcy suspiró e Elizabeth contuvo las ganas de hacerlo también—. *¿Qué tal tu día de trabajo?*

*Relativo*

—Agotador... pero por suerte ya ha terminado. ¿Y el tuyo?

—*Largo... estaba deseando meterme en la cama y dormir, pero ahora que estoy hablando contigo no me importaría dejar que los minutos pasen mientras te escucho. Y los minutos pasaron mientras hablaban... y también lo hicieron las horas sin que ambos se diesen apenas cuenta.*

## CAPÍTULO 6

*Nueva York, 9 de agosto de 2009*

Su último día en Nueva York... por fin. No es que no le gustase viajar, de hecho le encantaba, pero no cuando tenía que hacerlo por trabajo.

De todos modos había aprovechado el fin de semana para hacer un poco de turismo, paseó largo rato por Central Park, subió a uno de los miradores del Empire State, visitó La Estatua de la Libertad... había disfrutado mucho de su tiempo libre, pero no plenamente, hacer turismo era fantástico, pero lo sería mucho más con alguien con quien compartirlo.

Cerró la puerta de su habitación y se dejó caer sobre la cama buscando a tientas su paquete de tabaco en el bolso, había sido un día largo visitando todos esos lugares... pero solo le quedaba una noche más y ya volaría rumbo a Seattle dejando las reuniones y los posibles clientes atrás.

Quería regresar a casa para volver a su rutina, sus conversaciones con Darcy a media tarde, sus risas con Autum... la distancia con los que más quería nunca había sido de su agrado. Miró al techo mientras daba una calada a su cigarrillo y observó atentamente como el humo desaparecía poco a poco hasta volverse invisible.

El sonido de su teléfono con una notificación le hizo dar un respingo y buscarlo con la mirada. Estiró la mano para cogerlo y tecleó con rapidez para ver



de qué se trataba, era un mail de Darcy, con un archivo adjunto... frunció el ceño y se atrevió a abrirlo.

La respiración se le quedó atascada en la garganta y sus ojos se abrieron desmesuradamente, él le había enviado una fotografía... una fotografía suya... y se veía simplemente perfecto... Su cabello era de un color extraño, entre rubio oscuro y rojizo, los ángulos de su mandíbula eran muy masculinos, sus pómulos estaban muy marcados y su nariz era recta y perfecta. Tenía la mandíbula cuadrada y unos impresionantes ojos verdes... todo ello acompañado de una sonrisa que con solo verla consiguió alegrar su día.

Al recordar su voz y ver su imagen Elizabeth sintió que le faltaba el aire... Darcy era un adonis, un hombre que seguramente desbordaba sensualidad en cada movimiento y en el que podías leer «sexo con patas» en su frente.

Pero había algo que no esperaba... parecía un poco mayor, podría ser solo que no se conservase bien, pero aparentaba estar ya en los cuarenta años. Aun así, la imagen era impactante, era todo un hombre, un hombre que había sabido madurar y que conservaba todo su atractivo intacto.

Cuando consiguió despertar de su aturdimiento, leyó el mensaje que acompañaba a la fotografía:

*“Gatita... no dejas de sorprenderme. Tu fotografía me ha dejado sin palabras, eres preciosa.”*

Tuvo que releerlo un par de veces para entenderlo... ¿Su fotografía? ¿Cuándo le había enviado ella una fotografía a él? No lo había hecho... estaba completamente segura, ni siquiera por error porque no había tocado el ordenador en todo el día y en el teléfono no conservaba ninguna, y todos esos datos solo podían significar una cosa... entrecerró los ojos y bufó exasperada, sin pensarlo demasiado buscó su nombre en la agenda y la llamó sin perder ni un segundo.

—¿Se puede saber qué mierda te pasa por la cabeza? —preguntó con rudeza en cuanto descolgaron del otro lado y sin darle tiempo a nada.

—*Hola a ti también cariño, me alegra saber que has pensado en mí cuando estás tan lejos... también te echo de menos* —ironizó Autum con voz afilada.

—No me vengas con gilipolleces ahora... ¿puedes decirme por qué lo has hecho? —preguntó poniéndose en pie de un salto y comenzando a dar vueltas por

su habitación.

— *¿Por qué he hecho el qué?* — Autum contestó con otra pregunta.

— ¡Autum! — chilló cerrando el puño de su mano con fuerza.

— *Tú no ibas a hacerlo, te conozco perfectamente* — explicó intentando sonar conciliadora—. *Estoy completamente segura de que si no te doy un empujoncito estarías solo hablando con él a través del chat sin dar ni un paso más.*

— Pues déjame decirte que estás muy equivocada — Elizabeth sonrió—, ya hemos hablado por teléfono varias veces.

— *Mentirosilla...* — susurró su amiga antes de estallar en carcajadas.

— Te lo estoy diciendo de verdad, Autum...

— *Pero... ¿cuándo ha pasado y por qué no he sabido nada sobre eso hasta ahora?* — preguntó indignada.

— No debo especificarte cada paso que doy — protestó rodando los ojos.

— *Ya... pero Darcy también es un poquito mío... ¡tengo derecho a saber qué pasa! Yo te empujé a hablar con él, se puede decir que os he presentado, si no fuese por mi ayuda nunca lo hubieses conocido* — añadió muy pagada de sí misma.

— Pero eso no te da derecho a enviarle una de mis fotos sin pedirme permiso — volvió a decir recuperando su estado anterior—, ¿cómo se te ha ocurrido hacer algo así?

— *Solo quería daros un empujoncito... pero ahora veo que no os hacía falta. Por cierto... ¿cómo es? ¿Es guapo... alto... ojos azules?*

— No pienso decirte ni una palabra, es información confidencial — remarcó Elizabeth en tono interesante.

— *¡Oh Vamos! Me sé la contraseña de tu cuenta de correo, puedo entrar y verlo por mí misma si lo prefieres.*

— No lo harás... — susurró ella con voz dura.

— *Ponme a prueba.*

— Está bien Autum... — se rindió— es impresionante, lo más atractivo que he visto en mi vida.

— *¿Cómo es?*

— Tiene el cabello rubio... pero es un poco oscuro, no sabría cómo decirte, los

ojos verdes, una mandíbula perfecta y sus labios... —enumeró con voz soñadora y dejándose caer en la cama de golpe.

—*Y no te gusta nada...* —aseguró Autum para hacerla rabiar.

—No... nada... —ironizó—. Pero... —dudó unos segundos y negó débilmente con la cabeza— bah, es una tontería... olvídale.

—*¡Ah no! Señorita... ahora no vas a dejarme con la intriga... ¿cuál es ese «pero»?* Elizabeth dudó unos segundos más, pero finalmente suspiró antes de rendirse.

—Parece mayor... —murmuró— ya deduje que no era un niño por su voz y el modo que tiene de hablar, parece maduro y eso... pero no esperaba que...

—*¿Qué quieres decir con mayor?* —la interrumpió su amiga—. *¿Muy, muy mayor?*

—Puede que tenga ya los cuarenta...

—*Eso no es demasiado y me has dicho que te gusta...*

—Lo sé Autum... además es muy atractivo... pero yo solo tengo veintisiete y él parece que...

—*Ahora no busques excusas estúpidas para no hablar con él* —le regañó—. *No estropees esto Lizzie... puede que sea el hombre de tu vida...*

—*¿Y si solo estoy perdiendo el tiempo?* —preguntó mordiendo su labio inferior casi con desesperación.

—*¿Y si no lo estás haciendo? Mira Elizabeth, tú y yo sabemos muy bien que los «Y si...» son nuestro peor enemigo cuando estamos confundidas* —intentó convencerla—, *así que simplemente deja que las cosas fluyan... si te sale mal es que has tenido mala suerte, ese hombre no era el adecuado, pero si te sale bien puedes ser feliz el resto de tu vida.* Elizabeth lo pensó unos segundos en completo silencio y después suspiró.

—*¿Y Daniel?* —preguntó con un hilo de voz.

—*¿Qué hay de Daniel?*

—*¿Qué pasa con él? Es mi marido... y estaremos casados unos meses más... ¿qué pasa con eso?* —explicó.

—*Olvídate de Daniel, lo peor que has hecho ha sido casarte con él y lo siguiente peor no denunciarlo cuando te maltrató* —espetó Autum enfadada.

—No me ha maltratado, solo fue una discusión que se nos salió de las manos.

—Gino puede que se haya creído esa historia, pero sabes muy bien que yo no... hay algo más detrás de eso y algún día me enteraré.

—Autum... por favor... —casi suplicó.

—De acuerdo, tema tabú por ahora, pero en algún momento tendremos que hablarlo.

—De acuerdo... —asintió bajando la mirada—, voy a darme un baño y meterme en la cama, estoy agotada y mañana me espera el viaje de vuelta.

—Y tenemos que ir de compras y hablar mucho... te he echado muchísimo de menos... —dijo su amiga y ella estaba casi segura de que estaba haciendo un mohín para convencerla.

—De acuerdo Autum, un beso —se despidió antes de colgar y quedarse unos segundos mirando al aparato en silencio y perdida en sus pensamientos.

Pensó en contarle a Autum lo que había pasado con Daniel... pero estaba segura que de hacerlo su marido duraría muy poco tiempo con vida, Autum se enfadaría tanto que sería capaz de matarlo, eso si no llamaba a Gino y él lo hacía antes que el a... no, sería mejor que su amiga no supiese nada por el momento y Gino tampoco, sus amigos eran tan protectores con ella que se volverían locos. Suspiró con desgana y se fue hacia el baño, como le había dicho a Autum necesitaba relajarse, sentía los músculos de su cuello completamente rígidos a causa de la tensión en el trabajo, sus piernas estaban cansadas y su cabeza comenzaba a martillar a causa de la tensión... recordar el incidente con Daniel no había sido el mejor modo de acabar el día, ahora estaba nerviosa y alterada, tanto que necesitaría una tila o un relajante para poder conciliar el sueño. Pero antes lo intentaría con el baño.

Abrió el agua caliente y dejó que el jacuzzi con el que contaba el baño de su habitación se llenase poco a poco, se desnudó lentamente y echó unas cuantas sales en el agua.

Decidió poner algo de música clásica con su teléfono y lo colocó a su lado antes de introducirse en el agua con lentitud, dejando que su piel se acostumbrase a su temperatura. Suspiró satisfecha después de unos minutos, mantenía los ojos cerrados escuchando las suaves notas de una canción de piano y dejando que su mente desconectase de todo lo que había pasado los días anteriores, de todo menos de él: su Darcy... era imposible olvidarse de todo lo que habían avanzado los pasados días, había escuchado su voz, había visto su imagen y estaba tan solo a unos pocos kilómetros...

¿Sería demasiado loco si en lugar de un avión hacia Seattle, alquilaba un

coche e iba a Maryland para verle? Sí... sería una completa locura. Pero no pudo evitar imaginar lo que pasaría si eso llegase a suceder... ¿cómo se comportaría a su lado? ¿Sería tan alto como parecía en la foto? ¿Lo saludaría con un abrazo o con un apretón de manos? ¿Su voz sonaría tan masculina y sexy sin estar distorsionada por el micrófono del teléfono?

Gimió de frustración porque sabía que dar ese paso en su “relación” era imposible, estaba Daniel y lo seguiría estando a lo largo de los próximos meses, Darcy no lo sabía y meterlo en todo ese embrollo solo enredaría las cosas más. Se sumergió bajo el agua con esos pensamientos pululando por su mente, intentando alejarse de ellos y mantuvo la respiración hasta que sus pulmones se quejaron por la falta de oxígeno, entonces salió a la superficie para coger más aire y volvió a sumergirse... en esta ocasión intentó aguantar unos segundos más, pero le pareció escuchar el sonido de su teléfono.

Salió a la superficie de nuevo y sin pensarlo tomó el teléfono entre sus manos y sonrió ampliamente al ver que era él quien llamaba.

—Hola Darcy... —dijo con la voz todavía acelerada por sus intentos infructuosos de olvidarse de él.

—*Hola Gatita... ¿por qué estás tan sofocada?* —preguntó con curiosidad.

—No estoy sofocada —exhaló con fuerza—, solo... ahm... me estaba dando un baño.

—*Si te molesto puedo llamar luego, no me importa...* —añadió Darcy, a lo que ella sonrió, él tenía tantas ganas como ella de que hablasen, el luego en su frase lo decía todo.

—Está bien, no te preocupes, ni siquiera he salido de la bañera —lo tranquilizó—. ¿Qué tal tu día?

—*Largo...* —suspiró él y su voz tenía un matiz extraño que ella nunca había escuchado—. *¿Y el tuyo? Supongo que ya tendrás las maletas hechas... mañana te alejas de mí.*

—Supones bien... —susurró Elizabeth— mañana vuelvo a Seattle...

—*Muy lejos de Maryland...*

—Pero no tanto de Chicago... —añadió ella.

—*Cierto...* —lo escuchó sonreír y no pudo evitar hacerlo también.

—¿Ha sido un día muy largo? —preguntó Elizabeth después de unos

segundos de silencio.

—Mucho... hay una empresa que quiero comprar, está casi en la ruina y con muy pocas posibilidades de reponerse si nadie hace una inyección de capital importante, pero su presidente me está dando evasivas... —murmuró—. Pero no quiero hablar de trabajo contigo, quiero olvidarme de todo y no pensar en mis obligaciones diarias.

—Está bien...

—¿Por qué te estás dando un baño en lugar de una ducha rápida, un día duro para ti también? —le preguntó en un tono que pretendía ser casual.

Pensó de nuevo en Autum, su conversación y también en Daniel, pero obligó a su mente a mantener esos pensamientos bajo llave y decidió centrarse en la conversación.

—Sí... además me duele la espalda, creo que tengo una contractura en las cervicales —comentó moviendo el cuello a ambos lados y gimiendo ante una leve punzada de dolor. Escuchó como Darcy suspiraba al otro lado y después carraspeó.

—Eso es tensión acumulada, te sentaría bien un masaje... ¿no crees? —preguntó en un susurro.

—Sí... eso sería la gloria, pero el spa del hotel está cerrado ya.

—Si conduzco durante tres horas podría dártelo yo... —al decir esas palabras un denso silencio se hizo entre ellos...

—Demasiado esfuerzo para un simple masaje... —murmuró ella con un hilo de voz.

—Pero la recompensa valdría la pena, podrías dormir bien después... Dormir... ¿Quién mierda pensaba en dormir en ese momento? Su voz sonaba tan baja y ronca que le estaban dando escalofríos... ¿qué pretendía... volverla loca? Porque lo estaba consiguiendo.

—Si estuvieses en Nueva York no creo que pudiese dormir... —admitió con sinceridad y mordiéndose la lengua para no continuar con la frase y añadir un “me encargaría personalmente de que tampoco lo hicieras tú”.

—Yo tampoco dormiría... créeme —aseguró con firmeza y su voz más ronca que antes. Elizabeth respiró hondo para intentar serenarse, esas palabras tenían varias interpretaciones... ¿cuál sería la adecuada en el caso de Darcy? Ella sentía un cosquilleo entre las piernas, su sexo clamaba por un poco de atención y estaba casi

a punto de suplicarle a Darcy que le hablase mientras ella se masturbaba... le parecía patético, pero estaba segura que de abrir la boca esas serían las primeras palabras que saldrían de sus labios.

—Te... tengo que... que colgar... —balbuceó atropelladamente.

—¿Te encuentras mal? —preguntó él aparentemente preocupado.

—No... es solo que... necesito colgar... te llamo mañana. Buenas noches — cortó la llamada y dejó caer su teléfono al suelo al lado de la bañera...

¿En qué estaba pensando? Había estado a punto de masturbarse pensando en Darcy y con él al otro lado del teléfono... ¿en qué momento su relación había dado ese gran salto?

Era una locura... una completa locura... ¿cómo podía sentirse atraída por un hombre que no había visto en su vida? Pero la tensión sexual en la llamada que habían compartido segundos atrás era evidente, tan evidente que los silencios se volvían densos y cortantes.

Se puso en pie de golpe y se envolvió en una toalla, se quedó mirando su reflejo en un enorme espejo que había en el baño y suspiró... aquella noche de semanas atrás se prometió a sí misma que la vieja Elizabeth había desaparecido ¿pero cómo lo había hecho? Sus únicos actos de rebeldía habían sido ignorar a Daniel y desobedecer a su padre... ¿esa era la verdadera Elizabeth?

No... estaba segura de que bajo todas esas capas de timidez que siempre mostraba había algo más, algo que ni ella misma conocía y que estaba dispuesta a descubrir... ¿pero cómo lo hacía?

Miró su mano izquierda, aquella que todavía tenía el enorme anillo de compromiso y también su alianza de boda... recordó a Darcy, recordó su voz, su imagen... el modo en que pronunciaba «Gatita» con aquel acento extraño que todavía no había sido capaz de identificar y su anillo pesó de nuevo, era como si estuviese hecho de un metal tan pesado que apenas podía alzar la mano, era como el anillo único, el anillo de poder para poseerlos a todos... era el símbolo del poder de Daniel poseyéndola a ella...

Sintió náuseas y una presión casi insoportable en el pecho, jadeando y con movimientos rápidos y nerviosos se quitó ambos anillos y los dejó caer al retrete... sus piernas se debilitaron y cayó sentada al lado del escusado, mirando fijamente aquellas dos brillantes piezas de metal que se veían tan inofensivas y que la amarraban tanto, la hacían prisionera de una vida que no quería y con la que no estaba dispuesta a conformarse.

Alzó la mano con decisión y tiró de la cisterna haciendo que “el anillo único” desapareciese de su vista y así también todo lo que él significaba. Después se puso en pie de nuevo, sintiéndose muchísimo mejor que unos minutos antes, y desenredó su cabello con esmero, dejó caer la toalla en el suelo del baño y completamente desnuda se tumbó sobre la cama. Iluminada tan solo por la luz de una pequeña lámpara encendió un cigarrillo y se quedó mirando al techo.

Sin proponérselo, la conversación que había mantenido con Darcy volvió a su memoria y se volvió a sentir igual de ansiosa que minutos antes... y eso era una locura, una completa locura... ¿cómo podía sentirse así? Rozó sus muslos uno contra el otro provocando algo de fricción, a ver si así su necesidad se calmaba un poco, pero lo que consiguió fue empeorarla...

—A la mierda... —masculló dejando el cigarrillo a medio consumir y sin apagar en el cenicero.

Acarició sus caderas con lentitud y después deslizó las manos sobre sus muslos hacia la cara interna de ellos, recordó la foto que Darcy le había enviado, su sonrisa, sus ojos, las facciones de su rostro... recordó su voz al teléfono, los diferentes matices con los que le había escuchado, sobre todo el de esa última llamada... ¿podría ser que él también se sintiese excitado?

Mordió su labio inferior acallando el gemido que ese simple pensamiento le había provocado... Sus manos se deslizaron un poco más hacia arriba y un suspiro tembloroso se escapó entre sus labios... iba a hacerlo, iba a masturbarse pensando en un hombre que no conocía.

Era enfermizo y obsesivo... muy obsesivo... pero no podía controlarlo, sentía una fuerza superior a ella que la impulsaba a hacerlo. Y cuando estaba a punto de liberarse de sus complejos y comenzar a disfrutar de sí misma escuchó la melodía de su teléfono a lo lejos.

Se quedó paralizada unos segundos y con la respiración acelerada... reconoció la melodía que le había puesto a Darcy y de un salto corrió hacia el baño donde recordaba haber dejado el dichoso aparato, pulsó el botón de descolgar y se lo llevó a la oreja, no dijo nada, solo se quedó en silencio escuchando su respiración al otro lado de la línea.

—*Sé que es un poco tarde pero...* —intentó disculparse él.

—No importa... —le interrumpió— no estaba durmiendo.

—*¿Estás bien?* —preguntó con preocupación—. *Te noto nerviosa y antes colgaste tan deprisa que yo...*



—Estoy bien, es solo que yo... verás... estaba... me sentía... —resopló frustrada por no saber cómo explicase— estoy perfectamente, no te preocupes — finalizó con desgana.

—*Gatita, no sabes mentir... ¿ocurre algo? Si te sientes incómoda conmigo solo tienes que...*

—El problema —lo interrumpió—, el problema es que me sentía demasiado cómoda, esto es... es tan extraño, me siento como si... es como... no sé cómo explicarlo.

—*Es sencillo* —su voz sonó ronca de nuevo y la piel de Elizabeth se erizó—, *cierra los ojos y piensa que me tienes frente a ti...*

—Eso no ayuda... estoy completamente desnuda y tenerte delante no mejoraría nada mi estado... —fue interrumpida por un gemido del otro lado que hizo que su sangre hirviese y se agolpase en sus mejillas.

—*No puedes hacerme esto... no puedes* —masculló.

—Lo siento... yo solo...

—*El que lo siente soy yo... Gatita, esto no estaba planeado pero... ¡mierda! ¿Qué estás haciendo?*

—¿Qué? —preguntó confundida.

—*¿Qué haces? ¿Dónde estás? No me digas lo que llevas puesto porque sé que estás desnuda y saber eso me está jodiendo vivo.* Elizabeth se enderezó y sus pezones se endurecieron casi al instante... en un segundo fue consciente de la suave brisa del aire acondicionado revoloteando entre sus muslos, incluso su delicado golpe parecía endurecer más sus pezones excitados.

—¿Qué? —exhaló comenzando a sentir como su sexo se humedecía.

—*¡Dios! Cariño, sé que eres joven pero... no eres una niña, estoy muy cachondo y es tu culpa, tu voz, tus insinuaciones... tienes que solucionarlo... tienes que ayudarme a solucionarlo.* Elizabeth tragó en seco, caminó de nuevo hacia la cama y se tumbó como minutos antes, mirando al techo, con las rodillas flexionadas y apretadas con fuerza por los nervios.

—Estoy tumbada en la cama —dijo con voz temblorosa.

—*¿Tienes frío?*

—No... tengo mucho calor... —cerró los ojos para tranquilizarse y contar hasta diez... funcionó.

—*Es la primera vez que hago esto y... quiero oírte gemir... quiero...*

—Darcy... —le llamó con voz dulce.

—¿Sí?

—También es mi primera vez en esto... dime qué debo hacer, dime qué...

—*Abre las piernas para mí* —su orden sonó suave pero firme—, *dime cómo te encuentras, ¿estás bien con esto? Si quieres detenerte solo dilo.*

—Estoy nerviosa, pero bien... quiero esto...

—*Tócate para mí...déjame oír cómo te tocas* —demandó.

—Darcy, no sé cómo hacerlo.

—¿Nunca lo has hecho?

—Sí, pero no de este modo, con alguien escuchando.

—*Hazlo como si yo no estuviese, o mejor todavía... imagina que soy yo quien lo hace... ¿eso te gustaría?*

—Sí... —gimió vergonzosamente con el primer roce deliberado en su sexo.

—*Muy bien Gatita... sigue así...* —la animó— *ahora pellizca uno de tus pezones... ¿te gusta cómo se siente?* Elizabeth conectó el manos libres de su teléfono y lo dejó al lado de su cabeza sobre la cama, tomó una bocanada de aire y cerrando los ojos pellizcó sus pechos gimiendo con fuerza justo después.

—*Me está poniendo enfermo escucharte* —su voz sonó haciendo eco en la habitación completamente en silencio—, *¿quieres que yo también me toque para ti?*

—Sí... por favor... —suplicó con un gimoteo. Se escuchó un gemido al otro lado y Elizabeth arqueó la espalda.

—*Estoy tan duro que duele... y escucharte suplicar no me ayuda...* —masculló con voz ronca.

—¿Le gusta que le supliquen señor Darcy? —preguntó ella con una voz coqueta que desconocía—. Si estuvieses aquí en este momento te suplicaría que me follases duro... fóllame duro Darcy, muy duro...

En esta ocasión fue un gruñido lo que rasgó el aire y lo que la obligó a penetrarse a ella misma con sus dedos imaginando que era su señor Darcy el que lo hacía.

—*No tendrías que suplicarlo dos veces...* —se detuvo para gemir— *¿te gusta a*

*cuatro patas o eres más tradicional?*

Elizabeth tembló ante el sonido de esa voz y algo se contrajo en su vientre al imaginarse en esa posición, totalmente a su merced y dominándola...

—A cuatro patas está bien... o cualquier otra —jadeó.

—*Bien...* —su voz sonó tan baja que apenas pudo entenderlo— *ponte a cuatro patas entonces y mueve ese culito para mí.* Ella obedeció casi al instante sintiendo una marea de emociones en su estómago y aferrándose a su vientre.

—*¿Estás ya?* —le preguntó.

—Sí...

—*Perfecto Gatita... ahora piensa que estoy detrás de ti, que te observo con detenimiento, que acaricio esa piel que parece de porcelana y que te penetro de un solo golpe y hasta el fondo...*

—¡Dios! —gimió con fuerza comenzando a acariciarse y penetrarse con sus propios dedos.

—*¿Te gusta así?*

—¡Oh, mierda... sí! —chilló.

—*Sigue gimiendo así Gatita... no te imaginas como me estás poniendo.*

—Darcy... —gimoteó su nombre— estoy cerca... muy cerca...

—*No te detengas y sigue... me gusta escucharte, sigue Gatita —la animaba—. Continúa que yo también estoy cerca... ¡sigue!*

Varias cosas sucedieron a la vez en ese momento, Darcy gruñó un par de maldiciones, Elizabeth arqueó su espalda y ambos chillaron y gimieron a la vez presos de un orgasmo. Elizabeth se dejó caer sobre la cama, sin fuerzas y jadeando, al otro lado del aparato telefónico solo se oía la respiración acelerada de Darcy.

—*¿Sigues ahí?* —preguntó él después de unos segundos.

—Creo que sí... —le contestó con un hilo de voz.

—*Ha sido increíble... muchas gracias por compartirlo conmigo.*

—No... no ha sido nada... lo he hecho encantada —ambos rieron y un silencio cómodo se interpuso entre ellos.

—*Deberías dormir, mañana coges un avión y estarás cansada* —le sugirió.

—Tienes razón... buenas noches Darcy... —susurró.

—*Buenas noches mi Gatita...*

Elizabeth cortó la llamada y se quedó mirando al teléfono en completo silencio... ¿qué había pasado? ¿Cómo era posible que se hubiese prestado a hacer algo de ese tipo?

No era como rellenar un crucigrama juntos como habían hecho la noche pasada, tampoco como comentar sobre su película favorita... habían tenido sexo, sexo sucio y rudo por teléfono.

Dicho así sonaba frío e impersonal, pero ella lo había sentido tan cerca... por momentos realmente había llegado a creer que Darcy estaba a su lado, susurrándole al oído y acariciando su piel como le decía que lo estaba haciendo. Todo eso era una locura... a ella nunca le había interesado el sexo de ese modo, tampoco le gustaban las cursilerías, pero nunca se imaginó que las malas palabras sonasen tan excitantes. Además... ¿cómo se atrevería a hablar con él después de eso? ¿Cómo sería su relación a partir de ese momento?

Esperaba que las cosas entre ellos no cambiasen, o al menos que no lo hiciesen demasiado. Ella necesitaba a Darcy en su vida para darle ese punto de irrealidad que necesitaba, para olvidarse del mundo y ser esa Elizabeth atrevida que se juraba ser.

Suspiró y se hizo a un lado para apartar las mantas de la cama, después se metió bajo ellas y se tapó hasta el cuello... sentía frío a pesar de estar en agosto y con temperaturas superiores a los treinta grados, la cama le parecía demasiado grande y la habitación demasiado silenciosa. No es como si ella hubiese tenido una larga lista de amantes en su haber, todo se resumía a un par de chicos, pero sabía que después del sexo venían las caricias, los besos de reconocimiento y los abrazos... quizás también algún susurro, o simplemente dormir cerca de alguien, con el calor de su cuerpo rozando la piel.

Pero... ¿qué tenía ella? Solo una cama vacía, unas sábanas también frías y toda una noche de soledad por delante.

## CAPÍTULO 7

*Seattle, 1 de septiembre de 2009.*

Para Elizabeth la noche siempre había sido una especie de tentación y un misterio, siempre había creído que entre las sombras todo tenía un matiz diferente y la percepción de las cosas cambiaba por completo. Nada era blanco o negro, solo había claros y oscuros, sombras y nieblas... todo se volvía relativo y no se podía dar nada por hecho. Y eso lo estaba comprobando en carne propia...

Habían pasado tres semanas desde que había subido a aquel avión en Nueva York, llevaba tres semanas en Seattle y su vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

Durante el día todo seguía igual, iba a su trabajo, ignoraba a su esposo y pasaba las horas muertas hablando con su Darcy a través del chat... sus conversaciones habían mantenido la misma tónica que días pasados, todas se resumían en confidencias, bromas, risas y detalles sobre su vida que casi nadie conocía. Pero al caer la noche era como si la Elizabeth que todos conocían se pusiese una máscara y con ello cambiase de personalidad, cuando era Gatita no había límites, no había miedos y mucho menos inseguridades.

Oculto por la oscuridad de su habitación y ahogando sus gemidos con música clásica, cada noche se entregaba al placer con los jadeos de Darcy al otro lado del teléfono.

Nunca la distancia le había parecido algo tan cruel y despiadado, nunca había pensado que estar lejos de alguien podría ser tan doloroso.

Por momentos sentía la necesidad de estrellar el teléfono contra la pared por la impotencia y otros deseaba que tan solo los separase una fina línea, tan fina como los cables que los mantenían conectados a través de la red.

Sabía que estaba caminando en una cuerda floja, ella misma era consciente de que estaba solo a un paso de caer... y si caía nada bueno podría salir de allí. Darcy, un hombre del que solo conocía su voz y que había visto en una simple fotografía, se estaba convirtiendo en alguien demasiado importante en su día a día, en una adicción sin la que casi no podía vivir.

Y eso era peligroso... Cada noche, después de escuchar como él llegaba al orgasmo, después de una despedida demasiado corta para su gusto, se sentía sola... sola, pequeña e impotente.

Ella necesitaba más que una masturbación teleasistida, quería besos, caricias, olor a sudor, sábanas revueltas y un cuerpo pegado al suyo, pero no tenía nada de eso, era como si su Darcy fuese tan solo alguien imaginario, un espejismo que solo ella podía ver.

Con esos sentimientos poseyéndola por completo se encogía como una bolita, dormía a ratos entre pesadillas y contaba las horas que faltaban para que llegase el alba. Lo que más le inquietaba era que no sabía cómo se sentía Darcy, no se atrevía a preguntarle si para él era tan desquiciante como para ella. Cuando hablaban todo se resumía a ellos, a las sensaciones del momento y todo lo demás desaparecía, se quedaban ellos dos solos en el mundo.

Ese, era un martes como otro cualquiera, Elizabeth había ocultado sus ojeras bajo varias capas de corrector, había sonreído con el primer rayo luz que se abrió paso por la ventana y había adoptado esa actitud positiva que mantenía mientras la espera para la conversación de la tarde le provocaba mariposas en el estómago.

A lo largo del día los sentimientos contradictorios eran los que la mantenían entre la espada y la pared, sentía ansiedad por hablar con él, pero al pensar de tenía que hacerlo a través de un ordenador se desanimaba, sentía como si un fuego artificial estallase en su pecho cuando escuchaba su voz, pero anhelaba mucho más que eso y se hundía al segundo de no escucharla... Y la cuerda floja era cada vez más floja... y el suelo estaba más lejos, por lo que la caída sería más fuerte y dolorosa... pero no podía evitarlo, cada día era un paso más hacia su destrucción.

Esa mañana no llovía en Seattle, algo extraño a las puertas del otoño, pero

hacía un día nublado y tranquilo, con humedad en el aire, pero nada con lo que no pudiese lidiar. Había entrado en la oficina con paso seguro y tarareando mentalmente la banda sonora de su último orgasmo.

—Buenos días Margaret —saludó con alegría a su secretaria.

—Buenos días señora Price —contestó ella con educación.

—Cuando puedas me traes un café y un *muffin* de la pastelería de la esquina, por favor —la chica asintió e Elizabeth le sonrió—. ¿Sigue en pie la reunión con el encargado del almacén del puerto?

—Sí, a las diez.

—De acuerdo, no me pases llamadas hasta entonces, tengo que revisar los contratos de Asia del mes pasado —dijo comenzando a caminar hacia su despacho.

—¿Señora Price? —la llamó Margaret con timidez, ella se giró y la observó en silencio—. Su esposo la está esperando en su despacho, ha dicho que era importante lo que tenían que hablar y no pude negarme a dejarlo pasar.

—De acuerdo... —suspiró con desgana y volvió a caminar hacia allí.

Cuando entró en su despacho percibió que la conversación que tendrían no sería fácil... y mucho menos beneficiosa. Daniel la esperaba sentado en su sillón y jugueteando con su pluma favorita haciéndola girar entre sus dedos. Cuando la escuchó entrar alzó la mirada para cruzarse con la suya y un escalofrío recorrió la espalda de Elizabeth... no sería nada fácil.

—¿Qué quieres? —preguntó en tono cortante cerrando la puerta de un portazo. Daniel se puso en pie y se acercó a ella con andares de depredador, como si quisiese comérsela o echársela al hombro y salir corriendo. Ella se sintió intimidada por él, aunque no lo demostró, se había jurado a sí misma que él no volvería a hacerle daño, físico ni moral, él no era nadie, no existía... y alguien que no existe no puede dañarte.

—¿Te parece normal que para ver a mi esposa tenga que ir a su despacho? —preguntó en tono ácido y cruzando los brazos sobre su pecho. Ella alzó la barbilla, entrecerró los ojos y mantuvo su mirada fija en él.

—Me parece de lo más normal, dadas las circunstancias —espetó ignorándolo y caminando hacia su mesa para sentarse en su sillón. Colocó la pluma en su lugar y acomodó unos papeles a un lado sin prestarle atención.

—Tú y yo tenemos que hablar... —Daniel se situó frente a su mesa y apoyó

los puños cerrados en ella inclinándose hacia delante.

—Tengo trabajo —contestó con desgana abriendo un cajón y sacando otro montón de papeles.

—Elizabeth... —gruñó en tono de advertencia.

—¿Sí, Daniel? —preguntó fingiendo inocencia y mirándolo fijamente de nuevo.

—No podemos seguir así... —exhaló finalmente él.

—Pues solicita el divorcio —añadió ella antes de volver su atención a los papeles.

Pero al escuchar eso Daniel comenzó a reír con condescendencia. Antes muerto... ahora que estaba tan cerca, que ya era suya legalmente, que podía hacer con ella lo que quisiese... no... no la dejaría escapar tan fácil, no dejaría que se alejase de él.

—Sabes con seguridad que eso no pasará nunca —pronunció esforzándose en no sonar demasiado brusco.

—Pues entonces simplemente acepta la situación. Tú y yo estamos casados pero no somos absolutamente nada.

Daniel resopló y trató de tranquilizarse, si ella era capaz de alterarlo con una sola palabra, con una frase entera podría poner su mundo del revés, tal y como había hecho.

—Lizzie... tenemos que llegar a un acuerdo con esto, somos marido y mujer por mucho que quieras ignorarlo —añadió al borde de la desesperación.

—No me llames Lizzie —masculló molesta— y perdiste cualquier posibilidad de llegar a un acuerdo aquella noche.

—Hace más de un mes de eso...

—Pero me sigue doliendo que me hayas engañado durante tanto tiempo...

—Yo no quería... yo... yo solo... —balbuceó.

—No querías, pero lo hiciste. Por favor, sal de mi despacho —pidió volviendo a sus papeles.

—Elizabeth...

—Daniel, vete... —lo interrumpió y señaló hacia la puerta con la mano izquierda— no quiero volver a pedirlo. Simplemente vete y no me obligues a



llamar a seguridad.

—¿Qué ha pasado con tus anillos? —preguntó frunciendo el ceño, Elizabeth bajó la mano y la ocultó tras la otra.

—Los perdí en Nueva York, creo que se me olvidaron en la habitación del hotel.

—¿Has llamado para decírselo? —preguntó impaciente.

—Sí... pero no han encontrado nada —mintió lo mejor que pudo.

—Te compraré otros, no será lo mismo pero...

—No quiero más anillos Daniel... y por favor, vete —casi suplicó.

—Esto no quedará así y lo sabes —remarcó con rencor antes de salir del despacho de su esposa y encerrarse en el suyo a toda velocidad. ¿Qué más podía hacer para conseguir lo que quería? Había dado pasos enormes con ella, había conseguido que se casasen, aunque ella todavía conservaba su apellido, tenía un contrato firmado en el que se solicitaba encarecidamente que tuviesen un hijo, pero ella no dejaba que le pusiese ni un dedo encima. Sabía que aquella noche, cuando casi abusó de ella, había perdido muchos puntos y retrocedido muchos de los pasos avanzados, pero ellos eran amigos de prácticamente toda la vida, se conocían y esperaba que ella lo perdonase, pero que equivocado estaba...

Cuando Daniel salió de su despacho Elizabeth dejó salir todo el aire que estaba conteniendo y para tranquilizarse comenzó a respirar lentamente con la frente apoyada sobre la fría superficie de la mesa.

Daniel conseguía desestabilizarla con su sola presencia, se decía a sí misma que todo lo que había sucedido aquella noche no le había afectado, que solo le había ayudado a abrir los ojos y ver quien era realmente el que consideraba su mejor amigo, pero se engañaba... estar a su lado le asustaba, había comprobado de primera mano que Daniel no era quien demostraba ser y si un día fue capaz de casi violarla, cualquier otro podría hacerlo finalmente... y eso le aterraba.

Con manos temblorosas cogió el teléfono que guardaba en su bolsillo y tecleando en la pantalla táctil llamó a la única persona que podría ayudarla en un momento así...

\*\*\*

Autum condujo por las calles de Seattle a toda velocidad, había salido de la oficina de su padre solo diciéndole a su secretaria que la llamaría en otro momento, su mejor amiga le había pedido ayuda y ella no había dudado ni un segundo en salir a la velocidad de la luz para tenderle su mano.

Estacionó el coche en doble fila y le tiró las llaves al portero del edificio para que él se encargase de aparcarlo mejor, entró en el ascensor y pulsó con impaciencia el número del piso en el que se encontraban las oficinas de Price Ltd. En cuanto estuvo frente a la puerta de su despacho bastó una simple mirada a Margaret para que ella entendiese que no quería interrupciones y entró sin llamar.

Se encontró a Elizabeth acurrucada en su sillón, llorando en silencio y mirando fijamente a un punto vacío en la pared, algo malo había pasado, algo que se escapaba de sus manos y de lo que no tenía ni idea, pero haría lo imposible por saberlo hoy y estaba completamente segura de que de Daniel Boid tenía mucho que ver con el estado de su amiga.

—¿Lizz? —la llamó con voz dulce, se sentó en uno de los reposabrazos de su sillón y acarició su cabello—. Lizzie, cariño... ¿qué ha ocurrido?

Elizabeth alzó la mirada y se encontró con un par de ojos azules mirándole con preocupación, el miedo todavía corría por sus venas y le hacía temblar. Un sollozo rompió el silencio que las rodeaba y se aferró a la cintura de su amiga llorando amargamente contra su abdomen. Autum la dejó desahogarse, simplemente acariciaba su cabello y le susurraba palabras tranquilizadoras para que se sintiese mejor, aunque tardó un buen rato en conseguirlo.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó de nuevo con voz suave.

Elizabeth se secó las lágrimas con el dorso de su mano y miró a su amiga de soslayo, tenía que contárselo, decirle lo que había sucedido aquella noche aunque sabía de antemano que ella no se quedaría tan tranquila y querría matar a Daniel.

—Lizz... —la instó haciendo su nombre todavía más corto.

—Le tengo miedo a Daniel... —dijo con un hilo de voz. Autum la observó

atentamente y su ceño se frunció al no entender el motivo de su temor.

—¿A qué exactamente? Ella la miró durante unos segundos y desvió la mirada, más por nervios que por vergüenza, y también porque sabía que su amiga le recriminaría por no habérselo contado antes.

—La noche que discutí con Daniel... no fue solo una discusión... —confesó con voz temblorosa.

—Eso lo sabía... ¿él te golpeó? —Autum la miraba con atención procesando sus gestos, ya que estos hablaban más que las palabras que pronunciaba. Elizabeth era tan tímida e introvertida que su lenguaje corporal expresaba mucho más que lo que pudiese decir.

—Entre otras cosas —admitió con un hilo de voz.

Autum entrecerró los ojos y la miró con atención... ¿cosas? ¿Qué otras cosas podría hacer Daniel para que ella le temiese? ¿Amenazarla? ¿Insultarla? ¿O podría ser que...? Entrecerró los ojos y sujetó a Elizabeth por los hombros haciendo que sus rostros quedasen separados apenas por unos cuantos centímetros, clavó su mirada en la suya y en sus ojos solo vio miedo... ¿pero miedo a qué? ¿A las represalias de Daniel por contarle?

—¿Te... te ha hecho daño... de otro modo? —preguntó consternada.

—¿A qué modo te refieres? Autum rodó los ojos.

—Sabes exactamente lo que quiero decir —gruñó poniéndose en pie.

—Violar Autum, se dice violar... ¿tanto te cuesta decir esa palabra? —preguntó ella poniéndose en pie también.

—Sí que me cuesta decirla, sobre todo si pienso que te lo han hecho a ti —espetó comenzando a ponerse muy nerviosa.

—No lo hizo —Elizabeth le dio la espalda a su amiga que dejó salir el aire de golpe—, pero lo intentó...

—¿Qué? —su voz apenas se escuchó.

—Me empujó contra la pared y me inmovilizó con sus propias manos... por eso los cardenales, al final se arrepintió y no lo hizo. Pero tengo miedo Autum... él insiste en que somos marido y mujer, que tenemos que comportarnos como tal y me asusta que un día lo intente de nuevo y esa vez sí que lo consiga...

—¿Por qué mierda me estás diciendo esto ahora? —preguntó con incredulidad.

—Porque eres mi amiga.

—¿Y qué esperas que haga justo ahora, cuando ha pasado tanto tiempo?

—No lo sé —admitió Elizabeth en un suspiro—. Pero necesitaba contárselo a alguien, necesitaba dejarlo salir... Autum, yo...

—Tenías que haberlo denunciado, decírselo a Gino y dejar que él lo matase. Es abogado y sabría cómo hacer para que pareciese un accidente —masculló molesta comenzando a dar vueltas por el despacho.

—Gino no puede saber nada de esto... ¡se volverá loco! —casi suplicó.

—¡Y no es para menos! —chilló—. Dios Lizzie... ¿qué esperas que haga con esta información? ¿Qué te felicite por haber sido tan tonta de esperar más de un mes para contarlo?

—Autum...

—No, no vas a convencerme digas lo que digas... creía que eras mucho más lista.

—No quiero convencerte de nada —Elizabeth bajó la mirada a sus pies y suspiró.

—Tienes que salir de esa casa ahora mismo, no puedes quedarte allí.

—Tengo que hacerlo, el contrato... Daniel podría denunciarme y...

—¡A la mierda las denuncias! Si no te vas tú, se va él...

—Autum...

—¡Arg! —chilló perdiendo los nervios—. Eres tan cabezota y estúpida... sí, eres completamente estúpida no me mires así —espetó señalándola con el dedo—. Te casaste con ese desecho humano en contra de mi voluntad, accediste a vivir con él y ahora pagas las consecuencias. Sé que estoy siendo dura y cortante... ¿pero qué esperabas?

—Que estuvieses a mi lado... somos amigas —gimoteó.

—Somos amigas Lizzie, lo seremos siempre, pero decirte que te has equivocado también forma parte del trabajo de una amiga —susurró Autum caminando hacia la puerta.

—Pero... ¿a dónde vas? —le preguntó cuando la vio salir de sus despacho.

—Lejos... ahora necesito estar sola, estoy tan enfadada que si me quedo aquí te patearé el culo —masculló molesta.

Elizabeth la dejó marchar, sintiéndose sola... sabía que Autum reaccionaría así, realmente esperaba una reacción mucho peor, pero que la hubiese dejado sola cuando la necesitaba era algo nuevo. Se sentía un poco mejor por haberle contado todo a alguien, era como si su miedo fuese más pequeño al estar compartido, pero no esperaba continuar con esa sensación de inseguridad después de hablar con su amiga.

Sin proponérselo pensó en Darcy, en todo lo que se había equivocado al confiar en Daniel y casi suplicó a quien fuese que movía los hilos del destino para que con Darcy no fuese así... él era perfecto, admitía que lo estaba idolatrando y haciendo de él algo inalcanzable, pero día a día se convencía de que él era el hombre con el que toda mujer sueña compartir su vida.

Como si lo hubiese llamado con el pensamiento, su teléfono comenzó a sonar y la música que le había asignado a su Darcy la hizo sonreír. Avanzó de nuevo hacia la mesa, se sentó en su sillón y contestó a la llamada llevándose el teléfono al oído.

—Hola... —susurró con voz suave.

—*Hola gatita...* —puede que ella fuese la del apodo, pero sus ronroneos cuando susurraba le ponían la piel de gallina.

—¿A qué debo el placer de escucharte? —preguntó en tono casual.

—*Quería escuchar tu voz, tengo una mañana de locos en la oficina y necesitaba un descanso* —murmuró Darcy.

—¿Día difícil?

—*Un tanto complicado, sí... ¿tú cómo estás?*

—También tengo una mañana difícil... —suspiró y miró hacia su ventana.

—*Pues aquí estoy yo para intentar cambiar eso...* —escuchó que sonreía y ella no pudo evitar hacerlo también—. *¿Dónde nos quedamos ayer?*

\*\*\*

—Cuatro letras, “toque que se hace a algo o alguien con los labios juntos y

separándolos haciendo una pequeña aspiración” —dijo Elizabeth mirando el periódico con la luz de una lámpara y mordiendo la tapa de su bolígrafo. Darcy sonrió al otro lado.

—*Esa es fácil... beso* —dijo con diversión.

—Sí... esa sirve —Elizabeth escribió las letras y frunció el ceño al leer la siguiente definición—. Con cinco letras... “golpe en las nalgas con la palma de la mano”. Se escuchó un suspiro al otro lado y ella se estremeció.

—*Azote...* —la voz de Darcy sonó un poco ansiosa y eso le hizo sonreír.

—La siguiente... ocho letras, “reproducir, engendrar y multiplicar la propia especie”.

—*Procrear...*

—Ajá... —murmuró— cuatro letras, “sujetar con ligaduras”.

—*Atar...*

—Correcto... —exclamó mientras la escribía—. Otra más... cinco letras, “unión sexual en los animales superiores”.

—*¿De dónde has sacado ese crucigrama? ¿De una revista pornográfica?* —preguntó Darcy entre risas.

—Oh, venga... es la última... —rezongó como una niña.

—*Gatita... sabes exactamente que palabra es* —susurró él y el tono de su voz hizo que se pusiese a temblar y sus manos sudasen.

—Solo dímela para saber si es la que yo estoy pensando... —gimoteó.

Darcy suspiró justo antes de reír y Elizabeth casi se lo imaginó pasando una mano por su rostro con frustración.

—*Coito...* —susurró por fin— *pero de verdad te digo que no puedo ni imaginar de dónde has sacado eso.*

—De un periódico...

—*¿Seguro?*

—Seguro... —dijo con una sonrisa pícaro y haciendo a un lado cuatro diarios en los que había subrayado las definiciones que ella quería decir.

—*No sé por qué me cuesta creer eso... ¿te he dicho alguna vez que mientes muy mal?* —preguntó entre risas.

—Creo que sí... ¿pero ha funcionado el intento? Un intento patético por cierto...

—*Ha funcionado muy bien... me tienes muy duro.*

—¿Sí?

—*Sí... ¿piensas hacer algo al respecto?* —ronroneó de nuevo haciendo que se estremeciese de la cabeza a los pies.

—¿Qué te gustaría que hiciese? —preguntó coqueta.

—*¿Qué llevas puesto, Gatita?*

—Nada si tú me lo pides...

—*Bien... "nada" suena muy bien... y por lo que puedo recordar que has dicho, me encantaría verte desnuda y atada para poder azotarte... ¿te gustaría eso?*

—Sí... —gimió.

—*¿Te han azotado alguna vez, Gatita?* —preguntó Darcy justo antes de jadear.

—Nunca...

—*¿Me dejarías ser el primero?*

—Sí...

—*Dios nena... no te imaginas como estoy... como me tienes.*

—Estoy desnuda para ti... —susurró Elizabeth a media voz— ¿qué quieres que haga ahora?

—*Siempre tan complaciente... —suspiró— me gustaría que estuvieses aquí ahora mismo y vieses lo que tengo entre las piernas, creo que en mi vida me he puesto tan duro...*

—¿Lo estás mucho?

—*Muchísimo... y, si no recuerdo mal, tú también hablabas de besos... quiero un beso en mi polla, nena...*

—¿Uno solo? —preguntó mordiendo su labio inferior al imaginárselo.

—*Todos los que quieras darme serán bien recibidos...*

—Pues ponte cómodo Darcy, voy a darle una besito a esa cosita tan dura que tienes.

—*¿Cosita? Nena, no creo que quepa en tu boca...* —su risa sonó entre jadeos.

—Cierra los ojos y déjate hacer... —susurró acercando un dedo a sus labios y

dando un suave beso para que Darcy lo escuchase al otro lado—. ¿Se siente bien? —preguntó.

—Sí... Elizabeth sonrió y metió el dedo en su boca, sacándolo justo después provocando un sonido húmedo.

—*Dios... me estás matando...*

—¿Le gusta así, señor Darcy? —preguntó complaciente.

—*Sí, preciosa... sigue así...* —la instó.

Elizabeth volvió a introducir el dedo en su boca, acompañándolo de un segundo esta vez y cerrando los ojos con fuerza. Se imaginó como sería si fuese su miembro, grande, erguido, brillante... se imaginó deslizándolo por toda su longitud y gimió de gusto.

—*Joder!* —jadeó Darcy—. *Si continúas así me voy a correr ya...*

—Hazlo —masculló ella todavía con los dedos en la boca. Darcy gruñó y ella sintió un latigazo en su sexo que la hizo humedecerse todavía más de lo que estaba.

—*No tan rápido... quiero más de ti preciosa, abre las piernas y esos deditos que has estado chupando... mételos poquito a poco en ese coño tan bonito que tienes...* —demandó— *¿lo estás haciendo ya?*

—Sí... —exhaló sintiendo como sus músculos vaginales se tensaban sobre sus dedos.

—*Bien dentro y duro... así cariño...* —la apremió cuando ella comenzó a jadear.

—Darcy... —gimió un par de minutos después.

—*¿Qué ocurre? ¿Necesitas ayuda?*

—*¿Qué propones?* —le preguntó.

—*Abre más las piernas* —Elizabeth jadeó ante el tono de su voz y Darcy también lo hizo—, *abre bien las piernas y siente lo que voy a hacer... ¿estás preparada?*

—Aja... —masculló.

—*¿Sientes mi lengua? Está en tu rodilla y subiendo poco a poco... ya comienzo a sentir tu olor, hueles tan bien que me dan ganas de comerte... ¿me dejas probarte?* —preguntó en un susurro ronco que erizó toda su piel.

—Sí... por favor... por favor... por favor... —suplicaba con un hilo de voz.



— *Shh cariño... tranquila... me encanta tu sabor... deja que pueda degustarlo un poco más...*

—No puedo... —masculló entre dientes y sintiendo el comienzo del orgasmo presionando en su vientre.

— *Aguanta un poco preciosa... aguanta y te acompaño...*

— ¡Mierda! —chilló comenzando a sentir los primeros espasmos en su sexo que se liberaban poco a poco por sus extremidades.

— *Sí... sí... sí...* —gemía Darcy al otro lado.

Después de un viaje sin retorno, se quedó tumbada sobre la alfombra, mirando hacia un lado pero sin ver nada en realidad, por el teléfono que estaba al lado de su cabeza se escuchaba la respiración acelerada de Darcy, que junto con los latidos atronadores de su propio corazón era lo único que era capaz de escuchar.

— *¿Gatita?* —la llamó.

— *Sí...* —exhaló sin fuerzas.

— *¿Continúas respirando?*

— *Creo que sí...* —dijo con una risita.

— *Me encanta hacer crucigramas contigo, creo que no podré volver a mirar un periódico sin recordarte...*

— *Me pasará lo mismo* —añadió ella.

— *Es tarde y debes dormir... yo me daré una ducha y también lo haré* —su voz sonaba más serena esta vez y Elizabeth sonrió al notar cierto matiz de preocupación en sus palabras.

— *Buenas noches...* —susurró todavía sonriendo — *que disfrutes de tu ducha...*

— *Lo haré, seguro que me acompañas en mi mente.*

— *Seguro...*

— *Buenas noches preciosa, que tengas bonitos sueños.*

El tiempo pasó despacio mientras ella apenas se movió de su posición, el sudor se secó sobre su piel y comenzó a sentir frío, pero no era solo el ambiente que la rodeaba el que le daba esa sensación, era también la ausencia de su voz, era asumir que la distancia era un obstáculo demasiado grande con el que no sabría si podría lidiar.

## CAPÍTULO 8

*Seattle, 14 de septiembre de 2009*

*Distancia.*

Esa era la palabra clave de Elizabeth en ese momento de su vida, quería mantener la distancia con Daniel, no quería verlo ni de lejos... pero en cambio, quería que no existiese esa distancia entre Darcy y ella.

Cada noche era más difícil decirle adiós, cada vez el vacío en su pecho era más grande y doloroso y, aunque no quería ponerle nombre a ese sentimiento, sabía perfectamente lo que significaba: estaba llegando demasiado lejos...

Llevaba un par de horas mirando un mapa de Estados Unidos en el monitor de su ordenador y llevaba más de una hora intentando deducir cómo hacer para que esos 2809 kilómetros que separaban Seattle de Chicago se redujesen a la nada... no quería ni un centímetro entre ellos, nada... ni siquiera que el aire pudiese separarlos.

Pero sabía que era inútil, ese pequeño espacio que en el mapa podría saltar en un segundo simplemente deslizando un dedo, en la vida real significaba dejar todo atrás y arriesgar toda su vida a cambio de nada.

No sabía lo que él sentía, no tenía ni la más mínima sospecha de si él la echaba de menos o esperaba impaciente el momento de poder escucharla... y tampoco se atrevía a preguntarle... ¿qué pasaría si él dijese que solo era un

entretenimiento o un simple juego? ¿O si directamente le proponía dejar las cosas como estaban y olvidarse cada uno del otro? No quería arriesgarse, no podía...

Unos suaves golpes en su puerta llamaron su atención y contestó un "Adelante" a media voz mientras hacía desaparecer el mapa de su ordenador y con eso sus sueños quedaban dormidos hasta unos minutos después.

La figura imponente de Simon Price cruzó el quicio de la puerta y Elizabeth frunció el ceño... ¿qué le había pasado a su padre? Tenía la misma pose orgullosa de siempre, vestía uno de sus caros trajes y su cabello estaba peinado hacia atrás como era costumbre, pero algo era diferente... ¿tenía más canas que la última vez que lo había visto? ¿Más arrugas quizás? ¿O sería ese ceño fruncido que siempre portaba y que ahora se había transformado en un rictus forzado que reflejaba preocupación?

—¿Ocurre algo? —preguntó ella con curiosidad. Simon intentó relajar su expresión, incluso sonreír, pero no funcionó.

—¿Tiene que ocurrir algo para que visite a mi hija? —preguntó fingiendo despreocupación.

Eso alertó más a Elizabeth que se puso en pie y se sentó en la silla que había frente a su mesa, indicándole a su padre que hiciese lo mismo a su lado con un movimiento de cabeza.

—Papá, no nos conocemos desde ayer... ¿qué ocurre? —insistió.

Simon se sentó apesadumbrado al lado de su hija y la miró con precaución, después le extendió un folder que tenía en una mano y en el que ella no había reparado.

Elizabeth lo tomó confundida, lo abrió y observó detenidamente los documentos que había en su interior, entendiendo menos a cada segundo que pasaba... y también enfadándose, todo hay que decirlo.

—¿Qué... qué significa esto? —preguntó con un hilo de voz.

Simon suspiró y frotó el rostro con sus manos, con desesperación.

—Lo estás viendo, estamos prácticamente en la ruina...

—Pero... ¿cómo ha ocurrido esto? ¡Hace seis meses nuestros beneficios superaban por tres puntos las expectativas! —exclamó sin entender nada todavía.

—He hipotecado la mayor parte de mi capital y ya no nos queda nada... absolutamente nada... —susurró con un hilo de voz.

—Pero... ¿cómo...? ¿Por qué? —preguntó atónita.

—Hemos contratado nuevo personal y nos hemos arriesgado demasiado con algunos negocios. El de Asia por ejemplo, aduanas nos retiene prácticamente todos los envíos y nos obliga a pagar un porcentaje de su valor demasiado elevado... ya le dije a los asesores que ese no era un negocio rentable, pero ellos insistieron y les hice caso —explicó Simon como si se supiese el discurso de memoria.

Elizabeth recordó aquella conversación con Daniel en su casa unas semanas atrás, cuando él estaba completamente ebrio y le confesó que había ideado un plan financiero para que ella accediese a casarse con él, pero el día en que su padre le propuso esa pobre excusa de matrimonio había insistido en que eso había sido idea de los asesores... eso solo quería decir que Daniel los había comprado, que ellos habían insistido a su padre con el tema de la boda porque Daniel les había pagado de algún modo... ¿sería lo mismo con los negocios de Asia? ¿Qué sacaba él de beneficio con todo eso?

—Papá... ¿no has pensado que puede ser que Daniel no valga para esto? —preguntó con cautela y sin alejar la mirada de los papeles con aquellas cifras tan alarmantes—. Quiero decir... él ha trabajado en industrias Boid desde siempre, no parece que sepa moverse entre exportaciones...

—¿Estás loca? ¡Claro que vale para esto! —exclamó sorprendido—. Ha estudiado en la misma universidad que tú y sabes que se licenció con honores.

—Pero ha hecho un mal negocio, Asia es uno de nuestros problemas más importantes y él insiste en que mantengamos el acuerdo de exportación con ellos.

—Porque los asesores le están aconsejando mal... —rezongó él.

—Despide a los asesores, yo misma me ocuparé de contratar a unos nuevos y me aseguraré de hacerlo con los mejores.

—Lizzie...

—Haré mi mejor esfuerzo papá, tenemos el futuro de la empresa en nuestras manos y lo estás arriesgando por una estupidez —espetó.

—Elizabeth, mi amistad con los Boid no es una estupidez, sabes que han estado ahí siempre que los hemos necesitado...

—Sí, ya lo sé... —ironizó con voz afilada —recuerdo cuando Boid se fue de viaje con aquella supuesta secretaria y semanas después fuiste tú quien habló con ella para pagarle un aborto y no hablase con la prensa, también cuando detuvieron a su mayordomo y tenía cien gramos de cocaína en su coche... papá, Boid siempre

te ha utilizado y no has sabido verlo, nunca has querido hacerlo.

—Aquella secretaria solo quería sacarle dinero y el mayordomo... ese hombre tenía un serio problema con las drogas...

—No intentes buscarle explicación a lo que no la tiene, eres el títere de los Boid y lo seguirás siendo mientras Daniel siga en esta empresa... —finalizó ella poniéndose en pie.

—Es tu marido... —dijo en un murmullo y bajando la mirada.

—Porque tú me lo pediste, no quiero a Daniel... y no voy a hacerlo nunca.

—¿Estás embarazada ya? Estás un poco pálida y ojerosa... recuerdo que Abigail parecía un cadáver andante cuando estaba embarazada de ti... —dijo con una sonrisa melancólica.

—No estoy embarazada papá —rezongó—, si lo estuviese sería del espíritu santo.

Simon sonrió al escucharla y ella no pudo evitar hacerlo también... era su padre, el que siempre había estado con ella, por mucho que se hubiese equivocado al pedirle que se casase con Daniel, ella también lo había hecho al creer que él era su amigo. Todo era culpa de los Boid... no de Simon.

—Estoy dispuesta a olvidarlo todo si estás de mi lado —susurró mirándolo de soslayo y con una sonrisa tímida. Simon se mantuvo en silencio, debatiéndose... ¿su hija o los Boid? Realmente no tenía mucho que pensar.

—Daniel tiene pleno poder en todas las decisiones... —suspiró finalmente— no está en mis manos hacer que se vaya.

—Te ayudaré...

—Pero... —intentó protestar.

—No te pido que soluciones todo esto solo, sé que no podrías, simplemente quiero que estés de mi lado cuando las cosas se tuerzan.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo explicarte más —sonrió con dulzura mientras lo miraba, lo quería y estaba dispuesta a perdonar, pero no confiaba en él, no podía decirle todos los planes que tenía con Gino, si el divorcio llegaba a oídos de Daniel todo podría volverse en su contra, el cabrón de su esposo era más listo de lo que parecía—. Solo despide a los asistentes e informa a recursos humanos para que me hagan llegar algunos currículos, haré la selección de los nuevos empleados

personalmente.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —le preguntó él con preocupación—. Estamos a punto de la quiebra, una mala decisión más y será el fin de todo lo que tenemos.

—También es mi futuro de lo que hablamos papá... solo deja que haga las cosas a mi modo por una vez.

Simon suspiró y miró a su hija con devoción... ¿cómo había estado tan ciego para no darse cuenta de lo que había crecido? Ya no solo físicamente, él había visto los cambios de Elizabeth durante la adolescencia, pasó de ser una niña a una adolescente llena de granos y demasiado delgada, pero ahora se le veía diferente... él esperaba una copia exacta de Abigail, una mujer vacía y dedicada a sus labores y actos benéficos o sociales, pero su hija era más parecida a él que a su madre. Ella era fuerte y constante, tenaz y con mucha fuerza de voluntad... estaba seguro de que en sus manos, Price Ltd. volvería a ser como lo era antes o incluso más fuerte.

—Está bien... —admitió por fin con una sonrisa nerviosa —, pongo tu futuro en tus manos... y mi jubilación también. Elizabeth sonrió y asintió con la cabeza, no podía fallar esta vez... no lo haría.

*Seattle, 24 de septiembre de 2009*

—¿Tienes mucho trabajo esta tarde? —preguntó Darcy con picardía.

—No mucho... ¿por qué lo preguntas?

—Es que... estoy en Los Ángeles, hace un calor de mil demonios y en un par de horas no tendré nada más que hacer hasta mañana.

—¿Y con eso quieres decirme que...? —demandó con una sonrisa.

—*Que si esta tarde puedes estar en tu casa a las cinco tendré una sorpresa para ti* — Darcy tenía ese tono de voz bajo y ronroneante que hacía que cada centímetro cuadrado del cuerpo de Elizabeth se pusiese alerta.

—Cuenta con ello... —dijo ella girando el sillón hacia la ventana y mordiendo su labio inferior.

—*¿Tenemos una cita entonces?* —preguntó Darcy.

—La tenemos...

—*Perfecto* —se escuchó alegría en su voz y ella no pudo evitar contagiarse—. *Te encantará... te lo prometo.*

—Odio la sorpresas... —gimoteó con voz temblorosa.

—*Lo sé... pero no te preocupes* —intentó tranquilizarla.

—No sé si...

—¡Elizabeth! —exclamó Autum entrando en su despacho de golpe y sin avisar, ella giró la silla para poder verla y abrió los ojos al máximo cuando la vio casi dando brincos por toda la habitación—. ¡Lizzie, Lizzie, Lizzie! —chilló escandalosamente.

—Autum... —gruñó señalando el teléfono con un dedo y entrecerrando los ojos.

—Lo siento... —Autum se detuvo en seco y se tapó la boca con los dedos.

—*¿Te invade algún enemigo?* —se escuchó la voz divertida de Darcy al otro lado del teléfono. Ella suspiró y se frotó la frente con una mano en un gesto de frustración.

—Solo es una amiga... está loca, pero no es peligrosa —Autum alzó una ceja al escuchar a su amiga y Elizabeth sonrió—. De acuerdo, retiro lo dicho... se está acercando a mí empuñando un abre cartas. Darcy estalló en carcajadas y su corazón dio un brinco al escucharlo.

—*Dejaré que tu amiga intente asesinarte entonces, pero recuerda nuestra cita de esta tarde...*

—No podría olvidarla —sonrió y sus mejillas enrojecieron.

—*Hasta pronto, Elizabeth...* —susurró de nuevo con aquella voz —*tienes un nombre precioso.*

—A... a... adiós —balbuceó torpemente y cerró los ojos con fuerza. Sus

mejillas se colorearon de un rojo intenso y Autum se acercó a ella con preocupación.

—¿Ocurre algo? —preguntó en un murmullo. Ella abrió los ojos de golpe y los clavó en su amiga, que dio un paso atrás al ver la furia en su mirada.

—Voy a matarte Autum... voy a matarte lenta y dolorosamente —masculló haciendo un gesto con su mano a la altura de su cuello.

—¿Qué he hecho ahora? —preguntó con voz temblorosa.

—¡Has gritado mi nombre! —exclamó—. Lo has gritado y los has repetido hasta la saciedad.

—¿Y...?

—¿Cómo qué "Y"? Darcy te ha escuchado, te ha escuchado gritar y ahora sabe como me llamo.

—¿Y qué pasa con eso? —preguntó confundida—. Habláis desde hace semanas... ¿todavía no sabes cómo se llama realmente?

—No... no era necesario, en el anonimato nos iba muy bien —farfulló cruzando los brazos sobre su pecho y haciendo un mohín.

—Ay Lizzie... es simplemente un paso más —dijo Autum con una sonrisa.

—Un paso más, un paso más... —se burló imitando su voz —deja que podamos ir a nuestro ritmo y no metas las narices.

—Ha sido un accidente, si hubiese estado premeditado le hubiese enviado también tu dirección, así si viene a Seattle podría visitarte.

—Es una broma... ¿cierto? —preguntó Elizabeth asustada.

—Estás completamente loca... ¿estás diciendo que si estuviese en la ciudad no querrías verlo?

—Sí, pero...

—Pero nada —la interrumpió—, no me meteré pero tú deja que las cosas sigan su curso normal, él sabe cómo te llamas, ahora tú tienes que preguntarle cómo se llama él, es lo justo.

—Tienes razón... —murmuró pensando el mejor modo de preguntárselo.

—Y bueno... dejando a tu señor Darcy a un lado... ¡tengo algo genial que contarte! —exclamó Autum volviendo a su estado anterior de excitación.



—¿Ha ocurrido algo?

—Sí, algo increíble y que no podrás creer: lo he conocido...

—¿A quién? —le preguntó un poco confusa.

—¿A quién va a ser? Al hombre de mi vida, con quien voy a casarme, tener hijos y envejecer... —suspiró. Elizabeth sonrió y miró a su amiga con ternura, estaba loca, pero aun así la quería.

—¿Y quién es el afortunado?

—Se llama Alec, trabaja en una compañía de negocios y está en Seattle por trabajo. Lo conocí en el *Four Seasons*, yo iba a hablar con Claire, la encargada, por la cena de gala anual de la empresa de mi padre y él estaba allí reservando una habitación.

—¿Y por qué estás segura de que es "Él"? —le preguntó interrumpiéndola.

—Por sus ojos... tiene los ojos negros y son muy intrigantes... me ha sonreído y me ha hablado con acento europeo... creo que es italiano o algo así.

—Autum... ya sabes lo que pasa con tus corazonadas... tus príncipes siempre se convierten en sapos después de las doce —le recordó con un poco de diversión para que ella no se molestase.

—Pero es diferente... esta vez es diferente —refunfuñó como una niña pequeña—. Vamos a vernos esta noche, así que me voy de compras que estoy perdiendo el tiempo contigo.

—¿Y a qué has venido? —preguntó antes de reírse.

—A mantener informada a mi amiga... ¿te parece poco? —dijo antes de cerrar la puerta de su despacho.

Elizabeth negó con la cabeza, así era Autum... y no quería cambiarla, la adoraba tal y como era y agradecía tenerla como amiga, estaría perdida si no la tuviese a su lado.

Y siempre estaba allí, pese a que a veces se enfadaba, pero siempre volvía con una sonrisa e intentando buscar solución a cualquier diferencia que tuviesen.

Como había hecho semanas atrás cuando le contó la verdad sobre lo que había pasado con Daniel, Autum se enfadó mucho, pero un par de días después ambas estaban juntas buscando una solución al problema, solución que todavía no tenían...

\*\*\*

Estaba dando vueltas con nerviosismo en su habitación, el reloj parecía que quería matarla de ansiedad porque no avanzaba, a cada pequeño paso de la manecilla parecía que el mundo se venía abajo. Darcy le había dicho que tenía una sorpresa para ella...

¿Una sorpresa?

Las odiaba, odiaba ese estado de incertidumbre, odiaba no saber lo que le esperaba y no saber cómo iba a reaccionar. Control... todo se resumía en que ella perdía el control en cuanto a sorpresas se trataba.

Y aunque todo con Darcy siempre se salía de su control, una sorpresa lo hacía salirse todavía más. Para intentar tranquilizarse se había dado una larga ducha, se había puesto un simple vestido blanco de tirantes y dejado su cabello suelto y todavía húmedo cayendo sobre sus hombros.

Hacía un poco de frío en Seattle por el comienzo del otoño, pero la calefacción de su casa, cerrada a cal y canto, y los nervios por la incertidumbre, la ayudaban a no sentir ni una sola cosa que no fuese el murmullo del reloj que cada vez parecía avanzar más despacio.

El sonido de su teléfono la sobresaltó e hizo que su corazón diese un brinco, pero contestó a la llamada con relativa rapidez, ya que sus dedos temblaban y no era capaz de pulsar la tecla correcta.

—Hola... —murmuró en un susurro. Al otro lado se escuchaba en silencio tan solo roto por un par de murmullos lejanos recitando unas maldiciones.

—¿Darcy? —lo llamó frunciendo el ceño.

—*Hola Gatita...* —se escuchó su voz por fin, y Elizabeth no pudo evitar sonreír al escuchar su apodo y no su nombre de pila— *son las cinco en punto, ¿estás lista para tu cita?*

—Ajá... —murmuró con nerviosismo.

—*Tranquila preciosa, te encantará* —la tranquilizó—. *¿Estás cerca de tu*

ordenador?

—Sí... ¿por qué? —preguntó confundida.

—*Acércate a él y conéctate al chat donde nos conocimos... y* —la interrumpió cuando iba a hablar —, *pequeña curiosa, no preguntes para qué todavía*. Ella sonrió, ¿la conocía tanto que sabía cuándo iba a hablar?

—De acuerdo, no preguntaré —dijo con diversión—. Pero...

—*¿Estás conectada ya?* —le preguntó interrumpiéndola. Ella rio y negó con la cabeza.

—Estoy en ello, mi internet de alta velocidad no es tan rápido... —bromeó—. Ya estoy... —susurró después de unos segundos—, pero no te veo conectado.

—*Un segundo...* —susurró él— *¿me ves ahora?*

—Sí... ya veo tu fotografía... —sonrió.

—*Perfecto... espero que estés preparada. No te asustes demasiado.*

—¿Por qué debería asustarme? —se quedó paralizada cuando en su pantalla apareció una invitación para una videoconferencia... ¿Videoconferencia? Si con solo ver su fotografía su pulso aceleraba el ritmo, no estaba segura de lo que pasaría si esa imagen se movía... ¿su corazón sería capaz de soportarlo?

—¿Qué... qué es... es esto? —balbuceó aturdida.

—*No estás obligada a aceptar, tan solo se me ocurrió que sería buena idea y acabo de comprar la cámara... ¿tú tienes una?* —preguntó con un toque de esperanza.

—Sí... no... sí, sí... creo... —Darcy rio por su confusión y ella bufó—. Lo siento, es solo que... estoy un poco nerviosa —negó con la cabeza y después sonrió—. Sí que tengo una, Gino me la regaló en su último viaje a Europa para que pudiésemos vernos.

—*Respira hondo, solo soy yo... ¿de acuerdo? A ti no te gustan los cambios bruscos... ¿me equivoco?* —preguntó con picardía. Ella suspiró...

—Me asusta perder el control, tú siempre me haces perder el control de las cosas, necesito saber por dónde me muevo y estar segura de lo que hago y por qué lo hago. Pero contigo...

—*Solo es una videoconferencia, esto no nos compromete a nada* —intentó tranquilizarla —, *te prometo que nadie más que nosotros sabrá esto.*

—No es eso lo que me asusta...

—*Entonces no pienses... ¿tú quieres verme?* —preguntó sin más dilación.

—Sí, pero...

—*No hay peros, es un sí o un no, simple y conciso... ¿quieres verme? Si es un sí, acepta la invitación, si es un no, lo asumiré y haremos como que nunca hemos tenido esta conversación.* Elizabeth mordió su labio inferior y volvió al leer con atención cada una de las palabras de la invitación. “*Mr. Darcy quiere comenzar una video llamada con usted. ¿Aceptar o cancelar?*” Era sencillo, se moría por verlo pero había cientos de preguntas revoloteando en su mente...

—*¿Cuántos años tienes?* —preguntó sin pensar y cerrando los ojos con frustración al momento de dejar salir esas palabras sin procesarlas primero.

—*¿A qué viene esa pregunta?* —preguntó sorprendido.

—Tu... tu... tu foto, pareces mayor, y no sé qué edad tienes, tengo solo veintisiete y yo... bueno, no saber tu edad me inquieta un poco... —divagó —y no sé cómo...

—*¿Me estás llamando viejo?* —preguntó con diversión.

—¡No! —se apresuró en aclarar—. Es solo... yo solo... verás... —dejó salir todo el aire que estaba conteniendo—. Dios... estoy haciendo el ridículo...

—*Tranquila... ¿de acuerdo? Acepta y lo hablamos con tranquilidad...* —dijo él con voz suave.

Elizabeth aceptó la invitación, cortó la llamada y esperó en silencio y pacientemente a que la imagen llegase a su ordenador, pero su estado tranquilo y sosegado era tan solo en apariencia, dentro de su estómago parecía que se había desatado la tercera guerra mundial, un enjambre de alborotadas mariposas comenzó a revolotear en todas direcciones y estaba completamente segura de que se chocaban unas con otras, porque podía hasta sentir sus golpes en forma de pinchazos tensos. Su propia cámara se encendió y la lucecita roja indicadora de que estaba emitiendo comenzó a brillar, su estómago se cerró en un nudo y las mariposas se detuvieron de golpe cuando frente a ella apareció Darcy... su Darcy... el Darcy de la foto pero mucho mejor... este se movía, sonreía, se mordisqueaba el labio inferior y pasaba una mano por su cabello en un gesto nervioso... estaba completamente segura de estar en *shock*, seguro que tenía la boca entreabierta y un hilillo de baba bajaba por la comisura de sus labios.

—*¿Estás respirando? Ni si quiera te mueves...* —escuchó su voz haciendo eco en toda la habitación. Movié su cabeza enérgicamente para despertar de su

aturdimiento y mordió su labio inferior con nerviosismo.

—Ah... estoy aquí... creo... —la última palabra apenas la pronunció con un hilo de voz.

—*Ahora que me ves... ¿te parezco un viejo?* —volvió a preguntar.

—No... —sus mejillas enrojecieron—. Yo solo...

—*¿Acabas de sonrojarte?* —preguntó divertido y entrecerrando los ojos—. *Demonios... hacía años que no conseguía que una mujer se sonrojase...*

—No es un logro en mi caso... —masculló —me paso la mitad del día sonrojada y la otra mitad intentando no hacerlo y estoy segura de que te dije que podía hacerlo.

Darcy sonrió y le guiñó un ojo a la cámara.

—*No has contestado a mi pregunta... ¿te parezco viejo?* —insistió.

—Eso solo sería afirmativo si yo te pareciese demasiado joven...

—*No eres demasiado joven* —aseguró Darcy con una sonrisa ladeada que por poco le provoca un colapso—. *Puedes recordar que en mi primer mensaje preguntaba y pedía explícitamente que tuvieses alrededor de treinta.*

—¿Por qué?

—*Cuando una mujer cumple los treinta años comienza a preocuparse más por su aspecto que por las cosas realmente importantes. Después todo se limita a comprar cosméticos, hacer dietas e incluso cirugías... no me gusta eso.*

—A mí tampoco —aseguró negando con la cabeza para dar más énfasis a sus palabras.

—*Todavía no has contestado a mi pregunta, ¿te parezco demasiado viejo?*

—No eres demasiado mayor... yo he dicho mayor, no viejo —remarcó.

—*Es bueno que lo aclares...* —dijo sonriendo de nuevo y reclinando su cuerpo en el respaldo de la silla.

Elizabeth aprovechó eso para mirarlo mejor... aquel a foto que le había enviado no le hacía justicia, era mucho más atractivo, tenía como un magnetismo que la obligaba a mirarlo concienzudamente fijándose en cada detalle, sus cejas espesas, sus ojos verdes y esa pequeña cicatriz que tenía bajo la barbilla.

También pudo apreciar como la camiseta blanca le marcaba los pectorales tenuemente y tras él la habitación de hotel con la cama todavía revuelta. La cámara

no es que tuviese mucha calidad de imagen, pero le permitía observar esos pequeños detalles y hacerlo más perfecto e inalcanzable a sus ojos.

—*Elizabeth...* —dijo Darcy en un susurro tras unos segundos de silencio— *tu aspecto le hace justicia al sonido de tu voz, eres... preciosa.* De nuevo el sonrojo acudió a sus mejillas y bajó la mirada mortificada.

—Gracias... —suspiró.

—*Me encanta verte, ponerle cara y movimiento a tu voz... es increíble.*

—Darcy... sabes como me llamo —dijo recordando las palabras de Autum—, pero yo no sé tu nombre... si lo pienso, siempre soy yo la que habla sobre sí misma y tú no cuentas nada.

—*Cierto... pero eso es porque me encanta escuchar tu voz...*

—No intentes despistarme... —farfulló haciendo un mohín.

—*De acuerdo...* —suspiró— *soy inglés, nací en Londres y hace quince años que vivo en Chicago por trabajo. Me llamo Fitzwilliam y...*

—¡No bromees! —lo interrumpió en cuanto escuchó el nombre de pila del verdadero Darcy de la novela de *Jane Austen*. El sonido de su risa provocó la misma reacción de siempre en su corazón, pero combinada con su imagen casi le corta la respiración.

—*Está bien... me llamo Nicholas y es verdad que soy inglés...*

—Eso explica tu acento extraño... no es americano ni europeo...

—*Soy un bicho raro...*

—¿Tu edad...? —le recordó ella.

—*¿Tan importante es eso para ti? Me siento joven, como si tuviese treinta...*

—Solo es curiosidad...

—*Treinta y cinco...*

—Mientes —espetó.

—*¿Por qué estás tan segura?*

—Tienes más de treinta y cinco.

—*Encanecí muy rápido, lo heredé de mi padre.*

—No tienes canas, no las veo.

—*Es porque esta cosa no tiene la resolución suficiente* —bromeó.

—Darcy...

—*Nicholas... me llamo Nicholas no Darcy* —murmuró mirando fijamente a la cámara. Elizabeth respiró con dificultad durante unos segundos y carraspeó para disimular.

—Nicholas... —susurró. Él cerró los ojos y suspiró.

—*Tengo treinta y nueve...* —dijo sin abrir los ojos — *y si puedes, evita pronunciar mi nombre de ese modo.*

—¿Por qué? ¿Lo he dicho mal? Lo siento, yo... ¿cómo se dice con ese acento? Ni-cholas... Nicho-las... Nicholas... —probó colocando el acento en diferentes sílabas.

El rio de nuevo y suspiró.

—*El problema no es el acento, preciosa...* «Preciosa» esa era la palabra clave, la que desataba toda la vorágine de sentimientos encontrados en ella. Esa palabra la pronunciaba cuando comenzaba a sentirse excitado, también cuando intentaba excitarla a ella y sobre todo cuando estaba cerca de llegar al orgasmo... "*preciosa*" ...

—Pero... —carraspeó para eliminar el nudo de nervios en su garganta y ella también se reclinó en la silla— ¿hay algún problema? ¿Algo que yo pueda solucionar? Él cerró los ojos de nuevo y respiró pesadamente.

—*No juegues con fuego si no quieres quemarte* —murmuró descargando todo el poder de su mirada en la cámara.

—No estoy jugando —protestó haciendo un mohín y mirando hacia la cámara—, ¿tú sí quieres jugar?

—*Eres peligrosa Gatita... muy, muy peligrosa...*

—Oh... ¿vas a decir que me tienes miedo? ¿Realmente puedo asustarte?

—*No entiendo cómo lo haces... hace un segundo te estabas sonrojando y ahora casi suplicas que te folle... eres... increíble.*

—¿Eso es malo? —preguntó con el ceño fruncido.

—*No es malo... no es para nada malo... me gusta cuando comienzas a ser mi Gatita...* —sonrió y Elizabeth mordió su labio inferior con anticipación —. *Ponte en pie por favor, déjame verte bien...* —le pidió con voz sugerente. Sus piernas y sus manos temblaban, se puso en pie muy despacio, hasta ese momento había

olvidado el pequeño vestido que llevaba puesto, apenas le cubría y no llevaba ropa interior, era como si inconscientemente sospechase que algo así pasaría.

—*Eres perfecta...* —susurró Darcy al verla —*increíblemente perfecta... date la vuelta, quiero ver ese culito.* Ella obedeció y se giró lentamente, en un momento se sintió osada y sujetando el dobladillo del vestido lo subió mostrando una de sus nalgas, provocando que Darcy gimiese y comenzase a respirar con un poco de dificultad.

—¿Lo estoy haciendo bien? —preguntó fingiendo inocencia.

—*Vas a matarme...* —gruñó— *¿quieres ver cómo me tienes?* Un estremecimiento le recorrió de arriba abajo y asintió con la cabeza. Darcy deslizó hacia atrás la silla en la que estaba sentado y ella pudo ver que llevaba un pantalón de deporte gris, pantalón bajo el que se podía apreciar una enorme erección.

—*¿Puedes verlo?* —le preguntó en un tono bajo y ronco. Ella volvió a asentir y Darcy se sujetó el bulto con una mano y miró al frente mordiendo su labio inferior. Ella creyó que podría morir en ese instante, a tientas, sin alejar la mirada del monitor, buscó la silla y se sentó en ella, con las piernas ligeramente abiertas de modo inconsciente y observando con atención lo que ocurría al otro lado del país... a miles de kilómetros.

—*También quiero verte, si abres un poco más las piernas... así...* —exhaló cuando ella lo obedeció casi al instante—. *Preciosa... eres preciosa... ¿estás cómoda con esto?*

—Sí... ¿tú lo estás? —le preguntó de vuelta.

—*Estoy en la puta gloria... podría morirme ahora y tendrían que hacer un ataúd especial solo para mi polla.*

Elizabeth rio con nerviosismo y se ocultó con una mano.

—*No te rías... lo digo muy en serio... ¿quieres verla?* —preguntó con ansiedad.

Otro estremecimiento recorrió su cuerpo y murió en su sexo... era lo más cerca que podía estar de él, lo más cerca que podría verle... ese era su punto final... la cuerda colgaría de un hilo después de eso.

Pero no lo pensó, era la nueva Elizabeth, la que no le tenía miedo a nada y podía negarse a los deseos de los demás para preocuparse tan solo de los propios... y quería ver a Darcy ¡mierda si lo quería!

Quería verlo y tocarlo, también saborearlo y sentirlo dentro... tanto que le carcomía la ansiedad, el vientre le dolía de excitación y sus dedos picaban por



tocarse.

—Quiero verla... —dijo con seguridad.

—*Pero quiero algo a cambio* —una sonrisa siniestra y enloquecedora cruzó el rostro de Darcy y ella cerró las manos en puños —, *yo también quiero verte*.

De acuerdo... podría hacerlo. No era muy diferente a lo que hacían por teléfono cada noche.

Lo único fuera de lo habitual es que todavía era de día, había luz y era un poco más difícil ponerse en situación... también que se estaban viendo, aunque ese era un detalle sin importancia... reprimió un bufido y miró al frente.

Podría hacerlo, quería hacerlo y con quererlo era suficiente... ¿cierto? Suspiró, se puso en pie y deslizó el tirante de su vestido hasta que llegó a la mitad del brazo, mostrando el comienzo de sus pechos, pero sin atreverse a alzar la mirada para comprobar la reacción de Darcy.

Con el otro tirante lo dudó durante unos segundos, no era muy experta en temas de sexo, mucho menos en hacer un *strep-tease* y no sabía si lo estaba haciendo bien.

—*Continúa preciosa...* —escuchó la voz de Darcy y eso le dio el poco valor que le faltaba para continuar.

Deslizó el tirante por completo y dejó descansar el vestido en su cintura, exponiendo la parte superior de su cuerpo. Solo en ese momento se atrevió a alzar la mirada y se quedó paralizada,

Darcy miraba en dirección a la cámara con intensidad, tenía su mandíbula levemente apretada provocando que sus facciones se marcasen más, pero lo más impactante es que sostenía su miembro con una mano... era tal y como lo imaginaba, grande, erguido, brillante... sintió la necesidad de traspasar la pantalla y poder sujetarlo para comprobar si era tan suave como aparentaba.

—*Dame más, preciosa...* —masculló Darcy entre dientes y con los ojos levemente entrecerrados.

Se sintió poderosa por un instante, ella había conseguido que un hombre como él alcanzase ese estado, ella lo había conseguido por sí sola... metió los pulgares bajo la cintura del vestido y lo empujó por sus caderas dejándolo caer a sus pies. Contuvo la respiración esperando su reacción, pero esta no llegó, Darcy la miraba en silencio y totalmente inmóvil.

—*Perfecta, perfecta, perfecta...* —comenzó a susurrar casi en trance —*eres increíblemente perfecta...*

Ella sonrió y volvió a sentarse, separó sus piernas y sintió como una gota de sus propios flujos se deslizaba por su muslo... ¡mierda! Nunca se había sentido tan excitada.

—¿Qué quieres que haga ahora? —preguntó con seguridad.

Darcy sonrió y en un movimiento fluido se quitó la camiseta dejando su pecho expuesto. No tenía músculos, tan solo una leve sombra de ellos, y una fina mata de vellos cubría sus pezones y recorría un fino camino bajo su ombligo justo hasta ahí... él sí que era perfecto, parecía tallado en piedra.

—*Lo que hacemos siempre, cariño. He escuchado como te corres cientos de veces pero ahora quiero verlo... ¿lo harás para mí?* —preguntó.

Elizabeth sonrió y alzó una pierna por encima del reposabrazos del sillón, dejando su sexo expuesto, pero recordó algo de repente y se puso en pie de golpe desapareciendo del objetivo de la cámara.

—*¿Gatita?* —la llamó Darcy al ver que pasaban los segundos y no regresaba—. *¿Elizabeth?* —probó con su nombre al ver que no tenía respuesta.

—¡Un segundo! —alzó la voz esperando que le escuchase. Segundos después apareció de nuevo frente a la cámara y traía una mano oculta en su espalda.

—*¿Dónde estabas?* —preguntó con molestia fingida—. *No puedes dejarme solo y cachondo... es una falta de consideración muy grande de tu parte.* Ella sonrió y bajó la mirada.

—He ido a buscar algo que no recordaba que tenía —confesó.

—*¿Algo para mí?*

—Se puede decir que sí... —susurró mordiendo su labio inferior.

—*¿Qué tienes ahí escondido?*

Elizabeth sacó la mano de su espalda y mostró lo que ocultaba en ella, sostenía un objeto de metálico de color plateado brillante, era alargado y daba la impresión de ser frío al tacto.

El falo brilló ante la luz de la ventana y ella se sintió completamente avergonzada, sobre todo ante el silencio repentino por parte de Darcy.

—Gatita... —susurró— *¿de dónde has sacado eso? ¿Te lo ha regalado el mismo Gino que te regaló la cámara? ¿Tengo que empezar a preocuparme?*

—Fue un regalo de Autum... —susurró con un hilo de voz —ella pensó que utilizaría esta cosa... pero como puedes ver está tan nuevo que brilla...

—Esas... “cosas” siempre brillan, si dejan de hacerlo es porque lo utilizas demasiado —dijo él con diversión.

—Nunca lo he usado... —confesó —conozco la teoría pero... joder que vergüenza estoy pasando en este momento.

—Hey... tranquila, tú y yo estamos en confianza —dijo sonriendo—, *por eso en confianza te digo que si no haces algo con esto —señaló hacia su entrepierna—, me va a estallar un huevo de un momento a otro.*

Elizabeth sonrió y mordisqueó su labio inferior... accionó el interruptor y el consolador comenzó a vibrar en su mano.

—¿Qué hago con esto? —su pregunta era inocente, pero bastó una sola mirada hacia el objetivo para que Darcy percibiese el toque de picardía que ella le quiso dar a la frase.

—Pues... podemos empezar con algo suave —susurró—, *acércatelo despacio a tu pubis y ve deslizándolo poco a poco hasta tu clítoris...* Elizabeth respiró hondo e hizo lo que le pidió, no tardó en sentir las vibraciones deslizándose por su cuerpo.

—¡Ay, joder! —exclamó cerrando los ojos de la impresión.

—Bien... —exhaló con fuerza— *¿te gusta así?*

—¡Sí! —se apresuró en contestar—. Mierda... ¿por qué no he usado esto antes?

Él comenzó a reírse, ella abrió los ojos ante el sonido de su voz y sus miradas se encontraron a través del objetivo.

—*¿Quieres ir un poquito más lejos?* —ella asintió y Darcy sonrió—. *Intenta introducirlo, muy despacio y poco a poco...*

Sin alejar los ojos de él, movió el aparato a lo largo de su sexo, hasta que llegó a la entrada de su vagina y lo introdujo delicadamente. Las vibraciones parecían deslizarse por su piel, algo comenzó a presionar en su vientre y se sorprendió de la rapidez con la que se había excitado, tanto que estaba casi al borde del orgasmo.

—*¿Vas bien, preciosa?* —le preguntó él en un susurro. Ella asintió con la

cabeza dejando salir un pequeño gemido que no pudo acallar, su cabeza cayó hacia atrás y después volvió a alzarla para no perderse ni un detalle de lo que él hacía.

Todavía tenía su miembro en la mano, mano que se deslizaba arriba y abajo a lo largo de toda su longitud y a veces presionaba un poco en la punta. Eso era una tortura, por un lado estaba la cosa esa metida dentro de ella, vibrando y enviando miles de sensaciones a lo largo de todo su cuerpo y por el otro estaba lo que podía observar, sus movimientos lentos y calculados, su rostro totalmente distorsionado por el placer... quería estar a su lado, quería saltar sobre él y comenzar a cabalgarlo como loca, quería...

Un latigazo de placer la obligó a arquear la espalda a la vez que gemía con fuerza. Una de sus manos sostenía el aparato dentro de su sexo y la otra comenzó a acariciar su clítoris con movimientos rápidos y repetitivos.

—¡Darcy! —gimoteó casi llegando al clímax.

—*Sí, preciosa... ¿Qué quieres?*

—Joder... quiero follarte, que me folles... —masculló apretando los dientes.

—*¿Cómo lo quieres?* —espetó antes de que un gruñido abandonase su garganta.

—Quiero sentarme sobre ti, quiero... ¡mierda! —exclamó al sentir uno de los primeros espasmos de su orgasmo.

—*Sí preciosa... cabalga conmigo, salta sobre mí...* —la animó.

Otro espasmo asedió su vientre y sus piernas se tensaron, de repente no fue como si las vibraciones recorriesen por completo su cuerpo, fue como si se tratase un terremoto que recorría cada una de sus extremidades y moría en su sexo.

Gritó echando la cabeza hacia atrás y dejó salir todo el placer contenido con espasmos que hacían que moviese sus caderas adelante y atrás de forma instintiva.

Pasaron unos segundos hasta que tuvo la fuerza necesaria para abrir los ojos, al hacerlo vio como Darcy se estaba limpiando restos de semen con su camiseta y sonrió... le gustaba ver eso, ya no se sentía tan vacía y sola como antes, era como compartir otro tipo de intimidad que no tenían solo a través del teléfono.

Darcy alzó la mirada también y sonrió al verla observándolo, fue una sonrisa cálida y sincera, de esas que te llegan al corazón y te caldean el pecho.

—*¿Todo bien?* —le preguntó él en un susurro. Ella se sintió incapaz de encontrar su voz, todo había sido demasiado para ella y verlo allí, tan cerca pero a

la vez tan lejos... era como tener y no tenerlo, como gritar y que él no la escuchase.

—*Te vas a enfriar... deberías taparte* —le aconsejó con preocupación.

Ella se puso en pie y con movimientos mecánicos buscó algo para poder taparse, encontró una bata y se la puso sobre los hombros volviendo cuanto antes a sentarse frente al ordenador, pero continuó mirando su imagen sin decir ni una sola palabra.

—*¿De verdad que todo está bien?* —le preguntó Nicholas preocupado ante su silencio.

—Sí... —susurró con voz temblorosa —es solo que...

—*Dime...* —la instó ante su silencio de unos segundos.

—*¿Esto acabará algún día?* Nicholas apoyó los codos en la mesa y entrelazó sus dedos, apoyó su barbilla en ellos y miró la imagen de Elizabeth durante unos segundos.

—*¿Quieres que acabe?* —preguntó con gesto serio.

—No me has entendido —negó frustrada—, ¿acabará esto? El tener que comunicarnos a través de la tecnología, la distancia, este sentimiento tan frío y vacío... en ocasiones siento que quiero destruirlo todo, todo esto que me acerca a ti pero que después, cuando cortamos la llamada, me aleja de repente...

Él la escuchó en silencio y pareció meditar sus palabras, suspiró después de un largo minuto y ocultó sus manos bajo la mesa en un movimiento lento y fluido.

—*¿Quieres que nos veamos? ¿En persona, cara a cara?* —le preguntó finalmente.

—No lo sé... —Elizabeth suspiró y contuvo las ganas de llorar... no sabía por qué pero se sentía triste de repente.

—*Es tan sencillo como la pregunta de antes, Elizabeth, sí o no... ¿quieres que nos veamos?*

Sus ojos se cruzaron de nuevo, un estremecimiento recorrió su espalda y la imagen nítida de una cuerda de equilibrios se dibujó en su mente, ella era el equilibrista y se atrevía a subirse a ella, pero cuando iba por la mitad del recorrido la cuerda se rompía, el único hilo que la sostenía perdía su fuerza y ella caía al vacío.

Fue ahí donde se dio cuenta de la gran verdad de todo eso, del motivo de ese sentimiento vacío y triste después de hablar con él, de esa ansiedad por escuchar su voz, del por qué pensaba en él día y noche, esas largas noches de

insomnio buscando su calor entre sus sábanas... lo quería, quería a Darcy... o a Nicholas, como fuera que se lámase, lo quería. Se había enamorado de una persona que no conocía, se había enamorado de una voz y unos sentimientos... ¿y ahora? ¿Qué debía hacer?

—*Elizabeth...* —le apremió él de nuevo. Ella jadeó y miró sus labios en el monitor, su pecho todavía desnudo, su cabello revuelto y de ese color tan extraño... no podía dejar escapar la oportunidad, no podía decir que no y después preguntarse toda su vida qué habría pasado si hubiese sido más valiente...

—Quiero que nos veamos —aseguró con voz firme. Darcy sonrió y ella se sintió bien con esa decisión... verlo, tocarlo, poder oler su piel, sentir su calor...

—*Puedo solucionarlo para dentro de un par de semanas... ¿te parece bien?* —le preguntó todavía sonriendo y ella asintió estirando también sus labios —. *Tengo un negocio en Seattle que relegué a uno de mis subordinados, pero lo atenderé personalmente y así podré viajar para verte.*

—¿Nos... nos veremos entonces? —preguntó esperanzada.

—*Es un hecho Gatita... ya puedes imaginarme sentado en el avión, será cuestión de días, Beth...*

Ella sonrió.

—¿Beth? —preguntó confundida.

—*Sí... Beth, Elizabeth, Beth... me gusta más así... ¿a ti no?* —explicó.

—*Sí...*

—*Entonces... Beth, dejo que te des una ducha y comiences a pensar en todo lo que haremos juntos, me quedaré unos días más solo para estar contigo.*

—Se me ocurren un par de cosas que... —murmuró mordiendo su labio inferior. Nicholas rio con voz ronca.

—*Aparte de esas cosas, quiero que te pongas preciosa y llevarte a cenar, que vayamos a ver un par de museos o algo así... quiero presumir de chica hermosa.*

—De acuerdo... hasta pronto... —se despidió con timidez.

—*Hasta muy pronto...* —finalizó él.

Elizabeth se puso en pie y comenzó a deambular por la estancia, esperaba el vacío, la sensación de soledad, las ganas de gritar o de romper algo... pero no estaban allí, todo eso que siempre le provocaban las conversaciones con su Darcy

había sido sustituido por la esperanza... iban a verse frente a frente.

## CAPÍTULO 9

*Chicago, 7 de octubre de 2009*

Era una mañana de miércoles como otra cualquiera, Nicholas se había despertado muy temprano y después de machacarse durante una hora en el gimnasio, se había dado una larga ducha y había desayunado.

Cuando llegó a la oficina el sol apenas había salido por el horizonte, eran apenas las siete de la mañana y la planta del edificio estaba completamente vacía, él era el primero en llegar como cada día. Se sentó tras la mesa de su despacho y dejó su maletín en el suelo, encendió el ordenador portátil que había sobre la mesa y mientras este iniciaba metió la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar su teléfono móvil, en él estaba su foto... esa foto que miraba cuando se sentía estresado, la que observaba detenidamente durante varios minutos sin ser consciente del tiempo... y la misma que había recibido como si él fuese un niño y se tratase de un regalo de navidad.

¿Qué le estaba pasando? Él era un hombre frío y calculador, se enorgullecía de ser adulto y responsable, pero estaba suspirando como un adolescente mirando una simple fotografía.

Cuando el ordenador se encendió por fin, dejó el teléfono a un lado y se apresuró en comprobar su bandeja de correo electrónico en la búsqueda de un nuevo mensaje, quizás su *Gatita* había tenido insomnio y por no despertarle había



enviado un mail. Pero no... todos los mensajes eran de trabajo y publicidad, a excepción de uno de la aerolínea confirmando su billete para Seattle. *Seattle...* Esa ciudad siempre le había parecido demasiado oscura y húmeda, allí llovía trescientos días al año y apenas sabían lo que era el sol ni de qué color brillaba, pero en ese momento estaba deseando que pasasen los días para subirse a aquel avión y llegar por fin a la gris Seattle, tan solo por verla a ella.

Resopló frustrado en cuanto se dio cuenta de que sus pensamientos se habían amariconado desde que la conocía, ¿dónde estaba el hombre que había sido antes? Ese que se había esforzado para conseguir licenciarse, el mismo que años después luchó muy duro para conseguir llegar a la directiva de Lekker S.A., la empresa en la que trabajaba, y el que finalmente pudo comprarla y cambiar el nombre por Bratcher S.A., él... el chico humilde de los suburbios de Londres, él había conseguido llegar a lo más alto sin la ayuda de nadie, sin un padrino que lo cobijase bajo su ala, sin nadie que lo ayudase a salir adelante.

Había tenido el apoyo de sus padres y de su medio hermano, pero todo el esfuerzo era suyo y le gustaba disfrutar de su éxito. Había sido calculador y frío, había macerado sus metas durante años, había vigilado a Matthew Lekker muy de cerca y en su momento más débil, le atacó y consiguió de él lo que más quería: su poder.

Pero es que Nicholas desde muy pequeño supo valorar lo que conseguía, su madre murió en un accidente de tráfico cuando él no era más que un bebé y su padre trabajó mucho para poder pagar a alguien que lo cuidase y también abastecer todas sus necesidades, algo que no era tarea fácil siendo el médico de cabecera de uno de los barrios más marginales de Londres.

Cuando Nicholas tenía solo cuatro años, su padre, Henry, volvió a casarse y la afortunada no fue otra que Adelaide, la enfermera que lo ayudaba a diario. Ella era una mujer dulce y cariñosa, de esas personas que con solo mirarte te hacen sonreír, Adelaide irradiaba calidez y bondad por cada uno de sus poros y el pequeño Nicholas no tardó en verla y quererla como a una madre.

Un par de años después de la boda, Henry consiguió un traslado en su trabajo, se mudaron a un barrio un poco más acomodado de Londres y con más facilidades para todos. Y otro par de años después del segundo matrimonio de su padre nació Declan, su medio hermano y la principal razón de sus dolores de cabeza. Era ocho años menor y no sufrió tantas dificultades como él, Declan vivió con más facilidades y siempre con más tranquilidad, quizás también tuviese mucho que ver su personalidad, su hermano era divertido, bromista... parecía que

no se tomaba nada en serio y eso a Nicholas, que había crecido madurando a pasos agigantados, no terminaba de gustarle.

Él quería una vida mejor para todos ellos, pero a Declan todo parecía darle igual. Cuando después de estudiar en la universidad de Oxford gracias a una beca, decidió hacer su doctorado en Estados Unidos, fue como si se abriese el cielo para él, ante sí tenía un mundo de posibilidades que no debía desaprovechar.

Pero nunca se olvidó de su familia y cuando consiguió un buen puesto en Lekker S.A. decidió ayudar a su hermano, le pagó un billete de avión de Londres a Chicago y le consiguió un empleo en la compañía, quería que él valorase el esfuerzo y el trabajo, pero no sirvió de nada, Declan tan solo hacía lo que se le pedía y no parecía tener ninguna aspiración más allá de las chicas y las fiestas... lo que a Nicholas le llevaba a pensar que quizás, y solo quizás, él mismo había desaprovechado su vida. Nunca había ido a una fiesta universitaria, nunca se había tomado unas vacaciones, nunca fue capaz de hacer algo sin planearlo antes. Había conocido a muchas chicas, a muchas mujeres y lo peor es que apenas recordaba a la primera chica con la que se había acostado; ni su rostro, ni su nombre.

Cada vez que pensaba eso se le retorcían las tripas de frustración... ¿cómo uno de los hombres más poderosos de Chicago tenía una vida tan vacía? Quizás esa fue la razón por la que se emborrachó aquella noche y le contó todo eso a Declan, quizás por eso se dejó convencer con tanta facilidad y se metió en aquella página de contactos, quizás por eso le escribió a la dulce Gatita, quizás por eso también le volvió a escribir y eso se repitió hasta que finalmente la llamó por teléfono y se compró una *webcam* para poder verla... quizás se sentía un poco solo y simplemente necesitaba un poco de cariño femenino, uno que no implicase sexo o dinero, un cariño real y sin restricciones... y había caído en el juego, se había lanzado en paracaídas a esa aventura y ahora se daba cuenta de que este no se abría, que por más que intentaba tirar de la cuerda para detener la caída él continuaba descendiendo, él continuaba llamándola, continuaba soñando con su voz y su sonrisa y había enloquecido tanto que iba ir a verla a una de las ciudades que menos le gustaban.

Se había tomado unos días libres, había comprado un billete de avión y tenía el hotel reservado... todo estaba listo y planeado, hasta el último detalle. Pero en el fondo sentía que se estaba perdiendo a él mismo, sí... gracias a Elizabeth había liberado su juventud no disfrutada, estaba lanzándose a por una relación que no tenía solidez y eso no era propio de él... nunca había pensado que algo así

sucedería en su vida, pero justo en ese momento estaba ansiando poder llamarla simplemente para escuchar su voz.

El Nicholas Bratcher de antaño había desaparecido y de él tan solo quedaba la fachada. Para todos continuaba siendo el hombre frío y distante, con las ideas muy claras y el corazón de hielo, era el negociador que no dudaba un instante en acorrallar a sus enemigos y chuparles la sangre hasta dejarlos secos. Algunos lo habían comparado con una pantera, tenía la paciencia suficiente para observar a su presa desde las sombras, cuando estaba descuidada y débil la atacaba sin piedad, pero nadie sabía que cuando se trataba de su Beth la pantera se dormía y tan solo quedaba un gatito mimoso y travieso. Es que estaba completamente seguro de que era ella, su «*ella*»... la el a por la que había estado esperando tantos años, la ella por la que había estado saltando de cama en cama buscándola desesperadamente y que, por casualidades del destino, había encontrado por fin, pero vivía en la otra punta del país. Al principio se negó a creer que podría sentirse así con una persona que no conocía... ¿cómo eso podía ser posible?

Pero lo había aceptado finalmente, era su «*ella*» por mucho que se negase a creerlo. La puerta de su despacho se abrió y la cabellera rubia de su hermano se asomó por el hueco abierto, Nicholas negó con la cabeza y volvió su atención al ordenador, a ese billete de avión que lo llevaría rumbo a ella.

—¿No te han enseñado a llamar a las puertas? —preguntó con voz indiferente y mirando fijamente la fecha y la hora de embarque, solo unos días y podría verla y por fin oler su piel.

—Sí... pero si lamo no te enfadarías y ¿dónde estaría lo gracioso? —preguntó el recién llegado.

—Declan... —pronunció su nombre con desgana —estoy trabajando.

—¿Seguro que estás trabajando? ¿No será que estás hablando con tu amiguita? —le preguntó con suspicacia y sentándose sobre la mesa a su lado. Nicholas bufó y se arrepintió de haberle hablado sobre Elizabeth a su hermano... ¿cómo pudo pensar que lo entendería? Declan era un niño encerrado en un cuerpo de adulto, realmente no entendía por qué continuaba confiándole sus problemas, si en lugar de posibles soluciones solo recibía burlas.

—Si la compañía es una de las mejores del país no es gracias a tu esfuerzo —masculló con voz afilada.

—Tú eres el jefe y el que manda, es decir, el que más debe trabajar... además, todos tus clientes y empleados saben que no tengo tu porte y seriedad... lo que no

sé es si también saben que te pasas las horas muertas chateando con tu novia... —el ceño de Declan se frunció teatralmente mientras miraba al techo.

—No es mi novia... —gruñó— solo somos amigos y ni se te ocurra decirle nada a papá... se lo dirá a mamá y se volverá loca.

—Sí... al fin el hijo pródigo encuentra a alguien tan raro como él... —se limpió una lágrima imaginaria y le miró con fingido orgullo.

—Declan... ¿por qué no te vas un poco a la mierda? —le preguntó comenzando a perder los nervios.

—Vengo de allí, María ha vuelto a montarme un numerito de los suyos —arrugó la nariz mientras lo explicaba.

—Es sencillo, déjala...

—Pero no tienes ni idea de cómo la chupa...

—No necesito saber eso... ¿de verdad crees que me importa? —le preguntó con una ceja alzada.

—No, María no te importa, pero si hablamos de cierta *Gatita* las cosas cambian... ¿a qué sí? —le preguntó entre risas—. ¿Le has pedido alguna vez que maúlle y ronronee?

—¡Declan!

—De acuerdo, de acuerdo... ya no más burlas —dijo su hermano alzando los brazos—. Pero... ¿vas a ir a verla en serio?

—Sí... —contestó con seguridad.

—Pero... no sé... —dudó— ¿eso no es sobrepasarse?

—¿Qué quieres decir?

—Nick... conocer a alguien por internet es muy divertido ¿pero sobrepasar los límites? Eso no puede estar bien —negó con cabeza y algunos mechones rubios y rizados cayeron sobre sus ojos—. No la conoces de nada, puede haberte mentido, quizás es gorda y fea, o tiene tres ojos y es amorfa.

—Si ese fuese el caso no me importaría en absoluto. Pero no es gorda ni fea... mucho menos amorfa —gruñó.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le preguntó con suspicacia—. Yo puedo conectarme, hacerme pasar por una tía y enviarte todas las fotos que quieras de mujeres impresionantes... ¿eso me hace mujer? No. No puedes confiar tan solo

en una foto. Nicholas miró a su hermano con el ceño fruncido y con sus labios apretados en una fina línea, ella no podía haberle mentado, se notaba en su voz, en sus ojos, en sus sonrojos, además... estaban las videoconferencias, desde aquella primera vez lo habían repetido en varias ocasiones y ahí sí que no podía engañarlo. Era real y era ella, moviéndose, sonrojándose, sonriendo...

—No fue solo una foto Dec, hemos puesto la *webcam* en alguna ocasión... — confesó con una sonrisa de suficiencia.

—¡Joder! Y yo pensando que mi hermano mayor era gilipollas... ¡qué bien te lo montas! —exclamó entre risas.

—Declan, no sé si sabes que tengo que trabajar para que la compañía continúe dando beneficios, ¿a qué te gusta recibir tu sueldo a final de mes?

—De acuerdo, de acuerdo... ya te dejo tranquilo. Espero que cuando regreses de Seattle tengas mejor humor, porque lo que es ahora...

—Declan... ¿te mando de nuevo a la mierda o te vas tú solito? —preguntó comenzando a teclear en su ordenador fingiendo hacer algo para que su hermano lo dejase tranquilo.

—Venga Nicky... cuéntame un poco lo que habéis hecho... ¿ha habido tema? —preguntó justo después de empujar la pantalla de portátil hasta cerrarlo con los dedos de su hermano de por medio para que le prestase atención.

—No soy como tú, no comparto mis experiencias con nadie...

—masculló taladrándolo con la mirada.

—Si hablas de experiencias eso quiere decir que...

—Declan vete —lo interrumpió alzando un poco la voz.

—Pero... —intentó protestar.

—¡Fuera!

—Yo solo...

—¡Qué te vayas! —volvió a gritar.

—De acuerdo... —dijo el aludido fingiendo dignidad —ya que parece que por aquí comienza una tormenta me iré a mi despacho a fingir que trabajo. Nicholas bufó y volvió su atención a la pantalla.

—Sí... —afirmó con desgana— eso es lo mejor que sabes hacer, fingir que trabajas.

—Deberías agradecerme, gracias a mi esfuerzo diario en no hacer nada, tu trabajo es más evidente y valorado.

Nicholas volvió a bufar pero en esta ocasión con una sonrisa dibujada en sus labios.

—Oye Nick —dijo Declan después de abrir la puerta—, cuando te vayas no te olvides de llevar un collar antipulgas a Seattle... nunca se sabe donde duermen las gatas.

—¡Declan! —gritó exasperado, pero el interpelado había cerrado la puerta y escapado a la carrera. Nicholas se sujetó el puente de la nariz y resopló, definitivamente había sido un error contarle todo a su hermano... ¿es que no podía tomarse nada en serio? Volvió su atención al ordenador y comenzó a trabajar de verdad, tenía unos cuantos informes que revisar y un par de reuniones que preparar antes de dejar todo listo para marcharse. Además, marcharse teniendo unos cuantos días libres lejos de todo para poder disfrutar de su *Gatita*... ese pensamiento le dio una pequeña dosis de entusiasmo y comenzó a trabajar con más energía, cuanto antes acabase antes podría comenzar a disfrutar. Un par de horas después, mientras intentaba que unas cuentas de contabilidad cuadrasen, el sonido de su teléfono lo distrajo.

—*Señor Bratcher* —le dijo su secretaria —, *el señor Ford quiere hablar con usted.*

—Gracias Julie, pásamelo —aseveró todavía con su atención puesta en las cuentas.

—*¿Señor Bratcher?* —lo llamó una voz masculina al otro lado del aparato.

—Ford, no tengo mucho tiempo, así que habla ya.

—*Acabo de enviarle toda la información que ha pedido y le he concretado una reunión con su presidente ejecutivo* —dijo el hombre al otro lado.

—Bien, ¿algo más que deba saber? —preguntó Nicholas dejando el informe sobre la mesa y clavando la mirada en un punto fijo de la puerta frente a él.

—*Su hija se ha casado hace unos meses y su yerno se está haciendo cargo de la mayoría de los negocios... es un completo desastre, desde que él está al mando la compañía se ha hundido en muy poco tiempo.*

—¿Y no han hecho nada para evitarlo?

—*Sí, esta última semana han despedido a unos cuantos ejecutivos y parece que han firmado un contrato importante, pero necesitarán mucha ayuda para conseguir mantenerse*

*a flote.*

—De acuerdo Ford, en unos días viajaré hacia allí y no serás necesario, puedes regresar a casa —sin despedirse colgó el teléfono y volvió a mirar aquel informe que no parecía ser del todo de su agrado.

*Seattle, 10 de Octubre de 2009*

Era otro día más, otro día largo, aburrido y sin final aparente. Elizabeth miraba entre el reloj y el montón de papeles sobre la mesa deseando que las horas pasasen a más velocidad, si lo pudiesen hacer los días también, sería mucho mejor. Pero nada funcionaba y el tiempo pasaba lento y más lento a cada segundo.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —la voz de Daniel le asustó y le hizo dar un respingo en su silla.

—¿Qué? —preguntó confundida.

—Llevo un rato observándote y parece que tienes prisa... ¿vas a salir esta noche? —preguntó sentándose frente a ella.

—Lo que haga o deje de hacer no es de tu incumbencia —masculló molesta y decidió ignorarle.

—Te guste o no, eres mi esposa, recuérdalo.

—Es difícil olvidarlo cuando no dejas de repetirlo —suspiró sin alzar la mirada.

—Tengo algo para ti.

—No quiero nada de tu parte —murmuró todavía sin prestarle atención.

—Llamé al hotel donde te hospedaste en Nueva York y nadie encontró tus

anillos —dijo Daniel ignorando sus palabras anteriores—, no sabía que hacer así que... —extendió la mano y dejó sobre la mesa una caja de joyería— te he comprado unos nuevos. Elizabeth miró la caja de reojo y después le miró a los ojos, repitió el movimiento un par de veces y resopló, no sabía cómo hacerle entender que nada de eso era real, que no importaba los anillos que le comprase o lo caros que fuesen, su matrimonio era una mentira hiciese lo que hiciese.

—No era necesario, no es como si pudiese olvidarme de que estoy casada contigo —espetó.

—He intentado encontrar los mismos anillos que tenías, pero eran diseños exclusivos y ha sido imposible, espero que estos te gusten de igual modo.

—Daniel... te aseguro que no voy a ponérmelos, no sé para qué te has molestado.

—Lizzie... —suspiró poniéndose en pie y acercándose a ella, se apoyó en la mesa a su lado, tomó la caja entre sus manos y sacó los anillos de ella—. Tú sabes que eres mía y yo lo sé... pero tienes que demostrárselo al resto del mundo.

—Daniel... —intentó protestar, pero él sujetó con fuerza su mano izquierda y tiró de ella hacia él.

—Cuando te veo con estos anillos puestos siento que todo ha valido la pena —susurró extasiado mientras deslizaba el diamante a lo largo de su dedo.

—Estás enfermo... —siseó retirando la mano de entre las suyas bruscamente.

—Pero este enfermo estará a tu lado toda tu vida... en tu día a día, en tu cama, entre tus piernas... ¿vas a dejar que siga yendo con otras mujeres para recibir lo que tú no me das? —susurró cerca de su oído y provocando que se estremeciese—. ¿Te sorprende? —le preguntó con sorna—. Que tú seas frígida no quiere decir que yo tenga que reprimirme también... Intentó respirar hondo, lo único en lo que pensaba era en darle una bofetada y... realmente no lo pensó cuando su mano se alzó y golpeó con toda su fuerza en la mejilla de Daniel. El sonido de la palmada rasgó el aire a su alrededor y todo pareció sumirse en un profundo silencio justo después. La mirada marrón de Elizabeth estaba clavada en el punto justo donde le había abofeteado, la piel color canela de Daniel se había enrojecido ligeramente y podía apreciarse la marca de sus dedos. No se arrepentía de haberlo hecho, pero sí de las posibles consecuencias que eso traería.

—¿Qué has hecho? —preguntó Daniel con voz fría y osca.

—Serás mi marido pero no te permito que me hables así.



—Te hablo como me da la gana, eres mi mujer... ¿has oído? ¡Mía! —chilló acercándose demasiado a ella y golpeando su aliento contra su rostro.

Su espacio personal estaba siendo invadido y eso la ponía nerviosa, sobre todo tratándose de su marido y de los riesgos que eso conllevaba a juzgar por los hechos anteriores. Se obligó a centrarse y a pensar con racionalidad, recordó haber leído en un artículo que a los hombres con tendencias de maltrato hacia sus parejas solía asustarles que esta no demostrase miedo, que le hiciese frente e incluso que pudiese defenderse. Apretó las manos en dos fuertes puños y tragó en seco antes de hablar.

—Si no quieres que llame a seguridad, sal de mi despacho ahora mismo —gruñó intentando que su voz no temblase demasiado. Daniel se alejó de ella como si lo hubiese golpeado de nuevo y la miró con una mezcla de ira y odio, no iba a golpearla, no iba a agredirla de nuevo, pero en su mirada podía leerse perfectamente que no le faltaban ganas. Antes de que pudiese ver nada más en sus ojos, este se giró en un movimiento rápido y salió de su despacho a toda velocidad. Elizabeth pudo volver a respirar en cuanto dejó de verlo, pero eso no evitaba que sus manos temblasen incontrolablemente y que sintiese ganas de gritar y llorar. Miró los anillos de nuevo en su mano y se los quitó a toda velocidad guardándolos en un cajón... no quería llevar nada encima que le recordase su mayor error. Buscó su teléfono con desesperación y llamó a la única persona que la entendería: Autum.

—Hola Lizzie... ¿qué hay de nuevo? —contestó al segundo tono.

—Daniel está loco... —suspiró pasando una mano por su frente con desesperación.

—Dime algo nuevo, ese cuento es muy repetitivo —contestó su amiga —, ¿qué ha hecho esta vez?

—Me ha vuelto a comprar los anillos... y lo peor es que espera que me los ponga.

—Lizzie... es tu marido, es lo lógico.

—¿Estás de su parte? —preguntó con una ceja alzada.

—¡No! —se apresuró en contestar —. Pero él cree que es lo lógico.

—No voy a ponerme esos anillos.

—Y haces muy bien, cielo.

—No puedo ir a ver a Darcy con mi anillo de compromiso y mi alianza en el dedo...

—*Esa es otra carriño... ¿has pensado en lo que vas a hacer?*

—Autum, si vuelves a decirme que es una locura colgaré el teléfono — advirtió.

—*¡Es que es una locura!* —exclamó escandalizada—. *Puede ser un psicópata... ¿qué harás si te amordaza y te ata a una cama o algo así?* Las mejillas de Elizabeth se tornaron rojas al imaginarse la escena... cruzó las piernas e intentó eliminar esas imágenes de su mente.

—No... —carraspeó— no digas tonterías Autum.

—*¿Y has pensado en Daniel?*

—*¿Qué pasa con Daniel?* —preguntó confundida.

—*¿Cómo que qué pasa con Daniel? Es tu marido.*

—Autum... no hay quien te entienda, antes eras tú la que me animaba a esto y ahora intentas que deje de hacerlo. Voy a ver a Nicholas, él viajará a Seattle solo por mí y no voy a dejar que se vaya sin vernos.

—*Después de lo que me has contado de lo que te ha hecho Daniel, me da miedo su posible reacción. ¿Pero y si se entera de todo?* —preguntó Autum—. *Ese es mi mayor miedo, me has dicho que quiere llevarte a cenar y presumir de ti por la ciudad, tú eres Elizabeth Price, todo el mundo estará pendiente de ti y será cuestión de minutos que corra la voz de que estás en cierto restaurante con un hombre que no es tu marido.*

—Exageras... —susurró.

—*No lo hago, hay rumores de que estáis en crisis y a punto de separaros, lo que quieres hacer es exactamente lo que la prensa necesita, les vas a dar la exclusiva en bandeja de plata.*

—Autum...

—*¡Dios Elizabeth! Ya no te insistiré para que no le veas, pero si lo haces, que no sea en un lugar público, puede ser desastroso. Si llega a oídos de Daniel que te estás viendo con alguien, por muy inocente que sea, se volverá loco...*

—Lo sé... —contestó con un hilo de voz— me ocuparé de ello. Te llamo después, un beso. Cortó la llamada y giró la silla para ver la bahía... ¿por qué no había pensado en eso antes? Lo más fácil sería contarle todo a Darcy, pero le parecía que ya era un poco tarde para decir la verdad. No podía contarle que

estaba casada, y esperar que lo entendiese, no... él se enfadaría y con mucha razón... ¿pero qué otra cosa podría hacer?

*Seattle, 12 de octubre de 2009*

—¿Papá? —llamó a Simon con suavidad desde la puerta de su despacho.

—Dime, Lizzie —contestó él sin alzar la mirada. Ella se adentró en la habitación y cerró la puerta a su espalda, avanzó hasta sentarse frente a su mesa y le extendió un balance que dejó sobre los papeles que él revisaba.

—¿Qué es esto? —preguntó con el ceño fruncido.

—Es el gráfico de beneficios de la semana pasada, hemos aumentado un cero con tres por ciento, sé que no es mucho, pero ha pasado tan solo una semana y no se puede esperar mucho más...

—De eso quería hablarte —dijo él rascando su bigote, síntoma de que estaba nervioso, y haciendo el papel a un lado—, necesito que salgas de viaje.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—¿Cuándo volveré? —preguntó de nuevo.

—En cinco o seis días... necesito que vayas a Georgia, hay un problema con un par de contenedores en un envío y solo tú puedes solucionarlo —le explicó. ¿Cinco días? No... no podía ser, Darcy legaba solo en dos y... no, rotundamente no.

—No puedo ir.

—¿Cómo que no puedes ir? —preguntó su padre frunciendo el ceño.

—No... —se esforzó en pensar una excusa convincente—. Necesito vigilar a

los nuevos asesores, son mis empleados y...

—Eso puedo hacerlo yo —la interrumpió.

—No, son mi responsabilidad y también está el contrato con las bodegas francesas, tendremos una reunión y fui yo quien habló con ellos así que querrán verme a mí.

—Pero, Elizabeth... necesito que alguien vaya a Georgia cuanto antes.

—Daniel puede hacerlo —sonrió internamente ante un problema menos del que preocuparse.

—¿Daniel? ¿Tú crees que él podrá hacerse cargo de eso?

—Son sus contratos los que están dando problemas, que lo solucione él mismo.

—Pero Lizzie... sabes que él...

—Él es un estúpido que hace estupideces, que él mismo se solucione los problemas que crea, no voy a esforzarme por alguien que no lo merece.

—Hablamos de nuestra compañía, hija, no podemos arriesgarla de ese modo.

—Nuestra compañía puede sobrevivir sin el contrato de Asia, lo ha hecho durante años y lo seguirá haciendo. Daniel tiene que entenderlo y rescindirlo, pero hasta que no lo vea con sus propios ojos no lo hará, es muy cabezota.

—Está bien... hablaré con él —suspiró Simon—. ¿Necesitas algo más?

—Sí... —se removió incómoda en la silla esperando que su padre creyese la mentira que se había inventado— una amiga de la universidad viene de visita a la ciudad en un par de días y me preguntaba si... si podría hacer mi trabajo desde casa, vendré a la oficina un par de horas al día si es necesario, pero...

—¿No tenías que vigilar de cerca a tus empleados? —le preguntó él con una sonrisa.

—Papá... —rezongó.

—De acuerdo... pero espero que estés disponible a cualquier hora por si surge algún inconveniente.

—Claro que sí... hasta luego —se despidió de él y caminó a toda velocidad hacia su oficina, cuando llegó a esta buscó su teléfono móvil y tecleó un mensaje corto. «*El tema del trabajo está solucionado, seré completamente tuya durante tres días.*»

Pulsó enviar y sonrió como una niña, Darcy no tardó en contestar. «*Haré lo posible por que esos tres días sean inolvidables.*» Su sonrisa se amplió y avanzó casi a saltitos hacia su mesa para continuar con lo que tenía que hacer.

*Seattle, 13 de octubre de 2009*

—¿Ya has hecho las maletas? —preguntó Elizabeth en un murmullo.

—*Beth, Beth, Beth... llevan ya un par de días hechas, no quería olvidarme de nada* —contestó Nicholas con una sonrisa al otro lado del teléfono.

—¿A qué hora llegas? —preguntó de nuevo. Nicholas rio y ella sonrió sin poder evitarlo.

—*Mi avión sale a las nueve de la mañana aquí, teniendo en cuenta las tres horas de menos que tenéis ahí, creo que llegaré a las nueve de Seattle...* —explicó pacientemente.

—Llegas en unos segundos —bromeó—. ¿Quieres que vaya a buscarte al aeropuerto?

—*No, quiero ir a mi hotel y darme una ducha en cuanto llegue, volar me pone nervioso y sudo demasiado.*

—No voy a asustarme si hueles a macho —Elizabeth se mordió su labio inferior al imaginárselo en la ducha.

—*Eres una Gatita muy traviesa... ¿te lo he dicho alguna vez?* —le preguntó en un susurro ronco.

—¿Cuándo nos veremos entonces? —preguntó ansiosa ignorando su tono juguetón.

—*Buena estrategia de despiste... ¿no tienes ganas de jugar esta noche?* —volvió a preguntar con voz sugerente.

—Nicholas... —susurró su nombre tal y como sabía que le gustaba —, quiero que duermas y el vuelo no te canse demasiado, mañana será un día muy largo.

—*Está bien...* —suspiró con desgana— *nos veremos a la hora de la comida, podemos almorzar en el restaurante del hotel donde me hospedo y después podríamos dar un paseo por la ciudad para hacer un poco de turismo.* Elizabeth frunció el ceño y pensó en el mejor modo de declinar esa oferta, Daniel finalmente había salido de viaje a Georgia, pero un lugar público no era la mejor opción.

—Yo no como... —espetó sin pensar.

—*¿Cómo que no comes?* —preguntó sorprendido.

—Que no suelo almorzar, con un sándwich o una ensalada sería suficiente.

—*¿Qué propones entonces?* Ella suspiró y pensó con cautela en sus próximas palabras.

—No me gusta que me miren mientras como, me pone nerviosa, así que... — se detuvo unos segundos a tomar aire— podría ir a buscarte a tu habitación, tú comes lo que sea que vayas a comer y yo... con mi sándwich tendré suficiente.

—*Un sándwich no es comida* —protestó él—, *pero... ¿estás segura de que quieres ir a mi habitación de hotel? ¿Te vas a arriesgar a eso?* Ella comenzó a reírse.

—Autum piensa que puedes ser un psicópata, dice que me amordazarás y me atarás a tu cama —explicó todavía entre risas.

—*Autum tiene muy buenas ideas, dale las gracias de mi parte* —añadió en tono fluido y monocorde. Ella dejó de reírse de golpe y frunció el ceño.

—No estás hablando en serio...

—*¡Oh sí, preciosa...! Imagínalo por un segundo, tú atada con unas cuerdas de seda, completamente a mi merced, sin poder*

*detenerme y totalmente a expuesta a todo lo que quiera hacerte... ¿no te atrae la idea?* Ella intentó acallar un gemido pero fue imposible, ¿atraerle? Estaba por comprar ella misma las cuerdas si él se prestaba a ello.

—Nicholas... —susurró a media voz.

—*Pero, pequeña traviesa, como bien has dicho, mañana tengo que coger un avión y tengo que llegar descansado, así que voy a colgar y me voy a dormir* —dijo él con una sonrisa pícaro.

—Pero...

—*Buenas noches, preciosa, que sueñes bonito.*

—Pero... —no pudo decir nada más, Nicholas cortó la llamada y ella se quedó mirando el teléfono con cara de boba. Solo esperaba que la noche pasase muy rápido y tener frente a ella la puerta de su habitación.

## CAPÍTULO 10

*“Y solo estábamos tú y yo frente a frente, con respiraciones aceleradas por la sorpresa de vernos, de algo que creíamos tan lejano, detallando cada parte de nuestro cuerpo, tratando de no perder ningún gesto relevante y aun así pensando que esto es un sueño del cual no queríamos despertar, dos completos extraños pero aun así nuestras almas se reconocen, nuestros cuerpos se llaman a gritos, necesitan el contacto, necesitan sentirse, ver que es real, que no soñamos, que sí estamos juntos, que simplemente la vida no es tan cruel como pensábamos.”*

*Chicago, 14 de Octubre de 2009*

La noche había resultado larga, tanto en Seattle como en Chicago las horas pasaron lentas y tortuosas. Nicholas creyó que el amanecer nunca llegaría y eso que él tenía tres horas menos de espera que Elizabeth, pero estaba tan ansioso que ni él mismo se reconocía... era un hombre de treinta y nueve años tan emocionado



como un chiquillo a punto de abrir su regalo de navidad.

Cuando las primeras luces del alba asomaron por el horizonte se puso en pie inmediatamente y comenzó a prepararse para su viaje, que aunque no largo, se presentaba con muchas sorpresas. Mentalmente tenía todo planeado, como siempre, Nicholas Bratcher no dejaba ningún cabo suelto y tenía varias estrategias planeadas para cualquier inconveniente que se pudiese presentar. Su mente era analítica y cuadrículada, todo tenía que encajar en algún lugar y de algún modo, por lo que esa era su tónica para cada paso que daba... incluso antes de decidirse a dar ese paso, a proponerle a Beth verse cara a cara, él lo había pensado con anterioridad y había sopesado pros y contras, no quería arriesgarse ante nada.

Pero finalmente desechó cualquier pensamiento negativo y se lanzó a la aventura. Conocía a Beth, en esos escasos dos meses había hablado más con ella que con su familia, ella conocía datos de su vida que nunca pensó compartir con nadie y ella era simplemente «su ella»... no podía dejar escapar esa oportunidad, quizás fuese la única.

Cuando el avión despegó del aeropuerto de *Midway* de Chicago sintió la adrenalina propia de ese momento, las vibraciones del aparato siempre le causaban malestar de estómago y eso le provocaba sudores, no le entusiasmaba volar, pero era un requisito implícito en su trabajo. Pero en esta ocasión, en lugar de sentir las náuseas comunes de cada viaje, fue como si un revoltijo subiese por su esófago y le caldease ligeramente el pecho... ¿qué era esa sensación? Era como si le hiciesen cosquillas desde el interior, como si algo quisiese salir de su garganta y eso le incomodaba.

En cuanto pudo quitarse el cinturón, se puso en pie y fue directo al baño a refrescarse, una vez allí se miró al espejo y pensó en su Beth... en lo que haría al verla, en lo que podría decirle, en la reacción de ella en cuanto estuviesen cara a cara.

Esa sensación extraña en su pecho se intensificó y algo continuaba empujando en su garganta, miró directamente el reflejo de sus ojos en el espejo y una leve carcajada se escapó de sus labios. ¿Qué mierda le pasaba? Volvió a pensar en ella y rio de nuevo... ¿era por Beth? Esa sensación, esa inquietud... ¿era tan solo por verla? ¿Eso que estaba sintiendo eran las mariposas de las que todo el mundo hablaba? Volvió a sonreír a su reflejo y después de refrescar su nuca con un poco de agua, regresó a su asiento a esperar pacientemente, o quizás no tan paciente, a que el avión tomase tierra.

*Seattle, Mismo día, misma hora*

Las cosas en Seattle no eran muy diferentes, Elizabeth apenas había dormido, se había pasado casi toda la noche limpiando. Sentía la necesidad de controlarlo todo y ante la llegada inminente de un descontrol como lo era Darcy, necesitaba creer que todo lo que la rodeaba estaba bajo su dominio. En ese momento estaba vaciando uno de los armarios de la cocina y volviendo a meter dentro todo su contenido, cada cosa iba milimétricamente al lado de la otra y en su posición correcta.

Esa era una de las manías absurdas que había intentado eliminar a lo largo de las últimas semanas, pero cuando sufría una ansiedad y un nerviosismo tan fuertes como en ese momento, esa costumbre regresaba a ella y comenzaba con su habitual ataque de orden obsesivo compulsivo. Cuando el reloj de la sala emitió seis campanadas seguidas dio un respingo imaginando que Darcy en ese momento estaría despegando... ya estaba en el aire y rumbo a Seattle y a cada segundo que pasaba, estaba un metro más cerca de ella haciendo que su estómago se estrujara de anticipación.

Decidió darse una ducha y prepararse para el gran momento, faltaban todavía muchas horas, puesto que habían quedado en verse a la hora del almuerzo, pero no podía evitarlo. Se dio una larga ducha, desenredó su cabello con paciencia y se sentó frente a su armario mirando su ropa con atención... ¿qué sería lo más apropiado para esa situación? Pensó en llamar a Autum para pedirle consejo, pero con eso se arriesgaba a dos posibles reacciones: o Autum se volvía completamente loca y se presentaba en su casa para ayudarla a elegir algo que bajo su criterio fuese adecuado, o por el contrario, recibía uno de esos sermones de «Lizzie, lo que vas a hacer es una completa locura».

En ese momento no podría soportar ninguna de las dos opciones, por lo que optó por elegir ella misma y que fuese lo que tuviese que ser. Finalmente se decidió por un sencillo vestido negro con un solo tirante y una hebilla plateada en

la cintura, no era la pieza estrella de su guardaropa, pero tampoco quería verse demasiado arreglada. Cuando se había vestido se miró al espejo y bufó contrariada... ¿arreglarse tanto no sería excesivo? No era una comida de negocios y en sus planes no estaba siquiera salir de aquella habitación, se quitó el vestido y se quedó en ropa interior volviendo a observar el contenido de su armario... ¿unos jeans serían demasiado grotescos? Podría combinarlos con unas botas de tacón y ya se verían bien.

Optó por esto último y lo acompañó de una camiseta sencilla y un abrigo tres cuartos. Miró su reloj y todavía eran las nueve... Darcy estaría legando al aeropuerto y a ella le quedaban todavía otras tres horas de espera para poder ir a verle... ¿qué podría hacer mientras para entretenerse? Buscó uno de los libros que estaban sobre su mesita de noche, pero lo desechó minutos después al no poder concentrarse en la lectura. Si continuaba así acabaría por morderse las uñas...

Se dejó caer derrotada sobre la cama y miró al techo, mientras los segundos pasaban, decidió encender un cigarrillo y pensar... pensar en lo que podría hacer, pensar en lo que le podría decir cuando lo tuviese delante, imaginar lo que pasaría en cuanto se viesen.

Le gustaba la idea de poder comprobar si realmente era tan alto como parecía, si sus ojos brillarían tanto al tenerlo cara a cara... el humo se deslizaba sobre su cabeza y comenzó a soñar con las formas de la nicotina; un beso con Darcy, una caricia fugaz, un abrazo largo y apretado... despertó de su aturdimiento cuando escuchó el sonido de su teléfono móvil y lo contestó sin siquiera mirar el indicador, pues ya sabía de quien se trataba.

—Hola Gino, buenos días... ¿a qué debo el honor de tan temprana llamada?  
—dijo con voz monocorde intentando no reflejar ni una pizca de su nerviosismo.

—*¿Te has vuelto completamente loca?* —preguntó él al otro lado del aparato.

—Sí, yo también te quiero... —sonrió aunque sabía que él no podía verla.

—*¿Qué pasa contigo? ¿Es que estar casada con ese hijo de puta no es suficiente, que ahora te buscas un amante?* Ante esa pregunta ella se incorporó como impulsada por un resorte y tiró su cigarrillo a medio consumir de mala manera en el cenicero.

—Voy a coserle la boca a Autum... —masculló molesta.

—*Es que... no lo entiendo, por más que intento buscarle sentido no lo entiendo... ¿podrías explicarme por qué?* —preguntó Gino atónito.

—¿Por qué nacemos y morimos? ¿Por qué respiramos y comemos? Todas

esas son preguntas sin respuesta, igual que la que acabas de hacerme tú... ¿y por qué no?

—Elizabeth... no... no puedes... —balbuceó—. *Si Daniel se entera, si algo de eso sale a la luz estarás sentenciada y yo no podré hacer nada, ¿no recuerdas aquel jodido contrato que firmaste?*

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Tengo que ser una esclava de ese estúpido contrato hasta dentro de un año? —preguntó en un gruñido.

—Solo quedan siete meses Lizzie... siete meses no son nada, no lo estropees por favor.

—Gino, yo... —fue interrumpida por el sonido de un mensaje de texto en el teléfono que solo Darcy tenía y olvidó por completo lo que iba a decir—. Espera un segundo —se disculpó.

—Pero Lizzie, no puedes... —dejó de escuchar a su amigo en cuanto leyó el contenido de aquel mensaje. «Estoy demasiado ansioso... ¿crees que podríamos vernos ya? Me hospedo en el Four Seasons, habitación 707» Su corazón comenzó a martillar con fuerza en su pecho, sus manos comenzaron a temblar y torpemente cortó la llamada con Gino para apagar el teléfono justo después, así ni él ni nadie podrían molestarle. Se puso en pie y frotó sus manos contra su pantalón para intentar mitigar los nervios... sus rodillas temblaban y ni siquiera había salido de casa. Cogió su bolso y sin mirar atrás salió de su edificio y se subió a su coche.

\*\*\*

El *Four Seasons* era un hotel moderno pero con varios toques de clasicismo en su decoración, cada uno de sus pisos tenía un color diferente en los pasillos y cada habitación era un mundo aparte de las demás, sobre todo la *suite* en la que se hospedaba. A Nicholas no le gustaba utilizar sus influencias y su dinero cuando viajaba, se hospedaba siempre en hoteles de nivel medio y arrendaba una habitación normal, con ciertas comodidades, pero algo que casi cualquier ciudadano de a pie podría permitirse. Pese a que el dinero para él no era un problema, no le gustaba derrochar por derrochar. Aunque en esta ocasión era diferente, no es que quisiese impresionar a Elizabeth, sabía de sobra que era una

mujer sencilla sin gustos extravagantes, pero quería ofrecerle cualquier comodidad. No estaba dando nada por hecho, pero había muchas posibilidades de que esa habitación se convirtiese en el lugar donde cumplir todas esas fantasías que juntos, en la distancia, imaginaron durante tantas noches.

Cuando llegó del aeropuerto, al bajar del coche alquilado y el aire húmedo y frío de Seattle le azotó el rostro, no pudo evitar sonreír... ese era el mismo aire que ella respiraba, el mismo viento que la despeinaba y que hacía enrojecer sus mejillas ante su frescura. Volvió a sonreír cuando se dio cuenta de que la pantera se había quedado en Chicago, o quizás tenía que ponerse el disfraz de ejecutivo y no unos simples jeans con un suéter para ser el hombre frío y casi agresivo que todos creían conocer, pero algo fallaba ya que sus pensamientos y acciones nada tenían que ver con el que solía ser.

Ya en su habitación se dio una ducha, deshizo sus maletas y miró por la ventana... apenas llevaba una hora en la ciudad y su cuerpo ya clamaba por verla ¿sería demasiado si la llamaba y le suplicaba para que fuese a su habitación? Sí... efectivamente eso sería demasiado desesperado, parecería un adolescente hormonado, alguien incapaz de contenerse y él no era así... no. Tomó una fuerte bocanada de aire y se sentó sobre la cama, pasó ambas manos por su cabello peinándolo hacia atrás y soltó el aire de golpe...

—Beth, Beth, Beth... —susurró mirando de reojo su teléfono. Todo en su cuerpo le pedía que la llamase, sus manos picaban por coger ese teléfono y pulsar esa tecla, sus ojos querían verla por fin, sus oídos escuchar su voz sin micrófonos de por medio y sus labios... quería comprobar si esos labios eran tan suaves como aparentaban. Gruñó frustrado y tomó el teléfono en un movimiento brusco, pulsó el botón de marcación rápida pero cortó al segundo siguiente...

—Patético... —murmuró al aire. Pero con un bufido le escribió un mensaje de texto y pacientemente esperó una contestación, pero esta no llegaba. Los minutos pasaban y pasaban y su Gatita no daba señales de vida... ¿estaría durmiendo todavía? ¿Le habría pasado algo? Dejó de preocuparse en exceso, quizás estaba ocupada y por eso no contestaba. Se puso en pie y se acercó al equipo de música donde conectó su *Ipod*, eligió la música clásica que siempre lo tranquilizaba cuando se sentía estresado y las suaves notas de una de las canciones al piano de *Yiruma* comenzaron a flotar en aire. El ambiente a su alrededor pareció caldearse un poco, como si el peso de los nervios fuese menor y la espera se acortase, pero eso era tan solo en apariencia, en su interior la pantera comenzaba a impacientarse. No quería pensarlo, pero una voccecita en el fondo de su mente le

decía insistentemente que quizás su Gatita no se presentaría, que había estado jugando con él y el juego llegaba a su fin cuando comprobó que él era tan iluso como para creerla. Se negaba a creerlo, pero quizás... Suspiró con desgana y miró de nuevo hacia la ventana, una fina capa de lluvia había empezado a caer y algunas gotas se quedaban apoyadas en el cristal deslizándose y haciendo diversos patrones por el vidrio, Beth podría mojarse si iba a verlo en ese momento y... unos golpes en la puerta lo obligaron a dejar sus pensamientos a un lado y fue a abrir.

Nunca hubiese imaginado quien estaba a al otro lado, esperaba una respuesta a su mensaje, quizás una llamada excusándose por el par de horas que todavía faltaban para la hora pactada, pero no que estuviese allí, frente a él... en ese momento fue como si el tiempo se detuviese, como si el mundo a su alrededor dejase de girar y todo se quedase en espera de un simple movimiento para continuar su marcha.

Uno estaba frente al otro, en completo silencio e inmóviles, Nicholas todavía tenía el pomo de la puerta en su mano y Elizabeth simplemente le miraba... miraba su ojos, sus labios, su cabello revuelto, el modo en que aquel suéter se pegaba a su pecho, miraba esos dedos largos y delgados cerrados en un puño a un costado de su cuerpo... y no podía creérselo, estaba frente a él, después de ese accidentado viaje en coche, ese en el que casi golpea a otro vehículo por saltarse un semáforo en rojo a causa de los nervios, en el que le pusieron una multa por exceso de velocidad y también en el que tuvo que estacionar cuatro calles más abajo del hotel haciendo que su cabello se mojara a causa de la lluvia en la larga caminata. Estaba frente a él por fin y no podía dejar de mirarlo sin poder creerse del todo que estaba allí realmente.

—Hola... —su susurro fue apenas un hilo de voz, pero él lo escuchó y esbozó una sonrisa, aquella que tan solo alzaba una de las comisuras de sus labios y que hacía brincar a su corazón.

—Hola... —contestó con aquel acento extraño y ese tono de voz hechizante—. Entra... —añadió haciéndose a un lado para dejarla pasar. Ella se internó en la habitación mirando todo a su alrededor, no sabía lo que esperaba encontrar, pero aquella no era más que otra simple e impersonal habitación de hotel; paredes color beige claro, muebles caoba, cortinas rojas... sus ojos vagaron lentamente por la estancia hasta que se toparon con los suyos, tan oscuros y brillantes que casi la cegaban, con las pupilas tan dilatadas que apenas una corona color jade las rodeaba y eso la hizo estremecerse.

A su alrededor fue como si al aire se cargase de electricidad estática, a cada

segundo se volvía más denso y pesado y ella comenzó a respirar con dificultad. Sentía una especie de atracción, casi como un magnetismo que la arrastraba hacia su cuerpo, pero estaban separados por un escaso metro y acortarlo a tanta velocidad como realmente necesitaba sería demasiado obvio... Pero... ¿qué hacía? En su mente no dejaba de recrear algunas de las llamadas que compartieron, esas noches interminables llenas de confianzas y susurros a media voz, cada una de esas caricias que se había dado pensando en él... y ahora lo tenía frente a frente, alejados por una distancia insignificante y estaba totalmente paralizada sin saber qué hacer.

—¿Qué tal estás? —preguntaron ambos a la vez, lo que los obligó a sonreír y las mejillas de Beth se colorearon ligeramente.

—Esto es absurdo... —murmuró ella—, me estoy comportando como una idiota, pero es que... no sé qué hacer, no sé cómo actuar, ni qué decirte... —decidió ser sincera. Nicholas sonrió y extendió su mano hacia ella.

—Me presentaré formalmente... soy Nicholas —una ráfaga de luz cruzó sus ojos cuando ella extendió también su mano y por fin se tocaron, fue como si les recorriese la misma electricidad que rodeaba sus cuerpos y ambos se miraron sin entender, sintiendo como el ambiente todavía se cargaba más a su alrededor.

—Yo soy Elizabeth —dijo con voz ahogada—, Lizzie para los amigos.

—Y Beth para mí... —añadió él guiñando un ojo.

—Sí... —carraspeó— Beth para ti... Un silencio incómodo se interpuso entre ellos, casi podía escuchar el sonido de su corazón, que martilleaba incansable, y la sangre burbujeando dentro de él en cada latido. Eso era absurdo, tal y como había dicho, pero no sabía qué hacer, su instinto la animaba a atacar, a lanzarse a por él y devorarlo entero, ¿pero sería lo correcto? Un resoplido por parte de Nicholas la obligó a mirar sus labios y se perdió en ellos... ¿cómo sería besarlos?

—Parezco un adolescente —se rio de sí mismo—. ¿Quieres tomar algo? El mini bar está lleno...

—No, gracias... estoy bien. Nicholas asintió y metió las manos en los bolsillos ante la necesidad de tocarla casi riéndose de sí mismo por lo patético de la situación; había imaginado ese encuentro cientos de veces y ni en sus peores predicciones había sospechado algo similar.

—Estoy nerviosa... —suspiró Beth— y es absurdo porque eres tú... hemos hablado cientos de veces, nos hemos visto en videoconferencias y hemos hecho cosas que no podría nombrar sin sonrojarme. Tengo más confianza contigo que con

nadie en el mundo y sin embargo, estoy nerviosa... —divagó— muy nerviosa.

—Solo soy yo... —dijo Nicholas con una sonrisa—. Solo yo... puedes cerrar los ojos e imaginar que estoy al otro lado del teléfono.

—Eso no funcionaría —bufó—, puedo olerte.

—¿Y huelo a macho? —preguntó burlón.

—Hueles a... —frunció el ceño— a ti, nunca he olido nada parecido y en cambio es un olor que identificaría contigo sin pensarlo.

—Eso no tiene mucho sentido —agregó confundido.

—Ya te he dicho que estoy nerviosa, cuando eso pasa hablo demasiado y digo cosas absurdas. Autumn siempre se ríe de mí cuando eso ocurre e intenta meterme algo de comida en la boca para que deje de hablar, así que tendrás que pararme si comienzo a parlotear como una demente —se rio de sí misma y enrojó—. Acabo de hacerlo... ¿cierto? —preguntó mortificada.

—Un poquito... —susurró Nicholas mostrando su pulgar e índice separados por una pequeña distancia— pero prometo no decírselo a nadie.

—¡Mierda! —maldijo ella tapando su rostro con ambas manos.

—¡Eh! No pasa nada, así eres tú y me gusta conocerte en todas tus facetas — Nicholas se acercó y frotó sus brazos para intentar tranquilizarla —, todo está bien.

—¿Seguro? —preguntó sin destapar su rostro y mirándolo entre sus dedos.

—Yo parecía un adolescente hace unos minutos, pero ahora tú pareces una niña... déjame ver tu rostro —sujetó sus muñecas y las alejó ejerciendo un poco de fuerza, ya que ella no se lo permitía, pero lo hizo finalmente—. Eres preciosa... —susurró mirando sus ojos— mucho más que en aquella foto, o en el monitor del ordenador... eres increíblemente preciosa. Elizabeth bajó las manos lentamente y se quedó colgada de su mirada, en ese verde que de un momento a otro pareció oscurecerse un poco. El aire comenzó a ponerse denso de nuevo y hasta parecía que le costaba más poder respirar, era como si el oxígeno quemase al deslizarse por su garganta. Si en ese momento tenía una crisis de pánico no se lo perdonaría... ¿cómo podría hacerlo? Tenía frente a ella al hombre por el que llevaba semanas suspirando y no podía desaprovechar la oportunidad que tenía en ese momento.

—Nicholas... yo... —balbuceó sin saber muy bien qué decir. Él estaba frente a ella, mirándola tan intensamente que casi asustaba, queriendo absorber cada una de sus expresiones, intentando memorizar todos sus rasgos... le parecía increíble



tenerla frente a frente, no creía posible que al fin estuviese allí, con ella... pero lo estaba y eso lo estaba llevando a límite. Con solo tocarla a través de la ropa Nicholas sentía que quería abrazarla, quería besarla y no dejar de hacerlo nunca, sus labios estaban tan rojos que lo invitaban en silencio y él era muy débil para poder resistirse a ello.

—¡Mierda, Beth! —masculló tomando su rostro entre sus manos y uniendo sus miradas. Apretó con fuerza su mandíbula y las aletas de su nariz comenzaron a dilatarse y contraerse al ritmo de su respiración cada vez más acelerada. Y ella estaba impresionada, ese simple roce, esa simple demostración de dominio, era algo muy pequeño y casi sin importancia, pero la dejó paralizada y sin capacidad de reacción. Quería ponerse de puntillas y besarlo, rodear su cuello con sus brazos y olvidarse de todo... quería que esa expresión mortificada y contenida abandonase su rostro. Nicholas gruñó y la estampó contra la pared que había tras ella, fue un golpe suave, pero que resonó en el silencio de la estancia apenas roto por las suaves notas del piano que todavía salían del reproductor, sus narices casi se rozaban y el aire era más bien escaso entre ellos. Sus miradas estaban enlazadas y sus respiraciones se mezclaban.

—No voy a pedir permiso para esto... —masculló entre dientes sin alejar su mirada de la suya.

Beth dejó salir una risa seca y su corazón aumentó todavía más su velocidad.

—Como si necesitases hacerlo... —susurró casi entre jadeos.

—Tampoco voy a disculparme después...

—No creo que...—no tuvo tiempo a decir nada más, sus labios presionaron los suyos y todo comenzó a dar vueltas. Las manos de Nicholas en su cintura eran lo único que la anclaba al suelo y así a la realidad, sus manos también buscaron un punto de apoyo y se sujetó con fuerza a su suéter, cerrando sus manos en puños a la altura de sus abdominales. Nicholas entreabrió los labios y ella continuó esa danza haciéndolo también, su lengua se adentró en la boca y su sabor era exquisito, como a menta, vainilla, chocolate... gimió contra sus labios y Nicholas jadeó justo después presionando su cuerpo todavía más contra la pared. Volvieron a mirarse a los ojos y el segundo beso no se hizo esperar, Beth enredó sus brazos alrededor de su cuello, acariciando su cabello y dejando que aquellas hebras rojizas se deslizasen entre sus dedos, Nicholas pasó las manos por su cintura y la pegó todavía más a su cuerpo si es que eso era posible. El beso era salvaje y feroz, sus lenguas batallaban sin compasión y sus manos acariciaban todo lo que podían abarcar. Nicholas metió sus manos bajo su abrigo, la alejó un poco de la pared y lo

deslizó por sus hombros dejándolo caer al suelo, ella se dejó hacer y casi lo ayudó en la tarea. Envolvió su cintura con sus brazos y subió un poco su suéter para acariciar la piel de su abdomen, él jadeó y se alejó de ella tan solo lo suficiente para comenzar a besar la piel de su cuello ganándose suspiros y gemidos de aprobación.

—Cuando te pedí que vinieses antes de tiempo... no era para esto — murmuró contra su piel.

Elizabeth dejó salir una risa y acarició su espalda haciendo que se estremeciese.

—No voy a quejarme —exhaló al contacto de sus dientes en el hueco bajo su oreja.

—Pero quiero que tengas claro —dijo mirándola con solemnidad—, que esto es un imprevisto, no estaba planeando.

—Lo tengo claro... —murmuró un poco aturdida por el poder de su mirada.

—¿Seguro? —inquirió alzando una ceja ligeramente.

—Segurísimo —dijo metiendo las manos por completo bajo su suéter e intentando quitárselo, Nicholas comenzó a reír y se alejó un paso de ella.

—Uhm, Gatita... ¿tienes prisa? —preguntó juguetón.

—¿Tú no? —lo miró confundida.

—Espacio preciosa, el buen vino se paladea despacio... —susurró dando de nuevo un paso hacia ella— ¿no estás de acuerdo?

—¿Necesitas beber un poco antes? —preguntó de nuevo confundida.

—Tonta Beth... —rio y envolvió su cintura con sus manos atrayéndola hacia su cuerpo, volvió a mirarla a los ojos, se acercó muy despacio y la besó lentamente, tal y como había dicho la estaba saboreando despacio y que bien se sentía... sus curvas parecían encajar perfectamente entre sus manos y sus labios... eran la jodida gloria, no creía poder cansarse nunca de besarla. La arrastró con cuidado hasta que su espalda volvió a chocar contra la pared e hizo una cárcel con sus brazos, a la mente de Beth vinieron recuerdos de ella con Daniel en la misma posición, pero que poco se parecían ambas situaciones. Con Daniel solo había sentido miedo y repugnancia, en cambio en ese momento se sentía excitada, necesitada, creía poder entrar en combustión espontánea si él no hacía otra cosa que besarla... ¿tendría que violarlo ella misma? Intentó acelerar el ritmo del beso pero él continuaba pausado y sin descanso, acariciando su lengua de un modo tan excitante que sus rodillas

temblaban. Quiso acariciarlo, quiso envolver de nuevo sus brazos alrededor de su cuello pero él lo evitó sujetando sus muñecas y colocándolas contra la pared encima de su cabeza. Nicholas la miraba y casi no podía creérselo... ¿de verdad estaba tan necesitada? Tenía que refrenarse a sí mismo para no empalarla contra la pared en ese momento, pero se negaba a hacerlo, quería disfrutarla, quería descubrir todos sus secretos uno a uno y sin prisas, aunque ella se lo estaba poniendo difícil... ¿cómo se supone que podría contenerse si continuaba gimiendo así?

—Nicholas... —susurró al borde de la desesperación. Él sonrió con arrogancia y se la llevó hacia una puerta abierta que había en el extremo opuesto de la habitación en la que se encontraban, entraron en un dormitorio pero ella apenas fue consciente de que allí había una cama cuando Nicholas volvió a besarla y la hizo perder todo contacto con la realidad. De un segundo a otro lo único que ocupaba su mente eran sus manos deslizándose con avidez por su vientre desnudo bajo su camiseta, esas mismas manos batallando con el botón de sus jeans y colándose bajo ellos para acariciar la piel de sus caderas... eso tenía que ser el cielo, o el infierno, porque la temperatura subió tanto que una fina capa de sudor comenzó a perlar su frente. Comenzó a gemir y jadear casi sin poder evitarlo y de nuevo intentó desnudarlo, o al menos ver un poco de piel... ella quería ser parte activa de ese juego, también quería tocar y provocarle las mismas sensaciones que estaba sintiendo, en esta ocasión sí se dejó hacer y pudo apreciar su pecho, pudo acariciar esos abdominales que apenas se notaban pero que allí estaban, esos pectorales definidos tenuemente y cubiertos por aquella fina capa de vello del mismo color rubio rojizo que en su cabeza... Casi no podía creerse que eso estuviese sucediendo en realidad, que estuviese a punto de... «¡Oh Dios!» Su mente se desconectó en el momento que una de sus manos le ahuecó un pecho, sus pensamientos racionales desaparecieron por completo y tan solo las emociones dominaron su cuerpo. Dejó de ser consciente por completo de todo lo que le rodeaba, tan solo podía sentir sus caricias, escuchar los latidos alocados de su corazón que palpitaba a toda velocidad en su pecho que parecía estar a punto de estallar, la sangre hirviendo que recorría sus venas haciendo cosquillar sus dedos por la necesidad de acariciar más.

—Mierda Beth, ¡mierda! —masculló frustrado—. Pretendía ir despacio pero no me lo pones fácil... Ella no contestó, no podía hacerlo, todos sus esfuerzos estaban concentrados en el modo más rápido de soltar la enorme hebilla del cinturón de cuero que abrazaba sus caderas, forcejaba con ella inútilmente, pero sus pequeñas manos no eran capaces de librarse de ella, quizás si movía un poco la

pierna que tenía entre las suyas podría hacerlo... no, cuando la pierna se movió y rozó deliberadamente la cara interna de su muslo se sintió arder... ¿cómo era posible que le provocase tanto sin apenas tocarla? En un momento de lucidez la consciencia le azotó de golpe y comenzó a reírse, era algo que temía, que esperaba que no sucediera pero allí estaba, riéndose nerviosamente.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Nicholas besando por fin esos pechos que llevaba minutos muriendo por ver.

—Lo siento... —se disculpó dejando escapar alguna risita todavía — querías hacer turismo por Seattle y yo... yo te tengo entretenido aquí. Nicholas también rio, una risa masculina y sexy, ronca, excitada... esa que había escuchado varias veces a través del teléfono pero que por fin podía escuchar en persona y hasta sentir las vibraciones que provocaba en su pecho.

—¿Quién ha dicho que no puedo hacer turismo? —preguntó con el ceño fruncido teatralmente. Se impulsó para ponerse de rodillas y quedó en esa posición justo a su lado, le quitó las pocas prendas de ropa que la ocultaban con paciencia y dejando sutiles caricias en su lugar, Elizabeth no podía hacer más que mirarlo casi hipnotizada, dejándose llevar por ese magnetismo que desprendía su mirada.

—Puedo hacer turismo sin salir de esta habitación... —añadió con diversión deslizándose solo un dedo alrededor de su ombligo—. Aquí, por ejemplo... se puede decir que aquí está la bahía de Seattle... si subimos un poco tenemos las montañas del parque de *Olympic* —acarició sus pechos rozando apenas sus muy endurecidos pezones—. Si descendemos por aquí... —deslizó las manos por sus costados hasta sus caderas—, tenemos la autopista de la costa, con muy buenas vistas, debo añadir— Elizabeth jadeó cuando abrió sus piernas un poco y las manos de Darcy ascendieron lentamente por sus muslos—. Por aquí arriba está el tesoro mejor oculto de la ciudad, uno que tan solo los más privilegiados pueden visitar... Temblaba, se sentía como en mitad de un volcán a punto de entrar en erupción, ¿cómo podría mantenerse cuerda después de escuchar todo eso?

—¿Yo podré entrar aquí? ¿Me dejarás...? —le preguntó él con voz susurrante y tan erótica que sintió como su sexo se humedecía preparándose para lo que se avecinaba.

—Nicholas... —masculló con voz ahogada a causa de un nudo que cerraba con fuerza su garganta.

—He hecho un largo viaje hasta llegar aquí —comenzó a explicar—, he cruzado una tormenta que anegaba Montana, he lidiado con una azafata que se

negaba a ser eficiente y servirme lo que le pedía como se lo pedía, el avión ha sufrido turbulencias y detesto volar... pero pese a todo estoy aquí, arrodillado a tu lado y pidiéndote permiso para descubrir ese maravilloso tesoro. Ella no pudo más que asentir con la cabeza, su voz se había perdido y sus manos se cerraban en fuertes puños sujetando el cobertor de la cama.

—Te prometo ser cuidadoso y paciente, los tesoros hay que descubrirlos poco a poco...

—Tus analogías me ponen nerviosa —logró pronunciar. Él rio de nuevo y con elegancia se desabrochó el cinturón y el botón de sus jeans dejando entrever un bóxer gris que hacía juego con lo pálido de su piel, se tumbó a su lado y acarició la pequeña porción de piel entre sus pechos provocándole escalofríos.

—Me gusta hacer turismo por Seattle —añadió con una brillante sonrisa.

—¿Me llevarás un día a Chicago? —preguntó ella con picardía.

—¿Qué hay de interesante en Chicago? —continuó su broma. Elizabeth adoptó la misma posición que él segundos antes y se colocó en cuclillas a su lado.

—Por aquí tenemos *Grant Park* —acarició su pecho y sonrió cuando su vello le hizo cosquillas en los dedos—, por aquí está *Buckingham Fountain* y por aquí la *Magnificent mille* llena de promesas de diversión... —rodeó su ombligo y recorrió la fila de vellos que bajaba hacia el centro de su cuerpo—. Y aquí...

—deslizó los dedos por esa marcada uve en sus caderas— y al llegar aquí comienzo a sentir un poco de vértigo... —se estremeció y Nicholas esbozó aquella sonrisa ladeada que hacía estallar su corazón.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó después de unos segundos de silencio en los que Elizabeth intentaba acompasar los latidos de su corazón.

—La *Torre Sears*... da mucho vértigo ahí arriba... —explicó estirando sus labios en una sonrisa nerviosa.

—¿Te atreverás a subir? —preguntó él acariciando uno de sus brazos con la yema del dedo.

—¿Me estás poniendo a prueba? —inquirió curiosa. A la vez que preguntaba, Nicholas comenzó a bajarse los jeans y los pateó con los pies para deshacerse de ellos. Frente a ella lo tenía prácticamente desnudo y, a juzgar por el enorme bulto en su entrepierna, también completamente dispuesto.

—¿Te atreves? —la miró con curiosidad amenazando con bajarse el bóxer.

Ella, con valentía, le ayudó a bajarlos y liberó así su erección, que se alzaba majestuosa y brillante, con una clara invitación a ser acariciada y probada.

—Beth... —la llamó en un suspiro— esta espera me está matando.

Ella sonrió y se sentó a horcajadas sobre sus piernas, dejando su miembro justo frente a ella y acariciándolo levemente con los vellos de su propio sexo.

—¿No decías que el buen vino se degusta despacio? —pasó un único dedo a lo largo de su erección—. Y los mejores tesoros se descubren con paciencia... —Nicholas se estremeció y puso los ojos en blanco, haciendo que se sintiese poderosa y totalmente dueña del control.

—Hay condones en la mesilla... —masculló con los dientes apretados.

—¿Tiene prisa, señor Darcy?

—preguntó sonriendo ampliamente.

—¡Mierda, Beth! No juegues conmigo porque podrías perder —la amenaza implícita en sus palabras la excitó más que asustarla.

—¿Habrás cuerdas de seda si continuo jugando?

Nicholas gruñó y ella comenzó a reírse, volvió a acariciar su miembro, esta vez con toda la mano, él cerró los ojos y suspiró, a la vez buscaba con su mano libre un condón en la mesilla y se lo extendió a ella.

—Tenemos prisa —aseguró ella a la vez que rasgaba el envoltorio con una sonrisa de suficiencia, Nicholas se incorporó y una de sus manos fue directa hacia su sexo, acariciando sus labios y su clítoris. Dos dedos se internaron en su cuerpo sin ningún tipo de problema y con tanta facilidad que se sorprendió. Ella cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás a la vez que gemía audiblemente. Cuando logró recomponerse, a duras penas encontró su miembro y le colocó el preservativo con manos temblorosas.

—¿Tienes prisa? —preguntó él haciendo burla de sus propias palabras.

Ella no contestó, simplemente sujetó su miembro y lo guio hacia la entrada de su sexo dejándose caer sobre él de golpe. Ambos gimieron al unísono y las manos de Nicholas volaron hacia su trasero para alzarla un poco y dejarla descender de nuevo del mismo modo.

—¡Joder! —exclamó Beth cuando sintió que sus entrañas se retorcían de placer. Él no podía hablar, la sensación de tenerla sobre él y estar dentro de ella era abrumadora, estaba tan caliente y húmeda... tan apretada, lo estrujaba tanto que

dolía, pero dolía de un modo placentero hasta rozar el masoquismo. Cuando sintió que apenas le quedaban dos estocadas para perderse entre las brumas del orgasmo, la giró para quedar sobre ella, en esa posición y sujetándose de uno de los barrotes de la cama comenzó a embestir con energía, tanta que cada vez que se enterraba en ella, gruñía como un animal.

—¡Dios! —chilló Elizabeth enredando las piernas en su cintura para evitar empotrarse contra el cabecero de la cama. Él gruñó una maldición enterrando el rostro en su cuello, donde buscó un pedazo de piel que poder besar, succionar... necesitaba ocupar sus labios en algo para no gritar, algo que Elizabeth no podía evitar... su miembro danzaba serpenteando en su interior y volvía a salir a mucha velocidad, tanta que su cuerpo entero temblaba, sus pechos dolían y algo en su vientre se apretaba con tanta fuerza que comenzaba a ser incómodo. Nicholas se alejó un segundo, tan solo lo suficiente para que sus miradas se enlazasen, la mueca de su rostro era lo más erótico que Elizabeth había visto nunca, tenía los labios retraídos y mostraba sus dientes como si fuese una bestia dispuesta a atacar, sintió el primer azote de su orgasmo recorriendo su espalda, todo su interior se cernió en torno al miembro de Nicholas y el orgasmo la golpeó con fuerza haciendo que perdiese todo el aire de sus pulmones. El placer se deslizaba en pequeñas y fuertes oleadas que recorrían todo su cuerpo, los dedos de sus pies se retorcieron y enterró las uñas en su espalda completamente inmersa en un mar de lujuria del que le parecía imposible salir. Nicholas tardó solo tres envites más para alcanzar ese orgasmo, uno que le apretó los testículos como nunca y lo hizo derramarse mientras gruñía y apretaba los dientes con fuerza en torno a la piel de su hombro, marcándola como suya y hasta saboreando algunas gotas de sangre. Ambos acabaron exhaustos, jadeantes y sudorosos... enredados en una maraña de piernas y brazos en la que casi no sabían donde comenzaba su cuerpo y donde acaba el del otro. Pero se sentían satisfechos, la ansiedad de descubrirse uno al otro se había evaporado, pero todavía les quedaba mucha curiosidad, mucha, mucha curiosidad...

\*\*\*

Habían pasado tan solo tres horas, era casi la una del mediodía y después de

dormitar abrazados unos segundos pidieron algo de comer. Completamente desnudos y sobre las sábanas revueltas comieron en el colchón, dedicándose miradas cómplices y sonrisas a veces dulces, a veces tímidas... era ese momento post coital entre la confusión y la vergüenza. Ese en el que no se sabía si agradecerle al otro por el buen rato o volver a intentarlo para saber si la sensación experimentada mejoraba o por, el contrario, tan solo se mantenía. Nicholas no quería perder ni un solo detalle, absorbía los gestos y las expresiones de su gatita, había descubierto que cuando se avergonzaba, además de sonrojarse y bajar la mirada, su nariz se arrugaba ligeramente, puede que por el malestar propio de la vergüenza o quizás era otra cosa; también le gustaba el aspecto de su cabello, ese que había visto suelto y también sujeto en una coleta a través del monitor, pero nunca revuelto y con ese aspecto leonino que le daba el sexo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo en tono neutro sacándola de sus pensamientos.

—Dispara —lo animó con una sonrisa.

—¿Con cuántos hombres diferentes te has acostado? Ella frunció el ceño y suspiró.

—¿Contándote a ti? —él asintió—. Tres...

—¿Solo tres? —preguntó sorprendido.

—No voy a decir que sea conservadora para ese tipo de cosas, pero solo me acuesto con hombres con los que tengo un vínculo emocional y hasta este momento solo ha habido tres en mi vida.

—¿Me incluyes en esa teoría? —su pregunta sonaba más esperanzada que curiosa y eso la hizo sonreír.

—Sí... tienes algo que me atrae a ti... eres como un imán de un polo opuesto al mío...

—Así que... imanes... —agregó con arrogancia y dejando su plato de pasta italiana a un lado.

—Ajá... —Elizabeth frunció el ceño y dejó que su plato también fuese retirado de sus manos.

—¿Te apetece que comprobemos de nuevo las leyes del magnetismo? —mientras las palabras salían de sus labios la envolvió en sus brazos y la tumbó en la cama quedando sobre ella.



—¿Qué hay del turismo y eso de pasearme por la ciudad? —preguntó mordiendo su labio inferior.

—Odio Seattle y en cambio tú me vuelves loco... no voy a desperdiciar mi tiempo —atacó su cuello sin piedad y lamió allí donde su pulso comenzaba a latir desahogado y donde unas horas antes la había mordido.

—Presiento que no saldremos de aquí en tres días —dijo Elizabeth con una risita...

—Que se caiga el mundo entero si quiere... yo quiero estar enterrado en ti cuando eso pase.

Y la tarde dio paso a la noche y la noche al amanecer... pero sus relojes pararon y los minutos dejaron de contar, el mundo desapareció de su radar, ya podía haberse caído que ellos no serían conscientes.

## CAPÍTULO 11

*Seattle, 15 de Octubre de 2009*

El amanecer había comenzado en Seattle hacía varias horas, las luces de un nuevo día se habían colado por las ventanas y algunos haces impactaban sobre su cuerpo desnudo apenas cubierto por una sábana. Nicholas la observaba en silencio, mirando fijamente cada pedazo de piel, intentando reprimirse para no tocarla y despertarla, pero su necesidad era demasiado fuerte y no tardó en alzar la mano y acariciar su espalda. Hasta ese momento no se percató de que estaba repleta de lunares y eso le encantó, deslizaba su dedo de uno a otro haciendo diferentes formas geométricas, los rodeaba lentamente y sonreía al descubrir uno nuevo. Se trataba de un juego, algo que lo divertía y excitaba a partes iguales.

—Me haces cosquillas... —masculló Beth con voz pastosa y los ojos entrecerrados. Nicholas sonrió y dejó un beso en su hombro.

—Siento haberte despertado... —se disculpó.

—No importa, tampoco es como si quisiese dormir todo el día... —se despezó y se giró para encararlo, sintiéndose momentáneamente avergonzada y ocultando sus pechos desnudos con la sábana —. ¿Qué planes tenemos para hoy?

—Pasan de las diez —dijo él mirando un reloj que había sobre la mesita de noche—, podemos desayunar, si tienes hambre...

—Un poco —dijo avergonzada porque su estómago decidió gruñir en ese

momento. Desayunaron con una conversación fluida, Nicholas tan solo vestido con un bóxer y ella envuelta en la sábana, comían una macedonia de frutas y bebían café a pequeños sorbos mientras comentaban cosas de su vida, de su día a día...

—Me parece imposible que solo hayas estado con dos hombres aparte de mí... no sé si puedo creerme eso —murmuró él negando con la cabeza mientras masticaba una uva.

—Pues es verdad —se ruborizó tenuemente—, aunque uno de ellos difícilmente podría calificarse como hombre... tenía diecisiete años. Nicholas rio roncamente y acarició su pierna, que descansaba sobre las suyas.

—Puede que esto suene a macho de cromañón, pero me gusta pensar que soy uno de los pocos que han tenido el placer de descubrirte... —murmuró—. Es satisfactorio que en la sociedad en la que vivimos hoy en día, una mujer se valore lo suficiente como para no entregarse por el mero hecho de sentir placer.

—¿Un hombre sí que puede hacerlo? —inquirió ella con una ceja alzada.

—No pongas en mi boca palabras que no he dicho... —se defendió.

—Se puede decir que lo has insinuado.

—Pero no era eso lo que quería decir. Aunque sin que sirva de precedente y como experto en el tema, te puedo asegurar que no te pierdes nada, el sexo por el sexo no tiene ninguna satisfacción si lo comparas con lo que hemos vivido esta noche.

Ella lo miró entre sus pestañas y deslizó un gajo de naranja entre sus labios sintiendo un regusto amargo en la boca del estómago... ¿experto en el tema? Eso quería decir que muchas mujeres habían estado entre sus brazos, que ella no era la primera... tampoco pretendía serlo, pero no quería conformarse con ser una más. Él era su Darcy, su secreto prohibido, el hombre que la hacía volar en la distancia tan solo con su voz, el mismo que estaba evitando que se hundiese entre los escombros de su vida destruida y también el mismo del que se estaba enamorando, porque era absurdo negarlo, se estaba enamorando más de él a cada segundo...

—¿Qué estás pensando? —su voz la trajo de nuevo a la tierra y lo miró tragando con dificultad.

—Nada importante... —se excusó y decidió mirar el diseño intrincado de una lámpara de pie que había junto a la puerta.

—Beth... puedes confiar en mí —su voz sonó conciliadora y sintió una punzada de culpabilidad... ¿sería un buen momento para hablarle de Daniel?

—Verás... —susurró bajando la mirada a sus manos, que retorcían casi con furia la sábana — ¿han sido muchas mujeres?

—se acobardó en el último segundo y decidió preguntar lo más fácil.

—¿Celosa? —inquirió él sonriendo con orgullo.

—Solo es curiosidad... —se encogió de hombros restándole importancia y se mordió el labio inferior.

—Curiosidad... —repitió su palabra y le dedicó una mirada muy intensa entre sus pestañas —. Fuesen las que fuesen... ayer me olvidé de todas ellas.

—Eso no es una respuesta —se quejó frunciendo el ceño.

—No sé el número exacto, pero lo que te he dicho es verdad... contigo ha sido diferente, muy diferente...

—Pero han sido muchas... —se quejó haciendo un mohín.

—Preciosa... —susurró Nicholas acercándose a ella y envolviéndola en sus brazos, sujetó su barbilla obligándola a mirarlo y sonrió—. Soy unos cuantos años mayor que tú, por lo que tengo más pasado y no puedo evitar eso. No puedo mentir y decir que he sido un santo porque eso sería absurdo, no puedo negar lo obvio. Ha habido mujeres, unas se han quedado más tiempo que otras pero con ninguna de ellas he sentido la necesidad de quedarme a su lado. Ella lo observó fijamente mientras hablaba, absorbiendo sus palabras con lentitud para no olvidarse de ellas, su corazón bailaba desacompasado y las mariposas de su estómago se volvieron locas revoloteando por doquier. Pero una vocecita dentro de su cabeza le gritaba que hablase, que él estaba siendo totalmente sincero con ella, que no le había hecho todavía ninguna promesa pero estaba hablando muy claro: ella no era una más, no era una revolcón pasajero y en cambio... el a no podía prometer nada. No podía decir que le correspondía porque, aunque lo hiciese, aunque para ella eso estuviese siendo tan o más especial que para él, no debía, estaba casada y lo seguiría estando los próximos siete meses. Abrió la boca para hablar, decidida a contarle todo... él tenía que entenderlo, no se había casado por voluntad, no amaba a su marido, es más... pese a que meses atrás era uno de sus mejores amigos, había aprendido a odiarlo con el tiempo. Nicholas tenía que entender que fue algo que se salió de su control, que no pretendía ocultarlo pero que las cosas sucedieron así. Pero no pudo hacerlo, era cobarde, una miserable cobarde... ¿Tan difícil era dejar salir esas palabras?

¿Tanto le costaba ser sincera? Sí... le costaba porque estaba aterrada, si él no lo entendía se arriesgaba a perderle, a que no quisiese volver a verla, a que se

enfadase... pero en cambio si se calaba y no le decía nada tendría al menos esos días, que aunque escasos eran completos, incluso ella podría viajar a Chicago para verle y esos viajes se podrían repetir varias veces a lo largo de los siete meses que quedaban hasta que pudiese solicitar el divorcio, después sería completamente libre de hacer lo que quisiese... No era ético callarse, era una bajeza, sobre todo para ella que siempre se había jactado de ser sincera e ir siempre con la verdad por delante. Pero no tenía otra opción si quería conservarlo a su lado, si quería que Nicholas estuviese a su lado en la distancia.

—¿Has terminado de desayunar? —le preguntó dejando un beso en su rodilla. Ella sonrió forzada y asintió con la cabeza.

—¿Nos vamos entonces? —preguntó incorporándose.

—¿A dónde? —preguntó sobresaltada... no podían salir de aquella habitación, las palabras de Autum y Gino comenzaron a repetirse en su cabeza, nadie podía verlos juntos... eso podría ser terrible.

—A ver la luz del sol al menos... aunque en Seattle el sol brilla por su ausencia —bromeó alzando una de las comisuras de sus labios.

—¿Por qué no nos quedamos aquí? —preguntó intentando sonar inocente, aunque se filtró un poco de ansiedad en su voz.

—No digo que hagamos turismo, pero estaría bien que nos diese un poco el aire —añadió Nicholas al sentir su reticencia—. Deja que pueda presumir de chica hermosa... estoy seguro de que todos volverán la mirada cuando nos vean pasar.

—Quedemos un poco más... —rezongó dejando sobresalir un poco su labio inferior— esta cama es muy cómoda y todavía no hemos comprobado su resistencia —le guiñó un ojo con picardía y Nicholas tragó en seco.

—Beth... solo un paseo, no me gusta sentirme encerrado y...

—su discurso se detuvo cuando su mano, pequeña y cálida se coló entre sus muslos y sujetó su miembro flácido haciendo que diese un respingo y se endureciese ligeramente—. Beth... —gruñó con los dientes apretados.

—Señor Darcy... —ronroneó poniéndose de rodillas en el suelo justo al lado de la cama — ¿va a negarme un capricho?

—¿Qué capricho? —preguntó con voz ahogada.

—Recuerdo muchas de nuestras conversaciones, de hecho... creo que las recuerdo todas —mientras hablaba hizo la sábana a un lado y dejó a Nicholas solo

oculto por un bóxer frente a ella —. Muchas veces prometí que haría algo y... a lo largo de esta noche no he tenido la posibilidad de hacerlo —ahora acariciaba sus muslos de forma ascendente, enredando la yema de los dedos entre los finos vellos que cubrían su piel.

—¿De qué hablas? —preguntó Nicholas tragando en seco justo después y cerrando los ojos con fuerza cuando ella sujetó su erección con una mano.

—Quiero probarte... —coló la mano bajo la cintura elástica del bóxer y extrajo su miembro que estaba cada vez más erecto.

—¡Beth! —chilló cuando sus labios rozaron su glande que comenzaba a asomar entre los pliegues de piel que lo rodeaban.

—¿Sí, señor Darcy? —preguntó con voz coqueta.

—Íbamos a salir... íbamos a... ah... ah... ah... —toda su erección, ya casi dura por completo, se perdió en el interior de su boca y se sintió desfallecer. Una de sus manos se cerró en un puño sujetando su cabello y la otra golpeó con fuerza al colchón a su lado—. Así, preciosa... —gruñó con los dientes apretados—. Justo ahí, cariño... justo así... Ella succionaba y lamía con avidez, quería que él se olvidase de todo, de salir, de hacer turismo y cualquier otra idea que cruzase con su mente. Y también, aunque no sabía si podría admitirlo, quería que se olvidase de todas las mujeres que pasaron por su cama antes que ella. Era un deseo demasiado ambicioso, pero quería intentarlo, quería probarse a sí misma que podía conseguirlo. Por eso se empeñaba en hacerlo vibrar, disfrutaba con cada gruñido que salía de su pecho y se estaba excitando con solo escucharlo.

—Detente... —murmuró Nicholas con los ojos cerrados y apretando el puente su nariz—. Preciosa... detente, por favor... —pero ella no parecía escucharlo y si lo hacía lo estaba ignorando por completo. Él se enderezó en la cama y la separó con delicadeza, tomándola por la cintura la alzó y la tumbó sobre el colchón, con su espalda apoyada en él y jadeando por la sorpresa.

—¿No lo estaba haciendo bien? —preguntó preocupada. ¿Hacerlo bien? Casi se corre en cuanto su lengua lo tocó... pero no quería que fuese así, no con ella, le gustaba el sexo y las felaciones eran una de sus partes favoritas, pero quería disfrutar un poco con ella antes de correrse, quería verla retorcerse de placer tal y como ella hacía con él.

—No pienses —susurró contra sus labios—, tan solo cierra los ojos y no pienses... La besó fugazmente, introduciendo su lengua dentro de su boca tan solo durante unos segundos y dejándola con ganas de más, pero sus labios

descendieron por su cuello, mordisqueó la marca que le había hecho el día anterior y sonrió al sentir como todo su cuerpo temblaba. Sus besos llegaron a sus pechos y los estrujó con ambas manos mientras bebía de ellos sin contemplaciones, su piel era adictiva, por más que probase de ella nunca era suficiente.

—Nicholas... —gimió ella enredando los dedos en su cabello y presionando su cabeza contra su pecho. Él acarició sus costados, se perdió en la curva de su cintura y llegó a sus caderas, haciendo círculos con la yema de sus dedos sobre ellas. Beth temblaba, había pretendido ser ella la cazadora, pero en ese momento se sentía cazada, todo a su alrededor comenzaba a evaporarse y su atención al cien por cien estaba puesta en Nicholas, en el modo en que sus manos se deslizaban por su piel y como la tocaba, como si fuesen plumas... se perdía en el modo en que sus labios parecían dejar una marca hecha a fuego en cada rincón de su piel. Se sintió desfallecer cuando sus besos llegaron a su ombligo, cuando sus manos detuvieron sus caderas que se movían en busca de fricción para intentar acallar las ganas de más, más besos, más piel... el aire abandonó sus pulmones por completo cuando Nicholas acarició su sexo con su lengua, cuando lo volvió a hacer tomó una fuerte bocanada de aire y casi se ahoga como un pez fuera del agua... él parecía esmerarse en hacerla disfrutar, rotaba en círculos lentos y certeros y uno de sus dedos se abrió paso entre sus pliegues introduciéndose en su interior.

—Joder... —exhaló completamente fuera de sí. Y él disfrutaba, era tan tentador tenerla así, totalmente receptiva a cada una de sus caricias, dejándose hacer y llevar a lo más alto. No era difícil adivinar la fiera escondida dentro de su gatita, tan solo había que pulsar en las teclas correspondientes para hacerla vibrar y estaba completamente seguro de que no tardaría mucho en llegar a tener un orgasmo si continuaba viéndola en ese estado.

Decidió presionar un poco más los límites y añadió otro dedo más, las caderas de Beth se impulsaron hacia delante y él tuvo que frenarla colocando una mano sobre su vientre y haciendo un poco de presión, pero aun así no dejaba de moverse ni de gemir... tenía los labios entreabiertos y por ellos se escapaban quejidos y suplicas, gruñidos, y hasta algún que otro grito con su nombre como protagonista y Nicholas estaba completamente extasiado. Cuando estaba cerca de su orgasmo se alejó de ella para poder observarla, sus dedos todavía estaban en su interior y con su mano libre comenzó a acariciar su clítoris sin darle tregua. Ella se retorció, continuaba gimiendo y gritando, sus ojos completamente cerrados y su boca abierta en una clara invitación, y sucedió... Elizabeth llegó al orgasmo gritando su nombre, apretando con fuerza sus puños y sintiendo como si una tonelada de placer impactase de golpe contra su cuerpo haciéndola vibrar. Él no

pudo dejar de mirarla en ningún momento, totalmente absorto en su expresión, en el modo en que arrugaba la frente, en su cabello, totalmente enredado que enmarcaba su rostro, en su labio inferior enrojecido e hinchado a causa de morderlo para no gritar... ella simplemente era perfecta... perfecta para él. Sin alejar demasiado las manos de su cuerpo, buscó un preservativo y se lo colocó todo lo rápido que sus ansias le permitieron, se tumbó sobre ella, que lo miró entre sus pestañas y le regaló una tierna sonrisa, y sin dejar de mirar sus ojos la penetró lentamente sintiendo como su cuerpo se abría para él recibéndolo sin restricciones... ¡eso era la puta gloria! En sus más de veinte años de juergas y sexo no había experimentado nunca nada igual, cada caricia, cada roce, cada suspiro que salía de los labios de Beth era registrado por su cuerpo y prácticamente lo sentía como suyo multiplicando así sus propias sensaciones.

No se podría decir que era un maestro del placer, pero sabía cómo hacer que una mujer perdiese los estribos y se volviese completamente loca de goce, pero nunca se sintió igual, nunca el placer de su acompañante le había proporcionado tanto placer a él... y era tan extraño que le costaba entenderlo, le costaba concebir que algo así pudiese existir. Por eso se enterraba dentro de ella una y otra vez para acallar ese sentimiento que comenzaba a nacer en su pecho y caldeaba todo a su alrededor, la penetraba frustrado por no poder mantenerse al margen como lo hacía siempre. Sabía que se estaba implicando, que le estaba dejando ganar un terreno que hasta ese momento había sido desconocido para él y le aterraba, no sabía cómo sentirse, cómo actuar. Las palabras tiernas y los besitos dulces nunca habían ido con él pero con ella era diferente, se preocupaba por protegerla, porque se sintiese bien, por no hacerle daño y que estuviese disfrutando.

Ella era su mayor preocupación, era el centro de todo, si Beth no lo disfrutaba él tampoco lo haría... y nunca había sido así, nunca había sido un amante egoísta, pero tampoco había tenido a su pareja de cama en tanta consideración, por lo que todos esos nuevos sentimientos y sensaciones le desconcertaban y le asustaban. Sintió su orgasmo cerca, sintió como sus músculos se tensaban y sus testículos se contraían y ella estaba allí, lo miraba a los ojos y nada más importaba... y volvía a enterrarse en su cuerpo y la sensación aumentaba. Beth le miró a los ojos mientras mordía su labio inferior sensualmente y eso lo llevó al límite, los espasmos de placer comenzaron a recorrer su espalda y apretó los dientes con fuerza para no gritar él también. Su miembro se descargó con la misma fuerza que la noche anterior, dejándolo vacío y seco, pero tan satisfecho que todo su cuerpo se relajó y dejó caer su peso sobre ella, que en lugar de quejarse lo abrazó, sus pequeños brazos rodearon su cintura a duras penas y ese simple



contacto despertó de nuevo el sentimiento, la sensación cálida en su pecho... sonrió como un estúpido y rodó en la cama llevándose consigo, abrazándola él también, besando su cabello y aspirando ese olor que lo embriagaba. Y ya estaba claro... Nicholas Bratcher estaba oficialmente jodido.

\*\*\*

Las horas pasaban incansables, el reloj no había parado, pero ellos no se habían movido, continuaban allí, abrazados y en silencio, dejando pasar los minutos pero disfrutándolos al máximo. Una de las piernas de Elizabeth estaba sobre las de Nicholas y a la vez su pie estaba bajo su rodilla haciéndolo prisionero. La mano de él rodeaba su espalda y la sujetaba por la cintura, la otra jugueteaba con un mechón de su cabello y le hacía cosquillas en el hombro mientras un dedo juguetón de ella hacía círculos sobre un masculino pezón rodeado de velos... era casi como una rutina, un hábito dulce y tierno, algo que nacía desde el interior y del que no eran conscientes. Pero era la primera vez que sucedía, era su primera vez juntos.

—Deberíamos hacer algo... —el murmullo de Beth rompió el silencio. Nicholas suspiro y dejó el mechón de cabello para acariciar su hombro con suavidad y descender por su brazo haciendo que su piel se pusiese de gallina.

—Podemos salir a pasear un rato, cuando venía del aeropuerto vi que hay un parque cerca de aquí... —contestó con los ojos cerrados y continuando con sus caricias ascendentes y descendentes a lo largo de su brazo.

Ella se mordió el labio y lo pensó un segundo, tan solo uno... no quería esconderse ¡él era su Darcy! Y quería gritarle al mundo que lo había encontrado y que era suyo, completamente suyo.

—Está bien... pero creo que ambos necesitamos una ducha —dijo con voz cansada. Nicholas sonrió, con movimientos suaves y lentos salió de la cama y la tomó en brazos, avanzó con ella así hasta el baño y la puso en el centro de este antes de abrir el grifo y esperar a que el agua se templase. Después, juntos, se enjabonaron y rieron, se acariciaron y besaron... y los minutos continuaron pasando y cuando por fin salieron a la calle ya estaba empezando a anochecer.

—Vamos a cenar, elige tú el restaurante —Nicholas pasó una mano por sus hombros y la miró sonriendo.

—Hay uno a la vuelta de la esquina, hacen platos tailandeses muy buenos —sonrió y lo miró de reojo pasando un brazo por su cintura.

—Ese será —sentenció acercándola a su cuerpo y besando su sien. Era así de sencillo estar juntos y demostrar lo que sentían, era como respirar, como un movimiento automática pero que se sentía y hasta se necesitaba. Cenaron entre conversaciones amenas, sonrisas cómplices y miradas pícaras, los minutos parecían volar y escaparse de los dedos, era como querer mantener un puñado de arena entre las manos, por más que lo apretasen, por más que se esforzaban en retenerla, los diminutos granos se escapaban entre sus dedos y no podían evitarlo.

—Nunca me has explicado de qué trata tu trabajo —añadió Nicholas después de dar un sorbo de vino.

—Más que nada reviso la contabilidad y los contratos de la compañía, ahora también estoy buscando nuevos clientes, no estamos pasando por un buen momento —dijo no queriendo entrar en detalles, el problema financiero de Price Ltd. había salido en la prensa unos días antes y si Nicholas sabía que ella era Elizabeth Price, tardaría muy poco en deducir que era la esposa de Daniel Boid.

—¿Tenéis problemas? —le preguntó Nicholas con el ceño fruncido.

—Se puede decir que sí —suspiró removiendo su plato de tallarines en un gesto ausente—, tenemos un contrato que en lugar de beneficios genera pérdidas, pero el presidente no quiere cancelarlo... es un tema un poco complicado.

—Mi compañía se dedica a hacer pequeñas inyecciones de capital en otras que están en problemas para así ayudarlas —añadió Nicholas con gesto pensativo—, por su puesto yo recibo ese dinero multiplicado, pero si quieres podría hacer un estudio del caso y buscar posibles soluciones.

—No creo que sea necesario, esta última semana han mejorado mucho las cosas, será cuestión de tiempo que todo vuelva a la normalidad.

—No me cuesta nada... —insistió.

—Por favor, no quiero hablar de trabajo contigo —rezongó haciendo un mohín—, estamos disfrutando de una cena deliciosa y solo nos queda un día más... no desaprovechemos el tiempo.

—Como quieras... —concluyó con una sonrisa— pero recuerda mi propuesta, estaré encantado de ayudar.

—Gracias... —sonrió ella también— ¿tomamos el postre y nos vamos?

Después de cenar salieron a pasear, tomados de la mano y mirándose de vez en cuando. Las calles estaban prácticamente desiertas a causa del frío de la noche y eso le dio a Elizabeth seguridad, sin nadie alrededor podría sentirse más tranquila porque así no la descubrirían.

—¿Te gustaría que yo viajase a Chicago? —preguntó ella después de unos minutos de silencio. Nicholas se detuvo y frunció el ceño.

—¿Lo harías? —le preguntó con cautela.

—Sí... es una de las dos opciones que tenemos para vernos, o tú vienes aquí o yo voy a allá... —contestó encogiéndose de hombros.

—Sería genial que fueses —él sonrió ampliamente—, te podría enseñar la ciudad, incluso podríamos subir a la torre Sears —le guiñó un ojo y ella estalló en carcajadas.

—Eso estaría muy bien... me gustan las vistas desde ahí arriba —su voz sonó baja y un poco ronca lo que hizo que Nicholas envolviese su cintura entre sus brazos y la atrajese hacia él. Se besaron con lentitud, saboreándose y sintiendo como el aire comenzaba a faltar y era sustituido por las ansias de más.

—Vamos al hotel —masculló Nicholas entre jadeos y comenzando a caminar en dirección contraria.

Ella intentaba compasar su paso, pero él daba grandes zancadas y parecía arrastrarla en lugar de ir a su lado.

—Eres muy lenta —gruñó sujetando su antebrazo y de un solo movimiento la subió a su espalda y continuó caminando casi a la carrera. Ella dejó salir un grito ahogado que terminó en carcajadas, el viento azotaba sus cabellos y cerró los ojos para permitirse disfrutar del momento, aunque era prohibido y peligroso... pero era suyo. Los pasillos del hotel no les habían parecido tan largos cuando salieron unas horas antes, se detenían casi en cada esquina para besarse y mirarse a los ojos. En alguna ocasión estuvieron a punto de tropezar o derribar a alguno de los otros huéspedes, pero estos sonreían cuando veían el estado de la pareja y la intensidad con la que se miraban. Lo que sentían era tan palpable desde el exterior, que desde el interior parecía que les quemaba, cada vez que se miraban a los ojos era como si un río de lava candente se deslizase por su venas, como si fuese un tsunami que derribase todo a su paso. Beth gimió cuando Nicholas la hizo prisionera contra la pared, su erección se frotó contra su sexo dura como una roca y no pudo contenerse. Él gruñó una maldición y se la echó al hombro, faltaban apenas cuatro

pasos, no podía simplemente follarla allí, en mitad del pasillo, aunque no era por falta de ganas. Avanzó con ella a toda velocidad, abrió la puerta con premura y la dejó caer sobre el sofá sin ninguna delicadeza. Ella estalló en carcajadas, pero estas cesaron enseguida en cuanto vio cómo la camisa de Nicholas desaparecía y su pecho quedaba completamente expuesto. Se puso de rodillas sobre el sofá y comenzó a besar y a acariciar sus pectorales, delineando cada uno de sus músculos y memorizando cada centímetro de piel.

—No estoy para juegos preciosa —dijo con voz ahogada y ronca—, me tienes a punto de explotar. Ella dejó escapar una risita, las manos de Nicholas volaron hacia el botón de sus jeans y los bajó con urgencia por sus piernas, haciéndolos desaparecer en algún punto de la habitación. Se dejó caer de rodillas al suelo y se colocó entre sus piernas abiertas. Desabrochó sus propios pantalones y simplemente haciendo a un lado sus braguitas la penetró de golpe. Beth abrió la boca pero ningún sonido salió de ella, sus manos se cerraron en puños en torno a las hebras rojizas de su cabello y gruñó con los dientes apretados. De un momento a otro le parecía haber descendido al infierno, sus entrañas estaban ardiendo y su corazón bombeaba a tanta velocidad que parecía querer escaparse de su pecho. Él entraba y salía de su cuerpo a mucha velocidad, tocando puntos que hasta ese momento eran desconocidos, metiendo la mano bajo su camiseta y retorciendo sus pezones bajo la ropa para hacerla temblar.

—Nicholas... —masculló sintiéndose al borde del abismo, algo que le parecía extraño en tan poco tiempo. Y él no le daba tregua, la embestía con fuerza, haciendo que su cabeza chocase contra el respaldo del sofá, la empalaba de tal modo que se sentía completamente llena. Cada pedazo, cada milímetro de su piel ansiaba ser acariciado por sus manos y sus labios casi pedían a gritos chocarse con los suyos. Buscó su boca desesperada, como si le faltase el aire y solo allí hubiese oxígeno, Nicholas contestó su beso mientras continuaba embistiendo una y otra vez en su interior, llegando al éxtasis a la vez que Beth se apretaba y se retorció a su alrededor. No dejaron de besarse aunque el aire apenas llegaba a sus pulmones, aunque su respiración era irregular y una fina capa de sudor cubría sus cuerpos. Se miraban a los ojos, volvían a besarse con roces suaves y tiernos, sonreían y todo volvía a comenzar... Nicholas siempre había pensado que ese tipo de comportamientos le resultaba empalagoso, pero cuando era él mismo el que estaba dentro la burbuja era lo que su cuerpo le pedía hacer y lo disfrutaba intensamente.

—¿Vamos a la cama? Empieza a dolerme un poco la espalda —se quejó ella arrugando el ceño ligeramente. Él sonrió y, sin salir de su interior, rodeó su propia cintura con sus piernas y se fue hacia la cama con ella en brazos.

—¿Vamos a dormir? —le preguntó en un susurro en cuanto cruzaron la puerta. Beth se alejó de él tan solo lo suficiente para mirarlo y sonrió.

—¿Tienes sueño? —preguntó con picardía.

—Creo que me lo he dejado en Chicago, a partir de este día para mí esta será la ciudad que nunca duerme —dijo con diversión, cayendo sobre ella en la cama y comenzando a besarla de nuevo.

## CAPÍTULO 12

*Seattle, 16 de Octubre de 2009*

Esta vez era Beth quien observaba en silencio, Nicholas dormía y todo su rostro estaba relajado. Su piel pálida parecía hacer contraste con sus cejas oscuras y espesas, también con sus pestañas que dejaban una suave sombra sobre sus pómulos. Su nariz recta, su mandíbula cuadrada, esa barba que no había afeitado desde hacía tres días... todo él le gustaba. Y mientras lo miraba tomó una decisión, no quería volver a salir a la calle de su mano sintiendo miedo, no quería tener que esconderse, estaba comprendiendo que realmente le quería, casi podía atreverse a decir que le amaba y lo mejor es que ese sentimiento era correspondido. Los besos que le daba, sus caricias, el modo en que la miraba y pronunciaba su nombre... todo eso le garantizaba que el sentimiento era mutuo y no quería arriesgarse a perderlo por ocultarle información. Con un suspiro resignado salió de la cama y se puso en pie, buscó su ropa con la mirada y la encontró doblada sobre una silla, lo que indicaba que Nicholas se había levantado mientras ella dormía y la había recogido de la otra habitación, donde la habían tirado en cualquier lugar. Se vistió con lentitud macerando bien sus planes, volviendo a repetírselos mentalmente para no dejar ningún cabo suelto. Se sentó sobre la cama para poder ponerse las botas y una mano la sujetó por la cintura empujándola hacia atrás y haciendo que su espalda chocase de golpe contra el colchón.

—¿Pensabas abandonarme sin decir nada? —preguntó Nicholas colocándose

sobre ella con el ceño ligeramente fruncido. Ella sonrió y acarició una de sus mejillas, disfrutando del tacto rugoso de su barba.

—Solo iba a mi casa, a ducharme, cambiarme de ropa y solucionar un par de asuntos, pensaba despedirme y, por supuesto, regresar —explicó.

—Eso está mejor —susurró Nicholas besando sus labios y descendiendo por su cuello—, ¿vas a tardar mucho? Su cuerpo entero tembló ante el contacto de su aliento contra la piel sensible en el hueco del cuello con su hombro.

—Un par de horas... —exhaló con voz temblorosa.

—¿Te importa que yo me ocupe mientras de algún asunto de trabajo? —le preguntó alejándose para mirarla a los ojos—. Así mañana también tendré unas horas libres que podríamos compartir... Mañana... que bien sonaba esa palabra, mañana pensaba que no podría verle, su trabajo, el suyo... pero había una posibilidad y eso le hizo sonreír.

—Eso sería perfecto —asintió con un poco de euforia.

—Entonces te llamaré cuando acabe y nos vemos —sentenció Nicholas uniendo sus labios de nuevo y dejando un beso largo y lleno de promesas. Elizabeth se alejó de él con reticencia para salir de nuevo de aquella habitación, esta vez sola y con la cabeza repleta de cosas. Caminó por las calles rumbo a su coche y condujo todavía pensativa hacia su casa. Cuando llegó pensó en darse una ducha, pero su cuerpo olía a él, su ropa también lo hacía y decidió poder disfrutar un poco más de ello. Tan solo sujetó su cabello como de costumbre y mientras buscaba su ropa para el trabajo buscó también su teléfono habitual. Al encenderlo le llegaron varias notificaciones de llamadas perdidas, mensajes de texto y avisos del buzón de voz, pero ignorando todos ellos llamó a Gino.

—Te necesito —fue lo único que dijo en cuanto él contestó al otro lado.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó su amigo con preocupación y ella sonrió al imaginarlo completamente ansioso y con esa cara de loco que le caracterizaba cuando las cosas se tornaban serias.

—Nada malo, es solo que... no puedo más. Redacta una demanda de divorcio, no puedo seguir casada con Daniel... no quiero.

—Lizzie, piensa lo que estás diciendo, perderás tu empresa y parte de tu fortuna... solo son siete meses.

—No puedo, Gino —aseveró—. Le cederé mis acciones gustosa e incluso le pagaré varios millones si así lo desea, pero no quiero ser su esposa ni un día más.

—*¿Estás segura?* —preguntó con voz profesional pero en su tono se coló un poco de incertidumbre ante la decisión tan apresurada que estaba tomando.

—Completamente.

—*De acuerdo...* —le escuchó suspirar—. *Iré a tu despacho en una hora y discutiremos las opciones* —colgó sin despedirse y ella se sintió un poco mejor, tenía que llevar a cabo sus planes, Nicholas no merecía que continuase engañándolo como lo estaba haciendo.

Quiso elegir uno de sus trajes chaqueta pero en esta ocasión en lugar de una falda se puso unos pantalones y en lugar de sus habituales blusas llevaba una camiseta de tirantes con un generoso escote. Se colocó sus gafas y salió del apartamento que compartía con su futuro exmarido, o eso esperaba, dispuesta a enfrentarse a cualquier cosa. Cuando llegó a Price Ltd. sintió una presión extraña en su pecho, pero lo achacó a la larga y difícil conversación que le esperaba con su amigo. Saludó a su secretaria y le informó de su próxima visita antes de entrar en su despacho y ahogar un grito ante el montón de papeles que tenía sobre la mesa... eso le pasaba por tomar días libres cuando las cosas estaban tan complicadas en la compañía, en ese momento se arrepentía un poco de haberlo hecho, pero tan solo por unos segundos, ya que recordó al hombre que había dejado desnudo en aquella habitación de hotel y el arrepentimiento se esfumó como por arte de magia. Decidió adelantar un poco de trabajo, si tan solo podía revisar un par de contratos y balances, o hacer un par de llamadas, eran minutos que ganaría al día siguiente y que podría compartir con él. Poco después Gino entró en su despacho sin anunciarse, cargando su maletín con gesto apesadumbrado y mirando a su amiga con una mezcla de miedo y resignación. La conocía perfectamente, sabía que cuando tomaba una decisión no había marcha atrás y no estaba seguro de si lo que le había propuesto era buena idea o no. Él era el primero que quería que ese matrimonio acabase, pero si no jugaban bien las pocas cartas que tenían en la manga podría ser desastroso.

—Lizz... —la saludó con un asentimiento de cabeza.

—Gino... —contestó con un hilo de voz.

Él se sentó frente a su mesa y apoyó el maletín sobre sus rodillas, lo abrió y sacó unos documentos que extendió frente a ella.

—Es todo lo que he podido hacer —suspiró—, he dado por hecho que no habéis consumado el matrimonio... es una cláusula que él ha roto.

—Por mi culpa... —admitió observando los documentos con el ceño



fruncido— ¿eso traerá problemas?

—Intentaremos que no... —la miró de reojo y frunció los labios—. Conozco a un doctor que puede falsificar informes médicos, lo he hecho en alguna ocasión, no muchas, no pienses mal —sonrió tenuemente al ver su rostro de escepticismo—. Mientras venía hacia aquí he pensado que si se complican las cosas podríamos hacer que tuvieses algún problema para quedarte embarazada, como un heredero es algo implícito en las cláusulas, también sería un incumplimiento de contrato. O incluso que tuvieses algún problema médico para mantener relaciones sexuales.

—Lo que sea necesario —aseguró ella mirándolo intensamente.

—Está bien... —Gino suspiró y se puso en pie—. Le haré llegar la demanda al abogado de Boid cuanto antes e intentaré hacer una reunión lo antes posible. Pero... ¿por qué esta decisión tan precipitada?

—No puedo más... —Elizabeth se puso en pie y caminó hasta quedar frente a él, mirando hacia arriba para poder ver sus ojos—. Esta situación me está sobrepasando, vivo con miedo y en tensión constantemente. Quiero acabar cuanto antes con todo esto...

—De acuerdo... —él la envolvió en un abrazo y besó su coronilla —te llamaré con lo que sea.

—Gracias —murmuró contra su pecho.

—Sabes que no tienes que darlas —añadió él con una sonrisa—. Por cierto... ¿a qué mierda hueles?

—¿Huelo mal? —preguntó alejándose de él de golpe.

—No... —Gino se acercó un poco a ella e inspiró profundamente arrugando la nariz—. Pero es raro... hueles como a... perfume de hombre... sí, a hombre y a algo más... Ella sonrió y se sonrojó bajando la mirada.

—¿Es por eso? —preguntó él frunciendo el ceño—. ¿Es por ese tío con el que te has visto?

—Gino... —intentó explicar.

—Es por él... —aseguró con un gruñido—. Mierda Elizabeth... ¡son siete putos meses! Siete nada más... ¿y no puedes esperar?

—Él no podría entenderlo, no puedo llegar a su lado y decirle "*Ey, no te lo he dicho pero soy una mujer casada... y lo seré durante siete meses más*". Las cosas no funcionan así.

—¿Él no lo sabe? Pero... pero... ¿qué tienes en la cabeza? —casi chilló dejando caer su maletín al suelo.

—¡No es tan sencillo! —exclamó ella en el mismo tono de voz—. Cuando le conocí no creí necesario contarle toda mi vida y ahora... ahora ya es tarde. No es lo mismo decirle que estoy casada a decirle que me estoy divorciando.

—Cariño —la tomó de las mejillas con ambas manos y le obligó a mirarle a los ojos—, lo estás haciendo todo al revés, tienes que hablar con ese hombre y explicarle todo, seguro que lo entiende.

—No puedo —negó dejando caer una lágrima—. ¡Gino no puedo! Va a odiarme... va a... va a desaparecer y le necesito, él es lo único que impide que me derrumbe.

—Si quieres yo le explico lo que pasó, la actitud de tu padre, el contrato prenupcial, los engaños de Daniel... pero no puedes engañarle, sobre todo si te importa de verdad.

—No... —murmuró negando con la cabeza y dejando escapar otra lágrima—. Te lo agradezco pero es mi batalla, yo me equivoqué con ambos, Daniel y Nicholas, soy yo quien debe solucionarlo.

—Pero no mintiendo.

—¡No he mentido! —se excusó—. Solo he ocultado información.

—Eso duele como una mentira.

—Pero no lo es... —refutó.

—Ahora tengo que irme —murmuró besando su frente justo después—, pero si quieres voy contigo y hablamos con él, podría explicarle y...

—No necesito que me salves, solo que intentes conseguirme el divorcio cuanto antes —sonrió con tristeza.

—Como quieras, pero habla con él... díselo —susurró antes de recoger su maletín y salir por la puerta. Ella se quedó mirando con gesto ausente hacia el trozo de madera durante unos minutos... ¿Gino tendría razón? ¿Podría simplemente... decírselo y ya estaría solucionado? Suspiró frotando su frente con frustración, estaba confundida, quería decírselo, no quería mentirle y Gino tenía razón, ocultar información de ese calibre era una peor que una mentira de las grandes, pero le aterrorizaba perderlo ahora que lo había encontrado. Miró su reloj y ya pasaban de las doce, decidió volver con Nicholas, fuese lo que fuese lo que iba

a hacer lo decidiría por el camino. Agarró su bolso, se recolocó las gafas y salió de su despacho, pero cuando estaba a punto de desviarse hacia la salida pensó en visitar a su padre y preguntarle como estaban yendo las cosas estos días, estar lejos de todos los problemas la ponía ansiosa, sobre todo en ese momento tan complicado.

—¿El señor Price? —le preguntó a su secretaria.

—Está en una reunión en este momento... ¿quiere que le avise?

—preguntó la chica con eficiencia.

—¿Con quién está reunido? —su ceño se frunció, habían aplazado todas las reuniones de esa semana porque ella estaría fuera de la oficina.

—Con el presidente de Bratcher S.A., estaba programado para mañana, pero ha llegado de improviso y el señor Price lo ha recibido.

—Jessica... —murmuró mordiendo su labio inferior— ¿podrías preguntarle si puedo pasar?

—Claro, señora Price —la secretaria habló por teléfono unos segundos y después la miró sonriendo—. La esperan en la sala de juntas. Elizabeth sonrió y caminó hacia la puerta, entró sin llamar y fingió esa sonrisa de negocios que tanto había ensayado años atrás. Dejó su bolso sobre el sofá de la entrada y se adentró en la sala escuchando la voz de su padre.

—Tendría que hablar con mi hija, ella posee el cincuenta por ciento de las acciones y también...

—Siento la interrupción —habló avanzando hacia la mesa.

—Lizzie... —dijo su padre sonriendo a la vez que se ponía en pie—. Que bien que llegas, deja que te presente al señor Bratcher, ha venido a... —pero ella dejó de escuchar.

El señor que su padre quería presentarle, el mismo que estaba sentado dándole la espalda, se puso en pie de repente y se giró para saludarla, su boca se abrió de la impresión y su corazón comenzó a martillar en su pecho. Él la miraba igual de sorprendido pero sonrió al verla, como si ese pequeño encuentro inesperado le gustase.

—Un gusto conocerla señorita Price, soy Nicholas Bratcher —dijo extendiendo su mano. Ella dudó unos segundos pero su mano también se extendió y tomó la de él, no pudo evitar mirarlo de arriba a abajo y disfrutar de él vestido de

traje y bien peinado, era como si se tratase de un hombre diferente y no del mismo que había compartido cama con ella las últimas dos noches.

—Su padre me estaba comentando los problemas financieros por los que pasa la compañía en este momento y le he propuesto un plan de acción, ¿le gustaría sentarse para que lo discutamos juntos? Así también podría exponer su opinión y sus dudas —dijo en tono profesional y ella se sintió abrumada por completo. Se sentó en un movimiento automático, sin poder dejar de mirar sus ojos, ni sus manos, que no paraban de moverse mientras explicaba algo a lo que no podía prestar atención, ya que sus pensamientos corrían veloces y se chocaban unos con otros. Nicholas se había dado una ducha, se había afeitado y había dejado los jeans para ponerse un traje que parecía abrazar su pecho, por un momento le pareció ser demasiado obvia y desvió la mirada para dejar de comérselo con los ojos. No podía creerse del todo que él estuviese allí, frente a su padre y hablando de negocios. Tampoco podía creer que al destino le gustase tanto jugar con ella como para ponerla en esa situación... ¿qué pasaría si el nombre de Daniel salía en la conversación? ¿Qué pasaría si su padre decía que era su marido? Su cuerpo comenzó a temblar, mordió su labio inferior con fuerza y centró su mirada en un punto fijo sobre la cabeza de Nicholas para evitar llorar... ¿por qué se había complicado todo?

—Lo que ofrezco es la posibilidad de invertir una cantidad de dinero o incluso comprar unas cuantas acciones, con condiciones por supuesto —explicó Nicholas mirando de reojo a Beth y frunciendo el ceño al no entender los motivos de su aparente estado de nervios.

—¿Qué tipo de condiciones? —preguntó Simon.

—Quiero al responsable de ese contrato fuera de la compañía —sentenció.

—Pero eso... es complicado, él es familia, Elizabeth y él son...

—Papá deja que hable el señor Bratcher —lo interrumpió indiscriminadamente y le dedicó una mirada de advertencia que Simon no entendió—. Continúe... —le pidió en un murmullo.

—Necesito garantías —continuó él después de regalarle una sonrisa fugaz—, no puedo arriesgarme a hacer una inyección de capital tan importante como la que me están pidiendo. Necesito seguridad para saber que no estoy arriesgando demasiado. Elizabeth frunció el ceño y miró a ambos alternativamente.

—¿Qué derechos tendrá usted en la empresa si llegamos a un acuerdo? —preguntó con cautela.

—Si compro acciones seré un accionista más, con los mismos derechos y obligaciones. Si tan solo es una inversión, tendré menos obligaciones, pero los mismos derechos.

—¿Derecho a voto en juntas de dirección? —preguntó de nuevo alzando una ceja.

—Por supuesto, eso no es negociable.

—¿Derecho a una parte de los beneficios? —preguntó esa vez mirando a su padre con intensidad.

—Por supuesto, eso tampoco es discutible.

—¿Elección de personal?

—Me gustaría que uno de mis empleados estuviese en las oficinas supervisando que todo transcurre como acordamos —aseguró Nicholas llamando de nuevo su atención. Ella suspiró y miró a su padre, en su mente tan solo había una palabra: decepción. Él le había prometido que iba a confiar en ella, que la dejaría intentar sacar a la compañía del atolladero en que se encontraba... ¿y qué había hecho en cuanto se tomó un par de días libres? Buscó ayuda externa, estaba dispuesto a sacrificar acciones y decisiones a un desconocido... que no lo era para ella, pero podría ser su Nicholas como podría haber sido cualquier otro.

—Los dejo para que discutan —masculló con voz dura y poniéndose en pie.

—Elizabeth, esto también te concierne, la compañía es de ambos —gruñó su padre.

—¿Qué la compañía qué? —preguntó con ironía—. Oh... yo creía que tan solo me habías dado las acciones porque mi abuelo lo exigía en su testamento.

—Elizabeth...

—¡Nada de Elizabeth! —exclamó alzando un poco la voz—. Estoy harta papá, aquí siempre soy la última en enterarse de las cosas, prometiste darme un margen de tiempo para intentar solucionar las cosas y en tan solo dos semanas buscas ayuda de alguien externo a la compañía. ¿Quieres vender la compañía? ¡Hazlo! Regálasela a los Boid, ya han comenzado a hundirla y no les importará acabar lo que han empezado.

—Señor Bratcher, discúlpela, ella... —intentó excusarse a la vez que negaba con la cabeza de un modo condescendiente— vuelve a sentarte y cierra la boca, eres accionista y debes estar aquí —la regañó. Ella obedeció a regañadientes, más

por miedo a que su padre dijese algo inapropiado sobre Daniel y ella que por otro motivo, pero lo hizo.

—Si necesitan puedo dejarles un tiempo para que lo discutan, no es lo que suelo hacer pero este es un caso excepcional —murmuró Nicholas mirándola de reojo y alzando la comisura de sus labios imperceptiblemente. Aunque Beth no vio nada de eso, su mente estaba bloqueada, su propio padre no confiaba en ella, después de promesas vacías y palmaditas en la espalda no había cumplido con nada de lo que le dijo semanas atrás... y se sentía traicionada.

—No hay mucho que discutir, yo estoy de acuerdo —dijo Simon con prudencia—. Elizabeth... ¿tú qué opinas? Ella miró a su padre con el desafío pintado en la mirada, apretó la mandíbula con fuerza y miró a Nicholas.

—¿Quiere acciones de la empresa? Yo le vendo las mías... —dijo en tono neutro.

—Pero... Elizabeth... tú no... —balbuceó Simon.

—Aquí no se me tiene en cuenta para nada, soy completamente prescindible. Puedes contratar a otro contable que supervise las cuentas —gruñó a su padre—. Señor Bratcher... ¿las quiere?

—le preguntó mirándolo de nuevo.

—Señorita... piénselo bien —añadió él un poco incómodo al sentirse en mitad de una trifulca familiar.

—Lizzie... pero Daniel... —murmuró su padre.

—Daniel no tiene nada que ver aquí —espetó entre dientes.

—Elizabeth —susurró Nicholas acercando la cabeza un poco a ella—, puedo ayudarte sin comprar las acciones, no es imprescindible. Ella lo miró unos segundos y negó con la cabeza.

—Escúchalo hija... el señor Bratcher apenas te ha explicado un par de puntos sobre el programa que me ha presentado hace unos minutos y los problemas entre Daniel y tú...

—Daniel no pertenece a mi familia —remarcó la última palabra esperando que su padre leyese entre líneas, él pareció hacerlo y abrió los ojos desmesuradamente—. Tengo el cincuenta por ciento de las acciones, si no las compra el señor Bratcher acabarán en manos de los Boid... tú verás lo que quieres hacer.

—Elizabeth... pero...

—Señor Bratcher —dijo ignorando a su padre— ¿quiere las acciones o se las regalo a Daniel Boid? Nicholas suspiró sin entender nada realmente, pero asintió y rebuscando entre unos papeles le extendió unos a ella.

—Lo usual habría sido hacer esto frente a un notario o con un abogado como mínimo, pero esto es un contrato de compra-

venta —dijo a media voz—, aquí están las cláusulas y el precio por acción. Solo tiene que poner sus datos y el porcentaje que está dispuesta a vender.

—Perfecto —masculló cogiendo una de las plumas de su padre y firmando, de nuevo, sin leer—. Enhorabuena señor Bratcher, acaba de comprar la mitad de Price Ltd. y sin una boda de por medio... —lo último lo susurró con un hilo de voz. Se puso en pie lentamente y se giró sin mirar atrás—. Recogeré mis cosas y me voy.

—Pero, hija... —susurró Simon derrotado.

—Una de mis condiciones era que Boid se fuese... —dijo Nicholas colocándose en pie—, la otra es que la señorita Price continúe trabajando aquí.

—No puede pedirme eso... —murmuró negando con la cabeza.

—Los últimos movimientos fueron buenos, las gráficas muestran un crecimiento de casi un uno por ciento en dos semanas... es una buena cifra y sé que tú has tenido mucho que ver con eso.

—Nicholas... no... —murmuró alejándose un par de pasos hacia la puerta y él la siguió.

—Es la compañía de tu familia, no voy a dejar que te marches por un par de diferencias con tu padre —susurró para que solo ella pudiese escucharle.

—Hay mucho más detrás, esto... esto es solo la punta del iceberg —contestó en el mismo tono de voz.

—Hazlo por mí... —dijo mirándola a los ojos y sonriendo solo como él sabía hacerlo, alzando una de las comisuras de sus labios torciendo la sonrisa.

—No me hagas esto... —casi le imploró.

—Acepta continuar trabajando aquí... ahora lo harás para mí —sonrió ampliamente y ella suspiró asintiendo con la cabeza, derrotada por completo.

—Está bien... —exhaló— pero ahora no soy accionista, así que me voy a mi despacho a trabajar para ganar mi sueldo —sin esperar ningún tipo de

contestación salió de la sala de juntas y casi corrió hasta llegar a su despacho, donde cerró la puerta y apoyó su espalda en esta dejando que su cuerpo se deslizase hasta el suelo.

¿Qué había hecho? Ahora Nicholas era parte de la Price Ltd., era cuestión de tiempo que la verdad llegase a sus oídos y si eso ocurría... se estremeció solo de pensarlo. Tenía que contárselo ella antes, tenía que decirle toda la verdad y esperaba que lo entendiese... si no estaría perdida. Se puso en pie dispuesta a salir de su despacho, buscar a Nicholas y después de besarle, solo por si acaso algo salía mal, contarle todo, pero cuando abrió la puerta él estaba al otro lado y la miraba sonriendo.

—Señorita Price —la saludó con cortesía—, necesito hablar con usted. Ella se hizo a un lado y le dejó pasar. Cuando se giró para mirarle no podía creer que él estuviese allí, en su despacho, entre sus cosas... formando parte del mundo real y no solo como alguien en la distancia. Eso le abrumó y asustó a partes iguales, su fantasía se fundía con su vida, con su día a día cargado de problemas... y eso le aterraba.

—Tengo que hablar contigo... —susurró con voz temblorosa y retorciendo sus manos una con la otra— hay algo que tengo que contarte y... Él no le dejó a hablar, envolvió su cintura y la atrajo hacia él besándola con urgencia, metiendo la lengua entre sus labios y buscando la suya con desesperación. Ella se dejó hacer, disfrutando de ese beso que podría ser el último, ya que estaba dispuesta a contarle todo y esperaba lo peor... así nada la decepcionaría. Se separaron jadeando, Nicholas soltó su cabello y enredó los dedos en él a la vez que iba empujando su cuerpo hasta que su espalda tocó de nuevo la puerta.

—Si ya creía que mi gatita era excitante, no te imaginas como me pone Elizabeth Price —murmuró contra sus labios volviendo a besarla. Ella correspondió a su beso durante unos segundos, pero se alejó de él con un poco de dificultad y miró sus ojos antes de tragar en seco.

—Tengo que contarte algo —murmuró bajando la mirada a las solapas de su chaqueta, donde sus manos estaban cerradas en puños y las colocó bien planchando las arrugas con sus dedos.

—¿Es muy importante? —le preguntó él haciendo un mohín—. Prefiero besarte a hablar, ya tendremos tiempo para eso.

—Nicholas... por favor... —suplicó con los ojos cerrados intentando tranquilizarse.



—Está bien... —suspiró besando su frente y dando un paso atrás— ¿qué es tan importante que no puede esperar? Ella lo miró entre sus pestañas, decidiendo cual sería el mejor modo de plantearle el tema. Podría simplemente decírselo de golpe con pocas palabras, o podría adornarlo un poco y darle un par de vueltas... de lo que estaba segura es que lo hiciese como lo hiciese, corría el riesgo de perderlo para siempre.

—Verás... —suspiró— hay algo que no te he contado... —se quedó en silencio no sabiendo como continuar.

—¿Algo importante? —preguntó él al ver que ella no continuaba hablando después de varios segundos.

—Creo que sí... —musitó.

—¿Solo lo crees? —Nicholas alzó una ceja con diversión—. Es importante o no es importante... como te digo siempre, la respuesta es simple.

—Esto... ¿por qué no te sientas? —señaló una de las sillas frente a su mesa con un movimiento de su mano. Nicholas se sentó confundido y frunciendo el ceño, nunca la había visto tan nerviosa, aunque después de la conversación y la pelea entre padre e hija que había presenciado unos minutos atrás podría entender un poco su estado de ánimo. Él nunca había tenido problemas con su padre, sobre todo porque fue independiente desde muy joven y la figura paterna tan solo fue un adorno más en su familia, nunca tuvo que recurrir a él por ayuda y mucho menos trabajar juntos, si eso llegase a pasar seguro que discutirían a diario, Henry y él tenían mucho carácter y eran demasiado iguales, tal y como decía siempre su madre. Elizabeth lo miraba preocupada y todavía pensando en como decírselo, no estaba asustada,... simplemente estaba aterrada. Creía que en cuanto le dijese toda la verdad él saldría corriendo y no volvería a verle, o quizás se volvería medio loco y rompería todo lo que les rodeaba, o la peor de las opciones... que no le importase nada y eso confirmase que ella no tampoco era lo suficiente importante para él. De todos modos nunca estuvo en sus planes que él lo entendiese y le brindase su apoyo, eso sería demasiado bonito para ser cierto.

—Beth... —susurró su nombre haciendo que le mirase—. ¿Tan grave es? Me estás asustando. «*Pues asústate... porque es peor*», pensó.

—Verás, Nicholas... —musitó sentándose a su lado y un poco inclinada para poder mirarle a los ojos—. Hace unos meses mi padre me pidió que hiciese algo, la compañía no tenía problemas en ese momento, pero era para ayudar a un amigo que sí los tenía. Nunca estuve de acuerdo con eso, pero no tuve otra opción... era

mi padre quien me lo estaba pidiendo, ¿me sigues?

Él la observó confundido y asintió con un movimiento rápido de cabeza.

—Ante todo, quiero que tengas claro que me vi obligada a hacerlo, yo... intenté evitarlo por todos los medios pero...

—Ve al grano —la instó comenzando a ponerse nervioso.

—Lo siento, siento no habértelo dicho antes pero estaba tan asustada, no sabía como... Golpearon en la puerta, esta se abrió interrumpiéndolos y ella maldijo por lo bajo.

—Siento la interrupción señora Price —dijo su secretaria asomando la cabeza por la puerta entreabierta—, ya le he dicho que está reunida, pero su esposo insiste en pasar. Su mirada estaba unida a la de Nicholas en ese mismo instante y pudo leer varias emociones en sus ojos en tan solo un segundo, pero la confusión era la que reinaba entre todas ellas.

—Lo siento... —dejó salir con un hilo de voz—. Intenté evitarlo, te juro que...

—Lizzie, cariño —entró Daniel empujando muy poco amablemente a Margaret hacia un lado y entrando en el despacho—. Finalmente pude adelantar mi regreso... ¿no te alegra eso? —su voz sonaba melosa y falsa, tal y como la conocía, era como en esos momentos cuando Daniel intentaba soltar toda su artillería cursi para camelársela e intentar que cayese—. Siento la interrupción —dijo mirando a Nicholas con el ceño fruncido—, soy Daniel Boid, el marido de Elizabeth. Nicholas mantuvo la mirada de Beth durante dos segundos más, una mirada helada y de piedra, todo su cuerpo se estremeció y sujetó sus manos una a la otra para que dejaran de temblar. Él se puso en pie de golpe y tomó la mano que Daniel le extendía, quizás con demasiada fuerza y apretando la mandíbula.

—Nicholas Bratcher —masculló entre dientes con voz áspera y dura.

—¿Te importa que te robe a mi esposa unos minutos? Tengo algo importante que preguntarle.

—Toda tuya —dijo exhalando con fuerza por la nariz—, ya me iba —dicho eso, avanzó hacia la puerta y la abrió, pero antes de salir le dedicó una mirada furibunda por encima de su hombro.

—Nicholas... —susurró Elizabeth poniéndose en pie e intentando avanzar hacia él, pero Daniel sujetó su brazo con demasiada fuerza para evitarlo y la empujó para que cayese de nuevo sentada en la silla. Nicholas salió de allí dando un portazo y todo su cuerpo se estremeció con él.

—¿Qué mierda es eso de que quieres solicitar el divorcio? —masculló Daniel acercando su rostro al suyo y hablando con rapidez.

—Es sencillo de entender hasta para ti, no quiero volver a verte —casi chilló intentando levantarse pero él volvió a empujarle.

—Sabes las consecuencias de eso, si nos divorciamos tendrás que darme tus acciones de la compañía... —sonrió con suficiencia y acarició una de sus mejillas con un dedo— y tú no quieres que el esfuerzo de papi acabe en manos de un Boid... ¿a qué no?

—No puedo darte lo que no es mío —dijo atropelladamente y se escabulló sin saber muy bien como, saliendo de su despacho a toda velocidad.

Corrió por los pasillos hacia los ascensores buscándolo desesperadamente, simplemente no podía dejar que se fuese sin una explicación, aunque no quisiese volver a verla, aunque la odiase y con toda razón, pero mecería saberlo todo, no quedarse con la imagen de ella engañándole porque sí. Se tropezó con sus propios pies, casi arrolla a uno de los empleados de recursos humanos pero continuó su camino sin detenerse para disculparse ni mucho menos mirar atrás. Cuando giró en el último pasillo vio su cuerpo de espaldas, mirando hacia las puertas del ascensor que permanecían cerradas frente a él. Avanzó todavía más rápido y llegó a su lado jadeando, se sujetó de uno de sus brazos unos segundos y lo miró suplicante, pidiéndole con los ojos que al menos le dejase explicarse.

—¿Has acabado de hablar con tu marido? —preguntó él con entereza—. ¿Cuándo me toca a mí... o debo esperar por si es el turno de otro?

—Nicholas... no es como crees... deja que...

—Lo he visto, no necesitas explicarme nada —la interrumpió entrando en el ascensor vacío que acababa de llegar. Ella lo siguió y miró amenazadoramente a una de las secretarias de dirección que pretendía entrar también, la chica se detuvo y ella se giró a la vez que pulsaba el botón que cerraba las puertas. Antes de que pudiese avanzar mucho pulsó también el botón que lo detenía y le miró a los ojos suplicándole en silencio.

—Yo... no quería decírtelo precisamente por esto, porque sabía que no podrías entenderlo.

—¿Qué es lo que tengo que entender? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Qué me has ocultado tu matrimonio? Oh... tranquila, podré superarlo.

—Pero... Nicholas... yo creí que... —balbuceó desconcertada.

—Elizabeth, tengo que...

—¡No! —alzó la voz—. Tú tienes que escucharme, tienes que saber toda la verdad, tienes que...

—No quiero saber nada, habrá sido divertido para ti, pero yo no suelo jugar a estas chiquilladas —masculló molesto—. Si me hubieses dicho que estabas casada no me habría arriesgado tanto... ¿crees que me gusta que me partan la cara por acostarme con la mujer de otro?

—Nicholas... déjame explicarte, él no es mi esposo realmente, él... —se detuvo cuando vio en sus ojos que no iba a ceder, que no la dejaría hablar y aunque lo hiciese no la escucharía. Se sintió derrotada y bajó la mirada—. Dame una noche más, solo una... —pidió en un susurro.

—¿Una noche para qué? ¿Qué pretendes con eso? —preguntó desconcertado.

—Una despedida, sin hablar, solo... por favor... —su corazón dolía y se estrujaba en la mitad de su pecho, necesitaba esa noche, necesitaba poder pedirle perdón de todos los modos que se le ocurriesen, necesitaba explicarle como habían sucedido las cosas. Nicholas la miró con expresión dura durante unos segundos, después suspiró y desvió la mirada al panel de mandos del ascensor, pulsó un botón para que se pusiese en marcha y esperó pacientemente a que llegase al final del trayecto.

—Te espero a las diez —susurró invitándola a salir del ascensor con una mano extendida hacia la puerta y, cuando salió y está comenzó a cerrarse, su expresión no cambió ni un ápice.

## CAPÍTULO 13

«*Gilipollas.*» Esa era la palabra que mejor que le definía en ese momento. Se sentía un completo gilipollas por todo lo que había pasado en la compañía Price en las últimas horas, no podía llegar a entender cómo las cosas habían cambiado tanto, cómo ella había podido ser así... maldijo entre dientes y metió la tarjeta en la cerradura de la puerta del hotel, cuando la luz se puso verde entró como un vendaval y se arrancó la corbata casi con violencia, la tiró sobre el sofá y la chaqueta no tardó en hacerle compañía. ¿Cómo había sido tan idiota? ¿Cómo pudo creer en ella tan ciegamente sin conocerla? Él nunca se había caracterizado por ser confiado, en su mundo existían siempre las caras ocultas y las puñaladas por la espalda. Ahora había descubierto que ella pertenecía a su mundo y, por lo tanto, había sabido jugar muy bien, se había puesto la careta de inocente pero era una perra, había jugado con él, había hecho que cayese en el juego, pero nunca más... si a Elizabeth Price le gustaba jugar, él también lo haría.

Se dio una larga ducha, necesitaba refrescarse y eliminar un poco de la zozobra que comenzaba a sentir después de apenas dormir en toda la noche por estar con ella... gruñó frustrado cuando de nuevo sus pensamientos lo llevaron a ella... ¿por qué era tan gilipollas? No tendría que haber viajado hasta Seattle para verla, si antes estaba completamente obsesionado, después de conocerla, de tocarla y poder estar con ella sería mucho peor. Tenía que haberle hecho caso a su hermano, para una vez que Declan parecía actuar con la madurez que le correspondía él lo ignoraba y se comportaba como un jodido adolescente en mitad de un calentón. Salió de la ducha y enrolló una toalla en su cintura... estaba muy jodido, la noche anterior había sido muy larga, pero también muy esclarecedora.

Había descubierto que Beth... Elizabeth, era más importante para él de lo que había creído en un primer momento. Ella marcaba la diferencia con todas las mujeres que habían pasado por su vida con anterioridad, a muchas de ellas ni las recordaba y a otras tantas prefería olvidarlas, pero Elizabeth... él a había conseguido despertar en él algo nuevo y desconocido, algo que la noche anterior le caldeaba el pecho y le hacía sonreír, pero que en ese mismo momento le hacía sentirse idiota. Y necio... ¿Cómo pudo confiar en ella con tanta facilidad? Era algo que no lograba comprender por más que lo pensaba... él no era así con nadie, nunca... y aparece el a, decide arriesgarse y mete la pata hasta el codo.

Fue hacia el mini bar y sacó una cerveza, la abrió y se sentó en el sofá a beberla a pequeños sorbos, ese mismo sofá en el que la noche pasada se la folló como nunca se había follado a nadie, frustrado y maravillado a la vez por todo lo que sentía y no lograba comprender del todo. Decidió no maldecir y dejar que sus recuerdos vagasen por las últimas horas a su lado, tocando su piel, aspirando su esencia... Su teléfono móvil comenzó a sonar con la melodía que tenía para su hermano Declan y lo buscó sobre la mesita de café donde lo había dejado.

—¿Qué quieres? —contestó con un gruñido.

—*¿Quién ha soltado a la bestia?* —preguntó su hermano en su característico tono ligero.

—Vete a la mierda Declan... ¿Qué quieres? —preguntó con otro gruñido.

—*Llamaba para preguntarte como te va en las negociaciones con Price... y también con tu gatita... ¿algo jugoso que puedas contarme?* Nicholas pasó una mano por su rostro y resopló.

—Con Price todo está arreglado, he adquirido el cincuenta por ciento de las acciones —susurró con los ojos cerrados.

—*¿Tanto? ¿Cómo lo has conseguido?* —preguntó asombrado.

—Digamos que ha sido un golpe de suerte... —*sobre todo un golpe*, añadió en su mente.

—*Y tu gatita... ¿puedes con ella, tigre?* —preguntó burlón.

—Vete a la mierda Declan —maldijo antes de cortar la llamada y dejar caer el teléfono sobre el sofá. ¿Qué mierda le pasaba? Otras mujeres le habían mentido antes, le habían ocultado cosas y no le había importado, incluso aquella secretaria que intentaba vender información de la empresa a la competencia. Pero con ella... maldijo de nuevo y bebió lo que quedaba en la botella de cerveza de un solo trago

antes de ponerse en pie para buscar otra.

\*\*\*

Varias horas habían pasado y la situación era la misma, Nicholas estaba encerrado en la habitación de su hotel, bebiendo cerveza y maldiciendo su suerte.

No entendía cómo las cosas se habían torcido tanto en las últimas horas, la pasada noche tenía planes de futuro junto a ella, algo que no había hecho nunca, y en ese momento se sentía un completo miserable... y gilipollas.

Lo peor es que no sabía por qué mierda había aceptado verla una noche más... ¿qué pretendía con eso? ¿Flagelarse? Estaba seguro de no poder estar a su lado sin besarla e intentar arrancarle la ropa, esa mujer tenía la palabra sexo escrita en la cara.

Estaba tumbado en el sofá, mirando las luces de Seattle reflejadas en el techo y pensando en cómo iba a sobrevivir a esa noche, si ya se sentía como una mierda sin verla, estaba seguro que después sería peor. Era masoquista y enfermizo, sabía de antemano que le dolería y no sabía cómo lidiar con ese dolor, era nuevo y extraño... algo que nunca había experimentado, pero era como si realmente lo necesitase para poder creer todo lo que había pasado no fue fruto de su imaginación.

Estaba enfadado con ella y eso le lastimaba, porque desde el primer mail que recibió supo que no era como todas, que ella era diferente por algo... y lo descubrió del peor modo, ella era su tormento, la que sería capaz de destruirlo.

Pero no se dejaría vencer, le demostraría que podía con ella, él era Nicholas Bratcher, el mismo que le arrebató la compañía a su propio jefe sin remordimientos, el mismo que día a día ascendía en su trabajo sin importar a quien dejaba detrás... y el mismo que le demostraría a Elizabeth que ella no le podría lastimar, aunque por dentro se sintiese un poco roto. Se levantó del sofá sintiendo sus músculos pesados y agarrotados, todo su cuerpo dolía por haber estado tanto tiempo inmóvil pero lo ignoró.

Se vistió con unos jeans y una camisa que dejó abierta y miró la hora...

faltaban tan solo quince minutos para las diez, quince minutos para poder castigarse a gusto.

Escuchó el sonido de sus tacones avanzando por el pasillo, también escuchó cuando se detuvo frente a la puerta y tomó aire sonoramente, creía que incluso pudo escuchar el roce de su ropa cuando alzó la mano y llamó a la puerta... pero él se quedó en su posición unos segundos más, debatiéndose entre si abrir o no. Si lo hacía no habría marcha atrás, pero si no lo hacía estaba seguro de que se arrepentiría el resto de su vida. Finalmente se acercó a la puerta con un suspiro resignado, dolía solo de pensarlo... Abrió y allí estaba, con tan solo unos jeans, una bufanda y un abrigo, con su cabello sujeto en una trenza y mirándolo entre sus pestañas con ojos tristes y apagados tras las gafas, como si a ella también le doliese. La miró apretando la mandíbula para reprimir la necesidad de abrazarla con fuerza y no dejarla marchar, por un momento hasta pensó en secuestrarla y alejarla de allí, lejos de su trabajo y su familia, de su marido... pero casi se ríe de sí mismo por tremenda estupidez.

—Entra... —murmuró haciéndose a un lado. Entró titubeante en la habitación, parecía que se sentía insegura y hasta pequeña, que bien sabía actuar. «*¿Sus orgasmos también serían fingidos?* », se preguntó irónicamente.

—Nicholas... —susurró ella girándose para mirarlo— yo... tú... verás... —titubeó avergonzada mientras él cerraba la puerta—. Tenemos que hablar, tienes que dejarme que te explique, lo de esta mañana fue...

—¡Silencio! —exclamó alzando un poco la voz y haciendo que se asustase y diese un pequeño salto hacia atrás—. No quiero escuchar excusas, ¿querías una noche más? Aquí la tienes, pero no me expliques nada. Ella pareció tragar en seco y le miró suplicante, sus ojos le miraban intensamente como si quisiese decirle algo con ellos, pero no quería escucharla, ni sus palabras ni lo que sus ojos gritaban. Todo eran mentiras, omisiones, secretos... ¿qué más le estaría ocultando? ¿Un hijo secreto o incluso bastardo? ¿Una enfermedad venérea?

—Pero... —intentó protestar pero se detuvo cuando le dedicó una mirada dura y fría.

—Desnúdate... —demandó en un gruñido. Ella frunció el ceño y negó imperceptiblemente con la cabeza.

—Antes tienes que escucharme, tienes que...

—¡Qué te quites la ropa! —volvió a gritar interrumpiendo lo que fuese a decir. Elizabeth se estremeció y bajó la mirada.



—Te dejé muy claro que no quería hablar, sabes muy bien a lo que has venido —dijo él quitándose la camisa que tenía sobre los hombros en un movimiento rápido y fluido—. Si estás de acuerdo quítate la jodida ropa, si no, sabes donde está la puerta. Nicholas pudo observar como sus pequeñas manos se cerraban en puños a ambos lados de su cuerpo, como sus hombros temblaban y como después pasaba una mano por su mejilla con violencia, como si se estuviese secando una lágrima. Intentó que eso no le afectase, se obligó a sí mismo a mantenerse quieto, alejado y sin tocarla, estaba seguro de que si lo hacía estaría perdido y se convenció de que ella tan solo estaba fingiendo. Elizabeth se quitó la bufanda sin alzar la mirada, la dejó caer al suelo y comenzó a soltar los botones de su abrigo, se lo quitó por los hombros y también lo dejó caer... poco a poco se fue despojando de su ropa hasta quedarse completamente desnuda, sintiendo su mirada en cada centímetro de piel expuesta, anhelando su toque al menos, pero él continuaba distante, frente a ella pero a miles de kilómetros.

Nicholas caminó hasta ponerse tras ella, aspiró su aroma y se sintió aturdido, como si el olor que emanaba de su cuerpo le intoxicase, como si el aire impregnado en su esencia quemase al entrar en sus pulmones. Vio la herida en su cuello, aquella que él mismo le había hecho cuando la mordió, la tocó con la yema de sus dedos y se preguntó que excusa le inventaría a su marido para justificar eso, era una maestra de la mentira, seguro que el pobre iluso era un pelele entre sus manos. Soltó la cinta que sujetaba su cabello y deshizo la trenza con sus manos, disfrutando por última vez de la suavidad de las hebras color café que se deslizaban como seda entre sus dedos. Su olor se intensificó a su alrededor y tuvo que cerrar los ojos ante la necesidad imperiosa de abalanzarse sobre ella. Su miembro erguido suplicaba por enterrarse en su estrecho coño una y otra vez, pero iría poco a poco, la haría sufrir y sufriría él en el proceso.

—Una noche más... —susurró deslizando un dedo por su espalda a lo largo de su columna vertebral, toda su piel se puso de gallina y se estremeció de nuevo—. Solo una noche... Se acercó un paso a ella, la piel de su pecho rozaba tenuemente la de sus hombros y su calor le quemaba, casi podía jurar que dejaba una llaga allí donde se tocaban. «*Solo una noche no bastará...*», se dijo mentalmente. Deslizó las manos por su cintura, envolviéndola con sus brazos y sintiendo la suavidad de su piel, ascendió a sus pechos y los acarició, despacio al principio pero algo se coló entre sus pensamientos, una verdad absoluta y que hizo que todo cambiase: no tenía que ser delicado. No había sentimientos allí, o no debería haberlos... era solo sexo y el sexo sin sentido no es delicado, no hay caricias suaves, no hay esperas... apretó sus pechos con ambas manos y se enorgulleció de sí

mismo al escucharla gemir dejando caer su peso un poco hacia atrás, pellizco sus pezones y el cuerpo de ella tembló.

«*Solo sexo...*», se repitió. Mientras continuaba torturando su pecho una de sus manos descendió por su vientre hasta que llegó a su sexo, sin contemplaciones deslizó un dedo entre sus pliegues y comprobó que estaba ya muy mojada, encima la muy zorra se estaba excitando... ¿y había ido allí para hablar? No podía creerlo, no podía confiar en ella, tan solo quería sexo y él como un adolescente hormonado había creído su cuento y casi se enamora de ella. Ese pensamiento lo enfureció, buscó uno de sus hombros y lo mordió con fuerza a la vez que enterraba un dedo de golpe en su interior. Elizabeth gritó entre el dolor y el placer y sus piernas perdieron toda su fuerza. Se dejó caer hacia delante, tan solo apoyada en sus rodillas flexionadas y sus manos sobre la moqueta beige que cubría el suelo, jadeaba y lloraba a la vez sintiendo como Nicholas la tocaba y la marcaba, pero no era su Nicholas... ni siquiera era el Darcy que veía a través del monitor de su ordenador, era un completo desconocido. Nicholas se colocó de rodillas tras ella agradecido porque no lo estuviese mirando, no sabía que podría leer de nuevo en sus ojos y no estaba seguro de poder evitar creerla una vez más. Acarició su nalgas sintiendo como ella temblaba bajo su toque. ¡Mentiras! Todo en ella eran mentiras y no podía creerla más. Necesitaba demostrarle a ella que no era nadie especial para él, así se lo hubiese prometido el día anterior, pero no quería que sintiese la satisfacción de haberle hecho daño, de haberle lastimado tanto que ni siquiera sabía cómo podía mantenerse en pie. Pero sobre todo necesitaba demostrarse a sí mismo que podría superarlo, que ella no lo era todo. Sus manos ascendieron por su espalda y ella se estremeció de nuevo, un sollozo ahogado salió de su pecho y Nicholas maldijo entre dientes.

—No llores... —gruñó... «*no me creo tus lágrimas.*» Elizabeth tragó con fuerza y negó con la cabeza... «*no más lágrimas*», se prometió. Nicholas buscó de nuevo su sexo, lo acarició con brusquedad y metió dos dedos en su interior provocando que gimiese, ese sonido fue directo a su miembro que se endureció dolorosamente y se apretó contra la costura de sus pantalones. «*Solo sexo...*», volvió a repetirse. A tientas buscó el cierre de sus pantalones y poniéndose en pie se los quitó en un movimiento rápido, se colocó de nuevo de rodillas tras ella, entre sus piernas separadas, volvió a acariciar su cintura, ascendió por su espalda hasta que llegó a su cuello y allí sujetó un mechón de su cabello enrollándolo en su mano izquierda. Dio un tirón hacia atrás, alzando su cabeza y provocando que jadease de la impresión, no quería hacerle daño físico, pero la rabia lo dominaba y casi no podía controlarse. Se inclinó hacia delante, su aliento golpeaba contra su oído y su

perfume se colaba por sus fosas nasales aturdiéndolo. Sacó la lengua y lamió su cuello allí donde su pulso latía más fuerte y luego exhaló con fuerza sobre la piel humedecida.

—Sabes a lo que has venido... —susurró en su oído y su mano derecha sujetó su miembro dirigiéndolo a su entrada para penetrarla de golpe. Elizabeth gritó, más por la rudeza y la sorpresa que por el dolor, aunque una sensación punzante recorrió su vientre porque él no había sido cuidadoso como las otras veces. Aunque lo que más le dolía era esa distancia que había captado desde que lo vio frente al ascensor, esa distancia que por más que lo intentaba no podía salvar. Nicholas comenzó a embestir con fuerza, tenía una mano en su cabello y la otra en su cadera para darse impulso. En cada envite se sentía morir... era la última vez que la follaba, era la última vez que la tocaba, que la olía, que la veía... no quería volver a verla ni escucharla, no quería saber nada de ella. Era la última vez porque quería purgarse, dejar salir la rabia, la ira y el dolor, deshacerse de esa sensación de ardor en su pecho, de esa pesadez allí donde latía el corazón. ¿Sería decepción eso que sentía? Sí, ella le había decepcionado, ella que prometía ser diferente, que sonreía con inocencia y picardía a la vez, la que le hacía sonreír con solo el sonido de su voz... y tenía que alejarse, olvidarla. Hacer como si nunca hubiese existido y que ese viaje a Seattle nunca se hubiese realizado. Borrarla de su sistema, hacer su vida como siempre. Sintió como sus paredes lo hacían prisionero, como su cuerpo comenzaba a estremecerse y se alejó de golpe. Retiró su miembro y jadeando volvió a acariciar su espalda. Ella no merecía correrse, no lo merecía. Ese sería su castigo por engañarlo, esa sería la penitencia que tendría que cumplir, ningún orgasmo para ella.

—Ven aquí... —gruñó dejándose caer de espaldas en el suelo. Ella se giró y lo miró confundida, asustada... él parecía el mismo Nicholas de siempre, pero el brillo de sus ojos era diferente, como más oscuro y opaco. Y su voz... sonaba igual de ronca pero no era armoniosa, sonaba como un gruñido en lugar de una invitación.

—¡Ven aquí, maldita sea! —alzó la voz. Elizabeth dio un respingo y se acercó a él gateando, con la mirada baja y sintiéndose tan poca cosa y tan humillada que no sabía realmente qué hacer.

—De espaldas... sobre mí... —ordenó con aquellos gruñidos bruscos.

Obedeció con un nudo en la garganta, sintiendo su estómago revuelto. Se colocó a horcajadas y sujetó su miembro dispuesta a introducirlo lentamente, a disfrutar de su calor al menos unos segundos, pero Nicholas impulsó sus caderas

hacia arriba y se enterró hasta el fondo. Ella gritó, dejó salir la angustia que sentía en ese pequeño alarido y una lágrima recorrió su mejilla dejando un rastro ardiente a su paso. Cuanto le dolía el pecho, tanto que casi no podía respirar... otra lágrima siguió a la anterior y ya no pudo detenerse, mientras se movía abajo y arriba acompañando sus movimientos se moría un poco por dentro, sentía algo desgarrarse y no sabía lo que era... Nicholas le importaba ¿pero tanto?

—Joder... —exhaló Nicholas tras ella y la sujetó por las caderas para darse más impulso, para enterrarse más adentro—. ¡Joder! —gritó sintiendo su orgasmo cerca y segundos después se derramó en su interior. Sus brazos cayeron sin fuerza sobre el suelo, su pecho subía y bajaba a la velocidad de su respiración acelerada y su corazón latía con tanta fuerza en sus oídos que no podía escuchar nada más. Segundos después se sintió más consciente, más dueño de sí mismo. Percibió el cuerpo de Elizabeth todavía sobre él, la empujó un poco y ella hipó.

—Quita... —susurró— bájate... Ella obedeció al instante y se acurrucó abrazando sus rodillas, le miró unos segundos, con sus ojos brillantes y enrojecidos por el llanto, apenas visibles por el cabello revuelto que caía a ambos lados de su rostro.

—Nicholas... —susurró con un hilo de voz.

—Cállate —murmuró sin aliento, como si le costase hablar. Se puso en pie con dificultad, tropezando con sus pantalones y maldiciendo en voz baja. Se enderezó y sintió como su cabeza daba vueltas... tantas cervezas y la ausencia de comida le estaban pasando factura. Volvió su mirada hacia ella, que continuaba encogida y algo se removió en su interior... sabía que estaba cediendo y no podía permitírselo, simplemente no podía hacer eso con ella. Avanzó hacia el baño intentando no mostrar rastro alguno de su estado real y antes de entrar se paró en la puerta mirándola sobre su hombro.

—Cuando salga espero que ya te hayas ido— su voz sonó tan fría que ni él mismo la reconoció. Elizabeth le miró y su boca se abrió por la sorpresa, él la ignoró y entró en el baño, pero antes de cerrar la puerta tras él, asomó la cabeza y le dio su mirada más dura.

—Por cierto... estás despedida, no es bueno mezclar los negocios con el placer —la puerta se cerró con un sonoro portazo y toda la habitación se quedó en silencio. Pasaron unos segundos hasta que Elizabeth se sintió capacitada para moverse, sus palabras le habían impactado con tanta fuerza como si pesasen toneladas sobre su espalda. Todo su cuerpo estaba frío y temblaba, su piel estaba de gallina y la yema de los dedos le dolía... era como si su sangre hubiese dejado

de recorrerlos, como si se hubiese vuelto más espesa y a su corazón le costase más poder bombardearla.

Algo dolía en su pecho, la rasgaba desde el interior y lo sentía arder, aunque el resto de su cuerpo estaba congelado. Se envolvió más con sus propios brazos y las palabras lejanas de Nicholas maldiciendo llegaron a sus oídos como un latigazo. Cerró los ojos con fuerza evitando las lágrimas, se aferró a su último resquicio de voluntad para no romperse allí mismo y se puso en pie con lentitud. Buscó su ropa, se vistió con movimientos automáticos y miró a su alrededor con una mezcla de añoranza y pesar. Todo era su culpa... y de Daniel por ponerla en esa situación. Si tan solo hubiese tardado unos minutos más en llegar... si le hubiese permitido ser ella misma la que le dijese a Nicholas... quizás las cosas serían diferentes, quizás él la apoyaría y... ¿A quién quería engañar? Le había mentado, le había hecho creer lo que no era y solo era su culpa por ser cobarde y no admitir que se equivocaba. Salió de aquella habitación sintiendo que arrastraba el alma, un alma que pesaba como cien kilos y que no quería colaborar con ella para dejarla avanzar.

Al llegar al exterior del hotel la noche en Seattle nunca le había parecido tan oscura y fría, apenas había cuatro nubes negras ocultando el cielo, pero ninguna estrella se veía. No había viento, no se sentía ni una pequeña brisa, no había lluvia, el día no quería llorar como estaba deseando hacerlo ella. Tan solo sentía frío... uno que la calaba hasta los huesos y la debilitaba. Subió a su coche y se quedó mirando alrededor... sin entender nada y casi en *shock*. Algo en su mente parecía haberse desconectado de golpe y frunció el ceño... ¿qué iba a hacer ahora? ¿A dónde iba? Con Daniel estaba claro que no y con sus padres estaba descartado. Un hotel... no, eso le traería demasiados recuerdos. ¿Gino o Autum? No quería perturbarles, ellos le habían advertido sobre eso y no sería justo que ahora tuviesen recoger los pedazos rotos de su error. Encendió el motor y condujo por las calles desiertas durante varios minutos, recordando cada caricia que se sentía afilada y cortante como el filo de un cuchillo, recordando cada palabra que se clavaba en su pecho y dolía como si de verdad se estuviese desangrando, percibiendo parte del dolor que le había causado a él con su mentira. Había sido tan mala persona y tan desconsiderada... Quería gritar hasta quedarse sin voz, quería correr hasta que su pecho ardiese por la falta de aire, quería tantas cosas que realmente no sabía lo que quería, tan solo daba vueltas en su coche sin saber a donde ir.

Se detuvo en un semáforo en rojo y dejó caer su cabeza contra el volante, se merecía cada una de las cosas que Nicholas dijo e hizo... pero se sentía tan humillada. Se había equivocado, lo admitía, ¿pero merecía ser tan duramente

castigada? Su simple indiferencia ya le dolía, pero sus palabras hirientes estaban de más y su forma tan ruda y salvaje de tomarla... casi parecía una violación, voluntaria porque ella se prestó a ello, pero se sentía violada y vejada por él. Suspiró dejando escapar una lágrima más... no podría quedarse en Seattle y recordar todo eso, esa noche y las anteriores. Así como tampoco quería arriesgarse a encontrarse con Daniel... y los Price ya no eran su familia, ni esa su casa. Tomó una decisión precipitada, necesitaba alejarse, olvidar todo... Buscó su teléfono en el bolso y marcó el número de Gino, él contestó al segundo tono completamente sobresaltado.

— *¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?*

—Gino... —su voz sonaba áspera y seca, como si no hubiese bebido en agua en varios días.

— *Lizzie... ¿qué ocurre?* —insistió preocupado. En otra ocasión ella hubiese rodado los ojos por su excesiva preocupación y le habría hecho una broma a su amigo, pero no se sentía con fuerza.

— *¿Cuándo será la reunión con Boid por lo del divorcio?* —preguntó ignorando su pregunta.

— *En unas semanas, intenté acelerarlo pero no ha sido posible* —explicó.

— *¿Es necesario que viva en su casa? Yo... no quiero volver a verlo.*

— *No es necesario... puedes ir donde quieras, sabes que en mi apartamento tie...*

—No voy a molestarte mientras estás con Rachel... —sonrió tenuemente al recordar a su secretaria, tan rubia, alta y hermosa que dolía mirarla.

— *¿Rachel?* —preguntó él fingiendo ignorancia.

—No importa, me iré a *Big Lake*, a casa de mis abuelos... si me necesitas para algo sabes donde estoy.

— *Lizz...* —susurró con voz contenida — *no es que me importe realmente, no voy a juzgarte ni nada parecido, pero es importante para que la demanda de divorcio prospere, Daniel puede aferrarse a muchas cláusulas y...*

—Ve al grano... —demandó.

— *¿Te irás sola?*

—Me voy sola... —su voz se rompió en la última palabra y respiró hondo—. No tienes que preocuparte más de eso, ya... ya se acabó.

—*Lo siento...*

—Dile a Autum donde estoy para que no se preocupe —le interrumpió, lo último que quería era que lo lamentasen y le echasen la culpa, ella sola se bastaba para eso—. Y por mucho que insista mi padre, no le digas donde estoy.

—*De acuerdo...* —susurró su amigo.

—Te quiero... y gracias —no le dejó contestar y colgó la llamada apagando el teléfono justo después, no quería hablar con nadie. Guardó el teléfono en su bolso y otra punzada asoló su pecho al ver el teléfono que utilizaba para Nicholas, para su Darcy... se tragó las lágrimas y continuó su camino, el error estaba cometido y ya no había vuelta atrás.

## CAPÍTULO 14

*Chicago, 18 de Octubre de 2009*

Era un día de otoño como otro cualquiera en la ciudad, el sol estaba saliendo entre los edificios, los árboles estaban perdiendo sus hojas y la sensación de frío te obligaba a encogerte solo de pensar en salir al exterior. Nicholas conducía su coche por las calles en completo silencio, antes siempre le acompañaba una suave música que ponía en su reproductor, pero ese día le dolía tanto la cabeza que ni siquiera pensó en encenderlo. Unas gafas de sol ocultaban sus ojos, enrojecidos e hinchados a causa del alcohol y la falta de sueño, y su piel parecía más pálida que de costumbre. Estaba escapando de sus recuerdos, camino de su oficina para concentrarse en su trabajo y así no pensar más. Podía recordar la desesperación que sintió cuando al salir de aquel baño ella ya no estaba, realmente se había ido como él le había pedido. Aquella pesadez en su pecho se volvió insoportable y pensó en salir a buscarla y dejar que le dijese eso en lo que insistía tanto, seguro que tenía una muy buena explicación para todo lo que había sucedido, pero no pudo hacerlo, su cabeza daba vueltas, apenas podía mantenerse en pie y no sabía donde podría estar ella. Se sintió desesperado por un momento,... ¿qué sabía realmente de ella además de su nombre? Apenas nada, era una completa desconocida para él.

Esa noche durmió sobre la alfombra, abrazado a la bufanda que ella había olvidado allí, oliendo su aroma en ese pedazo de tejido que mantenía pegado a su



rostro. Cuando se despertó a la mañana siguiente se sintió tan patético que se dio vergüenza a sí mismo, no solo se había vengado del peor modo posible, también la humilló y ella se dejó hacer como si realmente lo mereciese. Pero si lo pensaba fríamente... es que se lo merecía ¡maldita sea! Se había reído de él, le ocultó su matrimonio, le ocultó la existencia de su marido, de alguien que la besaba, que la tocaba... la ira comenzó a bullir por sus venas y apretó el volante del coche con todas sus fuerzas. Intentó no pensar en eso, ella se había ido cuando él se lo pidió sin oponerse ni luchar, así que él tampoco lo haría... aunque no podía seguir en aquella habitación repleta de recuerdos y tampoco en la ciudad.

Había llamado al aeropuerto y reservado un billete para el próximo vuelo a Chicago y horas después, en mitad de la madrugada, había llegado a su apartamento, donde ahogó sus penas en una botella de vodka hasta que el sol despuntó por el horizonte. En la soledad de su apartamento y con unos tímidos haces de luz que se colaban por la ventana, las sombras comenzaron a confundirlo, le hacían ver cosas que no existían, como su silueta contra la ventana, o su sonrisa en un cristal... pero ella no estaba en Chicago y nunca lo estaría.

Cuando la luz de un nuevo día le cegaba por completo al impactar sobre sus ojos, se puso en pie y se tomó un café bien cargado, se dio una larga ducha y salió hacia su trabajo, conduciendo por las calles y sintiendo como las pocas horas de sueño de los días anteriores comenzaban a pasar factura; sus cervicales le dolían y sus sienes latían ante la amenaza inminente de una fuerte migraña, pero prefería lidiar con ese dolor que con otra madrugada como la anterior.

Llegó a la oficina en completo silencio y más tarde de lo habitual. Él, que aunque serio, siempre tenía un saludo amable para sus empleados, avanzó por los pasillos con la barbilla en alto y mirando hacia al frente ignorando a todos a su paso. Eso hasta que llegó a la puerta de su despacho, donde saludó escuetamente a su secretaria pronunciando tan solo su nombre. Entró en la oficina y cerró la puerta tras él, dando un suspiro y pasando una mano por su cabello... le esperaba un largo día.

—¿Qué cojones haces aquí? —la pregunta de su hermano Declan lo tomó por sorpresa y casi le provoca un ataque al corazón.

—Esa pregunta debería hacerla yo, hasta donde sé, este es mi despacho —masculló frunciendo el ceño—, fuera de mi sillón. El aludido se puso en pie lentamente y avanzó hacia su hermano mirándolo intensamente con los ojos entrecerrados, algo estaba mal en él, estaba extraño, como... apagado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó cruzándose de brazos.

—Nada que te importe —Nicholas le ignoró y pasó por su lado hacia su mesa, donde abrió el maletín y sacó unos documentos—. Este es el contrato de compraventa de las acciones de Price... estaré muy ocupado las próximas semanas... ¿podrías hacerte cargo tú?

—¿Yo? —preguntó en un chillido y mirándolo con los ojos muy abiertos—. ¿El gran Nicholas Bratcher me está dando responsabilidades? ¿A mí? ¿A su hermano pequeño en el que nunca confía?

—Sí... —contestó escuetamente dejándose caer en el sillón, se quitó las gafas de sol y se frotó los ojos suspirando pesadamente.

—¿Y ya está? ¿No me vas a advertir de que será la última vez que confías en mí y toda esa mierda? —preguntó Declan de nuevo.

—Ya te sabes el discurso de memoria, ¿para qué voy a molestarte? —preguntó cerrando los ojos con cansancio.

—De acuerdo... —Declan resopló y miró los documentos que su hermano le había dado y murmuraba palabras sueltas mientras lo leía—. Elizabeth Price... cincuenta por ciento... por valor de... —frunció el ceño y miró a Nicholas— ¿qué coño le has hecho a esta mujer para que venda sus acciones por esta miseria? ¿Te la has tirado? La mirada helada que recibió Declan de parte de su hermano podría hasta congelar un volcán en plena erupción, pero él la ignoró y continuó indagando.

—Ella es la que se casó hace poco... supongo que ahora se dedicará a sus quehaceres de esposa y todo eso, como la mayor parte de mujeres florero de este mundo —murmuró encogiéndose de hombros—, pero tiene que tener muy poca consideración con su familia cuando casi te regala su paquete de acciones. Nicholas recordó la discusión entre Simon y Beth por esas malditas acciones, pero lo desechó en cuanto recordó que el nombre de Daniel Boid salió de labios de ella.

—Sí... ella está casada —masculló con amargura buscando algo entre los cajones, no sabía muy bien el qué, solo quería entretenerse en lugar de arrancarle la cabeza a Declan por meter el dedo en llaga.

—¿Seguro que todo está bien? —preguntó Declan con suspicacia y mirándolo con una ceja alzada.

—Todo está muy bien... está perfectamente... ¿no ves cómo sonrío? —su voz sonó amarga y apagada.

—Uy sí, eres el rey de la fiesta... —dijo con ironía—. ¿Qué ha pasado? Y

como vuelvas a decirme que nada te doy un par de hostias.

—Pasó lo que tenía que pasar... —masculló dejándose caer en el respaldo del sillón y masajeando sus sienes—. Tenías razón, nada es lo que parece en internet.

—¿Era gorda y fea? —preguntó con diversión—. ¿Amorfa? Nicholas volvió a fulminarlo con la mirada.

—Está casada con Daniel Boid y como se sentía culpable por haberme engañado me ha regalado sus acciones —dijo sin detenerse a tomar aire.

—Detente... —Declan alzó una mano —¿quién es Daniel Boid y qué tiene que ver con estas acciones?

—Boid es el esposo de Elizabeth Price... —repitió cansado.

—¿Y eso que tiene que ver con tu *Gatita*? Porque estamos hablando de ella... ¿cierto? —preguntó confundido. Nicholas resopló y se pasó una mano por el rostro como si así pudiese arrastrar el cansancio y el pesar.

—La inteligencia no es uno de tus fuertes —ironizó—. Elizabeth Price y... «*ella*»... son la misma persona.

—¿¡Qué!? —exclamó Declan sorprendido—. Pero... a ver... seamos serios...

—Estoy siendo serio... ¿acaso ves que me ría? —gruñó.

—¡Joder! —resopló—. Esto es fuerte... y... ¿Y tú qué hiciste?

—Felicitarla por su buena actuación y recomendarla a los *Oscars*, ¡mierda Declan! ¿Qué iba a hacer? De verdad me gustaba, creí que había encontrado a la indica por fin... —murmuró con pesar.

—¡Ouch! Supongo que ese habrá sido un buen golpe a tu ego...

—No solo a mi ego... —negó con la cabeza y miró a un punto fijo sobre la cabeza de su hermano—, pero eso ya pasó... ¿cierto?

—¿Vas a olvidarla con tanta facilidad? —inquirió su hermano.

—Me costará mucho... ella era... perfecta.

—Nadie es perfecto...

—No, ella tiene un defecto muy grande y se llama Daniel Boid.

—Pero... ¿si está casada con él por qué no lleva su apellido? —preguntó Declan revisando los documentos y fijándose en su nombre.

—¿Crees que me importa? —preguntó con amargura—. Mientras me la

follaba no se me ocurrió preguntarle ese dato. Declan ahogó una carcajada y miró a su hermano.

—¿Te la has follado como venganza? —preguntó con diversión.

—Se puede decir que sí... —murmuró encogiéndose de hombros.

—¿Y ella qué hizo?

—Lo de siempre... fingir. Intentó explicarme no sé qué cosa, pero no quise escucharla.

—Nick...

—¿Qué? —gruñó.

—¿No la has dejado hablar? —negó con la cabeza y Declan bufó—. Gilipollas...

—Ya lo sé... —musitó.

—No... no lo sabes... ¿pero cómo...? ¿Por qué no la escuchaste? —preguntó sorprendido.

—¿Para qué me contase más mentiras? No, gracias...

—Pero... tío... ¿qué te costaba escuchar sus motivos?

—Mentiras Declan, tan solo son mentiras... me ocultó su matrimonio, me hizo creer que era completamente libre y que iba a viajar a Chicago para vernos... ¿con qué fin? No... no logro entenderlo.

—Si la hubieses escuchado... —Nicholas bufó pero su hermano lo ignoró—. Es que hay cosas que tampoco entiendo... —negó con la cabeza—. ¿Por qué si lleva tan poco tiempo casada se busca un...amante?

—No era su amante.

—Lo eras... está casada y ha follado contigo, eras su amante lo quieras o no.

—Porque es una guarra, una ninfómana... —escupió desviando la mirada.

—Tío... —comenzó a reírse— te estoy hablando en serio, hay algo que no cuadra ahí... una recién casada suele estar enamorada y viviendo un cuento donde todo es rosa. Además te vendió sus acciones, no... prácticamente te las regaló.

—Y yo la despedí —rio irónicamente—. Ese fue el broche de oro, tenías que ver su cara cuando se lo dije —todavía tenía una sonrisa en la cara, pero su estómago estaba del revés y sentía un regusto amargo en la garganta. Le dolía

haberla tratado así, pero la ira fue más fuerte que su voluntad en ese momento.

—Dime que no lo hiciste —Declan se tornó serio de repente y su ceño se frunció.

—Sí... y le dejé una buena marca en el cuello, a ver cómo le explica eso a su maridito... —su sonrisa se ensanchó y la sensación en su estómago aumentó.

—¿Cómo haces eso?

—¡Se lo merecía! —exclamó apretando la mandíbula y sintiendo de nuevo todo el dolor por la traición.

—No le dejas hablar, te la follas y estoy seguro que no de un modo muy suave, la despides y le buscas problemas con su marido... ¡eres un jodido cabrón!

—No te atrevas a juzgarme —masculló entre dientes —, ella es la culpable, la mentirosa...

—No te juzgo pero creía que eras más inteligente —Nicholas alzó una ceja y Declan sonrió alzando la comisura izquierda—. ¿Te has parado a pensar por un segundo en una cosa? —preguntó poniéndose en pie y dejando el contrato sobre la mesa—. Por simple culpabilidad no regalas la empresa de tu familia, hay algo ahí y tú has perdido la posibilidad de saber el qué.

—No inventes motivos, se vio acorralada, ella no sabía que iba tras su compañía y al verme allí se asustó —explicó como si fuese lo más obvio.

—Espero que tengas razón y no te arrepientas de lo que has hecho... —murmuró caminando hacia la puerta.

—¿Desde cuándo tú eres el hermano racional? Siempre soy yo el que te da los consejos y tú nunca me haces caso... —masculló con el ceño fruncido.

—Siempre hay una primera vez para decirle a tu hermano mayor que está equivocado... —Declan sonrió de nuevo y entrecerró los ojos con satisfacción—. ¡La cagaste! —casi chilló emocionado—. Que bien sienta poder decirlo al menos una vez.

—Vete a la mierda... —gruñó Nicholas.

—Seh... iré a transmitir mis sabios consejos al mundo, con tanto potencial desaprovechado durante años tendré para varios días...

—Idiota... —murmuró negando con la cabeza cuando él se hubo ido. Pero en el fondo sabía que tenía razón, algo ahí no era normal... pero no quería saber el qué, pensar una y otra vez en el tema no le ayudaba, le hacía recordar lo estúpido

que había sido por creerla. No le importaba la vida de Elizabeth Price ni lo que pasase con ella a partir de ese momento, como tampoco le importaban los motivos para que jugase así con él... era mucho mejor vivir en la ignorancia.

*Big Lake, Washington, 19 de Noviembre de 2009*

Esa tarde Elizabeth estaba sentada en el altillo de su ventana en la vieja casa de sus abuelos a las afueras de Big Lake. El paisaje al otro lado del cristal era como lo recordaba de siempre. La casa blanca de madera estaba rodeada de árboles, unos majestuosos pinos se alzaban con imponencia y casi llegaban al cielo, el jardín era grande y su abuela siempre lo tenía cuidado y repleto de plantas que solo florecían en primavera.

Era la misma habitación que utilizaba desde niña cuando iba de visita en verano. Esos largos veranos en los que iba a pescar con su abuelo en el lago, o en los que se tumbaba sobre el césped al lado de su abuela Marie para ver como las nubes flotaban en el cielo... ese había sido su refugio durante las últimas semanas, donde se escondía del mundo y dejaba que sus recuerdos vagasen a días mejores, cuando era niña y los problemas no existían.

Cuando cuatro semanas atrás llegó a Big Lake justo al amanecer, apenas podía mantenerse en pie, habían sido un día y una noche muy largos y llenos de emociones. Había pasado de la adrenalina de la alegría por ver que Daniel dejaría de estar en su vida para siempre como su marido, al dolor por perder a Nicholas de igual modo. Se sentía perdida, no sabía donde estaba el norte ni su propia casa, era como un vagabundo ebrio y desorientado. En cuanto llegó a la casa de sus abuelos Hellen, la encargada de cuidar la casa desde que sus abuelos fallecieron, salió a recibirla, era una señora ya entrada en años, con el pelo completamente encanecido y siempre sujeto en un moño en la parte posterior de su cabeza. La

recordaba así desde su niñez, en la que ella siempre la cuidaba cuando estaba allí de visita. Hellen era tierna y amable, le gustaba pasear por el pueblo al atardecer y hacía las mejores galletas con chispas de chocolate que había probado en su vida. Esa mujer estaba en casi todos los buenos recuerdos de su infancia, donde solo podía ser feliz.

Aquella primera mañana que llegó allí de improvisto, Hellen le preparó un buen desayuno, pero las tortitas con nata y el chocolate caliente no fueron suficientes para abrirle el apetito, sentía un fuerte nudo en la garganta que a duras penas le dejaba respirar y mucho menos comer. Se pasó varios días en la cama, levantándose tan solo para lo básico, ir al baño y comer algún tentempié cuando su estómago dolía demasiado. Había vivido varios días como si fuese un fantasma, sin hacer ruido y sin hacer notar su presencia, tanto que la buena mujer cada noche entraba en su habitación para comprobar como estaba y preguntarle si necesitaba algo.

Durante ese tiempo apenas había mantenido contacto con el mundo real, recibía constantes llamadas de sus padres que ignoró por completo, alguna de Autum y Gino para saber como se encontraba y nada más... no quería tener nada que le recordase a sus días pasados en Seattle, quería aislarse para que nada pudiese hacerle más daño. Pero había algo que la obsesionaba, era ese pequeño aparatito que Autum le había regalado y que le había acercado a su Darcy... vivía pegada a él esperando una llamada o un mensaje de su parte. Se preocupaba constantemente de que su batería tuviese carga y que la señal llegase correctamente, obsesivamente esperaba algo que sabía con seguridad no iba a llegar.

Pero se aferraba a aquella pequeña esperanza, era como si estuviese en lo alto de un árbol, sujeta precariamente a una de las ramas más finas, y apenas pudiese mantener el equilibrio. Pero mientras estuviese sujeta tendría esperanza y podría mirar atrás sin que le doliese... o al menos sin que le doliese tanto. Ese día, más de cuatro semanas después de su huida, el dolor continuaba ahí, intacto. Una parte de ella sabía que estaba siendo irracional, debería estar enfadada por el modo en que la trató, pero no podía hacerlo... lo echaba demasiado de menos para eso.

Tan solo quería escuchar su voz, aunque fuese gruñendo y sin los matices dulces y cálidos que siempre la caracterizaban, pero las dos veces que intentó llamarle él no contestó al teléfono, así que desistió en su empeño de explicarle lo que había sucedido porque estaba segura de que él no le dejaría.

—Niña... —escuchó la suave voz de Hellen que había entrado en su

habitación—. ¿Hoy tampoco piensas comer nada?

—Gracias, pero no tengo hambre —susurró sin desviar la mirada del montón de hojas secas que había en el patio. La mujer se sentó en una mecedora a su lado, observándola en silencio y con el ceño fruncido, conocía a esa chiquilla desde el mismo día de su nacimiento, para ella no pasaban desapercibidos el dolor y el vacío de su mirada, pero era tan críptica... Siempre lo había sido, estaba segura de que había sufrido durante toda su vida ante el abandono de sus padres, que se preocupaban más por sus propias vidas que por las necesidades de su hija, pero la pequeña nunca dijo nada. Elizabeth creció siendo independiente y capaz de solucionar sus propios problemas, se cerraba en sí misma y luchaba con uñas y dientes para conseguir lo que fuese, así fue como convenció a su madre de ir a la universidad a estudiar economía y finanzas, también como insistía a su padre de que ella podría hacerse cargo de la compañía cuando se hiciese grande... era una luchadora nata aunque sus progenitores nunca se preocuparon de descubrirlo.

—Cariño... ¿tienes problemas en tu matrimonio? —preguntó de nuevo la mujer con preocupación. Beth, que se había olvidado por completo de su presencia, la miró con el ceño fruncido mientras digería su pregunta, una vez que las palabras cobraron sentido en su mente se le escapó una carcajada ronca y seca.

—No hay matrimonio... realmente nunca lo hubo —negó y cerró los ojos dejando caer la cabeza sobre sus rodillas, giró el rostro hacia la ventana de nuevo y suspiró—. Papá me pidió que me casase con Daniel porque la compañía de los Boid tenía algunos problemas... fui una estúpida por hacerle caso.

—Sabía yo que ese muchacho estaba loco —gruñó la mujer entre dientes y moviendo su puño cerrado en el aire—, voy a tener que azotarlo como cuando era un niño...

—Olvídalo Helen... —sonrió con tristeza—. He solicitado el divorcio y en unas semanas todo se quedará en un error, olvidado espero...

—Pero niña... ¿por qué estás así? Me estás asustando de verdad... ¿tu marido te ha hecho daño, o tu padre o... alguien? Me desespera no saber qué hacer para poder ayudarte —susurró lo último acariciando su cabello con ternura—. Sé que nunca te ha gustado hablar sobre tus problemas, pero si me contases podría ayudarte... recuerda que más sabe el diablo por viejo que por diablo. Beth alzó la cabeza para mirarla durante unos segundos y mordió su labio inferior con fuerza mientras pensaba... debía hablarlo con alguien, todo ese dolor y la culpa la estaban destrozando, la ahogaban y casi no la dejaban respirar. Con Autum no podía contar para algo así, ella le había advertido de las consecuencias de implicarse con



Nicholas y simplemente no quiso escucharla, ahora no podía pedirle consuelo, no era justo. Hellen siempre había estado ahí cuando la había necesitado, era sabia y muy comprensiva, quizás el a...

—¿Perdonarías una mentira? —preguntó desviando la mirada para que no pudiese leer la culpa en sus ojos.

—¿Qué tipo de mentira? —devolvió ella la pregunta.

—Una mentira por omisión, si alguien no te contase algo que se supone importante...

—Eso es complicado cariño, cada persona tiene su propio criterio para el perdón, depende de tantas cosas... el cariño que sientas por la persona que te miente, la importancia del dato que oculta, la disposición a perdonar... todo eso ayuda y lo complica a la vez. Beth suspiró y volvió a mirar de nuevo por la ventana, donde comenzaban a caer algunos copos de nieve entre las gotas de lluvia.

—Eso no me ayuda —masculló cerrando los ojos y dejando escapar una lágrima más, no sabía como pero después de tantas noches de llanto todavía continuaba teniendo lágrimas que derramar.

—Pequeña... las cosas no son tan sencillas —sonrió con ternura—, los perdones hay que ganárselos.

—¿Cómo se hace eso? —preguntó suplicante y mirando fijamente su rostro arrugado y sonriente. Hellen se movió un par de pasos y, haciendo a un lado unos cojines, se sentó a su lado poniendo las piernas de Beth sobre su regazo, acarició su espalda con cariño y secó un par de lágrimas que descendían por sus mejillas.

—¿Vas a contarme lo que ha pasado?

—No puedo... —jadeó ahogando un sollozo— duele mucho y no puedo... La mujer abrazó a Beth y la dejó llorar sobre su hombro unos minutos, intentando consolarla y dejando que dejase salir todo lo que la lastimaba. Ella se acurrucó en su regazo, con la cabeza sobre sus piernas mientras le cepillaba el cabello con los dedos. El atardecer comenzó a caer sobre Big Lake, las farolas de la calle se encendieron y la luz impactó sobre esos ojos marrones que tanto habían brillado a lo largo de su vida, Hellen pudo percibir que en ellos ahora solo quedaba vacío... ¿se sentía tan perdida realmente?

—¿Quién es el padre? —preguntó con voz suave. Beth, que en ese momento mantenía sus ojos cerrados, los abrió de golpe y se acomodó de modo que pudiese

ver su rostro mientras hablaban.

—¿Qué padre? —preguntó confundida.

—No quieras engañarme... ¿crees que no sé que te has escapado de Seattle por eso? —preguntó la mujer con un gesto que fingía ser duro, pero realmente ocultaba diversión—. Sé que estás asustada cariño, pero un bebé no es tan malo, es una bendición de Dios...

—¿Bebé? —Beth se enderezó como impulsada por un resorte y miró a Hellen como si de un momento a otro le fuese a crecer una tercera cabeza—. ¿Bebé? —repitió estúpidamente.

—Lizzie... —la mujer rodó los ojos y se contuvo de darle un coscorrón—. Por lo que me has dicho de tu divorcio y todo eso, Daniel no es el padre...

—¿De qué hablas? No... no... no hay bebé —tartamudeó asustada—, no... ¿quién ha dicho nada de bebés? No hay bebé... —repitió comenzando a ponerse nerviosa sin saber muy bien porqué.

—Estuve con tu madre cuando estaba embarazada de ti, yo misma estuve embarazada un par de veces y, jovencita, puedo oler un embarazo a un kilómetro de distancia...

—¡Yo no estoy embarazada! —exclamó poniéndose en pie de golpe—. No me acosté con Daniel... nunca me puso un solo dedo encima.

—Por eso te pregunto quién es el padre... estoy completamente segura de que entre Daniel y tú no ha pasado nada, no podrías... —Hellen arrugó la nariz mientras lo pensaba de nuevo—. No, Daniel y tú... es imposible.

—Estás loca... —dijo con una risita nerviosa —completamente loca... —negó con la cabeza y pasó una mano por su cabello colocándoselo hacia atrás—. Es... eso que dices es tan absurdo...

—¿Qué me dices de tus náuseas cada vez que te pongo un plato de comida delante? ¿De tus mareos, de tu humor tan cambiante? Un momento estás llorando y al otro estás completamente sumida en tus pensamientos... —enumeró la mujer con una sonrisa de suficiencia—. No quieras hacerme pasar por tonta.

—Estás equivocada... —rio negando con la cabeza —estoy... deprimida, yo... no estoy pasando por un buen momento, eso es todo. Eso que dices es por mi estado de ánimo... Beth volvió a reír con nerviosismo y se pasó una mano de nuevo por su cabello, esa mujer estaba completamente loca... seguro que eran los achaques de la edad... ¿ella embarazada? Bufó mentalmente y negó con la cabeza. Era

completamente imposible, Nicholas se había protegido, ella misma recordaba verlo poniéndose los preservativos antes de que se acostasen... estaba completamente segura, lo hizo la primera noche... y la segunda también, todas las veces. Nicholas siempre cogía un condón del cajón de la mesita de noche.

—¿Y qué me dices de tu periodo? —preguntó Hellen ampliando su sonrisa. Beth la miró confundida, ¿su periodo?

—Todavía falta para eso... —sonrió con suficiencia creyéndose ganadora—. El día diez y ya sabes que soy completamente regular. La mujer se puso en pie y acarició una de sus mejillas a la vez que sonreía.

—Cariño... hoy es día diecinueve... —y dicho eso, la mujer salió de la habitación y la dejó completamente sola.

Estaba paralizada, en shock... no sabía cuanto tiempo llevaba allí de pie pensando en lo que Helen le había dicho... ¿un bebé? Era algo tan absurdo... ¡y loco! ¿Qué iba a hacer ella con un bebé? Además en la situación en la que se encontraba... volvió a reírse de las estupideces de la mujer.

—Vieja loca... —murmuró negando con la cabeza.

Avanzó hasta tumbarse en su cama y encogerse como una bolita, mirando hacia la ventana y pensando de nuevo. Intentaba recordar las horas con Nicholas, las risas en las llamadas de teléfono y los constantes *e-mails* que se enviaban... todo le parecía tan lejano y hacía apenas unas semanas de ello. De nuevo, y sin querer hacerlo, pensó en las palabras de Helen y en su supuesto embarazo... estaba segura de que no había tal, pero la idea por un momento le pareció maravillosa. Nunca había pensado en ser madre, al menos no más allá de un plan de futuro cuando encontrase al hombre adecuado con el que compartir esa experiencia, pero hasta ese momento nunca lo había pensado como algo real y posible. Se imaginó a sí misma con una enorme panza de embarazada, llevando al bebé de Nicholas en su interior, sintiendo como se movía y pateaba, como crecía... se descubrió llorando de nuevo y casi se golpea por ello.

—Estúpida niña sentimental... —se recriminó a sí misma estirándose y colocándose mirando al techo. Un bebé... se repetía mentalmente una y otra vez y, de manera inconsciente, una de sus manos acariciaba su vientre plano donde se supone debería estar ese bebé imaginario. Pensó en como serían las cosas si de verdad estuviese embarazada, buscaría a Nicholas para decírselo y aunque él la odiase y no pudiese perdonarla, con el bebé tendría que ser diferente... era una parte de él, algo que ambos habrían creado con tanto cariño. Las lágrimas

continuaban naciendo en sus ojos por más que se empeñase en detenerlas, rodaban por sus sienes y se perdían entre su cabello. La imagen de él acariciando su vientre, o con un bebé en brazos le pareció tan tierna e idílica... pero era imposible, no había ni una remota posibilidad de un embarazo, él se protegió siempre y...

Se incorporó de golpe cuando recordó la última noche, la rudeza con que la trató, los movimientos bruscos y las penetraciones profundas... todo había sido muy rápido y confuso ¿se protegió Nicholas en ese momento? Se puso en pie de golpe y su cabeza dio vueltas haciéndola caer de nuevo sobre el colchón, sus manos fueron hacia sus sienes, que latían dolorosamente y las masajeó lentamente intentando hacer memoria... ¿se protegió? Y la ocasión después del restaurante y del paseo... en el sofá... ¿el condón? Estaban tan necesitados en ese momento que no recordaba nada más allá de sus labios besándola y sus manos acariciando su piel... pero no podía ser... era imposible. Encendió la lámpara, ya que la noche había caído y todo estaba casi a oscuras, buscó su teléfono móvil y en él el calendario... era día diecinueve... diecinueve de noviembre... tenía nueve días de retraso ¿dónde mierda estaba su periodo?

Guardó su teléfono en el bolsillo y salió de su habitación bajando las escaleras de dos en dos, le importaba muy poco estar en pijama y con unas pantuflas de andar por casa, tampoco le importó llevar el cabello revuelto y con una trenza casi desecha. Salió al exterior y se metió en su coche a toda velocidad, lo puso en marcha y condujo como una demente por las desiertas calles de Big Lake a esa hora de la noche. Maldijo entre dientes al llegar a la farmacia y encontrarla cerrada... ¿pero qué esperaba a esa hora?

Condujo hasta la ciudad vecina sintiendo el corazón en la garganta... ¿qué haría si realmente estaba embarazada? Sus manos temblaban sujetando el volante del coche y el pie que pisaba el acelerador casi le dolía ante la necesidad de pisar a fondo e ir a toda velocidad. La autopista nunca le había parecido tan larga y estresante, tan solo quería llegar cuanto antes a la entrada de la ciudad donde recordaba que había una de esas tiendas que abren las veinticuatro horas y allá seguro que tendrían lo que necesitaba.

Cuando estacionó el coche frente al establecimiento bajó de él todo lo deprisa que sus pies se lo permitieron, entró en la tienda y buscó desesperadamente un test de embarazo entre las estanterías. Cuando lo encontró casi salta de alegría... al fin saldría de dudas. Se acercó a la cajera para abonar el importe y disimuladamente le preguntó si allí había algún baño público. Siguiendo las indicaciones de la empleada, fue hasta el fondo del local y entró en aquella

pequeña habitación. Los minutos se le hacían eternos mientras miraba aquella cosa, pero nada parecía cambiar, en aquel pequeño espacio se habían dibujado dos rayas perfectas y no parecían querer salir de allí. ¿Un positivo se podría volver negativo si esperaba un poco más? Volvió a releer las instrucciones y allí lo ponía muy claro, ese maldito test decía que estaba embarazada... Se golpeó la frente contra la pared repetidas veces a la vez que maldecía entre dientes... ¿Qué iba a hacer ahora? Caminó ausente hacia su coche, se subió en él y miró el cartel parpadeante de la tienda durante unos minutos completamente sumida en sus pensamientos derrotistas, no sabía ni por donde empezar a plantearse su vida a partir de ese momento.

—Nicholas... —susurró inconscientemente pensando en todo a la vez. Su mirada acabó en el asiento del copiloto donde había dejado su teléfono. Sabía que debía llamarlo y decírselo, pero cuando tuvo el aparato entre sus manos fue incapaz de hacerlo, ya no solo porque por la diferencia horaria, en Chicago era de madrugada y él estaría dormido, más bien porque no sabía que decirle.

Cerró los ojos y descansó la cabeza en el respaldo del asiento... un bebé... un bebé de Nicholas... sintió de nuevo las lágrimas en sus ojos y apretó los puños con fuerza para no llorar.

Ese debía ser un momento feliz para la mayoría de las mujeres, era un momento importante que se debe guardar en la memoria porque será único e irrepetible... debía de estar feliz, sonriendo... ¡tendría un bebé de Nicholas! Una parte de su mente lo analizaba una y otra vez, intentando encontrar algo a lo que aferrarse y deducir que todo aquello era un sueño, o una pesadilla en tal caso... era el peor momento y estaba en la peor situación para tener un bebé. Pero otra parte de su mente estaba eufórica, había perdido a Nicholas por culpa de su estupidez, aunque no fuese una pérdida permanente porque esperaba su perdón, pero ahora tenía una parte de él creciendo en su interior, algo que les obligaría al menos a verse de vez en cuando por el bien de ese niño... eso tan solo si Nicholas lo aceptaba, claro.

Ese pensamiento trajo de nuevo un río de lágrimas que se desbordaba por sus mejillas... ¿qué haría ella sola con un bebé? Buscó de nuevo el teléfono en el asiento de al lado y marcó un número de la marcación rápida sintiendo como el aire cada vez era más escaso y le costaba más entrar en sus pulmones.

—¿Lizzie? —preguntó su voz adormilada después de varios tonos y hasta ese momento, no se dio cuenta de lo que necesitaba mirar sus ojos para sentirse bien.

—Autum... —gimió apretando un puño en su pecho que cada vez dolía más.

## CAPÍTULO 15

*Seattle, 21 de Noviembre de 2009*

Elizabeth miraba ausentemente por la ventana con una taza de chocolate en sus manos, en Seattle nevaba suavemente y hacía mucho frío como era costumbre y el día estaba gris y oscuro. Su mente no dejaba de trabajar aunque su semblante era tranquilo. Al otro lado de la mesa de aquella cafetería estaba Autum, removiendo su *cappuccino* y mirándola fijamente esperando que reaccionase, también estaba Gino, sumido en sus pensamientos y con el ceño tan fruncido que sus cejas casi se tocaban. Autum esperaba de Elizabeth un estallido de lágrimas como la otra noche cuando la llamó desecha en llanto, o tal vez esperaba una crisis de ansiedad o un ataque de risa, pero simplemente no había nada reflejado en su rostro, su amiga era como una pared en blanco.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó en un susurro por temor a asustarla. Ella parpadeó como si acabase de despertar y la miró confundida.

—¿Con qué?

Autum suspiro y señaló el sobre blanco que estaba en la mesa.

—Hablo de eso Lizzie, de ese bebé... ¿qué piensas hacer? —gruñó como respuesta. No confiando en el resultado de un test casero, Autum la convenció para que se hiciese una analítica de sangre, se la había hecho el día anterior y una hora antes le habían dado el resultado: positivo, tal y como ya sabía.

—No lo sé... —Elizabeth bajó la mirada a la taza de chocolate y suspiró—. Estoy asustada y muy confundida.

—Lo entiendo y no quiero presionarte, pero tienes que decírselo —susurró mirándola a los ojos intensamente. Ella negó con la cabeza y sus labios se estiraron en una mueca que pretendía ser una sonrisa triste.

—He intentado llamarlo hace días pero no responde, ni siquiera contesta a mis *e-mails* diciéndome que no quiere saber nada de mí —dijo con voz cansada.

—Lizzie... él tiene derecho a saber, también es su hijo...

—Lo sé... —suspiró.

—Llámallo, mueve cielo tierra, llama a las oficinas donde trabaja o incluso viaja a Chicago si es necesario... ¡pero díselo!

—exclamó Autum.

—No sé cómo se lo tomará, si querrá hacerse cargo o... qué es lo que hará... —negó con la cabeza y bajó la mirada de nuevo a su chocolate.

—Tienes la obligación de darle la opción de decidir, puede que tú te hayas equivocado pero ese bebé no tiene la culpa.

—Él también se equivocó —murmuró Elizabeth frunciendo los labios —, fue tan... brusco, no merecía que me tratase tan mal...

—De acuerdo —admitió Autum—, pero volvemos a lo mismo, ese bebé no tiene la culpa de los errores que hayáis cometido vosotros, tienes que decírselo y cuanto antes.

—De acuerdo... Elizabeth miró a su amiga unos segundos y después de rebuscar su teléfono en el bolso buscó su nombre en la agenda, miró las letras que lo formaban y sonrió con melancolía. La mariposa que siempre parecía volverse loca justo antes de escuchar su voz, despertó en ese momento y comenzó con un aleteo suave, aunque también constante. Con un suspiro resignado pulsó el botón de llamada y se llevó el aparato hacia la oreja, no tardaron en escucharse los tonos característicos de llamada y... tres pitidos después la llamada fue rechazada. Elizabeth dejó caer el teléfono sobre la mesa y se tapó el rostro con ambas manos.

—Ha colgado... —su voz sonó amortiguada a causa de sus manos—. No quiere saber nada más de mí y... es mejor así.

—¿Pero qué... cómo que es mejor así? —preguntó Autum sorprendida y asustada a partes iguales—. ¿No vas a decírselo?



—Claro que lo haré, pero necesito asimilarlo, tan solo hace una hora que estoy cien por cien segura... déjame tomar consciencia de todo —pidió todavía ocultando su rostro.

—Gino di algo, pareces mudo —gruñó Autum mirando en su dirección. El interpelado agitó su cabeza para salir de sus pensamientos y miró a sus amigas intermitentemente, dedicando a Elizabeth una mirada más intensa y cargada de significado.

—Ese embarazo puede probar la infidelidad y complica mucho el divorcio... lo sabes —aseguró—. Haré lo posible por protegerte, pero...

—Lo sé... —susurró todavía con la cara oculta— esto es una mierda...

—Y tienes que decírselo al tipo ese —masculló dando un sorbo a su café negro y sin azúcar.

—¡Ya lo sé! —exclamó alejando las manos de su rostro y mirándolo amenazadoramente—. Voy a hacerlo, ¿de acuerdo? Tan solo... tan solo dejadme respirar un poco, me estáis ahogando con tanto «*tienes que decírselo*» —intentó imitar la voz de Autum—. Sé que tengo que hacerlo, pero necesito tiempo para pensar en como lo haré. Pasaron un par de minutos en silencio, en los que ella tomó unos sorbos de su chocolate sintiendo como poco a poco comenzaba a entrar en calor, desde que salió de aquella habitación de hotel semanas atrás sentía su cuerpo más frío de lo habitual.

—¿Dónde vas a quedarte? —la pregunta de Gino fue tan solo por curiosidad y también para ofrecerle asilo, pero Elizabeth frunció el ceño y le miró confundida.

—No lo sé... —admitió con un hilo de voz— con mis padres no quiero volver y Daniel... no, tampoco quiero ir a esa casa.

—Pues nada de hoteles, te vienes conmigo o con Gino —añadió Autum dedicándole una mirada amenazante.

—No tenéis por qué hacerlo —negó con la cabeza y se acomodó mejor en el respaldo de la silla—, puedo cuidarme. Buscaré un hotel mientras no encuentre un apartamento para mí sola. No quería ser egoísta, sabía que sus amigos no dudarían en ayudarla, pero creía que ya habían hecho suficiente escuchándola y apoyándola, imponiendo su presencia en sus casas y volver sus vidas del revés no era algo que quisiese añadir a la lista de cosas que había hecho mal durante los meses anteriores.

—Sabemos que puedes cuidarte, pero no puedes estar sola... —Gino la miró

con suspicacia—. Estás embarazada, si te ocurre algo y nadie está contigo no podría perdonármelo.

—Estaré bien —rezongó.

—Pero por si acaso... —dijo Autum y de repente sonrió— tenemos que cuidar de nuestro sobrino o sobrina...

—¿Por qué das por hecho que me voy a quedar al bebé? —la voz de Elizabeth sonó baja y casi irreconocible, tanto que sus amigos fruncieron el ceño al escucharla hablar de ese modo.

—Porque te conozco, adoras a Darcy y no serías capaz de hacerle daño a un ser inocente —dijo Autum y parpadeó con inocencia.

—¿Quién mierda es Darcy? —la pregunta de Gino las hizo sonreír a ambas—. Os escucho hablar de él y no tengo ni idea de a quién os referís.

—Es el padre del bebé de Lizzie.

—¿Se llama Darcy? —él estaba estupefacto—. ¡Qué imaginación tan prodigiosa la de sus padres! —añadió rodando los ojos.

—Se llama Nicholas, Darcy es solo... un sobrenombre —aclaró Elizabeth encogiéndose de hombros.

—Nicholas Bratcher —agregó Autum con suficiencia.

—¿Bratcher? —Gino frunció el ceño y negó con la cabeza—. Tuve un par de juicios en su contra, los perdí... tiene una buena plantilla de abogados, creo que su compañía tiene bufete propio.

—¿Eso nos importa? —preguntó Autum con los ojos muy abiertos—. Piensa en lo importante, Lizzie tiene que decírselo a Nicholas y Nicholas tiene que escucharla... ¿cómo y cuándo será eso?

—Autum... —Elizabeth susurró su nombre con voz cansada y derrotada—. Soy yo la que debe hacerlo y la que decidirá cómo, cuándo y dónde... así que olvídale ya. La chica frunció los labios callándose una respuesta, sabía que su amiga no estaba pasando por un buen momento, tan solo quería ayudarla pero ella no parecía querer colaborar.

—Necesitas descansar... tienes mala cara —agregó Gino. Elizabeth le miró y asintió.

—Casi no he dormido... —suspiró—. ¿Sabéis algo de Daniel?

—preguntó mirándolos de hito en hito. Ellos se miraron uno al otro y después en su dirección, hasta que Gino suspiró.

—Lo último que supe de él es que está viviendo en casa de su secretaria, apenas te fuiste de Seattle él salió a cenar con ella y las fotos estuvieron en la portada de varias revistas... todo un escándalo en Price Ltd., ¿no lo has visto? —preguntó a lo que ella negó con la cabeza.

—Estuve un poco ocupada auto inculpándome... las revistas eran lo de menos —contestó en tono amargo—. Necesito ir a buscar mis cosas a ese apartamento.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntaron Autum y Gino a la vez. Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Necesito estar sola... —susurró con melancolía —tengo mucho que pensar.

—Pero... —intentó protestar Gino.

—Estaré bien, él no está viviendo ahí... no te preocupes —dijo poniéndose en pie—. Os llamo con lo que sea.

—¡Esta noche duermes en mi casa! —exclamó Autum—. Si no vienes iré a buscarte donde quiera que estés...

—¿Incluso a Chicago? —preguntó ella con una ceja alzada.

—¿Vas a ir a Chicago?

—Creo que sí... sé que no podré hablar con él por teléfono... y tampoco es como si una noticia de este calibre se pudiese dar así —frunció los labios y Autum sonrió.

—¿Quieres que vaya contigo? Como apoyo moral... —dijo entusiasmada—. Puedo hablar con mi padre y no le importará que falte al trabajo un par de días.

—No es necesario, estaré bien —intentó sonreír para que así al menos ella pudiese creer su mentira, pero no estaba segura de haberlo conseguido. Después de una despedida prometiendo cuidarse mucho, Elizabeth salió de aquella cafetería sintiendo su cuerpo pesado y agarrotado. Ya no sentía la tensión de saber si esperaba un hijo o no, estaba completamente segura de ello, ahora que era totalmente consciente de que una vida crecía en su interior la tensión quedó atrás y solo sentía cansancio, cansancio y un sopor que le obligaban a bostezar cada pocos minutos. Aprovechó estar cerca del apartamento que compartía con Daniel y fue caminando hacia allí, como les había dicho a sus amigos tenía mucho que pensar,

mucho que decidir y mucho que hacer. Su vida cambiaba por completo, en tan solo unas horas todo había dado un giro de ciento ochenta grados y se sentía inestable, aunque a la vez muy segura del paso que estaba dando.

No esperaba un bebé, mucho menos que el padre fuese una persona que prácticamente no conocía, pero las cosas se habían presentado así y lo aceptaba. Aceptaba el papel que el destino le estaba brindando y esperaba poder hacerlo lo mejor posible, al menos mejor que sus propios padres lo habían hecho con ella. Pero ante esa nueva perspectiva en su vida se presentaban también nuevas responsabilidades, una persona dependería de ella al cien por cien y debería comenzar a pensar un poco en el futuro, en cómo afrontaría la situación; estaba sin trabajo y, pese a que tenía dinero suficiente para subsistir toda su vida sin trabajar, no quería ser una mujer abnegada a su hijo, recluida en su casa simplemente viviendo por y para él.

Debía encontrar un trabajo pronto, un apartamento y en él preparar un espacio para el bebé, un bebé de Nicholas... sonrió como una estúpida al pensar en eso... tendría a su bebé. El recuerdo de Nicholas le recordó también las palabras que le había dicho a Autum, tenía que viajar a Chicago si quería que él la escuchase. Tenía en su mano la prueba fehaciente de que ese hijo era suyo, en el resultado de las analíticas especificaba que estaba embarazada de aproximadamente cinco semanas, justo el tiempo exacto que hacía que no se veían. Suspiró mirando al cielo y rogando a los dioses, no era creyente pero necesitaba un poco de ayuda externa, y mientras veía el edificio que compartía con Daniel a lo lejos, llamó al aeropuerto y reservó un billete hacia Chicago para esa misma tarde.

Le quedaban apenas tres horas para tener que presentarse en la puerta de embarque, así que apuró el paso para llegar a aquella casa de una vez y poder salir de allí cuanto antes. Cuando se bajó del ascensor sintió como los cabellos de su nuca se erizaban, metió la llave en la cerradura y abrió la puerta con extremo cuidado, temerosa de lo que podría encontrar al otro lado. Todo estaba exactamente como lo recordaba, no había nada fuera de lugar y el apartamento daba la sensación de llevar varias semanas deshabitado.

Se sintió aliviada por ello, en su estado emocional actual no se sentía con fuerzas para salir victoriosa de un enfrentamiento directo con Daniel. Subió los escalones hacia el que había sido su refugio hasta hace unas semanas y todo estaba tal y como lo dejó. Sin perder más tiempo, sacó una maleta del armario y comenzó a llenarla con sus cosas, no podría llevárselo todo de una vez y mucho menos en un taxi, pero guardaría lo más importante y algo de ropa. Cuando miró hacia la

mesa donde tenía el ordenador sintió un pellizco en su estómago, ¿cuándo se torcieron tanto las cosas? Echaba de menos hablar con su *Darcy*, necesitaba su voz en su día a día para sentir que podía con todo... pero con suerte lo vería, no ese día porque el vuelo llegaría tarde, pero al día siguiente esperaba acampar en la puerta del edificio de Bratcher S.A. hasta verlo salir de él y poder contarle todo. Cerró el ordenador portátil y lo guardó dentro de su funda, era algo especial que no podía dejar en manos de Daniel, no... suspiró guardando también la *webcam* y sonrió al recordar la primera vez que se vieron gracias a ella, los nervios, la emoción... la mariposa de su estómago revoloteó ansiosa ante la idea de verlo de nuevo al día siguiente y esta vez cara a cara y no con una pantalla de por medio.

Cogió el portátil en una mano y la maleta en la otra, dispuesta a irse de allí y dejar atrás ese capítulo de su vida al lado del que un día fue su mejor amigo. No había sido de las mejores épocas, había sufrido mucho, habían jugado con ella y ella se había dejado, pero como todo lo malo tiene su parte buena, se llevaba la dicha de haber conocido a Nicholas y de tener un proyecto de futuro con él creciendo en sus entrañas. Aun así, al bajar el último escalón su pecho se estrujó, Daniel todavía le dolía. Había sido su mejor amigo, uno de sus confidentes y alguien a quien quería con locura... dejarlo atrás y con el sentimiento de traición y engaño todavía latente era más doloroso todavía. Suspiró resignada, eso se había salido de su control, él mismo se ganó el odio que sentía hacia él y su padre.

Estaba por salir cuando la puerta se abrió sorpresivamente y ella dio un paso atrás asustada. Jadeó, su corazón dio un brinco y los nervios apresaron su estómago en cuanto vio a Daniel frente a ella. Él no sonreía pero tampoco parecía infeliz, su semblante era serio y hasta podía vislumbrarse un poco de prepotencia en su mirada, ese no era su Daniel... no podía ser el mismo con el que engañaba a sus padres para poder salir de fiesta los sábados sin que ellos se enterasen, tampoco el mismo que en cada cumpleaños le regalaba una caja de sus bombones favoritos y se negaba a comerlos para que ella tuviese más... ¿dónde estaba su mejor amigo?

—Has regresado —su voz sonó afilada y en un gruñido, Elizabeth casi no la reconoció y se estremeció de pies a cabeza.

—Solo he venido a por mis cosas —aclaró—, ya me voy... —intentó pasar a su lado hacia la puerta, pero él la sujetó del brazo y la detuvo.

—Espera unos minutos... —pidió con aquella voz que sí reconocía, la del Dan que adoraba—. Me gustaría que hablásemos, hace mucho que no lo hacemos. Ella tomó una fuerte bocanada de aire y lo dejó salir con lentitud, quería irse de allí

cuanto antes a un lugar tranquilo y seguro, se sentía cansada y al borde de la inconsciencia a causa de aquel sopor que todavía sentía, pero pese a todo él era su amigo... o lo había sido. Elizabeth dejó la maleta y el ordenador en el suelo y se giró para mirarlo.

—¿Hablar sobre qué? —preguntó con hilo de voz.

—Nos lo debemos, han pasado muchas cosas —dijo él con voz suave—. El divorcio es inminente, pero... me niego a dejarte ir así... hablemos por favor —suplicó extendiendo un brazo hacia el salón principal.

Elizabeth suspiró y accedió a su petición, no sabía realmente por qué, pero ella también creía que hablar con Daniel, con el verdadero, sería algo bueno. Ambos se sentaron en el sofá, uno frente al otro y en silencio durante unos minutos, ella no sabía muy bien qué decir, era Dan, pero a la vez no lo era. Sentía un muro invisible entre ellos y no tardó en darse cuenta de que ese muro era su falta de confianza en él, le había engañado, había intentado violarla... no podría ser Dan, nunca más lo sería...

—¿Cómo has estado? —preguntó él de repente asustándola y haciendo que se sintiese un poco incomoda.

—Bien... —carraspeó y se puso en pie —tengo que irme.

—Me has dicho que hablaríamos —espetó entrecerrando los ojos.

—Pero recordé que Autum me está esperando... adiós Daniel —intentó avanzar hacia la puerta pero él no le dejó dar más de dos pasos antes de sujetarla de nuevo e impedirlo.

—¡No! Vamos a hablar —alzó la voz. Se encogió un poco atemorizada por el cambio repentino de su actitud, pero aun así intentó forcejear para librarse de su agarre y salir de allí. Pero Daniel era más fuerte, apretó su antebrazo con fuerza y de un tirón la atrajo hacia su cuerpo.

—Cariño, estás muy pálida... —susurró acariciando una de sus mejillas con la punta de un dedo—. ¿Seguro que estás bien? No se dejó engañar por el tono dulce de su voz en ese momento, sabía con certeza que tenía que salir de allí en ese momento y no dejaba de repetir en su mente que haber ido sola a ese apartamento era de sus peores errores.

—Sí... —medio gimió con los dientes apretados.

—Autum puede esperar... —la empujó de nuevo contra el sofá y ella jadeó por la sorpresa cayendo sobre los cojines—. Tengo una par de cosas que enseñarte

antes. Elizabeth lo miraba con el ceño fruncido y se sobó el brazo que él había lastimado, seguro que al día siguiente tendría cardenales de nuevo... a ver cómo le explicaba eso a Gino sin que saliese a buscarlo como la otra vez.

—Daniel... nos estamos divorciando, si tienes algo que hablar o enseñarme, espera hasta el día de la reunión con nuestros abogados, ya no puede retrasarse mucho más —intentó hacerlo entrar en razón.

—La reunión... —Daniel dejó salir el aire por la nariz sonoramente y la miró a los ojos con tanta frialdad que se estremeció de nuevo—. En esa reunión también las mostraré... ¡que divertido será ese día! —sonrió con arrogancia pero la sonrisa no le llegó a los ojos, era un gesto más siniestro que alegre.

—¿De qué hablas? Daniel, todavía sonriendo, metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó de él un sobre color manila, lo abrió y sacó su contenido extendiendo unas fotografías sobre la mesa de café que tenían frente a ellos. Elizabeth miró cada una de ellas sintiendo como un nudo se cerraba en su garganta, el miedo le hizo comenzar a temblar y también, tenía que admitirlo, sentía un poco de nostalgia por lo que podía ver en ellas.

—¿Quién es él? —gruñó Daniel haciendo que diese un respingo. Ella miró de nuevo las fotos, ella y Nicholas entrando en aquel restaurante, ella y él saliendo después tomados de la mano y sonriendo... ella y él paseando, ella y él sonriendo mientras se miraban, ella y él besándose, cuando iban a la carrera hacia el hotel, cuando la levaba sobre su espalda... Sintió como algo en su pecho se quebraba y dolía, dolía tanto que sus costillas no podían soportar el peso de ese dolor y amenazaban con romperse. Y el miedo, ese sentimiento helado, se deslizaba por su piel y le hacía temblar más a cada segundo que pasaba... ¿qué haría Daniel ahora?

—¡Te he preguntado quién diablos es este hombre! —rugió Daniel. Ella entreabrió los labios y comenzó a respirar con dificultad, el miedo se colaba por sus poros y casi no podía pensar con claridad.

—¿Me... me has seguido? —preguntó con una voz tan ronca y ahogada que no parecía suya.

—No lo hice... estaba de viaje, ¿recuerdas? —preguntó mirándola y sonriendo con cinismo—. Me pareció muy extraño que tu padre me enviase a mí a Georgia cuando eras tú la que solía hacer esos viajes, así que contraté un detective privado para que te siguiese.

—¡Eso es ilegal! —chilló ella poniéndose en pie—. ¿Dónde está mi derecho a la intimidad?

—Con tus votos de amarme y serme fiel hasta la muerte —masculló él—. Te he hecho una pregunta y todavía estoy esperando una respuesta... ¿quién cojones es ese tipo?

—No te importa —espetó con furia—. Vamos a separarnos, ¿qué más te da eso ahora?

—Me has sido infiel y no sé si has olvidado cierto contrato prenupcial que firmaste, querida Elizabeth...

—Tú también has sido infiel, me lo confesaste hace unas semanas y... —se detuvo a pensar y lo miró directamente a los ojos—. Y las revistas, has estado con tu secretaria todos estos días... también tengo pruebas en tu contra.

—¿Crees que me importa? —gritó enfurecido—. Eres mi esposa... ¡mía! Y no puedes ir por ahí restregándote con cualquiera. Ella parpadeó sorprendida, Daniel no podía hablarle así... él no era así. Se pasó una mano por la frente para intentar pensar bien, descubrió que la tenía perlada de sudor y un suspiro entrecortado se escapó entre sus labios. Sintió su estómago pesado, como siempre antes de vomitar e intentó alejarse para ir al baño.

—No he acabado contigo ¡maldita sea! —gritó Daniel volviendo a empujarla y ella calló sobre el sofá una vez más—. Tengo mucho más que decirte... ¿por qué mierda has vendido tus acciones? ¿Qué digo vender? Se las has regalado al estúpido ese que Simon I amó... ¡esas acciones eran mías!

—Es la compañía de mi abuelo y tú no tienes ningún derecho sobre ella —masculló como pudo sintiendo un fuerte mareo que la obligó a sujetarse la cabeza con ambas manos. Daniel la miró en ese momento, aunque ella tenía los ojos fuertemente cerrados, pero los de su todavía esposo parecían a punto de salir de sus órbitas y estaban inyectados en sangre, la miraba con tanta furia y desprecio que ni siquiera él mismo podía creérselo.

—Eran mías, yo... yo he luchado por ellas —dijo intentando controlar el tono de voz.

—¿Que tú has qué? —preguntó Elizabeth mirándolo entre sus parpados entrecerrados—. Lo que has hecho es hundir la compañía...

—Escucha Elizabeth, estoy cansado de tus juegucitos y tú y yo vamos a llegar a un trato.

Ella intentó respirar por la nariz lentamente, segundos después pareció recuperar un poco la fuerza y lo miró fijamente.



—¿Qué clase de trato? —preguntó en un susurro.

—Tienes que convencer a Simon para que me ceda sus acciones —dijo Daniel con entereza.

—¿Qué? —chilló ella poniéndose en pie de nuevo, la rabia y la impotencia le habían ayudado a soportar mejor las náuseas—. Estás completamente loco si piensas que voy a hacer eso.

—Vas a hacerlo... —gruñó.

—Lo que voy a hacer es irme de aquí —dijo comenzando a caminar hacia la puerta. Daniel se puso en pie y fue tras ella, en cuanto cogió las maletas se las arrebató de las manos y las tiró al suelo con violencia.

—Estamos hablando y no me gusta que me dejen con la palabra en la boca... ¿entendido? —chilló mirándola. Ella dio un paso atrás asustada, esa misma escena había pasado en esa misma casa meses atrás y con resultados desastrosos, en ese momento se arrepentía más que nunca de no haberle hecho caso a Gino y dejar que la acompañase, las cosas serían muy diferentes si fuese así. Daniel le asustaba, no había ni un solo resquicio del hombre que creía que era.

—Quiero las acciones de Simon... y las quiero cuanto antes...

—masculló con voz amenazadora.

—Dan... deja que me vaya... —su voz tembló y se esforzó en ocultar un par de lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos.

—¿Te vas a ir con él de nuevo? ¿Por eso has solicitado el divorcio? —preguntó dando un nuevo paso hacia ella—. ¿Me dejas por ese estúpido infeliz?

—No estoy con él... —su barbilla tembló y apretó los dientes para evitarlo.

—No mientas... vi las fotos... —susurró negando con la cabeza—. Te vi con él y... le besabas... ¿por qué a él le besas?

—Daniel... fue solo una noche... —intentó de nuevo hacerlo entrar en razón y al dar un paso más hacia atrás se encontró con la pared pegada a su espalda.

—¡Mientes! —gritó de nuevo y dio un golpe con su puño cerrado en la pared justo al lado de su cabeza—. Eres una puta mentirosa... ¡mientes!

—Dan... —gimió asustada.

—Te vas para encontrarte con él... ¿va a besarte? ¿Vas a besarle tú a él? ¿Qué tiene él que yo no? ¿Más dinero... te compra joyas? Mierda Elizabeth... ¡habla! Ella

dio un respingo asustada ante sus gritos, si minutos antes se sentía mareada, en ese momento todo le daba vueltas. Se sujetó como pudo a la pared y cerró los ojos, respiró profundamente y con lentitud por la nariz expulsando el aire por la boca, pero el olor de la loción de Daniel le dio náuseas y casi vomita.

—Mírame a los ojos y dime de una puta vez qué es lo que tiene ese jodido hijo de puta, dime qué puede darte él que no pueda hacerlo yo —exigió con voz demandante.

—Daniel... no... —susurró sin fuerzas.

—¡Elizabeth habla! —la sujetó de los hombros y la zarandeó unos segundos antes de empujarla contra la pared en un golpe sordo que le hizo perder todo el aire. El olor de su loción la golpeó de lleno cuando jadeó buscando oxígeno, se aferró a sus antebrazos para no caerse, sus piernas se debilitaron de repente y su cabeza pesaba más de lo habitual. La tensión, el miedo... el pensar que algo podría pasarle a su bebé si él le hacía daño... Su bebé... Un nudo se cerró con fuerza en su garganta y sintió la bilis ardiendo en su esófago.

—Dan... necesito... baño... —balbuceó incoherentemente rezando para que la liberase. Pero él no escuchaba, no podía hacerlo, la ira lo tenía completamente cegado y no era capaz de reaccionar a nada que no fuesen sus propios deseos.

—¡Escúchame! —alzó la voz de nuevo y volvió a golpearla contra la pared.

—No... —forcejeó con las últimas fuerzas que le quedaban, intentó empujarlo inútilmente y entonces ocurrió... Sintió un escozor insoportable en el lado izquierdo del rostro, justo donde su mano había impactado, y algo cálido y húmedo comenzó a deslizarse desde la comisura de su labio hacia su barbilla. Se le escapó un gemido y sus piernas perdieron toda su fuerza quedando sentada en el suelo, con su espalda apoyada en la pared y completamente desorientada. Daniel la miró fijamente unos segundos, tenía la respiración agitada y sus manos temblaban, se agachó para intentar ayudarla completamente arrepentido de lo que había hecho, pero ella lo alejó con un débil empujón. Eso lo enfureció más...

sus manos se cerraron en puños y dejó de pensar, sujetó su cabeza con ambas manos y tirando de su cabello le obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Si yo fuese el hijo puta ese al que te tiras, me alejarías de ti de este modo? —preguntó entre dientes —. ¡Dime la verdad!

—Basta... por favor... —suplicó Elizabeth en un susurro.

—¡Contesta! Ella solo pudo negar con la cabeza, se sentía aturdida, su

cuerpo pesaba y comenzó a sentir un dolor punzante en el vientre. Pero él no la dejó apenas reparar en ello cuando sujetó sus piernas y de un tirón la dejó tumbada en el suelo, se colocó sobre ella y volvió a sujetar su rostro para obligarle a mirarlo.

—¿Cómo te gusta que te follen? —le preguntó con un jadeo ahogado—. ¿Cómo te folla ese hijo de puta, duro o más suave? Tú eres de las calladitas, seguro que eres una buena zorra en la cama...

—Dan... —susurró asustada—. No... por favor... Dan... Pero él no la escuchaba, su mano libre descendió por su cuerpo, tocando esas zonas que siempre habían sido prohibidas para él, llegó a sus caderas y haciéndose un poco hacia un lado metió la mano bajo su falda, entre sus piernas y bajo su ropa interior, acariciando lo que no debía y sintiendo como esa zona estaba más húmeda de lo que debería.

—Si lo estás deseando... —exhaló contra su rostro.

—Daniel... —hipó con un hilo de voz. Ella se removió intentando evitarlo, pero era inútil, todo su cuerpo estaba haciendo presión sobre el suyo y no podía moverse, solo dejarse hacer mientras sentía aquel aturdimiento colapsándola, haciéndola sentir más débil a cada segundo. Tan solo podía sentir las lágrimas que quemaban al salir de sus ojos cerrados y todo desapareció...

—Seguro que hueles delicioso... —susurró Daniel contra sus labios golpeándola con su aliento. Alzó la mano que tenía entre sus piernas, la llevo hacia su nariz para olerla pero se quedó completamente paralizado, sus dedos estaban completamente cubiertos de sangre, una sangre roja y brillante... se hizo a un lado y miró su cuerpo, casi inerte, apenas con un signo de vida en su respiración lenta y superficial. En su falda había una enorme macha roja que también brillaba al contacto con la luz... jadeó y se alejó de ella dando un salto hacia atrás. ¿Qué estaba haciendo? Ella era Elizabeth...

—Lizzie... —susurró acercándose a ella y moviendo su hombro con delicadeza—. Lizzie... —insistió al no obtener respuesta. La miró durante unos segundos sin saber qué hacer, ella estaba inconsciente, estaba perdiendo mucha sangre y no sabía de donde salía... miró a ambos lados buscando una solución, esperando que por una iluminación divina algo le indicase qué hacer. Vio sus cosas en la puerta, tiradas en el suelo, corrió hacia ellas, se limpió la sangre se sus manos en el pantalón y buscó el teléfono móvil dentro de su bolso. Con los dedos tan temblorosos que casi no podía pulsar las teclas, buscó el nombre de Gino y le envió un mensaje de texto: «Necesito ayuda, estoy en casa de Daniel». Volvió a su lado y dejó

el teléfono en su mano, acarició su cabello con delicadeza y se puso en pie, recogió las fotos que había dejado sobre la mesa y salió de aquel apartamento dejando claro su nivel de cobardía.

## CAPÍTULO 16

*Seattle, 23 de noviembre de 2009*

Gino se paseaba con nerviosismo por la sala de espera de aquel hospital, el tiempo parecía haberse detenido dos días antes, cuando se encontró a Elizabeth en aquel estado, todo su cuerpo se estremeció ante el recuerdo y se esforzó en alejarlo de su mente, ella estaba bien, se pondría bien... pasó las manos por su cabello con desesperación y miró hacia una de las sillas donde estaba Rachel sentada, se sintió un poco mejor de repente, pero la ira todavía continuaba bullendo por sus venas. Fijó su mirada en el cabello rubio que le caía por los hombros hasta la mitad de su espalda, sus ojos grises estaban clavados en él y se podía leer en ellos una profunda preocupación y eso que apenas había visto a Elizabeth un par de veces en su vida. Rachel estaba allí, a su lado, tomando su mano y dándole apoyo cuando más lo necesitaba. Ella era el único motivo por el que estaba todavía allí y no había salido a buscar a Daniel Boid por toda la ciudad, Rachel que le había dicho que esperase y dejase que las autoridades tomaran cartas en el asunto. ¡Pero ni siquiera la policía podía hacer nada! El mal nacido tenía una coartada para no estar allí aquella noche, la zorra de su secretaria declaró que estuvo con ella todo el tiempo.

Pasó una mano por su cabello de nuevo sintiéndose completamente desesperado, ¿qué podía hacer para ayudar a su amiga? ¿Esperar como Rachel le había pedido? ¿Salir a buscarlo y matarlo con sus propias manos?

—Tranquilo... —susurró Rachel colocándose en pie a su lado y pasando una mano por uno de sus brazos. Su tacto, aunque a través de la ropa, le tranquilizó un poco y la miró suspirando. Iba a decirle algo, al menos darle las gracias por estar a su lado, pero el sonido de los tacones de Autumn avanzando hacia ellos por el pasillo le obligó a mirar en su dirección y se le estrujó el corazón. Su amiga estaba llorando, tenía las manos cerradas en puños y su rostro reflejaba una determinación tan fuerte que hasta él mismo se asustó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó alarmado acercándose a ella.

—Nada... —murmuró negando con la cabeza y limpiándose las lágrimas con la yema de sus dedos—. Tengo cosas que hacer... ¿me llamarás si ocurre algo más?

—Sí, pero... ¿a dónde vas? ¿Lizzie te ha pedido algo?

—Ella no habla —se encogió de hombros y sus labios se fruncieron en una fina línea—, solo l ora... y yo voy a ocuparme de un asunto que...

—No hagas ninguna estupidez —la interrumpió.

—Cuida a Elizabeth y deja que haga lo que tenga que hacer —gruñó alejándose de él y buscando su teléfono en el bolso.

\*\*\*

Declan paseaba por ese despacho mirando todo a su alrededor, apenas quedaban pertenencias de su anterior inquilino, tan solo una chaqueta olvidada en el perchero tras la puerta y un par de zapatos de repuesto en un cajón. Nada hacía parecer que esa habitación hubiese estado habitada hasta hacía unas semanas atrás, ahora tan solo quedaban muebles vacíos y ni un solo rastro de que ella hubiese estado allí, nada que él pudiese investigar para descubrir qué tipo de persona era la que había vuelto de cabeza el mundo de su hermano. Se acercó al enorme ventanal y observó la vista con detenimiento, una densa niebla lo cubría todo pero aun así disfrutar de ese paisaje mientras se trabajaba tenía que ser fabuloso, tenía que admitir que le gustaba Seattle. Suspiró pesadamente pensando en sus próximas obligaciones, no quería hacerse cargo de ellas, era Nicholas el indicado por mucho que quisiese negarse a ello. Entendía que los recuerdos le doliesen

todavía, pero esa situación también era su culpa en cierto modo, la había alejado de su vida aunque se aferraba a algunas cosas sin sentido, como a aquella bufanda color beige que llevaba en su maletín a donde quiera que fuese. La puerta se abrió de repente y una figura pequeña entró en el despacho sin ser invitada y cerrando la puerta tras su cuerpo. Un par de ojos azules entrecerrados se fijaron en él y sintió un escalofrío en su espalda... ¿quién era ella?

—Pedazo de mierda... te voy a matar... —masculló la recién llegada entre dientes. Declan sonrió, como siempre lo hacía tomándose todo como una broma, y avanzó un paso hacia ella.

—¿Perdón? —preguntó intentando no echarse a reír, la chica era adorable, de estatura pequeña, con su cabello negro muy corto y mirándolo tan enojada que parecía un gatito travieso.

—Eres un tremendo cabrón... ¿cómo te atreves siquiera a reírte? —le preguntó dando otro paso al frente. Declan parpadeó sorprendido y alzó una ceja.

—¿Qué...? ¿Quién... quién eres?

—Tu peor pesadilla. Declan casi se atraganta con una carcajada, esa chica había conseguido divertirse y hacerle olvidar los problemas en un solo segundo.

—¿Encima te regodeas utilizando su despacho? —preguntó ella—. No te bastó con despedirla que ahora haces que quiten todas sus cosas y tú te instalas aquí como dueño y señor de todo.

—Disculpe señorita... ¿de qué está hablando? —le preguntó con educación e intentando no reírse.

—¿Que de qué estoy hablando? ¡Serás gilipollas! Autum, con toda la rabia que sentía, se abalanzó sobre él y comenzó a golpearlo mientras gruñía insultos en el proceso. Declan se defendía de los golpes como podía con cara de asombro e intentando detenerla, aunque ella se movía demasiado rápido y tenía más fuerza de la que aparentaba. Por fin consiguió sujetar sus manos, y girándola hizo que le diese la espalda, apoyó esta contra su pecho y la abrazó con fuerza desde atrás para que dejase de moverse.

—¿Puedes tranquilizarte y explicarme qué demonios he hecho?

—preguntó cerca de su oído y olvidando la educación con la que la había tratado, ella le había golpeado, podía tutearla después de eso.

—¿Encima lo preguntas? ¡Serás cabrón! —gritó removiéndose entre sus brazos—. ¡Suéltame que voy a matarte! ¡Suéltame!

—Te soltaré cuando te tranquilices... ¿de acuerdo?

—No voy a tranquilizarme mientras sigas vivo... ¡todo es tu culpa, maldita sea!

—¿Pero qué he hecho? —también gritó Declan y la soltó de golpe para encararla—. ¿Puedes explicarme que es eso tan malo que he hecho para que estés tan enfada si ni siquiera te conozco?

—Tú... tú la abandonaste cuando más te necesitaba... la... la dejaste sola y ahora... ¡ahora está en el hospital! —chilló señalándolo con un dedo.

—¿Quién está en el hospital?

—¿Pero... cómo te atreves a preguntar eso? ¿Tan rápido la has olvidado? —preguntó atónita.

—No sé de qué me hablas... —Declan negó con la cabeza y frunció el ceño—. Lo siento, tendrás que explicarte mejor.

—Nicholas Bratcher vas a morir por esto —masculló—, maldito hijo de...

—¿Nicholas? —la interrumpió él alzando las cejas con sorpresa—. Creo que te estás equivocando de Bratcher... —sonrió con arrogancia.

—¿De qué mierda estás hablando?

—Yo soy Declan... Nicholas es mi hermano —explicó más relajado.

—¿Tu hermano? —le preguntó confundida—. Entonces... ¿tú no eres Nicholas?

—No... —aseguró con una sonrisa.

—¿Y dónde está el desgraciado de tu hermano? —preguntó cruzándose de brazos y mirándolo con una clara amenaza.

—Justo detrás de ti —contestó ampliando su sonrisa.

La chica se giró lentamente y se encontró a un hombre en la puerta, mirándolos a ambos con la boca entreabierta y sujetando el pomo con todas sus fuerzas.

—¿Qué ocurre? —preguntó dando un paso dentro del despacho y pareciendo incómodo de repente. «*Demasiados recuerdos...*» dijo una voz dentro de su cabeza, ese era el despacho de ella, de su Beth... tendría que haberse quedado en Chicago, como quería y no hacer caso a su hermano.

—Esta chica quiere matarte —Declan la sujetó de los hombros y la empujó



débilmente para que diese un paso hacia delante—. No sé lo que le habrás hecho, pero está muy enfadada. Nicholas frunció el ceño y dejó su maletín en el suelo, se quitó la chaqueta del traje y la dobló cuidadosamente sobre este, después resopló y miró a la chica.

—Autum... supongo... —murmuró.

—Supones bien... —gruñó ella entrecerrando los ojos y frunciendo los labios.

—Creo que no trabajas aquí... ¿a qué debemos el honor de tu visita? —preguntó caminando hasta sentarse tras la mesa, en el sillón de *ella*... todo su cuerpo se estremeció ante la perspectiva, pero lo disimuló muy bien.

—No te pongas a la defensiva conmigo pedazo de arrogante, vengo a cerrarte esa boca a base de hostias si es necesario —masculló molesta.

—Créela... lo dice muy en serio —añadió Declan recibiendo una mirada de advertencia de parte de su hermano.

—¿Qué quieres? Supongo que no has venido por algún tema de trabajo... —agregó Nicholas en tono cansado.

—Mira, yo... —Autum se detuvo y mordió la lengua antes de volver a insultarlo, lo mejor era hablarle claro y después ya podría llamarle de todo mientras hacía explotar sus bolas a patadas—. Entiendo que estés molesto con ella por haberte ocultado su estado.

—Molesto no se acerca ni un poquito a lo que siento... —aclaró haciendo una mueca extraña, *dolía*... después de más de un mes y todavía dolía.

—Pero tú actuaste como un completo gilipollas tratándola de ese modo —continuó como si no le hubiese escuchado.

—Se lo merecía...

—No le dejaste hablar, no le dejaste decir todo lo que la había llevado a esa decisión y... ¡y prácticamente la violaste! —chilló lo último acompañándolo de un golpe en la mesa con su puño cerrado.

—Exageras...

—Fue una violación, ella lloraba mientras tú... —Autum se estremeció y cerró los ojos con fuerza durante unos segundos—. Si hubiese estado en su lugar ni siquiera te habría dado la hora, pero ella... ella se humilló e intentó ponerse en contacto contigo cuando ni siquiera lo merecías... y tú no te has dignado a contestar ni una sola de sus llamadas.

—No quiero mentirosos en mi vida —Nicholas desvió la mirada y pasó una mano por su cabello, remover todo aquello no era bueno, no... le dolía demasiado.

—Vuelves a decir algo así de ella y te juro que te mato —susurró con voz amenazante.

—Autum, agradezco mucho tu visita de cortesía, pero si Elizabeth tiene algo que decirme, creo que puede hacerlo ella misma sin necesidad de enviar un mensajero.

La chica apretó los dientes con rabia y de un salto se subió a la mesa de rodillas y le golpeó con el bolso en la cabeza, pero Declan la sujetó por la cintura y la obligó bajarse de nuevo.

—¿Pero qué mierda te pasa? ¡Estás loca! —gritó Nicholas poniéndose en pie y sobando disimuladamente el golpe que acababa de recibir.

—Bratcher, estás a punto de cruzar la línea y te aconsejo que no lo hagas si algún día aspiras a mi perdón —masculló Autum.

—Escucha —Nicholas respiró hondo y pasó ambas manos por su cabello—, no tengo nada que hablar contigo, ella me mintió y lo acepté, pero lo que no puede pretender es que le perdone con tanta facilidad y mucho menos cuando te envía a ti para solucionar sus problemas.

—Ella no puede estar aquí en este momento, ha tenido problemas con Daniel... —susurró bajando la mirada.

—¿Su esposo se enteró de que lo estaba engañando? Qué pena me da la pobre Elizabeth... —dijo con burla.

—No tienes ni idea.

—Prefiero que así sea —añadió él con arrogancia.

—Por culpa de Daniel está en el hospital, por culpa de Daniel han tenido que hacerle una transfusión porque ha perdido mucha sangre, por culpa de Daniel el a... —se detuvo jadeando y miró a Nicholas con ganas de querer arrancarle la cabeza de un golpe—. Si la hubieses escuchado tendrías al menos una mínima idea de lo que le ha sucedido, pero como eres tan idiota que no lo hiciste no sabes absolutamente nada... ¡así que no abras la boca para decir sandeces! Nicholas la miró completamente inmóvil durante unos segundos procesando sus palabras, pero tan solo una se repetía en su mente... «hospital» ¿su Beth estaba en el hospital por culpa de su marido?

—¿Qué...? —preguntó todavía aturdido.

—Ella no... —Autum bufó frustrada —me matará por esto pero no me importa, que lo hubiese hecho en su momento —miró a Nicholas fijamente y frunció el ceño—. Voy a decírtelo pero quiero que sepas que no eres mi persona favorita ahora mismo. Nicholas parpadeó todavía pensando en ella en un hospital, no podía quitarse ese dato de la cabeza.

—Su padre prácticamente le obligó a casarse —comenzó a explicar Autum— y con ello a firmar un contrato prematrimonial tan abusivo que hasta Gino se asustó. Estaba completamente atada a él y se hundía, yo lo veía día a día y me mataba... pero apareciste tú y yo... ¡Dios! Yo le animaba a hablar contigo porque la veía tan feliz... ¡mierda Bratcher! ¿Por qué tuviste que estropearlo? Ella estaba saliendo de toda esa mierda... ¡estaba luchando por ti!

—¿De qué hablas? —preguntó más interesado en la historia de lo que debería por el bien de su salud mental.

—Había pedido el divorcio, estaba a punto de decirte lo que pasaba cuando el cabrón de Daniel apareció aquí y lo soltó todo... ella no quería que las cosas saliesen así pero...

—Yo no entiendo nada... —murmuró Declan con el ceño fruncido haciendo que ambos lo mirasen confundidos porque habían olvidado su presencia—. ¿Qué tiene que ver eso con que ella esté en el hospital justo ahora?

—¡Ese estúpido la había maltratado! —espetó Autum con furia—. Gino le vio los brazos llenos de cardenales y fue a por él, le rompió la nariz pero parece que a ese pedazo de mierda no le bastó.

—Autum... —apremió Nicholas con voz temblorosa y poniéndose en pie.

—Hace dos noches ella iba ir a verte, iba a coger un avión a Chicago para decirte que... —se detuvo no sabiendo si debía hablar del bebé y suspiro—. Estaba haciendo las maletas cuando él apareció de repente, le enseñó fotografías vuestras que hizo un detective cuando estuviste aquí hace unas semanas y... bueno, no sé realmente lo que pasó, ella no lo recuerda porque se desmayó, pero... —tuvo que detenerse al ver a Nicholas, tenía la mandíbula tan apretada que todos sus rasgos se marcaban dando miedo.

—Voy a matarlo... —gruñó rodeando la mesa y caminando hacia la puerta, pero Autum se puso frente a él y lo detuvo.

—¿Con qué derecho vas a hacer eso? —le preguntó con el ceño fruncido—.

El a te da igual... no quieres mentirosos en tu vida —repitió sus mismas palabras.

—¡Yo también mentí! ¿De acuerdo? Ella no me da igual... ¡no puede darme igual! Y ese... —no acabó de hablar cuando ya estaba frente a la puerta dispuesto a salir.

—Ella estaba embarazada, Bratcher... —dijo Autum sin pensar en lo que estaba diciendo, tan solo quería que se detuviese y escuchase todo lo que tenía que decirle antes de que se fuese y perdiese la oportunidad—. De cinco semanas... haz memoria y recuerda esa fecha... nunca dejó que Daniel la tocase, ni siquiera cuando intentó violarla hace meses... nunca estuvieron juntos, ella nunca mentiría con eso. Nicholas se giró lentamente para mirarla y la expresión de su rostro era de total incertidumbre y confusión.

—¿Embarazada? —preguntó con un hilo de voz. Autum suspiró y pasó una mano por su frente.

—Lo estaba, ha perdido el bebé... no saben si fue de un traumatismo o por el estrés de la situación, pero ha sufrido un aborto.

—¡No! —gruñó—. ¡Mientes! Dios... no puedes estar diciendo la verdad... ella no podía estar embarazada, ella... yo... ¡nos protegimos! Es... es imposible... —balbuceó incoherente.

—¿Qué te protegiste, pedazo de animal? —preguntó Autum poniéndose frente a él y golpeándole en el pecho con su puño cerrado—. ¿La última noche también? Nicholas resopló y pasó una mano por su cabello... era demasiada información, estaba al borde del colapso, tenía tanto que hablar con ella y... ¿querría ella hablar con él después de todo? Esa chica tenía razón, tenía todos los motivos para odiarlo y sin embargo insistía en hablarle, dijo que iba ir a Chicago para hablar con él.

—Esto es una locura... —murmuró mordiendo sus nudillos y dejándose caer en una de las sillas que había frente a la mesa del despacho—. ¿Cómo esperas que reaccione con todo lo que me acabas de decir?

—¿Pero qué te pasa? —murmuró Declan—. Definitivamente eres idiota... ¡compórtate como el hombre que dices ser, joder! ¿Qué mierda haces ahí parado? Ve a hablar con ella o a partirle las piernas a ese hijo de puta, pero no te quedes ahí sentado.

—¿Pero qué le diré? Ella... yo... —balbuceó de nuevo. Autum negó con la cabeza y mordió su labio inferior para no comenzar a insultarlo de nuevo.

—¿Siempre es así de inútil? —le preguntó a Declan en un susurro. Este sonrió y la miró con curiosidad.

—No siempre... a veces es autodestructivo y otras tan zoquete que no se aguanta ni él mismo. Creo que mis padres quieren desheredarlo —confesó en un susurro como si fuese un secreto. Autum reprimió una sonrisa y recordó de nuevo el motivo real de su visita, cuando llamó a las oficinas de Bratcher en S.A. en Chicago y le dijeron que Nicholas estaba en la ciudad casi salta en un pie, ahora que le tenía enfrente no podía dejar escapar la oportunidad. Se colocó frente a él llamando su atención, que estaba puesta en algún punto del ventanal tras ella.

—No era la indicada para decirte esto y entiendo que sea demasiado para ti de una sola vez —se detuvo a tomar aire pero segundos después continuó—, ella va a matarme por habértelo dicho todo pero tienes que entenderme, no puedo permitir que se hunda, no...

—¿Dónde está ella? —preguntó él casi en trance.

—En el *Seattle Memorial* —contestó con un hilo de voz.

—¿Y el mal nacido de... dónde está Boid? —se detuvo a apretar los dientes con rabia y resopló por la nariz.

—No lo sabemos —Autum se encogió de hombros—, Gino ha puesto una denuncia por agresión en su contra, la policía lo ha interrogado pero está libre por falta de pruebas.

—¡Mierda! —maldijo dando un golpe sobre la mesa que hizo temblar todo lo que había sobre ella—. ¿Dónde puedo encontrarlo? Necesito... necesito... La puerta se abrió en ese momento y Margaret, la antigua secretaria de Elizabeth, se asomó por la rendija abierta con timidez y miró a Nicholas entre asustada y avergonzada.

—Siento mucho la interrupción, señor Bratcher —se disculpó con un hilo de voz—, pero el señor Price necesita verlo en su despacho.

El aludido la taladró con la mirada y le dedicó una mirada significativa a su hermano.

—¿Sabes qué es lo que desea? —preguntó Declan con prudencia intentando no asustarla más.

—El señor Boid ha venido a buscar su liquidación y necesita la firma de todos los accionistas para hacerla efectiva, el señor Bratcher tiene que estar presente en el momento de la firma —contestó ella. Nicholas se quedó paralizado ante esa declaración, estaban a tan solo unos metros, tenía que caminar solo unos

metros y... no lo pensó, con determinación cruzó la puerta y comenzó a avanzar por los pasillos en dirección a ese despacho.

Le pareció escuchar la voz de su hermano llamándole, gritando para que se detuviese o para que avanzase más deprisa, no estaba seguro, también la de aquella chica pero no le importó, simplemente avanzó a toda velocidad. En cuanto la puerta del despacho de Simon Price estuvo a la vista apretó de nuevo los dientes y avanzó a más velocidad, la abrió de un solo golpe y entró en esa habitación con la fuerza arrolladora de un huracán. Le buscó con la mirada, apenas lo había visto una vez en su vida pero ya lo odiaba con toda su alma, allí solo estaban Simon y un chico moreno que recordaba poniendo su mano sobre el hombro de Elizabeth como si ella le perteneciese.

Gruñó mostrando sus dientes, dejando salir un poco de toda la rabia que sentía, pero se guardó la suficiente para acercarse a él y de un solo empujón casi incrustarlo en la pared. Daniel lo miró asustado y no vio llegar el primer golpe que impactó en su rostro y lo hizo caer al suelo escupiendo sangre. Se enderezó con dificultad y se limpió la sangre de su labio partido con el dorso de la mano, después alzó la mirada y se encontró con unos ojos verdes que ya había visto con anterioridad, pero no recordaba donde. No tardó en descubrir de quien se trataba y sonrió con arrogancia poniéndose en pie.

—Aquí está el hombretón que se folla a mi mujer —espetó con sorna. Nicholas respiró hondo y volvió a acercarse a él para golpearlo, pero Daniel esquivó el golpe y comenzó a carcajearse. Nicholas atacó su estómago varias veces hasta que él volvió a perder el equilibrio y cayó al suelo jadeando por la falta de aire.

—Voy a matarte... —masculló sentándose a horcajadas sobre él y golpeando su rostro—. Si vuelves a tocarla... voy a matarte... —repitió golpeando insistentemente y disfrutando al ver como su piel se enrojecía y sangraba cada vez más. De repente unos brazos lo sujetaron, lo alzaron en el aire y se vio atrapado entre dos hombres que impedían que volviese a patearlo como se merecía. Simon se acercó a Daniel e intentó ayudarlo, pero Autum apareció a su lado como salida de la nada y comenzó a golpearlo también con todas sus fuerzas a la vez que algunas lágrimas descendían por sus mejillas. Declan fue el encargado de alejarla, mientras ella maldecía y lo amenazaba con darle de comer sus testículos a los peces del acuario.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —la voz de Simon se escuchó por encima de las maldiciones de Autum y los jadeos de dolor de Daniel, que se

mantenía en pie apoyado en el hombro del que todavía era su suegro.

—¡Irás a la cárcel, maldito cabrón! —chilló Autum removiéndose entre los brazos de Declan, que todavía seguía reteniéndola—. ¡Ella estaba embarazada e irás a la cárcel por asesino! Todo se quedó en silencio en ese momento, Autum recriminándose a sí misma por haber sido tan indiscreta y Nicholas rumiando el odio y las ansias de venganza. Daniel se quedó paralizado, mirando alternativamente a Nicholas y Autum, deteniéndose más en él y sonriendo de nuevo soportando el dolor de su labio partido.

—¿Estás seguro de que tú eres el culpable de eso? —preguntó dando la estocada final—. ¿Estás seguro de que fuiste tú el que la dejó embarazada? Nicholas se removió de su agarre con movimientos violentos y consiguió liberarse, volvió a golpear su rostro con todas sus fuerzas un par de veces antes de que volviesen a sujetarlo para alejarlo de él.

—Voy a hundirte en tu propia mierda, Boid —masculló con los dientes apretados—. Recuerda este día porque será el último en que puedas vivir tranquilo. Volvió a removerse zafándose del agarre de aquellos dos hombres que ni siquiera conocía y salió de aquel despacho dejando a todos en silencio y confundidos.

—¿Alguien puede explicarme qué está pasando? —preguntó Simon endureciendo la voz. Autum lo miró con lástima, no entendía cómo un hombre con su inteligencia podía haberse visto engañado de tal modo por los Boid, solo eran sus amigos por interés, no había nada de cariño y amistad en ellos.

—Pregúntale al cabrón de Daniel, él tiene todos los detalles de lo que le pasó a Elizabeth hace dos noches —murmuró saliendo de aquel despacho seguida de Declan. Caminaron en silencio por los pasillos hasta que se cruzaron con Nicholas que iba a toda velocidad hacia los ascensores.

—¿A dónde vas? —le preguntó su hermano.

—Al hospital... yo... necesito verla... necesito...

—Yo te llevo —la voz de Autum sonó ronca y triste, como si realmente no fuese suya.

Las calles de Seattle nunca habían parecido tan vacías y tristes y eso que estaban repletas de gente y las luces de vehículos y farolas lo iluminaban todo ya bien entrada la tarde. Nicholas miraba distraído por la ventana del coche de Autum, aunque dentro de él todo era un hervidero de ideas y planes locos; tenía que conseguir como fuese que ella lo escuchase, que le dejase explicarse aunque estaba seguro de que no se lo merecía... ¿cómo pudo ser tan idiota? ¿Por qué no escuchó a Declan cuando le dijo que aquello no podía ser tan sencillo como él imaginaba?

—¿Aquí siempre nieva así? —la pregunta de Declan desde el asiento trasero, hizo que Autum sonriera casi imperceptiblemente, aunque no consiguió su cometido que era molestar un poco a Nicholas.

—Llueve o nieva más de trescientos días al año —explicó la chica en un murmullo—, con el tiempo terminas adorando la lluvia, aunque no es mi caso. Se quedaron en silencio unos minutos más, tiempo en el que Nicholas ideó mil y una escenas en su cabeza, cada una peor que la anterior y en todas Beth lo echaba de su vida tal y como había hecho él con ella.

—¿Cómo está ella? —preguntó con el ceño fruncido y culpándose por no haber hecho antes esa pregunta.

—Te lo puedes imaginar... —bufó Autum—. Aparte de que odia los hospitales, le han golpeado, le han provocado un aborto y el culpable es su esposo.

—Él no es su esposo —gruñó con los dientes apretados.

—Lo es Bratcher, por más que lo odies, por más que quieras evitarlo... están casados, por muy poco tiempo más, pero lo están —espetó Autum con rabia—. No tienes ningún derecho a hablar así, tú no sabes nada.

—Sé lo suficiente para querer matar a ese tipo... —masculló molesto. Autum se mantuvo en silencio, tenía que darle la razón en eso... Daniel era odioso y solo provocaba ganas de matarlo.

—Llegamos —susurró estacionando el coche cerca de la puerta—. Ella está en la segunda planta, en una habitación privada del ala norte, pero tengo que advertirte de que...—Nicholas bajó del coche y la ignoró por completo, metió las manos en los bolsillos de su pantalón y la miró con desesperación.

—¿Podrías dejarte de advertencias y caminar ya? Necesito verla... —casi



suplicó. Autum dejó salir un suspiro resignado y lo condujo hacia su habitación, donde frente a su puerta estaba Gino, apoyado en la pared y mirando la punta de sus zapatos.

—¿Dónde estabas? ¿Por qué no contestabas al teléfono? —preguntó con desesperación al ver llegar a su amiga.

—Gino no te pongas melodramático ahora, estoy perfectamente —se quejó arrugando la nariz—. ¿Cómo está?

—Dormida... —susurró—. Y no quiere hablar, solo... el a solo llora y eso me desespera, no sé qué hacer para ayudarla.

—¿Puedo entrar a verla? —preguntó Nicholas haciendo notar su presencia y provocando que Gino frunciese el ceño.

—¿Quién eres tú? —gruñó la pregunta.

—Gino... tranquilízate... ¿de acuerdo? —pidió Autum colocando una mano en su pecho—, Bratcher solo quiere verla, no va a...

—¡Ni de coña! —alzó la voz y haciendo a su amiga a un lado con cuidado se colocó frente a él, cara a cara y tan cerca que sus narices casi se rozaban. Nicholas soportó estoicamente esa mirada amenazante, sabía que él era su amigo, que la había cuidado y protegido cuando él mismo no había estado haciéndolo, se merecía todo ese desprecio aunque tampoco se dejaría amedrentar, necesitaba verla, solo quería eso.

—Solo quiero verla... —dijo con un tono de fingida seguridad tiñendo su voz.

—He dicho que no, ella no te necesita... ¿no crees que ya has hecho suficiente?

—No soy el culpable de que ella esté en este hospital... —las palabras salieron con desprecio aunque intentó evitarlo.

—Pero ha llorado por tu culpa, tú la has hecho sufrir más que nadie y no te quiero cerca de ella —amenazó Gino cruzando los brazos y tensando los bíceps bajo las mangas de su camisa azul.

—Voy a pasar a verla aunque me lo impidas —advirtió Nicholas y antes de que pudiese evitarlo un puño impactó en su rostro haciendo que su ojo comenzase a latir dolorosamente.

—¡Mierda Gino! ¿Qué haces? —chilló Autum alejándolo de él a pequeños y

suaves empujones.

—Pero él... Autum... yo no... —balbuceó.

—Vas a dejar que entre, solo quiere verla, no va a hacerle daño —le explicó como si se tratase de un niño pequeño.

—Eso no lo sabes... —refutó apretando los labios en una fina línea.

—Bratcher... pasa —murmuró la chica sin siquiera mirarle—. Ella necesita verle —le dijo a Gino de nuevo—, si no deja de llorar es precisamente por eso... se siente culpable porque él no sabe nada.

—Pero... —Nicholas no llegó a escuchar la contestación del enorme tipo porque toda su atención se centró en aquella cama y en ella, en su *Beth*... que descansaba sobre el a con los ojos cerrados.

\*\*\*

*«Odiaba los hospitales y odiaba las agujas.»*

Era lo único en lo que quería pensar, no quería recuerdos, ni malos ni buenos, solo deseaba desaparecer del mundo por unas horas para dejar de sufrir. Además de su sufrimiento tenía que sumar el de sus amigos por verla en ese estado, Autum y Gino no merecían eso, pero simplemente no podía dejar de llorar. Se sentía mal por lo que Daniel había dicho y hecho, le había demostrado que ya no quedaba ni un solo rastro del hombre al que quería como su mejor amigo, le dolían los golpes... su espalda, su cabeza... pero sobre todo le dolía su pérdida y no saber el motivo real de esta. ¿Fue culpa de Daniel? ¿Fue suya? Esa incertidumbre la estaba matando, si había sido su culpa no se lo perdonaría nunca... si su bebé se fue porque el a no pudo cuidarlo sería suficiente para hundirla por completo. Pero también, en el fondo de su corazón le dolía Nicholas... ¿dónde estaba ahora? ¿Qué pensaría de ella si supiera que dejó morir a su hijo? ¿La odiaría más de lo que ya lo hacía? Escuchó la puerta abrirse y cerró los ojos haciendo que dormía, antes tuvo que esforzarse en actuar bien para que Gino lo creyese y la dejase sola, no era capaz de soportar su mirada de culpabilidad, lo primero que le dijo con sus ojos fue un *«lo siento por no haber estado contigo»* y no era verdad, ella decidió ir sola a

aquel lugar, si había algún culpable no era más que ella misma.

La persona que había entrado en la habitación se sentó en la silla al lado de su cama, suspiró sonoramente y colocó algunos mechones de su cabello tras su oreja, teniendo mucho cuidado de no tocar su pómulo, que estaba morado e hinchado a causa del golpe de Daniel. Fue un toque suave y delicado, como si realmente temiese hacerle daño... Gino no era así, por más que lo intentase era un poco bruto y Autum en lugar de colocar un simple mechón tras su oreja sacaría un peine de su bolso y le desenredaría todo el cabello. Frunció el ceño imaginando quien podría ser... hasta que un susurro rompió el silencio.

—Lo siento mucho... —esa voz... la misma que le había acompañado en sueños y pesadillas, la misma que añoraba escuchar... la misma que... Se esforzó en ahogar las lágrimas y abrió los ojos con dificultad, allí estaba...

—Ni... Nicholas... —susurró con voz ronca. Él sonrió débilmente al ver sus ojos y acarició su mejilla sana provocando que la misma electricidad de siempre recorriese todo su cuerpo. Se miraron a los ojos unos segundos, pero ella desvió la mirada incapaz de soportarla mucho más.

—Casi había olvidado lo preciosa que eres... —susurró Nicholas tomando una de sus manos y apretando la mandíbula al ver su brazo con un par de marcas... *hijo de puta*. Ella volvió a mirarlo, recordando sus rasgos y percibiendo una rojez sospechosa en su ojo.

—¿Qué le ha pasado a tu ojo? —preguntó confundida unos segundos después.

—Tu amigo, el grandote de la puerta, me dio la bienvenida a la ciudad... —contestó con calma —pero me lo merecía...

—No —dijo alzando un poco la voz —él no...

—Tranquila... todo está bien ¿de acuerdo? —la tranquilizó y besó sus dedos—. Solo tienes que preocuparte de ponerte bien cuanto antes. Elizabeth cerró los ojos y negó con la cabeza, pasó una mano por su frente alejando su cabello y suspiró.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te lo ha dicho? —preguntó clavando su mirada en él.

—Autum... pero no la culpes —una de sus comisuras se alzó débilmente—. El a también me golpeó antes de traerme aquí... con su bolso... ¿qué lleva dentro, un ladrillo? —teatralmente se sobó el golpe en su cabeza y ella sonrió.

—No tienes por qué estar aquí... entenderé que...

—Quiero estar aquí —la interrumpió—, no quiero dejarte sola... no ahora, no después de... —miró significativamente su vientre y ella se contrajo de dolor.

—Lo siento mucho... —la primera lágrima se deslizó por su mejilla y otra no tardó en seguirla saliendo de su otro ojo—. Siento no haber sabido cuidarlo... ha sido mi culpa... yo...

—Shh pequeña... no te culpes... —secó sus lágrimas con cuidado, pero por una que hacía desaparecer dos ocupaban su lugar—. No ha sido tu culpa, por favor... créeme... no ha sido tu culpa... —repitió esforzándose para que le creyese.

—Abrázame... —suplicó entre hipidos —abrázame antes de... antes de que me rompa de nuevo... Nicholas no lo pensó, se puso en pie y se sentó a su lado, teniendo cuidado de los cables que la conectaban a diferentes máquinas envolvió su cuerpo con sus brazos volviendo a sentirse completo de nuevo, respirando su aroma y besando su cabello.

—No me sueltes... —le pidió Beth entre lágrimas.

—Nunca... —prometió sintiendo como su corazón se resquebrajaba un poquito a la vez que su odio por Boid iba en aumento, lo destrozaría de todos los modos posibles por provocar esa situación.

—Gracias... —susurró avergonzada por su comportamiento y alejándose un poco de él, pero no se lo permitió y volvió a acercarla a su cuerpo con uno de sus brazos.

—No tienes nada que agradecer —murmuró enterrando la nariz en su cabello y aspirando con fuerza. Volvieron a pasar unos minutos en esa posición, en silencio, tan solo dejando que el tiempo siguiese su curso.

—¿Qué harás ahora? —la pregunta de Elizabeth era inocente, pero había mucho detrás de ella, lo sabía y la había hecho con esa intención. Nicholas suspiró y pareció pensar la respuesta unos largos segundos antes de contestar.

—¿Tú qué quieres que haga? Ella se removió y se alejó de él para volver a mirar sus ojos, la observaba con cautela como si estuviese esperando uno de sus movimientos para que el suyo fuese similar o al menos en la misma dirección.

—No... —sonrió con tristeza y negó con la cabeza—. ¿Qué quieres hacer tú?

—Beth... —su nombre sonó como un quejido y sus labios se fruncieron con dolor—. No quiero alejarme, quiero que sigamos con nuestros planes de antes de

que... —se detuvo y tomó aire—. Soy consciente de que he sido un completo imbécil contigo y espero que puedas perdonarme, no voy a pedirte que te pongas en mi lugar porque sería absurdo, pero podemos continuar donde lo dejamos, olvidar todo esto y...

—¿Y qué? —preguntó interrumpiéndole—. ¿Todo va a ir bien entonces? Lo que ha pasado no podemos borrarlo y... ¿qué pretendes realmente? ¿Que sonría y olvide que hemos perdido a nuestro hijo? ¿Que Daniel nunca me ha golpeado? ¿Que ni siquiera me casé con él? ¿Que te oculté todo y por eso te enfadaste conmigo? —preguntó alzando un poco la voz—. Esas cosas han ocurrido realmente y todas, absolutamente todas han sido un error... uno tras otro... mi vida tan solo ha sido una sucesión de errores...

—¿Yo también he sido un error? —preguntó él endureciendo la voz.

—En esencia no, tú has sido lo único real en mi vida —susurró sonriendo—. Pero hemos hecho las cosas mal, nos hemos equivocado también...

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó con cautela.

—Tú me dijiste una vez que internet era un medio para conocer personas, pero no un fin —recordó Beth con nostalgia—, pero ese fue nuestro único fin. Nos aferramos a lo que teníamos en la distancia y cuando estuvimos cara a cara no supimos como canalizar lo que sentíamos.

—Pero si... fue increíble verte... no... —balbuceó.

—Nicholas por favor... no salíamos de aquella habitación y cuando todo explotó tu venganza fue a base de sexo —explicó con vehemencia—. Lo nuestro no es real, nos enamoramos de la imagen que creamos de la otra persona, no de quien somos en realidad. Es fácil fingir que todo está bien cuando no nos miramos a los ojos directamente y cuando nuestra voz suena a través de un aparato. Lo hemos hecho al revés...

—Siempre podemos remediar eso, nunca es tarde para conocerse del todo. Podemos vernos a menudo, viajar... incluso podría trasladarme a Seattle permanentemente —pensó en voz alta.

—Odias esta ciudad...

—Pero lo haría por ti... —aseguró.

—Nicholas esto... —se detuvo a pensar unos segundos y soltó el aire lentamente por la nariz—. Esto está comenzando a salirnos de las manos, hemos comenzado al revés, tendríamos que habernos conocido mejor antes de dar el paso

de vernos.

—Siempre podemos volver a empezar —sonrió, pero esa sonrisa no causó en ella la reacción de siempre.

—Es tarde... han pasado demasiadas cosas. Te he mentado, me has hecho daño... no podemos olvidar todo y continuar como si no pasase nada.

—¿Qué intentas decir? —le preguntó con un hilo de voz.

—Que no puede ser... ya no... —aseguró con voz contenida y desviando la mirada. Dolía, pero era lo que necesitaba, lo único que le ayudaría a sanar.

—¿Y ya está? ¿Todo va a acabar de este modo? —preguntó él poniéndose en pie y comenzando a caminar por la habitación como un león enjaulado—. Me niego a que las cosas se queden así... simplemente no puedes permitir que esto pase... no.

—Necesito tiempo Nicholas, necesito poder asimilar todo lo que ha pasado... no es tan fácil olvidar y seguir adelante...

—¡Maldita sea Beth! Yo te doy todo el tiempo que quieras pero no puedes alejarme de tu vida así... no voy a permitirlo —gruñó.

—Tienes que hacerlo, yo no puedo tenerte cerca sin romperme y también está Daniel... Gino ha puesto una denuncia y ahora comenzará un proceso legal largo y agotador. No puedo centrarme en eso si te tengo cerca y tengo que lidiar constantemente contigo, con los recuerdos y con...

—Eres tú la que tiene que aceptar que las cosas han pasado —la interrumpió—, me repites que no puedes dejarlo atrás pero no te admites a ti misma que hemos perdido al bebé, no está... ese mismo bebé no estará nunca más. Debes asimilarlo...

—¡Por eso te pido tiempo! —alzó la voz y se enderezó en la cama tragando las lágrimas a duras penas—. No puedo aceptarlo cuando estás tan cerca, me duele... ¿no lo entiendes? Siento que ha sido mi culpa y tenerte cerca solo hace que ese sentimiento de culpa crezca...

—Necesitas tiempo... está bien —gruñó Nicholas apretando la mandíbula—, pero recuerda que mi paciencia tiene un límite.

—¿Es una amenaza? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Es un hecho... no podré quedarme eternamente esperando —sin decir nada más se acercó a ella, besó su frente y salió de la habitación cerrando la puerta

*Relativo*

con suavidad a su espalda.

Naobi Chan

## PARTE II

*“El presente debe construirse sobre los cimientos del pasado.”*



## CAPÍTULO 17

*24 de agosto de 2010, 9 meses después.*

Ese era uno de los días más calurosos del verano, Beth, que no estaba acostumbrada a temperaturas tan elevadas, secó su frente con su antebrazo mientras paseaba por una de las calles más concurridas de la ciudad y bebía un té con hielo a pequeños sorbos. Había decidido salir de su apartamento, que ya comenzaba a asfixiarla, pero tenía que haberlo pensado mejor, el calor también lo haría. Giró en una esquina y comenzó a hacer el camino de regreso, lo mejor era tumbarse desnuda en su sofá y esperar que llegase la noche y así bajasen un poco las temperaturas. No pudo dar más de dos pasos cuando su teléfono comenzó a sonar y lo llevó hasta su oído ya imaginando el matiz de la conversación.

—Hola Autum... —saludó en tono alegre y sonriendo un poco.

—*Te has olvidado de mí, nunca me llamas, apenas me escribes... ¡y nunca vienes a verme!* —se quejó su amiga.

—No seas tonta, sabes que en unos días volaré hasta ahí, la boda de Gino no es algo que me pueda perder.

—*No lo es...* —aseguró Autum con una risita— *ya que por fin reconoce que tiene algo con su secretaria.*

—No digas tonterías, se casan por temas burocráticos, pero realmente no están juntos —añadió Beth con una sonrisa recitando las mismas palabras de su

amigo.

— *Eso no se lo cree ni él* — espetó Autum —, *está tan enamorado que casi me da un coma diabético cuando los veo juntos.* Ambas rieron y segundos después se quedaron en un cómodo silencio.

— *¿De verdad que estás bien ahí?* — la tímida pregunta de su amiga hizo que su corazón se estrujase un poquito, llevaba tanto tiempo sin verla... pero necesitaba esa distancia, ese tiempo alejada para poner todo en perspectiva antes de decidir como seguir adelante.

— Estoy perfectamente, ya te he dicho mil veces que no tienes de que preocuparte — repitió las mismas palabras de siempre y ya casi comenzaba a creérselas.

— *Pero... es que... esa ciudad...* — titubeó —. *¿No le has visto?*

— No — contestó apresuradamente y mintiendo, desde hacía dos semanas le veía todos los días, de lejos y sin que él lo supiese, pero le veía —. Tengo que colgar Autum, he llegado a casa y me apetece una ducha fría.

— *De acuerdo cariño, envíame un mensaje con la hora de tu vuelo para ir a recogerte* — la voz de su amiga sonó alegre de nuevo y eso la hizo sonreír. La llamada se cortó segundos después y Beth dejó caer el teléfono en su bolso con desgana, hablar con Autum, aunque le gustaba, siempre le dejaba ese regusto amargo que sentía en ese momento, le traía recuerdos que quería dejar atrás, le obligaba a pensar en cosas que quería olvidar y le hacía ver lo patética que se comportaba alguna veces. Miró al cielo, el limpio y azul cielo de Chicago en mitad del verano, llevaba cinco meses allí y ya se había enamorado por completo de la ciudad, tanto que se estaba planteando seriamente quedarse allí permanentemente.

Volvió a emprender su marcha, ya que para hablar se había detenido apoyándose en uno de los muchos maceteros de la *Magnificent Mile*, y se esforzó en dejar los recuerdos atrás, pero era imposible, se abrían paso en su mente aunque ella intentase retenerlos con todas sus fuerzas y aquella noche, la última... con aquella conversación, también la última... volvieron a repetirse en su mente... No quería alejar a Nicholas, pero tampoco podía tenerle cerca, estaba tan confusa y deprimida en ese momento que le costaba pensar y tomar decisiones. Pero estaba segura de que había hecho lo correcto, alejarse de él no le había hecho olvidar y sentirse mejor, pero había ayudado mucho a que al menos pudiese sonreír sin que fuese un gesto mecánico y vacío. Esa fue la última vez que se vieron, la última vez que hablaron... tras eso, Nicholas comenzó a enviarle unos cuantos *e-mails* al día, al

no obtener respuesta de su parte pasaron a ser semanales, después de eso mensuales... y del último hacía más de un mes... había sido su culpa, lo admitía, pero eso no evitaba que no doliese. Lo había perdido y con él todas las esperanzas de ser feliz, al menos de ser plenamente feliz, porque en ese momento su vida era tranquila y ya se podía dar el lujo de sonreír. Pero no podía olvidar a Nicholas, mucho menos después de haberlo visto de nuevo, con eso todo se había revuelto y lo que antes parecía un camino de aguas claras ahora estaba lleno de brumas y de corrientes submarinas.

Cuando después de aquella conversación que nunca podría olvidar salió del hospital, estuvo recuperándose en casa de Autum, ella le aseguraba que todo estaría bien, que saldrían adelante juntas, como siempre lo habían hecho. Pero Beth no podía permitir que su amiga estuviese tan pendiente de ella, Autum era joven, tenía una vida y merecía vivirla plenamente sin tener que preocuparse de su amiga convaleciente y depresiva. Así que unas semanas después se fue de Seattle.

Partió hacia Nueva York donde vivió unas semanas, buscó trabajo en diferentes empresas sin resultados... pero un buen día, como salida de la nada, apareció una buena oferta de trabajo en Chicago.

Se lo pensó mucho, muchísimo... se pasó noches enteras en vela planteándose si sería bueno ir a aquella ciudad, pero era una muy buena oportunidad, con un puesto de trabajo similar al que tenía en Price Ltd. y cuando quiso darse cuenta estaba buscando un apartamento en el que poder quedarse. De eso hacía ya cinco meses y no se arrepentía en absoluto, en Chicago había encontrado la paz que necesitaba, nadie en esa ciudad la conocía ni sabía de su pasado, los Price no eran tan conocidos fuera de Seattle y podía vivir con tranquilidad para comenzar de nuevo, para renacer de entre sus cenizas. Tan solo había tenido que volver a Seattle en un par de ocasiones en las que tuvo que declarar en contra de Daniel, pero cuando regresaba a su nuevo apartamento en Chicago era como si los problemas se quedasen atrás, entre la lluvia y la niebla de Washington.

Creía haber dejado el dolor atrás y sentía que lo de Nicholas había sido tan solo una chiquillada, como la última locura que se hace antes de madurar. Con el tiempo sus sentimientos se apagaron hasta prácticamente desaparecer y aunque la pérdida de su bebé era algo que no podría superar nunca, creía que su enamoramiento del señor *Darcy* formaba parte de su pasado y de la Elizabeth que había dejado de ser.

Pero eso se acabó dos semanas atrás, cuando yendo al trabajo como cada día,

le vio... entrando en el edificio de enfrente al que ella acudía cada día a trabajar, con su traje negro y su pelo peinado hacia atrás, con ese característico porte de Nicholas Bratcher y ese rictus serio de cuando estaba muy concentrado. Ella se quedó paralizada al otro lado de la calle, no esperaba verle y creía que el tiempo le había ayudado a olvidar, pero no era así... en cuanto su cuerpo lo reconoció sus terminaciones nerviosas se pusieron alerta, su piel se erizó y la misma fuerza magnética de siempre la impulsaba a cruzar la calle. Tuvo fuerza de voluntad y no lo hizo, se sujetó con fuerza a sus últimos resquicios de cordura y solo observó como entraba en ese edificio y su imagen se perdía tras las puertas giratorias de cristal.

Eso había sucedido casi cada día desde entonces y ella, como la patética enamorada de imposibles que era en realidad, lo observaba escondida y se recreaba con su imagen, tan cercano y tan distante a la vez. Era consciente de que estaba idealizándolo de nuevo, estaba cayendo en lo mismo que le había recriminado a él casi un año atrás, se estaba enamorando de nuevo de una imagen idílica de lo que podría ser, de algo que no existía... aunque no sabía si esos sentimientos eran nuevos o tan solo estaban despertando los que tenía dormidos y de los que negaba su existencia. Volvió al presente sonriendo con añoranza y tiró el vaso de té vacío a una papelería, se recolocó las gafas de sol y continuó caminando hacia delante, Nicholas Bratcher debía quedarse atrás... muy atrás.

—¿Qué hace mi « *Pequeño pony* » a estas horas y en este lugar? —preguntó una voz alegre justo tras ella. Beth se giró sonriendo y le echó la lengua al recién llegado, como siempre con su cabello rubio sujeto en una coleta, con sus ojos azules brillando tenuemente tras unas gafas de sol con cristales claros y sonriendo de un modo centelleante, haciendo que ella lo hiciese igual.

—Hola Connor... me gustaría decirte que de compras para tu salud mental, pero solo estoy dando un paseo —contestó encogiéndose de hombros. Connor era su nuevo amigo, le había conocido en su primer día de trabajo y desde entonces eran inseparables, apenas hablaban de su vida pero no era necesario, no se contaban sus problemas pero ambos sabían que eran dos almas rotas que tan solo necesitaban cariño y atención. Se compenetraban, se entendían... y lo demás no importaba.

—Eso está muy mal, estoy seguro de que todavía no has comprado el vestido para la boda de Gino —le recriminó mirándola con los ojos entrecerrados.

—Connor... —rezongó— pensaba utilizar uno de los muchos que tengo.

—Haré como que no he escuchado eso —negó con la cabeza y se colocó a su

lado pasando una mano por sus hombros—, estoy seguro de que Carolina Herrera tendrá algo apropiado para la ocasión, su tienda está aquí, a la vuelta de la esquina.

—No estoy vestida apropiadamente para ir de compras —se detuvo en seco y lo miró sonriendo.

—Estás muy *chic*, cariño —él, exagerando un poco, hizo un amanerado movimiento con su mano mirando su vestido blanco y sus sandalias de cuero—, sabes que eso está de moda, yo mismo te obligué a comprarlo.

—Por favor... tengo que ir a casa a darle de comer a...

—Ni se te ocurra nombrar a esa bola de pelo —la interrumpió mirándola fijamente—, ¡la última vez que intenté tocarlo casi me saca un ojo!

—Odia a los hombres... —contestó ella encogiéndose de hombros.

—Será eso —dijo él con desgana—, como buen macho tiene su territorio muy marcado, aunque no sé qué espera que te haga yo... soy lo más maricón que te puedes echar a la cara. Beth rio y pasó un brazo por su cintura comenzando a caminar de nuevo.

—Cállate y vamos comprar ese maldito vestido. Lo que quedaba de tarde lo pasaron riendo, probando ropa y criticando el gusto al vestir de las clientas de las diferentes tiendas que visitaban. Beth agradecía mucho la presencia de Connor en momentos así, cuando hablaba con Autum siempre se quedaba un poco melancólica y preguntándose si alejarse de Seattle había sido la mejor decisión, pero al mirar a Connor entendía que sí, él era capaz de hacer que se olvidase de todo y comenzase a sonreír sin motivos, tenía ese poder sobre ella. Se consideraba afortunada por conocerle y tenerle cerca, algo que pasaba mucho al trabajar juntos y podía decir con orgullo y una tremenda seguridad que si se sentía tan bien en Chicago era gracias a él, aunque debía admitir que también gracias a que él estaba a su lado no había salido corriendo de vuelta a Seattle cuando se encontró a Nicholas por primera vez. Volvieron a casa en taxi ya bien entrada la noche, Connor la acompañó hasta su nuevo apartamento y juntos subieron un motón de bolsas de ropa que habían comprado.

—No vuelvo a hacerte caso —gruñó Beth saliendo del ascensor y buscando las llaves—, me he gastado más dinero del que cobro cada mes.

—La gran Elizabeth Price quejándose del dinero que ha gastado... —Connor rodó los ojos y se apoyó en la pared mientras ella abría la puerta—. Como si la cantidad de dólares fuese un problema para ti. Pero todavía necesitas comprar un

par de zapatos —ella lo taladró con la mirada y él la ignoró—. Ese vestido necesita algo espectacular, además, saldrás en la prensa y tienes que dar imagen de mujer divorciada con mucha dignidad.

—Connor... no vayas por ahí... —se quejó con un hilo de voz recordando de repente a Daniel y todo lo que quedaba pendiente entre ellos todavía.

—Lo siento cariño... —se disculpó él con una sonrisa y poniendo una mano sobre su hombro—. A veces pienso que debería graparme la lengua al paladar para no ser tan bocazas.

—Dejarías de ser el Connor que adoro... —sonrió. Le dio por fin la última vuelta a la llave y empujó la puerta con suavidad para abrirla, al fondo del apartamento, completamente en penumbras, comenzó a escucharse el sonido de un cascabel y un suave maullido.

—Ahí viene la bestia... —murmuró Connor muy bajito a la vez que Beth encendía la luz.

—No insultes a mi gato... —gruñó ella dándole un puntapié en la espinilla haciendo que gimiese. Una bola de pelo rojizo se enredó entre sus piernas mientras un insistente maullido salía de ella, Beth se acuclilló para tomarlo en brazos y el gato comenzó a ronronear.

—Saco de pulgas... —gruñó Connor pasando a su lado y comenzando a estornudar a causa de su alergia. El gato bufó en su dirección y él le gruñó enseñando los dientes.

—¿Cuándo os llevareis bien? —preguntó Beth volviendo a dejar al gato en el suelo.

—Cuando le cortes el pelo... —masculló Connor dejando las bolsas sobre el sofá y quitándose la chaqueta— y lo eches de casa. Tengo hambre... ¿pedimos pizza?

—Como quieras... —contestó ella quitándose las sandalias y caminando descalza hasta la cocina.

—¿Quieres anchoas? —preguntó en un grito para que la escuchase.

—¡Sabes que sí! —contestó ella poniéndose de puntillas para coger una lata de comida para el gato en lo alto de un armario, pero no conseguía alcanzarla.

—Si tienes que coger eso cada día... ¿por qué no lo has puesto en un lugar más fácil de alcanzar? —preguntó Connor tras ella bajando una de las latas.

—Porque espero que un caballero como tú salve a esta damisela en apuros —le echó la lengua mientras abría la lata y volcaba el contenido en el plato.

—Para eso llama a tu *Darcy*... es tu acérrimo defensor... —murmuró Connor—. ¿Sí? Hola... quería un pizza con... —se alejó hablando por teléfono. Por un momento el corazón de Beth dio un vuelco, pero enseguida contuvo su expresión de dolor y sonrió con ternura.

—*Darcy*... *Darcy*... ven aquí... —llamó con suavidad y el gato color rojizo corrió a lo largo del pasillo para devorar su plato de comida. Beth lo observó en silencio, escuchando de lejos como Connor hablaba con alguien por teléfono y perdiéndose en los matices cobrizos del pelo de *Darcy*... de su nuevo *Darcy*... podía recordar como si fuese ayer cuando unos tres meses atrás se lo encontró maullando en la puerta de su edificio, se enamoró de sus ojos verdes al instante y su pelo entre el anaranjado y el rojo era tan suave que no podía dejar de tocarlo. Para corroborar su teoría acarició su lomo ganándose unos segundos de ronroneo de su parte y volvió a sonreír antes de ponerse en pie. Caminó hacia el salón donde Connor estaba y se sentó en el sofá doblando las rodillas, abrazándose a ellas y esperando que acabase de hablar. Cuando por fin lo hizo, él volvió a estornudar y se sentó a su lado.

—Esa mierda de gato va a acabar conmigo —se quejó pasando un brazo por sus hombros y tirando de un mechón de su cabello.

—Te he dicho que no insultes a mi gato —gruñó golpeando su pecho—. ¿La llamada era de trabajo?

—Sí... —Connor suspiró y se dejó caer en el respaldo del sofá—. Tenemos una reunión con los accionistas.

—¿Qué accionistas? ¿Esos desconocidos de los que todo el mundo habla? —preguntó ella.

—Sí... solo que, ya sé de quien se trata —él sonrió y ella imitó su sonrisa.

—¿Vas a decirme quiénes son? —preguntó haciendo un tierno mohín.

—«*Pequeño pony*», tienes mucho que aprender para lograr lo que quieres de mí con esos trucos tan utilizados —rio Connor.

—Vamos... no seas malo y dime de quién se trata... ¿los conocemos ya?

—Yo sí... he trabajado con ellos.

—¿Puedes dejarte de rodeos y decírmelo ya?

—Son importantes, así que no puedes fallar en esta reunión —le advirtió.

—¿Cuándo he hecho mal una reunión? Además... los beneficios han aumentado en los últimos cinco meses... no voy a decir a quien se debe dar las gracias —Beth miró sus uñas y Connor la codeó juguetonamente—. ¿Quién vendrá a la reunión de mañana?

—Está bien... —rezongó él—, son los Fisher.

—¿Tanto problema por Ethan y Carmen? Vete a la mierda Connor —Beth rio y se puso en pie para abrir la puerta, porque la pizza ya había llegado. Minutos después ambos reían mientras comían y Darcy dormitaba con los ojos entrecerrados en su manta del suelo.

—Los gatos son la peor mascota del mundo... ¡mira como nos ignora! —exclamó Connor mirando al gato—. Él es tu dueño y no al revés, lo alimentas, lo cuidas, le das un techo y lo mimas... eso sí, solo cuando él quiere.

—Deja a Darcy tranquilo, no te está molestando.

—Pero sus pelos sí, están volando por todos lados... por su culpa no dejo de estornudar.

—Nadie te ha invitado, estás aquí porque quieres... —dijo Beth zanjando el tema por unos minutos.

—Pero... ¡míralo! —exclamó de nuevo Connor señalando al gato con ambas manos—. Si parece que le han dado un sartenazo en la cara...

—¿Quieres tú otro? —preguntó ella alzando una ceja—. No me cuesta nada, solo tengo que acercarme a la cocina y...

—Está bien... dejaré a Darcy tranquilo... —rezongó mascullando entre dientes.

\*\*\*

El día siguiente había llegado y los había sorprendido todavía durmiendo, Beth estaba enrollada en una de sus sábanas, simplemente con su ropa interior y Connor estaba en el suelo utilizando una colcha de almohada. Beth apagó el



despertador de un manotazo y se asomó por el borde del colchón buscando a su amigo.

—¿Qué haces en el suelo?

Él se despezó y la miró con los ojos entrecerrados.

—Cuento las pelusas que hay bajo tu cama... ¿a ti qué te parece que hago? Me has tirado de la cama con tus patadas... ¡loca! —se puso en pie de un salto y buscó su ropa que estaba doblada sobre una silla—. Iré a casa a cambiarme y a darme una ducha... ¿quieres que te recoja?

—Iré en taxi... tú prepara la reunión —murmuró con los ojos cerrados.

—Como quieras «*pequeño pony*» —se inclinó sobre la cama y besó su frente—, nos vemos en un par de horas...

—Como digas... —balbuceó incoherentemente. Se quedó perezosamente en la cama unos minutos más, hasta que los maullidos de Darcy pidiendo su desayuno la hicieron levantarse con desgana.

Deambuló como un zombi hasta la cocina y abrió el armario para coger la comida para el gato, pero se encontró una lata sobre la encimera. Sonrió ante el gesto de Connor y vertió la comida en el plato antes de meterse en la ducha. Como había acabado con tiempo suficiente y el día todavía era un poco fresco al ser temprano, decidió ir caminando a la oficina y así podría saborear mejor el café del *Starbucks* que tanto adoraba.

A su paso pensaba en lo que le depararía el día, esperaba que fuese tranquilo y así esa tarde podría ir a *Grant Park* y tomar un poco el sol mientras escuchaba música o leía un libro. A su paso miró la Torre Sears de lejos y un estremecimiento recorrió su espalda... hacía más de dos semanas que no había ido por allí, el tiempo justo que Nicholas estaba de regreso en su vida... aunque él no lo supiese todavía.

Pero no podía arriesgarse a ir allí y encontrarse con él... ¿qué le diría? ¿Qué era tan patética que visitaba ese edificio dos veces por semana para intentar no olvidarlo del todo? Negó con la cabeza y continuó su camino con un poco más de prisa, se le estaba haciendo tarde, tanto que esa mañana no podría esperar a Nicholas para verlo como de costumbre.

En cuanto puso un pie en la oficina ya pudo percibir en el aire que ese no era un día normal, todo el mundo parecía nervioso y la saludaban rápidamente volviendo a su labor inmediatamente. Ella frunció el ceño y cruzó la oficina rumbo

al despacho de Connor para llevarle un café como cada mañana. Él no estaba allí y eso la confundió, en ese momento debería estar volviéndose loco preparando esa reunión con los Fisher. Dejó el café sobre la mesa y fue a su propio despacho, tenía que buscar unos informes y modificar un par de frases que no le gustaban del todo para su pequeño discurso en la reunión, era lo de siempre y ya estaba acostumbrada. Pero al llegar a su puerta su secretaria estaba frente a ella, de pie y tan nerviosa que se retorció las manos con ansiedad.

—¿Ocurre algo? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Alguien la espera en su despacho —contestó la chica con voz temblorosa.

—¿A mí? La secretaria asintió y le quitó a Beth el café y su bolso.

—Ha dado órdenes expresas de que nadie los moleste mientras están reunidos —volvió a decir la chica.

—¿Pero quién?

—El «*jefe*»... —susurró confidencialmente.

—¿El señor Fisher? —su ceño se frunció más—. ¿Para qué quiere Ethan hablar conmigo?

—No es el señor Fisher.

—¿Y quién es el «*jefe*»? —Beth intentó dar a su voz el mismo matiz que su secretaria, que había pronunciado la palabra con solemnidad.

—El señor Bratcher... Ese apellido cayó sobre ella como un balde de agua fría... ¿Nicholas la habría descubierto espiándolo? No, no podía ser eso... ¿pero cómo la habría encontrado, y por qué? Sus manos comenzaron a temblar y las pasó por su rostro con desesperación. «*No ahora, no ahora...*» se repetía mentalmente. Se encontraba bien, estaba intentando seguir adelante dejando todo eso atrás... ¿qué hacía Nicholas allí?

—Señorita Price... —la llamó su secretaria y tardó unos cuantos segundos en focalizar su atención en ella y no en sus pensamientos —, el señor ya lleva un buen rato esperando y no es famoso por su paciencia. «*Recuerda que mi paciencia tiene un límite*», las palabras de Nicholas vinieron a su mente y su garganta se cerró con un nudo. Connor... ¿dónde estaba Connor? Necesitaba una de sus sonrisas, un «todo estará bien» con esa voz suya tan alegre, necesitaba...

—¿Connor...? —preguntó en un murmullo apenas audible.

—El señor Carter también la espera en su despacho —dijo su secretaria.

Bien... podría lidiar con Nicholas si Connor estaba cerca, podría hacerlo. Tomó una fuerte inspiración y abrió la puerta de su despacho pero sin atreverse a alzar la mirada para encontrarse con esos ojos verdes que todavía la torturaban en sueños.

—¡Al fin llegas Beth! —exclamó Connor entusiasmado—. Le estaba explicando al señor Bratcher lo maravillosamente bien que van los beneficios ahora, tu plan de inversiones y aquel contrato que conseguiste nos están ayudando mucho a ello.

—Les traeré un café —escuchó la voz de su secretaria tras ella cerrando la puerta.

—La señorita Price está haciendo un trabajo extraordinario como puede ver en la gráfica que le acabo de facilitar —continuó Connor, pero ella continuaba con la mirada en la alfombra—. Si quiere podemos facilitarle un informe más detallado.

—No será necesario... —dijo esa voz... Y Beth lazó la cabeza de repente totalmente confundida, su ceño se frunció y clavó la mirada en un par de ojos azules que la miraban con diversión.

—Señor Carter... ¿cree que podría dejarnos a solas a la señorita Price y a mí? —preguntó de nuevo aquella voz.

—Por supuesto... —dijo Connor con recelo y miró a su amiga y al señor Bratcher intermitentemente—. Estaré en mi despacho si me necesitan. Cuando Connor salió Beth todavía no había podido alejar los ojos de él, ¿qué demonios...? Su cabeza no entendía lo que estaba pasando, sus pensamientos iban a la velocidad de la luz y ninguno de ellos parecía tener sentido.

—Veo que no me equivoqué al contratarte, tienes mucho potencial... —dijo de nuevo la voz rompiendo el silencio que los rodeaba. Ella dio un paso al frente y lo miró más de cerca... sin entender nada todavía.

—¿Tú eres...? —susurró con hilo de voz.

—Declan...

—Su hermano... —dejó salir en un suspiro y pasó una mano por su frente, sí... la forma de sus labios, las cejas espesas... se parecían aunque Declan era rubio y su hermano no.

—Sí, soy el hermano de Nicholas.... —al escuchar su nombre su estómago se contrajo.

—Y tú... —carraspeó y caminó hacia su sillón para tomar asiento, sus rodillas temblaban y apenas podía mantenerse en pie— tú me contrataste... ¿con que fin? ¿Él lo sabe? Declan rio y se sentó en la silla frente a su mesa.

—Si llega a saberlo me colgaría de los huevos junto a la bandera de Estados Unidos... —confesó—. Si te contraté, fue por hacerle un favor a alguien.

—¿A quién? —preguntó ella con los ojos entrecerrados.

—Eso ahora carece de importancia, solo he venido a comprobar que la fama no te precede y los problemas en la empresa de tu familia no han sido tu culpa.

—¿A dónde quieres llegar? No entiendo nada... —preguntó confundida.

—No tienes nada que entender —Declan sonrió de nuevo—, escuché a tu secretaria decir que los señores Fisher te esperan en la sala de juntas, espero que queden tan impresionados como yo con tu trabajo —se puso en pie y caminó hacia la puerta.

—¿A qué has venido aquí realmente? —preguntó ella—. No creo que decirme lo que me has dicho e irte fuese tu único cometido.

—Todo a su tiempo —Declan guiñó un ojo y abrió la puerta dispuesto a irse, pero se giró en el último momento—. Por cierto... dale recuerdos a tu amiga... ¿*Aurin*?

—Autum... —rectificó.

—Autum... —Declan sonrió al susurrar su nombre, aquella sonrisa Bratcher esquinada que tanto recordaba y que había echado de menos todos esos meses sin saberlo. Declan se fue y ella se quedó allí, completamente sola y más confundida de lo que había estado nunca.

## CAPÍTULO 18

*Chicago, 28 de agosto de 2010.*

Ni altas temperaturas habían conseguido que Nicholas saliese de su despacho, llevaba más de diez horas allí encerrado y no parecía con ánimos de regresar a su apartamento, a su vacío, frío y solitario apartamento... Pasó una mano por su cabello y suspiró con desgana mirando por la ventana, todas las luces del edificio de enfrente estaban apagadas, incluso aquella del despacho que durante los últimos días había permanecido encendida tantas horas como la suya. Dejó caer sobre la mesa el bolígrafo que sostenía en la mano y se puso en pie, se quitó los gemelos y con movimientos fluidos dobló las mangas de su camisa hasta los codos para ponerse de nuevo a trabajar, tenía que dejar todo listo antes de salir de viaje. Volvió a pasar las manos por su cabello y miró al techo intentando no pensar en lo que le esperaba en ese viaje, rogaba porque todo saliese bien. Su teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa y contestó sin mirar el indicador.

— *¿Qué cojones haces en la oficina todavía?* —preguntó Declan en un gruñido. Nicholas suspiró de nuevo y cerró los ojos, no tenía que haber contestado.

—Trabajar... algo que deberías probar a hacer tú, hasta donde sé nadie se ha muerto en esta oficina por cumplir sus obligaciones —masculló como respuesta volviendo a clavar la mirada en la ventana de enfrente... continuaba apagada.

—*Nick... es muy tarde y mañana cogemos un avión demasiado temprano... ¿es*

*necesario que todavía intentes trabajar?* Nicholas frunció los labios y pensó en decirle la verdad, pero él no lo entendería.

—Estoy dejando listos un par de informes para que Ethan lo tenga más fácil en nuestra ausencia —murmuró sin energía.

—*Ethan sabe hacer muy bien su trabajo, mira si no como está su compañía* — agregó Declan.

—Eso es gracias a la nueva economista que contrató, todo el mundo habla maravillas de ella ¿sabes de quién se trata? Deberíamos robársela... —divagó. Declan ahogó una carcajada y comenzó a toser para disimular.

—*Deja la mierda que estás haciendo y vete a descansar, es una orden.*

—Me gustaba más el hermano que pasaba de todo y me ignoraba... ¿dónde coño lo has dejado? —le preguntó en un gruñido mientras apagaba su ordenador.

—*En Seattle... en aquel extraño viaje que me obligaste a hacer.*

—Sigo sin entender qué te pasó a ti en ese viaje —murmuró guardando un par de cosas en su maletín.

—*Que descubrí que mi hermano mayor no era indestructible...*

—las palabras de Declan lo llevaron a aquella fatídica noche, a aquel maldito hospital y a aquella horrible sensación en su pecho... era como si algo le rasgase desde dentro.

—¿Y a qué coño vienes mañana conmigo? —preguntó alejando esos recuerdos.

—*Te he conseguido la invitación, cierra la boca y déjame hacer lo que tenga que hacer... ¿está bien?*

—A ver si echas un polvo de una vez, que no hay quien te aguante —murmuró antes de cortar la llamada y dejar caer su teléfono sobre la mesa. Pasó una mano por su rostro intentando alejar así los recuerdos, pero las palabras de su hermano parecían haber abierto la caja de Pandora en su cabeza y todas las imágenes y sensaciones vividas meses atrás volvieron a sentirse igual o más fuerte todavía. Casi podía percibir la forma de su cuerpo, encogido y acurrucado contra el suyo mientras la abrazaba.

En ese momento se sintió poderoso, cuando comprobó que ella lo buscaba a él para aliviar su dolor, que alejaba a sus amigos pero que a él lo utilizaba de sostén y lloraba en su pecho. Inspiró con fuerza tratando de recordar también su

olor pero era difícil... tampoco podía recordar cómo era acariciar su cabello o el sabor de su piel, eso se había ido borrando poco a poco, pero el dolor.... el jodido dolor seguía ahí, le seguía torturando día a día y recordándole que no la tenía, que la había perdido.

Cuando salió de aquel hospital estaba dispuesto a cualquier cosa, a matar al estúpido infeliz que la había llevado allí, a matar también a Simon Price por permitir que las cosas llegasen tan lejos. Incluso se sentía capaz de poder secuestrarla y obligarla a estar con él, sabía que su decisión había sido precipitada, que la depresión y el descenso de hormonas por todo lo que había pasado la habían orillado a decidir lo que parecía más fácil y menos doloroso... pero cuando estuvo a solas en su habitación de hotel y analizó la situación, estuvo de acuerdo con ella: había sido demasiado en muy poco tiempo, apenas se conocían realmente tal y como le había dicho, y habían estado a punto de formar una familia. Todo apuntaba a que se habían precipitado al estar juntos, al hacer planes cuando realmente eran dos desconocidos, aunque no podía entender que separarse en ese momento fuese a solucionar algo.

Lo aceptaba, porque ella parecía necesitarlo, pero no estaba de acuerdo con ello. Regresó a Chicago con el corazón destrozado y dejando tras él un buen pedazo, aceptaría su decisión de tiempo y distancia, pero como bien le había dicho a ella, su paciencia tenía un límite y no estaba seguro de cuanto podría aguantar. Dos semanas fue lo que soportó, dos largas y tortuosas semanas en las que se repetía a sí mismo que así era mejor, que ella lo había decidido así y tenía que respetarlo. Fueron dos hasta que Declan cortó la llamada que estaba realizando al aeropuerto para comprar un billete a Seattle... No sabía realmente qué era lo que iba a hacer, solo quería verla, hablar con ella, explicarle que para él ya había sido tiempo suficiente y que solo la necesitaba a su lado... pero su hermano le dio una de esas charlas profundas que eran muy poco habituales en él y lo convenció de que respetar sus decisiones era lo mejor, si la presionaba podía conseguir todo lo contrario a lo que esperaba. Entonces decidió poner distancia también él, se embarcó en viaje por Europa recorriendo todas las empresas en las que estaba colaborando, viajó a todas las filiales comprobando que todo estuviese en orden, se reunió con nuevos clientes, también con alguno de los que ya había ayudado en el pasado... Cualquier cosa con tal de mantenerse ocupado el mayor número de horas posibles para evitar caer en la tentación y regresar.

Funcionó, el tiempo que se dedicaba a trabajar pasaba rápido y sin inconvenientes, pero cuando caía la noche y se suponía que debía descansar todo volvía a él de nuevo; la necesidad de verla y abrazarla, de escuchar al menos su

voz o recibir uno de sus mensajes... pero nada de eso sucedía. Pasaba las noches prácticamente en vela, recordando aquel viaje a Seattle y aquellas dos noches que pasaron juntos y que le supieron a poco, recordaba sus muchas llamadas, aquellas videoconferencias... se descubrió a sí mismo en más de una ocasión escribiéndole mensajes, algunos llegó a enviarlos, pero otros simplemente los borraba y prefería olvidarse de ellos, hacer como que nunca existieron.

También intentó llamarla por teléfono, pero sus dedos nunca pulsaban la tecla cuando aparecía la fotografía asociada a su número. En el fondo creía que se había vuelto un cobarde, Nicholas Bratcher nunca se había comportado de ese modo, cuando quería algo lo conseguía y si le costaba hacerlo era mucho más emocionante, pero se decía a sí mismo que en esa ocasión no eran solo él y sus deseos, que había alguien más y debía respetar su decisión por encima de todo.

Pero todas esas buenas intenciones se habían ido a la mierda cuando regresó a Chicago tres semanas atrás, continuaba queriendo hacer las cosas bien, pero... simplemente no podía. Quería verla, quería hablar con ella y explicarle los motivos, habían pasado ya nueve meses ¡maldita sea! ¿Cuánto más tendría que esperar? Estaba decidido... al día siguiente sería su día.

*Seattle, 29 de agosto de 2010.*

—Connor... ¿seguro que Darcy estará bien contigo? —preguntó Beth de nuevo con un tono de voz preocupado.

—*Si vuelves a hacerme esa pregunta terminaré por enfadarme, sabes perfectamente que soy yo el que corre más peligro en compañía del otro... ¿no te preocupa mi seguridad?*  
—la voz de su amigo al otro lado del teléfono, sonó en un quejido infantil que le hizo sonreír.

—De acuerdo... no volveré a preguntar —dejó salir una risita y se miró en un



espejo que había a uno de sus lados—. Por cierto, tengo que decirte que Autum adoró el vestido que compramos, simplemente lo amó en cuanto lo saqué de la maleta.

—*Es que si en algo eres experta, es en encontrar amigos con buen gusto* —bromeó él.

—Te echo de menos... —gimoteó ella de repente —no sé como voy a salir frente a todos esos periodistas sin ti, voy a necesitar tu fuerza y tus ánimos.

—*Lo harás bien, «pequeño pony», tú sabes que eres fuerte y puedes con eso y mucho más...* —intentó animarla su amigo—. *¿Has sabido algo de tu ex?*

—No... —se apresuró en contestar— y espero que siga siendo así, no quiero verlo hasta el día que por fin esté divorciada legalmente.

—*También lo espero...* —Connor suspiró— *a ver si dejas ya el luto por un matrimonio que nunca existió y te das una alegría con alguien, estás muy sola cielo, tienes que divertirte... enamorarte de verdad.* Ella tragó en seco y miró sus pies, una sola frase y ya estaba fuera de juego.

—Tengo que colgar Connor... Autum me está esperando y en unos minutos comenzará la ceremonia.

—*Beth... siento que he metido el dedo en la llaga y lo último que quiero es hacerte daño, lo sabes...*

—Lo sé cariño... te quiero —sonrió tristemente.

—*También te quiero* —aseguró Connor antes de colgar. Beth suspiró antes de guardar su teléfono y decidirse a ir a donde todos estaban esperando.

\*\*\*

La boda de Gino se celebraba en un hotel del centro de Seattle, sería algo sencillo y limitado tan solo a los familiares y amigos más cercanos, pero eso no había evitado que la prensa estuviese al tanto de ello y la expectación se levantase alrededor del evento, sobre todo porque los medios esperaban su presencia, la futura exmujer de Daniel Boid, la hija de Simon Price que había desaparecido tras

vender su parte de la compañía, regresaba a la ciudad y quizás lo hiciese del brazo de un apuesto hombre... por suerte cuando llegó al hotel la pasada mañana fue algo totalmente discreto y ninguno de los fotógrafos que guardaban su lugar desde entonces, se dieron cuenta de que era ella la que pasaba a su lado. Tomó una enorme bocanada de aire antes de entrar al salón donde se oficiaría el enlace y finalmente cruzó la puerta. Divisó a los señores Biancci, los padres de Gino, también a los padre de Rachel, estaban algunos compañeros de universidad de Gino y como no, Autum. Avanzó hacia ella y sonrió cuando sus miradas se encontraron, su pequeña amiga la abrazó por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro.

—No vuelvas a irte... —le pidió en un murmullo— te necesito aquí conmigo.

—Autum... —le advirtió en un susurro.

—Lo sé, lo sé... me has cambiado por un analista maricón, ya me lo has dicho un par de veces —gruñó su amiga alejándose de ella con un empujón.

—¡No te he cambiado por Connor! —exclamó—. Y no es maricón, es homosexual... y un cielo de persona, deberías ir a verme a Chicago y conocerle, te encantará...

—Lo dudo... —masculló.

—Cariño, sabes que te quiero y eres insustituible... ¿cierto? Te debo tanto que...

—Vale, vale... ya lo entiendo —la interrumpió—. Pero no te pongas sentimental porque me harás llorar y la boda todavía no ha comenzado. Ambas sonrieron y se abrazaron a la vez que buscaban sus asientos para no perderse ni un detalle de la boda. La boda fue preciosa y emotiva, Beth tuvo que darle la razón a Autum y Gino realmente parecía un idiota cuando miraba a Rachel, en cualquier momento saldrían corazoncitos de sus ojos y flotarían a su alrededor. Hubo besos, aplausos y exclamaciones de todos los presentes... Gino sonreía tanto que sus hoyuelos se harían permanentes de un momento a otro. Cuando todo hubo acabado, se acercó a los recién casados y abrazó a Gino intentando rodear su cintura a duras penas.

—Enhorabuena mastodonte —murmuró contra su pecho.

—Ya sabes que no es gran cosa... tan solo es un día más —contestó él encogiéndose de hombros. Beth negó con la cabeza y abrazó también a Rachel, percatándose al instante de que algo estaba mal en su tripa. Se alejó de golpe y la miró con el ceño fruncido a la vez que posaba una mano en su disimulado vientre

y sintió una pequeña pelotita bajo sus dedos, su mandíbula se descolgó, miró a Rachel de nuevo sonriendo y dándole de nuevo la enhorabuena en un susurro cerca de su oído.

—Así que... —dijo juguetonamente mirando a su amigo— ¿a esto te referías con lo de los temas burocráticos? —preguntó alzando una ceja y señalando el vientre de Rachel con un dedo. Gino sonrió y se encogió de hombros.

—Completamente burocrático —le restó importancia—, no podía permitir que mi mujer y mi hijo tuviesen apellidos diferentes.

—Idiota —gruñó Beth golpeando su brazo con el puño—, ¿por qué no me has dicho nada? Me alegro mucho por ti pedazo de animal.

—¿Por qué me insultas? —le preguntó fingiendo enfadarse—. En lugar de decirme lo que me has echado de menos en esas largas y solitarias noches de Illinois, me llamas cosas que me hieren... y al ego de Rachel también, ella cree que soy todo un *sex symbol* —acabó su discurso con un sugestivo movimiento de cejas.

—Te he echado de menos... y no solo por las noches, las duchas por allá son demasiado grandes para mí sola —dijo guiñándole un ojo.

—¡Esta es mi chica! —exclamó Gino antes de abrazarla y hacerla girar en el aire—. Vamos a bailar...

—¿Y qué pasa con Rachel? Ella es la novia, el primer baile es para ella —protestó mientras él la arrastraba a la pista y comenzaba a bailar con ella suavemente.

—Tendré toda la noche para bailar con ella, tú te irás mañana —apretó las manos en puños a la altura de su espalda y acercó su cuerpo un poco más al suyo. Beth descansó la cabeza contra su pecho y suspiró.

—Solo estamos a tres horas en avión... —dijo con voz dulce.

—Pero estás demasiado lejos. No me gusta sentir que mi hermanita pequeña está tan lejos cuando me necesita.

—No soy tu hermana —se quejó alejándose para mirarlo.

—Un tema burocrático... pero a efectos prácticos sabes que es así —Gino sonrió y ella no pudo evitar hacerlo también a la vez que sentía un nudo en la garganta.

—Te quiero... —gimió aguantando las lágrimas—. Sabes que te echo mucho de menos y me encantaría estar más cerca, pero...

—Lo sé, lo sé... no tienes nada que explicarme Lizz, lo entiendo y lo acepto, pero no me pidas que no intente que te quedes... —ella arrugó la nariz para no llorar y volvió a abrazarlo. Continuaron bailando unos segundos más, ella intentando no llorar cada vez que Gino besaba su cabello y suspiraba. Echaba de menos a sus amigos, pero necesitaba ese tiempo y esa distancia... le estaba sentando muy bien estar lejos y ser autosuficiente por primera vez en su vida, aunque Connor siempre estaba ahí con una palabra de aliento y una sonrisa para animarla en los momentos bajos.

—¿Me permite un baile con la señorita? —preguntó una voz masculina. El sonido de esa voz la hizo tensarse y girarse entre los brazos de Gino para mirarlo.

—Iré con Rachel —dijo su amigo en su oído y beso su mejilla antes de desaparecer. Beth miró al recién llegado con el ceño fruncido y bufó cruzando los brazos bajo su pecho.

—¿Qué haces aquí? —preguntó bruscamente y sin disimular su descontento ante su presencia.

—¿Pedirte un baile? —contestó con otra pregunta y extendiendo una mano hacia ella.

—¿Me estás acosando, Bratcher? —gruñó entrecerrando los ojos.

—Beth... es una boda, la de tu mejor amigo, compartamos un baile y no hagas una escena —explicó tomando su mano y tirando de ella levemente hasta que cedió y le dio una vuelta con suavidad.

—¿Vas a decirme por qué estás aquí, Declan? —gruñó molesta.

—Tengo invitación, no me he colado si es lo que piensas.

—Es la boda de uno de mis amigos, alguien a quien tú no conoces ¿y me dices que no te has colado? —preguntó con incredulidad.

—Vamos Beth, he venido acompañando a alguien, no eres la única amiga de Gino —explicó él con una sonrisa.

—¿Y qué quieres de mí ahora?

—Bailar... charlar... no sé... ¿qué estás dispuesta a darme?

—Creo que los Bratcher ya tiene demasiado de mí... —murmuró desviando la mirada.

—Hay un Bratcher que estaría en total desacuerdo con esa afirmación...

—Declan, sé sincero conmigo... ¿qué pretendes? —inquirió mirándolo intensamente e intentando olvidar su respuesta anterior.

—Contigo no pretendo nada, Beth, pero he visto a alguien por ahí que... —se mordió el labio inferior y la miró con diversión—. ¿Te importaría que cambie mi pareja de baile?

—¿Qué?

—Si en realidad te importa, lo siento muchísimo —se disculpó como si no le importase realmente—, pero el deber me la ama... una chica hermosa sin pareja no es algo que se pueda dejar sin aprovechar.

Él dio un giro rápido, la alejó de su cuerpo y la hizo dar una vuelta para acercarla de nuevo, la miró a los ojos y aquella sonrisa Bratcher relució en sus labios, volvió a alejarla haciéndola girar y sus manos se soltaron. Su cabeza dio vueltas y él la capturó en sus brazos aunque... se sentía diferente. Cerró los ojos con las manos apoyadas en su pecho para intentar mitigar un ligero mareo mientras él continuaba meciéndola lentamente pero a un ritmo diferente.

—¿Declan qué demonios pretendes...? —gruñó alzando la mirada y quedándose completamente paralizada, sus ojos se quedaron enganchados en ese par de orbes verdes que la observaban con intensidad, sus manos se cerraron en puños sujetando las solapas de su chaqueta, su respiración se volvió superficial y su corazón comenzó a latir con tanta intensidad que casi se asustó.

—Nicholas... —dejó escapar su nombre en un suspiro y él sonrió al escucharlo.

—Bailemos... —susurró simplemente, pero su voz se escuchó más ronca de lo que pretendía. Ella se dejó guiar casi en trance, comenzaron a danzar de nuevo aunque bien podrían estar levitando porque la diferencia apenas sería perceptible. Era Nicholas... su Nicholas, sosteniéndola entre sus brazos y... jadeó al ser consciente por fin de lo que estaba pasando, se alejó de él un paso empujando su pecho con las manos para que no intentase acercarse de nuevo, se alejó otro paso más y una vez más aquel magnetismo la obligaba a acortar la distancia, a acercarse de nuevo...

—No... no entiendo que haces aquí... —susurró aturdida e intentando no mirar sus ojos.

—Te dije que mi paciencia tenía un límite y hasta aquí ha llegado —contestó él apretando las manos en puños ante la necesidad de volver a abrazarla de nuevo.

—¿Estás confabulado con Declan? ¿Es a ti a quien está haciendo un favor? — preguntó apretando la mandíbula.

—Beth... —su pecho se hinchó al pronunciar su nombre—, no sé de qué me estás hablando, pero si te refieres a colarme en la boda de Gino, sí... Declan me ha hecho un favor.

—No hablo solo de la boda, tú... ¡mierda Nicholas! —exclamó sintiéndose furiosa de repente—. ¿No puedes entender que necesitaba tiempo? ¿Que... no siempre puede ser lo que tú quieres y como tú quieras? La gente tiene necesidades y yo...

—Tranquila... iremos a hablar a un lugar más privado —la tomó del brazo e intentó guiarla hasta uno de los laterales, donde había una puerta que llevaba hacia los jardines.

—No voy a ir contigo, no es el momento para esto —gruñó intentando liberarse de su agarre.

—Beth tenemos que hablar y si no es ahora te juro que te seguiré a donde quiera que vayas y seré tu sombra hasta que decidas explicarme de qué estás hablando —masculló Nicholas mirándola significativamente. Beth apretó los labios sintiéndose derrotada y se dejó llevar hacia uno de los jardines, Nicholas se detuvo en uno de los laterales, estaban ocultos por un seto y sin ninguna mirada curiosa alrededor.

—¿Me puedes explicar qué es eso de Declan que estabas diciendo? — preguntó Nicholas sentándose en un banco y frotando su rostro con desesperación.

—Él... tú... —balbuceó ella caminando en círculos con nerviosismo—. ¡No intentes parecer inocente porque sé que lo del trabajo ha sido idea tuya! ¿Cómo no me he dado cuenta antes? He sido tan estúpida...

—¿De qué trabajo hablas? —preguntó colocándose frente a ella y tomándola de los hombros para detenerla.

—El maldito trabajo en la compañía de los Fisher, y no intentes mentirme porque es obvio que tú estás detrás de todo... ¿por qué no me di cuenta antes? —se preguntó de nuevo a sí misma totalmente frustrada.

—¿Fisher? —preguntó Nicholas en un murmullo totalmente confundido—. ¿Trabajas para Ethan? ¿Trabajas desde aquí para Ethan?

—¿Cómo que...? —Beth lo observaba tan confundida como él y bufó—. ¿Por qué no dejas de fingir? Sabes perfectamente que hace cinco meses que vivo en

Chicago... Nicholas dio un paso atrás como si hubiese recibido un golpe y ella se asustó de verdad al ver la expresión de su rostro, parecía realmente sorprendido y dolido... pero ¿por qué? No tenía sentido.

—Nicholas... tú sabes perfectamente que estoy en Chicago... lo sabes... — repitió con lentitud y observando su reacción. Él recompuso su semblante y se acercó a ella tanto que sus rostros quedaron apenas separados por unos escasos milímetros.

—¿Crees que si lo supiese habría estado dando vueltas como un idiota por Europa? —gruñó y se alejó en un movimiento brusco para comenzar a tirar de su cabello con desesperación—. ¿Y dices que Declan te consiguió el trabajo?

—Eso me dijo hace unos días cuando se presentó en mi oficina... —contestó todavía pensando en Europa—. ¿Por qué te fuiste de viaje por Europa?

—Porque necesitaba alejarme de ti, me pediste tiempo y distancia, si me hubiese quedado en Chicago, a solo tres horas en avión de aquí, no habría tardado en presentarme en tu puerta suplicando para que hablastes conmigo.

Beth lo observó en silencio unos minutos, analizando sus palabras, absorbiendo su imagen.... todos esos meses se había jurado a sí misma que nada de aquello fue real, que todo lo que alguna vez pudo sentir por él se había quedado atrás, que lo había superado. Pero que equivocada estaba... al verlo unas semanas atrás lo intuyó, pero en ese momento teniéndolo frente a frente era plenamente consciente de que todo eso había sido una mentira, un autoengaño para protegerse, todo seguía exactamente igual.

Y Nicholas... ella había creído que dejó de buscarla porque la había olvidado, porque al poner distancia se había dado cuenta de que no valía la pena esperar, pero se había presentado allí dispuesto a hablar con ella, diciéndole que se había casi castigado por lo que ella le dijo que necesitaba... ¿cómo podía creer que todo aquello no había sucedido realmente? Sus manos comenzaron a temblar y se sintió un poco mareada de repente, con torpeza, avanzó hacia el banco donde se había sentado Nicholas minutos antes y también se sentó apoyando los codos en sus rodillas y la cabeza en sus manos. Pasaron unos segundos hasta que percibió que él se movía, sus zapatos hicieron ruido en la grava del suelo cuando caminaba y se detuvo justo frente a sus pies.

—¿Has estado en Chicago todo este tiempo? —le preguntó Nicholas acuclillándose frente ella intentando buscar su mirada.

—Sí... —dejó salir con un hilo de voz.

—¿Y no...? —se detuvo para carraspear y deslizó un dedo por su rodilla desnuda para alejar una pelusa inexistente ante la imperiosa necesidad de tocarla de nuevo, aunque fuese un roce tan insignificante como ese—. ¿Y no has pensado en buscarme? —preguntó finalmente.

Beth alejó las manos de su rostro y lo miró a los ojos, no pudo soportar el poder de su mirada y miró sus manos unos segundos después.

—¿Importa eso? —espetó intentando fingir indiferencia.

—¡Claro que importa! —exclamó él colocando una mano en cada una de sus rodillas y buscando su mirada de nuevo—. Dios Beth... no he podido dejar de pensar en ti todo este tiempo, te he enviado decenas de mensajes y he escrito cientos de ellos que nunca llegué a enviar, miles de veces he estado a punto de mandar todo a la mierda para venir a buscarte pero me detuve pensando en ti, en que tú querías sanar estando lejos... ¿y ahora me preguntas que si importa si tú pensaste en buscarme? Maldita sea si importa... mi vida está en tus manos por culpa de esa jodida respuesta. Un denso silencio les rodeó después de eso, ella lo miraba sin saber qué decir, si decía la verdad, que cada noche se dormía entre lágrimas y recuerdos, que cada semana iba a la Torre Sears para recordar aquella primera vez juntos, que en ocasiones soñaba despierta con cruzarse con él por la calle... Si lo decía, si era completamente sincera, se exponía de nuevo a que el destino la dañase, entonces él sí que la tendría en sus manos para poder destruirla si lo deseaba. Pero si mentía... estaba segura de que si le mentía sería el final, él se alejaría para siempre ¿Quería realmente eso? ¿Quería perder lo único que fue real en su vida? No tuvo que contestar a esa pregunta, ante el simple pensamiento de no volver a verlo, de no escuchar su voz nunca más, su pecho dolió como si se estuviese partiendo realmente... ¿y creía haberlo superado? *Estúpida ilusa...*

—Tenía miedo de encontrarte... por eso nunca te busqué —contestó una verdad a medias.

—¿Miedo a qué exactamente? —preguntó él con curiosidad y frunciendo el ceño. Ella lo miró unos segundos de nuevo, pensando en qué decir y cómo decirlo, por lo que parecía era importante para ambos, no podía callarlo pero le aterraba la sola idea de admitirlo en voz alta, ni siquiera ella misma había pensado en ello para no creer que fuese real.

—Tengo miedo de ti... me asusta lo que siento porque no lo entiendo. Cuando estás cerca me haces sentir tan débil y fuerte a la vez. Eso me confunde y no sé como actuar. En este momento —admitió sonrojándose—, tengo ganas de echar a correr para no tener que decirte todo esto y en cambio... lo estoy haciendo.



—También tengo miedo Beth... ¿crees que no me aterra la posibilidad de perderte para siempre? —le preguntó en un susurro—. Cuando estaba lejos tenía la opción de esperar, ahora frente a ti todo se resume a lo que digas ahora mismo, si me rechazas seguirá siendo así por más que espere después. Ella lo miró asustada... ¿debía decidir en ese momento? ¿Tenía que pensar en decirle adiós o dejarlo entrar sin restricciones?

—Nicholas yo no... no puedo decidir esto ahora... no puedes pedirme que... no es justo... no... —balbuceó sintiendo una lágrima en su mejilla que hizo desaparecer para no dejarse en evidencia. Nicholas suspiró y se sentó a su lado, quería abrazarla y besar su cabello, aspirar su aroma, sentir su calor como antes cuando bailaban, pero había una pared invisible entre ellos, algo que retenía su impulso, ella no había hablado claro, no le dijo en ningún momento lo que sentía, no le explicó que era lo que realmente quería.

—Me dijiste que no nos conocíamos... que realmente no sabemos mucho el uno del otro... —dijo Nicholas provocando que ella lo mirase de soslayo—. Yo te dije que se podía remediar.

—¿Remediarlo? —preguntó frunciendo el ceño.

—Déjame conocerte Beth... y te mostraré todo lo que quieras de mí, mi casa, mi vida, mi alma... incluso te enseñaré ese álbum de fotos que mi madre siempre saca para avergonzarme —sonrió y ella no pudo evitar hacerlo a la vez que bajaba la mirada—. Empezamos al revés pero podemos darle la vuelta, ahora somos dos desconocidos, nunca nos hemos visto y entre nosotros no hay nada.

—Pero tenemos un pasado... —recordó.

—Me dijiste que fui lo único de verdad en tu vida, tu única decisión acertada...

—Esas no fueron mis palabras exactas.

—¿No era eso lo que querías decir? —preguntó pareciendo asustado.

—Sí, pero... ¿quién nos garantiza que funcione? Creo que mi vida ya ha tenido sufrimiento de sobra.

—Nadie nos lo puede garantizar pero debemos arriesgarnos, es nuestra obligación.

—¿Nuestra obligación? —inquirió ella sin entenderlo.

—Venimos al mundo a vivir, a experimentar, a equivocarnos y volver a

empezar... si no arriesgamos y nos quedamos en lo sencillo... ¿qué sentido tiene la vida?

—No sufrir... —musitó.

—Te prometo esforzarme cada día para no dañarte, eso es lo único que puedo prometerte y espero que sea suficiente... ¿lo es? —preguntó mirándola con tanta intensidad que se sintió abrumada.

—No lo sé... —cerró los ojos asustada, temblando, su cuerpo parecía querer ceder, cada una de sus células quería tocarlo, ser tocada y pertenecerle, pero su mente estaba bloqueada, sus impulsos paralizados y su corazón latía a una velocidad de vértigo haciendo que casi se sintiese mareada de nuevo. Nicholas no lo soportó más y se acercó lentamente hacia ella, quería besarla y comprobar si recordaba su sabor o si realmente lo había olvidado como creía. Pero no se atrevió a ser tan osado y posó los labios en su sien, sintiendo su pulso acelerado en ese lugar e inspirando con fuerza para emborracharse de su olor.

—Déjame conocerte Beth... por favor... —casi suplicó hablando contra su piel incapaz de alejarse. Los músculos de Beth, completamente en tensión, se relajaron de repente y todo el peso de su cuerpo la hizo desinflarse un poco, se inclinó ligeramente sobre Nicholas y un suspiro tembloroso escapó de entre sus labios cuando él le rodeó los hombros con uno de sus brazos.

—Está bien... —susurró por fin haciendo que en el rostro de Nicholas se dibujase una sonrisa radiante —pero habrá unas normas...

—Normas... —repitió Nicholas con entusiasmo —podré con ello.

## CAPÍTULO 19

*Chicago, 1 de septiembre de 2010.*

El humo del cigarrillo flotaba sobre su cabeza y se perdía en el hueco de la ventana entreabierta, Beth dejaba que la nicotina inundase sus pulmones poco a poco sintiendo que se relajaba más cada segundo y el ataque de pánico de unos minutos atrás se iba evaporando. La puerta de su despacho se abrió y Beth miró al recién llegado con una ceja alzada porque ni siquiera llamó antes de entrar. Connor, después de dejar un par de cafés sobre la mesa, avanzó hasta sentarse a su lado, en el suelo con la espalda apoyada en la pared, le quitó el cigarrillo de las manos, aspiró una profunda calada y se lo devolvió, después expulsó el humo cerrando los ojos y dejando caer su cabeza hacia atrás golpeándosela levemente.

—Hacía unos cinco años que no fumaba... —suspiró volviendo a abrir los ojos y mirándola—. No sabía que tú lo hacías.

—Y no lo hago... —susurró antes de dar la última calada y ponerse en pie para tirar por la ventana el cigarrillo casi consumido por completo—. Lo dejé cuando me mudé a la ciudad. Connor también se puso en pie para colocarse a su lado y la miró con una ceja alzada.

—¿Entonces?

—Simplemente... hoy lo necesitaba —contestó encogiéndose levemente de hombros.

—Creo, « *pequeño pony* », que no me lo has contado todo de esa boda — remarcó con suspicacia.

—Y no voy a hacerlo... —sonrió guiñándole un ojo y dejándose caer en su sillón—. ¿Necesitas algo? —preguntó con voz cansada.

—Un café... —le extendió uno de los dos vasos que había traído y ella lo sujetó sonriendo —y veo que tú también... ¿no has dormido nada esta noche? — preguntó frunciendo el ceño al ver unas mal disimuladas ojeras.

—Ni esta, ni las dos anteriores... —resopló y cerró los ojos— ¿te importa decirle a mi secretaria que cancele mis reuniones de hoy? Si tengo que discutir con alguien acabaré arrancándole la cabeza.

—Sin problemas, cariño... ¿la señorita necesita algo más? —preguntó haciendo una cómica reverencia.

—Gracias Connor, pero ve a hacer tu trabajo o a vagar por ahí, solo quiero estar sola —susurró cerrando los ojos de nuevo.

—Cariño, sabes que estoy aquí para lo que necesites, hablar, emborracharte, planear un asesinato, partirle la boca a alguien... solo dilo y te ayudaré con lo que sea —dijo Connor con gesto solemne. Sus labios se estiraron involuntariamente.

—Estaré bien... y gracias.

Cuando Connor por fin se fue tuvo tiempo de volver a pensar... y de volver a entrar en pánico. Desde que había hablado con Nicholas un par de días atrás en la boda de Gino todo había cambiado.

Regresó a Chicago al día siguiente y se encerró en su apartamento sin querer ver a nadie, hasta esa mañana, que obligatoriamente tenía que ir a trabajar. Pero en cuanto salió a la calle no podía dejar de mirar sobre su hombro por si alguien la seguía y observaba todo a su alrededor completamente en tensión por si Nicholas aparecía de repente y la abordaba. Era absurdo, era consciente de ello, pero ahora que sabía que él estaba al tanto de que vivía en la ciudad temía encontrárselo a cada paso que daba. Había hablado con él y había accedido a volver intentarlo, pero debía confesar que eso le aterraba. Apenas había podido dormir pensando en ello, en que volvería a verlo, a interactuar con él... y todo ello cara a cara, sin la tecnología de por medio.

El sonido del teléfono sobre su mesa la arrancó de sus recuerdos y aterrizó de nuevo en su despacho, sentada en su sillón y comenzando a sentir unos leves pinchazos en sus sienes que vaticinaban un futuro dolor de cabeza.

—Señorita Price, el señor Bratcher está aquí —la voz de su secretaria se escuchó al otro lado del aparato.

—¿Declan? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí, señorita. Dejó salir todo el aire de golpe y cerró los ojos unos segundos.

—Hazlo pasar y... —titubeó un breve instante —cuando llegue el otro Bratcher que entre sin anunciarse, no será necesario.

—Como usted diga.

—Gracias... —susurró torpemente antes de colgar el auricular y enderezarse en el sillón. La puerta se abrió segundos después, la imborrable sonrisa de Declan fue lo primero que se pudo percibir de su persona, así como el brillo de sus ojos azules siempre alegres y los haces de luz que reflejaba su cabello rubio al contacto con los rayos de sol que se filtraban por la ventana. Era alto, aunque no tanto como Nicholas... atractivo y tenía un algo que te obligaba a mirarlo, aunque no era un magnetismo tan fuerte como el que sintió con su hermano en cuanto estuvo a su lado. Hasta ese momento no se percató de que apenas había apreciado su aspecto las dos veces que lo había visto antes, pero tampoco era como si eso le importase realmente.

—¿Querías verme? —preguntó él avanzando lentamente hacia su mesa y sentándose en una silla sin esperar invitación.

—Buenos días a ti también —dijo ella con ironía. Declan sonrió y se inclinó un poco hacia delante, clavando sus ojos en los suyos y alzando la comisura izquierda de su boca.

—Buenos días Beth... —hizo casi un imperceptible asentimiento de cabeza y parpadeó con deliberada lentitud—. ¿A qué se debe el honor de que requieras mi presencia en tu despacho? Ella bufó ante un flirteo tan descarado y también se inclinó un poco hacia delante quedando a la altura de sus ojos.

—Solo quería hacerte un par de preguntas... —contestó con simpleza. Declan se tensó un poco y entrecerró los ojos durante unos segundos.

—Mi atractivo es un don natural, si Nicholas no te atrae tanto como yo, es porque sus genes son diferentes —mientras hablaba apoyó su espalda en la silla y cruzó las piernas.

—¿Quién te consiguió la invitación a la boda? —preguntó directamente y obviando su comentario deliberadamente.

Declan sonrió de nuevo y en esta ocasión incluso arrugó un poco la nariz con diversión.

—Estaba invitado a la boda, nadie me dio la invitación de contrabando.

—Rachel fue la encargada de enviar dichas invitaciones... ¿tú conoces a Rachel? ¿Una vieja conquista quizás? —preguntó Beth de nuevo con una ceja alzada.

—¿Rachel que más? —preguntó él fingiendo indiferencia.

—Rachel Harmond... ahora señora de Biancci, ya sabes, ese chico alto y musculoso que se casó con ella. Declan tragó en seco y desvió la mirada a una de las paredes, donde una foto de Beth y Autum estaba colgada.

—No tengo el placer de conocerla —dijo intentando cerrar el tema.

—Declan... hace muy poco que nos conocemos y tú y yo no hemos empezado con buen pie... —explicó Beth con el ceño levemente fruncido y dándole un toque teatral a sus palabras—. Si quieres remediar eso, lo mejor es que contestes a mis preguntas y dejes de ser tan idiota.

—¿Yo soy idiota? —preguntó él con indignación y abriendo mucho los ojos al mirarla.

—Sí... y un poco mucho, bastante diría yo —concluyó escuetamente—. ¿Quién te consiguió la invitación para la boda? Nicholas me dijo que tenías una a tu nombre.

—¿Has hablado con Nicholas? —preguntó él de repente mostrándose interesado en la conversación.

—Sí... y me dijo que...

—Así que... ahora hablas con Nicholas, ¿dónde nos deja eso? —preguntó interrumpiéndola.

—No nos deja... —espetó ella— así que contesta a mi pregunta.

—Sí que nos deja, querida Beth... ¿o debería decir futura cuñada?

—¿Declan podrías... simplemente, centrarte en lo que estamos hablando? —insistió intentando volver al tema principal, solo pensar en Nicholas y futuro en la misma frase ya le daba taquicardias.

—Tenía una invitación, asistí a la boda y llevé a Nicholas conmigo... fin del asunto.

—Declan... podría llamar a Rachel y preguntarle, ella sabe exactamente a quien invitó a su propia boda —Beth alzó el auricular del teléfono y él sonrió.

—Ella no sabe nada.

—¿Y quién lo sabe? —Beth colgó el auricular de golpe y preguntó entre dientes.

—Yo lo sé y la persona que me consiguió la invitación también lo sabe... lo demás carece de importancia —su voz sonó despreocupada, como si eso realmente no le interesase y posiblemente así era.

—Me estás sacando de quicio —gruñó frustrada.

—Es lo que intento —la sonrisa de él se amplió—, ahora es cuando me das una patada en el culo y me echas de aquí.

—No será tan fácil —Beth sonrió y parpadeó con inocencia.

—¿No?

—No.

—¿Y por qué no? —preguntó frunciendo el ceño.

—Porqué yo no te dejaré —dijo Nicholas desde la puerta.

—¡Mierda! —masculló Declan entre dientes. ¿Cuándo había llegado? No le había escuchado entrar.

—Sí... mierda —Nicholas entró en el despacho y se sentó amenazadoramente al lado de Declan—. ¿Quién te consiguió la invitación? ¿Por qué contrataste a Beth? ¿Dónde conseguiste sus datos para enviarle la oferta de trabajo? ¿Con quién conspiras a nuestra espalda? —preguntó de carrerilla y sin dejar de mirarlo.

—Verás... Nicholas —comenzó a explicar Declan y pasó una mano por su cabello en un gesto tranquilo—, hay momentos en la vida de un hombre, que tiene que hacer lo que tiene que hacer...

—¿Ese hombre eres tú? —volvió a preguntar endureciendo el gesto.

—Sí tío... ¡soy un hombre! —exclamó—. Y no tengo que dar explicaciones a nadie, es mi vida y hago lo que quiero... no tengo que hacerlo.

—¿No? —Inquirió él y su hermano negó con la cabeza afirmando sus palabras—. Pues yo también soy un hombre y no tengo que explicarle a nadie por qué el próximo mes tendrás un treinta por ciento de descuento en tu sueldo, la

compañía es mía y hago lo que quiero....

—Tío... —Declan se enderezó en la silla y colocó una mano sobre el hombro de Nicholas —no puedes ser tan cabrón...

—Ponme a prueba —se encogió de hombros y Beth no pudo evitar dejar escapar una risita al ver la expresión de terror en el rostro de Declan.

—Verás... —se removió incómodo en la silla y carraspeó —tengo que salir de viaje dentro de unos días... ¡tú tienes que entenderme! Estás con ella ahora —señaló a Beth y esta se tensó—, la tienes cerca pero yo tengo que viajar y necesito dinero para eso... ya sabes, avión, hotel, coche de alquiler...

—¿A dónde viajas exactamente? —preguntó Nicholas. Él abrió y cerró la boca varias veces hasta que resopló, se puso en pie de golpe y miró a Nicholas y a Beth alternativamente.

—Sois tal para cual... cuando Aurin me lo dijo no le creí, pero... —se estremeció.

—Se llama Autum —gruñó Beth—, ¿y cuándo te lo dijo exactamente? Declan cogió una gran bocanada de aire y la soltó de golpe.

—Me voy de aquí... sois tan... ¡arg! —y haciendo una salida triunfal abandonó el despacho dando un portazo. Beth y Nicholas se miraron unos segundos y ambos sonrieron. Toda la tensión que Beth había mantenido por la conversación con Declan se disipó como por arte de magia y fue sustituida por la tensión de tenerlo cerca. Cuando entró en su despacho apenas fue consciente de su presencia porque su atención estaba puesta en algo importante para ella, pero en ese momento, cuando todos sus sentidos estaban puestos en él, sus nervios se tensaron, sus manos se cerraron en puños y un sudor frío comenzó a cubrirle la espalda.

—He hecho lo que he podido —susurró Nicholas—, pero Dec en ocasiones es duro de roer.

—No parece estar muy molesto con él —le recriminó frunciendo el ceño.

—No lo estoy, pero tú sí y solo quería ayudarte —Nicholas se encogió de hombros y le sonrió.

—¿Por qué no estás molesto? Estuvo haciendo planes a tu espalda... y tú...

—Yo he conseguido hablar contigo y aclarar las cosas, que era lo que quería, y eso ha sido gracias a Declan —explicó ganándose un bufido de su parte.



—Lo perdonas porque es tu hermano —recriminó cruzando los brazos bajo el pecho en una actitud un poco infantil.

—Mi hermano y alguien más que le ayuda y no sabemos de quien se trata —remarcó.

—No te preocupes —ella suspiró—, creo que yo conozco muy bien esa mano negra que mueve todos los hilos.

—¿Y quién es? —le preguntó con curiosidad.

—Autum... —susurró en tono conspirador.

—¿Tu Autum? ¿Tu amiga y mi hermano?

—Eso parece, en cuanto la vea la voy a... —se vio interrumpida por sus carcajadas y lo miró confundida — ¿qué es tan gracioso?

—Nada... aunque todo realmente... ven aquí preciosa —murmuró extendiendo una mano hacia ella. “Preciosa”... cada vez que esa palabra abandonaba sus labios de ese modo ronroneante todo su cuerpo temblaba... ¿por qué era tan débil a ese tipo de estímulos? Él parecía que ni siquiera se lo proponía, simplemente abría la boca, dejaba salir un par de palabras y ya la tenía con su autocontrol por los suelos.

—Estoy bien aquí —musitó con voz temblorosa.

—Ven aquí... estás demasiado lejos... —murmuró en tono demandante.

—Las normas... ¿recuerdas? —farfulló desviando la mirada.

—Beth... esas normas no dicen nada de la distancia a la que podemos sentarnos... ven aquí. ¿Qué diferencia hay entre un metro y unos centímetros más o menos? «Toda», pensó, pero se mordió el labio para no decirlo.

—Ven aquí... —insistió extendiendo más su mano. Suspiró sonoramente y la tomó, sus dedos se enredaron con sus los suyos casi por instinto y sintiendo las rodillas prácticamente de gelatina, se puso en pie y rodeó la mesa hasta apoyarse en ella al otro lado, por nada del mundo se sentaría junto a él, estaría completamente perdida si se acercaba tanto.

—¿Qué harás esta noche? —le preguntó él mirando ligeramente hacia arriba, ya que estaba un poco más alta al permanecer casi en pie.

—Tengo planes con mi sofá, una película y un helado de fresa... lo siento —contestó sintiéndose más segura de lo que esperaba ante su cercanía.

—¿Qué te parece si pospones esos planes y cenas conmigo? —preguntó de nuevo.

—Tengo comida en casa, no necesito cenar fuera —desvió la mirada de sus manos todavía unidas y la clavó en sus ojos, mala opción, eso la aturdía.

—¿Eso es una invitación? —el tono suspicaz que él utilizó la hizo sentirse ansiosa de repente... «*Beth detente y detenlo*», se dijo a sí misma de nuevo.

—Las normas hablaban de ir despacio, una cena en mi casa no es ir despacio —le recordó.

—Voy despacio, todavía no te he pedido que te cases conmigo.

—Como si pensases hacerlo —ironizó.

—¿Me estás poniendo a prueba tú también? —su pregunta fue un latigazo directo a su vientre y tuvo que esforzarse en no encogerse para quedar en evidencia. Se alejó de él soltando sus manos, caminó hasta la venta y se abrazó a sí misma.

—Despacio Nicholas.... despacio —dijo con un hilo de voz—. Me asustas.

—Lo siento... —también se puso en pie y se colocó a su lado— lo de la boda era una broma... no he pensado en eso todavía.

—¿Piensas hacerlo? —inquirió mirándolo fijamente con un gesto de dolor.

—¿Quién sabe? —contestó con indiferencia. Ella gimió y se tapó el rostro con las manos cerradas en puños.

—Shh, preciosa —susurró Nicholas rodeándola con sus brazos y besando su cabello—. Iremos a tu ritmo, pero cena conmigo esta noche... por favor. No podía resistirse a ese tono de voz, tampoco a su cercanía... ¿por qué no se daba cuenta de que haciendo eso la debilitaba por completo?

—Prometo portarme bien y ser bueno —continuó él ante su silencio—, cumpliré las normas y solo llegaremos hasta donde tú quieras. Se alejó de él de golpe y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Hasta dónde pretendes que lleguemos esta noche? —le preguntó con ansiedad.

—Uhm... verás... —comenzó a susurrar él tomando una de sus manos entre las suyas— había pensado que podríamos cenar en un bonito restaurante, que podría decirte cosas que sé que te gustarán, podría tomarte de la mano y que fuésemos paseando con tranquilidad hasta algún lugar donde pudiésemos bailar...

—¿Bailar? —preguntó con voz estrangulada, tenerlo cerca le aturdió, le hacía perder el control.

—Sí... —ronroneó de nuevo y pasó las manos por su cintura atrayéndola hacia su cuerpo—. Me gustó bailar contigo en la boda, pero apenas pude disfrutarlo.

—Bailar... —murmuró ella casi en trance perdida en sus ojos.

—Bailaremos, te llevaré de vuelta a tu casa y... —se detuvo a tomar aire y acercó su rostro un poco al suyo— podría besarte en la puerta —sus labios se rozaron durante una milésima de segundo y sintió como su cuerpo ardía.

—Na... na... nada de besos —balbuceó aspirando su aliento ya que su boca todavía no se había alejado.

—Te mueres por besarme, no puedes negarlo —añadió con arrogancia.

—Ni... Nicholas... —intentó protestar.

—Obedeceré las normas y no llegaremos más lejos hasta que tengas el divorcio pero... no puedes privarme de tus besos...

Sus labios volvieron a rozarse, pero el contacto fue un poco más largo en esa ocasión, su sangre comenzó a hervir y se descubrió a sí misma poniéndose de puntillas para tener mejor acceso a su boca.

Se besaron una vez más, profundizando en esta ocasión, sintiendo como sus cuerpos se acercaban un poco y se acoplaban uno al otro como si hubiesen sido creados simplemente para eso. Beth alzó las manos y las enredó en sus cabellos haciendo que gimiese y la apretase todavía más contra él, entreabrió los labios y sintió su lengua adentrándose poco a poco en su boca y buscando la suya. Se besaron durante un largo minuto disfrutando del calor, del tacto, de las miles de sensaciones diferentes que recorrían sus cuerpos, se alejaron jadeando, se miraron a los ojos y ambos sonrieron.

—¿Ves cómo sí querías besarme? —preguntó de nuevo arrogante. Beth rio y negó con la cabeza.

—Tienes que irte... —lo empujó levemente con las manos sobre su pecho, aunque eso no era realmente lo que quería hacer—. Tienes que trabajar.

—¿A qué hora te recojo? —le preguntó volviendo a atraer su cuerpo al suyo los pocos centímetros que ella había conseguido alejarse.

—No he dicho que aceptase la invitación...

—Lo harás... —aseguró.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó siguiéndole el juego.

—Porque esta *Gatita* no puede resistirse a los encantos de su *Darcy*... — volvió a rozar sus labios y ella tembló.

—Déjame decirte que mi relación con Darcy ha cambiado un poco últimamente —murmuró mientras sonreía—, desde que estoy en Chicago lo veo de otro modo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Nicholas con curiosidad.

—Para mí ahora es dulce, suave... y peludo.

—¿Darcy es peludo?

—Muy peludo —sonrió mientras remarcaba el 'muy'.

—Tienes que explicarme eso pero... en otro momento —dijo antes de volver a capturar sus labios con los suyos y apretando su nuca con una mano para que no se alejase de nuevo. Se besaron una vez más y era como si el mundo desapareciese de su alrededor, tanto que no escucharon como la puerta se abría y los pasos que acompañaron a ese sonido.

—Beth, cielo —llamó Connor—, necesito que revises este par de... —se quedó paralizado y con la boca entreabierta—. « *Pequeño pony* »... —susurró en tono sugestivo. Ellos se detuvieron de golpe y se alejaron un poco, pero solo lo suficiente para que Nicholas pudiese tener un brazo posesivo rodeando su cintura.

—Puedo volver más tarde si molesto... —añadió Connor ocultando una sonrisa.

—Eso estaría bien —masculló Nicholas.

—Sí... regresa en cinco minutos —dijo Beth y puso los ojos en blanco ante el « *¿solo cinco?* » que murmuró Nicholas.

—De acuerdo... me iré —Connor dio un paso atrás y su sonrisa se amplió—. Pero si me necesitas antes sabes que puedes con...

—¡Connor! —exclamó Beth haciendo que diese un respingo y desapareciese al otro lado de la puerta. Ella suspiró frustrada y se pasó una mano por la frente alejando su cabello, miró a Nicholas de reojo y se mordió labio inferior.

—Es mejor que vayas a trabajar... solo estarás al otro lado de la calle —susurró señalando la ventana y él miró en esa dirección.

—Desde aquí puedo ver la ventana de mi despacho —dio un paso hacia ella y sonrió—, es aquel de arriba, el que tiene esa planta enorme... mi madre se empeñó en ponerla ahí.

—El de la planta... —susurró Beth mirando el contraste de su silueta con la luz que atravesaba el cristal—. Tienes que irte... debes trabajar... —añadió despertando de su aturdimiento.

—Está bien... —Nicholas resopló y pasó una mano por su cabello— ¿a qué hora te recojo entonces? Beth sonrió y desvió la mirada.

—A las ocho... en el restaurante.

—De acuerdo —sonrió para ocultar la decepción de no saber dónde vivía y se acercó de nuevo a ella para besar su mejilla—, te envió un mensaje con la dirección... hasta las ocho preciosas.

—Adiós... —susurró ella viendo como desaparecía por la puerta. Resopló, buscó su silla para dejarse caer en ella y cerró los ojos dejando caer su cabeza hacia atrás. Nicholas sería su perdición... ¿cómo podía desestabilizarla tanto? Le daba miedo ceder ante él pero no podía evitarlo, la obligaba a perder el control de la situación y eso la ponía ansiosa, no sabía cómo actuar ni a qué atenerse. Quería poner distancia entre ellos pero su cuerpo le llamaba, quería alejarse de él cuando intentaba besarla pero su mente desoía sus órdenes y se dejaba guiar sin voluntad.

Él desestabilizaba su balanza, quebraba el equilibrio que había conseguido en su vida en los últimos meses. Eso estaba bien en cierto modo, porque aunque se sentía utópicamente feliz, sabía que le faltaba algo, que su día a día estaba incompleto ante la necesidad de algo más que desconocía... ¿sería Nicholas la clave? Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando otro vaso de café humeante fue dejado con brusquedad sobre su mesa, abrió los ojos y Connor la miraba sentado al otro lado de la mesa con una expresión ansiosa y enérgica al mismo tiempo. Volvió a cerrar los ojos dispuesta a hacer como que no lo había visto pero él no parecía estar de acuerdo.

—¡Ah no, no, no, no! —exclamó Connor poniéndose en pie de golpe y rodeando la mesa para sentarse sobre sus rodillas—. No vas a ignorarme, vas a contármelo todo... ¡ya! ¿No ves que carezco de paciencia? Beth sonrió y abrió un ojo para mirarlo.

—Lo has visto: Nicholas Bratcher, yo, beso... no hay más explicación —murmuró antes de cerrar el ojo de nuevo.

—Estás muy equivocada si piensas que voy a conformarme con eso.

—Connor... —gimoteó— llevo tres días con sus tres noches intentando no pensar en eso... por favor...

—Espera, espera, espera... —Connor se puso en pie para dejarse caer de rodillas en el suelo y apoyar los brazos en los reposabrazos del sillón mirando hacia arriba—. ¿Tres días? ¿Estabas en Seattle cuando...? Nicholas y tú vivís en Chicago... ¿y tenéis que veros en Seattle?

—Es una larga historia... —suspiró sabiendo que intentar detener a Connor en ese momento sería una batalla perdida.

—Tengo tiempo... —asintió efusivamente.

—Tenemos que trabajar...

—¡A la mierda el trabajo! Acabas de llegar de viaje y porque se retrase todo un poco más no pasa nada... cuéntamelo todo desde el principio —demandó.

—¿Sabes que eso es muy injusto? —preguntó ceñuda—. Yo apenas sé cuatro cosas de tu vida... ¿de verdad pretendes que te cuente mi mayor drama? Quiero algo a cambio... y tiene que ser sustancioso. Connor masculló algo entre dientes y la miró haciendo un mohín.

—Soy como *Superman*... mi pasado es oculto, no puedo decirte todo.

—Si no tú no dices nada... yo tampoco —añadió Beth alzando una ceja desafiante.

—¡Está bien! —gruñó y se puso en pie alejándose unos pasos de ella—. Eres asquerosa cuando te pones así...

—Pero me quieres —añadió ella parpadeando inocentemente.

—Es lo único que te salva... —Connor miró al cielo teatralmente y suspiró—. Nos tomaremos el resto del día libre, compraremos comida china y nos iremos a *Millenium Park*.

—¿Por qué allí? —le preguntó confundida mientras se ponía en pie.

—Porque está lo suficiente cerca de tu apartamento y así podrás llevarle algo de comida a la bola de pelo que vive contigo —masculló.

—En el fondo amas a Darcy... reconócelo —Beth sonrió y se puso a su lado golpeando su brazo repetidas veces con su puño cerrado.

—¡Uy sí! Lo quiero tanto como a mi madre... y a ella la adoro... —dijo él en tono irónico.

—Estás loco Connor... pero te quiero.

—Y yo a ti «*pequeño pony*»... también te quiero —susurró besando su frente y pasando un brazo por sus hombros.

## CAPÍTULO 20

*Chicago, 1 de septiembre de 2010.*

Beth estaba sentada sobre su cama, mirando hacia el armario mientras acariciaba con suavidad el lomo de Darcy que dormía acurrucado en su regazo, intentaba decidir que ponerse para la cena de esa noche... con Nicholas.

Apenas había traído un tercio de toda la ropa que tenía en Seattle y en ese momento solo podía pensar en un vestido rojo que le parecía perfecto para la ocasión pero que había quedado colgado en el armario del apartamento que compartía con Daniel... intentó no pensar demasiado en ello y se le ocurrió llamar a Autum para que la ayudase o incluso a Connor, pero el muy cobarde había desaparecido con una excusa patética en cuanto salieron de la oficina, lo que le hacía preguntarse qué tan llenos de mierda estaban los esqueletos que guardaba en su armario.

Suspiró haciendo el gato a un lado y finalmente se decidió por un vestido azul índigo de tirantes y unas sandalias plateadas, todavía era verano en Chicago por lo que el frío no sería problema, así que optó por no llevar una chaqueta y disfrutar la suave brisa fresca que comenzaba al acercarse el otoño. Salió de su apartamento hecha un manojito de nervios y tomó un taxi que la llevó a la dirección que él le había enviado.

Eran apenas las ocho cuando cruzó la puerta del hotel *Trump*, donde



Nicholas le dijo que había hecho una reserva. Uno de los botones la abordó en la entrada y la acompañó en ascensor hasta el piso dieciséis, donde estaba el restaurante «*Sixteen*». Al decir el apellido Bratcher en recepción, la guiaron hacia las terrazas con una impresionante vista al río, donde él la esperaba sentado a la mesa y vestido con uno de esos trajes negros que tan bien le sentaban. Tuvo que contener el aliento ante un hormigueo repentino que sintió en su vientre y que subía hacia su estómago, no creía poder soportar toda la velada conteniendo la necesidad de tirarse encima de él.

—Has venido —una sonrisa iluminó el rostro de Nicholas y ella no pudo evitar devolvérsela.

—¿No creías que fuese a hacerlo? —preguntó con curiosidad.

—Tenía mis dudas... lo admito —confesó con una sonrisa y señalando una silla vacía a su lado—. ¿Has encontrado el lugar con facilidad? —inquirió cuando ambos se hubieron sentado.

—Claro... vivo cerca de aquí —contestó con timidez.

—¿Dónde exactamente? —aquella sonrisa ladeada se dibujó en sus labios y tuvo que desviar la mirada azorada.

—Nicholas... —su voz sonó en un quejido.

—De acuerdo... seré bueno —suspiró mirando la carta que les habían proporcionado al sentarse—. Estúpidas normas... —siseó entre dientes. Beth escondió una sonrisa, la verdad es que pensándolo fríamente las normas eran absurdas, eran solo tres puntos básicos:

- 1 -Nada de sexo hasta que ella estuviese divorciada legamente.
- 2 -Nada de juicios preconcebidos sin conocer todos los datos.
- 3 -Ir despacio para conocerse bien.

Pero le costaba comprender en qué estaba pensando en el momento en que se le ocurrieron, sobre todo la primera de ellas, pensar que no podría acostarse con él viendo a Nicholas en ese momento... tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para no desnudarlo mentalmente, sumándole los recuerdos muy vívidos de aquellas dos noches que compartieron en Seattle.

—¿Quién era el tipo que nos interrumpió antes en tu despacho? —la pregunta de Nicholas era en tono casual y neutro, incluso su mirada se mantuvo

en la lista de platos del menú, pero para Beth no pasó desapercibido su ceño levemente fruncido y una casi imperceptible tensión en su mandíbula.

—Aquí es donde entra la segunda norma —dijo ella con voz cálida—, *nada de juicios preconcebidos sin conocer toda la historia*.

—Te estoy preguntando, no estoy juzgando —refunfuñó él sin levantar la vista todavía.

—Es uno de los analistas que trabaja en la compañía de Ethan, tu socio, se llama Connor Carter, nos hemos hecho muy... amigos, desde que vivo aquí.

—Amigos... —repitió la palabra con sorna.

—Nicholas... —le advirtió ella.

—No estoy haciendo ningún juicio, no estoy pensando en nada. Es solo que... ¿qué tipo de amigo? ¿Es como Gino...? De esos que son como hermanos mayores ¿o es más como Boid? De los que piensas en casarte con él algún día. Beth apretó la mandíbula y clavó su mirada en Nicholas, que la observaba desde el otro lado de la mesa y su expresión era muy similar a la suya propia. ¿Cómo se atrevía a decirle eso?

—Ese último comentario estaba de más —masculló molesta dejando la carta del menú a un lado y comenzando a ponerse en pie.

—¿A dónde vas? —le preguntó él alarmado.

—Si no puedes dejar el pasado atrás yo no puedo hacer nada Nicholas... —musitó con voz triste.

—Lo siento... —se disculpó poniéndose en pie él también y tomándola del brazo para evitar que se fuese—. Sé perfectamente que soy un idiota y que debería pensar antes de hablar, es solo que... —suspiró y pasó una mano por su cabello— estoy un poco confundido, él parecía muy cercano, el modo en que te habló y como tú reaccionaste, yo solo... Beth dejó salir el aire lentamente.

—Connor es la última persona de la que deberías sentir celos, te lo aseguro —al decirlo no pudo evitar pensar en Connor y sonreír... él había sido el único motivo por el que no había regresado a Seattle con el rabo entre las piernas y lloriqueando como una niña.

—No puedo evitarlo —admitió mirándola con una disculpa—. Quédate... por favor —suplicó con una mirada cargada de significado que hizo que un nudo se cerrase con fuerza en su garganta. Ella no contestó, simplemente volvió a

sentarse en la silla y tomó de nuevo la carta para decidir qué era lo que iba a pedir. La cena pasó con tranquilidad a partir de ese momento, confidencias, sonrisas, bromas... fue como si el tiempo hubiese dado un salto hacia atrás y estuviesen hablando por teléfono, solo que cara a cara y sintiendo que se conocían un poco mejor que en el pasado.

—No puedo creer que lleves cinco meses trabajando para mí y no me haya enterado hasta ahora —la voz de Nicholas además de incredulidad demostrada que la idea lo entusiasmaba.

—Técnicamente trabajo para Ethan, no para ti —discrepó ella con una sonrisa.

—La mitad de la compañía de Ethan es mía, así que técnicamente también trabajas para mí.

—Yo tampoco puedo creer que no me diese cuenta de que tú eres su socio, media ciudad es tuya y esa compañía no podía ser menos —Beth puso los ojos en blanco para enfatizar sus palabras y Nicholas sonrió.

—Fue una casualidad maravillosa.

—Casualidad que Autum y Declan se encargaron de preparar —bufó.

—No te enfades con ellos, lo han hecho con la mejor intención. Si no fuese por su ayuda no estaríamos aquí ahora mismo —acarició su mano que estaba sobre la mesa e, inevitablemente, comenzó a sentir un hormigueo que ascendía por su brazo hasta su pecho—. Y no veo que te disguste demasiado estar conmigo en este lugar.

Beth desvió la mirada y retiró la mano uniéndola a la otra en su regazo, sentía pánico a lo que Nicholas decía, quería creerle, quería estar con él de todos los modos posibles pero el recuerdo de los pasados meses, sobre todo después de que dejó Seattle, aquellas primeras semanas en Nueva York... Le aterraba la simple idea de entregarse de nuevo, de darlo todo y que la dejaran sin nada. Además de que tampoco entendía los motivos de Nicholas para estar allí, a su lado, tomando su mano y casi prometiendo que les esperaba toda una vida juntos, ella ni siquiera era libre, todavía estaba casada con Daniel y aunque ese matrimonio se disolviese como estaba siendo el caso, esa mancha quedaría siempre ahí, siempre sería su exmujer aunque se enamorase de nuevo, siempre sería la mujer que engañó a Nicholas y le ocultó toda una vida.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Nicholas con prudencia sacándola de sus pensamientos.

Ella negó con la cabeza y lo miró con expresión torturada, no podía entenderlo...

—Es solo que... —se detuvo sin saber muy bien cómo explicarlo y contuvo el aire.

—Sabes que puedes confiar en mí —le instó él.

—Nicholas yo... —soltó el aire de golpe y frotó su rostro un poco desesperada intentando encontrar las palabras adecuadas—. No sé si realmente estoy preparada para esto, para tú y yo juntos... me han pasado tantas cosas que... no sé. Sé que tú no te has portado bien, lo que ocurrió la última noche en aquel hotel... —evitó un comentario y simplemente cerró los ojos durante unos segundos—. Pero yo tampoco he sido justa contigo, te oculté cosas e hice que los Boid te odiasen, te lancé a los lobos con la empresa de mi padre desentendiéndome por completo y...

—Beth —dijo su nombre como si la estuviese adorando y eso detuvo su monólogo—, las cosas ocurren por alguna razón y si yo llegué a tu vida justo en ese momento fue por algo, porque me necesitabas o porque yo te necesitaba a ti, no importa realmente, el caso es que nos conocimos y ahora nuestra obligación es intentar descubrir el porqué.

—¿Por qué... qué? —preguntó confundida.

—Por qué debemos estar juntos, por qué nos conocimos justo en ese momento, por qué hicimos caso a Autum y Declan y nos registramos en aquella estúpida página web... la vida está llena de porqués que vamos descubriendo poco a poco, yo no quiero quedarme con la incógnita de ¿qué pasaría si...? Como te dije en Seattle hace unos días, es nuestra obligación arriesgarnos, vencer nuestros miedos y seguir adelante.

—Pero es que hemos perdido tanto que... —su voz se apagó y Nicholas se puso en pie para acercar su silla a la suya y volver a sentarse, tomó sus manos y la miró a los ojos.

—Estoy muerto de miedo también, nunca en mi vida me había sentido así... me estoy desnudando ante ti en este momento... ni siquiera a Declan, que es la persona que mejor me conoce, le he hablado con tanta sinceridad —explicó mirándola intensamente—. Me estoy enamorando de ti, realmente creo que ya lo estoy por completo solo que me estoy dando cuenta poco a poco de ello, sé que tú sientes algo porque tiembles cuanto te toco, tus ojos brillan cuando miras los míos y porque esas tontas normas que has puesto ni siquiera tú las puedes cumplir.

Beth rio con la última broma dejando atrás la emoción que sus palabras le habían ocasionado, su corazón martilleaba en su pecho pero lo ignoró y decidió centrarse en lo único que podía controlar. Cuando él le hablaba con tanta sinceridad la descolocaba, movía todos sus cimientos y no sabía como actuar, pero cuando el Nicholas arrogante era el que hablaba, cuando su *Mr. Darcy* salía a la superficie se sentía segura, ese era el hombre que había conocido, no el que le susurraba palabras bonitas.

—¿Qué te hace pensar que no podré cumplir las normas? —preguntó ella recomponiendo el gesto y mirándolo con una pizca de picardía.

—La primera norma... ¿nada de sexo? ¿Me estás hablando en serio? Soy irresistible...

Beth rio de nuevo y negó con la cabeza.

—Reconoce que eres tú el que no puede resistir, cuando nos vimos en Seattle no tardaste ni diez minutos en arrancarme la ropa —puntualizó.

Aquella sonrisa esquinada adornó los labios de Nicholas y se acercó peligrosamente a ella, hasta que su aliento golpeó suavemente en la piel expuesta de su cuello haciéndola temblar. Tragó en seco y se obligó a permanecer completamente inmóvil, aunque los dedos casi le dolían ante la necesidad de enterrarse en su cabello y los labios le picaban por estrellarse contra los suyos.

—Has hablado de sexo, pero no es lo que yo te haría en este momento —sus palabras sonaron en un susurro bajo y rasposo y sus labios dejaron un suave beso en la piel tras su oreja haciendo que un estremecimiento recorriese su espalda.

—¿Qué...? —carraspeó y lo miro de reojo cuando él se acomodaba de nuevo en la silla—. ¿Qué quieres decir? Nicholas la miró y guiñó un ojo.

—Creo que no volveré a tener sexo contigo por muy salvaje que intentemos hacerlo —explicó metiendo un pedazo de pastel de chocolate en su boca manchando sus labios en el proceso—, haríamos el amor como locos, pero sexo... —negó con la cabeza y la miró expectante, esperando alguna de sus reacciones habituales, algo como salir corriendo asustada, negar fervientemente lo que había dicho o, en el mejor de los casos, sonrojarse y bajar la mirada.

Pero Beth tenía la mirada clavada en sus labios, en esa pequeña mancha de chocolate que tenía en la comisura derecha y que no podía dejar de mirar. Se mordió el labio inferior y apretó sus manos en puños ante la necesidad de acercarse y eliminar cualquier posible resto de chocolate con sus labios... ¿por qué Nicholas tenía que ser tan atrayente en todo momento? ¿Por qué no podía

enfadarse con él por lo que le había preguntado antes? ¿Tendría razón en todo lo que le dijo? “Amor”, “enamorarse”... esas palabras eran muy fuertes, al menos lo que evocaban era un sentimiento muy profundo que no estaba segura de sentir todavía. Había estado enamorada de él unos meses atrás, pero era tan solo un espejismo, amaba la imagen de Nicholas que se creó en su mente, amaba a ese príncipe azul que llamaría a su puerta a lomos de un corcel y la salvaría del malo del cuento.

Pero él le demostró que no era perfecto y que también se equivocaba del peor modo posible. Aunque después lo remedió, ella se asustó y huyó... y ahora Nicholas estaba de nuevo frente a ella, muerto de miedo pero entregándole su corazón, ocultando sus inseguridades con bromas al estilo del hombre que creyó conocer en un primer momento... ¿qué debía hacer? Su cabeza gritaba un rotundo «*huye de nuevo*» pero su corazón obligaba a su cuerpo a mantenerse inmóvil mirando aquella manchita de chocolate.

—¿Te encuentras bien? —la pregunta de Nicholas la sacó de sus pensamientos de golpe y se descubrió respirando con dificultad y estrujando la servilleta violentamente entre sus puños cerrados... *era patética*.

—Ehm... tienes... —se señaló su propio labio y frunció el ceño— tienes una mancha ahí. No iba a ceder, menos todavía con algo tan tópico como acercarse para limpiar la manchita de su labio, era más inteligente que eso, era más fuerte y tenía más fuerza de voluntad... o eso creía.

Gimió en voz baja y desvió la mirada cuando la lengua de Nicholas se deslizó entre sus labios e intentó limpiarse... él lo estaba haciendo con un propósito, seguro que el muy egocéntrico lo hacía para ver hasta donde llegaba su autocontrol, pero podría con ello.

—Es tarde... ¿te acompaño a casa? —preguntó Nicholas tras unos minutos de silencio.

—Claro... —contestó poniéndose en pie. Nicholas la llevó en su coche hasta *Millenium Park*, donde ella le dijo que vivía, pero ese parque era enorme y así le sería imposible adivinar cual era su apartamento, podía simplemente consultar sus datos en recursos humanos, pero quería que ella confiase en él y se lo dijese. Suspiró sonoramente girándose en su asiento una vez estacionado el vehículo y descubrió los ojos de ella clavados en él.

—¿Ocurre algo? —le preguntó con cautela, desde que le había hablado en el restaurante ella se había quedado muy callada, no sabía el motivo y eso lo

inquietaba. No tenía ni idea de los pretextos que encontraría para rechazarlo, porque lo que esperaba de ella era un rechazo, si realmente estuviese dispuesta a arriesgarse a algo con él lo habría demostrado de algún modo.

—Solo estaba pensando... —contestó en un susurro— no es tan tarde como parece... ¿damos un paseo?

Nicholas no pudo evitar sonreír y asintió enérgicamente, no estaba dispuesto a dejarla marchar tan rápido, haría lo imposible por intentar ganársela. Si realmente se lo planteaba casi se estaba arrastrando ante ella, le estaba ofreciendo una posibilidad tras otra, insistiendo día tras día, le había perdonado todo aunque todavía le escociese la presencia de Boid en todo ese embrollo y aunque en algún desafortunado comentario se le escapaba en alguna ocasión el rechazo hacia él, intentaba ocultarlo para no hacerla sentir mal al recordarle un episodio doloroso de su vida. Salió del coche todavía rumiando esos pensamientos, le estaba ofreciendo todo, incluso creía que hasta su propia vida... y ella lo rechazaba, no directamente pero sí de un modo sutil ¿debía seguir insistiendo? ¿Rendirse? ¿Pasar página e intentar olvidarla? Ese pensamiento lo hizo detenerse en seco y miró a su alrededor buscándola, ella caminaba frente a él, pisando el césped con sus pies descalzos mientras sostenía una sandalia en cada mano, se giró para mirarlo y su corazón se detuvo ante la sonrisa deslumbrante que se dibujaba en sus labios.

—¿Ocurre algo? —esta vez la pregunta salió de los labios de ella y se deleitó con el movimiento de ellos al pronunciar las palabras.

—Solo pensaba... —contestó devolviendo la sonrisa sin poder evitarlo—. ¿Qué harás mañana? —preguntó sin poder evitar insistir una vez más... simplemente no podía dejarla ir todavía. Beth se detuvo y cuando Nicholas se acercó tuvo que mirar hacia arriba para poder ver sus ojos.

—Es jueves, se supone que trabajar —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Y después de trabajar? —preguntó él forzando un poco límites y pasando una mano por su cintura atrayendo su cuerpo hacia el suyo.

—No tengo planes... —mordió su labio inferior y lo miró entre sus pestañas.

Nicholas se inclinó un poco hacia delante y capturó sus labios entre los suyos, ella dejó caer la sandalias al suelo y enrolló los brazos alrededor de su cuello y disfrutó de la sensación de otro de sus besos rindiéndose a él, dejándose hacer y sintiendo como sus manos caldeaban poco a poco la piel de su espalda cuando la acariciaban. Segundos después se alejaron jadeando y Nicholas apoyó su frente en

la suya.

—¿Cuándo es el maldito juicio? —masculló entre dientes cerrando los ojos. Beth suspiró y también los cerró.

—En dos semanas... debo viajar a Seattle, Gino dice que será mejor si me presento —contestó con un hilo de voz.

—Bonito regalo de cumpleaños —Nicholas bufó—, un divorcio...

—¡Recuerdas mi cumpleaños! —exclamó asombrada.

—Recuerdo todo lo que me has dicho... —susurró con convencimiento. Beth sonrió y volvió a buscar sus labios... bebiendo de sus ellos como si estuviese sedienta.

—Dame una razón para continuar luchando —gruñó Nicholas alejándose de ella—, demuéstreme que merece la pena luchar pese a tus rechazos constantes.

—No te rechazo —lo contradijo—. Solo... solo estoy asustada.

—Entonces nos asustaremos juntos... —Nicholas sonrió y volvió a besarla apretando su cuerpo al suyo todo lo que podía.

*Chicago, 2 de septiembre de 2010.*

El jueves llegó como era de esperarse en Chicago a principios de septiembre, con un soleado pero a la vez un poco fresco día de finales de verano. Beth entró en su despacho con una sonrisa resplandeciente y esta se amplió cuando vio una rosa roja sobre su mesa, se acercó y vio una nota bajo esta: «*Lo mejor de asustarse en compañía de otro es que puedes abrazarlo en los peores momentos. N.B.*» Su sonrisa se amplió y olió la rosa cerrando los ojos.

—Que bonito es el amor, los pajaritos cantan, las nubes se levantan... ah no



—Connor se detuvo y frunció el ceño—. Eso era de otra canción —bufó y se adentró en el despacho de Beth leyendo la nota—. Nunca hubiese imaginado que Nicholas Bratcher fuese poeta... que bonito.

—Connor... —masculló Beth guardando la nota en uno de sus cajones y dejando la rosa a un lado—. Buenos días para ti también.

—Que irascible te pones cuando estás feliz... ¿Darcy sabe que lo engañas? Ese gato podría arrancarle los ojos a Bratcher en cuanto se descuide un par de segundos —Connor se sentó sobre su mesa y cruzó las piernas.

—¿Necesitas algo? —preguntó obviando su comentario deliberadamente.

—Sí... que me cuentes como fue tu cita de anoche... quiero saber a dónde te llevó, qué hicisteis, si te ha dejado satisfecha o si las leyendas que corren por la ciudad son un mito... quiero todos los detalles cariño.

—Sabes que te pagan para trabajar no para cotillear... ¿cierto?

—le preguntó ella con una ceja alzada.

—Lo sé, pero todo tu trabajo está al día, lo he comprobado... así que desembucha ya que me muero de impaciencia —la instó hablando atropelladamente.

—¿Por qué debo de hacerlo? Tú no me has contado nada todavía —gruñó entrecerrando los ojos y mirándolo de brazos cruzados sentada en su sillón. Connor suspiró y se sentó en la silla frente a su mesa, se mordió el labio inferior mientras parecía pensar algo y después miró a Beth fijamente a los ojos.

—¿Qué mierda quieres saber de mí? Somos amigos y los amigos no tienen que presionar a los amigos —masculló.

—No te estoy presionando es solo que... que quiero conocerte, tanto tú como yo hemos sufrido mucho y el otro no tiene ni idea de lo que ha pasado en su vida... si realmente somos amigos eso no debería ser así.

—Jimmy... —susurró él con un hilo de voz y desviando la mirada.

—¿Qué? —preguntó Beth sin entender lo que quiso decir.

—Jimmy, lo que me duele es Jimmy... lo perdí, ella se lo llevó —negó con la cabeza.

—¿Era un chico? —inquirió confusa. Connor la miró y sonrió con tristeza.

—No era solo un chico, era mi chico... y era tan pequeño que... —su voz se

apagó a medida que iba hablando. Beth, sintiendo su estado de ánimo decaído, maldijo internamente y se puso en pie para sentarse a su lado, sobre uno de los reposabrazos de la silla.

—Connor... —susurró su nombre acariciando uno de sus hombros—. No tienes por qué hablar si te duele tanto.

—Jimmy es mi hijo —explicó él ignorando sus palabras—, ahora tiene casi seis años pero hace más de dos que no le veo, ella... ella se lo llevó, le alejó de mí y por más que la busco no...

—¿Tienes un hijo? —preguntó sorprendida y confundida—. ¿Por qué alguien te haría algo así?

—Ella me odia, no entiende que no tenga la inclinación sexual que se supone que debería tener. No le engañé, simplemente creí estar enamorado, me casé con ella y decidimos crear una familia... pero después apareció él y todo se vino abajo.

Beth le escuchó atentamente y tomó con fuerza una de sus manos cuando su voz se rompió en las últimas palabras, se arrepentía de haberlo casi obligado a hablar, pero la curiosidad sobre lo que le había pasado también estaba ahí, aunque era su amigo y no quería herirlo, también quería saber.

—Era uno de mis compañeros de trabajo, se llamaba Marco, era italiano, alto, moreno, de ojos azules... tenía la piel morena y hablaba con un acento tan sexy... —Connor me mordió el labio inferior de nuevo y la miró con diversión durante unos segundos—. No entendía lo que me pasaba con él, quería pasar todo el tiempo posible a su lado, verle sonreír, le llevaba un café todas las mañanas solo para que me mirase sonriendo y me diese las gracias de ese modo tan peculiar —se perdió en sus recuerdos y una sonrisa se dibujó en sus labios—. Un día me desperté después de tener un sueño erótico con él y estaba tan duro... ni si quiera Vicky lograba ponerme así.

—Cielo... —Beth arrugó la nariz —no necesito esa clase de detalles. Connor rio y pasó un brazo por su cintura haciendo que cayese sobre su regazo y así poder abrazarla.

—Desestabilizó mi mundo por completo pero yo nunca descuidé a Jimmy, ni si quiera la engañé a ella, al menos premeditadamente, en sueños era otra cosa —aclaró—. Cuando Marco me besó y entendí lo que pasaba, tras muchas noches en vela y muchas botellas de *whisky* debo añadir, me senté con Vicky y le expliqué lo que ocurría.

—¿No se lo tomó bien? —Beth tan solo obtuvo un bufido como respuesta y un largo silencio durante unos minutos.

—Me llamó depravado, me acusó de haberla engañado para tener a Jimmy y luego quitárselo para que con mi amante secreto pudiésemos criar a un hijo tan maricón como nosotros, me dijo que tenía una falla en el cerebro e incluso que estaba enfermo y debería ir a un psiquiatra...

—Pero...

—No la culpo —le interrumpió—, supongo que no es fácil admitir que tu marido, con el que ya tienes consolidado un proyecto de futuro, te dice que es maricón y que se ha enamorado de su compañero de trabajo —Connor suspiró y la miró de nuevo—. Lo último que supe de ella es que llamaría a su abogado para solicitar el divorcio.

—¿Lo hizo? —preguntó Beth totalmente sorprendida, era una historia tan increíble...

—Sí... estamos legalmente divorciados y se supone que yo debería ver a Jimmy al menos una vez al mes, pero ella desapareció, creo que se fue del país —la apretó con más fuerza contra su pecho y besó su cabello—. Contraté un detective privado... en realidad fueron varios a lo largo de los años, pero ninguno supo decirme donde estaba.

—Lo siento mucho cariño —Beth besó su pecho contra su camisa e intentó abrazarlo con un poco más de fuerza.

—No es tu culpa, Vicky fue quien tomó todas esas decisiones...

—Es mi culpa traer al presente todo ese dolor, puedo verlo en tus ojos... —se removió incómoda y suspiró.

—Convivo a diario con este dolor, simplemente me has obligado a decirlo en voz alta... no te preocupes por ello —Connor besó su frente y volvió a sonreír—. En fin... tu turno, ¿qué es eso tan terrible que te une a Nicholas Bratcher?

—Antes una pregunta más... —Beth sonrió y lo miró con suspicacia— ¿qué ocurrió con Marco? Connor sonrió y negó con la cabeza.

—Estuvimos juntos un tiempo, fue mi única relación desde que sé lo que realmente me gusta, pero él tuvo que regresar a su país y yo le dejé ir...

—¿No te arrepientes de ello? —preguntó incapaz de callar.

—Cada día... —Connor bajó la mirada y suspiró—. Pero ahora te toca a ti, no

me confundas.

Beth se enderezó y lo miró a los ojos durante unos segundos, igual que él unos minutos antes dudaba sobre qué decir o por dónde comenzar, finalmente con un suspiro resignado se dispuso a contarle toda su historia con Daniel, con Nicholas... Fue una mañana intensa para ambos, que decidieron pasarse las normas por alto y después de contarse sus penas salieron a pasear mientras comían un helado.

Estuvieron largo rato en el parque, tumbados en el césped mirando pasar las nubes, también se acercaron a la *Crown Fountain* para refrescarse un poco y finalmente, Connor se fue dejándola sentada a la sombra de un árbol mientras disfrutaba de un libro que había comprado previamente en una librería. Habían sido unas horas llenas de emociones, después de la cena con Nicholas la noche anterior, la mañana de confidencias con Connor le había resultado purificadora, era como si contando de nuevo todo lo que había ocurrido dejase parte del dolor atrás y se sentía un poco más liberada. Sabía que parte de que no se sintiese bien del todo era por estar unida a Daniel todavía como su esposa, aunque por suerte le quedaban solo unos días para que eso dejase de ser así, fuese como fuese la resolución del juez frente a la demanda de malos tratos y homicidio en contra de Daniel por haberle provocado un aborto, ella sería libre de nuevo y no tendría que volver a verlo... esperaba que nunca más.

Y después estaba Nicholas... explicarle todo a Connor le ayudó a ser un poco más objetiva en lo referente a él. Ambos habían sido víctimas de las malas decisiones del otro, estaban a la par en eso de hacerse daño y aunque intentase castigarse a ella misma por ello o incluso a él, eso sería añadir otro error más a la lista... uno garrafal y del que se arrepentiría el resto de su vida.

Desistió de la lectura cuando tuvo que releer el mismo párrafo por tercera vez sin saber si quiera lo que ponía, su mente desconectaba continuamente recordando lo acontecido en las pasadas horas: los besos de Nicholas, los suspiros pesados de Connor sumido en sus pensamientos... era demasiada información que asimilar y todo le resultaba demasiado reciente todavía.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza contra el árbol, intentando despejar su mente y tener un poco de calma por una vez en todo el día. Lo estaba consiguiendo hasta que un mosquito se posó en su mejilla y lo alejó de un manotazo, a los pocos segundos se posó en su nariz y ella bufó todavía con los ojos cerrados y volvió a hacer un movimiento con su mano para alejarlo, pero el mosquito seguía en su empeño de molestar y se posó en su barbilla descendiendo por su cuello y

haciéndole cosquillas, volvió a bufar incómoda y el sonido de una risa la obligó a abrir los ojos, al hacerlo se encontró con ese par de orbes esmeralda que estaba intentando evitar en sus pensamientos y se quedó paralizada sin saber muy bien que hacer.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en un murmullo. Nicholas no contestó y simplemente se acercó a sus labios para dejar un casto beso sobre ellos y después en la punta de su nariz.

—Paseaba por el parque y vi a una chica preciosa dormida sobre un árbol, me acerqué para observarla más de cerca pero no pude evitar la tentación de chincharle un poquito... —admitió con una sonrisa.

—¿Tú paseas por el parque habitualmente? —le preguntó de nuevo e inclinando un poco la cabeza hacia la izquierda.

—Solo desde que sé que vives cerca de aquí, tenía la esperanza de encontrarte y... aquí estás —concluyó sin borrar la sonrisa.

—Has tenido suerte...

—Mucha —estuvo de acuerdo con ella y frunció el ceño cuando la vio recoger sus cosas y ponerse en pie—. ¿A dónde vas?

—A mi apartamento... —contestó pasando una mano por su trasero intentando limpiar sus pantalones, pero una enorme mancha color verde estaba irremediablemente allí.

—Pero... —Nicholas también se puso en pie y la miró confundido— pensaba invitarte a pasear, a hacer un poco de turismo, a tomar un helado, cenar... quería pasar tiempo contigo.

—Me he manchado el pantalón —contestó girándose para que él pudiese verlo—. Connor me empujó al suelo cuando le dije que no me quería tumbar en el césped, así que no voy a ir a ningún lugar sin cambiarme antes.

—¿Que Connor qué? —preguntó desviando la mirada de su trasero a sus ojos— Voy a...

—Ah no... —lo interrumpió colocando una mano en su pecho— nada de celos injustificados, créeme cuando te digo que no debes preocuparte por Connor, no soy su tipo. Nicholas bufó y negó con incredulidad.

—Te lo digo de verdad... —Beth suspiró y lo miró sonriendo— ¿te quedas esperando aquí o prefieres acompañarme? Nicholas parpadeó confundido.

—¿A tu apartamento? —preguntó con cautela.

—Sí... creo que va siendo hora de que conozcas a mi compañero de piso — Beth comenzó a caminar y él no tardó en seguirla.

—¿Compartes tu apartamento con alguien? —su voz sonó confundida y molesta.

—Sí... y tengo que confesar que es muy celoso, no suelen gustarle las visitas, sobre todo las masculinas —añadió con diversión—. A Connor no puede ni verlo... y en cuanto me toca parece que quiere arrancarle los ojos.

—Pues ya somos dos... —murmuró Nicholas con un hilo de voz y frunciendo los labios.

—¿Has dicho algo? —preguntó Beth mirándolo de reojo con diversión.

—No... —negó con la cabeza y pasó una brazo por su cintura acercándola más a él—, vayámonos antes de que cambies de opinión.

## CAPÍTULO 21

*«Tiene un compañero de piso... un jodido compañero de piso...»*

Pensaba Nicholas con amargura mientras caminaba por las calles sujetando la mano de Beth entre la suya. Sus pensamientos eran tan caóticos que apenas era consciente de ese simple contacto entre ellos y eso que había soñado con pasear de su mano más veces de las que podría confesar sin perder lo poco de hombría que le quedaba.

Ella simplemente caminaba a su lado en silencio y no había querido contestar a ninguna de las preguntas que le hizo sobre su compañero de piso... *¿era chico o chica? ¿Joven? ¿Se había intentado propasar con ella? ¿Cuánto tiempo hacía que lo conocía? ¿El mismo tiempo que hacía que vivían juntos?* Pero ella solo sonreía con suficiencia y lo miraba entre sus pestañas demostrándole lo patético que era al estar tan celoso... pero no podía evitarlo.

—Cuando entremos es mejor que te mantengas detrás de mí —le dijo Beth con una sonrisa entrando en uno de los edificios más modestos de la zona y saludando al portero con un movimiento de su mano y una sonrisa.

—¿Va a atacarme o algo así? —preguntó confundido. Ella soltó una risita y se adentró en el ascensor pulsando el número cinco.

—Es lo que suele hacer —contestó encogiéndose de hombros—, Connor ha llegado a pensar en venir a visitarme con una armadura, ambos tienen una extraña relación de amor y odio.

Nicholas frunció el ceño y se mantuvo en silencio... *¿qué clase de personaje compartía piso con ella?* Hasta donde llegaba su poco conocimiento de

sociabilidad, por muy mal que te cayese una persona, a la primera impresión no la golpeas sin preguntar... ¿no era así?

Su ceño se frunció todavía más y su lado protector afloró sin siquiera proponérselo, tenía que sacarla de ese apartamento y alejarla de ese sujeto tan inestable con el que convivía... ¿cómo podía estar tranquilo si no podía siquiera llevar a alguien a su casa sin que ese *animal* lo atacase? Tendría que hacer lo posible por convencerla para que se mudase, tenía que... De nuevo fue consciente del mundo cuando el ascensor se detuvo y ella se alejó de él haciendo sonar sus tacones en el mármol del suelo, caminó a lo largo de uno de los pasillos y se paró frente a una puerta de roble, él la siguió expectante, todavía con el eco de sus pensamientos en su mente, pero cauteloso por lo que se podría encontrar al otro lado.

Beth abrió la puerta lentamente y el sonido de algo tintineante comenzó a escucharse en el interior del apartamento, ella se adentró pero él se mantuvo inmóvil al otro lado de la puerta... ¿debería protegerse el rostro o estar más atento a un posible golpe de un bate de *baseball* en su estómago? Pero ella parecía no ser consciente de todos esos pensamientos que cruzaban fugaces en el caos que era su mente en ese momento, simplemente se inclinó hacia delante y volvió a enderezarse a los pocos segundos.

—Hola chico... ¿me has echado de menos? —la voz de Beth sonó en un susurro y con una dulzura que nunca había escuchado, ni siquiera cuando hablaba con Autum o Gino y sus ojos resplandecían con cariño y adoración... ¿qué mierda la unía con ese tipo?

Apretó las manos en puños e hizo un esfuerzo hercúleo para separar su mandíbula que se apretaba con fuerza, abrió su boca casi con desesperación y se tragó un gruñido.

Nunca había sido celoso... quizás si se remontaba a su época de estudiante lo había sido un poco, cuando envidiaba al mejor de la clase y sentía celos de sus buenas notas, pero nunca con la fuerza arrolladora que le estrujaba el estómago en ese momento y le presionaba el pecho. «*Ese tipo debía estar muerto.*» Pero ella se giró hacia él y una bola de pelo cobrizo entre sus brazos llamó su atención, después se encontró de frente con un par de ojos verdes que lo observaban fijamente con recelo, acompañados de unos colmillos que se mostraban retándolo a acercarse.

—Tranquilo... Nicholas es bienvenido... —susurró Beth bajando la barbilla hasta que su piel tocó una de las orejas de ese bicho y él alzó la cabeza para mirarla—. Entra, lo estoy sujetando y no te hará nada. De nuevo frunció el ceño



confundido... ¿dónde demonios estaba el compañero de piso peligroso que iba a atacarlo? ¿Era ese saco de pelo?

—Pero... —balbuceó intentando comprender.

—*Darcy* va a portarse bien... ¿a que sí? —susurró lo último mirando al gato con una sonrisa. Nicholas dio un paso al frente pero se detuvo de golpe y una sonrisa curvó sus labios.

—¿Tu gato se llama *Darcy*? —preguntó soportando una carcajada. Beth sintió sus mejillas arder y se giró sin contestar a esa pregunta, se quitó los zapatos pateándolos y dejándolos de cualquier modo junto a la puerta, y caminó hacia la cocina dejando al gato en el suelo. Comenzó a contorsionarse para conseguir llegar al estante donde tenía la comida del gato, pero una mano le tendió una lata.

—¿Querías esto? —preguntó Nicholas en un susurro. Ella continuó en silencio, sujetó el bote de comida que le ofrecía y comenzó a servirla en su plato dándole la espalda a Nicholas deliberadamente, buscando las palabras adecuadas para explicarle el motivo de por qué su gato se llamaba así... ¿sonaría muy desesperado si le decía la verdad? «*Verás Nicholas, te echaba tanto de menos y él se parece tanto a ti que...*» No, imposible.

—Beth... —susurró Nicholas sin saber muy bien que más decir. Ella se dio la vuelta y dejando a un lado aquella pregunta que no quería contestar, le regaló una sonrisa.

—¿Quieres un café? —preguntó en aquel tono de voz conciliador que Nicholas tan bien conocía.

—De acuerdo... —una pequeña sonrisa también curvó sus labios y se sintió un poco más tranquilo de repente. Beth comenzó a moverse por la cocina como si estuviese bailando, abría y cerraba puertas, preparó la cafetera y puso un par de tazas en una bandeja acompañadas de unas galletas que Connor le había traído unos días antes.

Nicholas la observaba en silencio, con el ronroneo de *Darcy* de fondo, que comía con tranquilidad aunque cada pocos segundos alzaba la cabeza y le dedicaba una mirada de advertencia. Le parecía casi imposible estar allí, en su apartamento, con ella... le gustaba como habían cambiado las cosas en tan solo unos días, de no saber absolutamente nada de ella ni de sus sentimientos hacia él, pasó a tener una promesa tangente de intentarlo, al menos intentarlo cuando por fin tuviese el divorcio de ese desgraciado de Boid.

—Puedes ir al salón —su voz lo arrancó de sus pensamientos y se descubrió

con la mandíbula apretada y las manos cerradas en puños, como siempre que pensaba en Boid—, yo iré en seguida con el café. Está al final del pasillo a la izquierda...

Nicholas obedeció y fue caminando lentamente, le pareció curioso que Beth dejase los zapatos junto a la puerta y pensando que era algo cotidiano él también dejó los suyos. Continuó avanzando con una sonrisa y se adentró en el corto pasillo con paredes blancas, en el que unas enormes letras azules que parecían querer salir de pared. Podía leerse con claridad: "*Caminante no hay camino...*" sonrió porque eso era muy acorde a su personalidad, o al menos a aquellos retazos de esta que le dejó conocer en sus muchas conversaciones por el chat o por teléfono. Había un par de puertas, una de ellas estaba cerrada pero la otra la mostraba una estancia con paredes y muebles en colores tierra muy neutros, en su interior había una enorme librería, una mesa con su silla y un enorme sofá beige con una lámpara tras él. Dedujo que era su estudio y continuó caminando hasta el final del pasillo, como ella le dijo.

Llegó al salón que también era blanco, sin apenas muebles, tan solo otra librería repleta de libros, una alfombra, una mesa de cristal y una televisión colgada en una de las paredes, nada más excepto la claridad que se colaba por la ventana con una preciosa vista del parque. Se sentó sobre el sofá sintiéndose fuera de lugar, todo parecía tan limpio y blanco que tenía miedo que manchar algo, pero los cómodos cojines del mueble lo animaron a recostarse un poco mientras dejaba salir un suspiro de satisfacción... estaba en casa de Beth.

Escuchó un par de maullidos del gato, como ella le susurraba algo que no llegó a entender, después silencio y ella cruzó la puerta del salón portando la bandeja y vistiendo unos *shorts*... ¿dónde había dejado aquel pantalón que le cubría las piernas? Se incorporó de golpe, más impactado por la sorpresa de verla así vestida que por otra cosa, y la ayudó a dejar la bandeja sobre la mesa cuidando de no derramar nada en el proceso.

Después se sentaron en el sofá, uno junto al otro y mirándose intermitentemente sintiéndose un poco incómodos de repente... ¿por qué tendría que ser todo tan complicado? Nicholas simplemente quería besarla, o hablar con ella... quizá también besarla mientras hablaban aunque fuese algo un poco complicado, con la lengua dentro de su boca no es que pudiese hablar con mucha claridad... pero se estaba volviendo loco, necesitaba avanzar un poco, necesitaba más que esos besos castos que le había robado y no sabía si podría esperar hasta el maldito juicio para tenerlo.

—¿Hace mucho que vives aquí? —preguntó para romper el silencio que estaba comenzando a ser un poco tenso. Beth se removió un poco y se aclaró la garganta, se inclinó hacia la mesa y le tendió su taza de café, cogiendo la otra para ella después.

—Prácticamente desde que llegué a Chicago... Connor me acompañó a ver unos cuantos apartamentos y este fue el que más me gustó de todos ellos —explicó justo antes de dar un sorbo a su café.

—Es muy bonito... y también muy... blanco —murmuró Nicholas, probando también su café y degustándolo lentamente.

—Necesitaba un poco de luz en mi vida... —musitó ella mirando hacia la ventana—. Todo era tan oscuro y lleno de sombras... en Seattle siempre fue como si viviese constantemente en mitad de una tormenta. Llegar aquí despejó las nubes y solo quería ver el sol, la luz, el blanco... estaba cansada de grises y negros.

Él la escuchó atentamente e intentó no juzgarla, no pensar en los motivos que le habían llevado a tomar aquellas decisiones que los tenían a ambos en esa situación, pero era tan difícil... escuchándola hablar se daba cuenta de lo triste y desesperada que tuvo que sentirse para hacer caso a su amiga y buscar una distracción en una página de contactos. Él lo hizo porque se sentía solo... y mayor, quizás era la crisis de los cuarenta que le llegaba antes de tiempo, pero accedió a aquel reto que Declan le puso como si fuese un juego, como si realmente no fuese a perder ni a ganar nada en el camino... y en ese momento estaba allí, luchando por la mujer que creía amar más de lo que había hecho nunca y después de haberse equivocado tanto con ella.

—¿Tu gato de llama Darcy? —volvió a preguntar al recordar que ella no le había contestado.

Beth se sonrojó y desvió la mirada a la alfombra, de repente un par de pelusas inexistentes llamaron por completo su atención.

—En serio... ¿por qué Darcy? —insistió ante su mutismo.

—Fue algo impulsivo... —susurró ella con un suspiro —justo ese día había escuchado hablar de ti a uno de los clientes de Ethan, «*tengo una reunión con Nicholas Bratcher creo que va a ofrecerme algo*» —intentó imitar una voz ronca y masculina—. Después llegué a casa y Darcy estaba hecho una bolita en el portal, estaba mojado y temblando de frío... el portero me dejó una manta vieja para envolverlo y me lo traje a casa, le di un buen baño caliente, comió una lata de atún y esa misma noche durmió acurrucado en mi cama... además el color de su pelaje y

el de sus ojos... el como me miraba con tanta intensidad... me recordó a ti y no pude evitarlo.

Nicholas se quedó en silencio después de eso, macerando sus palabras e intentando encontrarle sentido al porqué habían estado separados esos meses... quería entender a Beth y su necesidad de tomar distancia para sanar, pero no podía... no podía y eso lo frustraba. Suspiró pesadamente y dejando la taza sobre la mesa se espatarró un poco en el sofá y la observó tentativamente.

—Sé que ya hemos hablado del tema aunque creo que no hemos ahondado lo suficiente —murmuró con voz suave—, ¿realmente fue suficiente para ti este tiempo alejados? Beth también dejó su taza sobre la mesa y se removió incómoda, parecía como si tuviese miedo de afrontar el tema, en el parque se veía tan segura cuando lo invitó a ir a su apartamento y ahora parecía que le estaba rehuyendo.

—No lo sé... —contestó ella finalmente con un hilo de voz. Nicholas dejó salir el aire que contenía sonoramente y acercó su cuerpo un poco más al suyo en un movimiento fluido.

—Sé que... —dudó unos segundos ¿se asustaría si le decía lo que de verdad estaba sintiendo en ese momento? Quería besarla y mandar a la mierda aquellas estúpidas normas, quería abrazarla tan fuerte que se olvidase del mundo y de todo lo que la mantenía todavía unida a Seattle... pero no sabía que hacer. Cerró los ojos con fuerza y mordió su labio inferior, después volvió a abrirlos y allí seguía ella, mirándolo con esos ojos marrones llenos de incógnitas que se moría por descubrir y sonrió levemente dándose valor — . Sé que te dije que seguiría las normas y todo eso, pero no te puedes imaginar lo que me está costando en este momento...

Ella lo miró unos segundos con los labios entreabiertos, las pupilas dilatadas y una respiración superficial que hacía que su pecho se elevase y bajase a un ritmo acelerado. De repente se puso en pie como impulsada por un resorte, caminó hacia la ventana y se cruzó de brazos mirando al suelo.

—Son solo unos días Nicholas... unos malditos días... —sus palabras fueron tan bajas que no estaba realmente seguro de haberlas escuchado.

Se puso en pie y se colocó tras ella, oliendo su cabello y sintiendo una necesidad casi enfermiza de abrazarla y no soltarla nunca. Estaba allí, frente a él y le estaba prometiendo otra oportunidad para ambos, le estaba diciendo que tan solo esperasen unos días hasta que ella fuese libre de nuevo y poder comenzar de cero, o al menos en el punto donde lo dejaron antes de verse por primera vez y precipitar tanto las cosas hasta que se estropearon. Pero ese tiempo que tenían que

esperar no tendría por qué ser tiempo perdido, podrían aprovecharlo, podían intentar conocerse mejor, intentar sentirse más cómodos al lado del otro e intentar que las cosas saliesen bien.

—Creo que en el fondo esas estúpidas normas tienen razón de ser —susurró lentamente—, podemos aprovechar este tiempo para hablar, para pasear... para hacer todo lo que se suele hacer para conocerse antes de tener una relación. Beth se giró para mirarlo, sus ojos parecían dudar un poco, pero cuando se encontraron con la mirada verde de Nicholas brillaron tenuemente.

—¿Qué quieres decir...? ¿Cómo una pareja normal? —preguntó confundida.

—Somos una pareja normal, pero como tú bien dijiste una vez, nuestro error fue comenzar al revés. Tendríamos que habernos conocido mejor antes de dar el paso de vernos.

Ella sonrió y miró las manos de Nicholas, cerradas en puños y con los nudillos blancos a causa de la fuerza ejercida.

—Relájate... —susurró tomando una de sus manos entre las suyas y tirando de él para que de nuevo se sentasen en el sofá, ella lo hizo muy cerca de él, tanto que los muslos de ambos se rozaban.

Comenzaron a hablar de algo sin importancia y la tensión pareció relajarse minuto a minuto, hasta que se descubrieron riendo divertidos como cuando conversaban por teléfono.

—¿Qué te parece si vamos al cine este sábado? ¿O prefieres ir al teatro? Creo que hay una ópera que podría gustarte... —propuso Nicholas después de unos minutos. Ella sonrió y se acomodó quedando de lado en el sofá haciendo todo su cabello a un lado sobre uno de sus hombros.

—Podría estar bien, pero sorpréndeme... decide lo que podría ser más divertido para ambos —contestó con una sonrisa. Nicholas no pudo soportar mucho más y se acercó a sus labios hasta cubrirlos con los suyos, el beso comenzó lento y suave, reconociéndose y disfrutando de cada una de las sensaciones que los embargaban.

Pero poco a poco fue subiendo de intensidad haciendo que acabasen recostados sobre el sofá y abrazándose tan fuerte que casi dolía. Beth gimió cuando una de las manos de Nicholas delineó su cintura muy cerca de su trasero, toda su piel se puso de gallina y su cuerpo entero se sacudió deseando mucho más que el leve roce de sus dedos.

Enterró las manos en su cabello y lo atrajo más hacia ella a la vez que introducía la lengua en su boca con profundidad y lo sentía responder del mismo modo. En ese momento no había normas que importasen, se había olvidado por completo de sus propósitos y su sangre comenzó a hervir, quería más, necesitaba más... Un sonido tintineante comenzó a escucharse a lo largo del pasillo y avanzaba en dirección a la sala de estar, pero ambos estaban demasiado concentrados en devorarse para percatarse de ello, como tampoco lo hicieron de cuando dos pares de patitas se posaron sobre el sofá y fueron caminando lentamente hasta hacerse un hueco al lado de Beth. Ella tan solo se dio cuenta cuando la cabeza peluda de Darcy se frotó con su brazo buscando ser acariciado, en ese momento se alejó de Nicholas jadeando levemente, se recolocó el cabello y pasó una mano por sus labios enrojecidos.

—Lo siento... yo... —susurró con un hilo de voz. Él pareció despertar de su aturdimiento y observó todo a su alrededor como si realmente tuviese que recordar donde se encontraba, miró fijamente al gato que en ese momento se hacía un hueco en el regazo de Beth para acurrucarse allí y le prometió mentalmente mucho sufrimiento si en el futuro volvía a interrumpirlo de ese modo.

—Soy yo el que lo siente, se supone que iba a respetar las normas... —susurró recolocando su pantalón para hacer menos evidente su erección—. Así que... —murmuró queriendo sacar un tema de conversación— este es Darcy.... —pronunció su nombre con una sonrisa y le dedicó una mirada divertida a la chica sentada a su lado con las mejillas tenuemente enrojecidas.

—Él es Darcy... —confesó ella en un murmullo— espero que no te moleste el nombre, yo...

—No lo hace —aseguró Nicholas tajantemente—, me parece algo... ¿dulce? No sé como explicarlo sin parecer un poco marica —una mueca surcó sus labios y ambos sonrieron—. Espero que nos llevemos bien.

—Como ya te he dicho, suele ser muy territorial, es un macho dominante —Beth acarició el pelaje del felino provocando que comenzase a ronronear con los ojos cerrados.

—Pero somos semejantes, ambos nos llamamos igual así que... es nuestra obligación llevarnos bien —extendió una mano y con su dedo índice rascó al gato entre las orejas—. ¿A qué sí, chico? —Darcy abrió los ojos en ese momento y lo miró intensamente haciéndole saber que sus caricias no eran bien recibidas, pero Nicholas lo ignoró y continuó con sus mimos acariciando su lomo con la mano extendida en esta ocasión. Darcy comenzó a hacer un sonido extraño y Beth intento

tranquilizarlo rascando tras sus orejas, como sabía que más le gustaba, pero Nicholas también continuaba haciéndolo a lo largo de su lomo, algo con lo que el gato no estaba del todo de acuerdo y se lo hizo saber con un bufido mostrándole los dientes.

—¿Me está amenazando? —preguntó sorprendido y divertido a partes iguales—. Esta cosa me está amenazando —aseguró aguantando una carcajada.

—Es un gato, no una cosa —gruñó Beth molesta—. Y te amenaza porque ya te he dicho que es muy territorial y yo soy de su propiedad.

—¿Eres propiedad de un gato? —una de las cejas espesas de Nicholas se alzó con incredulidad y aquella arrebatadora sonrisa alzó una de las comisuras de sus labios.

—Sueno extraño pero...

—¿Por qué no vamos a pasear? —la interrumpió sin dejar de sonreír—. Si continuamos aquí o tu gato me saca los ojos o yo me abalanzo sobre ti y no creo que ninguna de las dos opciones te entusiasme. Beth también sonrió y se puso en pie dejando a Darcy en el sofá.

—Espera que me ponga unas sandalias —murmuró corriendo hacia el pasillo.

—¿Y no podrías ponerte otro pantalón? O una falda más larga... no sé, algo que te tape un poco —añadió con el ceño fruncido y tensando los músculos de su mandíbula.

Beth retrocedió hasta quedarse en la puerta de la sala, donde se cruzó de brazos y lo miró también ceñuda.

—¿Qué le pasa a este? —señaló su short y Nicholas relajó un poco su postura.

—Es demasiado corto, sé que hace calor pero... no podría soportar que todos te mirasen.

—¿Por qué? —volvió a preguntar. Él caminó hacia ella, con un andar felino y arrebatador que ponía alerta todas sus terminaciones nerviosas y sintió como su corazón se aceleraba de anticipación. Su expresión no dejaba lugar a dudas, Nicholas parecía dispuesto a saltarle encima y comérsela, no sabía si estaba más asustada porque eso pasase y se saltasen las normas o deseosa de que ocurriese de una vez porque no podía soportar más estar a su lado, poder besarlo, poder acariciarlo y olerlo pero no poder hacer nada más por su estúpida idea de esperar...

¿qué diferencia harían los pocos días que faltaban para el juicio? Ninguna, ya se sentía libre de Daniel, el divorcio era un hecho por muy mal que el juez intentase tildar su infidelidad con Nicholas, porque estaba segura de que Daniel pondría aquellas fotografías como prueba en el juicio.

Salió de sus pensamientos y volvió a mirar a Nicholas, que en ese momento estaba frente a frente con ella y bajó un poco la mirada para que se cruzase con la suya. Podía leer tanto en sus ojos... no podía recordar si cuando se vieron en Seattle sus ojos eran tan expresivos, pero en ese momento aquel par de orbes color jade mostraban un deseo reprimido tan fuerte con el suyo, pero también un poco de duda...

—También soy *Darcy*... —susurró Nicholas golpeando su rostro con aliento con olor a café— y también soy territorial, no eres mi propiedad literalmente pero me siento un poco dueño de tu cuerpo... y no me gusta que te miren como a un pedazo de carne.

Aquellas palabras apenas fueron procesadas por su mente, en cuanto dijo que se sentía un poco dueño de ella unos sentimientos encontrados la hicieron estremecerse... nunca había pertenecido a nadie de ese modo, su relación con su gato nada tenía que ver con eso. Nicholas hablaba de una pertenencia moral, de ese sentimiento de posesión que se siente cuando te enamoras de alguien, de aquella arrebatadora sensación de celos que le apretaba el estómago al imaginar a alguna mujer con él... su cuerpo era completamente suyo desde que se vieron en Seattle un año atrás y hasta ese momento tampoco se había dado cuenta de que su alma y un pedazo bastante grande de su corazón se había ido con Nicholas cuando cerró la puerta de aquella habitación de hotel.

—Beth... —la voz de Nicholas susurrando su nombre le obligó a mirarlo— ¿te encuentras bien?

—Eh... sí... —balbuceó— yo... verás... —se sentía un poco aturdida por sus pensamientos, no entendía como no se había percatado antes de todo eso.

—¿Te cambiarás el pantalón? —él utilizaba todos los medios a su alcance para intentar convencerla, ya no solo por lo que le había confesado, se sentiría celoso si alguien la miraba más de lo adecuado, sino también porque no sabía si podría controlarse teniendo su piel desnuda tan cerca sin poder tocarla. Se acercó a ella un poco más, casi como un acechador, ella retrocedió hasta que su espalda chocó con la pared del pasillo y aprovechó para hacer una cárcel con sus brazos evitando que en un impulso se alejase de él, la necesitaba cerca, tenía que sentir su presencia lo más cerca posible, incluso tocarla, aunque fuese de un modo inocente,



o se volvería completamente loco.

—Nicholas... —su nombre escapó de entre los labios de Beth como un suspiro y cerró los ojos para intentar serenarse.

—¿Sí? —su voz era ronca, como aquella vez en el hotel provocando que un escalofrío recorriese su espalda. Se obligó a sí misma a pensar fríamente, él quería dar un paseo... pues darían un paseo y dejaría a un lado la necesidad de arrancarle la ropa y comprobar si su piel era tan suave y cálida como recordaba... ¿todavía sería capaz de hacer que se pusiese de gallina solo por acariciarlo? Mordió su labio inferior y miró a Nicholas entre sus pestañas, era consciente de que estaba siendo demasiado obvia, no era necesario que la conociesen demasiado para saber lo que estaba pensando y la expresión de zorra en celo que estaba poniendo hasta el más tonto podría traducirla. Nicholas acercó su rostro al suyo lentamente y rozó sus labios, Beth tuvo que dejar salir lentamente el aire que estaba conteniendo y se sujetó de sus brazos para no perder el equilibrio.

—¿Querías decirme algo? —susurró él contra sus labios entreabiertos.

—Pasear... —murmuró aturdida por el olor embriagante que desprendía. Nicholas volvió a rozar sus labios pero con más insistencia esta vez, ella jadeó y se aferró con más fuerza a sus brazos, casi cerrando sus manos en puños sobre la tela de la fina camisa que los cubría.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó él una vez más y mordisqueó suavemente su labio inferior entre los dientes. Tuvo que cerrar los ojos ante una punzada de deseo que sintió en su vientre y sus caderas se impulsaron hacia delante buscando algún tipo de contacto, un roce que le hiciese perder la poca coherencia que le quedaba.

—Paseo... —volvió a murmurar aturdida. Él la besó de nuevo, de un modo más demandante esta vez, bajando las manos hacia sus caderas y atrayendo su cuerpo hacia el suyo sintiéndose celoso hasta del poco aire que los separaba. Beth se sintió arder, la sangre hervía en sus venas y su corazón palpitaba tan rápido que tendría una taquicardia de un momento a otro, todos sus músculos parecían responder a ese beso, todos ellos querían llevarse una parte de las emociones y las sensaciones que recorrían su cuerpo, querían aunque fuese un pequeño resquicio de ellas. Sus manos se alzaron casi por voluntad propia y se enrollaron en el cuello de Nicholas, sus dedos se enredaron por inercia entre su cabello y todo desapareció a su alrededor.

Sentía sus manos en las nalgas, en la espalda, apretándole con fuerza la

cintura... y de repente una de ellas enrollaba en un mechón de cabello suelto y le dio un pequeño tirón obligándola a romper el beso e inclinar su cabeza hacia atrás. De nuevo sus labios hicieron contacto con su piel, pero en su cuello en esta ocasión, podía sentir su lengua serpenteando sobre la yugular que latía como loca, también el roce de sus dientes en el lóbulo de la oreja a la vez que la mano de su cabello tiraba un poco más y la hacía gemir.

—Joder... —murmuró Nicholas contra su piel antes de hundir los dientes levemente en su carne haciéndola gemir de nuevo— ¡Mierda Beth! —masculló rozando su miembro endurecido contra su estómago—. Si no me detienes ahora mismo, yo no podré hacerlo... detenme... detenme... —gimoteaba casi en trance repartiendo besos por su cuello y su hombro.

Pero ella no podía contestar, solo podía recordar un par de situaciones en las que se había sentido con tanta necesidad como en ese momento y todas eran con Nicholas, él era el factor común que hacía que su sangre hirviese, que su mente se bloquease y que sus instintos más primitivos saliesen a flote dejando así relegada a la Elizabeth responsable y dedicada que quería aparentar ser. Él era el único capaz de romper sus esquemas y volver su mundo del revés con tan solo un roce, con un beso, una palabra... Como en una de tantas conversaciones que habían mantenido a través del teléfono, dejó volar su imaginación antes de que las cosas sucediesen, se vio a sí misma en su cama, con Nicholas, todo era un amasijo de brazos y piernas, los gemidos de ambos se confundían al salir de sus labios y todo culminaba en un impresionante orgasmo en el que no dejaban de mirarse a los ojos. De sobras sabía que junto a Nicholas la imaginación palidecía si la comparaban con la realidad, en cuanto sus pieles se rozaban era totalmente inconsciente del mundo que la rodeaba y tan solo importaba él, lo que le hacía sentir y lo que disfrutaba haciéndolo sentir.

—Detenme... —otro gimoteo de Nicholas le hizo darse cuenta de la situación en la que estaban, de lo que estaba a punto de suceder si no lo detenía, pero pensar en alejarlo dolía, sentía un vacío en el estómago con solo imaginarse alejándolo de ella.

—Mierda de normas... —masculló justo antes de buscar sus labios y entregarse a él por completo como lo había hecho las otras veces. Esperaba que quizás Nicholas la empotrara contra la pared como lo había hecho en aquel hotel, esperaba que la besara con más ímpetu que segundos antes o que de algún modo le mostrara que estaba tan excitado y necesitado como ella. Pero en cuando él sintió su rendición, cuando fue consciente de que ella estaba dispuesta a entregarse

sin restricciones, sus besos y caricias bajaron de intensidad hasta que apenas eran unos leves roces y no podía dejar de mirarla a los ojos. — Nicholas... — Beth lo llamó en un susurro cuando él se detuvo para observarla con tanta intensidad que casi le dolía, sentía que podía leer cada uno de sus pensamientos con esa mirada.

— Shh... — la silenció rozando sus labios con los suyos de un modo tan tierno que la hizo temblar —. Despacio preciosa, no tenemos prisa...

Ella dejó salir el aire en un suspiro trémulo y se mordió el labio inferior ante otra de esas intensas miradas que la desnudaban por completo. Volvió a besarla con intensidad, empapando su boca con su sabor y envolviéndola con sus brazos, pero el beso, aunque necesitado, no tenía la urgencia y ansiedad de los anteriores, este era tranquilo y sosegado, en él podía sentir y procesar por completo cada una de las emociones que embargaban su cuerpo, las palmas de sus manos sudaban, sus rodillas temblaban y cada centímetro de piel que Nicholas tocaba ardía a su tacto, la marcaba a fuego y hacía que todo en su interior se incendiase como minutos antes, como una lenta y arrolladora ola de lava candente que iba arrojando con todo a su paso, cordura y sentido común incluidos.

Nicholas se inclinó un poco hacia delante y la sujetó por los muslos obligándole a rodear sus caderas con las piernas, el beso no bajó de intensidad mientras él avanzaba a lo largo del pasillo en busca de su habitación, tenía que ser aquella puerta cerrada que encontró antes. Sonrió para sus adentros cuando vio una cama con un cobertor morado que estaba frente a un enorme ventanal, desde él se podía ver la fuente con el lago de fondo, pero apenas fue consciente de ello cuando la dejó con suavidad sobre el colchón y su cabello extendido como un abanico alrededor de su cabeza enmarcaba su rostro.

En ese momento, si alguna vez había tenido alguna duda, todas se disiparon... en ese justo momento entendió el significado de estar vivo, de haber luchado y sufrido tanto a lo largo de su vida, todo, lo bueno y lo malo que había tenido que soportar, estaba resumido en esos precisos segundos que se detuvo a mirarla, era el a... *su «ella»*.

Y después de todo lo que habían sufrido para llegar donde estaban, valoraba más lo que tenían, la promesa de intentarlo, y estaba seguro de que pondría todo de su parte para que funcionase, lo necesitaba... la necesitaba a ella en su vida. Beth lo observaba con impaciencia... ¿por qué la miraba tanto? Se había rendido, había dejado aflorar sus emociones y estaba completamente dispuesta a todo, a todo con él... ¿qué le detenía? Intentó forzar los límites y buscó los botones de su camisa, desabrochó un par de ellos con un poco de prisa, pero Nicholas detuvo sus

movimientos y sujetándola por las muñecas las alzó sobre su cabeza y las inmovilizó contra el colchón.

—Deja que yo lo haga todo... —susurró él de nuevo y se perdió en el movimiento de sus labios que se quedaron entreabiertos, invitándola a probarlos. Nicholas inclinó el rostro hacia el suyo y la besó de nuevo, primero en los labios, luego en la comisura de estos, en la mejilla, cerca de su oreja, bajo esta y mordió suavemente el lóbulo haciéndola jadear.

—Deja que me redima por la última vez... —musitó en su oído—, quiero borrar cada una de las caricias, quiero... quiero que olvides aquella noche —sus besos bajaron por su cuello hasta el hueco de su hombro, su camiseta de tirantes, aunque pequeña, le estorbaba e intentó apartarla un poco pero la postura en la que estaban no se lo permitía—. Voy a hacer que tiembles y suspires, voy a hacer que si tienes que llorar, en esta ocasión sea de placer...

La respiración de Beth se volvió errática y superficial, su pecho subía y bajaba al ritmo de las cortas bocanadas de aire que intentaba hacer llegar a sus pulmones, su pecho ardía, sus manos ansiaban con una necesidad casi dolorosa poder acariciarlo o enterrarse en esa maraña de cabello rojizo, pero él no la soltaba, tenía sus manos todavía inmovilizadas y por mucho que luchaba no era capaz de liberarse.

Nicholas llegó hasta su escote paseando su lengua y dejando tras de sí un rastro húmedo y ardiente que se enfriaba después con su respiración. Sus besos continuaron descendiendo sobre la prenda de ropa que todavía cubría su pecho y por fin la liberó para acunar sus senos con ambas manos, aprovechó para acariciar su cabello y gemir al contacto con las suaves hebras. Se retorció bajo su cuerpo, que la mantenía encarcelada con las piernas a cada lado de su cadera, se retorció de tal modo que rozó su erección y él gruñó contra la piel de su ombligo que estaba lamiendo en ese momento.

—*Gatita...* —murmuró como única advertencia y todo su cuerpo sufrió una convulsión a causa del placer que esa simple palabra le provocó. Todos sus músculos estaban en completa tensión esperando su próximo movimiento, cada una de sus células esperaba la señal para saltar sobre él y Nicholas esperaba eso, así que se quitó la camisa apresuradamente y la enrolló en sus muñecas inmovilizándola de nuevo.

—Nicholas... —lloriqueó al ver que no tenía posibilidad de acariciarlo como necesitaba. Él volvió a acercarse a sus labios y sin dejar de mirarla a los ojos la besó de nuevo rozando su lengua con la suya de un modo que la hizo temblar, pero a él

no parecía importarle, acariciaba sus brazos, su vientre sobre la ropa, acariciaba sus pezones haciendo círculos, torturándola lentamente.

—No esto... no me hagas esto... —gimoteó cerrando los ojos y conteniendo la respiración cuando su pezón era acariciado por sus dientes en esta ocasión—. No lo alargues tanto... no... no puedo... no...

—¿Qué ocurre *Gatita*...? —Nicholas se enderezó apoyando las manos sobre el colchón y la miraba desde una distancia prudente, alzando tan solo una de las comisuras de sus labios. Ella intento revolverse de nuevo, enderezarse un poco y poder acariciar su pecho, aunque fuese con sus labios. Pero las manos inmovilizadas impedían muchos de sus movimientos y la limitaban tanto que comenzaba a sentirse frustrada.

—¡Mierda Nicholas! —exclamó perdiendo los nervios por completo—. Llevo casi un año sin acostarme con nadie... ni siquiera me he masturbado... así que solo... no... no lo hagas tan difícil, me estoy muriendo ¡me matas! No... no puedes —tartamudeó— no puedes...

—Pues ya somos dos —su lengua jugueteó en la parte interna de sus mejillas y lo siguiente que hizo la dejó sin palabras, Nicholas sujetó el dobladillo inferior de su camiseta con ambas manos y haciendo un poco de fuerza la rasgó a lo largo dejándola ante él tan solo oculta por un diminuto y revelador sostén. Había dudado esa mañana cuando al meter la mano en el cajón fue lo primero que salió, pero en ese momento no se arrepentía de haber elegido esa prenda tan poco casta.

Un gemido lastimoso salió de la garganta de Nicholas y no pudo evitar abalanzarse sobre sus pechos para besarlos y mordisquearlos haciendo a un lado esa excusa de sostén. Sus manos los sopesaban y apretaban provocando que ella gimiese y se retorciere. Sus manos bajaron por su vientre a la vez que sus labios torturaban a un endurecido pezón, llegaron al botón de su *short* y lo desabrochó bajandoselo por sus muslos, Beth colaboró ayudándole para que acabase lo antes posible y cuando la tuvo tan solo en ropa interior la observó de lejos, absorbiendo su imagen lentamente.

—Nicholas...

Aquella sonrisa canalla volvió a asomarse a sus labios y besó castamente sus labios, el centro de su pecho, su ombligo y sus manos se aferraron a la cintura de sus braguitas para bajarlas con deliberada lentitud por sus muslos dejando tras ellas una estela de besos suaves y húmedos que casi le hicieron gritar.

—Nicholas... —repitió luchando contra el amarre de la camisa que limitaba

sus movimientos.

—Recuerdo nuestras conversaciones de madrugada... —su voz rasgaba el aire, era un sonido ronco y grave que erizaba toda su piel. A la vez que hablaba, un dedo la acariciaba, ascendía por sus muslos, revoloteaba en su cintura, subía hacia sus pechos y bajaba a su ombligo, para volver a ascender a su cuello y llegar hasta sus labios, donde se introdujo lentamente en su boca entreabierta. Beth lo capturó entre sus dientes y lo lamió con lentitud haciendo que la mirada de Nicholas se oscureciese un poco más y entrecerrase sus ojos—. Aquellas noches tan largas que compartimos... —continuó mientras ella no dejaba de lamer su falange—, aquel as promesas de placer interminable... ¿las recuerdas?

Beth asintió sin liberar su dedo y Nicholas tuvo que tomar una bocanada de aire para terminar.

—Cada noche te escuchaba jadear al otro lado del teléfono, cada noche me moría por ver tu rostro y poder oler tu piel en ese momento... me ponías tan cachondo que dolía... —deslizó su dedo húmedo por sus labios y la miró intensamente unos segundos—. Cuando la llamada se acababa era una tortura, me quedaba vacío... era como si una parte de mí se hubiese quedado al otro lado del teléfono y me juraba a mí mismo que al día siguiente sería diferente, que no te llamaría y así esa sensación no existiría. Pero eras como una puta droga Beth, era adicto a ti... era adicto al modo en que pronunciabas mi nombre mientras te corrías y a los ruiditos que hacías cuando algo te avergonzaba pero estabas tan excitada que no podías detenerte. Estaba jodidamente obsesionado contigo, jodidamente obsesionado...

Ella lo miraba en silencio, una parte de su mente era consciente de cada una de sus palabras y estas se graban a fuego una a una, pero la otra parte solo podía sentir su dedo acariciando sus labios y bajando por su cuello, volviendo a subir y bajar haciendo que todo su cuerpo se estremeciese.

—Y después de todo lo que pasó... después de que me partieras en dos, porque me mataste con aquello Beth, todavía me tortura pensar que ese malnacido puso sus manos sobre ti.

—Nunca me acosté con él... —se apresuró en aclarar.

—Lo sé... —su voz sonó dulce un instante, pero enseguida recuperó aquel matiz oscuro y peligroso... excitante —pero él se atrevió a tocar lo que no era suyo, porque ya eras mía Beth, en aquel hotel me hice dueño de tu cuerpo, de tus orgasmos y de cada una de las expresiones de placer de tu rostro...

Un escalofrío nació en sus pies y recorrió su cuerpo como si fuese un *tsunami*, haciendo que sus pezones se endurecieran todavía más y que sus pliegues rezumasen intensamente.

—¿Estás segura de esto, preciosa? —preguntó acariciando ahora su mejilla—. Podemos esperar, podemos...

—Hazlo... por favor... —suplicó. Nicholas sonrió y se inclinó sobre ella, dejó un beso fugaz sobre sus labios y una de sus manos se deslizó lentamente entre sus pechos, su vientre y llegó hasta su sexo, su perfecto, dulce y... ¿depilado?

—¿Qué ha pasado aquí? —acarició sus labios haciendo que Beth cerrase los ojos y tensase cada músculo de su cuerpo.

—Bi... biquini... —balbuceó.

—Esto es más que para el biquini... —Nicholas sonrió e introdujo dos de sus dedos entre sus labios acariciando su clítoris con suavidad—. ¡Mierda Beth! Así está perfecto... ¿podría... yo... podría...? —la miró a los ojos pero no esperó respuesta, en un rápido movimiento se colocó entre sus piernas abiertas y hundió el rostro entre su pliegues.

Ella jadeó y luchó de nuevo inútilmente con la camisa anudada en sus muñecas, a la vez que Nicholas introducía dos de sus dedos en su interior su espalda se arqueaba y un grito salía de sus labios, no era la primera vez que él le hacía eso, pero había olvidado la sensación de su labios sobre ese punto, no recordaba el poder de esa lengua que intentaba abrirse paso en su interior y de como, cuando succionaba su centro, creía ser capaz de tocar el cielo con la punta de los dedos.

Comenzó a sentir un orgasmo creciendo en su interior, las paredes de su sexo comenzaron a contraerse casi dolorosamente y como si eso fuera poco, Nicholas introdujo tres de sus dedos de un solo golpe haciendo que un dolor agudo recorriese su espalda y se instalase en su clítoris provocando que en su interior se produjese un estallido de placer. Sus manos se cerraron en puños en torno a la camisa que la limitaba y buscaron desesperadamente el cabello de Nicholas para sujetarse a él, sus piernas se tensaron y su cuerpo convulsionaba preso de una sensación tan poderosa que la hacía gritar sin control.

Segundos después su cuerpo descansaba desmadejado sobre el colchón, jadeaba buscando aire pero Nicholas no había salido de entre sus piernas, su lengua todavía lamía y succionaba, sus dedos todavía se movían al compás en su interior y su cuerpo comenzaba a responder de nuevo, tanto que en un par de

minutos ya no podía soportar la necesidad.

—No, no, no, no... —repetía tirando de su cabello para que se alejase, cuando lo consiguió él la miró intensamente a los ojos mientras con el dorso de una mano se limpiaba cualquier resto de sus jugos —. Tú, tú, tú... dentro... por favor.

Nicholas sonrió de nuevo y gateó sobre su cuerpo, la besó dejando su boca impregnada con su propio sabor y se alejó con rapidez antes de que pudiese ser consciente de ello. Se puso de rodillas, sacó un preservativo de uno de los bolsillos de su pantalón y abrió el cinturón y el botón dejando que descendiese por sus caderas hasta las rodillas, bajó también su bóxer gris e hizo ademán de querer ponerse el condón, pero antes de que pudiese hacerlo una lengua traviesa lamió la punta de su glande.

—¡Mierda! —gimió entre dientes. Beth se había incorporado y estaba de rodillas frente a él, apoyada en sus codos e intentando tragarse su miembro por completo. En cuanto lo vio no pudo resistir la tentación, tanto tiempo sin ver a Nicholas, sin escucharlo, sin poder siquiera oler su perfume, y tenerlo frente a ella semidesnudo y dispuesto fue algo que no puedo soportar. A duras penas pudo alejarla de él y obligarla a tumbarse de nuevo, se colocó el condón con rapidez y se tendió sobre su cuerpo comenzando a besarla, liberó sus manos sintiendo en seguida como estas rodeaban su cuello y espalda, besó sus labios con adoración, miró sus ojos con devoción y se introdujo lentamente en ella sin dejar de mirarla y adorarla. Encajaban perfectamente, tal y como recordaba... embistió profundamente en su interior y ella enredó las piernas en su cintura.

—La última vez no pude besarte... —besó sus labios en ese momento y volvió a embestir sin dejar de mirarla— sabía que si lo hacía caería de nuevo en tu embrujo... que sería imposible alejarme de ti. Beth alejó un par de mechones de cabello de su frente y dejó su mano sujetándolos para poder ver fijamente sus ojos.

—Yo...

—Shh... tan solo importa el aquí y el ahora, pero... —Nicholas volvió a embestir y gimió cerrando los ojos— solo quiero suplicarte perdón, borrar esa crueldad con mil besos, sustituir aquellas caricias frías por mis manos cálidas gracias a tu cuerpo...

Otra embestida más y sus paredes se contrajeron otra vez.

—Solo tú y yo esta vez, tú y yo con la verdad... sinceros... —susurró ella con voz entrecortada.

—Solo tú y yo... —repitió Nicholas —solos... —embistió una vez más y



ambos gimieron. No hicieron falta más palabras, sus cuerpos lo dijeron todo, la incertidumbre, el dolor y la vergüenza por la mentira quedaron atrás y solo había dos siendo uno.

## CAPÍTULO 22

*Chicago, 3 de septiembre de 2010.*

Era demasiado temprano cuando la luz del sol se coló por la ventana e impactó directamente sobre los ojos de Nicholas, este masculló algo imposible de entender y giró la cabeza hacia otra dirección buscando de nuevo una postura lo suficiente cómoda para continuar durmiendo, pero algo hizo cosquillas en su nariz, la arrugó e intentó alejar aquello con la mano pero parecía imposible, aunque conseguía apartarlo segundos después volvía a sentirlo en el mismo lugar y molestando del mismo modo.

Abrió los ojos a la vez que fruncía el ceño y tuvo que parpadear un par de veces antes de poder acostumbrarse a la luz y recordar donde estaba, frente a él tan solo podía ver unos cabellos castaños rizados en un gracioso tirabuzón y que revoloteaban frente a su rostro cada vez que respiraba sobre ellos. Sin poder evitarlo, alzó una de sus manos y la enredó entre esos rizos y así también alejó aquel par de cabellos que le hacían cosquillas en la nariz.

Casi sin darse cuenta recordó cada uno de los acontecimientos de la noche anterior y no pudo evitar esbozar una sonrisa; había estado en su casa, había hablado con ella con total franqueza y después de demostrarle todo lo que sentía por ella mientras le hacía el amor, se quedó dormido en su cama, con su cuerpo entre sus brazos... Aquella sonrisa se amplió y buscando a tientas su cintura bajo la sábana, la rodeó con su brazo y atrajo su cuerpo hacia el suyo acoplándose a ella

perfectamente.

Enterró la nariz en su cabello y aspiró con fuerza como queriendo empaparse de su aroma y, cuando pudo percibir aquel olor tan característico, dejó un beso en la parte posterior de su cuello haciendo que Beth se removiese y se pegase más a él. Pasaron varios minutos en los que Nicholas se dedicó a recordar la noche anterior una y otra vez, todo eso mientras no podía dejar de acariciar su vientre con uno de sus dedos.

Cuando se percató de lo que estaba haciendo se detuvo de golpe y aquella sonrisa en sus labios se fue borrando lentamente hasta que no quedó ni una sombra de ella. Le gustaba estar con ella de ese modo, adoraba la idea de volver a tenerla solo para él, pero... esa victoria tenía un regusto amargo que hacía que su pecho escociese un poco. Para llegar a esa situación tuvieron que pasar muchas cosas... ya dejando a un lado las mentiras y la separación que ella lo obligó a mantener, estaba el estúpido de su exmarido, lo que el muy cabrón le había hecho a Beth y lo que eso provocó para ambos.

A pesar del tiempo y de la distancia nunca había podido olvidar aquel embarazo que no pudo llegar a su fin, nunca dejó de pensar en lo que hubiese pasado si las cosas hubiesen ido bien... en ese momento ambos tendrían un hijo, una parte de ellos que les fue arrebatada casi en el momento de saber que existía, aunque él lo supo cuando ya era demasiado tarde. Apretó el cuerpo de Beth más contra el suyo, aspiró de nuevo su aroma e intentó tranquilizarse, ya que sus nervios se habían disparado y la ansiedad por matar y descuartizar a Boid inundaba su sistema.

Pero tenía que ser fuerte, ser fuerte para soportar la espera un poco más y poder pensar con frialdad, sabía que la venganza contra esa escoria llegaría a su debido tiempo y también sabía que disfrutaría cada segundo de su sufrimiento, él y Beth necesitaban resarcirse de tanto con él...

—Nicholas... —la voz de Beth se escuchó en un susurro bajo y ronco, segundos después se giró entre sus brazos y lo miró con los ojos entrecerrados a causa de la molesta luz del sol que se colaba por la ventana—. No te has ido... —susurró ella de nuevo y acompañó sus palabras con una tímida sonrisa y un leve sonrojo.

—¿Recuerdas las leyes del magnetismo? Estoy pegado a tu cuerpo.

Beth sonrió más ampliamente recordando aquella conversación en la habitación del hotel de Seattle y, removiendo un poco las piernas, las enredó con

las suyas y deslizó la mano por su pecho con suavidad sin dejar de mirarlo.

—Lo recuerdas... —su voz de nuevo era baja y suave, abrió la boca para continuar hablando pero el maullido de un gato desde el otro extremo del apartamento hizo que su ceño se frunciese.

—Tu dueño te reclama —recalcó Nicholas alejándose de ella después de dejar un suave beso en su frente—, ve con él, no sea que se le caiga el pelo o le dé algo por el estrés.

Beth soltó una risita y se enderezó en la cama, cuidó que sus pechos estuviesen cubiertos por la sábana y lo miró con una ceja alzada.

—¿Realmente estás celoso de un gato? —preguntó con diversión.

—No es solo un gato, es tu dueño gato... Darcy —dijo casi con burla. Ella volvió a reír y salió de un salto de la cama.

—No te muevas, iré a darle su desayuno y traeré el tuyo también —le guiñó un ojo y completamente desnuda salió correteando de la habitación.

Nicholas se estiró en la cama extendiendo los brazos hacia arriba y sintiendo como sus vértebras se quejaban por haber dormido en una postura extraña, no acostumbraba a compartir su cama y eso tenía que notarse de algún modo.

Miró a su alrededor y de nuevo todo era blanco, las paredes, los muebles, la lámpara sobre la mesita... excepto el cobertor y las cortinas de un suave tono morado. Sobre la mesita de noche había un libro, quiso curiosear el título pero sintió que eso era entrar demasiado en su intimidad, en su lugar comenzó a recordar la noche anterior y a pensar el modo de pasar los pocos días que le quedaban hasta que fuese el maldito juicio y así podría decir que ella era suya por completo, sin secretos, mentiras, ni exmaridos psicópatas... pero con un gato posesivo.

Pese a todo, la idea le resultó graciosa y sonrió con diversión, sería fácil vivir con ello si podía tenerla a su lado.

*Seattle, 15 de Septiembre de 2010.*

El sol... Más luz... El ambiente cálido... Su apartamento... El sofá del despacho de Nicholas... Su propio despacho... Darcy, el gato... Incluso los mosquitos... Pero sobre todo: Nicholas... su otro Darcy. Todo eso era lo que faltaba en Seattle, estaban Gino y Autum, incluso Rachel con su tripa cada vez más grande, pero no era Chicago... no había calor, no había luz, no había tardes paseando por *Grant Park* y no había tranquilidad.

Suspiró mirando por la ventanilla del coche, recordando las muchas veces que había pasado frente a ese edificio y nunca había reparado en su presencia, pensando en todo lo que había vivido en esa ciudad y que no echaba de menos. Era feliz en Chicago con Connor, con Darcy y con aquella secretaria de las oficinas Bratcher que la miraba siempre con la nariz arrugada en señal de desaprobación, pero sobre todo, era feliz con Nicholas. Sintió un apretón en su mano y desvió la mirada de la ventanilla para clavarla en él, que estaba sentado a su lado y la observaba con precaución.

—¿Todo bien? —le preguntó en un susurro. Ella asintió a la vez que tomaba una fuerte bocanada de aire. Podía hacer eso, tenía que hacer eso... por Nicholas y por ella.

—Todo bien Gino —suspiró soltando el aire lentamente—. Venga... vamos allá, tenemos que patearle el culo.

El interpelado sonrió ampliamente marcando sus hoyuelos y se sintió mejor durante unos segundos, cuanto lo había echado de menos esos meses en Chicago.

—¿Ya sabes si es niño o niña? —preguntó segundos después mientras el coche intentaba abrirse paso entre la nube de periodistas armados con cámaras y micrófonos que se congregaban frente a los juzgados.

—Será una niña... Rachel está pletórica —Gino no perdió la sonrisa mientras hablaba e incluso sus ojos brillaron de emoción, eso la contagió un poco y también sonrió con timidez.

—Será la niña más malcriada de Seattle... —Beth negó con la cabeza y Gino se puso serio de repente.

—Sí... de Seattle... —masculló.

Beth frunció el ceño confundida pero él volvió a sonreír.

—¿Preparada para poner cara de mártir y hacer creer a todas esas sanguijuelas chupasangre que eres la víctima en todo este asunto? —ella asintió no muy convencida—. Pues vamos allá...

Gino salió del coche y mientras lo rodeaba para abrir su puerta intentó no alzar la mirada para ver a las decenas de periodistas que los rodeaban, en su lugar, buscó unas gafas de sol en su bolso con tranquilidad y se las puso para ocultar sus ojos de los flashes de las cámaras.

Escuchó como la puerta se abría sin alzar la mirada todavía y la mano de Gino rodeó su brazo con cuidado y la ayudó a salir del vehículo abriendo paso frente a ella para que ninguno de esos parásitos pudiese acercarse demasiado, pasó un brazo por sus hombros de modo protector y puso cara de perro rabioso a un par de ilusos que se aventuraron a colocar un micro frente a su rostro. Beth se sentía un poco mareada, a su paso todo era una marea de preguntas: *“¿Es verdad que engañó al señor Boid?” “¿Estaba realmente embarazada de su amante?” “¿La demanda por malos tratos es tan solo una distracción para el juez por su infidelidad?” “¿Qué opina de que ahora Industrias Boid esté al borde de la quiebra?”* ¿Quiebra? Al escuchar esa pregunta su mente desconectó de todo lo que la rodeaba y alzó la mirada asustada buscando al rostro que había formulado esa pregunta, pero allí había muchas personas, demasiadas... todo a su alrededor estaba sumido en el caos y su único contacto con la realidad era el brazo de Gino empujándola hacia la puerta.

De repente, y sin poder explicarse como, aparecieron cuatro agentes y comenzaron a dispersar toda la marabunta que los rodeaba hasta dejarlos seguros en el interior del edificio, escuchó a Gino bufar a su lado y le miró esperando respuestas.

—¡Gracias! —espató él irónicamente mientras miraba a los policías—. Si tardáis un segundo más nos habrían comido vivos.

No escuchó la voz de los policías diciendo un par de sandeces dirigidas a su amigo, tan solo lo sujetó de las solapas de su chaqueta y de un solo empujón hizo que su espalda chocase contra la pared.

—¿Es verdad eso? —preguntó con ansiedad.

—¿El qué?

—Gino, no juegues conmigo... ¿los Boid están arruinados?

Su amigo tragó en seco y la sujetó por las muñecas alejando sus manos de la chaqueta, alisó las arrugas con sus dedos y la miró de un modo frío y casi podría decirse que fiero, nunca, desde que lo conocía, lo había visto así y eso la asustó.

—Cada uno tiene lo que se merece —masculló con voz oscura. Beth tomó una larga inspiración y le miró directamente con severidad.

—¿Pero así... tan fácil? ¿Están a punto de quebrar? —insistió.

—Solo sé lo que tu padre me ha dicho, Bratcher le exigió que rompiera la alianza con ellos si quería que él invirtiese en Price Ltd. y así no ser solo un accionista más, ahora sin el apoyo de vuestra empresa los Boid están en números rojos, Daniel no está conseguido muchos contratos, la crisis en la construcción es inminente y las cosas no les van muy bien.

Beth procesó la información con lentitud, ella quería que Daniel pagase por lo que había hecho, pero no quería verlo arruinado, no así...

—Gino... —susurró— ¿vas a pedir una indemnización?

Él la miró burlonamente y alzó una ceja.

—Además de las costas del juicio, sí...

—No lo hagas —le ordenó.

—¿Cómo que... qué mierda está pasando por tu cabeza? ¿Estás loca? —preguntó en un susurro airado para que nadie lo escuchase—. Mi acusación se basa únicamente en que cometió un homicidio involuntario, lo mínimo que pedirá el fiscal será pena de cárcel y una indemnización...

—Pues que lo done a la caridad o que haga trabajos sociales, no necesito su dinero y no quiero que David pague las consecuencias.

—David estaba de acuerdo en que tú te casases con Daniel, también era el que metía a Simon en problemas continuamente... ¿crees que es inocente en todo esto?

—No lo sé... —musitó sintiéndose derrotada—. Pero piensa en todas las personas que trabajan en industrias Boid, si arruinamos a los Boid ellos no cobrarán sus salarios y cientos de familias tendrán problemas.

Gino frunció los labios y entornó los ojos, pasó unos segundos en silencio mientras pensaba y resoplaba por la nariz.

—Eres un puto dolor en el culo —espetó caminando hacia una mujer que había a unos pasos de distancia. Él habló con aquella mujer durante unos minutos,

minutos que ella aprovechó para mirar en su teléfono por si tenía algún mensaje de Nicholas... nada desde esa mañana.

Suspiró un poco melancólica, desde que se habían separado la tarde anterior no había podido dejar de pensar en él, en él y en las últimas dos semanas que había pasado a su lado.

Todo con él se había vuelto sencillo y natural, como si estar juntos fuese lo más fácil del mundo. Por supuesto que tenían sus diferencias, sobre todo por esa maldita secretaria que tenía Nicholas y que siempre se empeñaba en dejar claro que ella tenía un lugar importante en su vida... ¿en serio? ¿Quién se había pasado las noches de los últimos días enredada en sus sábanas? ¿A quién hacía gritar con cada orgasmo? Sonrió como una demente recordando su última noche juntos, lo poco que durmieron y lo mucho que la aprovecharon.

Hablaron mucho, se besaron mucho y prometieron estar para el otro cuando las cosas por fin se aclarasen y Beth fuese completamente libre.

—Lizz... nos vamos —la voz de Gino la trajo de nuevo a la tierra y se dispuso a entrar en aquella habitación donde se decidiría su futuro.

\*\*\*

Sentía un fuerte dolor de cabeza, uno que martilleaba sus sienes y que no le dejaba concentrarse en nada, miraba el papel en sus manos sin ver nada realmente, solo quería que sonase el teléfono de una maldita vez y tener noticias pronto. Se había hecho la promesa de mantenerse firme, de no ponerse en contacto con ella hasta que ella lo hiciese, así le daba su espacio, la libertad para solucionar sus problemas por sí misma y después ya no serían dos nunca más, estarían juntos para sortear cualquier adversidad que se les presentase.

Soltó el maldito balance con desgana sobre su mesa y se pasó una mano por la frente, necesitaba concentrarse, pero no podía hacerlo mientras esa escoria de Boid no pagase por cada una de las lágrimas que Beth había derramado por su culpa, así también por robar cada uno de los sueños que tenían juntos. Se obligó a centrarse, a seguir atento a su objetivo sin importar lo que todavía pendía sobre su cabeza y volvió a mirar el balance.



Una enorme sonrisa se dibujó en sus labios al ver esas cifras, todo iba según lo planeado, si todo continuaba así en pocos días podría dar su golpe de gracia y hacer lo que había deseado durante el último año... ya faltaba poco.

La puerta de su despacho se abrió abruptamente y sabía exactamente de quién se trataba, no alzó la mirada, solo esperó la frase irónica del día y planeó una respuesta de contrataque, siempre era así con él. Pero en esta ocasión Declan tan solo se sentó en la silla frente a su mesa y apoyó los codos sobre las rodillas, con la mirada clavada en el suelo comenzó a jugar con sus dedos y eso provocó que Nicholas frunciese el ceño y lo mirase con preocupación.

—¿Ocurre algo? —preguntó con cautela. Su hermano alzó la mirada lentamente e intentó sonreír, pero algo no iba bien, sus ojos parecían preocupados y las comisuras de sus labios tiraban hacia abajo en lugar de arriba.

—¿Declan? —insistió al ver que no había respuesta.

—Las mujeres están jodidamente locas —masculló entre dientes, a la vez que fruncía los labios, el ceño y se cruzaba de brazos. Nicholas ocultó una sonrisa y se acomodó mejor en la silla, miró a su hermano pequeño con atención a la vez que su dedo índice daba ligeros golpecitos en su labio inferior.

—¿Algún problema? —preguntó con diversión. Declan lo fulminó con la mirada y sus labios se fruncieron más todavía.

—Está loca... simplemente está loca... —casi gritó agitando los brazos con desesperación.

—¿Vas a decir lo que ocurre o vas a contarme más virtudes de Autum?

Él abrió y cerró la boca varias veces sin saber muy bien qué decir hasta que finalmente resopló y se puso en pie de golpe, comenzando a caminar por el despacho como un león enjaulado.

—¿No va y me dice que me quiere? —formuló la frase como una pregunta y Nicholas alzó una ceja confundido—. Hace dos días le pedí que me dijese lo que sentía por mí y me dijo que no estaba preparada para una relación seria y eso está bien, sabes que no quiero atarme todavía... pero hoy de repente me suelta que me quiere y que quiere más.... ¿qué mierda es más para ella?

—Pregúntaselo —añadió Nicholas.

—Lo hice —asintió fervientemente con la cabeza y metió las manos en los bolsillos de su pantalón—, ¿y sabes qué me contestó? Que si la quería tanto como ella a mí sabría exactamente lo que significaba esa palabra... «más»... ¿qué mierda

más?

Nicholas no pudo ocultar la sonrisa y Declan entrecerró los ojos en su dirección.

—Oh... no vengas a darme lecciones ahora de como debo tratar a las mujeres solo porque las cosas con tu *gatita* van mejor —masculló en su dirección. Nicholas dejó salir una risita y cuando iba a contestar su teléfono móvil comenzó a sonar, dio un brinco antes de contestar la llamada, sabía exactamente quien era y sobre qué iba a hablar.

—¿Beth?

—*Hola...* —su voz era tan solo un susurro y ya supo por eso que algo no marchaba bien.

—Hola preciosa... ¿qué tal ha ido todo?

Se escuchó un largo suspiro al otro lado seguido de unos segundos de silencio.

—*Casi no puedo creerlo pero... soy libre, estoy divorciada por fin.*

Alivio... sintió como si algo se liberase en su pecho y ahora pudiese respirar con más facilidad.

—¿Y con lo demás? —había decidido no preguntarle y esperar que ella quisiese hablar por su voluntad, pero no pudo evitarlo, era quizás lo que más le importaba de ese maldito juicio.

—*Gino hizo un buen trabajo, lo acusó de homicidio involuntario —comenzó a explicar ella—, incluso la fiscal pedía seis años de prisión, pero su abogada hizo una buena defensa y el juez tan solo lo ha condenado a dos. Como no tiene antecedentes no irá a la cárcel y su condena será con servicios comunitarios.*

—¿Y ya está? —preguntó sorprendido—. ¿Nada más?

—*Tiene que pagarme una indemnización por daños y perjuicios, pero he renunciado a ella y la donará a una ONG o algo así.*

—Es indignante...

—*Así es la justicia...* —suspiró ella.

—¿Cómo estás? —quiso cambiar de tema antes de que la rabia comenzase a bullir por sus venas—. Te noto melancólica... ¿te sientes bien con todo eso?

Otro corto silencio y un suspiro más.

*—Me siento... no sé como explicarlo —titubeó—, creo que necesito un poco de tiempo para asimilarlo. Ha sido difícil sentarme allí y recordar todo lo que había pasado teniéndolo a él frente a mí... me miraba de un modo que no me gustó nada.*

Una oleada de rabia recorrió su cuerpo y cerró las manos en puños, quería descuartizarlo mientras todavía continuaba vivo, quería darle cada una de sus vísceras a los buitres y disfrutar mientras veía como lo devoraban, pero sabía que había una satisfacción más grande que todo eso y tan solo era cuestión de tiempo.

*—Voy a matarlo —masculló con los dientes apretados.*

*—Sabes que no merece la pena —se apresuró en añadir—. Solo quiero regresar a casa y olvidarme de todo esto. «A casa...»*

¿Su casa era Chicago? Una sonrisa estiró sus labios involuntariamente y aquella sensación de libertad en su pecho se hizo un poco más amplia. No quería quedarse con Boid o con sus amigos... ni siquiera con su padre, lo elegía a él.

*—¿Cuándo regresas? —preguntó haciendo cuentas mentalmente para prepararle una sorpresa a su regreso.*

*—De eso quería hablarte... —dudó unos segundos antes de continuar hablando— voy a tardar un poco más de lo esperado en volver.*

*—¿Ocurre algo que no sepa? Un miedo frío cubrió su pecho... ¿iba a dejarlo? ¿Necesitaba estar sin él más tiempo? No sabía si podría soportar otra separación.*

*—No —se apresuró en aclarar—, es solo que... necesito tiempo para mí. Tengo mucho que pensar para dejar atrás todo esto.*

*Voy a regresar en coche, solo tardaré unos días... una semana como máximo. Espero que lo entiendas...*

*—Lo entiendo... —suspiró aliviado —recuerda que te estaré esperando.*

Escuchó como sonreía y no pudo evitar hacerlo también.

*—Eso no podría olvidarlo jamás —sentenció—. Te llamaré para decirte como estoy... Nicholas yo... te... te extrañaré.*

Sabía que eso no era lo que iba a decir y todo su cuerpo se tensó, le había dicho que se estaba enamorando de ella, pero decir esas dos palabras con sus ocho letras era algo nuevo para él, algo que no estaba seguro de poder hacer... al menos no todavía. Si ella lo decía primero le obligaría a hacerlo también en cierto modo y aunque sabía que ella era... que era su *ella*, quería estar seguro antes de dar un paso como ese.

—Yo también te extrañaré —susurró antes de cortar la llamada. Miró el aparato telefónico en su mano y suspirando cerró los dedos con fuerza en torno a él antes de girarse hacia su hermano y mirarlo con una clara determinación en su rostro.

—Carta blanca... comenzamos —masculló sentándose en su mesa y buscando un montón de papeles dentro de un fólder que tenía guardados en un cajón.

—Te estoy contando mis miserias y tú me hablas de trabajo —se quejó Declan.

—No es solo trabajo —espetó mirándolo duramente—. Ponte en contacto con los accionistas y haz que vendan todo lo que tienen, si es necesario que los obligues, lo haces.

—Sabes que no sé hacer eso.

—Pues a los más reacios me los pasas a mí, pero quiero comprar hasta la última acción de esa compañía.

—No podrás hacer eso, él tiene un treinta por ciento...

—Cuando lo tenga en mis manos agradecerá que solo vaya a quitarle su compañía y no es una amenaza ni una promesa, tan solo constato un hecho —gruñó. Declan se removió incómodo en la silla y frunció los labios.

—¿Estás seguro de que los accionistas querrán vender? Sabes que no sé negociar y...

—Estos últimos meses los hemos desprestigiado lo suficiente para que sus acciones bajasen de valor, que queramos comprarlas será un alivio para ellos, créeme.

—De acuerdo... —Declan se puso en pie y se dirigió lentamente hacia la puerta— llamaré a los accionistas e intentaré hacer algo, pero... ¿qué hago con Autum?

Nicholas sonrió y negó con la cabeza.

—No voy a darte lecciones solo porque ahora las cosas con Beth van bien —lo parafraseó sin dejar de sonreír.

—¡Vamos Nick! —exclamó casi exasperado—. Dame un consejo... al menos uno. Nicholas resopló y pasó una mano por su cabello.

—Te daré una sugerencia, pero es tu problema si se lo dices y no es lo que

ella quiere.

—Dispara —le apremió sentándose de nuevo en la silla y moviendo sus manos con nerviosismo.

—Puedes proponerle que venga a vivir a Chicago.

—¿¡Qué!? —exclamó poniéndose en pie como impulsado como un resorte—. ¿No vas un poco rápido? —los ojos casi se le salían de las órbitas y parecía que estaba a punto de sufrir un colapso—. No quiero que vivamos juntos todavía... ¿estás demente?

—¿Quién habla de vivir juntos? —Nicholas rodó los ojos teatralmente—. Ella por un lado y tú por otro, dile que tú estás aquí y que Elizabeth también lo está, si te pone como excusa no dejar solo a Gino dile que también él tiene algo grande en mente, que está formando su propia familia y ella debe pensar en su propio futuro, no en el de los demás.

—Estás loco... —Declan negó con incredulidad—. Estás como una puta cabra... ¿qué le has dicho al abogado?

—Lo sabrás en su momento.

—Mejor me voy antes de hacer algo de lo que pudiese arrepentirme —caminó hacia la puerta mientras continuaba negando con la cabeza.

—¿Estás amenazando con golpearme? —preguntó Nicholas alzando una ceja con diversión.

—No... —Declan miró sobre su hombro y sonrió—. Amenazo con continuar preguntando y que tu idea me guste demasiado... adiós —susurró antes de cerrar la puerta tras él y dejarlo completamente solo. Nicholas sonrió durante unos segundos y después bajó la mirada al fólder que acababa de poner sobre su mesa, la hora había llegado y se vengaría por cada una de las cosas que aquel bastardo había provocado.

\*\*\*

*«La música es tu amiga, siempre hay una canción para identificarte en cada*

*momento de tu vida, ya sea triste o alegre, alguien en algún momento se sintió igual que tú y escribió una canción sobre ello.»*

Autum un día le dijo esas palabras y se grabaron a fuego en su memoria, sentada en su coche después de más de un año de no hacerlo, buscaba en la lista de reproducción de su *ipod* para encontrar la canción adecuada para ese momento. No quería algo deprimente, pero tampoco se sentía tan pletórica como para escuchar una canción alegre o de amor. Todo era demasiado confuso, sensaciones agrídulces y sentimientos encontrados.

Ver a Daniel había removido en su interior más cosas de las que esperaba, conscientemente esperaba sentir odio hacia él, un odio irracional que se acompañaría con las ganas de matarlo, pero eso quizás tan solo era sugestionado por el modo en que Nicholas la miraba cada vez que el apellido Boid salía a colación.

En lugar de ese odio y de esa rabia sintió lástima, no solo por perder a un amigo, más bien porque su amigo estaba perdido. Nada en las miradas que Daniel le dedicó le recordó al chico que conoció hace años, nada en su sonrisa, que antes iluminaba sus días y ahora era prepotente y cínica, nada en el modo en que sonaba su voz mientras declaraba y fue mucho peor cuando no vio ni una pizca de arrepentimiento cuando ella relataba lo ocurrido frente al juez... ¿dónde estaba su amigo, aquel que creía casi su hermano y su compañero de juegos en la infancia?

Suspiró al encontrar una canción que quizás reflejase un poco su estado de ánimo, pese a la pena que le daba haber perdido definitivamente esa parte de su vida, estaba feliz por haber recuperado otra; era libre, estaba enamorada y ahora nada impedía que ella y Nicholas estuviesen juntos y fuesen completamente felices por fin. «*The life*», de Hinder, comenzó a sonar en los altavoces del vehículo y sonrió con melancolía, no... no volvería a mirar atrás para nada, ese viaje era la excusa para despedirse de la antigua Elizabeth, esa que juró dejar atrás muchas veces pero que nunca se había atrevido a hacer realmente, ese tiempo a solas consigo misma sería suficiente para despedirse de lo que era y de lo que tenía... tenía que ser suficiente.

Encendió el motor y pisó el acelerador con decisión, dejando tras de sí aquella ciudad llena de rascacielos, de nubarrones grises y de sueños rotos. También le dolía dejar a sus amigos atrás, Autum había llorado mientras la escuchaba relatar todo aquello en el juicio, sentada en los bancos posteriores se refugiaba en el hombro de Connor para esconder sus lágrimas y aunque pretendía

ser fuerte sabía que le dolía verla irse, alejarse de la ciudad que las vio crecer juntas.

A ella misma le dolía dejar Seattle definitivamente sobre todo por su amiga, pero existían los aviones, las nuevas tecnologías y además... ella estaba con Declan, el hermano de Nicholas, eso tenía que unirlos más si es que eso era posible. Pensó también en Gino, el que se proclamaba su hermano mayor de alma y que siempre estaba allí para protegerla y prestarle ayuda sin importar el qué... pero él ya era grande, estaba casado con una mujer a la que adoraba e iban a tener un hijo, no es que sintiese que no encajaba en esa ecuación, pero ella también debía buscarse su futuro y aunque sus amigos siempre formarían parte de su vida de un modo u otro, ya era hora de comenzar a caminar por su propio camino.

Pensar en ello le trajo a la mente de nuevo a Connor, su Connor... él había sido su punto de apoyo en los últimos meses, sin saberlo ambos se habían mantenido en pie el uno al otro mientras lamían sus propias heridas en silencio, hasta que finalmente hablaron, se confesaron y ese lazo de amistad que los unía se hizo más fuerte y se ató con un nudo más firme. Por eso no se sorprendió cuando un par de días atrás tomó su mano y le dijo que le acompañaría a Seattle para estar con ella durante el juicio, mucho menos pudo sorprenderse cuando él y Autum se miraron con recelo al principio pero en cuestión de minutos ya se adoraban, pero sí le sorprendió que en cuanto cortó la llamada con Nicholas tras el juicio y lo miró esperando un abrazo de su parte para sentirse mejor, él estuviese ausente, mirando al vacío y con el teléfono aferrado a su mano con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

No preguntó que le ocurría, tan solo fue a su lado y acarició una de sus mejillas con ternura, él enfocó la mirada en ella y tan solo dijo una palabra: «Marco». Entonces no hizo falta preguntar ni decir nada más, lo comprendió al instante y solo le regaló una sonrisa más antes de verlo salir a la carrera, él también merecía ser feliz... Estaba sola en ese momento, con Autum y Gino quedando atrás, con Nicholas esperándola en Chicago y con Connor a saber dónde volviendo a enamorarse de quien nunca había olvidado (o eso esperaba) y ni por un segundo sus padres pasaron por su mente.

El hombre que le dio la vida también le había hecho demasiado daño, consciente o inconscientemente, pero lo había hecho. Y su madre... a ella sí que no podría perdonarla nunca, cuando le pidió ayuda la ignoró y cuando más desesperada estaba por intentar salir de esa pesadilla ni siquiera se dignó a llamarla.

Ellos ya no eran su familia, ahora ella se labraría su propio camino, dejando el apellido Price en Washington y llevándose tan solo una bolsa de sueños e ilusiones a Illinois. La canción todavía sonaba y sonrió al escuchar el estribillo:

*“Esta es la vida de la que todos hablaban, este es el ‘no puedo vivir sin...’ Cuando el mundo real se derrumba Oh, si ellos pudiesen verme ahora... Cuando todos los sueños son tu realidad y se convierten en pesadillas por sí solos, que te golpean justo entre los ojos. Esta es la vida”*

Sonrió ampliamente y pisó el acelerador con más fuerza para aumentar la velocidad al entrar en la autopista. Así era la vida, con cosas buenas y malas, días de lluvia y otros de sol, con sonrisas y lágrimas, tropiezos y aciertos, con personas que llegan y otras que se van o simplemente las dejas atrás o las haces a un lado...

*Vivir no es fácil*, pero ella comenzaba a hacerlo realmente sin ninguna sombra que la estuviese persiguiendo. Su vientre estaba vacío de esperanza, pero su corazón palpitaba con fuerza al imaginar un futuro en la ciudad del viento, viviendo cada día de la mano de Nicholas.



## CAPÍTULO 23

*Chicago, 19 de Septiembre de 2010.*

En la radio se escuchaba otra estúpida canción de desamor y apretó los dientes con rabia... ¿por qué siempre eran tan deprimentes? Sin alejar los ojos de la calzada cambió a la canción siguiente, enseguida encontró una que le gustaba, era un rock suave, de esos para escuchar mientras conducías... aunque no fuese haciendo la ruta 66.

Casi se imaginó a sí misma en un descapotable, con la melena al viento y escuchando "*Born to be wild*" a todo volumen. Sonrió y negó con la cabeza con diversión, su imaginación... siempre su imaginación. Le quedaba una hora de camino, quizás dos si lo alargaba un poco, pero era lo último que quería hacer, detrás quedaban cuatro días muy largos... demasiado. Cuando decidió regresar por carretera nunca imaginó que sería tan duro. Sí, necesitaba tiempo a solas consigo misma para llegar a conocerse realmente, pero nunca pensó que ese tiempo a solas podría llegar a quebrarla en varias ocasiones.

Como cuando después de conducir seis horas y se detuvo en una estación de servicio para descansar y reponer fuerzas, en el poco trayecto que había recorrido pensó en Daniel... en su antiguo Daniel, al que quería, respetaba y admiraba. Las risas, las confidencias, los abrazos... todo eso quedó atrás y pasó a ser un recuerdo en el momento en que él perdió el rumbo, casi podría decir que fue como si se hubiese vuelto loco, pero tenía la esperanza de que algún día recapacitase y lograse

arrepentirse de todo lo que había hecho.

Cuando entró en el restaurante de la gasolinera una de las camareras hablaba con un grupo de chicos, no parecía tener especial predilección por ninguno de ellos, pero tras un par de minutos vio una mirada, un roce sutil en el hombro de uno de ellos... eso quizás pasase inadvertido para cualquiera, pero ella, que había querido a Daniel como a un hermano, pudo ver ese tipo de cariño ahí... y sí, tenía a Gino que siempre estaría para ella, pero eso que dicen que con un clavo se saca otro clavo es una sandez... al final acabas con dos enormes agujeros en el corazón, uno por haber perdido al primero y otro porque el segundo nunca podrá ocupar su lugar y siempre quedará un hueco allí.

No estaba comparando el cariño de ambos, Gino siempre sería su verdadero hermano mayor, pero Daniel era su Dan... y dejarlo atrás era difícil, muy difícil pese a todo lo que había ocurrido. Recordaba haber salido de la cafetería sin haber acabado su sándwich y dejando casi el doble del importe de la factura sobre la mesa tan solo por no esperar el cambio. De repente un sentimiento de nostalgia y de pérdida parecía que le estaba partiendo el pecho por la mitad y sobre estos dos sentimientos que la abrumaban se posicionaba la traición. Dan era su igual, casi su reflejo... que le hubiese hecho daño intencionadamente, que planease algo en su contra... eso era lo más difícil de asumir.

Condujo durante más horas hasta que se detuvo a dormir, se quedó en un hotel, no era lujoso, era uno normal, le dieron habitación y allí encerrada volvió a pensar en Daniel mientras se daba una larga ducha. Recordó su vida con él después de aquel sucedáneo de boda, cuando casi abusó de ella, cuando ella conoció a Nicholas y él notó que algo había cambiado se volvió más agresivo y directo, más dañino. Sus amenazas veladas, aquel tono impertinente que utilizaba con ella, todo le ponía los pelos de punta solo con recordarlo, ese no era el Dan que había compartido su vida, no podía ser el mismo.

Después de hablar con Nicholas por teléfono durante unos minutos, esa noche se durmió entre lágrimas, hacía unas semanas que no hacía eso, pero era el modo de purgarse, de echar fuera todo lo malo y así no tener que hacerlo nunca más. Al siguiente día fue más de lo mismo, no pensó en Daniel e intentó hacerlo en sus padres, pero con ellos había roto hacía tiempo, nada la unía ya a esa familia, eran unos completos desconocidos para ella.

No pudo pensar en ninguno de ellos pero sí lo hizo en Nicholas. Recordó el modo tan inverosímil que tuvieron de conocerse, entre los millones de personas que utilizan internet a diario en todo el mundo, justamente ellos se conocieron. Si

lo pensaba fríamente asustaba un poco, pero estaba agradecida a Autum por insistir en que se registrase en aquella página, y también al destino o a quien quiera que fuese por hacer que ellos dos se encontrasen y conectasen de ese modo. Ese día fue más tranquilo en un primer momento, buenos recuerdos de sus conversaciones, de aquellas llamadas largas y candentes que compartieron, las videoconferencias, incluso aquellos dos días en el hotel... cada uno de ellos dibujaba una sonrisa en sus labios hasta que llegó a los más difíciles... cuando Nicholas descubrió la verdad, cuando enojado con ella se vengó en aquella habitación que antes había adorado, cuando Daniel (de nuevo Daniel) la atacó en su apartamento, el hospital, su bebé... aquel bebé que no llegó a nacer y que se llevó un pedacito de su corazón al marcharse.

Tuvo que detener el coche en el arcén porque sus pulmones ardían, el aire entraba en su garganta en forma de jadeos pero no parecía llegar al lugar correcto. Los ojos le picaban, tenía miles de lágrimas que todavía no había derramado por su pérdida y estaba segura que nunca llegaría a llorarlo del todo.

Apoyó la cabeza en el volante intentando tranquilizarse, respirando hondo aunque doliese, su diafragma parecía de hormigón, no colaboraba, y cada vez que intentaba hacer una inspiración le provocaba un doloroso pinchazo. Pasaron unos largos minutos hasta que finalmente logró recuperar el control, alzó la mirada sintiéndose un poco perdida y la clavó en la carretera frente a ella, kilómetros de autopista que todavía tenía por delante, algunas cosas más que tenía que dejar atrás... pero podía, ella podía.

Lo que quedaba de trayecto fue casi entre brumas, se detuvo a dormir, a comer, a darse una ducha y cambiarse de ropa, pero sus pensamientos eran caóticos, demasiados a la vez que se enredaban entre ellos, no lograba encontrar un cabo para poder tirar y serenarse, todo era caos y locura en su cabeza. Pero todo cambió después de la última noche, sabía que era la última porque apenas le quedaban trescientos kilómetros para llegar.

No pudo dormir, en su lugar miró hacia la ventana, a las luces de neón de un cartel cercano que se reflejaban en el cristal y decidió dejarlo todo atrás por fin, no más dolor, no más rencor, no más lágrimas, no más recuerdos dolorosos... tenía a su lado al hombre que quería, estaba segura de que Nicholas estaría allí para ella sin importar para qué... ¿por qué lloraba? ¿Por qué sufría? Daniel no merecía ni su lástima ni su compasión, sus padres no merecían ni un mísero pensamiento, su futuro era Nicholas. Y Connor, también Autum y Gino aunque estuviesen lejos.... ¿de verdad iba a continuar llorando por algo que ya no podía cambiar? En cuanto

el sol despuntó por el horizonte se puso en pie, pagó la factura de hotel y se subió de nuevo a su coche para poner rumbo a Chicago y despedirse por fin de todo lo que había sido y recibir a todo lo que era y podría ser. Así estaba en ese momento, un par de horas después del amanecer, recorriendo la autopista un poco por encima del límite de velocidad.

El camino se le estaba haciendo demasiado largo, pero comprendió que era necesario, casi imprescindible, para poder dejar atrás todo eso que le hacía daño y le molestaba. Casi podía ver la silueta de los edificios, aunque estaban todavía demasiado lejos para eso, pero su pie dolía por mantener esa velocidad y no pisar el acelerador con más insistencia para llegar antes. El tráfico en mitad de la ciudad era un caos, como siempre, pero ese día tenía muchas más ansias de poder llegar a su destino.

En un primer momento pensó en ir hacia su apartamento, siempre que había estado con Nicholas fue allí, pero lo desechó al momento de pensarlo, Nicholas no estaría allí. Se detuvo en un semáforo y tamborileó los dedos en el volante con nerviosismo, era domingo y tampoco estaría en la oficina, la única opción era su apartamento pero eso le intimidaba un poco. Sabía donde estaba porque un día lo acompañó hasta el portal, pero nunca subió allí, hacerlo era un modo de asegurar más su relación y en ese momento ella todavía estaba casada... pero ahora no lo estaba.

Con una sonrisa nerviosa y dejando salir un suspiro tembloroso puso rumbo a la *Magnificent Mile*, ya que su apartamento estaba cerca, exactamente en *North State Street*. Tuvo suerte de encontrar un lugar para estacionar el coche, quizás se debiese a que era domingo y todos estaban disfrutando de la mañana en sus casas, o quizás tan solo fue suerte.

Avanzó los pocos metros que la separaban y sintió como sus piernas temblaban, no le tenía miedo a Nicholas, pero antes lo que tenían era como un juego, sí, se estaba enamorando de él, pero su matrimonio con Daniel todavía estaba de por medio y eso inevitablemente trazaba una línea que separaba lo real de lo que deseaba.

En ese momento era libre, completamente libre... ya no existía tal línea, ahora todo era real y eso le daba vértigo, aunque sabía que si no iba a verlo y se aventuraba a lo desconocido se arrepentiría el resto de su vida. Antes de entrar en el *hall* del edificio tomó una fuerte inspiración, vio su reflejo en las puertas de cristal y se maldijo internamente.

Autum le había dado una bolsa con ropa que pudo rescatar de su antiguo

apartamento con Daniel, en su viaje había necesitado ropa limpia y tuvo que utilizar algunas de esas prendas. En ese momento vestía unos jeans y una camiseta de Michael Jackson, recordó el concierto en Seattle al que acudió con sus amigos y sonrió con nostalgia.

Pero no, no era momento de pensar en eso... tenía que centrarse en Nicholas y dejar de tener miedo a lo que podría ser, fuese lo que fuese nunca podría ser peor de lo que ya había vivido. Entró en el edificio y el portero la miró con una ceja alzada, era un hombre de color ataviado con un elegante e impoluto traje negro, camisa y corbata también negros y por supuesto los zapatos negros también. La expresión de su rostro era cauta y curiosa, miró a Beth de arriba abajo y frunció el ceño.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó en tono cortés. Beth sonrió y ahora sí se arrepintió de haberse vestido de ese modo, si al menos llevase unos zapatos de tacón en lugar de las *Converse* ese hombre no la miraría con esa incredulidad.

—Soy Elizabeth Price y necesito ver al señor Bratcher, Nicholas Bratcher —remarcó con énfasis—. Vive en el ático.

El hombre sonrió con incredulidad y cruzó las manos a su espalda, como si esa postura lo hiciese parecer más intimidante.

—Lo siento no puedo dejarla pasar, tampoco creo que el señor Bratcher quiera recibirla.

Beth frunció el ceño y cruzó los brazos sobre su pecho, iba a abrir la boca y decirle todo lo que creía ella, pero contó hasta diez y decidió ser educada, demostrar que tenía saber estar y no parecer más impertinente.

—¿Puede llamarlo y preguntarle? También puedo hacerlo yo si prefiere... —echó la mano a su bolso para buscar su teléfono pero recordó haberlo dejado en el coche, suspiró frustrada y cruzó los dedos mentalmente para que aquel hombre la creyese.

—No voy a hacer eso... —dijo él sonriendo y mostrando una blanca fila de dientes. Su mirada de superioridad no le gustó... ¿quién demonios se creía que era? No iba a acosar a Nicholas, era algo así como... ¿su novia? ¿Qué era realmente? Frunció el ceño confundida... ¿era su novia? ¿Su chica? ¿Su amante? ¿Qué era? Desvió la mirada a la punta de sus pies y respiró hondo.

—¿Puede simplemente decirle que estoy aquí? Por favor... —las últimas palabras las pronunció en un susurro y mirándolo directamente, esperaba poder ablandarlo un poco en su empeño de no dejarla pasar. El hombre suspiró

teatralmente y giró sobre sus talones.

—Será una pérdida de tiempo... —murmuró casi para sí mismo mientras desaparecía en una de las puertas del fondo.

—¡Soy Elizabeth Price! —exclamó para que no se le olvidase. Por un momento pensó en echar a correr hacia el ascensor y colarse, pero cuando miró de reojo vio que este además de los botones habituales con el número de cada piso, tenía un teclado numérico. Conociendo a Nicholas como lo hacía estaba segura de que él tendría un código para ir a su apartamento. El hombre regresó un minuto después y su mirada hacia ella había cambiado, ahora la observaba con prudencia y parecía no querer hacer contacto visual directo.

—Señorita Price —tragó en seco y alzó una de sus manos en dirección al ascensor—, por aquí por favor.

Beth sonrió ampliamente y se contuvo de decirle algo, simplemente caminó tras él y entró en el ascensor con el tiempo justo para ver como él pulsaba los botones del teclado antes de salir de nuevo.

—Que tenga muy buenos días, señorita —se despidió con un leve asentimiento de cabeza.

Ella no tuvo tiempo a contestarle con palabras, simplemente mantuvo su sonrisa mientras las puertas se cerraban. El pequeño cubículo de repente comenzó a parecerle muchísimo más pequeño de lo que era realmente, además de que se movía demasiado despacio... ¿cuántos malditos pisos tenía ese edificio?

Una mirada al teclado le informó de que eran veintisiete, veintiocho si se contaba el ático. Respiró hondo para tranquilizarse, tener un ataque de histeria a causa de la claustrofobia no entraba en sus planes... y ya estaba a mitad de camino. Contó mentalmente los segundos con los ojos cerrados, así la ansiedad sería menor: "*Quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, ve... veinte...*" El ascensor se detuvo, se escuchó el inconfundible clic y las puertas se abrieron, pero ella continuó con los ojos cerrados, escuchando el golpeteo acelerado de su corazón que tronaba con fuerza en sus oídos, con las manos cerradas en puños, una de ellas en torno a la llave del coche, y esperando algo, una señal quizás, pero necesitaba un ligero empujón para abrirlos y asegurarse de donde se encontraba. No hubo señal, pero sintió una presencia frente a ella, aquel magnetismo, aquella fuerza que la atraía irremediabilmente y a la que no le había encontrado explicación. Comenzó a jadear con los ojos todavía cerrados, sus manos se cerraron con más fuerza y se atrevió por fin a abrir los ojos.

Allí estaba, frente a ella... tan guapo e irresistible como siempre, atrayéndola hacia su cuerpo como una polilla a la luz, en ese momento acercarse le pareció como intentar tocar el cielo, algo imposible pero maravilloso a la vez.

Él la observaba quizás con la misma ansiedad reflejada en los ojos, con aquel brillo de deseo en esos orbes verdes, con el semblante serio en señal de autocontrol, pero los labios entreabiertos dejando escapar su respiración acelerada entre ellos como síntoma de que ese autocontrol estaba a punto de fallar.

Solo una palabra venía a su mente, «increíble» le parecía increíble estar allí por fin, le parecía increíble que sus recuerdos no le hiciesen justicia y fuese todavía mucho más guapo de lo que su mente atrofiada podía evocar, pero sobre todo le parecía increíble que él quisiese estar con ella... de algún modo u otro.

Se atrevió a dar un paso, fue vacilante, sus rodillas temblaban y no podía asegurar si lograría mantenerse en pie, pero no podía soportar la distancia, de nuevo el magnetismo la empujaba hacia él y no podía evitarlo. Pero tan solo fue un paso, algo la detuvo... la realidad. ¿Podría aceptar que él formase parte de su realidad? No se habían puesto etiquetas, no era que lo necesitase, pero en el mundo real cada cosa tiene su nombre... ¿qué era lo que tenía con Nicholas? ¿Qué significaba para él? Sabía que mucho, nunca se lo habían dicho con palabras, pero las acciones hablaban por sí solas, las miradas, el modo en el que se preocupaba por ella y le cuidaba... ¿importaba realmente lo que eran? No...

Sonrió ante el rumbo de sus pensamientos y justo cuando iba a continuar avanzando hacia él, Nicholas alzó su mano izquierda en su dirección, con la palma hacia arriba y esperando que la tomase. No lo pensó, no se planteó más preguntas y simplemente la sujetó.

No tardó en sentir aquella especie de electricidad que acompañaba al magnetismo, las yemas de sus dedos hormiguearon y la sensación se esparció a lo largo de su brazo y por su cuerpo hasta centrarse en el centro de su vientre. Se miraron a los ojos haciendo que todo a su alrededor desapareciese, que solo importasen ellos dos y cuando sus brazos le rodearon la cintura y la atrajeron hacia su pecho por fin lo entendió.

No importaban las etiquetas... No importaban los formalismos... Hasta los nombres carecían de importancia. Eran él y ella que estaban frente a frente.

—Has regresado —susurró él en su oído mientras enredaba las manos entre su cabello suelto.

Beth sonrió contra su pecho, cubierto tan solo por una fina camiseta blanca y

se alejó solo lo suficiente para buscar sus labios poniéndose de puntillas, Nicholas lo entendió al instante, cubrió su boca con la suya y ya estaba... su lugar era ese, a su lado y sin importar más.

Se abandonó en el beso, entreabrió los labios dejando que su lengua invadiese su boca con avidez, alzó sus manos dejando caer las llaves al suelo para enredarlas en su cabello y tiró de él para atraerlo más hacia su cuerpo, sin explicarse como todavía lo sentía lejos.

Nicholas gimió contra sus labios y toda su piel se puso de gallina, todavía lejos, muy lejos... estaba demasiado lejos. Beth deslizó las manos por su pecho, llegó hasta su cintura y la rodeó para atraerlo más hacia ella, no era suficiente. Buscó el dobladillo de su camiseta y metió las manos bajo la tela sintiendo su piel y ahí estaba... la ropa, lo que lo alejaba era la ropa. Batalló con él para intentar desnudarlo mientras no dejaba de besarle, pero parecía imposible, él rio contra sus labios y la alejó sosteniéndola de los hombros.

Se miraron durante unos segundos, jadeando, con los labios enrojecidos y la necesidad escrita en la mirada. Sintió la caricia de una de sus manos en la mejilla y cerró los ojos ante la intensidad de lo que sintió.

—Hola... —susurró él acariciando su labio inferior con la yema del pulgar. Contuvo un jadeo y volvió a abrir los ojos para clavarlos en los suyos, aquel verde mar que la asfixiaba y que a la vez le daba la vida, allí donde podía leer tantas cosas que las palabras no lograban expresar y sintió que su vida pendía de aquellos ojos, que estaba a su completa merced, que lo amaba.

—Hola... —contestó con la seguridad que le daba el ser al fin consciente de ello.

—Te he echado de menos.

Beth sonrió ante sus palabras dando a entender lo mismo, pero tanto lo había echado de menos que la necesidad por tocarle y sentirle cerca comenzaba a doler y ser insoportable. Sin dejar de mirarle a los ojos apesó con sus dientes aquel pulgar que le estaba dejando suaves caricias en la barbilla, los ojos de Nicholas llamaron y su mandíbula se apretó. Dejó que el dedo se deslizase lentamente por su lengua y sujetando su mano tiró de ella para extraerlo a la vez que succionaba hacia el interior. Los labios de Nicholas volvieron a abrirse ligeramente y entre ellos se escapaba su respiración tan acelerada que casi eran jadeos, sin dejar de mirarle mordió su labio inferior y le dedicó una sonrisa tímida.

—Yo también te he echado de menos —susurró a media voz.



No fue capaz de procesarlo, un segundo estaban frente a frente y al siguiente tenía una pared tras su espalda y su lengua entrando en su boca con agresividad. Apenas fue consciente de su mano apresando una de sus nalgas y alzándola unos milímetros del suelo, tan solo se dejó llevar por el momento y enredó los dedos en su cabello tirando ligeramente de él.

—Mierda, Beth... —masculló Nicholas contra su cuello.

Él rodeó su cintura con un brazo y la alzó para que enredase las piernas en las caderas, lo hizo sin dudar y sintió su dura erección presionando con fuerza en su sexo. Todo su vientre se contrajo de anticipación, sus manos se cerraron en puños y gimió sin poder evitarlo. La cargó un par de pasos y sintió algo duro y resistente bajo su trasero, no prestó más atención a ello y aprovechó que él había relajado sus brazos para poder deshacerse de aquella camiseta que comenzaba a estorbar.

Tiró de ella con fuerza y Nicholas entendió, alejándose unos centímetros la hizo desaparecer con un fluido movimiento. Beth se deleitó acariciando su piel, viendo como se ponía de gallina bajo su toque y sonriendo cuando el aire escapaba en sonoros suspiros entre sus labios. Lo miró a los ojos de nuevo, quemándose en aquel fuego verde y sintiendo que realmente lo amaba y eso no le asustaba, alzó una de sus manos hacia la parte posterior del cuello y tirando de él lo atrajo hacia su boca de nuevo para devorarlo sin compasión.

Nicholas aprovechó para desabrochar sus jeans e intentar quitárselos, pero no parecía una tarea fácil, finalmente tiró de ella para que se pusiese en pie y se los bajó hasta los tobillos así como su ropa interior, no podía quitarlos sin quitar también sus zapatillas y no quería detenerse a eso. Se acercó de nuevo volviendo a sentarla y ella buscó la cintura de su pantalón de deporte para meter la mano bajo ella y sujetar con firmeza su erección. Todo seguía en su lugar, igual de duro y resistente, casi gimió al sentirlo tan dispuesto y sin pensar demasiado le bajó el pantalón hasta las rodillas liberando así su miembro.

Lo observó con hambre y dispuesta a devorarlo, aunque él no le dio opción, se posicionó entre sus piernas e intentó penetrarla, pero los malditos jeans impedían que pudiese hacerlo. Desesperado, no parecía tener la suficiente paciencia para quitárselos, tan solo tiró de ella para volver a ponerla en pie e hizo girar su cuerpo para que su pecho quedase pegado a su espalda. Beth jadeó sorprendida y las manos de Nicholas sobre las suyas hicieron que se apoyase en la mesa en la que segundos antes estaba sentada, lo hizo sin dudar. Sus manos se deslizaron por sus brazos, por su espalda todavía cubierta por la camiseta y

bajaron a su cintura, tiró de ella hacia atrás y con una de sus rodillas empujó las de ella para que abriese más las piernas. Su respiración era superficial, no podía verle, no podía tocarle, tan solo sentía sus dedos trazando patrones invisibles en sus caderas a la vez que su nariz inhalaba profundamente en su cuello, como si la estuviese olisqueando. Todo su cuerpo se estremeció y los vellos de la nuca se le pusieron de punta de anticipación.

—Nicholas... —balbuceó. Él sonrió, pudo sentirlo en el golpe de aliento en la piel tras su oreja y eso le obligó a cerrar los ojos para evitar gemir.

—¿De verdad me has echado de menos? —preguntó ronroneando en su oído y golpeando de nuevo con su aliento haciendo que sus piernas se debilitasen.

—Sí... —exhaló sin aliento.

—¿Cuánto?

Tragó saliva casi compulsivamente, la boca se le hacía agua por besarle, quería girarse, tirarlo al suelo y cabalgarlo sobre la alfombra como una amazona poseída, pero estaba paralizada, como si su sola presencia tras ella fuese hipnotizadora y tranquilizante a la vez, aunque se sentía cualquier cosa menos tranquila.

—¿Cuánto, Beth? —preguntó de nuevo clavando los dedos en sus caderas y tirando de ellas un poco más hacia atrás, obligándola a dar un paso e inclinar más su espalda.

—¡Mucho! —jadeó cuando uno de sus dedos se deslizó por su sexo esparciendo su humedad a lo largo de sus labios vaginales. Nicholas ronroneó en su oreja, aunque más parecía un gruñido, y dejó que su pecho se apoyase más en su espalda obligándola a inclinarse un poco más hacia abajo.

—Ya veo que ha sido mucho, *gatita* —murmuró de nuevo con voz ronca y rasposa—. Estás tan mojada... tanto...

*Fuego...* fue como si el fuego se desatase en su interior convirtiendo en un líquido abrasador todo lo que encontraba a su paso, incluida la sangre, que se deslizaba a toda velocidad por sus venas esparciendo cada pizca de deseo por todo su cuerpo. Apretó los dientes cuando la punta de su glándula la rozó, se afianzó con más fuerza a la mesa y sin previo aviso su miembro la invadió por completo de un solo empujón, se sintió llena y abrió la boca dispuesta a gritar pero ningún sonido salió de ella.

Nicholas se retiró con lentitud para volver a penetrarla del mismo modo, de

golpe y sin avisar, provocando que su cuerpo se inclinase hacia delante y su cabeza casi chocase con la superficie de la pequeña mesa de mármol en la que se apoyaba. Él la sujetaba por sus caderas y cada vez que se enterraba en ella sus dedos se clavaban en su piel, tanto que quizás le dejase marcas pero no podía importarle menos. En un momento dado, su mano se deslizó hacia delante, se metió bajo su camiseta y buscó uno de sus pechos apretándolo con fuerza mientras continuaba embistiendo contra ella. No contento con eso, empujó la copa de su sostén hacia abajo y pellizcó su pezón haciéndola gritar. Su cabeza comenzó a dar vueltas, sus piernas temblaban y sus nudillos estaban blancos de tanta fuerza que hacía para sujetarse.

Nicholas jadeaba en su oído, el golpe de su cuerpo contra el suyo provocaba un sonido delicioso que inundaba sus sentidos y la evadía de todo lo demás. Era él, todo él... su olor envolviéndolos, el calor de su cuerpo tras ella, el ardor de su miembro abriéndose paso en su interior en lugares a los que nunca había llegado, era intenso... tanto que estaba al borde de la locura. Estaba a punto de gritar de nuevo, pero antes de poder hacerlo, la mano de Nicholas que pellizcaba su pezón ascendió hacia su cuello y lo envolvió con dulzura, tiró de ella hacia atrás, pegando su espalda por completo a su pecho y el nuevo ángulo de penetración la hizo enloquecer.

Gritó sin voz, sus manos soltaron la mesa y se aferraron con fuerza al brazo de Nicholas clavando sus uñas en él, el orgasmo la golpeó intensamente y en lugar de ascender como era lo normal, este iba en oleadas que la hacían temblar, tomar aire y volver a comenzar, oleadas sincronizadas con cada uno de sus envites cuando la penetraba cada vez más profundo y a más velocidad.

Le escuchó gruñir en su cuello, el agarre en su cadera se hizo más fuerte y jadeó sonoramente en su oído. Su cuerpo se relajó con lentitud, bajando de esa nube de lujuria y sintiendo que la tensión que se había liberado la dejaba agotada y sin fuerzas. Se dejó caer sobre la mesa, respirando a toda velocidad y no escuchando más que sus propios latidos. Nicholas también se dejó caer sobre ella y apoyó la frente en su espalda, jadeando y abrazándola por si acaso pensaba alejarse de él.

Sus parpados pesaban, su cuerpo pedía un descanso que apenas le había dado la noche anterior y Nicholas pareció intuirlo, después de colocarse bien su propio pantalón la tomó en brazos sonriendo al ver su ropa totalmente desordenada, habían estado tan necesitados que ni siquiera tuvieron tiempo de desnudarse.

Beth cerró los ojos y se apoyó contra él, sintiendo como caminaba y como la dejaba sobre algo mullido y suave. La desnudó con lentitud, desatando esta vez con paciencia sus zapatillas y quitándole también la camiseta y su sostén, completamente desnuda la metió en la cama y él lo hizo a su lado, también desnudo y abrazándola para que apoyase la cabeza en su pecho. Se dejó ir, el cansancio pudo con ella y se quedó dormida profundamente

\*\*\*

Estaba teniendo un sueño increíble, uno húmedo y muy candente. Se veía sobre algo blanco y mullido, casi podía jurar que era una nube, y Nicholas estaba entre sus piernas comiéndosela con lentitud y en profundidad. Se veía a sí misma retorciéndose, sujetando su cabello con una mano y diciendo su nombre entre jadeos.

—¡Nicholas!

Un orgasmo, no tan fuerte como el de la última vez que estuvieron juntos, comenzó a formarse en su vientre y casi podía sentir los dedos largos y ardientes de deseo contrayendo sus entrañas. Parpadeó confundida cuando el deseo se volvió real, cuando un sudor frío cubrió su cuerpo y algo la sujetó de los muslos... ¿qué estaba pasando? Abrió los ojos asustada y algo serpenteaba entre sus piernas, concretamente en su sexo, al mirar hacia allí y ver una cabellera rojiza moviéndose con deleite cerró los ojos y se abandonó.

Gritó su nombre, se retorció intentando alejarse de él, o acercarse todavía más, no estaba del todo segura y se dejó caer sobre las sábanas sintiéndose cansada de nuevo. Nicholas reptó sobre su cuerpo, hasta que estuvo completamente sobre ella y la besó impregnando su boca de su propia excitación, pero cuando más estaba disfrutando de ese beso, él se alejó dejándose caer a su lado y acariciando su rostro con el dorso de sus dedos.

—Hola de nuevo —susurró sonriendo. Ella le devolvió la sonrisa e intentó no cerrar los ojos ante la dulce caricia que le estaba proporcionando, quería verle, beber su imagen después de tantos días sin hacerlo. Alzó también su mano y acarició su mejilla, su mandíbula cuadrada y sus labios, suaves y masculinos.

Sonrió todavía más al sentir en la yema de los dedos la barba que comenzaba a salir y se acercó lentamente a él para besarlo.

—Hola... —murmuró contra sus labios dejando pequeños besitos en ellos. Se quedaron en silencio, regalándose caricias sutiles, miradas y sonrisas. Todo parecía estar en su lugar por fin, pero Beth sentía que debía decirle algo, todo lo que había descubierto ese último día, quería gritárselo mientras reía a carcajadas. Saber que lo amaba le hacía sentirse todavía más libre, amaba a quien quería y como quería, sin normas, sin estándares sociales... solo ella y él, sin etiquetas.

—Nicholas yo... —susurró con suavidad llamando toda su atención — quería decirte algo.

Él se tensó y frunció el ceño.

—Es algo bueno —aclaró ante su reacción.

Sus facciones se relajaron visiblemente y la alentó a continuar hablando con una sencilla pero arrebatadora sonrisa.

—Dime pues... —se colocó sobre uno de sus costados apoyando la cabeza en un brazo flexionado.

—Mi viaje fue muy largo... —dijo sin saber muy bien cómo comenzar.

—Lo sé... —Nicholas volvió a sonreír— ¿algo más de tres mil trescientos kilómetros?

—Más o menos... —dijo nerviosa.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupado. Ella se removió incómoda y se sentó sobre la cama cruzando sus piernas bajo su cuerpo, sin importarle su desnudez y lo revuelto que tuviese el cabello, debía que decírselo ya.

—He pensado mucho mientras conducía, e incluso hice un pequeño rodeo para tardar unas cuantas horas más en llegar —lo miró unos segundos y desvió la mirada a la ventana, desde donde se podía ver una impresionante imagen del centro financiero de Chicago—. Pensé mucho y creo que por fin he dejado todos mis fantasmas atrás.

—¿Sólo lo crees? —le preguntó con curiosidad. Una sonrisa nerviosa estiró sus labios y lo miró unos segundos antes de dejarse caer sobre su pecho, aspirando su aroma y dejando un suave beso allí dónde latía su corazón.

—Los he dejado todos atrás —aseguró y buscó por fin sus ojos, si debía ser sincera quería hacerlo mirándole a los ojos—. Daniel Boid no existe para mí, Simon

y Abigail son solo una mancha en mi pasado... ahora solo soy Elizabeth Price, no hay una empresa que dependa de mí en un futuro, no tengo un marido psicópata que me amenace y... —tomó una fuerte bocanada de aire y su mirada se intensificó mirando la suya—, he pensado mucho en ti... muchísimo y llegué a una conclusión.

Nicholas sonrió y acarició su cabello, alejando un par de mechones de su rostro.

—¿Qué conclusión?

Beth tomó aire de nuevo.

—Eres alguien importante en mi vida, mucho... me atrevería a decir que eres la persona más importante en este momento y... —titubeó— descubrí que te quiero, te quiero muchísimo y... te amo también, como nunca amé a nadie.

Silencio, Nicholas la miró en completo silencio un largo minuto y pensó que el mundo podía caer sobre ella... ¿él no sentía lo mismo? ¿Ni siquiera un poquito? Finalmente él suspiró y tomó su rostro entre sus manos acunando sus mejillas, lo atrajo al suyo y la besó lentamente, con ternura y delicadeza, como si pensase que pudiese quebrarse entre sus manos.

—Me encantaría decirte lo mismo —susurró apoyando la frente en la suya—, de verdad me encantaría, pero nunca lo he dicho, nunca lo he sentido y creo que... creo que necesito tiempo para asimilarlo.

—¿Asimilarlo? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Siento algo, algo muy fuerte y no puedo negarlo, lo que tampoco puedo es ponerle nombre todavía.

Beth asintió e intentó alejarse de él, pero no se lo permitió.

—No quiero que eso te desanime ni te desilusione —comenzó a explicar—, te lo diré algún día... estoy seguro de eso, es solo que... tengo que pensar yo también, no quiero decírtelo solo porque lo has hecho tú, quiero sentirlo realmente, ¿lo entiendes?

Ella asintió y bajó la mirada un poco decepcionada, no esperaba que se lo gritase a los cuatro vientos, pero esa confesión la dejó un poco fría y no sabía muy bien cómo reaccionar.

—¿Te apetece ver el apartamento? —preguntó él después de unos minutos de silencio—. Es la primera vez que estás aquí y... antes no he tenido ocasión de

enseñártelo.

Beth sonrió ante el tono de voz que utilizó, uno sugerente y un poco picante, ese era el Darcy que ella conocía y con el que podría lidiar.

—De acuerdo —dijo incorporándose en la cama—, vamos a verlo.

Después de dejarle una de sus camisas para que ocultase su desnudez, Nicholas la condujo hacia la sala de estar que se comunicaba con la cocina, justo donde había comenzado todo horas antes.

Allí estaba la mesa de mármol en la que se había apoyado, así como un par de candelabros con sus velas en el suelo, supuso que antes estarían sobre ella y sonrió avergonzada pensando en como los habían tirado. Todo estaba decorado en colores cálidos, blanco, gris, arena... al fondo de la sala de estar había un enorme ventanal que permitía que entrase una enorme cantidad de luz y dejaba ver un pequeño balcón y la misma vista que la ventana de la habitación.

Le enseñó también una biblioteca, donde sus ojos se pasearon soñadores por unas estanterías de roble que llegaban prácticamente al techo y un cómodo y amplio sofá de tres plazas tapizado en cuero negro, casi pudo imaginarse a sí misma estirada sobre él leyendo con tranquilidad cualquier tarde de un domingo.

La llevó después al baño, paredes blancas, mármol blanco y cortinas *vintage*, también algún cuadro y lámparas para dar mucha luz. Regresaron de nuevo a la habitación, se tiró sobre el edredón blanco que había sobre esta y, así como estaba, su cabeza colgaba del otro lado permitiéndole ver la ciudad completamente del revés. Nicholas se tumbó a su lado y esperó pacientemente mientras acariciaba su cuello con la punta de los dedos.

—¿Estás bien? —preguntó en un susurro. Ella no se movió, tan solo cerró los ojos unos segundos e intentó poner orden a sus pensamientos, que de nuevo eran caóticos e indescifrables.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué los murciélagos duermen del revés? —preguntó con un hilo de voz. Nicholas frunció el ceño ante la pregunta inesperada y murmuró una negación.

—Siempre he pensado que es porque no entienden el mundo, se cuelgan boca abajo porque esperan que así todo tenga sentido. Pero no funciona... todo sigue igual lo mires por donde lo mires, las cosas no van a cambiar porque tú cambies el ángulo de visión.

—No entiendo que quieres decir con eso —la voz de Nicholas era todo

confusión y ella se enderezó un poco para mirarlo.

—Tuve la posibilidad de darte todo una vez, pero lo estropeé. Te mentí, me quedé embarazada y perdí al bebé, después me alejé y...

—Beth... —la instó al no comprender a donde quería llegar.

—Estuve lejos mucho tiempo, me alejé y cuando me encontraste no te dejé entrar porque no me sentía libre... es normal que ahora no me ames, me lo he buscado yo sola y aunque me ponga boca abajo, aunque cambie el ángulo será igual... ¿cierto?

—Pero... —Nicholas la miró sorprendido y su boca se abrió y se cerró varias veces sin saber muy bien qué decir.

—No importa... —le interrumpió ella y sonrió con tristeza —tendré paciencia y sabré esperar, tú lo hiciste e insististe para estar donde estás ahora —señaló su corazón y una lágrima descendió por su mejilla—. Yo podré amar por los dos hasta que tú te sientas preparado...

—Maldita sea... —susurró él secando aquella lágrima con su pulgar y dejando después un beso sobre su frente—. Beth, yo... yo te...

—No lo hagas —tapó sus labios con una de sus manos y sonrió con tristeza—. Si lo dices ahora, aunque sea verdad no te creeré, pensaré que lo haces porque te estoy presionando. No lo digas y tan solo sé tú, como si esta conversación no hubiese existido.

Nicholas la abrazó, la abrazó con todas sus fuerzas y aunque él no lo había dicho ella lo sintió en cada poro de su piel.



## CAPÍTULO 24

*Seattle, 27 de Octubre de 2010.*

Le encantaba Chicago, pero no podía soportar tanto frío, mientras descendía los pisos que le separaban del *hall*, se ajustó el abrigo y comprobó que los guantes estaban bien colocados, no estaba lloviendo, pero todo apuntaba a que de un momento a otro caería una fuerte nevada pese a que todavía estaban en otoño. Las puertas del ascensor se abrieron y avanzó con decisión hacia la puerta, Malik, el portero, le hizo un saludo alzando levemente una mano y él a sonrió... «hipócrita» pensó con resentimiento a la vez que su sonrisa se borraba.

En cuanto salió al exterior buscó su coche con la mirada dispuesta a subirse en él, hacía un frío horrible y aunque solo estaba a dos manzanas de la oficina no podía ir caminando o moriría de hipotermia, pero pensó en el medio ambiente y toda el agua que había malgastado en el baño caliente de la noche anterior y sintió un poco de culpabilidad, ¿qué era un culo congelado comparado con el agujero de la capa de ozono?

Comenzó a caminar a toda velocidad y en pocos minutos finalmente estuvo frente al edificio de las oficinas de Fisher. Entró en su despacho y no se sorprendió al ver a Connor en su sillón dando vueltas impulsándose con sus pies, simplemente le ignoró mientras se quitaba el abrigo y los guantes para dejarlos en el perchero.

Se acercó a la mesa con el maletín en la mano, pulsó el interruptor del

ordenador portátil y abrió una de las carpetas que había sobre su mesa suspirando mientras veía el contenido.

—Fuera Connor... —masculló sin mirarlo.

—¿Todavía estás enfadada? —preguntó el interpelado con voz lastimera.

—No estoy enfadada... ¿tengo motivos para estarlo?

—«*Pequeño pony*»... solo bromeaba —se excusó.

—Tus bromas son constantes y repetitivas, sabes que adoro tu humor pero siempre lo mismo ya cansa.

Connor dijo algo entre dientes, quizás una maldición, no llegó a entenderlo, se puso en pie y señaló la mesa.

—Te he traído tu café favorito, para hacer las paces. Beth alzó la mirada y lo miró unos segundos sin hablar.

—Tan solo haré las paces si prometes dejar a Nicholas tranquilo —exigió.

—Es que no es lógico lo que él te hace... ¿qué le cuesta decirte esas dos palabritas? ¡Hasta ahora nadie se ha muerto por pronunciarlas! —exclamó—. Beth cariño, veo tu cara cuando él dice «te veo luego» o «te llamo después» en lugar de «te amo» que es lo que gritan sus ojos, ¿por qué no te lo dice y acaba con el drama?

—No es asunto tuyo, nuestra relación solo nos concierne a nosotros, vamos a nuestro ritmo y así estamos bien —gruñó comenzando a sentirse enfadada de nuevo.

—Sigo creyendo que tiene que decirlo, estáis prácticamente viviendo juntos... lo único que falta es que te dé un anillo, pero eso solo pasará si se decide a decirte que te ama.

—Connor... por favor —casi suplicó, pero recordó sus palabras y lo miró con el ceño fruncido—. ¡No estamos viviendo juntos! —casi gritó. Él comenzó a reír irónicamente y la miró como si supiese algo muy obvio de lo que ella no parecía ser consciente.

—¿Dónde has dormido esta noche? —preguntó muy pagado de sí mismo.

—Es su casa —gruñó una respuesta.

—¿La noche anterior?

—En su casa.

—¿La otra más?

— ¡En su casa!

— ¿Dónde lavas la ropa?

— En su casa.

— ¿Dónde te duchas?

— En su casa... —arrastró las palabras.

— ¿Dónde tienes tus cremas y tu mierdas para la cara?

— Ya lo he entendido... ¿puedes dejarlo ya? —murmuró exasperada.

— Tan solo lo hago para que lo veas...

— Vete a la mierda Connor... pareces una quinceañera histérica, ve a chupársela a Marco y olvídate —masculló intentando centrarse.

— ¡Oh, lo que me ha dicho! —exclamó él fingiendo escandalizarse.

— ¿No se la chupas a tu novio o qué? —le preguntó con ironía.

— Eso no es lo que me ha escandalizado... —remarcó él haciendo un movimiento exagerado con una de sus manos —, no soy una quinceañera histérica, ya tengo casi treinta y cinco...

— Vejete —rio.

— Tu príncipe desteñado es más viejo que yo —protestó haciendo un mohín.

— Pero Nicholas no es tan llorón... ¡llorona! Connor la miró con los ojos entrecerrados y resopló por la nariz.

— Me voy donde me respeten más —dijo caminando hacia la puerta.

— En el fondo me quieres... ¡admítelo!

— Muy, muy en el fondo —se giró antes de llegar a la puerta y la observó fijamente—, tengo que excavar mucho, mucho, mucho para llegar a encontrar donde te quiero... y a tu jodido gato también.

— Os espero a las ocho para la cena en el apartamento de Nicholas y dile a Marco que como no te controle un poco yo misma sacaré una mordaza y te haré callar.

— Amargada... necesitas un orgasmo con urgencia, dile al desteñado que a ver si se empeña un poco más en complacerte, siempre te deja a medias —dijo antes de salir dando un portazo. Beth abrió la boca para contestar, pero él ya había salido de su despacho, con una sonrisa divertida volvió a lo que debía ser

importante, el trabajo.

\*\*\*

Diez y treinta minutos de la noche, estaba sentada en la mesa y observaba casi en trance como la mano de Marco, que estaba sentado en el sofá cerca de ella, se deslizaba con lentitud sobre el lomo de Darcy. Marco... el hombre que había conseguido poner de cabeza el mundo de Connor, en cuanto llegó a su casa y vio al gato se hicieron inseparables, desde entonces cada vez que iba de visita el minino se quedaba pegado a él y no dejaba de ronronear con cada uno de sus mimos. Connor, que estaba al lado de su novio, de vez en cuando le dedicaba a Darcy una mirada de reojo, como si le estuviese advirtiéndole sobre algo, pero enseguida sus ojos volvían a clavarse en Marco.

La verdad es que no era para menos, el italiano tenía muy buena pinta, era alto, muy alto, más que Nicholas o incluso Gino, tenía el cabello negro, los ojos oscuros y una sonrisa arrolladora que en cuanto brillaba hacía que todas las bragas se desintegrasen en un kilómetro a la redonda.

Connor lo miraba embelesado, como si estuviese mirando al sol o al mar por primera vez. Se veía sin siquiera preguntar que lo que sentía por él era muy fuerte, tanto como lo que ella sentía por Nicholas, esperaba sinceramente que su amigo tuviese más suerte en ese sentido y fuese correspondido del mismo modo.

Se sentía tan frustrada cuando besaba o abrazaba a Nicholas y aquellas dos palabras estaban en la punta de su lengua... le había dicho que le amaba un par de veces más, pero había evitado hacerlo porque su mirada se ensombrecía cuando eso ocurría y no quería hacer que se sintiese mal.

—Cielo... se hace tarde, es mejor que comencemos a cenar ya —la voz de Connor la sacó de sus pensamientos y sonrió con tristeza.

Nicholas no había llegado a cenar como había dicho que haría, le llamó por teléfono y la llamada fue desviada al buzón de voz, con el teléfono de la oficina era imposible, sonaba y sonaba pero nadie contestaba. Se habría preocupado pero no era la primera vez, en el último mes había ocurrido eso mismo unas cuantas noches,

Nicholas se quedaba trabajando hasta tarde y estaba tan metido en lo que hacía que no contestaba a ninguna llamada.

—De acuerdo... —suspiró apesadumbrada poniéndose en pie para comenzar a servir la cena.

Cenaron casi en silencio, Connor hacía alguna broma de vez en cuando intentando que sonriese, pero era difícil, sentía que algo no andaba bien, desde aquella conversación, desde que Nicholas le dijo que todavía no podía decirle que la amaba, era como si de nuevo un muro invisible volviese a cernirse sobre ellos.

Sentía que no podía llegar a él, que había algo que se lo impedía y no llegaba a entender el qué, ella dijo que podría amar por los dos y estaba segura de poder hacerlo, cada vez que lo veía o hacían el amor ella se derretía entre sus manos, pero a veces le dolía no recibir la misma entrega de su parte. Cuando los invitados se hubieron ido comenzó a dar vueltas por el apartamento de Nicholas, le encantaba, era moderno pero a la vez clásico, minimalista pero también tenía lo necesario, estaba lleno de luz y se sentía tranquila en cualquiera de sus habitaciones, pero esa noche era diferente.

Quizás las constantes quejas de Connor sobre el comportamiento de Nicholas comenzaban a hacer mella en su estado de ánimo y en el modo en que estaba asumiendo todo, o quizás era, simplemente, que estaba un poco más cansada de lo habitual y por eso estaba masificando el problema. Pero sentía que se ahogaba, que esas cuatro paredes comenzaban a asfixiarla o incluso caer sobre ella.

Cogió su bolso, se quitó los zapatos y salió a la terraza para intentar coger un poco de aire, dejó caer el bolso junto a la puerta y se apoyó en la pared intentando respirar con lentitud, llenar sus pulmones de aire limpio o al menos no tan cargado y electrizado como en el interior.

Comenzó a sentirse mejor poco a poco, pero esa sensación de asfixia dejó tras de sí el desasosiego. Ese sentimiento que creyó dejar en Washington parecía haberla perseguido hasta Chicago y comenzaba a poseerla de nuevo. No quería eso... quería la luz, la libertad, dejar atrás las sombras y ser por fin libre, pero esa noche parecía más difícil que de costumbre.

Dejó que su cuerpo se deslizase lentamente por la pared hasta que su trasero llegó al suelo, abrazó sus rodillas y dejó caer la cabeza hacia delante a la vez que comenzaba a mecerse lentamente para intentar tranquilizarse. El tiempo pasaba y todo seguía en su interior, girando y girando a punto de explotar... una de sus manos buscó el bolso y sacó de su interior una cajetilla de tabaco, un año sin

apenas fumar, tan solo unos cuantos cigarrillos esporádicos, pero esa mañana en cuanto pasó por la cafetería de la oficina tuvo que detenerse a comprar un paquete, algo le gritaba que lo necesitaría.

En ese momento lo agradecía, la nicotina inundó sus pulmones y fue como si el peso de la vida fuese un poco más ligero... sí, se sentía un poquito mejor.

Así estaba cuando Nicholas llegó a casa esa noche, pasaba por mucho de las dos de la madrugada y se veía cansado, pero cuando la mirada de Beth se cruzó con la suya una sonrisa se extendió por sus labios.

Ella intentó devolvérsela, pero fue imposible... su corazón pesaba y quizás estaba siendo melodramática, pero cargar con el peso de su amor hacia él y de él que no le decía comenzaba a levantar ampollas.

—¿No tienes frío? —la pregunta de Nicholas, en un susurro dulce, casi la hace llorar.

¿Cómo podía ser tan egoísta? Él tan solo le pidió tiempo, tal y como ella había hecho meses atrás, él aceptó su decisión en el pasado y ahora ella no podía esperar a escuchar esas dos palabras. No estaba siendo justa.

—Estoy bien... —murmuró sintiéndose mal consigo misma antes de desviar la mirada y darle una calada al cigarrillo que tenía en la mano, el quinto de la noche.

—Beth... —él se sentó a su lado y miró directamente el cigarrillo antes de mirarla a ella fijamente—. Debería decirte que lo siento, olvidé la cena y solo puede recordarla cuando he legado y he visto que mi plato estaba intacto sobre la mesa...

—Connor y Marco tenían hambre... ya sabes, la gente acostumbra a cenar a una hora prudente, antes de la media noche si puede ser. Nicholas rio y mordió su labio inferior mientras la miraba.

—Me estás poniendo malo... —masculló con voz ronca. Beth se giró para mirarlo con una ceja alzada sin entender que quería decir con eso.

—Con esa actitud desafiante, el cigarrillo... ni siquiera sabía que puedes fumar.

—Puedo hacer muchas cosas que desconoces, Bratcher —dijo con un tono entre el desafío y la dignidad.

—Lo sé... Nicholas sonrió y todas sus defensas cayeron, esa actitud desafiante, ese enfado porque él no se había presentado, en esa ansiedad por ver

que lo minutos pasaban y él no llegaba... todo eso quedó reducido a la nada en cuanto una de sus sonrisas dedicada a ella cruzó sus labios.

—¿Mucho trabajo? —su voz sonó suave y cálida, tal y como se sentía por dentro. Nicholas sonrió sardónicamente y después pasó una mano por su cabello revolviéndolo como si acabase de salir de la cama.

—Se puede decir que sí... tenía un asunto importante entre manos, pero hoy por fin ha quedado liquidado —la miró de un modo que no supo interpretar y eso hizo que sus alarmas saltasen de nuevo.

Se quedaron en un silencio unos minutos, Beth intentando encontrar sentido a sus últimas palabras y esa mirada precavida que él le dedicaba, Nicholas observándola de reojo mientras él mismo encendía un cigarrillo y le daba un par de caladas antes de comenzar a toser.

—No sé como puedes hacer esto —murmuró con voz ahogada a la vez que lo apagaba. Ella rio unos segundos pero enseguida volvió a su estado anterior, en ese momento la precavida era ella y necesitaba muchas respuestas a todas sus preguntas.

—Ese asunto de trabajo... ¿puedo saber de qué se trata? —preguntó antes de morderse el labio ante la necesidad de fumar de nuevo, pero no iba a hacerlo. Nicholas carraspeó y se removió incómodo, la miró de reojo antes de volver a pasar una mano por su cabello y comenzar a hablar con un hilo de voz.

—Vengo directamente del aeropuerto... verás... tenía un par de negocios importantes que resolver y por eso he estado tan distante últimamente —explicó atropelladamente—, pero ya están zanjados, te lo prometo.

Ella escuchó en silencio, mirándole fijamente y sin entender porque parecía tan nervioso y le rehuía la mirada, ¿estaría mintiendo?

—¿Puedo saber de qué se trata o son secretos de empresa? —preguntó de nuevo.

Nicholas resopló y la miró de reojo volviendo su mirada a lo lejos un segundo después.

—No tiene nada que ver con la empresa... —murmuró—, son negocios de carácter personal.

¿Personal? La palabra se repitió en su cabeza varias veces intentando encontrarle sentido, ¿negocios personales? ¿Por qué no le había dicho nada? Se suponía que eran una pareja y las parejas se cuentan esas cosas, las personales. Se

supone que es un acuerdo tácito que se hace en el momento en el que decides que esa persona será la única en tu vida. ¿No confiaba en ella? Por eso no le decía que la amaba, porque no confiaba... De cualquier modo eso era algo normal y que casi podría esperar, habían pasado demasiadas cosas entre ellos, secretos y mentiras que no serían fáciles de dejar atrás, lo normal es que Nicholas necesitase un tiempo antes de poder confiar en ella de nuevo.

Antes de que pudiese decir o hacer nada, Nicholas extendió un fólder lleno de documentos frente a ella, lo miró vacilante, su mirada bailaba del fólder a sus ojos sin atreverse a sujetarlo o a rechazarlo. Ambas opciones pasaban por su cabeza, sujetarlo y ver de qué se trataba o rechazarlo y dejar que la confianza volviese y no solo se lo mostrase porque le estaba presionando.

—Lo he hecho por los dos —la voz de Nicholas la arrancó de sus pensamientos y detuvo la mirada en sus ojos—. No sé qué pensarás, quizás que es una locura o una irresponsabilidad, pero necesitaba hacerlo por los dos, vengar de algún modo todo lo que hemos sufrido.

Abrió la boca para decir algo, pero no sabía muy bien el qué, no sabía de qué estaba hablando pero la falta de confianza no parecía ser el problema de que mantuviese todo ese asunto en secreto. Con una mano temblorosa sujetó el fólder y tomó una fuerte inspiración antes de abrirlo y comenzar a leer. Después de dos párrafos las letras comenzaron a carecer de sentido, las frases tan solo parecían una sucesión de palabras al azar y su vista se nubló a causa de un par de lágrimas que amenazaban con rodar por sus mejillas.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz ronca y ahogada. Nicholas se reacomodó para quedar posicionado en su dirección y tomó el fólder entre sus manos, pasó varias páginas buscando una en concreto y se la mostró.

—Tan solo falta tu firma, mañana iremos a mi oficina y firmarás ante notario para que quede constancia.

—Yo... yo... —vaciló y respiró con dificultad—, no necesito su compañía, no quiero nada de él... nada. Nicholas sonrió y buscó otro documento mostrándoselo un par de segundos después.

—Industrias Boid será una más de las empresas de Bratcher S.A. en tan solo dos semanas, sus empleados serán contratados de nuevo y todos sus contratos legales se mantendrán, la compañía seguirá funcionando pero tú y yo seremos los únicos que decidirán como.

—Pero Daniel...



—Daniel... —rio con amargura y la miró a los ojos —, tengo información de primera mano de que alguno de los contratos que tenían en Price Ltd. eran fraudulentos, estaba importando mercancía ilegal desde Europa y Asia, sobre todo antigüedades robadas y armas ilegales, habrá quedado impune de tu agresión pero esto le obligará a estar unos cuantos años en la cárcel.

Abrió la boca sorprendida, sin saber muy bien qué decir e inconscientemente aliviada de que todos esas ausencias de Nicholas en el último mes tuviesen un motivo concreto y no fuesen por no estar con ella, o porque no la quería.

—Me asusta que algo salga mal —susurró con voz temblorosa —, Daniel tiene un buen bufete de abogados tras él, no será tan sencillo culparlo y enviarlo a la cárcel.

Nicholas sonrió y acarició su mejilla a la vez que la miraba con burla, como si supiese algo que ella no sabía y que les beneficiase a ambos.

—Puede que sus abogados hayan recibido un incentivo para dejar de defenderlo —dijo con voz divertida.

—¿Qué has hecho? —la voz de Beth se tiñó de reproche y sorpresa.

—Nada ilegal, lo prometo —respondió alzando las manos en señal de inocencia—. Pero ese bufete trabaja para Industrias Boid, industrias Boid es nuestro por lo que sus abogados también lo son, además... puede que hayan recibido un aumento de sueldo tras firmar un contrato en el que se comprometían a no defender a Boid en ningún otro juicio.

—¿Eso es legal? —preguntó con cautela.

—Lo es —aseguró—, Boid es la competencia y no es tan extraño que un empresario quiera que su gente no haga negocios con el enemigo.

Beth dejó salir el aire lentamente por la nariz, hasta ese momento no había sido consciente de que la tensión por todo lo que le estaba diciendo la tenía alerta y conteniendo el aliento casi por completo. Obligó a sus neuronas a tranquilizarse y pensó en todo eso, Daniel ya no tenía nada, ni abogados, ni compañía, sus empleados estaban a buen recaudo bajo la gerencia de Nicholas... ella tenía la posibilidad de estar a su lado y ayudarle a llevar Industrias Boid, o lo que fue Industrias Boid hasta ese momento, a buen puerto.

Pero no lo sentía correcto, había roto con su pasado y con todo lo que Daniel, su padre y el propio Seattle habían significado para ella, no podía simplemente aceptar eso, iba en contra de todo lo que creía en ese momento, la nueva Elizabeth

nunca daría un paso atrás, ni siquiera para coger impulso.

—No voy a firmar —dijo con voz tranquila y totalmente convencida—. No quiero tener nada que ver con Daniel, con Seattle o con cualquier cosa que venga de allí. Soy feliz en Chicago y no quiero que nada manche eso.

Nicholas sonrió y la atrajo hacia su cuerpo, acercó sus labios a los suyos y mientras no dejaba de mirarla a los ojos comenzó a hablar.

—Sabía que dirías eso, te conozco tanto... —cerró los párpados unos segundos y le golpeó los labios con su aliento cuando suspiró. Cuando los abrió, sus ojos brillaban tanto que incluso podía percibirlo en la penumbra que los envolvía, tan solo iluminados por el haz de luz que salía por la puerta de la terraza—. A veces me parece imposible creer que hace tan poco tiempo que nos conocemos, siento que han sido muchos años y es apenas uno, has llegado a mi vida y lo has cambiado todo... todo está del revés desde que te conozco y nunca había sido tan feliz de que fuese así. Antes era un adicto al trabajo y me gustaba tener todo planeado, ahora cada día contigo es una aventura y soy feliz solo por despertar a tu lado.

Beth estaba inmóvil, paseando su mirada de sus ojos a sus labios, sintiendo el corazón retumbando en su pecho y sus labios cosquilleando por la necesidad de sentir los suyos sobre ellos. ¿Quién necesitaba un «te amo»? Con esa mirada, con esa pasión arrolladora que desprendían sus ojos, con esas palabras que mecían sus sentimientos para que no se sintiesen solos... no lo decía pero lo sentía, no necesitaba escucharlo cuando se lo demostraba a cada segundo. Sin necesidad de que dijese nada más, se inclinó hacia delante y besó sus labios sintiendo como todo su cuerpo despertaba, como con cada roce de su boca volvía poco a poco a la vida.

Sus brazos se alzaron para envolverse en su cuello, se movió con rapidez y se sentó a horcajadas en su regazo, sintió sus manos en la espalda, bajo su camiseta y deslizando la yema de sus dedos entre los omoplatos, como sabía que la volvía loca, pero antes de lo que le hubiese gustado se alejó de ella y la miró sonriendo.

—No me has dejado terminar —reprochó.

—No lo necesitaba...

—Pero quería decirte algo —alargó una mano y sujetó otro fólter poniéndolo frente a ella—. Antes de seguir... en mi viaje a Seattle también he hablado con tu padre.

—¿Qué? Pero... —se congeló por lo inesperado de su revelación. No quería saber nada de Seattle, pero mucho menos de su padre. Ese hombre que una vez la

engendró era un completo desconocido para ella, alguien que no necesitaba en su vida.

—Tranquila —le interrumpió—, deja que te explique y después te enfadas.

—De acuerdo —masculló cruzándose de brazos y negándose silenciosamente a sujetar el fólder.

—Él me llamó hace unas semanas, me pidió que fuese a reunirme con él, que tenía algo importante que decirme —comenzó a explicar—. También me dijo que te llevase conmigo, pero ya daba por perdida esa batalla y ni siquiera lo he intentado.

—No habría ido ni loca... —apuntó haciendo un mohín. Nicholas rio y pellizcó la punta de nariz.

—Aproveché mi viaje de hoy para hablar con Boid y también fui a hablar con tu padre, no estaba en su despacho y me citó en su casa. Hablamos un par de horas, por eso perdí mi vuelo y llegué tan tarde.

—¿Qué quería? —preguntó con un gruñido.

—Quería venderme su parte de Price Ltd.

El tiempo se detuvo, su boca se abrió con la sorpresa y su corazón comenzó a latir a toda velocidad ¿su padre había vendido la compañía? ¿Estaba completamente loco? ¿Cómo...? No podía llegar a comprender cómo había podido ser capaz de hacer algo así, ¿no pensaba en su propio padre? Su abuelo se endeudó hasta la cejas para poder fundar la compañía, vendió su casa y todas sus posesiones valiosas para comprar un edificio destartado del centro y poder reformarlo para hacer allí la sede de su compañía, ¿y ahora su padre se la vendía al mejor postor? Por suerte había sido Nicholas, pero... ¿y si la hubiese comprado otra persona?

—No... cómo... él... —balbuceó incoherentemente.

—Tan solo pagué por la compañía lo mismo que te di a ti por las acciones que me vendiste, un precio simbólico, y me obligó a firmar un documento.

Beth parpadeó para alejar las lágrimas de sus ojos y se bajó del regazo de Nicholas, de repente sintió claustrofobia pese a estar al aire libre, era como un ataque de ansiedad o algo así. Se frotó el rostro con ambas manos y se obligó a sí misma a respirar con lentitud para evitar un ataque de pánico.

—¿Qué documento? —preguntó con voz ahogada.

—Un documento para cederte a ti el cien por cien de las acciones.

No quiso entender el significado de esas palabras, no porque eso conllevaba regresar a Seattle, a la oscuridad, a donde no podía ser ella misma, a donde se esperaba de ella mucho más de lo que podía dar.

—No... —susurró mientras negaba con la cabeza, pero Nicholas puso un dedo sobre sus labios y clavó sus ojos en los suyos.

—Sé que Seattle te levanta ampollas, a mí también —aseguró con severidad—. Sé que odias todo lo que tenga que ver con tu familia, pero es tu familia, todo lo que ha ocurrido, bueno y malo, forma parte del pasado y te ha hecho llegar hasta aquí y ser la persona que eres en este momento.

—Allí no me ocurrió nada bueno... —gimoteó con voz débil.

—Autum, Gino... allí nos conocimos, allí viviste tu infancia y tu adolescencia, creciste en esas calles... todo tiene recuerdos buenos, tan solo hay que buscarlos.

Escuchó las palabras de Nicholas con atención, las analizó profundamente y aunque sabía que en el fondo tenía un poquito de razón, no quería admitirlo.

—Nuestro pasado refleja en que nos hemos convertido... no podemos negar lo que somos.

Le miró con los labios entreabiertos, respirando con dificultad y no siendo capaz de tomar una decisión en ese momento. No quería que Price Ltd. acabase en malas manos, pero Nicholas tenía la totalidad de las acciones, no quería tener nada que ver con su padre, pero ahora ya no formaba parte de la presidencia de la compañía.

—No tienes que tomar una decisión justo en este momento —susurró Nicholas atrayéndola hacia su cuerpo y abrazándola con fuerza—. Piénsalo y ya me lo dirás cuando estés completamente segura de lo que quieres hacer.

Ella se alejó y le miró a los ojos, brillaban, estaban clavados en los suyos y de ellos brotaban tantas emociones que por unos segundos se sintió abrumada. No importaba no escucharlo nunca de sus labios, lo realmente importante era sentirlo, que se lo demostrase. Siendo como era y sintiendo todo lo que él hacía por ella era fácil descubrir que tras todo eso tan solo podía haber amor.

—Te amo... —sintió necesario decírselo una vez más, que lo supiese y fuese consciente de que pese al último mes distanciados y con un par de secretos por su padre no habían hecho mella en lo que sentía por él. Nicholas sonrió y tiró de ella

para que se sentase en su regazo de nuevo, acarició sus mejillas, besó sus labios apenas con un suave roce y su mirada verde se volvió líquida durante unos segundos.

—Yo también te amo... —murmuró con la voz rota. Cerró los ojos y dejó caer su frente sobre la suya, hablando contra sus labios en susurros suaves que enviaban pequeños golpes de cálido aliento—. Siento tanto no habértelo dicho antes... aquel día me cogiste por sorpresa, no supe cómo reaccionar y lo estropeé todo y después... después estaba el asunto de Boid y tu padre, no sentía correcto decirte que te amaba cuando te estaba ocultando cosas.

Su confesión golpeó en el centro de su pecho con la fuerza de un mazo, sus manos comenzaron a temblar y las pasó por las solapas de su chaqueta intentando encontrar algo a lo que agarrarse para sentirse un poco más estable, creía que de un momento a otro podía desmayarse ante la magnitud de todas las emociones que se concentraban en su cuerpo. Quería gritar, quería abrazarle, desnudarle, tirarle al suelo y volver a gritar que le amaba tan solo para él que volviese a decirlo.

—Repítelo... —masculló casi sin aliento.

Nicholas sonrió y la apretó más contra su cuerpo.

—Te amo... —sus ojos se volvieron más brillantes si es que eso era posible y no pudo evitar sonreír—. Te amo, te amo... te amo —repitió una y otra vez dejando suaves besos sobre sus labios. Ella sonrió y le devolvió los besos sintiendo como cada fibra de su ser clamaba por esta más y más cerca de él.

## CAPÍTULO 25

*1 de noviembre de 2010*

El eco de los “te amo” todavía estaba en el aire dos semanas después, a Beth le parecía estar flotando en una nube y todo le sonreía en su día a día. Había decidido tomarse con calma la decisión sobre acceder a tener el total de las acciones de la empresa de su padre, era una decisión que podría cambiar por completo su vida, una decisión de la que dependía no solo su futuro, también el de Nicholas, así que debía pensarlo concienzudamente y hacer lo que creyese más apropiado para ambos.

En esas dos semanas posteriores a la declaración de Nicholas llegaba a la oficina sonriendo ampliamente y saludando a todos a su paso, Connor había hecho una fiesta improvisada cuando supo lo que el príncipe desteñido le había confesado por fin, compró un pastel, una botella de *champagne* y un par de gorritos de fiesta.

Beth casi le tira por la ventana cuando se presentó en su despacho pareciendo un idiota, con el gorro torcido en su cabeza y el pastel y la botella en cada una de sus manos, pero él era así y así lo adoraba... finalmente ambos celebraron, se emborracharon un poquito y al llegar esa noche a casa tuvo una demostración física con Nicholas de todo lo que decían amarse.

Cada día a su lado era una aventura, un misterio que comenzaba cuando

cada mañana al abrir los ojos lo primero que veía era su rostro tranquilo mientras dormía, no sabía por qué ocurría, pero siempre se despertaba unos minutos antes que él y se bebía su imagen para darse fuerzas y así poder soportar todo el día separados.

Era increíble como aquellas dos palabras que juraba no necesitar, habían cambiado su mundo y el peso de la vida le resultaba más ligero. Ese jueves Beth tenía varias ideas rondando su mente, Nicholas había salido esa mañana de viaje, estaría fuera hasta el sábado y ella tenía planes con Autum, sí... con Autum.

Su amiga se había trasladado definitivamente a Chicago unos días atrás y no podía estar más agradecida por ello, el problema era que Connor también quería formar parte de todos sus planes y lo adoraba, juraba que adoraba a ese chico, pero quería pasar tiempo a solas con su amiga de toda la vida sin que su otra *amiga* estuviese presente. Se sentía un poco egoísta por ello, Connor siempre había estado a su lado desde que se trasladó a la ciudad, pero también necesitaba ese tiempo a solas con Autum, esas confianzas de las que solo ambas sabían, ese modo de escuchar y apoyarse que tenían entre ellas, Connor no era un extraño en ese pequeño grupo de tres, pero querían estar solas.

Por fin habían conseguido ese tiempo, Nicholas viajaba y Autum le había dicho a Declan que ya que no vivían juntos ella iba a hacerle compañía a su amiga que iba a pasar la noche sola, el rubio no estuvo muy de acuerdo pero tuvo que aceptarlo, no quería comenzar esa nueva etapa de su relación con su... ¿novia? No... no era novia, tan solo una amiga especial. Autum pasaría la noche en el apartamento de Nicholas, por la mañana iría a trabajar a las oficinas Fisher donde había conseguido un puesto de trabajo y después pasarían la tarde con Connor de compras por la *Magnificent Mille*.

Beth recogió todas sus cosas apresuradamente, se colocó el abrigo y la bufanda y mientras bajaba en ascensor le envió un mensaje de texto a Nicholas para preguntarle como estaba siendo su día y para informarle de sus planes. Se detuvo en el *hall*, frente a la puerta de salida para esperar a su amiga y cuando el cabello negro y corto de Autum apareció en su campo de visión una sonrisa surcó sus labios. Caminaron juntas por la calle, agarradas por el brazo y riendo de cualquier tontería que se les pasaba por la cabeza, era como si el tiempo que habían pasado separadas no hubiese existido, como si diesen un salto al pasado, cuando todo era perfecto y su único problema era aprobar los exámenes de fin de curso en el instituto.

—Así que... Nicholas te ama... —esa noche Autum, sentada en su sofá y

vistiendo un pijama rosa con gatitos rubios, hizo un corazón con sus manos en el aire mientras hablaba y miró hacia el techo con expresión soñadora. Elizabeth arrugó la nariz y contuvo un bufido.

—Lo dices como si fuese algo extraordinario o imposible...— gruñó.

—No es eso, pero debes admitir que hace un año no imaginabas ni de lejos que algo así podría suceder.

Beth sonrió y asintió efusivamente, ni en sus mejores sueños podría haber planeado algo semejante... un año atrás estaba enclaustrada en Big Lake, en la antigua casa de sus abuelos y lamentándose por haberle hecho daño a Nicholas, por haberle mentado y haber hecho que no quisiese volver a verla. En aquel entonces los días se sucedían uno tras otro sin sentido, ella tan solo medía el tiempo en segundos perdidos, en minutos de agonía y horas en las que estaba inconsciente a causa del llanto. Y después de aquello solo fue a peor, su bebé... su pequeño bebé... aquel ser inocente había pagado por sus errores, había perdido sin siquiera comenzar a vivir y solo había sido su culpa.

Su sonrisa se borró y se hundió un poco en el sofá, el cojín que sujetaba entre sus manos, se convirtió en algo duro y pesado que se apretaba contra su vientre... su vientre completamente plano y vacío...

—¡No! —el chillido de Autum la asustó y la miró con los ojos casi saliéndose de sus órbitas—. Ni se te ocurra, no vas a hacerme esto —su amiga se puso en pie y se acercó a ella en dos rápidas zancadas arrancándole el cojín de las manos—. No te permito pensar en ese tipo de cosas...

—No puedes saber en lo que estaba pensando —masculló volviendo a sujetar el cojín y abrazándose a él para protegerse a sí misma.

—No es difícil imaginar de que se trata al ver tu cara de dolor —Autum se dejó caer a su lado y la abrazó pasando un brazo por sus hombros—. Sé que hay dolores que son imposibles de olvidar pero estás viviendo un buen momento, tienes un buen trabajo, gente a tu alrededor que te adora, estás enamorada y vives con el hombre que amas... ¿qué más puedes pedir?

Beth la miró de reojo y asintió a regañadientes, sabía que todo lo que Autum estaba diciendo tenía su parte de verdad, pero dejar el pasado atrás a veces era más difícil de lo que parecía y aunque la mayor parte del tiempo sonriese y se sintiese feliz, también sentía que merecía sus momentos de tristeza y pesar. Su bebé merecía que ella pasase su duelo, que sintiese el dolor en sus entrañas y que lo recordase cada día de su vida, como algo maravilloso y perfecto que pudo ser y



nunca sería.

—Y me tienes a mí... —la voz de Autum fue un susurro bajo que le costó descifrar, pero cuando lo hizo sonrió ampliamente y le devolvió el abrazo rodeando su pequeña cintura.

—¿Cómo está Gino?

—Insoportable... —gimió Autum— ya te puedes imaginar como está la robe Rachel. Nunca he conocido a un hombre tan obsesivo del control y de tenerlo todo como cree que debe estar. Quería contratar a una enfermera para que la tuviese controlada las veinticuatro horas del día, pero ella le dijo que como metiese a una extraña en su casa sería ella la primera en irse. Puedes pensar que esa chica es tranquila, pero no sé si será por las hormonas del embarazo que la tienen descontrolada, pero tiene a Gino comiendo de su mano y bailando a su ritmo. Lo compadezco por el largo mes que le queda...

Ella rio sin poder evitarlo, imaginar a su amigo dominado por una mujer que era la mitad de su tamaño sería algo gracioso de ver, pero sería todavía más gracioso cuando su hija naciese y fuese esa pequeña criaturita la que marcara los ritmos y las pautas de su vida.

—Lo echo mucho de menos... —su labio inferior sobresalió en un mohín y Autum reforzó su abrazo sobre sus hombros.

—Él también te echa de menos, me pidió unas cien veces que te vigilase antes de irme, y que si pasaba algo malo lo llamase y vendría personalmente a arrancarle las bolas a Bratcher —su amiga estalló en carcajadas y no pudo evitar acompañarla.

—El mes que viene iremos a Seattle a verlo... —dijo prudentemente.

—Claro que sí, no podemos perdernos la llegada al mundo de la pequeña Biancci, Gino está eufórico y aterrado, eso no puedo perdmelo —su entusiasmo era tanto que Beth sintió que se contagiaba un poquito y ese viaje le dio un poco menos de miedo.

—Es mejor que nos vayamos a la cama... mañana tenemos que trabajar —dijo poniéndose en pie y extendiendo la mano hacia su amiga, Autum la tomó y juntas se metieron en la cama y fue como en el viejos tiempos, solo dos amigas hablando hasta altas horas de la madrugada y riéndose entre dientes para no hacer demasiado ruido en la oscuridad.

\*\*\*

El día siguiente fue demasiado largo para Beth... demasiado trabajo acumulado y también alguno que quería dejar adelantado para tener un fin de semana largo y relajado al lado de Nicholas, que llegaba a la mañana siguiente y esperaba poder recuperar con él todo el tiempo que habían perdido a causa de ese viaje de última hora.

—¿Algún plan para esta noche? —la voz de Connor sonó sugerente cuando se sentó frente a su mesa en uno de las dos sillas que allí había.

—Seguro que tienen planes para recuperar los buenos tiempos de sus comienzos —secundó Autum sentándose en la otra silla y mirándola con diversión. Beth sintió que sus mejillas ardían y se ocultó tras una cortina de cabello mientras escribía por última vez su firma en un par de documentos. Sin hablar y sin mirarles ni una sola ocasión, caminó hacia la puerta, cogió su abrigo y su bolso que estaban colgados en el pechero y se los colocó en su brazo.

—¿Te vas sin decirnos nada? —preguntó Connor escandalizado.

—No acostumbro a cotillear sobre mi vida privada —remarcó abriendo la puerta y saliendo de su despacho.

—¡Pero no es cotillear cuando hablamos entre amigas! —exclamó Autum.

—Olvidadme... no existo hasta el lunes... ¡Adiós! —alzó una mano sobre su cabeza y se metió en el ascensor dejando a sus amigos atrás.

—¡Ingrata! —escuchó que Connor gritaba mientras las puertas se cerraban.

Todavía reía cuando llegó a la puerta principal y salió al exterior del edificio, cerró bien su abrigo, se colocó la bufanda y se encogió sintiendo el viento helado que arremolinaba algunos copos de nieve frente a su rostro. Nunca le había gustado el frío, pero Chicago era como si le hubiesen hecho un lavado de cerebro y todo lo que odiaba comenzara a gustarle, todo tenía un cariz diferente cuando lo mirabas con otro punto de vista.

Avanzó con decisión por las calles del centro, algunos transeúntes con los que se cruzaban llevaban tanta prisa como ella, y los más incautos se detenían para sacarse fotos o mirar los rascacielos. Ella tenía una lección muy bien aprendida,

cuando nevaba era de locos detenerse, lo mejor era estar en movimiento y llegar a un lugar resguardado cuanto antes, por eso en cuanto entró en el *hall* del edificio de apartamentos en el que vivía Nicholas, exhaló de satisfacción al sentir el aire cálido golpeando en sus mejillas.

Saludó a Malik sonriendo y sin ningún tipo de rencor en esta ocasión, lo que ocupaba su mente en ese momento era mucho más importante que las viejas rencillas que podía tener con el portero del edificio. No podía dejar de pensar en la bolsa de *Victoria Secret* que tenía guardada en el fondo del armario desde el mismo día en que Nicholas salió en ese viaje improvisado. Había ido corriendo a la tienda de lencería para poder sorprenderle en una de esas noches en las que estaban alejados, pero Autum quedándose a dormir con ella la noche anterior y el cansancio de la otra más le había obligado a posponer sus planes y tenía que ser esa noche sí o sí, porque regresaba al día siguiente y ya no sería posible después.

Se dio una larga ducha y cenó alguna de las sobras de pizza de la noche anterior, se sentía más eufórica que hambrienta, así que solo calmó su hambre y fue correteando a su habitación después de dejarle la cena a Darcy en su plato de comida. Frente al espejo del baño se colocó el liguero que había elegido sintiendo sus manos más temblorosas que de costumbre, incluso se sentía un poco fuera de lugar, como la primera vez que había hecho eso por teléfono. Ajustó los broches de las medias, se dio un par de vueltas mirándose en todos los ángulos posibles y cuando decidió que estaba perfecta dejó salir el aire en un resoplido y tomó una fuerte inspiración.

Salió del baño sintiendo como sus piernas temblaban más de lo habitual, caminó descalza a lo largo del pasillo hacia la biblioteca, donde había dejado su ordenador sobre el escritorio y apuntando hacia la silla de cuero que habría frente a este. Casi desde el primer momento en que había visto esa silla se imaginó sentada sobre ella completamente desnuda, o casi, como en esa ocasión. Cerró la puerta tras ella sintiendo como su corazón retumbaba en su pecho, y avanzó hasta quedarse junto al dichoso mueble y mirándolo de reojo.

Primero lo acarició con suavidad tan solo con la punta de sus dedos, sintiendo la suavidad de la piel marrón con la que estaba tapizado. Se sentía titubeando un poco, se sentó y la visión de esa habitación desde esa posición era un poco abrumadora, había estado allí muchas veces, pero sentada en el sofá del fondo mientras leía, pero verlo desde allí era más imponente y sobrecogedor, sobre todo iluminado tan solo por la pequeña lámpara que había sobre el escritorio.

Sin pensar demasiado en lo que estaba haciendo para así no arrepentirse,

levantó el auricular que había junto a la lámpara y marcó los números del teléfono de Nicholas de memoria. Esperó pacientemente escuchando los tonos de llamada hasta que su suave voz, ronca por el cansancio y el sueño, la saludó al otro lado.

—*Hola nena...*

—¿Cómo sabías que era yo?

—*Nadie más me llamaría desde casa...*

«Casa». Le daba un poco de vértigo escuchar esa palabra de sus labios, es como si ya diese por hecho que ella se quedaría allí, que vivirían juntos y que todo lo que habían pasado se quedaba atrás. Pero estaba aterrada ante esa perspectiva, no quería precipitarse y estropearlo todo, en el pasado no les había ido muy bien cuando precipitaron las cosas.

—¿Un día largo? —preguntó en un susurro decidiendo no pensar en eso, en ese momento lo que tenía planeado hacer era muy diferente, ya tendría tiempo de asustarse más tarde, cuando estuviese satisfecha y echándole de menos todavía más.

—*No te lo puedes ni imaginar...* —suspiró Nicholas—. *El señor Hitman es un hueso duro de roer y eso que creí que lo tendría en el bolsillo con la oferta por sus acciones, pero quiere más dinero por muchas menos... no sé qué más argumentar para convencerlo.*

—Ya se te ocurrirá algo... tu eres un hombre de recursos —se escuchó ronronear y un suave gemido desde el otro lado le dio la seguridad que necesitaba. Sintióse un poco osada, subió las piernas sobre la mesa y las cruzó a la altura de los tobillos, movió el ratón del ordenador para que la pantalla de su portátil se encendiese y aquel chat, con aquellos corazoncitos en el fondo de la imagen, tenía el puntero negro parpadeando, marcando cada segundo y haciendo que la expectativa fuese mayor.

—¿Estás trabajando todavía? —preguntó con coquetería. Escuchó como Nicholas se removía, el susurro de la ropa llegó a sus oídos a través de la línea telefónica, y casi se lo pudo imaginar pasando una mano por su cabello y su rostro con cansancio.

—*Estaba revisando un par de informes en mi ordenador, contrastando datos... mañana tengo una reunión antes de coger el avión y esperaba poder convencer al señor Hitman para que venda antes de partir...*

—Y... ¿has terminado? Un largo silencio se interpuso entre ellos, la expectativa comenzaba a enfriarse y ella también... ¿estaba siendo demasiado

obvia? O por el contrario... ¿demasiado sutil? Quizás Nicholas estaba realmente cansado y solo quería meterse en la cama y dormir.

—*¿Me estás proponiendo algo?* —y así de simple... sus dudas fueron disipadas cuando reconoció a su Darcy en esas palabras.

—¿Estás cansado?

—*Ya no...*

—Ehm... —mordió su labio inferior y la anticipación envió un escalofrío por su espalda — ¿recuerdas el chat?

—*Joder...* —jadeó él al otro lado. Pero no tardó en ver su foto activada al lado del chat abierto, sin dudar ni un momento envió una solicitud de videoconferencia y los segundos que él tardó en aceptarla se le hicieron eternos. Su imagen comenzó a hacerse visible en el monitor, la visión de aquella habitación de hotel le recordó mucho a la primera vez y tuvo una especie de *déjà vu*. Nicholas estaba sentado en una silla con la cama tras él, vestía una camisa con los primeros botones desabrochados y las mangas arremangadas, se le hizo la boca agua al imaginar su pecho bajo aquella prenda, al recordar como se sentía su piel bajo sus manos. Tragó en seco y volvió la mirada a su rostro, sus ojos quemaban, la imagen apenas tenía nitidez, pero podía imaginar perfectamente el fuego en sus ojos, el modo en que la desnudaba sin tocarla.

—*¿Pero... qué llevas puesto? ¿Quieres matarme?* —escuchó su voz a través del ordenador lo que le hizo dejar el teléfono sobre la mesa. Sonrió con arrogancia, sabía que lo había puesto nervioso, quiso echar más leña al fuego, colocó las piernas en el suelo y se levantó lentamente, se alejó de la mesa un par de pasos y giró sobre sí misma un par de veces como si estuviese desfilando en una pasarela.

—¿Te gusta? —preguntó fingiendo timidez.

—*Quiero arrancártelo...* —gruñó con fuerza.

—No, no... esas no son las palabras mágicas señor Darcy —ronroneó de nuevo y se sentó en la silla pareciendo avergonzada —. Las gatitas se asustan si no se les habla bien.

Nicholas revolvió su cabello con una de sus manos... parecía ansioso y a punto de salir fuera de sí. Se inclinó hacia delante, más cerca del objetivo de la cámara, y su rostro ocupó la pantalla entera.

—*Quiero despojar tu cuerpo de cada una de esas indecentes prendas que llevas, quiero hacerte un traje de besos hasta que grites mi nombre y una vez que lo hagas, voy a*

*enterrarme en ti una y otra vez hasta que supliques clemencia.*

Cada una de las palabras pronunciadas se clavó en su sexo provocando un estremecimiento de placer, se sentía abrumada y esta vez nada tenía que ver con el tamaño de la habitación ni la visión diferente desde esa posición. Nicholas era el único capaz de desestabilizar su mundo estando a kilómetros de distancia y sin tan siquiera tocarla.

—Dime qué quieres que haga... —murmuró casi en trance.

—*¿Cómo en los viejos tiempos?* —un tono oscuro y ardiente tiñó su voz.

—Como en los viejos tiempos... —concordó. Él sonrió y se reclinó de nuevo en la silla, su imagen era imponente, le obligaba a contener la respiración a riesgo de dejar escapar un suspiro de adoración cada diez segundos.

Él comenzó a desabrochar los botones de su camisa con deliberada lentitud, Beth no pudo apartar la mirada de esos dedos que con movimientos elegantes iban desprendiendo los botones uno a uno hasta que no quedó ninguno. La visión de ese pecho ancho, sin apenas vello y casi perfecto a sus ojos, ocupó toda la pantalla mientras él se deshacía de la camisa y la dejaba caer al suelo. Después volvió a acomodarse en la silla, apoyó los codos en los reposabrazos y unió la punta de los dedos de una mano con los de la otra frente a su boca, mirando atentamente hacia el lugar donde tenía su ordenador.

—*Abre las piernas para mí, preciosa...* —murmuró. Un escalofrío recorrió su espalda y murió en su vientre, cerró las manos en puños y se recordó que no era la primera vez que hacían eso, que el que estaba al otro lado era Nicholas y que en ese momento no sería ningún secreto lo que tenían, no estaba prohibido y podría disfrutar sin restricciones. Sonrió y abrió las piernas lentamente, cuidando de estar en un ángulo apropiado para que Nicholas no se perdiese ni un segundo de lo que estaba haciendo.

—*¿Cuándo has comprado eso?* —le preguntó con voz ahogada.

—Hace unos días.

—*Eres mala conmigo...* —mordió labio inferior y su mirada todavía quemaba sobre ella—. *Cuando vuelva a casa mañana quiero que tengas eso puesto, voy a arrancártelo... con los dientes si es necesario.*

Beth exhaló casi sin aliento y toda su piel se puso de gallina, creía en esas promesas, sabía que él era capaz de eso y de mucho más. Anhelaba que cumpliera cada una de las cosas que le estaba diciendo y la distancia de ese momento le dolía,

se le clavaba en el pecho y casi no la dejaba respirar.

—*Esas braguitas son demasiado pequeñas...* —lo escuchó susurrar— *apenas te tapan...*

Volviendo su atención a él observó que su cinturón estaba suelto así como el botón de su pantalón, y la cinturilla de su bóxer negro se adivinaba bajo ellos.

—*¿Te las quitarías para mí?*

Beth sonrió por el tono inocente con el que quiso camuflar su pregunta, estaba muy equivocado si pensaba que no era evidente la lujuria que desprendía cada palabra que pronunciaba en ese momento. Se puso en pie con deliberada lentitud y sin alejar la mirada del ordenador para no perder ni uno de sus gestos, metió los pulgares en la cintura de sus braguitas y las deslizó por sus caderas hasta sus muslos y después las soltó para que ellas solas hiciesen su viaje al suelo gracias a la gravedad. Nicholas exhaló y se acomodó en la silla con nerviosismo.

—Puedes tocarte... —le instó con una sonrisa de suficiencia.

—*No... tú primero* —sonrió.

—De acuerdo... —Beth colocó las manos sobre sus muslos.

—*¡Espera, espera!* —le interrumpió—. *Más despacio gatita... alza tu pierna y apóyala en la silla.*

Todavía en pie, dobló su rodilla colocándola sobre el sillón y no se sorprendió al sentir su sexo completamente expuesto.

—*Muy bien...* —le premió—. *Ahora dime lo que te gustaría que estuviese haciendo yo.*

—Te quiero detrás de mí... tocándome —murmuró cerrando los ojos para poder imaginar lo que pronunciaba.

—*¿Dónde?*

—Aquí... —su voz tembló mientras deslizaba las manos hacia la cara interna de sus muslos y ascendía lentamente—. Y aquí... —llegó a su sexo y se acarició superficialmente sintiendo como se estremecía solo de imaginar sus manos sobre su piel de ese modo.

—*¿Qué más, Beth?*

—Te necesito dentro de mí... muy dentro.

—*Ayúdame a entrar...* —gimió. Abrió los ojos unos segundos mientras uno de

sus dedos se abría paso entre los labios de sus sexo y se introducía en ella con lentitud, lo que vio en el monitor del ordenador la sorprendió y a la vez se lo esperaba. Nicholas sostenía su miembro erguido entre sus manos, lo masajeaba en sentido ascendente y descendente acompasadamente y tenía los ojos clavados en el objetivo de la cámara, aunque sabía que miraba su imagen.

—Nicholas... —masculló sintiendo una presión casi insoportable en su vientre.

—*Sí, preciosa... sigue así...*

Sus palabras la instaron a acariciarse con más rapidez, mientras se penetraba con dos de sus dedos su otra mano acariciaba su clítoris con movimientos circulares. Sus rodillas temblaban y se sentía a punto de perder el equilibrio, pero lo soportó por su imagen, que la tenía hechizada y a punto del colapso.

—*Mierda Beth...* —gruñó Nicholas y quedó hipnotizada por la expresión de su rostro mientras llegaba al orgasmo y eyaculaba sobre su estómago. Tan solo eso fue suficiente para empujarla al abismo y sintió que caía en un espiral de fuegos artificiales y estrellas, cerró los ojos y gimió con fuerza mordiendo su labio inferior para evitar gritar. Cuando todo se hubo serenado se descubrió apoyada en la mesa y jadeando, sus rodillas estaban en el suelo y apoyaba su frente sobre sus manos que se aferraban con fuerza a la madera del escritorio. Alzó la mirada y Nicholas permanecía sentado sobre la silla, pero su postura era relajada y casi estaba despatarrado, también jadeaba y miraba hacia el ordenador con los ojos entornados por el cansancio.

—Te amo —exhaló sudorosa y casi sin aliento. Se levantó lentamente y se dejó caer sobre la silla, volvió a mirar a Nicholas y él la observaba con una sonrisa.

—*Yo también te amo...* —le dijo con voz suave.

—¿A qué hora llegas?

—*Creo que a las doce... no vayas a buscarme al aeropuerto, mejor espérame en la cama con eso puesto...* —ronroneó. Beth dejó salir una risita y arrugó la nariz.

—No sé si podré esperar a que llegues a casa.

—¿*Ansiosa?*

—Mucho.

—¿*No has quedado satisfecha esta noche?*

—Si no estás aquí nunca es igual de satisfactorio.



—*Puedo entender eso* —concordó. Se quedaron en un cómo silencio, tan solo se miraban y sonreían, Nicholas se inclinó hacia delante de nuevo y tan solo podía ver su rostro, sus ojos brillando mientras le observaba y sintiendo como cada fibra de su ser amaba a ese hombre por encima de todo.

—*Cásate conmigo...*

—¿Qué? —preguntó aturdida y sin poder entender lo que creyó escuchar.

—*Sé que es precipitado, pero no tiene por qué ser mañana mismo, solo prométeme que te casarás conmigo... algún día.*

—Nicholas... yo... —titubeó sin saber muy bien que decir.

—*Escucha, sé que tienes miedo y que...* —sus argumentos fueron interrumpidos por varios golpes en la puerta.

—Llaman a la puerta —le informó ella interrumpiéndolo también.

—¿Esperas a alguien?

—No... —murmuró— voy a ver quien es y luego te llamo.

—*De acuerdo pero...* —frunció el ceño y pareció mirarla de arriba abajo aunque eso era imposible— *tápate un poco.* Beth dejó salir una risita.

—Te amo.

—*Y yo a ti* —escuchó antes de cerrar la ventana del chat.

Se puso en pie de un salto y fue corriendo hacia su habitación, donde cogió una bata y se la puso sobre los hombros, salió al pasillo mientras ataba el lazo de la cintura y daba un saltito para no atropellar a Darcy, que decidió que ese era un buen lugar para tumbarse sobre su espalda y jugar con una pelusa imaginaria.

Cuando llegó a la puerta tomó una fuerte bocanada de aire y acomodó un poco su cabello para no parecer que acababa de follar con alguien, pensó que eso podría ser un poco evidente. Sujetó el pomo de la puerta y lo giró esperando encontrarse a Autum al otro lado, con una botella de tequila y ganas de fiesta, quizás también se tratase de Connor, con la misma intención que Autum o quizás incluso ambos juntos, habían hecho un frente unido para molestarla siempre que pudiesen.

Pero lo no que esperaba era encontrarse ante una pareja de personas un poco entradas en años. Ambos, el hombre y la mujer, pasaban de los cincuenta años y quizás incluso también de los sesenta. Ella tenía su cabello castaño recogido en un apretado moño en la parte posterior de su cabeza, un collar de perlas blancas

adornaba su cuello y un grueso abrigo gris perla la protegía del frío del exterior. El hombre tenía un abrigo negro tres cuartos, bajo el que podía verse un elegante traje y zapatos de piel, su pelo completamente encanecido estaba perfectamente peinado hacia atrás.

Ambos la miraron fijamente, con una expresión de sorpresa en sus rostros, pero estaba segura de que sus expresiones no eran mejores que la suya, se había cagado directamente en las bragas, bueno no... no las levaba, si las levase se habría cagado en ellas. ¿Esas dos personas eran quien realmente pensaba que eran? ¿Esas dos personas estaban frente a su puerta justo después de que Nicholas le hubiese regalado un orgasmo?

¿Esas dos personas estaban en su puerta justo después de que hubiese dejado a Nicholas completamente frustrado y comenzando a sentirse celoso porque no contestó con un «sí» a la pregunta que ella consideraba maldita?

—¿Hola...? —saludó-preguntó con un hilo de voz.

—Disculpe... —murmuró el hombre con un marcado acento inglés y pasó un brazo por los hombros de la mujer que estaba a su izquierda—. Creo que hemos cometido un error y hemos llamado a la puerta equivocada. Beth tragó saliva y clavó su mirada en los ojos verdes de aquel hombre, eran tan iguales... ¡mierda! No se habían equivocado, por desgracia no lo habían hecho.

—¿A quién buscan? —preguntó sujetándose a la puerta para no perder el equilibrio, estaba muerta de miedo y de vergüenza.

—A Nicholas Bratcher —dijo la mujer y ya no hubo lugar a dudas. Todo el color abandonó su rostro y volvió a tragar en seco.

—Ehm... no se han equivocado, él vive aquí —susurró con un hilo de voz y desvió la mirada al suelo.

—¡Oh! —exclamaron ambos totalmente sorprendidos.

—Está de viaje ahora mismo pero regresará mañana —explicó atropelladamente—. Por las maletas deduzco que no irán a un hotel, así que pueden pasar y ocupar la habitación de invitados, puedo llamar a Declan para que les haga compañía, supongo que también querrán verle a él... pero no sé si estará muy ocupado con Autum, creo que tenían planes. Pero puedo intentar llamarle para que venga y así se trae a Autum y así todos nos conocemos.

Ambos la miraban casi sin parpadear y completamente sorprendidos.

—Lo siento... —casi gimió y cerró los ojos para centrarse —espero que me

disculpen, hablo demasiado cuando me pongo nerviosa... por favor pasen. Aceptaron su invitación con un poco de vacilación y ella se hizo a un lado para que entrasen, en el movimiento pisó una de las patitas de Darcy, que se había colocado a su lado, y el gato bufó enojado antes de salir corriendo con su rabo completamente erizado.

—¡Un gato! —escuchó que la mujer exhalaba en voz baja.

—Creo que no nos hemos presentado, somos Henry y Adelaide Bratcher, los padres de Nicholas —dijo el hombre extendiendo su mano hacia ella. Beth contuvo un bufido ante lo obvia que le pareció esa presentación, ese hombre tenía sus ojos y su porte, Nicholas y él eran casi como dos gotas de agua.

—Yo soy Beth Price... Elizabeth —dijo torpemente—, la... esto... ¿novia? Sí, la novia de Nicholas —podía decir con seguridad que era su novia después de que él le hubiese hecho *la pregunta*.

—Uhm... —murmuró la mujer mientras también estrechaba su mano—. Creo que mi hijo no nos ha dicho que tenía novia...

—murmuró con algo similar al desdén.

—Genial... —masculló incómoda—. ¿Han cenado?

—Sí, en el avión... fue un viaje muy largo desde Londres. Un silencio incómodo se cernió sobre ellos y durante ese largo minuto Beth contuvo la necesidad de balancearse sobre sus pies ante lo inverosímil y lo absurdo de la situación, ese tipo de cosas solo podían ocurrirle a ella.

—¿Cuándo regresa nuestro hijo? —preguntó el hombre, Henry, tras un carraspeo.

—Mañana... al medio día —espetó con evidente incomodidad.

—Henry, estoy cansada con este cambio de horario... ¿vamos a la cama?

—Claro, querida.

—Les acompaño —invitó.

—No es necesario, conocemos el camino —Adelaide, la mujer, rechazó la oferta con elegancia—. Buenas noches, Elizabeth.

—Buenas noches... —repitió aturdida. Se quedó estática mientras vio como el hombre cargaba con dos maletas y se abría paso a lo largo del apartamento de Nicholas y era seguido por aquella mujer que como poco se había llevado una muy mala impresión de ella. Cuando ambos desaparecieron tras la puerta de la

habitación de invitados, suspiró y se dejó caer derrotada contra la pared, de todas las noches del año tuvieron que llegar a la ciudad exactamente una en la que Nicholas estaba de viaje. No sabía exactamente qué pasaría la mañana siguiente, sospechaba que sería un momento incluso más incómodo del que había vivido unos minutos antes.

## CAPÍTULO 26

*12 de noviembre de 2010*

Estaba segura de que en todo el apartamento no había ni un solo reloj de agujas, pero podía sentir el insistente tic-tac marcando cada segundo en el pesado silencio que les rodeaba. Se sentía ansiosa, inestable, esa mujer estaba sentada frente a ella y no parecía que fuese a tener ni un solo gesto amable, ni siquiera una palabra o una mirada.

Beth apenas había podido pegar ojo en toda la noche, en su cabeza no dejaban de repetirse las imágenes de lo que había sucedido la noche anterior con los padres de Nicholas, queriendo dejar a un lado lo que él le había dicho antes de que acabar la videoconferencia. No quería pensar en aquella pregunta y mucho menos en las dos únicas posibles respuestas... no podía decir que no, pero decir que sí tampoco era una opción, se sentía entre la espada y la pared.

Suspiró una vez más removiendo su té, odiaba el té, era como si estuviese bebiendo hierba, le dejaba la boca seca y mal sabor en la lengua, pero quería al menos aparentar que las costumbres inglesas no eran un inconveniente para ella. Sabía que ese dato por sí solo no le haría ganar puntos frente a la madre de Nicholas, pero esperaba que le ayudase aunque fuese solo un poquito. Adelaide, la correcta Adelaide, estaba sentada frente a ella en la mesa de la cocina, su cabello continuaba apretado en un perfecto moño y la miraba por el borde su taza como si fuese una cucaracha que debía aplastar al mínimo descuido. Vestía tan

elegantemente como la noche anterior, un impecable vestido color arena que se amoldaba a su figura, que pese a la edad que tenía, era estilizada. Beth se sentía pequeña en su presencia, era como si la fuerza de esa mujer fuese mayor a la suya y la hiciese parecer débil.

—Así que... ¿Nicholas sabe que venían de visita? —preguntó para romper el silencio que estaba comenzando a hacer que se sintiese todavía más nerviosa.

—No... queríamos darle una sorpresa —fue su única respuesta. Beth se removió incómoda y bebió el contenido de su taza de un solo golpe, el sabor amargo del té verde casi le hace vomitar pero disimuló las náuseas lo mejor que pudo.

Se puso pie con lentitud y alisó las inexistentes arrugas de su vestido verde pasando sus manos por la falda, esa mañana había puesto especial cuidado en vestirse perfecta, nunca era tan meticulosa, pero las visitas sorpresa, y sobre todo la actitud de estas, le habían hecho que se sintiese en la necesidad de verse más arreglada de lo habitual.

—Voy a... —carraspeó para tragar el nudo de su garganta y forzó una sonrisa —voy a adelantar un poco de trabajo —se excusó caminando hacia la puerta.

—¿En que trabajas? —el sonido de su voz afilada hizo que se detuviese de golpe y tomase una gran bocanada de aire antes de girarse.

—Ehm... trabajo en las oficinas Fisher, una de las compañías de la que Nicholas es socio, soy una de las asistentes de Ethan.

—¿Asistentes? —preguntó ella alzando una ceja con escepticismo.

Beth casi pudo imaginar como los supuestos acontecimientos pasaban por su cabeza: la chica pobre que consigue un trabajo por encima de sus posibilidades, pero que seguro que tiene algún padrino que le echa una mano para que pueda conseguirlo, un día llega el socio guapo y rico a la oficina y ella hace todo lo posible para hacerlo caer a sus pies, así tendrá el resto de su vida solucionada y no tendrá que volver a trabajar.

Odiaba esos estereotipos, sobre todo porque en su mayor parte guardaban una historia mucho más compleja o incluso trágica en el interior. Quiso pensar que Adelaide, la madre de Nicholas, no era de ese tipo de personas que se dejaban influenciar por las apariencias, tal y como su propia madre, pero la mirada tensa y expectante que le estaba dedicando indicaba todo lo contrario.

—Sí, soy economista desde hace años, después de trabajar en la compañía de mi familia comencé a hacerlo en la de Ethan —explicó con dificultad para no tartamudear.

Adelaide frunció los labios y miró hacia su té unos segundos antes de suspirar, en esta ocasión quiso pensar que había derribado al menos un muro entre ellas, no era una muerte de hambre, no necesitaba ni un solo dólar de la fortuna de Nicholas y podía sobrevivir perfectamente sin su ayuda, esperaba que esa mujer pudiese valorar eso y no viese en ella a una lagarta intentando escalar posiciones social y económicamente. No necesitaba a Nicholas para eso, era una Price después de todo.

—Intentaré no hacer demasiado ruido para no molestarte —farfulló la mujer sin mirarle a la cara.

Beth dejó salir todo el aire que mantenía en sus pulmones en un largo suspiro, podía haber sido peor, pero esa mujer la tenía en tensión permanente, quería creer que bajo toda aquella actitud austera y recta había una madre que adoraba a su hijos, que era todo lo contrario a Abigail, pero le resultaba difícil cuando la miraba de ese modo. Aunque si lo pensaba bien quizás tan solo la estuviese analizando a ella, comprobando si de verdad amaba a Nicholas por lo que era y no por quien era.

—Si necesita algo... estaré en la biblioteca —sin esperar contestación salió casi corriendo hacia aquella habitación y cerró la puerta quizás con un poco más de fuerza de la necesaria, provocando así un fuerte estruendo.

Dejó descansar su espalda en la madera y frotó su frente con nerviosismo, sintió como sus manos temblaban más de lo habitual e intentó ignorarlo respirando profundamente para tranquilizarse. No sabía exactamente el motivo de su estado, bueno... realmente lo sabía, esa mujer le alteraba los nervios, no entendía el porqué de sus miradas intensas, ni por qué la observaba como si de un momento a otro fuese a saltarle al cuello.

Desde el instante en que abrió la puerta y sus miradas se cruzaron la mujer tuvo esa actitud distante y altanera con ella, como si fuese poca cosa para su hijo, sabía en cierto modo que era así, era casi un milagro que Nicholas le hubiese perdonado y estuviesen juntos pese a todo, pero era una decisión que él debía tomar solo y aunque su madre no estuviese de acuerdo, debía aceptarlo por su felicidad... o al menos esperaba que lo aceptase.

Caminó hasta sentarse tras el escritorio de Nicholas y pasó una mano por su

cabello suelto, mientras se arreglaba pensó en volver a hacerse uno de sus apretados moños e incluso ponerse las gafas que utilizaba antes de conocer a Nicholas, creía que de ese modo la señora Bratcher podría respetarla un poco más, pero decidió que esa que quería mostrar no era ella misma y era mejor ser tal y como era pesase a quien le pesase.

Encendió el ordenador que continuaba sobre la mesa desde la noche anterior, el recuerdo de lo ocurrido allí unas horas antes la hizo sonreír y sintió como sus mejillas se coloreaban ligeramente. Tras pulsar el botón que encendía el aparato y mientras cargaba el sistema operativo miró a su alrededor sintiendo que tras esas cuatro paredes se sentía más cómoda y segura que en el resto del apartamento, allí estaba más en su ambiente y sin que la señora Bratcher la mirase con esa frialdad.

Se reacomodó en la silla y jugueteó moviendo los pies mientras pensaba en volver a llamar a Nicholas, las veces que lo había intentado se encontró el buzón de voz donde ya había dejado varios mensajes. Estaba a punto de coger el auricular del teléfono cuando su pie se enredó en algo, miró hacia el suelo y en el tacón de uno de sus zapatos estaban enredadas las braguitas blancas que se había quitado la noche anterior.

Ahogó una carcajada, más por nervios que porque realmente eso le pareciese divertido, y sujetó la pequeña prenda solo con los dedos como si le fuese morder. Abrió un cajón y la guardó cerrándolo con más fuerza de la necesaria cuando se escucharon unos fuertes golpes en la puerta que resonaron en la habitación. La madera se abrió un poco y la cabeza de Henry se coló por el hueco buscándola con la mirada.

—Siento molestarte —se disculpó con una sonrisa afable—, ¿sabes la hora exacta a la que llegará Nicholas?

Beth se puso en pie y volvió a alisar su vestido con ansiedad.

—Anoche me dijo que su avión llegaría a medio día y que vendría directamente hacia aquí —a su mente vino la promesa que le hizo la noche anterior y sus mejillas volvieron a colorearse. Henry volvió a sonreír y pareció que iba a decir algo más pero se despidió y desapareció tras la puerta.

Beth se desplomó sobre la silla y se sujetó la cabeza con ambas manos, por un momento pensó que lo mejor sería llamar a Declan y pedirle ayuda, también eran sus padres y tendría que lidiar con ellos, pero sabía que si lo llamaba tendría que soportar sus bromas durante demasiado tiempo, y las bromas de Declan ya



eran cansinas y repetitivas, no necesitaba darle más motivos para burlarse de ella. Miró el reloj y sintió que su ánimo decaía un poco, todavía faltaban dos horas para que Nicholas llegase a Chicago, dos largas horas en las que no podría estar escondida todo el tiempo, en algún momento tendría que hacer acto de presencia e intentar socializar con los que serían sus suegros, solo pensar en esa palabra le daba escalofríos y traía a su mente la pregunta de Nicholas de la noche anterior...

\*\*\*

Estaba en la cocina, lavando un par de tazas que Henry y Adelaide habían manchado al tomarse otro té... ¿no era que los ingleses lo tomaban a las cinco de la tarde?

A lo largo de la mañana la buena señora se tomó tres, uno tras otro y arrugando la nariz porque al parecer no era de la marca que le gustaba, ella no tenía la culpa, no esperaba visitas con gustos tan exquisitos, ya podría dar las gracias de que tuviese té y no solo café en cápsulas como era habitual. Guardando las malditas tazas recordó lo que la mujer las criticó un poco porque no eran blancas, ella tampoco tenía la culpa de que la vajilla de Nicholas fuese negra... ya estaba allí cuando llegó. Bufó y masculló una mala palabra, no esperaba que la mujer saltase en un pie cuando la conociese, tampoco que le recibiese con los brazos abiertos, pero esa actitud negativa y desafiante estaba comenzando a minarla un poco... ¿sería siempre así? Si contestaba afirmativamente a la maldita pregunta ¿sería siempre así con ella? ¿Una batalla constante, una demostración de poder y de dejar claro cuál era su lugar? No sabía si estaba dispuesta a soportar eso, ya había pasado por demasiadas cosas en su vida; había sido quien todos esperaban de ella sin importar si estaba de acuerdo con eso o no, había accedido a las peticiones absurdas de su padre porque se suponía que era eso lo que tenía que hacer, no estaba dispuesta a dejarse amedrentar por su suegra... ni en broma. ¿Suegra? Uhg... Hasta la palabra sonaba como un insulto, era como el nombre de un bicho asqueroso y lleno de veneno.

Tendría que ir a la sección de droguería del supermercado y mirar detenidamente por si podía encontrar un insecticida para librarse de las suegras. Se rio en silencio de su tonta broma y pensó que al menos no iba a perder el sentido

del humor, ya había soportado suficientes penurias para dejarse hundir ahora.

Estaba tomando una fuerte bocanada de aire tras su corta carcajada silenciosa cuando escuchó como se abría la puerta principal, dio un brinco y salió corriendo en esa dirección. Llegó justo a tiempo para ver como Nicholas cerraba el pedazo de madera tras él y le dedicaba una mirada evaluadora, la miró de arriba a abajo deteniéndose fijamente en su rostro y frunciendo el ceño.

—¿Dónde está el trajecito blanco de anoche? —preguntó con una ceja enarcada. Beth dejó escapar una risa histérica, presa de los nervios que estrujaban su estómago y apretaban su garganta en un fuerte nudo.

—Verás, tene... —fue silenciada por un dedo que se posó sobre sus labios y le miró asustada.

—Después me cuentas lo que sea... —susurró en su oído mientras la envolvía en sus brazos y la atraía hacia su cuerpo—. Ahora dame una bienvenida como es debido, he estado fuera cuatro días y lo de anoche fue demasiado frío si lo comparamos con...

—Tus padres están aquí —espetó sabiendo que no se detendría y que ella no podría negarse.

Nicholas se alejó del hueco de su cuello, donde estaba comenzando a dejar algún beso, la miró fijamente a los ojos y una de sus cejas comenzó a palpar.

—¿Los has conocido? —preguntó con cautela.

—Sí... —exhaló con nerviosismo—, tu madre ha sido muy... elegante —admitió en un susurro. Nicholas se alejó un poco de ella y resopló.

—¿En qué hotel están?

A Beth se le escapó otra risita histérica y ocultó su boca con una mano.

—Están en la habitación de invitados, tu padre es un cielo, te lo juro, pero tu madre es como un témpano de hielo —admitió sin darse cuenta y casi se arrepintió de ello cuando vio el entendimiento en los ojos de Nicholas.

—¿Ha sido muy cruel contigo?

—Veo que puedo ser franca —suspiró aliviada—, ha sido como...

—¿Nicholas? —se escuchó la voz de la buena señora desde la sala de estar—. ¿Nicholas, eres tú?

Él le dedicó una mirada significativa y casi un poco aterrada, besó sus labios

fugazmente y acarició su mejilla antes de pasar a su lado cuadrando los hombros y alzando la barbilla.

—¿Mamá? —su tono de voz fue como el de un niño pequeño que espera una regañina y es totalmente consciente de las consecuencias.

Beth tomó una gran bocanada de aire y la contuvo en sus pulmones mientras avanzaba hacia la sala de estar, no sabía realmente qué esperaba encontrar, pero lo que vio la descolocó por completo. Sabía que en el fondo aquella mujer no podía ser tan recatada y regia como aparentaba, en el momento en que en cruzó la puerta la vio abrazando a Nicholas y enterrando la nariz en su cuello como si estuviese recordando su aroma, él la abrazaba por la espalda y, aunque no podía ver su rostro porque le daba la espalda, casi podía imaginar que una de aquellas sonrisas genuinas adornaba su rostro.

Otra sonrisa estiró sus labios y se hizo a un lado dándoles su espacio. Cuando Adelaide tuvo suficiente de Nicholas, le soltó para que su esposo Henry la sustituyese, Beth por un momento olvidó todos los silencios cortantes y las preguntas incómodas que había tenido con esas dos personas tan solo unos minutos u horas antes, viéndolos así casi parecían una familia normal.

Se le escapó un suspiro cuando Nicholas se alejó de su padre y le dedicó una mirada, una clara invitación para que se acercase, pero no sabía si podría hacerlo. No quería interrumpir en aquella pequeña burbuja que se había creado a su alrededor, además de que no sabía si Adelaide sería igual de cortante con su hijo en frente.

Nicholas extendió su mano hacia ella y ahí no pudo negarse, tragó en seco e intentó controlar lo mejor que pudo el temblor de su mano cuando sujetó la suya, él envolvió su espalda con un brazo, no sabía si era para confortarla o simplemente un gesto cariñoso como tantos había tenido con ella.

—Creo que ya conocéis a Beth —dijo con verdadera emoción en su voz y, mirando en sus ojos en ese momento, podía verse orgullo y alegría. Inspiró profundamente dándose valor para alzar la mirada y se encontró con los ojos verdes de Henry tan iguales a los de Nicholas, que la observaban con alegría, a la buena señora no se atrevió a mirarla, no quería estropear el momento si es que ella estaba siendo tan perra como antes de que su hijo llegase.

—Claro que la conocemos, ha sido muy amable con nosotros —murmuró Henry—, teniendo en cuenta que hemos venido sin avisar y que hemos estado incomodando por aquí, ella ha sido una perfecta anfitriona.

Beth sonrió sintiéndose un poco avergonzada y miró a Nicholas de soslayo, él parecía totalmente ajeno a que estaba a punto de colapsar por culpa de los nervios, que estrujaban con fuerza su estómago y que cerraban su garganta con un nudo.

—Sentaos y contadnos cosas, tenemos mucho de que hablar —añadió la mujer.

Beth la observó con el ceño fruncido, su voz no se escuchó para nada a como lo había hecho antes, su tono se volvió dulce y cálido, casi meloso, y miraba a Nicholas con adoración, como si estuviese viendo el sol después de años de oscuridad. Nicholas se sentó en el sofá, frente a ellos, sujetó una de sus manos y tiró de ella instándole a sentarse a su lado, lo hizo algo reticente pero se sintió mucho mejor cuando sus dedos se entrelazaron con los suyos y su pulgar acarició el dorso de su mano con suavidad. Le miró un par de segundos y sonrió en agradecimiento, finalmente parecía que Nicholas sí había captado que estaba nerviosa.

—¿A qué se debe vuestra visita? —preguntó él tras un minuto de silencio. Adelaide, siempre correcta, sonrió a su hijo y cruzó las manos en su regazo.

—Necesitamos cruzar todo un océano para poder ver a nuestros hijos, ¿crees que eso es normal? —comenzó a regañarle—. No lamáis, no vais de visita... parece que os habéis olvidado de que tenéis padres.

—Mamá... —se quejó Nicholas.

—Tu madre tiene razón —concordó Henry.

—Pero no costaba nada avisar de que veníais de visita, habría intentado estar aquí y no de viaje como ha ocurrido.

—Si hubiésemos avisado ya no sería una sorpresa —contestó ella en esa ocasión sonriendo ampliamente.

—Pero... ¿por qué no nos habías dicho que tienes novia? —preguntó su padre—. Todavía me cuesta creerlo... mi Nicholas con pareja estable.

Él sonrió algo avergonzado y Beth disfrutó cada segundo de esa visión, nunca lo había visto en ese estado, nunca, ni en sueños, había podido imaginar que su señor *Darcy* tuviese un lado tímido y pudiese avergonzarse.

—Porque os conozco —arrastró las palabras—, os habríais puesto histéricos, habríais cruzado el océano y habríais acosado a Beth con preguntas. No es necesario que lo hagáis...

« Si ya lo han hecho...» pensó ella con amargura mirando al suelo.

—No somos unos padres tan protectores —se quejó Adelaide y Beth estuvo a punto de alzar una ceja para poner en duda aquella afirmación. Se contuvo a tiempo para disimular y colocar un mechón de cabello tras su oreja.

—¿Cuándo os vais? —preguntó Nicholas de nuevo.

—Pronto... —sonrió Henry— solo estamos de paso. Tengo que dar una charla en el congreso de médicos en Nueva York en dos días. Venimos antes para poder veros.

—Por cierto —interrumpió Adelaide—, ¿qué le pasa a tu hermano? Anoche lo llamamos y dijo que vendría enseguida pero no ha aparecido por aquí.

Beth alzó las cejas con sorpresa y poco a poco llegó a la conclusión de que Declan no había ido solo para ponerla nerviosa, él sabía perfectamente como era su madre y no había ido para dejar que lidiase con ella completamente sola. O peor todavía, estaba demasiado *ocupado* con Autum como para tenderle una mano a la que podría ser su futura cuñada. Si ya le tenía unas cuantas guardadas a su *cuñado*, esa se sumaba a la lista y casi en la primera posición, iba a devolverle cada una de ellas aunque tardase años en hacerlo.

Alguien llamando a la puerta hizo que una sonrisa casi siniestra se dibujase en sus labios, se puso en pie de un salto y se excusó diciendo que ella iba a abrir para que pudiesen continuar hablando. Salió de la sala casi a la carrera y miró a sus pies para no tropezar con Darcy que estaba apoyado en la puerta y miraba hacia el interior de la habitación como si algo de lo que había allí dentro no le gustase. Abrió la puerta de un tirón brusco y fingió una sonrisa tirante mientras miraba como su cuñado parecía despreocupado mientras pasaba un brazo por los hombros de Autum.

—Qué bueno verte por aquí... Declan —escupió su nombre como si fuese un insulto y él frunció el ceño confundido.

—Hola Beth... ¿alguna visita importante? ¿Molestamos? —preguntó con burla. Beth apretó los dientes y abrazó a Autum susurrándole un «lo siento» al oído. Los condujo a lo largo del apartamento hacia la sala, Darcy en cuanto vio a Declan entrecerró los ojos y comenzó a bufar, finalmente su pelaje se erizó y salió corriendo en cuanto estuvo a su lado.

—¡Mirad quién ha llegado por fin! —exclamó Beth entrando en la sala—. Declan... ya crémos que no llegarías nunca.

Él sonrió forzosamente mientras saludaba a sus padres con un abrazo y después miró a Nicholas como pidiendo ayuda, pero Beth se interpuso en su ángulo de visión y sujetándolo del brazo lo condujo hacia el sofá donde le dio un empujón e hizo que se sentara.

—Cuéntanos Declan... ¿dónde estabas? —preguntó con inocencia y una sonrisa dulce, pero para los que la conocían bien no pasó desapercibido un reborde amargo y afilado en su voz.

—Ocupado... —espetó con incomodidad.

—¿Con qué?

Él parpadeó sorprendido y aquella sonrisa socarrona se dibujó en sus labios, pero ella no se asustó, estaba preparada para cualquier pulla que pudiese soltar, estaba segura de tener la respuesta correcta para cualquier cosa absurda que pudiese salir de su boca.

—Haciendo « cosas », cuñadita... ¿acaso tú no has hecho nada especial esta noche? —sus labios formaron un mohín y Beth apretó la mandíbula con fuerza—. Claro... Nick estaba de viaje... lo siento —se excusó encogiendo los hombros con indiferencia.

—Vaya Declan... tú pasándolo bien con tu novia y tus padres aquí, en un país que no conocen bien y en compañía de una completa desconocida... —ella también hizo un mohín y miró a los señores Bratcher con una disculpa—. Espero haber hecho que se sintiesen bien cuando ninguno de sus hijos estaba disponible, Nicholas tenía una excusa, pero Declan... —negó con la cabeza y chascó la lengua sin añadir nada más.

—Tenía una reunión importante —se excusó el interpelado ante la ceja alzada de su madre.

—Ya... una reunión —añadió Beth con evidente desaprobación.

Nicholas ocultó una risa con una tos y Autum miraba hacia el suelo fijamente, una pelusa inexistente en la alfombra llamó su atención y mientras aguantaba una carcajada su labio superior temblaba un poco.

—Declan... —suspiró Henry reprimiendo también una sonrisa — ¿quién es la chica que ha venido contigo?

—Una amiga.

—Su novia.

Contestaron él y Beth respectivamente, la última todavía esbozando aquella sonrisa inocente.

—¿Tienes novia? —preguntó Adelaide sorprendida.

—No —se apresuró en contestar.

—¿No tienes novia? —preguntó Autum sentada a su lado. Declan abrió y cerró la boca varias veces y Beth observaba la escena con una enorme sonrisa.

—Autum... verás... es... —balbuceó él.

—De acuerdo —ella se puso en pie y se acercó a los señores Bratcher extendiendo su mano hacia ellos para presentarse—. Soy Autum Hayers, la mejor amiga de Beth y también trabajo para Nicholas, pero no soy nada más —recalcó. Después, sin dirigirle ni una sola mirada a su chico, caminó hasta sentarse al lado de Beth y entrelazó su brazo con el suyo.

—¿Hace mucho que Beth y tú os conocéis? —preguntó Henry evidentemente divertido con la situación.

—¡Mil años! —exclamó con una sonrisa—. Creo que todavía levábamos pañales... ha sido mi mejor amiga desde siempre. De hecho... —miró a Nicholas con una chispa de alegría— fui yo quien prácticamente le presentó a su hijo Nicholas.

—Nunca te he dado las gracias por eso —dijo Nicholas apretando la mano de Beth que tenía entre la suya.

Ella observaba todo con la espalda recta y la barbilla ligeramente elevada, Declan parecía estar un poco incómodo con la situación, no era mucho, pero para ella ya era una gran victoria, él siempre se había divertido a su costa haciendo bromas para avergonzarla, que probase un poco de su medicina, aunque solo fuese un pizca, era bueno, sobre todo para su ego.

\*\*\*

—Al fin se fueron... —suspiró Nicholas cerrando la puerta y apoyando su espalda en ella. Habían sido dos días demasiado largos... mucho. Henry y

Adelaide Bratcher en el fondo eran adorables, Adelaide pareció perder un poco aquella máscara fría con la llegada de sus hijos, pero todavía mantenía un palo metido por el culo cuando se dirigía a Beth, sobre todo cuando al despedirse le susurró al oído:

—*Espero volver a verte cuando regresemos de visita, con Nicholas nunca se sabe.*

Para Beth no pasó desapercibido el tono de burla, tampoco que no era santo de la devoción de la madre de su novio, no entendía el porqué y la verdad es que tampoco le importaba en sobremanera.

Nicholas no parecía tener muy en cuenta sus opiniones, les quería, eran sus padres y les respetaba, pero era evidente que vivía una vida alejada de la suya y tomaba sus propias decisiones sin importarle si ellos estaban de acuerdo con ellas.

Beth le miró con una sonrisa cuando abrió sus brazos esperando que ella se acercase, habían dormido juntos la noche anterior, pero ella estaba tan tensa que apenas dejó que le tocara un poco, no podía relajarse cuando en la habitación de al lado estaba una mujer que parecía odiarla y un hombre que parecía tomarse todo a broma, ahora entendía de donde había sacado Declan su lado bromista, Henry continuaba todas sus bromas y hasta disfrutaba con ellas.

En ese momento se alegraba de que todos se hubiesen ido y corrió hacia Nicholas dejándose envolver por sus brazos, dejando que la tensión se evaporase y sonriendo contra su pecho en cuanto su calor la envolvió también. No importaban las suegras estiradas, tampoco los cuñados toca-varios, Nicholas era el único que importaba y el único que podía estabilizar su mundo cuando se ponía de cabeza.

—Al menos prometieron que no volverían a presentarse sin avisar — murmuró Nicholas contra su cabello antes de dejar un beso en su coronilla.

—Eso es bueno —dijo ella distraídamente, más concentrada en lo bien que se sentía apoyando la mejilla en su pecho escuchando los latidos de su corazón.

—Me compraré una casa más grande... —añadió Nicholas después de unos segundos.

—¿Para qué?

—Así cuando vuelvan seguirán estando un poco lejos mientras duermen... anoche dormiste en la otra punta de cama, fue peor que dormir solo.

—Lo siento —se alejó de él de golpe y le miró a los ojos con una disculpa—. Es solo que...



—Lo entiendo —le interrumpió besando sus labios fugazmente—, mi madre es difícil y no es fácil estar cómodo a su lado. Beth suspiró y esbozó una tímida sonrisa.

—Ahora... señorita Price —dijo él con voz ronca haciendo que sus manos descendiesen desde su cintura a su trasero—. Creo recordar que la otra noche le hice una pregunta que no obtuvo respuesta.

Su garganta se cerró con un fuerte nudo y su espalda se tensó, miró a Nicholas con los labios entreabiertos dispuesta a decirle algo, pero no sabía muy bien el qué. No quería decir que no, pero le asustaba decir que sí.

—Beth... mírame a los ojos —demandó con voz suave—. Entiendo perfectamente tus dudas.

—Estás siendo muy comprensivo esta noche —añadió con voz temblorosa y desviando la mirada.

—No es ser comprensivo, es ser realista, mi madre es una bruja cuando quiere y tú no has tenido muy buena experiencia en el matrimonio —explicó como si se tratase de cualquier tema insustancial—. Mírame y escucha, entiendo perfectamente tus dudas y tus miedos a aceptar casarte conmigo, si te soy sincero no quería preguntártelo tan pronto pero la otra noche se me escapó y que tú no me hayas contestado todavía, está empezando a hacer mella en mi autoestima —lo último lo dijo con aquella sonrisa ladeada que le detenía el corazón.

—No mientas... tu autoestima está intacta —bromeó intentando alejar el nerviosismo y la ansiedad. Nicholas los hizo girar y fue Beth la que apoyó su espalda en la puerta, él estaba frente a ella, impidiendo cualquier posible huida y quemándola con el poder de su mirada.

—No tienes que aceptar inmediatamente, sé que quizás es un poco precipitado pero te amo y sabes que no soy Daniel, nadie te obliga a casarte conmigo y eres totalmente libre de decir que no, nadie te odiará por ello.

—¿Tú tampoco me odiarás? —preguntó dudando.

—Nunca podría odiarte.

—Una vez lo hiciste...

—Lo intenté, pero fue imposible... odiaba tu recuerdo, no poder olvidarte, pero nunca te odié a ti.

—Eso es lo que no entiendo... —murmuró distraída—, ¿por qué después de

todo fuiste capaz de perdonarme? Te mentí, te engañé siendo totalmente consciente de que lo estaba haciendo, ¿tuvo algo que ver el bebé? ¿Me perdonaste por él?

Nicholas suspiró y acarició una de sus mejillas mirándola con tristeza.

—No puedo negar que tuvo algo que ver, saber que habías estado embarazada de mí... no era un bebé de Boid, era mío... quizás sea un sentimiento demasiado cavernícola, pero llevaste un trocito de mí en tu interior, eso me daba más derecho sobre ti que el maldito papel que habías firmado para él.

—Es un sentimiento retrogrado...

—Lo sé —rio—. Pero tú despiertas este tipo de sentimientos en mí —la besó de nuevo, deteniéndose un poco más esta vez, pero ella se alejó y le miró a los ojos de nuevo.

—Eso no explica por qué me perdonaste.

Nicholas resopló por la nariz y eso la hizo sonreír, realmente necesitaba saberlo, entender por qué quería compartir su vida con ella pese a todo. Cada uno de los días que pasó a su lado desde que estaba en Chicago lo disfrutaba como un regalo, como algo que probablemente tenía fecha de caducidad, nunca tuvo la garantía de que eso sería para siempre porque no entendía el motivo por el que estaba con ella.

—Autum me explicó todo aquel día —comenzó a explicar—, me dijo también lo del bebé, que lo habías perdido y que había sido por culpa de ese impresentable. Cuando le pedí verte estaba pensando más en el hecho de todo lo que estabas sufriendo en ese momento que en que me ocultases tu matrimonio obligado, pesaban más que él te hubiese maltratado y te lo hubieses callado que en todo lo que me habías hecho a mí. Fue una mentira... es evidente, una muy grande y que en su día me destrozó, nunca había sentido por nadie lo que sentía por ti y de repente me doy cuenta de que todo ha sido falso, un espejismo. Pero en el trayecto al hospital me dio tiempo a analizar lo que Autum había dicho con detenimiento, te obligaron a casarte... no le amabas y en cambio te arriesgaste para verme, para estar conmigo, le habías pedido el divorcio. No podía ser una mentira cuando podías perderlo todo por mí.

—Lo perdí de igual modo... tú te fuiste.

—Porque me lo pediste, lo último que quería en ese momento era alejarme de ti.

Se quedó en silencio... pensando, repitiendo sus palabras en su mente y buscándoles sentido. Analizando casi cada sílaba y comparando lo que él sentía con sus propios sentimientos.

—Sé que tienes miedo... —su voz baja y comprensiva le obligó a mirarle a los ojos de nuevo, brillaban tanto y con tanta ternura que se sintió abrumada. Intentó imaginarse cómo sería una vida sin él, o una vida en la que estuviesen como hasta ahora, durmiendo juntos cada noche pero sin etiquetas, diciéndose te amo pero sin promesas de futuro, sabiendo que tenía la certeza de tener con él algo más real y lo había rechazado. Sintió miedo de perderle, o no perderle pero sí de quedarse estancados en una relación sin futuro y abocada al fracaso. No quería eso con él, no quería eso para ellos. Sintió una opresión en su pecho solo al pensar en un futuro en el que no estaría con él, en el que ambos tomarían un camino diferente solo por el hecho de que no había sido capaz de superar sus miedos.

—Espero que tengas paciencia conmigo... no soy muy fácil de soportar cuando estoy bajo presión —susurró con un hilo de voz. Nicholas frunció un poco el ceño y alzó una ceja.

—¿Eso es un «sí» a mi pregunta? —preguntó con una deslumbrante sonrisa.

—Si tengo que ser sincera, no me has hecho ninguna pregunta, solo has demandado que haga algo.

Nicholas se echó a reír y besó su frente antes de ir a donde dos días atrás había dejado las maletas y su maletín, abrió el último y sacó de él una cajita azul que había visto ya alguna vez pero nunca en sus manos. Su corazón comenzó a latir a una velocidad de escándalo y temió que le fuese a dar un ataque de ansiedad o algo peor. Él regresó a la puerta principal, donde ella continuaba todavía apoyada, su caminar era lento y decidido, a cada paso sus ojos quemaban sobre su piel y le hacían sentirse más mareada y temblorosa. Cuando llegó a donde estaba unos segundos atrás, volvió a besar su frente antes de hacer ademán como si fuese a hincar una rodilla en el suelo, pero ella se apresuró en sujetarle de las mangas de su camisa para impedir que lo hiciese.

—No necesitas hacer eso —exhaló sin fuerzas.

—Sí que lo necesito, quiero hacerlo bien.

—Por favor... no necesitas arrodillarte ante mí, somos iguales en esta relación —casi suplicó. Nicholas sonrió y pareció contenerse de volver a besarla, le tendió la caja y ella la sujetó un poco vacilante. Era pequeña, apenas ocupaba la palma de su mano, las letras plateadas de la parte superior provocaron que un

escalofrío recorriese su espalda, no necesitaba haber ido exactamente a esa joyería y gastar tanto dinero.

—Ábrelo —la instó con una sonrisa. Ella dudó un poco pero finalmente hizo a un lado el lacito blanco y quitó la tapa de caja casi jadeando al ver lo que había en su interior. Un anillo de oro blanco descansaba entre los dos cojines de raso también blanco, solo era una alianza que en su parte superior se dividía en dos y ambas mitades formaban dos corazones horizontales que juntos eran el símbolo del infinito, pero el significado de lo que había tras ese anillo fue lo que la golpeó de lleno en el centro de su pecho.

—La vendedora de la tienda insistió en que te comprase un diamante, dijo que era lo más clásico y lo que a todas las chicas les gustaba. Pero nuestra relación no es clásica y tú no eres como todas...

Su voz era como un eco a su alrededor, toda su atención estaba puesta en ese pedazo de metal que estaba frente a sus ojos. Cuando se casó con Daniel nunca sintió que fuese real, ahora estaba frente a la posibilidad de vivir la emoción de ser la prometida de alguien, de lucir con orgullo un anillo en su dedo y decir con una sonrisa que amaba a un hombre. Una lágrima se deslizó por su mejilla y se sintió incapaz de hacerla desaparecer, la gota salada parecía arder y fundirse con su piel, pero pocas veces se había sentido tan feliz que tuviese que llorar para eliminar un poco de esa emoción que le apretujaba el pecho.

—¿No te gusta? —preguntó él casi con terror.

—Me encanta —aseguró mirándole a los ojos—, es perfecto.

—Entonces... ¿qué dices?

Beth rio y sorbió por la nariz, extendió la caja hacia él y secó las lágrimas que todavía empapaban sus mejillas.

—No me has preguntado nada.

—Creo que es evidente lo que quiero.

—Pero quiero asegurarme. Nicholas sonrió y negó con la cabeza.

—Vas a hacer que lo repita —aseguró a la vez que ella asentía.

—Solo quiero estar segura de que mis deducciones son acertadas. Él rio de nuevo, el sonido de su risa envolvió todo a su alrededor y le obligó a sonreír también.

—Elizabeth, te amo... ¿quieres casarte conmigo? —cada palabra fue

pronunciada con algo que ella reconoció como devoción y se grabó a fuego en su corazón.

—Sí... —susurró.

—¿Qué has dicho? —le preguntó él frunciendo el ceño teatralmente.

—Que sí.

—¿Cómo...? —preguntó de nuevo. Beth rodó los ojos y negó con la cabeza.

—Es que creo que no he escuchado bien... ¿cómo decías?

—Que sí, Nicholas.

—¿«*Sí*» qué?

—¿Vas a obligarme a pronunciarlo?

—Una y otra vez —sentenció con voz segura. Beth respiró profundamente y dejó salir el aire sonoramente por la nariz, miró sus ojos y nunca estuvo tan segura de algo en su vida.

—Sí que quiero casarme contigo.

—¿Por qué? —preguntó él una vez más.

—Porque te amo.

—¿Por qué me amas?

—Nicholas... no tientes a tu suerte.

Él rio sonoramente y sacando el anillo de su caja lo deslizó lentamente por su dedo, suspiró mientras lo miraba y le devolvió la mirada todavía sonriendo, una sonrisa amplia y deslumbrante, sus ojos brillaban con emoción y solo le faltaba dar botes para mostrar más su alegría.

—Yo también te amo —susurró acercándose a sus labios antes de besarla.

## CAPÍTULO 27

*16 de diciembre de 2010*

Los copos de nieve se deslizaban lentamente al otro lado de la ventana, algunos serpenteaban, otros se dejaban mecer por el viento, pero todos ellos llegaban al suelo y se fundían en un manto blanco que cubría la ciudad.

A Elizabeth nunca le había gustado el frío, nunca había disfrutado viendo la nieve o jugando con ella y eso no había cambiado con el paso del tiempo. Preferiría estar en una isla tropical, sentada en una tumbona y con el rumor de las olas de fondo, pero estaba allí, sentada en aquel despacho y con ese contrato frente a sus ojos.

Si algo había aprendido a lo largo del último año es que nada salía como esperaba y mucho menos nada era lo que parecía. Todo tenía otra visión, la segunda versión de la historia, lo relativo de las cosas. El peso de la pluma que sostenía entre los dedos parecía crecer más a cada segundo, el sonido de esta deslizándose sobre el papel parecía cortar en dos el silencio que les rodeaba. Dibujó primero la E, le siguió una L y al llegar a la H su corazón palpitaba tan fuerte que prácticamente era lo único que podía escuchar.

Una vez que hubo firmado dejó caer la pluma sobre la mesa y alzó la mirada para encontrarse con sus ojos, aquellos pozos verde jade que esperaba que le indicasen que estaba haciendo lo correcto, que no se equivocaba una vez más.

Nicholas sonrió y todo su mundo, que parecía haber ido un poco a la deriva durante los últimos minutos, se enderezó de golpe y no pudo evitar devolverle la sonrisa. Mientras él estuviese a su lado podría soportar las consecuencias de todo lo que hiciese, fuesen errores o no.

Con la mirada clavada de nuevo en esos papeles escuchó como el notario se despedía y se iba, la puerta cerrarse y como los pasos de Nicholas se acercaban a donde se encontraba sentada. Sus manos se deslizaron por los hombros, incluso sobre la ropa podía sentir el calor que emanaba de ellas y como poco a poco su piel se caldeaba bajo su toque, sin importar el frío que hiciese fuera ni el que había cubierto su corazón para ser capaz de firmar aquel contrato y dar un paso atrás, comprar de nuevo Price Ltd. y ser parte de la familia.

—¿Te encuentras bien? —su voz sedosa rasgó el aire y volvió a sonreír.

—Creo que sí —admitió en un susurro. Nicholas se colocó frente a ella, se agachó hasta quedar en cuclillas y la miró a los ojos.

—No estabas obligada a hacerlo. Beth tragó en seco y asintió lentamente.

—Es la empresa de la familia, no podía dejarla a su suerte.

—Sabes que la habría cuidado bien. Sonrió ante la sinceridad de sus palabras y alzó la mano para acariciarle el rostro, le gustaba más cuando podía sentir la barba incipiente bajo sus dedos, pero su piel era tan suave que no tocarle, con barba o sin ella, era un pecado. Nicholas puso la mano sobre la suya y la apretó contra su mejilla dejando varios besos sobre la yema de los dedos.

—No te he dicho algo... —admitió en un susurro sin mirarle a los ojos, como si le diese vergüenza admitir que le estaba ocultando un secreto más. Elizabeth frunció el ceño y se tensó levemente.

—¿El qué?

—Hablé con Gino hace un tiempo.

—¿Gino? ¿Mi Gino?

—Sí —Nicholas comenzó a jugar con sus dedos con nerviosismo—. Le ofrecí un puesto de trabajo en mi bufete de abogados, quería que se trasladase a Chicago y así lo tendrías cerca, estarías más tranquila y no tendrías que regresar a Seattle para nada.

—¿Por qué hiciste eso? —era consciente de que le había explicado los motivos, pero tenía que dejar salir esa pregunta para darse tiempo y pensar

fríamente lo que había dicho.

—Acabo de explicarlo.

—¿Por qué? —preguntó una vez más sin dar crédito.

—Te veía tan vulnerable que quería evitarte cualquier tipo de sufrimiento.

—Nicholas...

—Él se negó... me lo dijo hace unos días —le interrumpió deliberadamente, pues ella estaba a punto de continuar recriminándole—. Dice que quiere que su esposa y su hija vivan en la misma ciudad en la que él creció, no quiere alejarlas de su entorno.

Hizo una pausa dramática y, por primera vez desde que comenzó a confesarse, alzó la mirada para clavarla en sus ojos.

—Escucharle me ha hecho pensar... ¿estoy haciendo lo correcto al pedirte que te quedes aquí conmigo?

—No me lo has pedido, me quedo porque quiero. Es más... no deseo regresar a Seattle.

—Pero Seattle es tu hogar.

—Yo no tenía un hogar hasta que llegué aquí, podría decirse que fui un poco feliz en Big Lake, en casa de mis abuelos, pero siempre me sentí fuera de lugar hasta que me mudé a Chicago y comencé a vivir sin estar bajo el ala de mi apellido.

—Allí está tu pasado.

—Uno que quiero olvidar.

—No todo ha sido malo —le guiñó un ojo juguetón y ella se ruborizó, algo que odió, lo último que quería era admitir que algo bueno había sucedido en esa ciudad.

—Estoy segura de que estaré bien aquí —aseguró con aplomo y apretando la mano con la que sujetaba la suya—. Deja de hacer planes a mis espaldas, no coacciones a mis amigos.

—No ha sido una coacción —se defendió sonriendo arrolladoramente y casi arrancándole un suspiro.

—¡Lo fue! —rio divertida—. Como también lo fue cuando me pediste que me casase contigo, ¿qué digo pedir? Prácticamente me lo ordenaste.

—Pero accediste.



—Coaccionada. Él frunció el ceño y la miró con fingida indignación.

—Me prometiste noches de sexo, mucho sexo... —continuó ante su silencio—. Y me dijiste que tu madre no me miraría como a una cucaracha nunca más. Si eso no es coacción...

Él negó con la cabeza y sonrió de nuevo, la miró tan intensamente que aquel frío del exterior desapareció por completo y solo quedó la sensación cálida de todo lo que le hacía sentir con solo una de esas miradas.

—¿Solo te casas conmigo por las promesas de sexo desenfrenado?

—Es una de las razones.

—¿Hay más? —ella asintió enérgicamente y Nicholas acercó el rostro un poco más hacia el suyo—. ¿Cuáles?

—Tu casa tienes buenas vistas —musitó mirando sus labios—. Darcy parece que te soporta un poco —mordió el suyo inferior e inhaló profundamente, llenando sus pulmones de esa fragancia masculina que siempre emanaba de él—. Tu apellido suena muy bien unido a mi nombre —se inclinó hacia delante para besarle por fin, pero él se alejó y la miró sonriendo.

—¿Elizabeth Bratcher? Sí... suena muy bien... —concordó.

—Mucho... —intentó acercarse de nuevo y él se alejó una vez más.

—¿Alguna razón más?

Ella hizo un mohín y miró sus ojos, parecían tener un fuego verde bullendo en ellos y eso provocó un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo. Esas miradas eran las que le dejaban claro que nunca, bajo ninguna circunstancia, encontraría a alguien a quien amar del mismo modo, sería imposible.

—Te amo... —su corazón se derritió ante la sonrisa dulce que brotó de sus labios y no tuvo tiempo a reaccionar cuando su boca se acercó a la suya fundiéndose en un beso de esos que aceleraba su cada una de las células de su cuerpo.

—Asqueroso...

—Calla marica, si es muy bonito...

Esas voces se escucharon desde la puerta y ambos miraron en esa dirección sintiendo como el momento se evaporaba en un solo segundo. Autum y Connor estaban en el pasillo, pero miraban hacia el interior del despacho con una sonrisa idiota.

—Bonito es ver a un par de pajaritos haciéndose arrumacos, estos dos necesitan una habitación, no se besan... directamente se absorben.

Autum le golpeó en el pecho y él se quejó mirándole con los ojos entrecerrados, pero ella le ignoró y volvió su mirada al interior del despacho.

—Lizz, llegamos tarde, mueve tu culo que nos esperan.

Dándole un último vistazo a Nicholas, ahora de rodillas frente a ella, besó sus labios fugazmente y suspiró.

—Nos vemos en casa... —se despidió poniéndose en pie.

—Espero que ese vestido tenga muchos botones —añadió Connor mientras ella se acercaba a la puerta—, así el príncipe desteñido, aquí presente, tendrá mucho que maniobrar antes de poder quitártelo.

—Connor... ¿alguna vez piensas antes de hablar? —no esperó contestación y pasó frente a él rumbo a la salida.

\*\*\*

Su reflejo en el espejo no podía ser tan diferente al que había visto casi dos años atrás, en esta ocasión el vestido blanco que cubría su cuerpo parecía abrazarla, casi se fundía con su piel en algunas zonas y la suavidad de la seda y el satén le hacían sentirse bien.

La empleada de la tienda había sujetado su cabello recogéndolo precariamente en su nuca y le había colocado también un velo que caía con delicadeza sobre sus hombros. Sintió aquella mariposa que últimamente había comenzado a ser de nuevo su amiga, aleteaba tanto en su estómago que las cosquillas le subían por la garganta y le hacían sonreír. Autum, a su espalda, parecía eufórica, la observaba con una enorme sonrisa y sus ojos brillaban tanto que parecía que de un momento a otro se pondría a llorar.

—Estás deslumbrante —musitó a media voz. Elizabeth la miró a través del reflejo y se mordió el labio inferior. Aunque lo intentaba, aunque luchaba contra ello, los recuerdos de su anterior boda asaltaban su memoria implacablemente. No había punto de comparación, en esta ocasión se sentía feliz y totalmente

convencida de lo que estaba haciendo, pero siempre quedaba ese rinconcito para la duda, ese « ¿Y si...? » que intentaba acallar pero que por momentos conseguía gritar muy alto en el fondo de su cabeza.

Ella y Nicholas se amaban. Lo hacían sobre todas las cosas. Pero el amor no siempre es suficiente y tras ellos tenían un pasado, arrastraban muchas cosas que, aunque habían sido perdonadas y aclaradas, el recuerdo continuaba ahí, vívido y doloroso. Se acordaba de aquella personita que perdieron por el camino y de lo que ese hecho llenaba su futuro de más « ¿Y si...? » que ni siquiera se quería plantear. ¿Y si Nicholas quería tener más hijos? ¿Y si ella no podía tenerlos? ¿Y si no estaba preparada psicológicamente para ello? ¿Y si él quería abandonarla por ello?

¿Y si...? Su pecho se estrujó y una mueca de dolor se dibujó en su rostro, no tardó en sentir la mano de Autumn sobre su hombro desnudo, ella le colocó mejor el tirante del vestido de novia y la miró con una sonrisa cálida.

—Simplemente no pienses cariño, lo que tenga que ser... será.

—Pero... —intentó protestar, pero su amiga puso una mano sobre sus labios y sujetándola de los hombros la giró para que ambas quedasen frente a frente.

—Odio esa manía tuya de plantearte cada paso, sabes que ese fue todo tu error, pensar demasiado las cosas.

—No es verdad.

—¡Claro que es verdad! —exclamó alzando los brazos con exasperación—. Te lo pensaste demasiado cuando tu padre te pidió que te casases con Daniel, si hubieses sido más impulsiva habrías dicho que no directamente. Te lo pensaste también antes de denunciar al cabrón de Daniel por malos tratos y todavía peor... te lo pensaste cuando le pediste a Nicholas que se fuese porque necesitabas tiempo. ¡Despierta Elizabeth! Pensar estar sobrevalorado, simplemente vive... ¿qué te toca sufrir? Pues sufres, ya lo has hecho y te has levantado, continúas aquí y estás viva.

Adoraba a su amiga, de verdad lo hacía, pero cuando se comportaba como su *Pepito Grillo* sentía ganas de golpearla. Ella no podía saber como se sentía, podía imaginarlo, tener una visión de ello, pero no saberlo con seguridad, así que no podía darle lecciones.

—No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—Lo sé... créeme, lo sé. Te sostuve en tus peores momentos, estuve ahí para ti y sé todo por lo que has pasado. Puede que tengas motivos para sentirte desdichada, los tienes y son muy aceptables, pero tienes muchos más para sonreír

y ser feliz. ¿Los tenía? Algo hizo click en su mente y pensó que lo su amiga le estaba recriminando era verdad... ¿de qué le valía lamentarse? ¿Qué podía conseguir teniendo miedo? Tenía a Nicholas a su lado, tenía a sus amigos ¿qué más necesitaba? ¿Hijos? ¿Otro gato? ¿Irse de vacaciones en invierno para escapar del frío? Todo eso era insustancial mientras tuviese lo más importante y lo que ya le pertenecía: su familia. Aquella que no era de sangre pero que siempre había estado a su lado, incluso en los peores momentos.

—Autum...

—Nicholas te adora, está poniendo el mundo a tus pies y tanto Gino como yo haríamos lo imposible por verte sonreír, creo que hasta el marica de Connor lo haría. Deja de esconderte lamiendo tus heridas y sal ahí fuera sonriendo.

—Autum...

—No te atrevas a negar lo evidente, serás feliz con ese hombre, disfrutarás de ese día y de este vestido que tú misma has elegido y que es perfecto para ti, porque...

—Te quiero —le interrumpió con una sonrisa. Autum frunció los labios y cruzó los brazos bajo su pecho con exasperación.

—Petarda —escupió.

—Pero también me quieres...

—¿Estás segura de eso? Porque en este momento lo que más me apetece es darte una...

—Deja de decir tonterías y dame un abrazo, sabes que me adoras.

Autum sonrió y miró al techo teatralmente.

—Tienes suerte de que no quiera romperme una uña, porque podría patearte el culo en este momento.

Elizabeth sonrió y empujó a su amiga contra ella en un fuerte abrazo, en ese momento ser feliz parecía demasiado fácil.

*18 de diciembre de 2010*

Los nervios parecían haber anidado en su estómago, retorciendo sus tripas dolorosamente.

Se recolocaba la corbata frente al espejo y sus manos temblaban incontrolablemente... ¿qué podría hacer para sentirse más tranquilo? Respiró hondo, llenando sus pulmones de aire que dejó salir lentamente por la nariz, miró de nuevo al espejo y esa maldita corbata no parecía querer colaborar y ayudarle.

La mirada de su madre, esa que no le dio la vida pero que estuvo ahí para todo, estaba clavada en él desde la otra punta de la habitación y le observaba con una sonrisa.

Se acercó a él con lentitud, el sonido de sus pasos era amortiguado por la moqueta que cubría el suelo, pero el susurro de la tela de su vestido cada vez que se movía acompañaba su lento avanzar. Cuando estuvieron frente a frente la mujer se alzó en sus puntillas y comenzó a colocarle la corbata con destreza.

—Tu padre tampoco sabe hacerlo —murmuró con un hilo de voz. Nicholas sonrió y se inclinó un poco hacia delante para que le fuese más fácil la tarea, pese a los tacones que llevaba, su madre era al menos una cabeza más baja que él y le costaba llegar a su cuello.

—Sé hacerlo, es solo que estoy nervioso.

La mujer sonrió, cuando hubo acabado con la corbata comenzó a colocar las solapas de su chaqueta y la flor que adornaba el lado izquierdo de su pecho.

—Será una boda preciosa, la sala está decorada con mucho esmero.

—Siento que hayáis tenido que viajar en último momento, fue una decisión apresurada —se disculpó con timidez.

—Muy apresurada... —concordó abriendo mucho los ojos—. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Sí.

—¿Completamente seguro?

—Mamá... —rezongó en tono infantil.

—Lo siento, es que esa chica...

—Ella es la indicada —interrumpió lo que fuese que iba a decir—. Estoy completamente seguro de querer casarme con Beth y no hay más que decir.

La mujer bajó la mirada y alisó unas inexistentes arrugas de la chaqueta a la altura de su pecho, le acarició sobre la prenda de ropa y suspiró.

—¿Irás pronto a visitarnos? —preguntó esperanzada. Nicholas alzó una de las comisuras de sus labios y atrajo su madre hacia su pecho en un abrazo besando su frente después.

—Iremos en primavera, seguro que a Beth le encanta Londres.

—Seguro... —contestó su madre.

—Siento interrumpir este momento tan encantador —Declan entró en la habitación y se acercó a ambos pasando un brazo por los hombros de cada uno y abrazándoles también—. ¡Os quiero! —exclamó con voz emocionada—. Pero tu *Gatita* está a punto de llegar y creo que deberías estar abajo para recibirla.

Nicholas se alejó de su hermano y se dio un último vistazo al espejo, recolocó la chaqueta, el puño de la camisa que sobresalía de las mangas y pasó una mano por su cabello para peinarlo hacia atrás... había llegado el momento.

El edificio *Trump* constaba de 98 pisos, en él estaba el restaurante «*Sixteen*», donde había cenado con Elizabeth por primera vez en Chicago y donde iba a casarse con ella en ese mismo día.

No le había resultado complicado reservar todo el restaurante para el evento, así como la suite nupcial del hotel donde se había cambiado de ropa para la ceremonia y donde esperaba pasar también su noche de bodas. Ambos habían decidido que fuese una ceremonia sencilla, solo con las personas más importantes, no sabía exactamente cuantas acudirían finalmente, pero no superaban la media centena.

Era un momento íntimo, un momento suyo y que no debía de ser un circo o una transacción de negocios como lo había sido la boda anterior de Beth. Iban a jurar que se amarían para siempre, que serían fieles y que estarían al lado del otro para cualquier cosa, fuese lo que fuese. No necesitaban mucho público para eso, estaba seguro que prometérselo justo después de hacer el amor tenía más peso y

era más creíble, en ese momento en el que sudor todavía no se había secado en su piel y su corazón latía a toda velocidad, ahí era cuando más lo sentía, cuando esos hilos invisibles que lo ataban a ella apretaban un poco más los nudos y se hacían irrompibles.

No necesitaba toda esa pantomima para jurar amarla, pero quería gritárselo al mundo y sobre todo a Daniel Boid. Elizabeth Price, próximamente Elizabeth Bratcher, era solamente suya y de nadie más.

Entró en la sala principal del hotel y el olor de las guirnaldas de flores blancas que adornaban la estancia le golpeó en la nariz, era algo dulce y afrutado, cada una de ellas colgaba de una columna a otra y después caían en cascada hacia el suelo.

Al fondo, esperaba ver una pérgola, tal y como ocurría en las películas, pero no había nada eso, en su lugar había una pequeña tarima blanca en la que ya estaba el pastor esperando por ellos. Un cosquilleo de antelación volvió a tensarle el estómago y sonrió con nerviosismo, avanzó por la alfombra blanca que dividía en dos las filas de sillas y llegó a la tarima sintiendo como sus piernas temblaban. Estaba seguro de dar ese paso, completamente seguro, pero... ¿podría hacerlo sin desmayarse en el proceso? En ese momento recordó cuando por fin firmó el contrato para hacerse con su compañía, también cuando firmó su primer contrato laboral, cuando firmó con su primer cliente importante y cuando firmó la compra de las acciones de Price Ltd., en esos momentos se había sentido nervioso, asustado y con una ansiedad latente ante lo que se avecinaba, ¿pero ahora? El peso de su cuerpo era mayor, parecía que no tenía huesos que lo sostuviesen y no podía dejar de retorcer sus manos preso del pánico.

No podía esperar al momento de verla avanzar por el pasillo hacia él, estaba seguro de que nada importaría después de eso, pero mientras esperaba no podía dejar de mirar a los invitados, que tenían la vista clavada en él y parecían burlarse de su estado... habría que ver como actuarían en su lugar. Resopló y a lo lejos pudo ver como Gino entraba en la sala acompañado por su rubia mujer, ella empujaba un carrito de bebé y sonreía con calidez hacia algo de lo que su marido le estaba contando.

Algo se removió en el fondo de su pecho y su estómago volvió a retorcerse, quería eso con Beth. Esa complicidad al mirarse, ese sujetarla de la mano en

público simplemente porque podía hacerlo o para no olvidar el tacto de su piel. Quería que paseasen juntos a su hijo, no a aquel que perdieron, otro que vendría en el futuro o quizás incluso alguno más... Pasó una mano por su cabello con ansiedad y vio a su hermano avanzando hacia él con una sonrisa de suficiencia, se colocó a su lado y palmeó su espalda en un gesto de camaradería que no sabía muy bien cómo descifrar viniendo de su parte.

—¿Has hablado con Autum? —le preguntó. Declan le ignoró deliberadamente y comenzó a colocarse los gemelos con parsimonia.

—Dec.

El interpelado le miró con una ceja alzada y sonrió ampliamente.

—En su último mensaje dice que acaba de meter a Lizzie en el Mercedes que la traerá y que ella viene hacia aquí con Connor... ¿crees de verdad que ese tío es gay?

—¿Qué? —preguntó aturdido por el cambio de tema tan brusco.

—Sí... tienes que ver como mira y toca a las chicas... ¡fue de compras con ellas! Y ya sabes lo que pasa cuando las tías van de compras juntas.

—Ilumíname... —pidió en un susurro y casi estaba agradecido de poder distraerse un poco mientras la espera se le hacía interminable.

—Se meten juntas en el probador, no importa si van a comprar una falda o unas bragas, se meten juntas y se desnudan unas frente a otras y se tocan las tetas y el culo para colocarse la ropa y...

—¿Puedes dejar de hablar de tetas y culos el día de mi boda? —masculló entre dientes.

—¿Si no tienes tetas y culos en tu boda, cuando los tendrás? ¿Eh, campeón?

Nicholas miró a su padre a lo lejos mordiéndose la lengua para no contestar mal a su hermano y este le sonrió... genial, tenía que haberle elegido a él como padrino en lugar de al idiota que tenía al lado, ¿en qué estaría pensando?

Unos minutos después la siguiente en cruzar la puerta fue Autum, vestida de verde y con Connor y su amigo Marco tras ella. Los tres se sentaron juntos en la primera fila de sillas y le saludaron efusivamente.

—Está muy cerca —los labios de Autum se movieron pero ningún sonido salió de ellos, la amiga de su chica intentaba tranquilizarle y era algo que debía agradecer. Pero los nervios aumentaron al saber que estaba a punto de suceder,



que estaba cerca, a punto de llegar y de ser su esposa para siempre. Resopló y evitó la tentación de ponerse a dar vueltas como un león enjaulado o peor, de dar saltitos nerviosos o hacer crujir sus dedos para evitar los nervios. Declan le miraba sonriendo y burlándose, no era necesario que hablase para hacerlo, solo con ver el brillo de maldad en sus ojos ya sabía que cualquier broma estaba cruzando por su mente en ese momento.

—No lo digas —le interrumpió justo cuando abrió la boca para decir algo—. Recuerda que hoy soy yo el que está aquí, pero el día de mañana puedes ser tú y te lo devolveré multiplicado por diez.

Su hermano frunció el ceño y abrió y cerró la boca un par de veces, antes de hacer chocar sus dientes con fuerza y mirarle enfadado.

—No voy a casarme —masculló entre dientes y mirando a Autum de soslayo—. No lo digas ni de broma.

Nicholas sonrió y desvió la mirada a la chica de su hermano, que hablaba con Connor despreocupadamente y sostenía su teléfono móvil en las manos. Sonrió a ambos, agradecido de que al menos Beth tuviese allí a alguien de confianza, ante la negativa rotunda de invitar a sus padres. Gino, Autum y Connor eran su única familia presente. Miró el reloj comenzando a impacientarse de verdad, era bien sabido que las novias se hacen esperar el día de su boda, pero ya pasaban cuarenta y cinco minutos de la hora acordada. Aunque hubiese encontrado retenciones de tráfico en algunas calles, Autum ya había llegado y salió después de ella. Con un poco de disimulo se acercó a la amiga de su novia y se inclinó un poco para poder hablarle al oído.

—¿Por qué tarda tanto? Ella sonrió con suficiencia y parpadeó con lentitud un par de veces antes de contestarle.

—Hace cinco minutos me dijo que el chófer se había equivocado al tomar un desvío, pero que ya estaba cerca, no desesperes.

Asintió a la chica y volvió a su posición, cruzó las manos frente a su cuerpo y se prometió ser paciente, ella estaba cerca... a punto de llegar.

Una hora y diez minutos...

Eso era lo que ella estaba tardando y la impaciencia ya había sobrepasado su grado máximo, estaba exasperado, al borde de un ataque de nervios y sin saber qué hacer. La gente murmuraba cosas, su madre le observaba reprobatoriamente y Gino le observaba fijamente con el ceño fruncido, nada podía importarle menos que la amenaza silenciosa del que se hacía llamar hermano mayor de la que sería

su mujer... o al menos esperaba que quisiese seguir siéndolo. Ignorando la mirada de Gino la suya estaba clavada en Declan y en Autum, que estaban al fondo del salón y parecían discutir airadamente. Su hermano tenía el teléfono apoyado en la oreja y Autum tecleaba a toda velocidad en la pantalla del suyo. Daría lo que fuese por estar a su lado y saber qué demonios estaba pasando. Carraspeó para eliminar la incomodidad en su garganta y contó hasta diez desde que vio a su madre se ponerse en pie hasta que, avanzando con esa elegancia que la caracterizaba, llegó a donde se encontraba.

—Nicholas, ¿qué está ocurriendo? —preguntó confundida.

—¡Lizz contesta al teléfono! —escuchó que exclamaba Autum al fondo. Sin dejar de mirar a la pequeña chica metió las manos en los bolsillos y dio un paso atrás.

—A mí también me gustaría saber qué ocurre —gruñó incómodo. Declan comenzó a caminar en círculos mientras parecía esperar que alguien hablase con él al otro lado del aparato, se mordía un dedo con nerviosismo y miraba a su chica de reojo. De repente se detuvo en seco y su mirada se cruzó con la de Nicholas, los separaban varios metros, más de diez, pero supo que algo estaba ocurriendo.

Dejando a su madre con la palabra en la boca, avanzó por el pasillo entre las sillas a toda velocidad, en pocas zancadas llegó a donde su hermano y su novia estaban y los miró fijamente, a punto de estallar.

—¿Qué está pasando?

—No contesta al teléfono —gimoteó Autum visiblemente nerviosa—. Le he dejado varios mensajes en el buzón pero no me devuelve las llamadas.

—He llamado a la empresa de alquiler de coches, llaman al chofer pero tampoco contesta, me han dicho que van a localizar el coche por GPS y me llamarán en unos minutos. Los cinco minutos más largos de su vida transcurrieron en ese momento, hasta que el teléfono de Declan comenzó a sonar y no le dio opción a contestar, simplemente se lo arrebató de las manos y atendió él mismo la llamada.

—¿Señor Bratcher?

—¿Qué ocurre? —gruñó impaciente.

—*Continuamos sin poder mantener contacto con nuestro empleado, pero el GPS nos muestra que el automóvil se encuentra estacionado en Garfield Boulevard, no sé si esto de le dice algo.* Le dio el teléfono a su hermano sin dar una contestación y miró a Autum

acusadoramente.

—¿Te dijo algo antes de que la dejases sola? —preguntó.

—Nada, ella estaba nerviosa, pero muy feliz. Estaba deseando esto, Nicholas, no puedes estar pensando en que...

—¡El coche está aparcado a veinte minutos del aeropuerto!

—¿Cómo puedes...? ¡Ella no te haría eso! —le defendió su amiga.

—Me abandonó una vez, ¿por qué no hacerlo una segunda?

—Entonces tenía una razón de peso, hoy no la tiene... no hagas que me enfade Bratcher, no me cuesta más que un segundo aplastarte las bolas.

—¿Qué ocurre entonces? Es el día de nuestra boda y el coche que tenía que traerla se encuentra a más de una hora de aquí... ¿qué debo pensar?

—Idiota...

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está Lizzie? —preguntó Gino llegando en ese momento a su lado y mirando a ambos de hito en hito.

—Se ha ido...

—¡No se ha ido! —negó Autum las palabras de Nicholas—. Tiene que haber sucedido algo...

—Que me ha dejado...

—¡Dios! ¿Cuándo has comenzado a ser un idiota de nuevo?

—Cuando tu amiguita intenta joderme vivo de nuevo.

—Dime un solo motivo, Bratcher, uno solo por el que Elizabeth no querría casarse contigo —preguntó la chica golpeándole el pecho insistentemente con un dedo.

—No lo sé, es por eso que nada tiene sentido... ¿por qué está cerca del aeropuerto? Comenzó a caminar en círculos mientras Gino y Autum comenzaron a hablar entre ellos y a intentar ponerse en contacto con Elizabeth, pero parecía que no lo conseguían a juzgar por sus semblantes preocupados.

—Hijo... —genial, su madre regresaba en el momento en el que menos paciencia tenía—. Los invitados comienzan a impacientarse.

—¡Qué se impacienten! —espetó con furia caminando hacia la terraza y dejando que el frío aire del invierno inundase sus pulmones.

Dos horas... casi dos horas de retraso y Elizabeth no daba señales de vida, no contestaba al teléfono y tampoco sabían donde estaba exactamente. Hasta unos minutos atrás la empresa de alquiler de vehículos contestaba a sus llamadas e intentaba tenerle al tanto de lo que ocurría, pero en la última llamada solo le dieron evasivas y colgaron a la mínima oportunidad.

Nicholas era plenamente consciente de lo que le había dicho a Autum unos minutos atrás era absurdo, pero necesitaba un motivo, una esperanza, saber algo para no volverse loco. Aunque la chica no había entendido su necesidad de aferrarse a algún resquicio de información y le observaba con reproche en cuanto sus miradas se cruzaban. Los invitados hacía unos minutos que habían comenzado a irse, en el restaurante tan solo quedaban sus padres y los amigos de Beth, que parecían una mala versión de un guardaespaldas, ya que no le quitaban los ojos de encima e impedían que saliese a buscarla él mismo... ¿no entendían que tan solo quería saber lo que estaba sucediendo? Si ella no le quería, si se lo había pensado mejor y prefería cancelar la boda... aceptaría lo que fuese, pero esa incertidumbre es lo que más le estaba destrozando.

Un jadeo por parte de Autum llamó su atención y miró en su dirección, ella miraba hacia la puerta del ascensor, él lo hizo también y pudo ver la figura de dos policías que avanzaban hacia el grupo de personas entre las que se encontraba. Eran dos hombres, uno más alto que el otro y ambos de color, vestían el uniforme de policía y sus esposas brillaban colgadas de sus caderas al contacto con los fluorescentes del techo. Nicholas se puso en pie como impulsado por un resorte y guardó las manos de nuevo en sus bolsillos ante la incertidumbre de saber lo que había ocurrido y por qué eso requería la presencia de la policía.

—¿El señor Bratcher? —preguntó uno de los agentes, el más bajo y corpulento de los dos. Él, Declan y su padre se miraron entre sí sin saber exactamente a quién se referían de los tres. El agente alto, miró algo en su libreta y carraspeó.

—Nicholas Bratcher.

—Soy yo —un nudo se cerró con fuerza en su garganta y sus manos se apretaron en dos puños escondidas por el pantalón.

—¿Usted ha contratado un coche de alquiler a su nombre con la compañía RentSmith?

Sintió la presencia de su hermano a su espalda, así como la de Autum y Gino, que en solo unos segundos rodearon su cuerpo y parecieron ser una especie

de red de seguridad ante lo que pudiese suceder.

—Sí —su voz se escuchó ronca y un poco rota.

—Por lo visto alguien asaltó el vehículo —continuó el agente más bajo y él contuvo la respiración ante sus palabras—. El conductor recibió una herida de bala y se encuentra en estado crítico.

—¿Dónde está Elizabeth? —fue Autum quien preguntó, un fuerte nudo en su garganta le impedía hablar y comenzó a ver todo difuminado a su alrededor.

—No tenemos noticias del otro ocupante del vehículo, solo sabemos que no se encontraba en el momento en que nuestros compañeros llegaron al lugar.

—¿No saben dónde está? —en esta ocasión fue Gino quien habló.

—Repito que no lo sabemos, hemos hablado con el responsable de la empresa de alquiler y nos han informado que ustedes llevan más de una hora intentando ponerse en contacto con...

Pero él no pudo escuchar más, se tambaleó unos segundos hasta que su cuerpo se desplomó sin fuerzas, con la suerte de que una silla amortiguó su caída. Todo le daba vueltas, el aire apenas llegaba a sus pulmones y un ardor le abrasaba el pecho. ¿Dónde estaba Beth? ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué no llamaba? Se inclinó hacia delante y ocultó la cabeza entre los brazos intentando respirar, pero no podía... el aire estaba cargado de algo espeso que no le permitía llegar a sus pulmones.

Apretó los dientes con fuerza para no gritar, pero el ardor en su pecho se intensificaba. Cerró las manos en puños apresando dos gruesos mechones de su propio cabello y tiró con fuerza, con desesperación. Apretaba tanto la mandíbula que sus dientes dolían, pero pese a eso, pese al dolor que se infringía a sí mismo el ardor de su pecho no cesaba, inclusive se hacía más fuerte y abrasador. Dentro de esa bruma de dolor, ardor y desesperación, no recordaba ni un solo día de su vida en el que se hubiese sentido así, bueno... quizás había uno.

No un día, un momento, cuando Autum, con las lágrimas en los ojos, le confesó que su Beth estaba en el hospital y que su exmarido le había provocado un aborto.

## CAPÍTULO 28

*18 de diciembre de 2010*

Se dice que los sueños son las imágenes que nuestro subconsciente desea ver, otros dicen que cuando sueñas con alguien tu alma se une con la suya y ambas están juntas en una especie de limbo, pero la verdad es que los sueños son un arma de doble filo. En ellos puedes vivir lo que más anhelas, puedes cumplir tus fantasías ocultas, hacer cosas imposibles y volver a estar con esa persona que echas tanto de menos. Pero al despertar la cruda realidad te golpea en el estómago y ves que todo ha sido una mentira, un mero producto de tu imaginación, y que en el mundo real nada es tan sencillo como cerrar los ojos y dejarse llevar por el subconsciente.

Esa noche Elizabeth había soñado con un campo verde, como los de Big Lake, el campo estaba repleto de flores moradas y blancas que salpicaban el pasto con una nota de color. Ella corría con una sonrisa dibujada en los labios, sus pulmones se llenaban de aire limpio y el viento fresco de Washington le acariciaba el rostro. Pero al despertar la realidad la abofeteó, al abrir los ojos y no haber apenas luz, al querer inhalar profundamente y que el olor a humedad inundase sus fosas nasales, al querer correr y verse inmovilizada.

Comenzó a respirar más rápido, su corazón comenzó a trotar en su pecho y toda su piel se puso de gallina... en su mente tan solo había brumas de lo que había ocurrido, de lo que la había llevado a aquel lugar y a aquella situación. Nada tenía

sentido, no podía entenderlo. Parecía estar en una habitación pequeña y fría, gracias a la luz que entraba por una ventana, precariamente cubierta con una gruesa lona, podía ver la nube de vapor que brotaba de sus labios con cada respiración.

A su alrededor no había nada, las paredes estaban desnudas y algo manchadas, el suelo estaba cubierto de plásticos que brillaban tenuemente con la poca luz y en la pared de su izquierda había una puerta aparentemente cerrada. Intentó mover sus manos para ponerse en pie pero algo apesaba sus muñecas, algo cortante se clavaba en su piel cuando intentaba moverse y la primera de muchas lágrimas comenzó a descender por su mejilla.

Intentó gritar, pedir ayuda, pero su garganta estaba tan seca y rasposa que solo emitía pequeños gemidos. Se enderezó torpemente, bajo su cuerpo había algo mullido que parecía un colchón y que olía a moho, inevitablemente ese hedor comenzó a darle náuseas... ¿qué había pasado?

Como si se tratase de una película recordó la imagen de un arma apuntando a su cabeza, gimoteó asustada y su respiración se aceleró todavía un poco más. Recordó también el estallido de sonido que vibró por todo su cuerpo, el pitido en sus oídos tras el disparo y después... nada. ¿Estaba herida? Le dolía todo el cuerpo, pero no sabía si una zona lo hacía más que otra, todos sus músculos estaban rígidos y protestaban al mínimo movimiento, pero no tenía un dolor acentuado en una zona concreta, por lo que dedujo que, si tenía alguna herida, esta no era demasiado grave.

Miró hacia abajo, a su cuerpo, levaba el vestido... aquel vestido que era de un blanco brillante ahora tenía manchas diminutas que salpicaban todo su corpiño, unas manchas de color rojo oscuro que se había introducido en el tejido aferrándose a él.

Jadeó asustada y el movimiento provocó que lo que fuese que también estaba apesando sus tobillos se clavase en su piel dolorosamente. Un sollozo silencioso rompió su pecho en dos y se colocó en posición fetal, intentando recordar más.

La imagen de la pistola apuntando en su sien estaba completamente nítida en su cabeza, también recordaba que se sentía nerviosa y ansiosa, Nicholas le estaba esperando para casarse con ella. Otra imagen de la falda de su vestido blanco moviéndose mientras descendía unas escaleras, el ramo de rosas rojas que Autum le tendía, cuando le dio la mano para ayudarle a entrar en el *Mercedes* negro que esperaba en la puerta del edificio.

Esa tarde había tráfico, pero era lo habitual para un sábado a esa hora, el centro de la ciudad estaba parcialmente colapsado como cada día. Ella miraba por la ventanilla del coche todo lo que dejaba atrás a su paso, las casas, las personas, más vehículos... cuando estaban muy cerca del edificio Trump el coche se desvió al lado contrario en una intersección y eso la confundió.

Recordaba haberle preguntado al chófer que era lo que estaba sucediendo, recordaba que él no le contestó, pisó el acelerador y el impulso la hizo caer hacia atrás en el asiento. Dejaron el centro de la ciudad atrás en pocos minutos, pronto lo único que podía ver a cada lado de la calzada eran árboles y más árboles que crecían sobre un manto de nieve.

En el exterior hacía frío y el miedo hizo que se encogiese bajo el abrigo blanco que llevaba sobre el vestido. El coche se detuvo en el arcén y cuando pudo darse cuenta la puerta se abrió de golpe y alguien puso un arma en su sien, una mano sujetaba con fuerza su cabello para que no volviese la cabeza y un aliento cálido le golpeaba en el oído.

—No te muevas... —fue un susurro ronco y espeso, como si el que hablaba tuviese la boca repleta de saliva.

No reconoció la voz y no reconoció el olor que la envolvía porque su mente estaba bloqueada.

El tacto helado del cañón del arma se clavaba en su piel y le hacía daño, el frío entraba por la puerta y se colaba bajo la falda del vestido golpeando sus piernas y por su visión periférica podía ver al chófer, reflejado en el espejo retrovisor, mirándola con suficiencia. Él lo sabía... él la había llevado hasta allí con un fin... El frío le caló hasta las entrañas, el viento arremolinaba los copos de nieve que entraban en el coche por la puerta todavía abierta y se confundían sobre sus zapatos blancos.

En ese momento era capaz de poder sentir el mismo miedo, la misma angustia, la misma incertidumbre ante lo que sucedería... Se encogió en el colchón, arrastrando su cuerpo con cuidado hacia la esquina más alejada de la puerta. Temblaba, sus dientes castañeteaban de frío y no podía dejar de mirar las gotas de sangre que manchaban la parte frontal de su vestido, si ella no estaba herida, ¿de quién era esa sangre? ¿Sería de... de Nicholas?

Se tensó haciendo que sus músculos enviasen un latigazo de dolor por todo su cuerpo, esa posibilidad era remota y prácticamente imposible, no le había visto, no había estado con él... pero el miedo era irracional y le hizo creer que eso era lo



que había sucedido, que Nicholas estaba herido y que ella estaba manchada con su sangre. Sintió náuseas de nuevo, pero no podía vomitar, su estómago estaba vacío porque no había podido desayunar esa mañana, pero se convulsionaba violentamente intentando expulsar algo. *Nicholas... Nicholas... ¿Dónde estaba Nicholas?*

Las lágrimas salían de sus ojos e inundaban el colchón que había bajo su cabeza, su nariz estaba taponada y sentía el frío agujoneando su piel. Nunca se había sentido tan sola y vulnerable, desprotegida a merced de cualquier loco que la tenía allí encerrada. Se escuchaban ruidos en el exterior de la habitación, muebles que se arrastraban, un grifo abierto, un teléfono sonando y una voz lejana que mascullaba. Era un hombre... un hombre con la voz ronca... y espesa.

El miedo tensó su cuerpo una vez más, sus músculos volvieron a quejarse pero los ignoró, la persona que estaba al otro lado era la misma que le había asaltado en el coche. El miedo se pronunció más fuerte cuando comenzó a escuchar el sonido de unos pasos que se arrastraban hacia la puerta. Era un ruido pesado, como de alguien grande y corpulento. Se encogió más, el material que apresaba en sus muñecas se clavó más en su piel y estaba segura de que estaba sangrando a juzgar por la humedad cálida que las rodeaba, pero no le importó, no podía importarle menos. La cerradura chirrió y un potente torrente de luz inundó la habitación.

Cerró los ojos completamente cegada y gimoteó encogiéndose más todavía, el vestido se enredaba en sus pies, el olor a humedad le envolvía y una mezcla de pánico y frío le hacía tiritar tanto que casi convulsionaba de nuevo. Una mano la sujetó con fuerza del brazo y giró su cuerpo, pero se negó a abrir los ojos, ese olor... el olor que rodeaba a la persona que la estaba sujetando le resultaba familiar, mucho. Intentó recordarlo, ubicar el momento y el lugar en el que ese olor fue importante, y a su mente comenzaron a llegar imágenes de Seattle, de la oficina de su padre, de cuando salía de fiesta con sus amigos, de cuando se quedaba a dormir en casa de Daniel, de su boda, su apartamento, de las lágrimas de desesperación cuando lloraba desnuda bajo el chorro de agua fría... Su pecho se estrujó tan dolorosamente que el aire abandonó sus pulmones.

La verdad escocía, ardía, era como un puñal envenenado clavándose en su corazón una y otra vez, no podía ser, no... no podía tratarse de él... Abrió los ojos aterrorizada, la luz que entraba por la puerta la deslumbraba y tuvo que parpadear varias veces y entrecerrar los párpados para enfocar la mirada.

Esos ojos oscuros, los mismos que le habían mirado con tanta calidez en el

pasado, parecían desenfocados, no eran lo que recordaba, no brillaban igual. La pupila se confundía con el iris oscuro, los rasgos de aquel rostro que adoró se desdibujaban en una mueca de desprecio, en un rictus tensionado por la crueldad. Ese no era Daniel... Pero realmente lo era, estaba el color tostado de su piel, el brillo de su cabello negro perfectamente cortado, aquellos dientes blancos que se entreveían entre sus labios retraídos... era Daniel, su Dan escondido bajo capas y capas de odio, crueldad y estaba descubriendo que también había una de maldad.

—No... —un estremecimiento recorrió su cuerpo cuando sus miradas se encontraron, era él, pero no era él... sabía que su corazón todavía le quería, pero su cerebro y todo su cuerpo le rehuían.

De repente el sonido de aquel disparo que escuchó en el coche resonó en su cabeza, en su mente se dibujó la nítida imagen del tapizado color crema del coche tiñéndose con un líquido color borgoña espeso que se deslizaba en finas líneas que serpenteaban hasta gotear en el suelo, junto a sus zapatos blancos rodeados de nieve. Recordó ver un rostro inexpresivo, una mirada vacía, más sangre en su vestido y la nieve tiñéndose poco a poco de rojo...

El chófer... el que había sido un cómplice llevándola hasta allí, ahora estaba muerto, había muerto frente a sus ojos. Cerró los párpados ante una ola de pánico que inundó su cuerpo, Daniel había matado a alguien, a una persona, pero a la vez no pudo evitar sentir alivio, no había sido Nicholas... no... él estaba bien.

Volvió a abrir los ojos sintiendo que su pecho se estrujaba un poco menos, pero muy asustada todavía, si Daniel había sido capaz de asesinar a alguien que estaba de su lado, ¿qué pretendía hacer con ella? Intentó hablar, pero su boca seca y su garganta rasposa no le permitían pronunciar ni una palabra. Daniel se cernía sobre ella, estaba de rodillas sobre el colchón y vestía un caro traje negro impoluto y bien planchado.

La observaba con superioridad, como si fuese un bicho, algo asqueroso y que le estorbaba. No quería llorar ni mostrarse débil frente a él, pero unas lágrimas traicioneras se deslizaron de sus ojos continuando el surco que habían dejado las anteriores.

—Si gritas te vuelo la cabeza —masculló él entre dientes y apuntándole de nuevo con un arma.

El pánico la paralizó. No era Dan, ni sus ojos, ni el timbre de su voz, ni las sensaciones que podía percibir de su cuerpo... no era el amigo fiel que la había acompañado en su adolescencia, tampoco era su confidente.

Nada quedaba de ese hombre, nada a lo que pudiese aferrarse para no caer en la desesperación al ver que estaba en sus manos y que no podía hacer nada para evitarlo. Negó con la cabeza, las lágrimas corrían por sus mejillas y al querer alejarse un poco de él, de nuevo aquellas cosas cortantes en sus muñecas se clavaron en su piel.

Miró hacia abajo y unas bridas blancas le inmovilizaban y estaban cubiertas de su propia sangre. El corazón comenzó a retumbarle en pecho, lo hacía a toda velocidad pero casi sin fuerza.

Sentía las manos y los pies entumecidos, ahora que las había visto, las bridas parecían apretar con más fuerza, cortando su circulación e impidiendo más sus movimientos. Por su visión periférica podía ver la puerta abierta, si no estuviese atada, si solo pudiese ponerse en pie y salir corriendo. No sabía dónde se encontraba, pero seguro que si salía a la calle alguien podría ayudarle.

Él se dio cuenta de hacia donde se dirigía su mirada y le sujetó con violencia de la barbilla, le obligó a mirar sus ojos y el vacío en ellos era abrumador, no había nada, absolutamente nada de lo que había creído ver en algún momento tiempo atrás.

—Ni se te ocurra intentar escapar, no tienes posibilidades —notó un resquicio de su voz, de la suavidad con la que pronunciaba las palabras, de aquel modo divertido en que pronunciaba la R y le hacía sonreír. Pero no era suficiente, era solo un espejismo que apenas podía ocultar la cosa extraña y fría en la que se había convertido.

Elizabeth le miró e intentó ver más allá, en el pasado podía saber como se encontraba solo con mirarle, solo con ver el brillo de sus ojos sabía si algo iba mal o no. Daniel rehuía su mirada, buscaba en un punto sobre su cabeza para no tener que ver su rostro, ¿remordimientos, quizás? El chico que conocía, o que creía conocer, nunca habría sido capaz de llegar tan lejos, ¿qué le estaría moviendo para hacer eso? ¿Cuál era su motivo para actuar así? ¿Sería culpa suya?

Su mente se paralizó en esa pregunta y no pudo avanzar más. Sabía que él se había enamorado de ella, o creía haberlo hecho, era consciente de que le había rechazado incluso cuando era su esposa, eso tuvo que ser un golpe muy fuerte a su ego. ¿Era por eso por lo que actuaba de ese modo? ¿Por ella? ¿Por su culpa? Debería haberse mostrado más fría con él en el pasado, dejarle claro en todo momento que eran amigos, nada más, nunca podría verlo de otro modo aunque se obligase a ello.

Quizás así nada de esto habría sucedido, no se habrían casado a causa de sus artimañas, no le habría agredido, no habría perdido a su bebé, no... *no habría conocido a Nicholas...*

—Daniel... —apenas pudo escuchar su propia voz pero él lo hizo, sus ojos vacíos se clavaron en los suyos y se endurecieron todavía más.

—No voy a dejarte ir... aunque supliques, aunque ruegues. Eres mi esposa, Elizabeth... —se acercó a su rostro, tanto que su aliento le golpeaba y sus narices casi se rozaban—. Eres solo mía... *mía*.

Todo su cuerpo temblaba a causa del miedo, el frío helado que cubría su piel le hacía temblar salvajemente y el calor que emanaba Daniel, casi cernido sobre ella por completo, le aliviaba un poco aunque a la vez le revolvió el estómago. No le quería cerca, no quería tocarle, no quería verle, olerle, escuchar su voz... quería olvidarse de él, de lo que había significado en su vida y del daño que le había hecho y todavía le estaba haciendo. Intentó alejarse, se arrastró por el colchón hasta que tropezó con la pared y se encogió en posición fetal intentando protegerse, ocultando su rostro tras las manos e intentando parar de llorar.

—Por favor... —suplicó con voz rasposa.

Daniel se alejó de ella como si le diese asco y se enderezó colocando la chaqueta de su traje, con el movimiento, pudo ver como la pistola se marcaba bajo la chaqueta a un lado de su cadera, la misma con la que había disparado al chófer y la misma con la que le había apuntado. Tragó en seco sintiendo un dolor agudo en la garganta, parecía que la tenía en carne viva, pero ni el dolor pudo hacer que perdiese de vista de ni uno solo de sus movimientos. En ese momento él se rascó la nariz con indiferencia y la observó con la barbilla alzada denotando la superioridad que creía tener sobre ella.

Con la cara oculta tras sus manos le podía observar entre el hueco de sus dedos, su mirada quemaba sobre ella y casi no podía soportarla, tenía aquel brillo en los ojos, aquel que recordaba cuando le había atacado, cuando casi la violó la primera vez.

Se estremeció pero buscó fuerzas donde no las tenía, necesitaba un motivo, un por qué.

Saber por qué estaba en ese lugar y quien le había ayudado a encontrarla y a saber lo que ocurría justo ese día, sus horarios o cómo había conseguido que el chófer hiciese lo que había pedido.

—¿Qué quieres? —su garganta escoció cuando le preguntó, necesitaba agua

y quizás también un antiinflamatorio para el dolor.

—Sabes lo que quiero —su voz era hielo puro, acerada, cortante... su mente le repetía una y otra vez que ese no era el Daniel que conocía, que no podía ser él.

—Dan... déjame salir de aquí, lo solucionaremos... te lo prometo. No quiso suplicar, no quería rebajarse tanto todavía, no quería hacerle ver que estaba en inferiores condiciones aunque era algo evidente. Quería que viese que era fuerte, que no podía doblegarla.

—Si te dejo ir te irás con él...

—No...

—¡Lo harás! —chilló apuntando en su dirección con un dedo acusador—. En cuanto salgas por esa puerta irás directamente a sus brazos y prefiero que estés muerta... muerta, te mataré con mis propias manos antes de que te vayas con él de nuevo.

Se secó el sudor de la frente con el antebrazo y no habló más, no fue necesario, parecía que todo estaba claro para él porque simplemente se dio la vuelta y se alejó de allí, cerrando la puerta y girando una llave al otro lado. Elizabeth se enderezó en cuanto escuchó la cerradura bloquearse, miró en todas direcciones acostumbrándose poco a poco a la tenue oscuridad que de nuevo le envolvía.

Estaba sola, en un lugar que no había visto en su vida y a merced de lo que él quisiese hacerle. Trató de serenarse y pensar fríamente, dejarse llevar por el pánico no le ayudaría en nada. Miró hacia una de las ventanas, la lona parecía grapada en la madera y a través de ella todavía se filtraba algo de luz, lo que indicaba que todavía era de día. Intentó ponerse en pie, si se acercaba a la ventana y podía mirar lo que escondía, quizás pudiese tener una ligera idea de donde estaba, no era como si le fuese a servir de ayuda en esa situación, pero al menos sería un poco más consciente de lo que estaba pasando.

Con torpeza se quitó los zapatos que todavía llevaba e intentó ponerse en pie, lo intentó incansablemente, pero era imposible, por más que trataba no conseguía mantener el equilibrio y volvía a caer sobre el colchón pesadamente. Las bridas estaban demasiado apretadas y se clavaban en su piel, no solo era su percepción al ser consciente de ello, realmente la inmovilizaban hasta ese extremo.

Encogió las piernas y rebuscó torpemente entre la falda de su vestido que se había bajado ocultando sus pies, alzó el dobladillo y con los dedos ligeramente entumecidos, tiró con todas sus fuerzas de ese pedazo de plástico que le

inmovilizaba.

No servía de nada, la brida no cedía pero su piel si lo hacía provocando que brotasen algunas gotas de sangre que recorrían sus tobillos hacia el colchón. Soltó la brida sintiendo las lágrimas ardiendo en los ojos de nuevo, cayó de espaldas y sollozó con fuerza sintiendo su garganta en llamas, dejándose inundar por el pánico solo por unos segundos.

Transcurrido ese tiempo miró de nuevo hacia la ventana y su determinación crecía con cada latido del corazón que parecía retumbar con un poco más de fuerza en ese momento.

Comenzó a arrastrarse sobre el colchón hasta que cayó al suelo, el plástico que lo cubría crujió bajo su peso llenando el silencio a su alrededor. Se arrastró hasta que llegó a la pared contraria, bajo la ventana, lentamente pero sin pausa y sintiendo como de las heridas de sus tobillos brotaba más sangre poco a poco.

Cuando llegó a la pared alzó los brazos sobre su cabeza y sosteniéndose del marco de la ventana intentó ponerse en pie, cayó un par de veces chocando contra el suelo, una de esas veces se golpeó con fuerza uno de sus hombros y las oleadas de dolor recorrieron toda su espalda haciéndole gemir. Se lo había dislocado o se había roto un hueso, el dolor era demasiado fuerte para que fuese una simple contusión.

Pero no se rindió, lo intentó de nuevo, sosteniendo su peso más con una de sus manos que con la otra porque le dolía con solo mover el brazo. Tras varios intentos consiguió sostenerse en pie apoyada en la pared, sus rodillas temblaban y se tambaleaba un poco, pero mantenía el equilibrio a duras penas.

Sus dedos se tropezaban unos con otros al tirar de la tela que cubría la ventana, el borde era demasiado pequeño para poder sujetarlo con fuerza y las grapas que lo mantenían en su sitio arañaban su piel cuando intentaba quitarlas. Pero no sentía el dolor, su determinación era más fuerte.

Después de arrancar la primera grapa la segunda fue más fácil y la siguiente todavía más porque tenía más tela que sujetar.

No tardó en tener un buen pedazo de lona fuera de su lugar y la habitación se llenó de una luz amarillenta y triste. Se movió un poco dejando caer su peso sobre la pared para no perder el equilibrio y se asomó al hueco que había abierto entre cerrando los ojos ligeramente porque la claridad le molestaba. Al otro lado del cristal apenas había nada, estaba tan sucio que era difícil definir lo que estaba viendo, pero parecía estar en un tercer o cuarto piso y que alrededor del edificio no

había más que una enorme explanada de cemento lleno de grietas en las que crecía la maleza entre montoncitos de nieve.

Estaba atardeciendo, el cielo estaba amarillento tras las nubes blancas que lo cubrían y el frío del exterior se colaba por un agujero en el cristal. Su aliento se elevaba frente a sus ojos en una nube de vapor y parecía que de un momento a otro comenzaría a nevar.

Elizabeth tembló pensando en lo que podría estar pasando por la mente de Daniel para hacer lo que estaba haciendo, recordó la dureza de sus palabras cuando dijo que prefería verla muerta antes que con Nicholas y todo su cuerpo se estremeció con el pánico.

Quería verle, al menos una vez más y asegurarse de que él estaba bien, casi era seguro que Daniel no le había hecho nada, los hombres como él eran tan cobardes que solo atacaban cuando su oponente era más débil que él, sabía que Nicholas podría defenderse, aunque Daniel jugase con ventaja y sostuviese un arma en sus manos.

Pensó también en lo que él podría estar pensando al ver que pasaban las horas y que ella no aparecía, en lo enfadado que estaría al principio y en lo asustado que podría estar en ese momento. Y Autum... ella se estaría volviendo loca, sobre todo si tenía en cuenta que Gino también estaba en la ciudad y estaría moviendo cielo y tierra para encontrarla.

Se tragó las lágrimas, aunque fue algo muy difícil, se sentía acorralada, sin nada que estuviese en su mano hacer para salir de allí. Si al menos se tratase del Daniel que ella conocía sabría como hacerle ver que lo estaba haciendo era una locura, pero ese nuevo Daniel no atendía a razones, la única verdad universal para él era la que estaba dentro de su cabeza y no había modo humano de hacerle entender lo contrario.

Miró de nuevo al exterior, a ese cemento que cubría el suelo y que estaba lleno de gruesas grietas, entre ellas, contra todo pronóstico, había vida. La tierra bajo ese concreto estaba ahogada, congelada por la nieve, asfixiada, estaba tal y como se sentía ella en ese momento.

Pero la tierra era fuerte, lo soportaba y conseguía que esos arbustos de maleza creciesen llenos de vida entre esas grietas de libertad que consiguió a base de mucho tesón y tiempo. Ella debía ser como la tierra: fuerte, constante, no rendirse nunca aunque las adversidades quisiesen tirarla abajo.

La tierra consiguió esas grietas de luz y ella necesitaba unas grietas que

dejasen entrar un poco de esperanza.

Pero también era consciente de que para ella el tiempo era algo que iba en su contra, aunque por intentarlo no perdía nada. Miró a su alrededor volviendo a evaluar el entorno: puerta cerrada con llave, paredes gruesas, plásticos en el suelo y una ventana con una caída al vacío de al menos ocho metros... estaba claro que saltar por ahí sería un suicidio, pero tenía que haber otra posibilidad.

Lo que más le imposibilitaba en ese momento eran las bridas, si al menos pudiese deshacerse de ellas podría tener alguna posibilidad, aunque muy remota. Suspiró pesadamente y algunos mechones de cabello que caían sobre su rostro revolotearon frente a sus ojos.

No parecía fácil, encontrar una salida era algo imposible pero tenía que ser fuerte. Miró de nuevo hacia el exterior, a esa maleza que crecía con fuerza y que parecía mucho más verde cuando la miraba por el hueco del cristal roto. Su respiración se bloqueó cuando una idea cruzó su mente, el cristal... con un pedazo de cristal podría cortar las bridas y liberarse.

Su corazón comenzó a galopar con fuerza en su pecho, se movió un poco para acercarse a la venta y el vestido se enredó entre sus pies haciéndole perder el equilibrio de nuevo, volvió a caer sobre su hombro herido y un alarido rompió en su garganta dejando un rastro doloroso en su faringe. Pero no podía rendirse, no ahora.

Volvió a ponerse en pie, no sin esfuerzo, utilizó la lona arrancada para sujetarse y arrastró los pies sobre el plástico que cubría el suelo hasta colocase frente a la ventana.

Un soplo de aire fresco que se coló por el agujero del cristal le golpeó en el rostro y eso le dio el último impulso de fuerza que necesitaba. Dejó caer su peso sobre la ventana, el cristal cedió y crujió a lo largo de una grieta que lo atravesaba de arriba abajo, alzó las manos unidas y su hombro latió de dolor unos segundos cortándole el aliento.

Sus dedos sujetaron torpemente de un saliente en el agujero del cristal y tiró con fuerza, pero era resistente, más de lo que había imaginado en un primer momento.

Relajó los músculos y tiró de nuevo haciendo más presión, el filo del cristal atravesó su piel en un par de dedos, pero no se rindió y continuó tirando hasta que el pedazo de vidrio se rompió a la mitad entre una nube de esquirlas que brillaron con la luz cada vez más rojiza del atardecer. Un pedazo estrecho y alargado cayó al



suelo, la fuerza que estaba haciendo para partirlo provocó que ella también lo hiciese a su lado.

Sin detenerse en la imagen de sus dedos sangrando, lo sujetó entre sus manos y acercó el mismo filo que había cortado su piel a la brida que le inmovilizaba las muñecas. Era más fácil pensarlo que hacerlo, el cristal se deslizaba entre sus dedos ensangrentados y era difícil sostenerlo, además la brida era gruesa y resistente, estaba apretada al máximo y apenas le permitía movimientos.

Tras varios intentos consiguió liberar las manos, el cristal cubierto de sangre resbaló ente sus dedos cayendo sobre el plástico y comenzó a sollozar sintiendo un enorme alivio. No era nada importante, todavía continuaba allí encerrada y a merced de Daniel, pero se sintió un poco más dueña de su destino al poder mover los brazos con libertad.

Con la adrenalina todavía bullendo por sus venas ante la alegría de verse un poco más libre, sujetó de nuevo el cristal y haciendo a un lado la falda de su vestido cortó también la brida que apresaba sus pies. Todavía lloraba mientras acariciaba el corte de sus tobillos, sus dedos dejaban un nuevo rastro de sangre sobre el que todavía emanaba de su piel lacerada. Sus muñecas también presentaban unos gruesos cortes que las rodeaban casi por completo, dolían y un escozor ardiente cubría la piel de los bordes de la herida.

En mitad de toda esa sensación de libertad la cruda realidad cayó sobre ella como un peso invisible. Si analizaba la situación fríamente, o tan fríamente como pudiera hacerlo con la confusión que arrastraba en ese momento, al liberarse de sus ataduras tampoco había conseguido un avance tan obvio. Continuaba encerrada, muerta de frío y sed, herida, cubierta de sangre y casi sin fuerzas. No sabía donde estaba, no tenía medios de regresar al edificio Trump o siquiera a una comisaría de policía u hospital para pedir ayuda.

No tenía nada... absolutamente nada... Cerró los ojos y dejó que las lágrimas inundasen sus ojos, el frío que entraba por la ventana rota le calaba hasta los huesos e, hipando, poco a poco se quedó dormida a la vez que la luz del día se iba apagando dando paso a la noche.

La luz de un nuevo día entraba por el pedazo de lona arrancada de la ventana, Elizabeth estaba entumecida, encogida sobre el colchón y se sentía sin fuerzas.

El hombro derecho le dolía horrores, las heridas de sus muñecas ardían mostrando que estaban infectándose y los cortes que se hizo con el cristal en las

manos, escocían cada vez que movía un poco los dedos. Su garganta estaba más que seca, sentía la lengua de trapo y tenía los labios tan agrietados que solo intentar abrir la boca le resultaba doloroso.

Cuando se despertó, unas dos horas antes de que saliese el sol, apenas recordaba donde se encontraba y qué había sucedido, pero el dolor por todo su cuerpo y el frío que le rodeaban no tardaron en ayudarlo a hacer memoria y recordar absolutamente todo. Pero obligó a su mente a mantenerse alejada de ese lugar, a crearse una imagen idílica de lo que precisamente ese día significaba para ella; tendría que ser su primer día como la esposa de Nicholas Bratcher y en cambio estaba encerrada en un edificio abandonado en quien sabe donde, en manos del demente de su exmarido y mejor amigo.

El sonido de unas pisadas al otro lado de la puerta le obligó a abrir los ojos de golpe y centrar la mirada en la madera, esperaba que de un momento a otro se abriese y Daniel la cruzase pareciendo un completo extraño. En el fondo, muy en el fondo, esperaba que lo hiciese, que entrase, hiciese lo que quisiese con ella y después la matase.

Estaba agotada, física y mentalmente, debilitada, con sed y hambre... él estaba ganando y no se sentía con fuerzas para seguir luchando, no cuando veía que era imposible salir victoriosa. Cerró los ojos cuando escuchó el chasquido de la cerradura al abrirse, en un solo segundo decidió que no quería verle, quería viajar a su mundo feliz, olvidarse de donde se encontraba y crear esa imagen idílica de lo que debería ser, pero no pudo.

Daniel tenía otros planes, entró pisando fuerte en la habitación, arrastrando algo que dejó caer cerca del colchón. Abrió los parpados tan solo una rendija y pudo ver una bolsa de deporte negra y enorme, no sabía lo que había dentro de ella, pero a juzgar por el ruido que había hecho al caer, tenía que ser algo pesado.

Daniel paseó su mirada de la ventana a ella varias veces y después a las bridas cortadas y cubiertas de sangre que había en el suelo, su rostro se contrajo, sus labios se fruncieron y con los ojos entrecerrados se acercó a ella en un movimiento rápido.

Se acuclilló justo a su lado y sujetó uno de sus brazos con fuerza, le apretaba tanto que creyó que la herida de su muñeca volvería a sangrar, el dolor le hizo gimotear, pero fue un sonido débil, tal y como se sentía. Daniel observó su mano detenidamente, deslizó uno de sus pulgares por la herida abierta y el dolor le obligó a tirar con fuerza de su brazo para liberarlo, aunque él no le dejó, apretó más insistentemente, tanto que estaba segura de que dejaría marcas en su piel.

—No llevas mis anillos... —escuchó que murmuraba.

No entendió las palabras, en su mente solo tenía claro que quería alejarse de él, pero sentía el cuerpo tan pesado que apenas podía moverse. Sintió más que vio como su anillo de compromiso, aquel que Nicholas le había regalado y que adoraba, se deslizaba delicadamente por su dedo y caía al suelo casi sin sonido, ya que los plásticos lo habían amortiguado. Instantes después el frío de otro metal rodeaba su falange casi grabándola a fuego.

Cuando Daniel soltó su brazo este cayó pesadamente sobre el colchón, su mano quedó frente a su cara y pudo ver por la rendija de sus ojos entreabiertos aquellos dos anillos que él le había dado una vez, los que guardó en el cajón de su despacho en cuanto él se fue.

En ese momento se sintió más prisionera de lo que ya lo estaba, el peso de esos anillos le oprimía tanto que no vio escapatoria posible, sabía que él ganaría hiciese lo que hiciese. Sus parpados se cerraron sin voluntad y una lágrima descendió de su ojo izquierdo cayendo sobre el colchón, estaba segura de que nunca podría librarse de él, que estaría a merced de sus deseos hiciese lo que hiciese.

Se mantuvo con los ojos cerrados todo el tiempo que pudo, escuchaba como él hacía algo en la habitación, como abrió la bolsa de deporte y rebuscaba en su interior, no sabía lo que había dentro y no quería saberlo, aunque una parte muy pequeña de su mente sentía cierta curiosidad quizás movida por el morbo de la situación.

Unos segundos después un chorro de agua impactó en su rostro, abrió los ojos sorprendida y sus labios también se entreabrieron esperando que algunas gotas entrasen en su boca. Un paño rasposo se deslizó por sus mejillas limpiando su piel y después por sus labios haciéndole un poco de daño. Gimió quejándose y le escuchó gruñir, no quiso ni pensar en el porqué.

—Vas a estar preciosa cuando te limpie un poco... —el que habló fue Dan, su Dan... buscó su mirada y la calidez de sus ojos le dio un poco de esperanza, solo poco.

—Tengo sed... —consiguió pronunciar con los ojos anegados en lágrimas, se sentía tan vulnerable y débil... no tenía fuerza ni para quejarse, mucho menos para intentar salir de allí.

Él sonrió, aquella sonrisa que recordaba y que era característica de su mejor amigo, le acarició el rostro retirando algunos mechones de su cabello que cubrían

su frente y pasó una mano tras su cuello. Incorporó un poco su cabeza y acercó la boquilla de una botella a sus labios, el agua fresca, húmeda, deliciosa... se deslizó entre sus labios, por su lengua y bajó por su garganta haciendo que un dolor agudo recorriese todo su pecho, pero no le importó, tenía tanta sed que ese tipo de dolor era bienvenido.

Bebió durante un largo minuto hasta que la botella quedó completamente vacía, Daniel la tiró a los pies del colchón y volvió a mirarla con calidez.

—Cuando regreses a Seattle todo volverá a ser como antes... ya lo verás.

Al escuchar sus palabras su cuerpo se tensó... ¿pensaba llevarla a Seattle? Cualquier cosa sería mejor que ese cuarto frío y húmedo en el que estaba, pero no quería volver a Seattle, mucho menos con él.

—Llamarás a tu padre en cuanto lleguemos y todo será como antes —repitió acariciando su cabello de nuevo—. Seremos «Lizzie y Dan», como siempre debimos ser, juntos...

Asintió en su dirección porque creyó que era lo que debía hacer, no debía contradecirle, al menos no en ese momento, y su actuación hizo que le regalase otra sonrisa. Daniel se alejó de ella y regresó a donde había dejado la bolsa, volvió a abrirla y vació parte de su contenido en el suelo.

—He traído tu ropa, la que dejaste en el apartamento antes de que ese... —se detuvo a tomar aire y de nuevo sus ojos brillaron con la frialdad del acero — antes de que ese hijo de puta te arrancara de mi lado.

Elizabeth se incorporó un poco en el colchón, el agua le había dado fuerzas y se sentía un poco mejor, aunque su cabeza todavía daba vueltas.

—Él te levó pero no volverá a hacerlo... ¿verdad que no? —una mirada suplicante se clavó en ella y no supo que hacer—. Él te robó una vez, te besó y te tocó... pero no lo volverá a hacer, no va a tocar a nadie más.

—Dan... —su garganta dolía pero necesitaba saber—, ¿qué vas a hacer?

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo. El tono de su voz provocó que un estremecimiento recorriese su espalda de arriba abajo y le miró con miedo, le temía, pero no por ella, sabía que su causa estaba completamente perdida, temía por lo que pudiese hacerle a las personas que más quería, a Nicholas...

—Daniel...

—Bratcher solo será un mal recuerdo, como una pesadilla... ya lo verás.

El miedo se extendió por su cuerpo y comenzó a temblar, se incorporó del todo y, prácticamente arrastrándose sobre el colchón, llegó a donde él estaba inclinado sacando varias prendas de ropa de la bolsa y dejándolas con delicadeza y perfectamente dobladas sobre el plástico del suelo.

—Dan... —susurró con miedo— ¿qué vas a hacer? —preguntó de nuevo.

—Aquí no hay una ducha —comentó ignorándola por completo—, tendrás que cambiarte y podremos irnos en cuanto estés lista. En casa podrás darte un baño caliente y quitarte ese asqueroso vestido —volvió a mirarla con aquel brillo en los ojos, aquel hielo que se clavaba y hacía daño—. Quítate el vestido.

—¿Qué? —preguntó aturdida por el miedo que se incrementó de golpe.

—Que te quites el vestido, me estás faltando al respeto solo con llevarlo puesto.

No... el desconocido estaba de vuelta, aquella persona cruel que había sido capaz de apuntarla con un arma, el mismo que había matado a un hombre frente a sus ojos y que después actuaba como si no hubiese ocurrido nada importante.

—¡Mierda Lizzie! Quítate el jodido vestido —chilló asustándola.

Ella comenzó a arrastrarse para alejarse de él, retrocedió sobre el colchón hasta que su espalda chocó con la pared. Daniel la observaba como un depredador dispuesto a saltar sobre su presa, sus labios se estiraban en una fina línea y el brillo de sus dientes refulgía entre ellos.

—Dan... —gimoteó asustada. Se acercó a ella, al lado del colchón y mirando hacia abajo, incluso su nariz estaba un poco arrugada como si algo le estuviese dando asco.

—Quítate el vestido.

—¡No! —se encogió atemorizada y ocultó su rostro con los brazos.

Oyó el susurró de la ropa y después un inconfundible click metálico del seguro de un arma, lo había escuchado en un sinfín de películas, pero hacerlo en persona y tan, tan cerca helaba la sangre en una milésima de segundo.

Le miró entre los brazos con los que se ocultaba, la expresión de su rostro no había cambiado, continuaba enfadado y asqueado, pero su brazo derecho estaba extendido y en su mano sujetaba de nuevo el arma que apuntaba en su dirección. Su corazón se detuvo en un latido y jadeó asustada, se puso en pie de golpe

olvidándose por completo de que unos minutos antes todavía se sentía mareada, avanzó hacia la puerta todo lo rápido que sus pies le dejaron, pero al estar descalza resbaló sobre las plásticos que cubrían el suelo y cayó a tan solo un metro de la salida.

Sintió el tacto de su piel en su brazo desnudo, su hombro punzó de dolor y no pudo evitar gritar. Se giró quedando boca arriba y se arrastró hacia atrás para alejarse de él, pero la sujetó de un tobillo y tiró con fuerza de ella.

Se deslizó por el plástico a toda velocidad y su cabeza golpeó fuertemente contra el suelo dejándola aturdida, los pocos segundos que tardó en volver a ser consciente de lo que la rodeaba fueron suficientes para que Daniel se cerniese sobre ella e inmovilizase sus manos sobre su cabeza provocando que su hombro derecho doliese tanto que casi no podía ni hablar.

Apretó los dientes para no gritar, abrió los ojos y los calvó en los suyos, de nuevo el vacío en ellos se la tragó. No había nada, solo una marea negra y espesa como el petróleo, nada podía sobrevivir allí. El filo del arma volvió a clavarse en su piel, pero esta vez en su cuello, justo donde su pulso latía acelerado y podía sentirlo pulsar contra el frío metal.

—Quítate. El puto. Vestido —remarcó cada palabra en un gruñido tan violento que varias gotas de saliva impactaron en su rostro.

Se retorció bajo su peso, gritó dejando su garganta en carne viva, pataleó sintiendo sus músculos rígidos, pero la adrenalina que se deslizaba a toda velocidad por sus venas evitaba cualquier tipo de dolor.

De repente dejó de sentir el cañón del arma en su piel y segundos después un golpe en su mejilla izquierda giró su rostro bruscamente. Degustó el sabor metálico de la sangre y su mirada se volvió lentamente de nuevo hacia él, no había arrepentimiento en sus ojos, solo el vacío negro, una especie de brea que mataba todo lo que llegaba a tocar.

El miedo que había sentido hasta ese momento no fue nada comparado con la sensación que se deslizó por su cuerpo en ese mismo instante. Su estómago se contrajo tan dolorosamente que casi tuvo que jadear, su corazón se estrujó, un fuerte nudo cerró su garganta y un frío helado cubrió su piel tensando cada uno de los músculos bajo ella. No había nada que pudiese hacer para escapar, absolutamente nada. Daniel estaba completamente loco, había perdido la cabeza y era capaz de cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa...

—¡Quiero que te quites el vestido! —gritó tan cerca de su rostro que su

aliento le quemó sobre la piel haciéndole sentir náuseas.

Sin apenas darle tiempo a reaccionar, Daniel comenzó a forcejear con la tela del vestido, tiraba de ella de cualquier lugar donde pudiese agarrarla con firmeza y el tejido se clavaba en su piel haciéndole daño.

—Dan... Daniel... por favor... —suplicaba débilmente, pero él no parecía escucharla, continuaba tirando aquí y allá. Uno de los tirantes de su vestido cedió y las perlas blancas que lo adornaban salieron disparadas en varias direcciones, Elizabeth volvió a retorcerse bajo su peso, pero era inútil, él tenía más fuerza.

—Estate quieta —demandó apuntándola de nuevo con el arma, pero esta vez en su sien—. Te recuerdo que eres mi esposa... ¡mía! Y harás lo que yo quiera. Quítate el puto vestido de una vez.

De nuevo las lágrimas brotaron de sus ojos impidiendo que pudiese ver con claridad, pero casi lo prefería. No quería ver el monstruo en el que se había convertido, no quería recordar a su Dan como el hombre que era capaz de cualquier cosa, incluso de hacerle daño, solo por conseguir lo que quería.

Casi se rindió a lo que él quisiese hacerle, casi... escuchó como la tela se rasgaba, como parte de la falda del vestido se desprendía bruscamente del corpiño y el aire frío impactaba sobre su piel. El cañón del arma se clavó más en su cuello y ya perdió cualquier pequeña esperanza que pudiese tener, cerró los ojos y se dejó llevar.

Intentó imaginar un lugar al que ir para liberarse, en su mente apareció Nicholas, con los brazos abiertos dispuesto a protegerla, pero antes de que siquiera pudiese llegar a imaginarse abrazándole, la imagen del cemento del exterior opacó todo lo demás... grietas... maleza creciendo salvaje y con fuerza... tierra libre... respirar...

La adrenalina volvió a dispararse en su sistema, abrió los ojos y no tuvo tiempo de pensar cuando comenzó a revolverse violentamente para que Daniel le soltase las manos, en cuando las tuvo libres sujetó el cañón que le apuntaba y comenzó a forcejear con él para que soltase el arma.

La agarró con las dos manos aunque una apenas tenía fuerza a causa del golpe en el hombro, tiró con fuerza y a la vez intentaba removerse todavía para quitárselo de encima como fuese. Estaba desesperada, veía el final de todo eso muy cerca, no le importaba cual fuese el resultado, pero Daniel no iba a ganar: o no la tenía, o la tenía muerta. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que sus encías sangraban, los cortes de sus dedos le escocían y estaba segura de que volverían a

sangrar en segundos si es que no lo hacían ya, pero no se rendiría... no lo haría porque no iba a dejar que él decidiese su futuro, nunca más sería el que moviese los hilos de su destino.

Su mirada se unió a la suya una vez más y lo supo en un solo segundo: él tampoco se rendiría y ese sería el final de todo.

Con un último esfuerzo dio un tirón al arma con toda su fuerza, no estaba segura de lo que había ocurrido realmente, pero el sonido de un disparo hizo eco en la habitación dejando un silencio sepulcral a su alrededor, silencio tan solo roto por un molesto pitido en sus oídos. No sentía dolor, nada... pero el aire comenzó a faltar en sus pulmones y una humedad extrañamente cálida comenzó a empapar su pecho.



## CAPÍTULO 29

*19 de diciembre de 2010*

Su apartamento se le hacía pequeño, caminaba de una habitación a otra tan solo escuchando el tic-tac del reloj y el sonido de sus propias pisadas, pisadas casi silenciosas al estar descalzo. La policía le había pedido que se fuese a casa, que se metiese en la cama e intentase dormir... ¿Dormir? ¿Quién cojones podría dormir en una situación similar?

No había aceptado la sugerencia en un primer momento, pero tras beber un café que Autum le había ofrecido, se sintió tan cansado y sin fuerzas que accedió. Sin embargo en su apartamento era imposible que estuviese tranquilo, cada habitación, cada pequeña cosa, incluso el olor que flotaba en el aire, le recordaba que Elizabeth había estado allí solo unas horas antes, que ahora ya no lo estaba y no sabía si podría volver a estarlo.

El dolor en su pecho no había disminuido en ningún momento, desde que aquel agente de policía le dijo que alguien se la había llevado después de disparar contra el chófer del coche, apenas había podido respirar, el aire continuaba siendo algo espeso y denso que apenas penetraba en sus pulmones. Intentó alejar esa sensación dándose una ducha y quitándose el traje que había elegido para su boda, pero con solo ver el frasco de su champú en la estantería del baño, le dio un vuelco el corazón y el resultado de su intento fue un fiasco.

Estaba plenamente convencido de que hasta que tuviese a Beth entre sus brazos no se sentiría mejor.

La policía había dicho que estaban manejando la hipótesis de un posible secuestro, alguien sabía que ese día sería su boda, no cualquier boda, la boda de uno de los empresarios solteros más codiciados por las mujeres de Chicago. Los agentes creían que de un momento a otro el secuestrador se pondría en contacto con él pidiendo una suma de dinero como rescate, pero las horas pasaban y pasaban y el teléfono no sonaba.

Se sentía ahogado y aislado, como si además del aire tampoco pudiese ver lo que le rodeaba, como si tuviese una verdad indiscutible frente a los ojos, pero fuese incapaz de saber ni de qué se trataba. Sabía que había algo que se escapaba a su razonamiento y también al de la policía, algo no encajaba en todo eso. Nunca se había tenido que preocupar por la seguridad, sí, tenía dinero y poder, pero nunca había alardeado de ello. Se había definido por vivir con comodidades, pero nunca con lujos ni extravagancias, sintiéndose un igual, solo que con un poco más de suerte. Había sido moderado y comedido, la gente que decía admirarle lo hacía precisamente por eso, porque era un igual y no aparentaba ser un empresario intocable rodeado de guardaespaldas.

Hasta la llegada de Elizabeth a su vida nunca se había planteado la posibilidad de contratar seguridad, e incluso tras su llegada nunca vio necesaria la presencia constante de guardaespaldas o personal que se ocupase de mantenerles, a ambos, a salvo. Hasta ese preciso momento... cuando ya era demasiado tarde.

Se dejó caer pesadamente sobre el sofá, ese mismo sofá en el que ella se sentaba recogiendo las piernas contra su pecho para ver la televisión, el mismo en que en ocasiones echaba una siesta y él la cubría con una manta para que no tuviese frío, y también el mismo sofá en el que Darcy, aquella asquerosa bola de pelo, se acurrucaba siempre para dormir.

No se percató de la presencia del gato a su lado hasta que una de sus manos rozó con algo suave y peludo, miró hacia el felino con el ceño fruncido, nunca, desde que él y Beth vivían juntos, el bicho había aceptado su presencia. Siempre le bufaba sonoramente o le dejaba claro con una mirada que no era bienvenido en su espacio vital.

Él fue apropiándose de cada rincón de su propia casa y por momentos se sentía con la necesidad de pedirle permiso para sentarse en su sofá. Pero ese día, en ese preciso instante en el que se sentía tan desesperado, el gato parecía haberle dado una tregua e incluso su sola presencia era una especie de consuelo, una

conexión directa con su Beth, que todavía no entendía por qué, adoraba al gato. Se atrevió a alzar la mano y rascarle entre las orejas con un poco de precaución, esperaba que de un momento a otro le bufase o, que de un solo movimiento de una de sus patas, le arañase, pero el gato cerró los ojos y comenzó a ronronear.

Sintiéndose un poco más valiente, acarició también su lomo, el pelo del gato se deslizaba con suavidad entre sus dedos y la sensación era relajante, pero solo un poco. Continuó durante unos minutos durante los cuales, Darcy, abría los ojos de vez en cuando y le miraba, como para cerciorarse de que continuaba allí, después los cerraba y seguía con su ronroneo. Nicholas, con los ojos también cerrados, fue liberando poco a poco nudos que impedían que sus pensamientos vagasen libres y, relajando la espalda, se tumbó boca arriba sobre el sofá, estirando las piernas sobre uno de los apoyabrazos laterales.

Darcy, que se había subido sobre su regazo para que continuase con sus caricias, ahora dormía plácidamente sobre su estómago mientras él jugueteaba con el pelo de su lomo que era más largo que el del resto de su cuerpo. El gato era cálido, era como tener una pequeña estufa que le caldeaba el vientre y el calor se esparcía lentamente por su cuerpo. En cierto modo era agradable, nunca había pensado que tener una mascota y compartir tiempo con ella fuese de ese modo.

Había visto a Beth en otras ocasiones haciendo lo mismo que hacía él en ese momento y nunca se había planteado que fuese tan placentero y tranquilizador. Con la mente abierta y el cuerpo relajado, se permitió pensar, aun a temor de que la sensación de ahogo regresase y le volviese a dar un ataque de pánico como en el restaurante, pero necesitaba pensar en Beth, tener una sospecha de donde podría estar y quien se la había llevado.

Revivió los dos últimos días segundo a segundo, recordando cada palabra, cada gesto, buscando cualquier cosa que pudiese llamar su atención, un indicio de que algo estuviese mal, pero era inútil, Beth se había comportado como siempre y no recordaba ningún comportamiento sospechoso de nadie de su entorno.

Algo le decía que ahí estaba la clave, en su entorno, en alguien que hablase con él a menudo, o incluso alguien que viese a diario. Pero por más que se devanaba los sesos no encontraba una conexión con alguien que pudiese querer hacerle daño a Beth y por ende, también a él. Intentó olvidarlo y pensar en un motivo más real, quizás la policía tenía razón y era alguien que quería dinero. Quizás le llamasen pronto.

Quizás ese estúpido teléfono sonase y le pedirían una cantidad sobrecogedora de dinero, que entregaría sin dudar con tal de tener a su Beth de

nuevo con él. Sin embargo, cuanto más que pensaba en esa posibilidad más absurda le parecía, aunque no la descartaba del todo. Volviendo a centrarse en alguien de su entorno decidió investigar un poco por su cuenta, colocando a Darcy sobre su brazo izquierdo, se puso en pie y caminó hacia su despacho. Avanzando por el pasillo, mientras veía como el pantalón de su pijama se arrugaba sobre los tobillos, se imaginó a Elizabeth haciendo lo mismo mientras vestía una de sus camisas.

Le gustaba mirarla desde la cocina cuando ella se levantaba tarde y le miraba con ojos somnolientos, una sonrisa cálida y el cabello revuelto. En esos momentos era cuando parecía la niña que era, a sus veintinueve años era mucho más joven que él. Entró en la biblioteca y se sentó tras la mesa, dejando al gato sobre sus rodillas, mientras encendía el ordenador clavó la mirada sobre Darcy, él, como si hubiese percibido ser observado, también enfocó sus enormes ojos verdes en los suyos y se observaron fijamente durante unos largos segundos. Nicholas recordó claramente la primera vez que había visto al bicho, lo que le dijo Beth sobre que le recordaba a él en cierto modo y le pareció absurdo.

Ella había estado sugestionada por la pérdida de su bebé, había adoptado al gato como sustituto de aquel hijo que ambos perdieron por culpa de su exmarido y él vio al minino como un intruso desde el primer momento. Pero justo en ese instante, mirando sus ojos tan verdes y brillantes, se dio cuenta de que ese animal había sido el apoyo de Beth cuando él no estaba, gracia a él sonreía un poco y tenía a alguien que le necesitaba.

Darcy había hecho bien su papel y continuaba haciéndolo, porque en ese momento en el que se sentía perdido y desesperado, el gato volvía a estar ahí, dando su apoyo silencioso con su simple presencia. Al pensar en el exmarido de Beth su ceño se frunció... ¿por qué no había pensado en ese hombre hasta ese momento? Recordaba haber escuchado a Gino hablar sobre él con la policía, ellos parecieron tener un especial interés en su persona en un primer momento, pero lo descartaron cuando llamaron a su casa y su padre les aseguró que estaba durmiendo y que no se había movido de Seattle en los últimos días.

Era sospechoso, hasta donde sabía él vivía con su secretaria y no con su padre. Frotó su rostro con desesperación e intentando arrastrar así un poco de la zozobra que sentía desde que tomó aquel café, seguro que la loca de Autum le había echado algún tranquilizante o incluso un somnífero... ¿no podían darse cuenta de que lo que él necesitaba era estar alerta y poder pensar con claridad para así encontrar a Beth cuanto antes? Darcy, en sintonía con sus pensamientos, de un

salto se subió a la mesa y se sentó pacientemente al lado del ordenador portátil, como si eso no fuese suficiente, maulló en su dirección como si le estuviese indicando que se diese prisa.

Nicholas suspiró y abrió el programa con el que podía acceder a la base de datos de la compañía y desde ahí a la lista de empleados. Leyó la lista de sus empleados directos, los que trabajaban en su edificio y también los que lo hacían en el de Beth, la repasó tres veces pero ningún nombre parecía resaltar de entre los demás por un comportamiento extraño o por algún hecho puntual que se saliese de lo normal. Frunció los labios y miró a Darcy, el gato continuaba sentado, inmóvil como una esfinge y mirando directamente al ordenador como si también estuviese buscando algo.

No esperaba que el animal le fuese a decir, con algún gesto o señal, quien era el culpable, pero inconscientemente sí que esperaba alguna ayuda de su parte. Mientras observaba el brillo de su pelo rojizo bajo la luz de la lámpara de la mesa, recordó que todos los mails que escribían sus trabajadores desde la oficina eran registrados por un programa espía que había ordenado instalar después que un par de empleados estuviesen vendiendo información a empresas de la competencia. Accedió al programa con facilidad tras ingresar la clave de acceso, y no se sorprendió cuando el número de mensajes era tan alto que tardaría una eternidad en encontrar algo que pudiese servir de ayuda.

Descartó sus mensajes y los de Elizabeth, también descartó los de su hermano y los que enviaron algunos ejecutivos, la lista se redujo en un par de ceros, pero todavía superaba el millón por largo. Mordisqueándose el interior de la mejilla miró de nuevo a Darcy y él entrecerró los ojos, dándole a entender que estuviese haciendo lo que estuviese haciendo, tardaba demasiado. Bufó indignado con el gato, parecía que aquella tregua llegaba a su final y no iba a quedar nada entre ellos.

Volvió a mirar al monitor de su ordenador, si hacía una búsqueda inicial y reducía los parámetros quizás encontrase algo. Redujo la búsqueda a cualquier mensaje que hablase de Elizabeth Price, pero continuaban siendo demasiados y, tras comprobar alguno de ellos, todos hablaban de posibles reuniones o de balances y contratos que tenían que ver con Beth, nada importante que pudiese servir de ayuda.

Lo intentó con unas cuantas búsquedas más pero no tuvo suerte, continuaba encontrando información insustancial. Hizo un último intento, ya a punto de dejar la causa por perdida, escribió "Boda" en el buscador y la lista de mensajes se

redujo a poco más de medio millar, ese era un número que podía manejar. Descartó los mensajes de la secretaria de Elizabeth porque tan solo hablaban de preparativos para el enlace, y estuvo a punto de hacer lo mismo con los de la suya, pero algo llamó su atención, había varios mensajes de Mila, que así se llamaba la chica, que enviaba un tal Niel, pero eso no era lo extraño, lo extraño era que habían sido enviados desde su cuenta de correo privada y justo después de la hora y fecha de la boda. Los mensajes constaban de frases cortas y directas, que no se podían interpretar por sí solas, pero que en su situación no dejaban lugar a dudas. «¿La tienes?» «¿Sabes dónde vas a esconderla?» «¿Sigue con vida?» Ese último le heló la sangre y todos los músculos de su cuerpo se tensaron. Sus dedos volaron sobre las teclas y descartó todos los mensajes centrándose solo en los de Mila y en los de esa cuenta privada.

*«El lugar del evento será el restaurante “Sixteen”, piso 16 del edificio Trump, a las 12:30.»*

*«La empresa se llama “RentSmith”, y esta es la posible ruta del trayecto.» «Niel, no vuelvas a la oficina, debemos ser discretos, no quiero que te relacionen conmigo.»*

Volvió a mirar al gato unos segundos y el animal, que se estaba lamiendo una pata, se detuvo unos segundos para devolverle la mirada y continuó como si nada, como si estuviese indicándole que lo que estaba haciendo estaba bien y continuase por ese rumbo.

Volvió a mirar los mensajes y todos ellos contenían información de los preparativos de la boda, horarios, lugares, invitados y posibles rutas de escape en caso de tener que huir por algún motivo. Incluso Mila había cancelado los billetes de avión de su luna de miel antes de tiempo sin que él se lo hubiese pedido. Se levantó bruscamente y fue hacia la cocina, se preparó un café bien cargado para despejarse un poco y mientras lo tomaba a pequeños sorbos comenzó a pensar en lo que había descubierto; Mila aparentaba ser una chica sencilla.

Era alta, rubia y podría resultar atractiva a los ojos de cualquiera. Él nunca se planteó siquiera mirarla más allá de su rostro, había aprendido del peor modo que no debía mezclar negocios con placer, la única secretaria con la que se había acostado fue la que después vendió información de sus movimientos a otras compañías.

Por eso desde entonces los empleados eran solo eso, empleados, y no se

preocupó de Mila más allá de su trabajo. Era una chica eficiente, siempre estaba atenta a cada uno de sus movimientos y parecía estar un paso por delante de sus necesidades.

En alguna ocasión Beth había bromeado con él diciéndole que había roto los sueños de esa chica al aparecer en su vida, pero nunca se lo tomó realmente en serio... hasta ese momento.

Pero algo no cuadraba... ¿quién era ese Niel y por qué Mila estaba tan preocupada en que no los relacionasen? No recordaba tener a nadie con ese nombre en su lista de empleados, de hecho, la había repasado solo unos minutos antes y no había ningún Niel entre ellos. Dejó la taza de café sucia y vacía en el fregadero y volvió a biblioteca, Darcy ocupaba ahora la silla, estaba tumbado sobre sus patas y movía el rabo con nerviosismo, como si algo molestase.

Ignoró ese comportamiento del gato y lo tomó en brazos para sentarse en la silla, después lo dejó sobre su regazo y volvió a abrir la lista de empleados para repararla una vez más, quizás hubiese pasado algún nombre por alto. Al no obtener resultados volvió al programa espía y en la búsqueda escribió "Niel" y su dirección de correo electrónico.

Los únicos resultados eran los de Mila y desde su cuenta privada, lo que indicaba que era alguien que no trabajaba para él ni ninguno de sus asociados y con el que solo ella contactaba. Pensó en ello y accedió a la lista de visitantes externos a la compañía que iban al edificio, recordaba que ese Niel había ido de visita y los guardias de seguridad tenían que haber tomado nota de ello. No se sorprendió cuando leyó que un tal "Niel Braw" había ido de visita a su oficina solo unos días antes.

—Niel —dijo su nombre en voz alta, algo le indicaba que allí era donde estaba la clave, en ese nombre. Fue a un buscador en internet y escribió Niel Braw sin obtener resultados concluyentes, pero una página llamó su atención: «*John Daniel, más conocido como "Niel". Compositor de bandas sonoras*» ¿Niel era el diminutivo de Daniel?

Buscó de nuevo haciendo una búsqueda más exacta y varias páginas de etimología y antroponimia<sup>1</sup> le confirmaron que sí, que estaba en lo cierto y "Niel" era uno de los diminutivos de Daniel.

---

<sup>1</sup> La **antroponimia** u **onomástica antropológica** es la rama de la onomástica que estudia el origen y significado de los nombres propios de persona, incluyendo los apellidos.

Algo en su pecho comenzó a vibrar, en lugar de ahogarse o sentir presión, la ira hizo que sus pulmones se expandiesen y que el aire entrase a borbotones por su tráquea. Volvió a ponerse en pie de golpe, a grandes zancadas fue a su habitación y se vistió con lo primero que encontró en el armario.

Olvidándose por completo de Darcy y de que posiblemente lo había dejado encerrado en la biblioteca, salió a la calle y echó a correr calle abajo en dirección a la oficina. En momentos como ese era de agradecer vivir a pocas calles de allí. Ya había caído la noche y la intensa nevada de esa tarde cubría las aceras, pocos eran los que se atrevían a salir a la calle con ese frío, pero no le importó con quien se cruzaba y como le miraban, tampoco tuvo tiempo de hacerlo ya que en pocos minutos llegó al edificio de oficinas donde trabajaba.

Como era domingo y bien entrada la noche, en el lugar tan solo estaba el personal de seguridad. Paul, el hombre que estaba en la entrada, lo saludó con asentimiento de cabeza y le abrió la puerta para que entrase en cuanto le vio. Nicholas, en lugar de ir hacia su oficina fue directamente a la sala de seguridad donde sabía que estaban los monitores de las cámaras.

No tardó en entrar en esa pequeña habitación que en un primer momento le pareció claustrofóbica. No tenía ventanas, tan solo una puerta, y las tres paredes que rodeaban la entrada, estaban cubiertas de monitores con las imágenes de las diferentes cámaras de seguridad repartidas por el edificio.

Bob, un hombre de unos cincuenta años, bajo, regordete y bonachón, estaba sentado tranquilamente frente a una pequeña mesa que había en el centro de toda esa vorágine y sobre la que había un ordenador desde el que controlaba todos los monitores. El hombre degustaba un café con tranquilidad, pero en cuanto le vio entrar se puso en pie de golpe y le saludó atropelladamente. Nicholas le conocía desde hacía años, cuando comenzó a trabajar para Lekker S.A., y era un hombre entrañable y fiel a su trabajo, incluso alguna que otra vez charlaron animadamente en los cortos viajes en ascensor.

—Necesito las grabaciones del lunes —solicitó sin siquiera saludar, no tenía tiempo para eso. Bob se enderezó en la silla, dejó su vaso de café a un lado y tecleó algo rápidamente en el ordenador que había frente a él.

Segundos después se expandió una ventana en el monitor central, el más grande de los que había colgados en la pared, y le miró sobre el hombro.

—¿Qué cámara y qué hora exactamente? —le preguntó con cautela. Nicholas, que se había colocado justo tras la silla y miraba atentamente todo lo que



salía en la pantalla cerró las manos en puños y apretó la mandíbula antes de contestar.

—La de la puerta de entrada, cerca del mediodía.

Bob se puso manos a la obra y enseguida pudo ver la imagen de la puerta de entrada del edificio, las ruedas de los vehículos que circulaban por la calzada, las piernas de los transeúntes que caminaban por la cera y el guardia de seguridad saludando a las personas que cruzaban la puerta.

—¿Puede avanzar más rápido? —preguntó dando un paso al frente.

Las personas que entraban y salían del edificio parecían bailar frente a sus ojos, caminaban a toda velocidad e iban y venían uno tras otro. Vio la imagen de su secretaria, a un lado de la puerta y parcialmente oculta por una planta decorativa. Ella hablaba con un hombre que se mantenía oculto por un gorro de lana a pesar de estar vestido con un traje elegante y un abrigo que aparentaba ser caro.

—Deténgalo ahí —le indicó a Bob. La imagen comenzó a ir a velocidad normal y Mila parecía discutir airadamente con él, no podía verle la cara, pero la postura de ese hombre y los gestos que hacían indicaban que estaba nervioso, movía la cabeza a un lado y al otro como si estuviese buscando algo o alguien y se rascaba la nariz en un gesto de ansiedad. Nicholas entrecerró los ojos, y clavó la mirada en ese hombre, algo en él le resultaba conocido y eso le ponía nervioso, le asustaba.

Sus sospechas fueron confirmadas cuando durante dos segundos, ese hombre miró hacia la cámara y pudo ver su rostro. Todo su cuerpo tembló, el frío cubrió su pecho pese a que el bullir de ira corría por sus venas a toda velocidad, cerró las manos en puños y apretó la mandíbula endureciendo los rasgos de su rostro.

Hay momentos en los que la vida parece ir a la velocidad de la luz mientras tú, sentado en un rincón, ves como cada segundo transcurre a la misma velocidad que una hora. Las palabras que escuchas se procesan más lentamente, las personas que te rodean se mueven más despacio y tus pensamientos parecen ir también lentos, pero en cambio van a la velocidad de luz y se detienen en cada una de las posibilidades.

Su oficina había pasado a ser el centro de mando de la policía, un par de chicos que ellos habían denominado *expertos* estaban indagando en las entrañas de la compañía a través de su ordenador, entrando en archivos con información confidencial y accediendo a cada cosa que ellos quisiesen. En otras circunstancias se habría negado tajantemente a algo así, pero la vida de Beth estaba en juego, o al menos era lo que se repetía mientras miraba a un chico que no parecía tener más de dieciocho años y que tecleaba a toda velocidad en su ordenador portátil. En ese aparato estaba la primera foto que Beth le envió y también guardaba alguna de sus conversaciones por chat, sus tesoros estaban al alcance de las manos de ese púbero y no podía hacer nada por evitarlo.

En cuanto llamó a la policía y le dijo lo que había descubierto, no tardaron en llegar a su oficina y dividirse el trabajo, dos de ellos estaban revisando las grabaciones de las cámaras por si Boid hubiese estado de visita alguna otra vez, dos más intentaban encontrar a Mila y los otros dos buscaban la localización exacta del destinatario de los mensajes electrónicos de su secretaria.

Todo parecía digno de la trama de una película de ciencia ficción, quizás también de alguna de esas películas basadas en hechos reales que las televisiones públicas emiten en la sobremesa del fin de semana, pero nada indicaba que lo que estaba sucediendo a su alrededor fuese real y le estuviese ocurriendo a él. Pero lo era, lo confirmaba el hecho de que él mismo estaba allí, en mitad de todo ese caos, sujetando con fuerza la mano de Autum que se había colgado de su brazo en cuanto llegó y no le había soltado, tampoco es como si él le hubiese dado opción.

Los minutos continuaban transcurriendo lentos y pausados, nada parecía indicar que las cosas pudiesen solucionarse de un momento a otro. Había escuchado en varias ocasiones que en los casos de secuestro las primeras cuarenta y ocho horas eran cruciales, en su caso estaban a punto de cumplirse y el tiempo iba en su contra, cada vez sentía que Elizabeth estaba más y más lejos de él. Y no ocurría nada... El tiempo pasaba, los minutos transcurrían lentos, a su alrededor todo era caos, silencio tan solo roto por las teclas al ser pulsadas y el sonido

ahogado de teléfonos sonando en el pasillo.

—Gino tarda demasiado... —murmuró Autum a su lado. La miró pestañeando repetidas veces, como si acabase de despertar de un sueño, el mundo pareció dar un brinco, los ruidos regresaron y todo recuperó su velocidad normal. Intentó respirar profundamente pero la presión en su pecho volvía a ser insoportable, dolía y quemaba, era prácticamente imposible llenar sus pulmones de aire.

Miró a su alrededor buscando algo en lo que sentarse, la habitación de repente comenzó a dar tantas vueltas que apenas podía mantenerse en pie, Autum, anteponiendo sus necesidades, le condujo hacia una de las sillas que había frente a la mesa.

—Nicholas... —le llamó suavemente acuclillándose frente a él y acariciando su mejilla—. Tranquilo... respira hondo... verás como todo se soluciona y Lizzie estará pronto con nosotros.

Intentó hablar pero tan solo pudo pronunciar algún gimoteo ininteligible. El agente que parecía estar al mando, no sabía si se traba de inspector o algo similar, recibió una llamada en ese momento y, tras contestar y que le dijese algo al otro lado, clavó la mirada en Nicholas y pudo ver como algo en la expresión de sus ojos cambiaba, algo casi imperceptible pero que le puso alerta.

Pero no tuvo ocasión de preguntarle, el hombre de color que media casi dos metros, salió apresuradamente del despacho haciendo un ruido exagerado al pisar en el suelo de parqué con unas enormes botas militares negras.

—¿Qué ocurre? —preguntó con hilo de voz. Autum, que había estado tan atenta como él esa llamada, se puso en pie y acarició su cabello.

—Iré a ver qué me dicen —se alejó caminando con suavidad, dejándole solo con sus pensamientos.

Nicholas cerró los ojos y contó hasta diez, no podía perder el control, no podía dejarse llevar por el pánico en un momento como ese. Tenía cuarenta años, una compañía que dirigir y miles de familias que vivían gracias al trabajo que él les proporcionaba, debía ser un hombre centrado, con los nervios de acero y que supiese reaccionar ante cualquier contratiempo.

Pero es que ese no era cualquier contratiempo, Daniel Boid, el exmarido de su prometida, el mismo que le había agredido físicamente y también el mismo que le provocó un aborto, tenía a Beth con él, a su merced, y no quería ni pensar en lo que le estaría haciendo.

—¡Voy a partirle las piernas! —la voz de Gino desde el otro lado del pasillo llegó a sus oídos en un grito casi desesperado—. ¡Voy a matarle con mis propias manos!

Nicholas se puso en pie, si Gino podía disfrutar rompiendo huesos, él no se perdería la oportunidad de arrancarle la polla a Boid y hacérsela tragar, solo por liberar un poco del estrés que le estaba consumiendo. Salió de su despacho y vio al mejor amigo de Beth al lado de Autum, Gino llevaba puesto un pantalón de deporte y camiseta blanca, parecía no sentir el frío que hacía allí afuera con la fuerte nevada que cubría la ciudad. Sus miradas se unieron durante un segundo y parecieron hacer una promesa silenciosa: el primero que encontrase a Boid, se haría cargo de él sin importar las consecuencias.

—Señor Bratcher —el agente de policía se acercó a él hasta quedar frente a frente—, hemos encontrado a la señorita Crane, estaba saliendo de su domicilio cuando nuestros agentes la detuvieron.

—¿Dónde está ahora? —preguntó apresuradamente.

—Está en la comisaría, iré personalmente para hacerme cargo del interrogatorio.

Nicholas asintió como si hubiese entendido lo que le estaba diciendo, pero su mente estaba bloqueada en el hecho de que Mila, la única pista que tenían para encontrar a Beth, estaba en manos de la policía y se habían adelantado un paso a como lo estaban solo unos minutos atrás.

## CAPÍTULO 30

Aquella habitación era triste, fría y totalmente impersonal. Tan solo había una mesa y dos sillas de plástico gris enfrentadas una con la otra, se veían viejas y gastadas, tanto que en la que estaba sentada, crujía un poco cuando se movía. En una de las paredes había una puerta, también gris claro, que contrastaba con las paredes de un gris oscuro y metálico que hacían que la estancia pareciese más pequeña y asfixiante.

No podía quitar la mirada del espejo que tenía en la pared frente a ella, tras el que estaba segura que se encontraba alguien, había visto demasiadas películas de policías para saber eso. El reflejo en aquel cristal le mostraba a un mujer asustada, también preciosa, pero sobre todo muy asustada. No entendía cómo algo había salido mal, lo tenía todo planeado, absolutamente todo, no sabía en qué punto del plan trazado había cometido un error, o quizás no fuese su culpa y fue *él* quien lo había cometido.

Volvió a repasar los pasos a seguir mentalmente para cerciorarse de que la culpa no había sido suya y, tras varios minutos en los que analizó detenidamente cada uno de ellos, llegó a la conclusión de que había sido Niel, no ella.

Con más ánimos y segura de que no le ocurriría nada, volvió a centrarse en la imagen que le daba el espejo y se colocó mejor los mechones rubios que caían sobre su frente, el caro corte de pelo que se había hecho el día anterior se había desmejorado un poco por culpa de nieve, pero es que aquel bruto policía la había empujado calle abajo un par de manzanas después de decirle que estaba obligada a acompañarle para que le tomasen declaración, no parecía importarle que estuviese nevando porque ni siquiera se preocupó de ponerle un paraguas.

Cuando creyó que su flequillo estaba como debía estar, miró sus uñas con detenimiento y se aseguró de que todas estaban a la misma medida, no pagaba cincuenta dólares de manicura para que una inútil hiciese mal su trabajo, tenía que verse perfecta, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias actuales.

No se sorprendió cuando la puerta se abrió tras ella y la cruzó un hombre alto, casi de dos metros, su piel era de color y vestía ropa sport con unas enormes botas negras en los pies. Mila se humedeció los labios con la punta de la lengua y enderezó su espalda irguiéndose más sobre el borde de la silla, lo primero y más importante que había aprendido en las películas era que debía verse bien, segura de sí misma y si la situación lo requería, estaba convencida de que si flirteaba un poco podría salir de allí en un par de horas como máximo, ¿cómo iba a consolar a Nicholas allí encerrada? Necesitaba salir a como diese lugar.

—Señorita Crane —dijo el hombre sentándose en la silla frente a ella y mirándole directamente. Ella sonrió mostrando sus dientes y parpadeó un par de veces.

—Soy el inspector André Torres, de la unidad de seguridad pública de Chicago y le informo de que esta conversación además de supervisada por dos agentes, está siendo grabada por su seguridad y la mía.

Mila, todavía sonriendo, asintió dando entender que estaba de acuerdo con lo dicho.

—¿De qué se me acusa? —preguntó con voz dulce y fingiendo tener miedo.

—Por el momento no tenemos ningún cargo contra usted, solo se trata de un interrogatorio para recabar datos sobre la desaparición de Elizabeth Price, ¿la conoce?

La sonrisa de Mila se volvió un poco más tensa, pero se tranquilizó un poco al saber que solo estaba allí para eso, por recabar información.

—Ella es la prometida del señor Bratcher.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—El día antes de la boda.

—¿Ha tenido alguna vez contacto con ella?

—¿En qué sentido? —le preguntó confundida.

—Alguna conversación que tuviese que ver con el trabajo.

—Nunca, ella siempre se mantenía en lo alto de su pedestal, como si hablar

con los empleados fuese un pecado o algo —contestó con indiferencia.

El inspector Torres leyó algo en un papel que tenía en las manos y después la observó con suspicacia durante un largo minuto en el que se mantuvo en silencio.

—Usted se hacía cargo de los preparativos para la boda del señor Bratcher con la señorita Price, ¿no es así? —ella asintió—. Entonces estaba al tanto de horarios y más cosas en lo referente al enlace, ¿y en todo este tiempo no contactó con la señorita Price para ponerse de acuerdo en nada?

—No, lo hacía con su secretaria, ella nunca habló conmigo directamente.

—¿Nunca?

—Nunca —aseguró con convencimiento y volvió a humedecerse los labios. Inclínándose un poco hacia delante como si fuese a hacerle una confidencia al agente, sonrió antes de parpadear con inocencia—. Inspector Torres, ¿puedo ser sincera? —ante el asentimiento de este, Mila se sintió un poco más relajada y sonrió—. Elizabeth nunca fue bien recibida en la oficina del señor Bratcher, levantaba muchas envidias ¿sabe? Un día escuché a las secretarias de derechos humanos decir que ella pretendía dar un *braguetazo*, ya sabe, quedarse embarazada para tener a Nicholas bien atado, nunca lo puse en duda y cuando Nick me dijo que iban a casarse... —bufó y negó con la cabeza— supe que esa lagarta lo había conseguido.

—¿El qué exactamente?

—Quedarse con Nick.

El inspector asintió y volvió a mirar algo en los papeles que tenía entre las manos.

—¿Conoce a Daniel Boid? —preguntó después de unos segundos.

—No.

—¿Y si le digo Niel Braw?

Mila se tensó casi imperceptiblemente y se mordió un poco el labio inferior antes de contestar.

—No.

—¿Está segura?

—Completamente —aseguró. Torres sonrió socarronamente, alzando solo

una de las comisuras de sus labios y se inclinó sobre la mesa extendiendo sobre esta un par de papeles.

—Según estos mensajes de correo electrónico que usted envió desde su cuenta personal, se puso en contacto con Niel Braw y le proporcionó información sobre donde estaría la señorita Price a una hora concreta justo el día en el que iba a contraer matrimonio, que... si somos más precisos, es justo el día en el que desapareció y su chófer fue asesinado en el coche que la llevaba.

Mila tragó en seco y clavó la mirada en el inspector, estaba asustada, sintiéndose al borde del abismo y sin fuerzas para saltar.

—En realidad —continuó él—, el nombre real de Braw es Daniel Boid, es el exmarido de la señorita Price y está acusado de maltrato a su exesposa y el señor Bratcher lo ha denunciado por malversación de fondos en la compañía que acaba de adquirir. Es más, Elizabeth estuvo internada en un hospital por su culpa, ese hombre la golpeó y le provocó un aborto... ¿sabía usted eso, señorita Crane? Mila negó con la cabeza y la primera lágrima descendió por su mejilla.

—Está acusada de un delito de encubrimiento por el asesinato del señor Curtis, el chofer, y también de uno de secuestro por facilitar información al señor Boid.

Otra lágrima salió del otro ojo de Mila y miró a sus manos entrelazadas en su regazo con nerviosismo.

—Si colabora con nosotros y nos da información para encontrar a la señorita Price tan solo estará encubriendo un delito, puede que con uno o dos años de prisión salde su deuda con la justicia, según lo que dictamine el jurado, pero no serán los veinte a los que podría enfrentarse en caso de ser acusada por cómplice secuestro.

Mía suspiró entrecortadamente y apretó sus manos con más fuerza una contra la otra.

—De acuerdo —susurró con un hilo de voz.



## CAPÍTULO 31

*21 de diciembre de 2010*

Cada hora que transcurría era como una soga que se apretaba con fuerza en su cuello, a cada vuelta de esa maldita manecilla a la esfera del reloj se sentía más asfixiado, con más dificultad para mantenerse en pie y sin fuerzas siquiera para tener los ojos abiertos.

Cada minuto, cada segundo... cada instante le ponía entre la espada y la pared, le demostraba que no todo estaba bajo su control como pensaba. Y también le hacía ver que los senderos del destino no se presentaban tan definidos como él esperaba.

Miró su reloj de pulsera por décima vez en la última media hora y se sorprendió ante lo rápido que el tiempo transcurría... ¿qué podía hacer para detenerlo? O mejor todavía... ¿qué podía hacer para encontrar a Beth de una vez por todas? Pasaban de las doce de la madrugada y según le había dicho la policía, su secretaria estaba colaborando con ellos y les había contado lo que ella y Boid habían planeado, pero no era mucho lo que sabían.

Daniel solo la había utilizado para obtener la información que quería y ella solo obtenía a cambio quitarse de medio a Elizabeth. ¿Por qué? Eso es lo que le gustaría saber y cuando toda esa pesadilla acabase haría lo posible para poder hablar con Milla y tener claro por qué había hecho eso para hacerle daño.

Desesperado, se puso en pie y decidió salir a tomar un poco de aire a la azotea del edificio, hacía mucho frío, era consciente, pero necesitaba salir al exterior y respirar un poco de aire que no estuviese viciado y enrarecido por su estado de ánimo.

Caminó por los pasillos sintiéndose como un extraño, parecía mentira que hasta solo dos días atrás caminase por ese mismo lugar sintiéndose el dueño de todo, el amo del mundo o, al menos, de una pequeña parte de Chicago, y que por un simple capricho del destino se sintiese tan desdichado que no sabía cómo proceder, o siquiera qué pensar. Subió al ascensor y pulsó el botón de la azotea deseando llegar cuanto antes, esperaba que el silencio le ayudase a ver más claro qué era lo que podía hacer, porque estaba totalmente seguro de que quedarse sentado a esperar que la policía hiciese algo no era lo que necesitaba.

Él quería un poco de acción, poder buscar a Boid y matarlo, o al menos romperle las piernas... aunque se conformaba con un derechazo que le rompiera la nariz. Sabía con certeza que provocarle algún tipo de dolor físico a ese hijo de puta sería el único bálsamo que haría que se sintiese mejor, claro está, después de ver que Beth estaba sana y salva.

Cuando las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse dejó salir el aire lentamente por la nariz, dispuesto a sentir esa pequeñísima sensación de vértigo cuando el cubículo comenzaba a ascender, pero una mano enorme detuvo las puertas a mitad de camino evitando que llegasen a cerrarse. Segundos después la mirada azul electrizante de Gino se unió a la suya y, en completo silencio, entró también en el ascensor pulsando sobre la tecla de *stop* para que elevador se detuviese.

Los ojos del mejor amigo de Beth siempre se habían caracterizado por ser muy expresivos, ella le había dicho en más de una ocasión que era capaz de conocer su estado de ánimo solo con mirarle y Nicholas, con el poco tiempo que había compartido con él, casi podía hacerlo también.

Gino era tan transparente como un vaso de agua, y la determinación y la furia que sus ojos mostraban en ese momento activó todas sus alertas e hizo que el sentimiento de angustia que estaba empezando a ser demasiado común en él, no le dejase respirar durante un par de segundos.

—¿Qué ocurre? —preguntó en un soplo de aire, con un tono de voz que apenas escuchó él mismo. Gino pareció pensarlo durante unos segundos, se mordió el labio inferior y sus ojos adquirieron un halo frío y peligroso.

—Sé dónde están.

—¿Cómo? A mí no quieren decirme nada —le interrumpió atropelladamente.

—El cómo lo sé es cosa mía, si quieres venir conmigo y matar a Boid, no hagas preguntas.

Ni siquiera tuvo que pensarlo, un simple asentimiento de cabeza le hizo saber a Gino que estaba de acuerdo. Sin más palabras por parte de ninguno de los dos, el que estaba comenzando a convertirse también en su amigo, pulsó el botón del ascensor que les llevaba al *parking* del sótano y descendieron en completo silencio.

La mente de Nicholas era una inmensa cacofonía de pensamientos en ese momento, no tenía muy claro lo que sucedería y las cientos de posibles situaciones que podría encontrarse en el lugar al que se dirigían; pasaron por su cabeza en pocos segundos.

El modo en que actuaría en cuanto viese a Beth, en como mataría a Boid lentamente, en como disfrutaría viendo sufrir al pedazo de mierda que había puesto su vida del revés no solo en esta ocasión, también en una anterior y que había hecho daño físico a la mujer que más quería en el proceso. Quería hacerle pagar cada lágrima, cada pesadilla que ella había tenido, cada una de esas noches que pasaron alejados por su culpa... pero sobre todas esas cosas quería ver a Beth, a *su Beth*, y comprobar de primera mano que estaba bien, que estaba entera y que seguirían juntos hasta el fin del mundo pasase lo que pasase.

Apenas fue consciente de que el ascensor había llegado a su destino, de que las puertas de acero plateado se abrieron y de que caminaba mecánicamente detrás de Gino a un paso tan acelerado que prácticamente estaban corriendo. Se detuvieron al lado de un todoterreno negro de un tamaño descomunal, Gino se subió en él de un salto y Nicholas se lo pensó unos segundos frente a la puerta abierta antes de entrar... en ese momento se arrepentía en sobremanera de no prestar más atención a su seguridad y de no tener al menos un arma o nociones básicas de como disparar, así podría agujerear a Boid sin alejarse de Elizabeth en cuanto la tuviese entre sus brazos.

Finalmente él también subió al todoterreno de un salto y el motor ya estaba encendido cuando cerró la puerta, las ruedas chirriaron sobre el concreto del aparcamiento completamente desierto y el eco en las paredes sonó como el efecto sonoro de una mala película.

Las calles oscuras y casi vacías del centro de Chicago les dieron la

bienvenida en mitad de la madrugada, no había nadie paseando por las aceras como normalmente sucedía y tan solo se escuchaba el sonido lejano de unas sirenas de policía.

La escena le parecía surrealista, de hecho, Nicholas estaba viviendo cada segundo como si realmente le estuviese sucediendo a otra persona y él solo fuese un mero observador desde la distancia.

—Teclea la dirección en el GPS —le instó Gino en un gruñido.

Hizo lo que le dijo, sujetó el GPS que descansaba sobre su soporte en el salpicadero del coche y cuando él le dijo la dirección donde supuestamente estaba Elisabeth, su mano se congeló en el aire justo antes de pulsar sobre la pantalla táctil.

Ella estaba en la zona industrial, en una calle en la que, si no recordaba mal, todas las fábricas habían cerrado y los edificios estaban abandonados y prácticamente en ruinas. No quiso hacer ningún comentario, su acompañante parecía fuera de sí, por lo poco que le conocía estaba seguro que de darle esa nueva información su reacción no sería muy calmada.

Respiró hondo y tecleó el nombre de la calle y el número en el aparato para que les indicase a donde tenían que ir. No abrió la boca en ningún momento durante el resto del viaje, se concentró en el ritmo de su respiración, cada vez más acelerada, y mantener la calma dentro de lo posible. No quería imaginarse lo peor, no mientras no llegase allí y viese con sus propios ojos lo que estaba sucediendo.

Gino aceleraba a fondo, el motor del coche rugía y el asfalto desaparecía bajo las enormes ruedas del todoterreno que parecía volar sobre él. No recordaba ver ni un solo semáforo en rojo y, si lo hubo, su amigo se lo saltó con alevosía para llegar cuanto antes.

La ciudad comenzó a desaparecer al otro lado del cristal de las ventanillas, los edificios quedaron atrás y en su lugar había árboles y solares vacíos, hasta donde llegaba la luz de las farolas podía ver como la nieve cubría todo y la sensación de frío te calaba hasta los huesos solo con ver el paisaje.

Gino redujo la velocidad para tomar algunos desvíos que la voz femenina e impersonal del GPS le indicaba y las calles completamente vacías y prácticamente oscuras eran un mal presagio... ¿Elizabth levaba dos días en ese lugar? Se estremeció solo de pensarlo y apretó la mandíbula para no comenzar a despoticar como un demente, debía centrarse, mostrarse sereno y controlado, pensar racionalmente y después ya descargaría todas sus frustraciones con el único

culpable de esa situación.

Al fondo de la calle por la que circulaban a poca velocidad había un solar un poco más grande de los que había a cada lado de la carretera por la que circulaba el vehículo, Gino apretó con fuerza el volante y Nicholas los puños que mantenía cerrados sobre las rodillas en cuanto vieron varios coches de policía aparcados estratégicamente frente a un edificio marrón que había visto días mejores. Su cuerpo se impulsó hacia atrás ante el repentino cambio de velocidad, ya que Gino pisó el acelerador a fondo de nuevo hasta frenar el seco junto a uno de los coches azules y blancos.

Él se bajó del vehículo a toda velocidad y Nicholas se quedó petrificado en el asiento delantero, todavía intentando respirar pausadamente para no echar a correr, entrar en ese edificio para encontrar a Beth y sacarla de allí lo antes posible. Sacando fuerzas de flaqueza, salió del vehículo sintiendo como sus rodillas temblaban, lo hacían tanto que dudaba que pudiesen aguantar su propio peso.

El aire helado golpeó su rostro y arrastró con él un poco de la angustia que estaba sintiendo, de nuevo aquellas manos invisibles apretaban su pecho amenazando con no dejar pasar ni una pizca de aire.

—¿Qué diablos están haciendo ustedes aquí? —masculló el inspector Torres en cuanto les vio. Gino contestó algo que no pudo llegar a entender, su mente estaba cerrada a cualquier cosa que no tuviese que ver con Beth, pero el agente no parecía muy feliz con él.

—Manténganse al margen, no se muevan, ¡ni siquiera pestañeen! Hasta que yo no dé el visto bueno.

Gino asintió a regañadientes con expresión de fastidio y él tan solo se mantuvo en pie a su lado, expectante, respirando a duras penas y pensando a la velocidad de la luz, planteándose las diferentes situaciones por las que podría estar pasando Beth en ese momento, ¿se encontraría herida? ¿Estaría muy asustada? ¿Boid le estaría haciendo daño? Agudizó el oído y casi mantuvo la respiración para estar en completo silencio y asegurarse de que del edificio abandonado no llegase ningún sonido que estuviese fuera de lugar, aunque eso no quería decir nada.

Volvió la mirada a la fábrica abandonada, era de ladrillos de un color rojizo pálido a causa del tiempo y con las ventanas rotas, ni una sola de las que había en los cuatro pisos con los que contaba el inmueble tenía el cristal entero, algunas directamente ni siquiera tenían cristal. Se estremeció de la cabeza a los pies y dejó de sentir el frío que le rodeaba, incluso no fue consciente de que varios copos de

nieve comenzaban a caer delicadamente a sus pies, fundiéndose con el espeso manto que ya cubría el suelo.

—*Habitación uno limpia... dos limpia... cinco limpia...* —se escuchaba por la radio de uno de los vehículos de policía que tenía las ventanillas bajadas.

Gino bailoteaba nerviosamente, cambiaba su peso de un pie a otro y hacía crujir sus nudillos insistentemente, el tiempo, que hace unos minutos parecía viajar a la velocidad de la luz, se detuvo de golpe y todo se quedó en silencio a su alrededor, un silencio que tan solo rompían las voces en la radio de la policía como un eco de fondo y los nudillos del amigo que Beth que crujían ruidosamente.

—*Hay dos individuos en la cinco del tercer piso.*

—Informe de la situación —demandó el inspector Torres. Su cuerpo se congeló, no respiraba, no parpadeaba, ni un solo músculo de su cuerpo se movía y podía asegurar que hasta su corazón dejó de latir durante unos segundos.

La eternidad nunca le había parecido un lugar tan vacío y angustiante, esos segundos que siguieron a la voz del inspector se le hicieron eternos, interminables y llenos de tantas incógnitas que toda su vida pendía de lo que pudiese escuchar a partir de ese momento.

Estaba entre la espada y la pared, a punto de cruzar la línea que separaba las sospechas de lo que estaba sucediendo realmente... y no se sentía con fuerzas para soportarlo.

—*Hay una persona tendida en el suelo...*

El aire entró de golpe en sus pulmones y tomó una fuerte inspiración que le impidió escuchar nada más, sus oídos estaban colapsados con el fuerte latido de su corazón que parecía retumbar en cada centímetro de su cuerpo.

Sus pies se movieron por voluntad propia, dieron dos pasos atrás alejándose del lugar en el que se suponía que estaba la persona que más amaba, posiblemente sufriendo, pero fue un movimiento inconsciente, un retroceder tembloroso, aterrorizado, pero también fue lo que le dio impulso para dar un paso mucho más seguro hacia el frente, al que le siguió otro y otro más... hasta que cuando pudo darse cuenta corría a toda velocidad hacia el edificio mientras tras de sí todo eran gritos y advertencias que no llegaba a entender.

La oscuridad y el olor a cerrado y humedad fue lo primero que pudo percibir en cuanto cruzó una puerta plateada de metal que estaba semiabierta o, más concretamente, tan destrozada que no podía cerrarse.

Miró a su alrededor intentando que sus ojos se ajustasen a la falta de luz y esos segundos en los que tardó en vislumbrar alguna silueta entre la penumbra, escuchó el sonido de pisadas sordas en los pisos superiores.

El brillo también metálico de una escalera de seguridad llamó su atención a una distancia de unos cinco metros de la puerta por donde había entrado. Avanzó hacia ella sin miedo, intentando tantear a su alrededor por si se topaba con una pared o algo con lo que pudiese tropezar, cuando su mano sujetó el helado borde de la barandilla sintió que su decisión cobraba peso al escuchar unas sirenas lejanas, no estaba seguro si eran ambulancias o más patrullas de policía, pero algo estaba sucediendo y no podía detenerse a pensar.

Recordó que había escuchado por radio que estaban en el tercer piso, subió las escaleras a toda velocidad y cuando llegó allí jadeaba por el esfuerzo.

Empujó la gruesa y pesada puerta de seguridad todavía resollando y miró a ambos lados de un pasillo largo y oscuro en el que no había ni un solo signo de movimiento. Agudizó el oído de nuevo y el eco de unas voces lejanas llamó su atención.

Prácticamente a tientas, ya que la única luz que entraba en el pasillo era la que se colaba por una ventana tapada con una lona amarillenta, apoyado en la pared y mirando al suelo para no tropezarse con algunos montones de escombros que había aquí y allá, llegó al final del pasillo, donde se desviaba a la derecha. Al hacer el último giro vio los puntos de luz azulada de unas linternas alumbrando una habitación que permanecía con la puerta abierta, con el corazón latiendo con fuerza en su garganta y todos los músculos de su cuerpo tan rígidos como el acero, corrió en esa dirección, no pensó en las consecuencias de lo que pudiese suceder, en su mente solo se repetía aquella voz metálica que había escuchado a través de la radio diciendo que había una persona tumbada en el suelo ¿y si era Elizabeth? ¿Y si estaba herida? ¿Y si necesitaba ayuda y esos policías no se la estaban prestando? Su pecho vibraba con ese temor en cada latido al imaginar los posibles sucesos.

Había dejado a un lado el sentimiento de venganza y solo podía pensar en el temor de que a Beth le hubiese ocurrido algo y él no había estado con ella para protegerla.

Empujó a dos policías que estaban frente a la puerta y no escuchó ninguna de las protestas y advertencias que le dieron, pero se detuvo en seco en cuanto entró en aquella habitación, un golpe de aire helado le dio de lleno en el rostro, buscó su origen y se encontró con la ventana con el cristal roto y la lona arrancada, en el suelo cubierto de plástico frente a esta había algunas manchas de sangre y

varios trozos de vidrio también ensangrentados. Aunque su atención no se detuvo en ese hecho, hizo un barrido visual a ambos lados, escudriñando cada metro cuadrado del suelo hasta que su vista se topó con un cuerpo tendido boca abajo, inmóvil, con un enorme charco rojizo bajo él que brillaba con la luz de dos linternas que le apuntaban directamente.

Pero no se trataba de Beth... Un suspiro de puro alivio abandonó su pecho y aquellos brazos invisibles que le impedían respirar aflojaron un poco su agarre. Pero, si no se trataba de el a... ¿dónde estaba?

La buscó de nuevo, esta vez frenéticamente, y solo encontró a dos policías en la esquina más alejada de la puerta. Ambos vestían su uniforme de color añil, uno estaba en cuclillas y el otro en pie a su lado pero inclinado ligeramente hacia delante, todo indicaba que estaban observando algo o a alguien de cerca... en los escasos dos segundos que tardó en hacer ese razonamiento, su cuerpo se impulsó de nuevo hacia delante, los brazos apretaron de nuevo el agarre férreo en su pecho, tanto que el corazón se le subió a la garganta en un solo latido.

Avanzó rápido, pero pesadamente para sus ojos, todo se movía a cámara lenta en sus retinas y cuando por fin pudo ver algunos destellos de su cabello, algún pedazo de la tela blanca del vestido de novia que se suponía que debía llevar... sus latidos aumentaron de velocidad, la angustia se fue disipando pero en su lugar volvió a instalarse el temor... ¿estaría herida? ¿Querría verle? Dio un paso más, fue demasiado lento a su parecer, y un pedazo más grande de su vestido se hizo visible, estaba desgarrado en algunas zonas y la sangre lo cubría por completo, lo que todavía le hizo asustarse más y estremecerse de la cabeza a los pies. ¿Era su sangre? Uno de los policías se hizo a un lado ante los gritos de alguien ¿quién gritaba? ¿Era él?

No era consciente nada más de lo poco que podía ver de ella. Por fin su rostro se hizo también visible y de nuevo se detuvo de golpe, los recuerdos de cuando la vio en aquella cama en el hospital, cuando tenía el rostro marcado por los golpes, le golpearon con fuerza eliminando todo el aire de sus pulmones.

La historia se repetía, de nuevo aquel... aquella escoria, era el causante de que su Beth estuviese herida y marcada. Se abalanzó sobre ella, no pensó en nada más que en abrazarla, protegerla incluso con su propio cuerpo para que nada, nunca, jamás, volviese a hacerle daño.

Pero tuvo extremo cuidado de no lastimarla más de lo que ya lo estaba, acarició primero sus brazos, notando al instante sus manos ensangrentadas y llenas de heridas ¿qué habría ocurrido allí dentro? Ella le miró en cuanto su piel se rozó



con la suya, una lágrima brotó de sus ojos deslizándose por sus mejillas ya húmedas y su labio partido se alzó un poco en un intento de sonrisa.

—Beth... —su voz casi fue un ladrido, sentía la garganta reseca y un fuerte nudo que casi no le dejaba hablar.

La abrazó contra su pecho, la estrechó con tanta fuerza que no fue consciente de que le estaba haciendo daño hasta que la escuchó gemir, la sujetó con cuidado de los hombros y la alejó de él para observarla mejor, más de cerca. Sus ojos estaban enrojecidos y llenos de lágrimas, su piel pálida, sus labios reseca y agrietados, pero lo peor era su mirada... estaba tan vacía y a la vez llena de miedo y desesperación que le dolía el pecho por no haber podido hacer nada para evitarle todo ese sufrimiento.

—Beth... —la llamó de nuevo con voz lastimera.

Ella intentó sonreír de nuevo, pero un revuelo en la habitación llamó su atención y su mirada se perdió encima de su hombro, Nicholas miró también hacia atrás y pudo ver como varios efectivos médicos atendían a Boid que continuaba tendido boca abajo en el suelo.

Quiso preguntarle a ella lo que había sucedido, por qué tenía las manos heridas y estaba cubierta de sangre, por qué Boid parecía mal herido y los médicos se estaban volcando con todas sus fuerzas en salvarle la vida, pero no pudo... cuando sus ojos estuvieron sobre Beth, ella ya no estaba, o al menos su mente no estaba allí. Su mirada vacía estaba puesta en Boid y, aunque podía ver en el brillo de sus ojos que estaba un poco aterrada, en el trasfondo de ellos había un poco de ira escondida.

—Preciosa... —susurró para llamar su atención.

Y ese pareció ser el detonante, de sus ojos volvieron a brotar más lágrimas mientras observaba atentamente como los médicos se llevaban a toda velocidad el cuerpo de su exmarido mientras entre ellos hablaban con tecnicismos que no podía entender. Beth no los perdió de vista hasta que se fueron y una vez que lo hubieron hecho no alejó la mirada de la puerta por la que habían desaparecido.

Cuando sus ojos volvieron a mirarle, la desesperación brillaba en ellos, Elizabeth se echó de nuevo a sus brazos, enterró en rostro en su pecho y comenzó a llorar violentamente.

—Shh preciosa... shh.... Ya ha pasado, todo va a estar bien... —decía suavemente en su oído mientras le estrechaba entre sus brazos e intentaba consolarla inútilmente porque parecía no escuchar ni una de sus palabras, solo

lloraba más y más. Si Nicholas se había sentido impotente y desesperado anteriormente con el secuestro y sus pocos medios para ayudar, no sabía exactamente como sentirse en ese momento.

Sentía la impotencia de nuevo, pero le parecía una desfachatez tener ese sentimiento en su cuerpo cuando la situación ni siquiera se asemejaba a la anterior. Aunque el trasfondo de todo era casi el mismo: ella sufría y él no podía hacer nada para evitarlo.

Uno de los médicos que se había llevaba a Boid apareció de repente a su lado, no necesitó decirle nada, sabía exactamente a que venía y él era el primer interesado en que atendiesen a Beth y saber si tenía alguna herida grave o al menos conocer la procedencia de la enorme cantidad de sangre que manchaba lo poco que quedaba de su vestido.

Pero no podía ni intentar hablar con ella, sabía que no le escuchaba, solo murmuraba algo entre dientes y gimoteaba mientras lloraba desconsoladamente.

—Preciosa... —le llamó—. Cariño, escucha... los médicos...

Beth le miró entre lágrimas y el dolor en aquella mirada le atravesó como un puñal, daría lo que fuese por ser él mismo quien lo sufriese.

—Le he matado... —dijo ella en tono de voz tan bajo que casi no se podía entender—. Le he matado, le he matado, le he matado...

Nicholas tomó una fuerte bocanada de aire e intentó no pensar en lo satisfactorio que sería ese hecho para él, Boid muerto ahorraría muchos problemas, pero entendía también que para ella eso pudiese llegar a ser traumático.

—Preciosa, él está vivo.

—¡No! Sangraba mucho... —ella miró su vestido y pasó las manos por la enorme mancha de sangre que iba desde su pecho hacia la falda que parecía estar sujeta a su corpiño por solo de un par de hilos, parecía querer arrastrar la sangre que estaba aferrada al tejido antes blanco—. Sácamela... no quiero su sangre... por favor... quítamela, sácamela, sácamela... ¡sácamela! Por favor... —casi suplicaba con voz ronca y ahogada por las lágrimas que no había dejado de derramar.

Nicholas, un poco aturdido por su ataque de nervios, comenzó a ayudarla a quitarse el vestido, intentaba buscar el modo de hacerlo fácil y rápido pero ella apenas se lo permitía.

Había imaginado esa escena cientos de veces durante las pasadas semanas antes de la boda, quitarle el vestido poco a poco, un vestido con muchos botones

que le hiciese perder la paciencia, pero nunca imaginó que el escenario sería ese y que en lugar de un momento erótico y sensual estaría en mitad de una situación dramática con ataque de pánico incluido.

Su pecho dolía, sus pulmones casi no recibían oxígeno... temía por ella, no quería que lo que le había sucedido dejase una marca imborrable en su mente, sabía que no podía hacer nada por evitarlo, pero no lo quería... quería a su Beth, a la mujer ilusionada y llena de alegría que dejó en su apartamento el día antes de su boda, estaba plenamente convencido de que no volvería a ser la misma jamás.

Cuando consiguió dar con ella, bajó la cremallera que había escondida bajo uno de sus brazos y Beth no tardó ni dos segundos en ponerse en pie y salir del interior del vestido entre tropezones.

Apenas pudo fijar su atención en lo que vestía bajo este, sus ojos se fueron irremediabilmente a sus pies, a sus medias blancas rotas y esas marcas rojas, con los bordes amoratados y manchados de sangre reseca que había en sus tobillos... su pecho tembló, la ira, la impotencia y la rabia comenzaron a bullir en su interior y apretó la mandíbula con fuerza para intentar aplacarlos, pero era difícil.

Ojalá Boid estuviese muerto, no le importaba no haberlo hecho con sus propias manos, pero en el fondo se alegraba de que Beth, su pequeña luchadora, hubiese hecho lo que fuese que hubiese hecho para dejarlo en el estado en el que estaba.

Respiró hondo y se obligó a mirar su rostro de nuevo, a sus ojos asustados y vacíos, ella estaba de nuevo acurrucada en el suelo, encogida sobre sí misma, abrazando sus rodillas y mirando hacia el vestido como si fuese a atacarle de un momento a otro.

Nicholas, que hasta ese momento había permanecido de rodillas frente a ella, avanzó arrastrándose por el plástico hasta quedar frente a frente. Acarició su cabello con un poco de cautela y consiguió llamar su atención, cuando su mirada se cruzó con la suya pudo ver que todavía estaba aterrada.

—Preciosa, deja que los médicos comprueben que estás bien... —casi suplicó con voz suave para no asustarla.

—Pero Dan...

—Él está bien —casi escupió—, se lo han llevado al hospital y le están atendiendo.

—¿Está vivo? —preguntó esperanzada.

—Sí.

—¿No le he matado?

—No.

—Está grave —dijo el médico que todavía estaba a su lado observando toda la escena—, pero tiene muchas posibilidades de sobrevivir, la bala parece que no ha dañado ningún órgano vital.

Nicholas recibió esa información con desprecio, pero se esforzó en no exteriorizar ese sentimiento y centró su atención en Elizabeth, que parecía un poco más convencida con esa explicación y se puso en pie lentamente, él también lo hizo y observó con atención como el doctor se acercaba a ella y pasaba una manta gris pálido por sus hombros para que no tuviese frío.

—La ambulancia está abajo... ¿crees que puedes caminar o traemos una silla de ruedas? —le preguntó el paramédico con suavidad.

—Estoy bien... —susurró ella mirando sobre su hombro hacia el lugar donde había estado Boid tumbado hasta unos minutos atrás, donde había quedado una enorme mancha de sangre sobre el plástico del suelo.

Nicholas vio como se alejaba lentamente, cojeando un poco y quejándose de que le dolía un hombro. Estaba tan confundido... no sabía como debería sentirse, si antes su mente era una cacofonía de pensamientos y posibles teorías de lo que estaría pasando, ahora la cacofonía estaba teniendo lugar en su pecho, los sentimientos se confundían unos sobre otros y no podía centrar sus fuerzas solo en uno, porque en cuanto lo hacía, el siguiente opacaba por completo al anterior.

Frotó su rostro intentando despejarse, miró a su alrededor y se estremeció al ver el lugar en el que había estado ella encerrada esos dos días.

Un sentimiento frío y perturbador comenzó a extenderse por su pecho, una angustia invisible, diferente pero a la vez similar a la que había sentido antes, le inundó por completo y, aunque podía respirar, el miedo ante lo que sucedería a continuación era mucho más fuerte de lo que había sentido nunca.

## CAPÍTULO 32

*23 de diciembre de 2010*

Estaba en lugar apacible, tumbada sobre algo suave y mullido, el aire que le rodeaba era cálido y olía a una mezcla de flores y algo más que no podía descifrar del todo. Aunque sentía sus músculos pesados y un poco cansados se sentía bien, no había dolor, ni frío, ni miedo... una sensación de tranquilidad la envolvía y sabía que en esa pequeña burbuja estaba segura, protegida.

Pero una luz blanca y potente se colaba por sus párpados cerrados molestándole y obligándole a apretarlos con fuerza para evitar despertarse, no quería salir de esa burbuja en la que parecía sentirse tan bien. Pero también sentía una suave caricia en su brazo, una cálida presión en su mano y escuchaba una respiración acompasada y profunda.

Olvidando su burbuja y sintiendo una necesidad casi dolorosa de comprobar si, como ella imaginaba, esa caricia, esa presión y esa respiración pertenecían a Nicholas, abrió los ojos y los cerró de golpe cegada por la claridad que le rodeaba.

Lo intentó de nuevo, en esta ocasión con un poco más de cuidado, abrió sus párpados una sola rendija, parpadeó y los abrió un poquito más, así hasta que se acostumbró a la luz y pudo ver todo lo que había a su alrededor. Una habitación blanca, estéril, una ventana a su izquierda con unas finas cortinas azul claro por la

que se colaban algunos rayos de sol y a su derecha había una butaca azul cielo sobre la que descansaba él... Tenía las piernas estiradas frente a su cuerpo y cruzadas a la altura de los tobillos uno sobre el otro, la cabeza estaba apoyada en el colchón en el que ella estaba tumbada.

Una de sus manos le asía con fuerza la suya y la otra le rodeaba el antebrazo como queriendo retenerla para que no se alejase, pero era una presión suave, cálida, más para asegurarse de que estaba allí que para retenerla realmente. Sonrió segura que estaba allí por ella, que le estaba cuidando y protegiendo, que le quería... Pero pensar eso le llevó a pensar en los motivos por los que se encontraba en ese lugar, en la angustia y desesperación que sintió... en el miedo, aunque más que miedo era pánico y en la necesidad de acabar con aquella situación que la llevó a actuar impulsivamente y defenderse.

Cerró los ojos e intentó no gemir al recordar el sonido del disparo y el posterior pitido en sus oídos, la presión en su pecho que no le dejaba respirar, Daniel contaba con unos ochenta kilos que la estaban aplastando, su peso muerto le apretaba las costillas y no dejaba que sus pulmones se llenasen de aire.

También recordaba el tacto suave, cálido y húmedo de la sangre empapando su vestido... todo ello mezclado era una combinación de emociones que la turbaron y abrió los ojos de golpe, jadeando asustada y llevando su mano izquierda al pecho para intentar mitigar la punzada de dolor que sintió en su corazón.

Pero no contaba con que al hacerlo Nicholas se revolviere y despertase de su letargo, él parpadeó varias veces acostumbrándose también a la luz y sus ojos verdes, claros y llenos de preguntas, se posaron en ella. Sus labios se curvaron en una sonrisa y no pudo evitar corresponderla, aunque su mejilla derecha punzó de dolor y su expresión cambió de golpe al recordar el motivo.

—Estás despierta... —el susurro de su voz ronca y suave la trasportó de nuevo a la seguridad de su apartamento, a aquellas noches interminables que pasaba envuelta en sus brazos y al olor de las sábanas mezclado con el del cuerpo de los dos.

Su pecho punzó de nuevo, pero esta vez fue diferente, fue un dolorcito agradable y que dejó tras de sí una sensación de calor que le caldeó hasta el alma.

—¿Cómo te encuentras? —de nuevo su voz suave llegó hasta ella y contuvo la necesidad de cerrar los ojos y pedirle que hablase de nuevo para imaginar que estaban en un lugar diferente y en una situación también diferente.

—Bien... —su voz sonó áspera y ahogada, carraspeó y lo intentó de nuevo—.

Estoy bien... creo.

—Me han dicho que los calmantes que te han puesto son un poco fuertes, te sentirás un poco mareada.

—Un poco sí —sonrió débilmente con miedo a que su mejilla doliese de nuevo.

Nicholas suspiró, lo hizo con los ojos cerrados y cuando los abrió el verde de sus iris parecía más brillante y con vida, como si de un momento a otro fuese a chisporrotear como un fuego encendido.

—Nunca había sentido tanto miedo —confesó con un hilo de voz—. Nunca en mi vida había temido porque le pasase algo a otra persona.

—Lo siento —se apresuró en contestar. Sus ojos dejaron de brillar por un momento y después negó con suavidad con la cabeza apretando los labios en una fina línea.

—No te atrevas a decir que fue tu culpa, ni siquiera lo pienses.

Elizabeth tragó en seco y miró a su alrededor, fijando la mirada en la ventana y alejando de su mente las imágenes de otra ventana, pero en otro lugar y que reflejaba mucha menos sensación de libertad que esa.

—¿Ha dejado de nevar? —preguntó para dejar a un lado esos recuerdos y para desviar a Nicholas del tema que estaban tratando, lo último que quería era hablar sobre ello y despertar nuevos recuerdos que quería dejar atrás.

—Ha estado nevando toda la noche, pero ha parado hace dos horas... —contestó él mecánicamente.

Ella se quedó en silencio, cerró los ojos e intentó disfrutar de la sensación de paz que le rodeaba en ese momento, de la calidez de los rayos de sol que caían sobre sus piernas apenas cubiertas con una fina sábana.

Siendo más consciente de su cuerpo en ese momento y navegando entre las brumas de los calmantes que la tenían un poco mareada todavía, abrió los ojos para hacer un inventario de los daños sufridos.

Miró hacia abajo e intentó mover los pies, sintió una presión alrededor de los tobillos, como si un vendaje ocultase aquellas heridas que le habían provocado las bridas, movió después los brazos y uno estaba doblado sobre su pecho e inmovilizado, centró la mirada en él y lo vio rodeado por un cabestrillo de color azul oscuro que mantenía su brazo en un ángulo de noventa grados y pegado al

cuerpo bajo el pecho.

Sus manos estaban llenas de vendajes en los dedos, ocultando los cortes que se había hecho con los cristales y al levantar la mano derecha otro vendaje cubría en su muñeca las otras marcas de la brida.

—¿Te falta algo? —preguntó él con voz amarga.

Elizabeth volvió a mirarle y el mismo sobrecogimiento de siempre revoloteó en su corazón, parecía que nunca se acostumbraría al efecto que provocaba en ella las miradas como la que le estaba dedicando en ese momento, tan intensa que parecía leer en su interior sin ningún problema.

—No es tanto como parece... —argumentó con un hilo de voz.

—¿Lo afirmas o lo preguntas? Porque si es lo primero, creo que tenemos mucho que discutir.

Intentó sonreír para quitarle peso al asunto, pero su labio punzaba indicando que los calmantes estaban dejando de hacer efecto.

—¿Dónde están todos? —preguntó desviando el tema.

—Autum se ha llevado a Gino con amenazas de muerte si no se iba de aquí, llevaba horas pegado a tu cama esperando a que despertases.

Gino, *su hermano mayor*... hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba uno de sus abrazos, aunque en ese momento resultase doloroso físicamente para ella, pero necesitaba sentirse envuelta por el calor y sobreprotección de su mejor amigo para estar segura de que todo iría bien después de todo lo que había sucedido.

—¿Y Connor? Nicholas suspiró y volvió a fruncir los labios.

—A tu amiguito no le he visto ni el pelo, cuando salió la noticia de tu secuestro en los medios llamó a Autum para pedirle disculpas por no estar aquí y dijo que cuando te encontrasen y vieses que él no estaba aquí, te dijésemos que Jimmy le necesitaba, que lo entenderías.

Elizabeth sonrió sin importarle el dolor en su mejilla, lo hizo ampliamente y se alegró tanto de que su amigo por fin encontrase un poco de felicidad al conocer el paradero de su hijo y que tuviese una posibilidad de recuperar el tiempo perdido.

—¿Por qué sonríes? No me parece gracioso que en uno de los momentos más difíciles de tu vida el que se supone tu *amigo* te dé la espalda —gruñó él con el



ceño fruncido.

Ella alzó la mano sintiendo su brazo muy pesado, pero se esforzó en acercarla a su rostro para acariciarle la mejilla. Estaba rugosa al tacto, llevaba al menos dos días sin afeitarse y disfrutó del sonido de su piel al frotarse con esos bellos punzantes.

—Él tiene sus propias batallas que lidiar.

—¿Más importantes que el hecho de que su amiga estuviese a punto de morir?

—No he estado a punto de morir —protestó con voz infantil.

—Por un momento creí que sí y no puedes llegar a imaginar la desesperación que sentí.

El dolor de sus heridas no era nada comparado con el dolor que sentía al haberle hecho sentir mal. Era una de las peores torturas a la que se había visto sometida, el ver sufrir a la persona que amaba por su causa era de las situaciones más difíciles por las que había tenido que pasar, ni Daniel ni el tacto frío de su arma la habían asustado tanto.

—Estoy bien... —gimoteó tragando las lágrimas.

—Aparentemente —masculló entre dientes a la vez que desviaba la mirada hacia la ventana.

—Nicholas —le llamó en un susurro—. Nicholas... —insistió ante su negativa a mirar en su dirección.

Suspiró y se enderezó un poco en la cama, se acercó un poco más al borde de esta y se dejó caer con cuidado sobre la almohada para estar más cerca de él. Un golpe de su desodorante mezclado con el aroma de su cuerpo le golpeó en la nariz y deseó poder esconderse entre sus brazos aunque solo fuese un ratito, pero para eso necesitaba traer de vuelta al hombre del que se había enamorado, no a ese amasijo de nervios y rencor que tenía frente a ella.

—Lo que ha sucedido no podemos cambiarlo, ya está, solo podemos seguir adelante —dijo con aplomo—. Tú me dijiste una vez que venimos al mundo a vivir, a aprender y a sufrir, me ha tocado sufrir otra vez y solo puedo aprender de ello.

—Tú fuiste la primera en decirme que no querías sufrir —rebatía todavía sin mirarle.

— Eso es algo que no podemos controlar.

— No te cuidé lo suficiente — Nicholas se puso en pie y se pasó ambas manos por su cabello peinándolo hacia atrás —, te prometí que no te haría sufrir ¡y mira cómo estás!

— No ha sido tu culpa.

— ¡Lo fue!

Elizabeth entrecerró los ojos y volvió a su posición anterior en la cama.

— ¿Tú me llevaste a ese lugar y me apuntaste con esa arma? — preguntó con suavidad—. No, ¿cierto? Pues ya está, tema zanjado.

— Fue mi culpa por no tener más cuidado... — gimoteó mirando por la ventana hacia el exterior cubierto de nieve que brillaba bajo el sol.

— Pienses lo que pienses, sigo creyendo que eres mi única decisión acertada.

Nicholas contuvo la respiración y se giró lentamente, sus ojos verdes estaban brillantes y cristalizados, llenos de tantas emociones que mirarle directamente resultaba sobrecogedor.

Él dejó salir el aire sonoramente por la nariz y avanzó lentamente hacia donde se encontraba un minuto atrás, se sentó sobre el colchón de la camilla, a su lado, y se inclinó hacia delante apoyando los puños cerrados sobre la almohada a cada lado de su cabeza.

— No entiendo como todavía puedes decir eso, después de todo lo que ha sucedido...

Su aliento le golpeaba en el rostro y le resultaba embriagante, respiró profundamente y una de sus costillas punzó dolorosamente, pero intentó que esa molestia no se reflejase en su rostro.

De nuevo alzó su mano libre y acarició su mejilla, deslizó los dedos por su piel rasposa hasta la barbilla y allí, posó el dedo índice sobre el hoyuelo que la dividía en dos.

— No fue tu culpa — repitió ahogándose en los pozos verdes de su mirada.

— No estoy de acuerdo con eso... podía haber hecho infinidad de cosas que ni siquiera pasaron por mi mente.

— Pues es verdad — aseguró sonriendo e ignorando el dolor en su mejilla—. Eres lo mejor que me ha pasado, no voy a arrepentirme nunca de la decisión de

casarme contigo y sé que seremos felices sin importar nada más. Nicholas cerró los ojos suavemente y también sonrió, se inclinó un poco más hacia delante y besó su frente con vehemencia.

—No puedo creer que todavía pienses en casarte conmigo.

—Lo haré por mucho que tu madre me odie.

Él se echó a reír y el sonido de sus carcajadas roncadas le erizó la piel.

—No te odia —negó con diversión.

—Lo hace, no mientas.

—Tan solo es prudente, no quiere que me hagan daño, en el fondo es dulce, buena y cariñosa, solo protege lo que es suyo.

—No eres suyo... en cuanto te cases pasarás a ser de mi propiedad.

—Ese es el quid de la cuestión, dejaré de ser suyo. Porque voy a ser yo quien se cambie el apellido: *me llamo Nicholas Price y estoy a su servicio* —bromeó guiñándole un ojo—. Suena bien.

Elizabeth se echó a reír pero se detuvo con un jadeo al sentir de nuevo una punzada de una costilla.

—¿Te duele mucho? —preguntó preocupado.

—Solo molesta.

—Tienes una costilla fisurada.

—Eso se cura con el tiempo.

Él suspiró y se enderezó, sujetó su mano entre las suyas y deslizó un dedo sobre la poca piel que dejaban expuesta los vendajes que cubrían sus dedos.

—Múltiples cortes en los dedos, laceraciones en muñecas y tobillos, un traumatismo leve, una luxación en el hombro y la costilla de la que ya hemos hablado... —hizo recuento de sus heridas—. Creo que tengo suerte de decir que al menos estás viva.

—Me he llevado la peor parte... —murmuró desviando la mirada a la ventana ella esta vez.

Nicholas se quedó en silencio un largo minuto hasta que finalmente suspiró.

—¿No vas a preguntar por él?

Elizabeth tragó en seco y le miró con cautela, por el rabillo del ojo y

esperando que le dijese algo que fuese a desmontar toda esa máscara de tranquilidad y bienestar que quería reflejar.

Le aterraba la sola idea de saber de él, Daniel le había hecho daño, esa especie de secuestro a sus manos había marcado su vida de un modo que quería olvidar, pero él había sido alguien tan importante para ella que conocer su muerte le asustaba, pero sobre todo le aterraba la simple idea de que había muerto en sus manos, o sobre ella en este caso, pero era quien sujetaba el cañón del arma que podría haber acabado con su vida, aunque solo lo hubiera hecho para defenderse a sí misma.

—¿Quieres saberlo? —le preguntó él con cautela.

Elizabeth cerró los ojos y por un segundo estuvo de nuevo en aquella habitación, rodeada de aquel olor a humedad y bajo el peso de aquel cuerpo que la asfixiaba. Sintió el mismo miedo, la misma desesperación y las mismas ganas de gritar, de salir corriendo. Dejó salir un suspiro tembloroso y con los ojos todavía cerrados asintió débilmente con la cabeza.

—La bala no afectó de gravedad a ningún órgano ni arteria principal, pero impactó en una vértebra partiéndola en varios pedazos y creen que tiene la médula seccionada. Le están operando ahora mismo.

Intentó respirar hondo aunque eso resultase doloroso, el aire entraba con dificultad en sus pulmones y sus ojos ardían por las lágrimas que se negaba a derramar. Sabía que él no merecía ni siquiera su lástima, pero no podía evitar sentir un poco de angustia porque había sido la causante de eso.

—No sé lo que pasará en ese quirófano —continuó Nicholas ante su silencio—, pero ocurra lo que ocurra, tienes que saber que no eres la culpable de nada.

—Yo disparé ese arma —le interrumpió con un hilo de voz.

—Accidentalmente.

—¡Pero lo hice!

—En defensa propia, por lo que me ha explicado la policía habría sido o él o tú, siendo sincero estoy agradecido por como acabó la cosa.

—Era una persona, un ser humano y yo...

—Tú defendiste tu vida y él no está muerto.

—Todavía —masculló entre dientes.

—Por desgracia es un todavía.

—¡Nicholas!

—¿Qué? No puedo ni llamarle persona, ni hombre ni nada parecido, te dañó y lo hizo intencionadamente, no puedo tenerle consideración ninguna.

—Pero...

—Mejor olvidémosle... sea lo que sea solo el tiempo lo dirá. Ahora dime cuando quieres que volvamos a casarnos —aquella sonrisa centelleante que alzaba solo una de la comisura de sus labios iluminó su rostro y Elisabeth no pudo evitar dejar un poco de lado los sentimientos de lástima hacia Daniel y mostrarse tranquila y receptiva solo por el enorme esfuerzo que él estaba realizando en aparentar serenidad y normalidad cuando nada en aquella situación era normal.

—No he dicho que yo vaya a elegir la fecha.

—Tú decide la fecha, el lugar y todo lo que quieras, como ya te he dicho, *Nicholas Price* está a tu servicio.

Elisabeth sonrió y enderezó un poco la cabeza hacia arriba, él, entendiendo lo que buscaba, volvió a colocarse sobre ella apoyando las manos y acercó sus labios a los suyos con cautela, como si ella fuese una figura de cristal que pudiese romperse al mínimo roce.

A la primera caricia de sus bocas un estremecimiento recorrió su espalda y Elisabeth suspiró sobre sus labios, ese beso era como un bálsamo, una caricia que curaba sus heridas y le daba el oxígeno que necesitaba.

Atrás quedaron aquellas horas en las que creyó que nunca más podría verle, atrás quedó el miedo, la angustia y la desesperación. Nicholas estaba con ella, le había salvado en cierto modo y estaba segura de que estaría siempre en su vida, de un modo u otro estarían siempre juntos, enfrentándose de la mano a las adversidades del destino y mirarían el mundo desde otro ángulo, harían como los murciélagos poniéndose boca abajo para tener otra perspectiva.

*Todo es relativo, nada es como debería ser, todo cambia según el ángulo en que se mire. Una vida que parece perfecta puede ser un infierno si lo miras desde el interior y un infierno repleto de amor y pasión puede ser el mejor lugar donde vivir.*

Naobi Chan

Fin.

## EPÍLOGO

*7 de julio de 2011 —Chicago.*

Estaba amaneciendo, el jardín comenzaba a llenarse de luz y color, las rosas que había plantado Elizabeth solo un par de meses atrás estaban floreciendo en todo su esplendor y su color rojo sangre contrastaba con las blancas que ya había cuando compraron la casa.

Nicholas descansaba sobre una butaca al lado de la ventana y la cortina que tenía a su lado ondeaba ligeramente con la suave brisa que se colaba por el cristal entreabierto. Había despertado solo una hora atrás en mitad de una pesadilla, en ella no llegaba a tiempo de salvar a Beth y cuando entraba en aquella habitación la persona que estaba tumbada en el suelo boca abajo era ella y no el malnacido de Boid.

Hacía meses que creía haber dejado las pesadillas atrás, pero por lo visto algo estaba removiendo demasiadas cosas en su interior. Con un suspiro volvió de nuevo la vista a la cama y miró como ella descansaba, estaba tumbada de lado, con una de sus manos bajo la cabeza y la otra sobre su vientre, ella era mucho más fuerte que él... le habían bastado unos cuantas sesiones con un terapeuta para sobreponerse de lo que había sucedido, incluso el psicólogo que la trataba estaba sorprendido de lo rápido que parecía haber superado la situación.

Tenía pesadillas de vez en cuando como él, pero le bastaba abrazarle unos

segundos para tranquilizarse y volver a dormir.

Beth era más joven y más fuerte, él temía cada día que volviese a suceder lo mismo aunque sabía que era imposible, Boid no podría volver a hacerle daño. Sonrió con satisfacción al recordar que el causante de todos sus males estaba lejos de cometer cualquier locura con Beth o con otra persona, el disparo le había seccionado la médula, no podía mover ni un solo músculo de cuello para abajo y no era solo eso, estaba internado en un hospital psiquiátrico aquejado de una paranoia que le había producido el *shock* de la situación que él mismo había provocado.

Se puso en pie lentamente y salió de la habitación que compartía con Beth, caminó por el largo pasillo que comunicaba su habitación con el resto de la vivienda y disfrutó de la sensación de sus pies descalzos sobre la madera suave.

Desde que Beth había llegado a su vida, pero sobre todo desde el pasado diciembre, se esforzaba en disfrutar de los pequeños placeres de la vida, de ser un poco más libre y no aferrarse a su control sobre todo lo que le rodeaba, aunque en ocasiones no conseguía hacerlo del todo.

Había decidido dejarse llevar un poco más y no preocuparse tanto de lo que podría suceder, aunque después de la noticia que le habían dado días atrás no podía evitar sentirse aterrado y perdido.

Entró en su despacho tenuemente iluminado por el sol que estaba saliendo, caminó hacia su mesa y se dejó caer sobre su silla, en la esquina más alejada de la habitación, sobre un sillón de color beige en el que normalmente Beth pasaba el tiempo muerto leyendo, Darcy levantó la cabeza y cruzó su mirada verde con la suya.

Tras aquellos días en los que no solo parecieron firmar una tregua, sino que se apoyaron mutuamente, la relación que mantenían gato y amo cambió completamente, ya no solo se soportaban, ahora compartían siestas en el sofá y hasta le había comprado una cama especial para que el gato durmiese en el despacho cerca de su mesa, aunque Darcy la había despreciado vilmente y dormía sobre cualquier sofá sin mostrar remordimientos por dejar todo lleno de pelos rojizos.

El gato se puso en pie estirando el lomo hacia arriba y después bajó de un salto del sillón y caminó hacia él para enredarse entre sus piernas. Nicholas pasó un brazo por su tripa y lo alzó para dejarlo sobre sus rodillas, donde Darcy se acomodó y comenzó a lamer su pelaje con despreocupación. Acarició su cabeza y



de nuevo sus miradas se cruzaron, le parecía increíble que esa bola de pelo fuese su apoyo silencioso cuando se sentía desesperado, pero no tenía a nadie a quien recurrir, al menos nadie en quien pudiese confiar y que no se riese de él como lo haría su hermano pequeño, Declan era experto en hacer una burla de cada hecho trascendental que sucedía en su vida.

Como su boda... estuvo semanas riéndose en su propia cara porque su madre no le dirigía la palabra por casarse. Una sonrisa involuntaria surcó sus labios al recordar su boda, había sido uno de los días más felices de su vida, el que marcó un antes y un después en la recuperación de Beth.

Tan solo había trascurrido un mes de los hechos cuando el inspector Torres se presentó en su apartamento con un sobre color manila en las manos, Beth estaba sola en ese momento y no sabía con seguridad de lo que habían hablado, pero cuando él se fue ella lloró durante horas abrazada a ese sobre.

Nicholas no tenía ni idea de lo que contenía, pero cuando ella, con el rostro enrojecido y la voz ahogada por las lágrimas, lo volcó sobre el escritorio su corazón se detuvo de golpe. Se trataba de su anillo de compromiso, aquel que le había comprado esperando que le hiciese la mujer más feliz del mundo y que ella parecía adorar.

En solo un segundo pensó en deshacerse de él, tirarlo, regalarlo o guardarlo para siempre en un lugar donde no pudiese verlo, pero Beth le sorprendió. Sin decir ni una sola palabra fue hasta el baño de su habitación y regresó unos segundos después con el frasco de su *aftershave* en las manos.

Se echó un buen chorro de él en las manos y frotó el anillo vigorosamente como si quisiese limpiarlo. *“Olerá a ti, será como si te llevase siempre encima y será más fácil evitar pensar en lo que sucedió ese día”*. La sencillez de sus motivos y el hecho de que quisiese llevar su olor encima despertó en él un instinto tan primario que tuvo que contener un gruñido.

La abrazó con fuerza, la besó con fiereza y mientras le hacía el amor sobre la mesa de su despacho, la convenció entre besos de que lo mejor que podían hacer era viajar a Las Vegas y casarse cuanto antes, olvidar todo aquello y continuar con su vida amoldándose a las circunstancias.

Beth tan solo sonrió y le dijo que sí con los ojos tan brillantes que parecía que se echaría a llorar en cualquier momento.

Esa boda había supuesto para Beth un antes y un después en su mejoría, después de que él llevase también una alianza que le demostraba al mundo entero

que era completamente suyo, ella comenzó a recuperarse más rápido, a tener menos pesadillas y a sonreír mucho más.

Pero su madre era otro cantar, tras el secuestro se quedó en Chicago unas semanas para asegurarse de que todo trascurría con normalidad, pero cuando regresó a Londres y Nicholas la llamó para decirle que se había casado y no solo sin avisar, que lo había hecho prácticamente en secreto y sin nadie de su familia alrededor, la mujer se sentía desesperada y tan enfadada con su hijo que meses después todavía continuaba sin hablarle.

Por suerte con Beth fue diferente, comenzaron por soportarse mutuamente, después su madre llamaba a su esposa para saber de él y por momentos incluso parecían mostrar un frente unido cuando se trataba de sacar a relucir alguno de sus defectos o algo que había hecho mal.

Sonrió regresando al presente y miró al gato que dormitaba sobre su regazo, él era ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor y su única preocupación era tener su bandeja limpia de cacas, su plato lleno de comida y su ración de caricias diarias, no necesitaba nada más. Como le envidiaba a veces...

—Las cosas van a cambiar mucho por aquí... —murmuró acariciándole entre las orejas y haciendo que comenzase a ronronear.

Suspiró y miró a su alrededor, como le costaría acostumbrarse al cambio, sería muy drástico aunque todavía tendría unos meses para acostumbrarse.

Abrió el cajón de su mesa y sacó de él el sobre blanco que había guardado ahí solo unos días antes, extrajo el papel de su interior y lo leyó detalladamente una y otra vez sin poder llegar a creer que lo que dijese fuese verdad, pero aquel "POSITIVO" con letras negras y cursivas parecía parpadear como un cartel de neón indicándole que no solo era posible, sino que estaba sucediendo realmente: iba a ser padre.

Sin poder evitarlo recordó aquel episodio en el hospital en Seattle de casi dos años atrás, su corazón había dado un vuelco cuando Autum le dijo que Beth había estado embarazada y había perdido el bebé, había estado a solo dos días de ser padre, si lo hubiese sabido antes no habría permitido que Boid le pusiese un dedo encima.

Aquel bebé ahora sería una realidad y estaría correteando por los pasillos de esa casa llenando todo de alegría con el sonido de sus risas. En aquel momento la imagen le parecía idílica, pero hoy, sentado en aquel escritorio, con el gato en las rodillas y mirando aquel papel, estaba aterrorizado.

Su mente estaba llena de preguntas sin respuesta, de suposiciones que no hacían más que echar más leña al fuego y ponerle más nervioso y llenarle de dudas, muchas dudas... ¿sería un buen padre? ¿Podría cuidar de su hijo o fallaría igual que lo hizo con Beth? ¿Le respetaría o solo sería un desconocido para él como casi sucedía entre su padre y él? Tiró el papel sobre la mesa y se frotó el rostro con desesperación, desde que sabía que Beth estaba embarazada las pesadillas se habían vuelto más recurrentes y no solo la perdía a ella, también perdía a ese bebé que no había nacido y que no conocía todavía, pero que ya se había vuelto el centro de su mundo y por el que lucharía con uñas y dientes.

La puerta de su despacho se abrió con suavidad y alzó la mirada para ver a su esposa entrando en la habitación, tan solo vestía una de sus camisetas viejas que le iba grande y dejaba al descubierto uno de sus hombros, pero estaba preciosa... el embarazo hacía que su piel estuviese resplandeciente y que sus ojos brillasen más.

—Buenos días —susurró con la voz un poco ronca por el sueño. Pasó una mano por sus rizos castaños y le miró con los parpados entrecerrados.

—¿Náuseas de nuevo? —le preguntó con preocupación.

—No, hoy me encuentro bien —sonrió y correteó hasta donde él se encontraba sentándose sobre el escritorio frente él—. He estado pensando —murmuró mientras acariciaba la cabeza de Darcy que miraba en su dirección con los ojos anhelantes, seguro que esperando que le diesen un poco de comida.

—¿Sobre qué?

—La habitación del bebé —Nicholas contuvo un estremecimiento—, podríamos instalarle en la que está al fondo del pasillo en lugar de la que tenemos enfrente, tiene más luz y...

—Beth... —interrumpió con voz ahogada—. ¿Por qué no dejamos que duerma en nuestra habitación unos meses y después lo decidimos?

—¿Con nosotros?

—Sí —tragó en seco y desvió la mirada para que ella no pudiese ver el miedo que inundaba sus ojos en cuanto pensaba en dejar a su hijo solo en una habitación, aunque él estuviese a pocos metros, pero no podía dejarle solo—. En su propia cuna, pero cerca de nosotros, así podemos atenderle mejor.

Ella sonrió y acarició su mejilla, se inclinó un poco hacia delante y besó sus labios. Darcy, intuyendo que sobraba, se bajó del regazo de Nicholas y salió de la habitación por la puerta entreabierta.

—¿No será demasiada sobreprotección? —le preguntó ella con el ceño fruncido.

—Para nada —aseguró con convencimiento—, he estado investigando y hay muchas personas que lo hacen. Los niños no se vuelven más dependientes por tener a alguien pendiente de ellos a todas horas, es más, son más tranquilos y cariñosos. Muchos estudios demuestran que la crianza de afecto es más beneficiosa a la larga para el sistema neuronal y tienen menos problemas psicológicos cuando son adultos.

—¿Cuándo te has informado de todo eso?

—Anoche.

—¿Anoche cuándo, después de que me quedase dormida?

—No podía dormir... —se excusó con un encogimiento de hombros.

Elizabeth sonrió de nuevo y se puso en pie un solo segundo antes de dejarse caer en su regazo y rodear su cuello con los brazos.

—Estaremos bien, los dos... tranquilo —aseguró sobre sus labios antes de besarle. Nicholas intentó creerle, se entregó al beso con los ojos cerrados y se obligó a pensar que todo iría bien, pero le costaba, era un esfuerzo demasiado grande. Se alejó de ella con un resoplido y de nuevo volvió a desviar la mirada para esconder sus emociones.

—Escucha... —murmuró ella con suavidad—, ambos sabemos que lo que ha ocurrido nunca podremos olvidarlo, pero sí podemos dejarlo atrás. Recuerdo que alguien me dijo un día que venimos al mundo a disfrutar y aprender de lo que nos vamos encontrando.

—Siempre recurres a lo mismo cuando discutimos este tema —protestó entre dientes.

—Es que es la verdad, nos sucedió algo trágico pero lo he aceptado y he aprendido de ello.

—¿Y qué se puede aprender de ello? —su mirada verde cargada de emociones contradictorias se clavó en ella esperando demostrarle que su actitud era la mejor en ese caso, la prudencia nunca estaba de más.

—He aprendido que no se puede dar nada por hecho, que lo que hoy tienes al alcance de la mano mañana lo puedes perder y de que la vida es algo tan frágil y delicado que se puede perder en un solo segundo, o incluso algo insignificante

puede cambiar por completo el trascurso del futuro que tenías planeado. Pero Nicholas estaba obstinado, se negaba a creer que estuviese en lo cierto, le aterraba la idea de relajarse, de aceptar lo que la vida le entregaba y volver a estar al borde del abismo a punto de perderlo todo por algo que no podía controlar.

—Piensa en Connor —continuó ella ante su silencio—, se casó completamente enamorado de su mujer e incluso tuvieron un hijo. Pero de repente apareció Marco y cambió por completo su vida, su matrimonio se rompió y perdió a Jimmy, pero él luchó con uñas y dientes, se aferró a su amor por la persona que amaba y con el tiempo todo volvió a su lugar. Ahora es feliz con su hijo y con Marco, ambos adoran al niño y él es increíble.

—Tiene a su hijo porque su madre no puede cuidarlo, no por otra cosa.

—Nicholas... —suspiró derrotada y sujetándole el rostro con ambas manos le obligó a mirarle a los ojos—. De acuerdo, dejemos el caso de Connor a un lado y centrémonos en el nuestro. Ha sucedido, pero estoy aquí, viva y a tu lado, no tengo secuelas de ningún tipo y...

—¿Qué es esto entonces? —gruñó sujetando una de sus manos y mostrándole una cicatriz en la muñeca.

—Cicatrices, marcas, un recuerdo... pero no me duelen, simplemente es algo que está ahí.

—Beth...

—Escucha y no protestes —cubrió sus labios con una mano y le besó la punta de nariz—, ¿quieres que tu hijo viva con miedo? ¿Quieres que se aferre a nosotros y no disfrute de la vida? Eso en el mejor de los casos, esa sobreprotección podría volverse en tu contra a la larga.

Él negó con la cabeza y frunció el ceño.

—Siéntelo —con su mano libre Beth le sujetó la suya y la llevó hasta su vientre todavía plano—, ¿no te parece algo increíble? Tengo a una persona dentro de mí, una personita que dependerá de nosotros para todo, pero que merece vivir con libertad, tener una infancia real y no vivir en una casa llena de cámaras y sistemas de seguridad.

—Solo es por seguridad —protestó con el ceño todavía fruncido.

Había comprado esa casa solo una semana después de que le diesen el alta a Beth tras el secuestro. Pero no tenía nada que ver que los muros que rodeaban el jardín fuesen dos veces más altos que él y que el sistema de seguridad fuese casi a

prueba de bombas.

—Olvídate de la seguridad, de lo que podría suceder y piensa tan solo en el bebé, siéntelo... está justo debajo de tu mano.

Intentó hacerlo, pero bajo su mano solo estaba ella cubierta por un pedazo de tela, nada más.

—Cierra los ojos y piensa como los murciélagos, mira la situación de otro modo, piensa solo en el bebé... en nuestro bebé.

Suspiró pero le hizo caso, cerró los ojos y se imaginó al bebé, no al que había perdido e imaginaba corriendo por los pasillos, se imaginó a un bebé pequeño y delicado envuelto en los brazos de Beth, imaginó su tripa enorme y moviéndose bajo su mano, se imaginó a él mismo acariciando ese bulto enorme y sonriendo... sin darse cuenta sonrió también en ese momento y escuchó como Beth sorbía por la nariz.

—¿Lo sientes? —preguntó ella con voz ahogada.

Nicholas abrió los ojos y los clavó en ella, lloraba, pero una sonrisa adornaba sus labios y su mirada brillaban más que nunca. Dejó que su frente descansara sobre la suya y deslizó la mano bajo la camiseta para acariciar directamente sobre la piel y no con la tela de por medio.

El primer toque con su vientre fue electrizante, una oleada de calor recorrió su brazo hasta su corazón y palpó haciendo un poco de presión, no había nada que pudiese notar, todo parecía normal, pero el bebé estaba allí, aquel papel lo decía y el brillo en la mirada de Beth también...

—Vamos a tener un hijo... —suspiró con voz temblorosa.

—Sí —lloriqueó ella.

—Voy a ser papá... —no sabía si lo decía asegurando el hecho o convenciéndose a sí mismo, pero escucharlo en voz alta hizo que una sonrisa se estirara en sus labios—. Voy a ser papá —repitió casi riendo a carcajadas.

En ese momento entendió por fin que todo es relativo... solo depende de cómo se mire.

## **AGRADECIMIENTOS:**

Hay muchas personas a las que tengo que agradecer aquí, tantas que todos los nombres ocuparían diez páginas, así que lo dejo solo en darle gracias a mis niñas, a esas niñas del fandom, las que me leen desde hace años, las que me han dejado mensajes de apoyo, las que han votado casi desde el primer día para que esto sea una realidad. Muchas, muchas, muchísimas gracias.

Pero este libro tiene dos personas importantes por las que dar las gracias, Gabriela por hacer esa portada impresionante que me volvió loca desde el primer momento y a la que ha hecho el trabajo más duro y a la vez silencioso, pasando de puntillas, casi sin hacer ruido y sin poder decir “Ey! Que eso es así gracias a mí” Mil gracias a Rosa, más conocida entre nosotras como *Larosaderosas*, ella ha sido mi *beta* en esta aventura, se ha dejado los ojos y ha trabajado muchas horas para que esta historia luzca y sea mucho más fácil de leer, te lo he dicho muchas veces y por muchas más que lo diga nunca me parecerá suficiente: gracias, muchísimas gracias, *Relativo* también es tuyo y sin ti no habría sido posible.

Un beso enorme y esta vez me despediré como Cris, Naobi queda en un segundo plano.